

ÁLBER VÁZQUEZ
EL ADELANTADO
JUAN
DE
ÑATE

*Y la búsqueda del reino
perdido de **Quivira***



NOVELA HISTÓRICA

Índice

Portada

Cita

Palabras previas

Ruta seguida por la expedición de Juan de Oñate

1. Escribir es de cobardes. 5 de julio de 1595
2. Un alto en el camino. 21 de julio de 1595
3. Todo lo que una carpa puede observar. 28 de agosto de 1596
4. ¿Quién manda aquí? 9 de febrero de 1599
5. Quien vivirá verá. 23 de junio de 1601
6. La batalla del río Pecos. 13 de julio de 1601
7. Bautizaron al Magdalena. 22 de julio de 1601
8. Vacas. 10 de agosto de 1601
9. El día más importante de sus vidas. 17 de septiembre de 1601
10. Me llamo Juan de Oñate. 18 de septiembre de 1601
11. Temblad ante los mansos porque serán ellos quienes os partan en dos. 19 de septiembre de 1601
12. Yo me largo. 20 de septiembre de 1601
13. El largo ataque de la infantería quivira. 21 de septiembre de 1601
14. Oración de los que han de continuar viaje. 21 de septiembre de 1601
15. Sino la espada. 22 de septiembre de 1601
16. Yunque. 23 de septiembre de 1601
17. Una larga espera. 27 de septiembre de 1601
18. La conquista de Quivira. 28 de septiembre de 1601
19. El mar del Norte. 28 de septiembre de 1601
20. La batalla del día de San Miguel. 29 de septiembre de 1601

Epílogo. Metal pesado. 29 de septiembre de 1601

Breve cronología

Créditos

«Aquí supimos questa nacion traya guerra».

Fragmento de la *Relación cierta y verdadera*

Palabras previas

Cuando en 1605, de regreso del océano Pacífico, Juan de Oñate atraviesa Nuevo México, se para a descansar en un paraje llamado El Morro y escribe el grafiti más antiguo que un blanco haya dejado en Norteamérica: «Pasó por aquí el adelantado Juan de Oñate», se puede leer, y es una de las pocas veces en las que Oñate escribe algo que es verdad.

Oñate tiene una vida pública muy corta, de apenas doce años. Es el último de los grandes conquistadores españoles, una saga de hombres a medio camino entre los exploradores ávidos de riqueza y los aventureros que buscan saber qué hay donde ningún blanco ha ido. Cuando esta vida da comienzo, Oñate es ya un hombre maduro, riquísimo y que goza de una posición social inmejorable. Entre otras cosas, se ha casado con una mujer que desciende directamente del mítico Hernán Cortés y del no menos legendario emperador Moctezuma.

Y, sin embargo, decide subirse a un caballo y realizar proezas dignas de auténticos héroes sobrehumanos. El gran problema al que se enfrenta la historiografía es que, a pesar de que existen abundantes fuentes de información acerca de lo que hizo, muchas de ellas directas, todas resultan poco fiables. Oñate y sus hombres siempre van a sitios donde el agua es fresquísima, las bayas son deliciosas y los indios salen corriendo a recibirles con las manos llenas de regalos. Teniendo en cuenta que se hallan atravesando los territorios de los actuales Nuevo México, Arizona, Texas, Colorado y Kansas, y que allí viven las naciones apache, navajo y comanche, cuesta creer que algún que otro contrat tiempo no tuvieran.

Obviamente, Oñate y los suyos mienten de forma sistemática, y lo hacen porque saben que ellos no son más que los concesionarios de una contrata del rey. Una de las más grandiosas jamás concedidas, pero basta con que algo falle para que otros *empresarios* se hagan dueños de su contrato. Esta concesión, el estado de Nuevo México, es demasiado valiosa para hombres como Oñate, de manera que nos cuentan solo lo que ellos quieren que sepamos.

El hecho de mentir acerca de lo sucedido no es novedoso en absoluto, pues, a lo largo de más de un siglo desde el descubrimiento, todos los conquistadores, sin excepción alguna, acostumbraban a redactar detalladísimos informes en los que se daba minuciosa cuenta de lo bien que lo hacían todo y de lo satisfecho que quedaría el rey si pudiera siquiera imaginar qué útil había sido su trabajo para la Corona. Estos informes, llamados «probanzas», es decir, pruebas de mérito, no escatimaban elocuencia y un conquistador, por sí mismo, podía afirmar que había tomado fortalezas y abatido centenares de enemigos sin la ayuda, literalmente, de nadie.

La diferencia entre Oñate y los conquistadores que le preceden reside en la sofisticación del primero. Mientras los conquistadores de las décadas posteriores al descubrimiento se atribuyen

méritos de forma tan increíble que resulta inverosímil, Oñate es un hombre inteligente, culto y rico. En consecuencia, su capacidad para que lo auténticamente sucedido no trascienda y que su narración de los hechos suene creíble es muy superior a la de los de generaciones anteriores.

Este es el motivo de que tanto esta como el resto de las novelas pertenecientes a la serie de Juan de Oñate estén *basadas en hechos reales*. No podría ser de otra forma simplemente porque debemos rellenar con imaginación la que adivinamos, entre líneas, como una de las vidas más fabulosas jamás existida. Quizás sea mejor así, pues solo así, sabiendo que estamos obligados a interpretar e inventar, podemos dejarnos arrastrar por el goce de una narración auténticamente de aventuras.

Decíamos antes que en el grafiti de El Morro, Juan de Oñate cuenta la verdad. Allí, en la soledad de un paraje desértico, mientras los caballos abrevan y los hombres descansan a la manera en la que los blancos descansaban en pleno territorio apache a comienzos del siglo XVII (con la armadura puesta y las armas preparadas), Oñate escribe refiriéndose a sí mismo como «adelantado». Él, que tiene un montón de títulos, incluido el de gobernador de Nuevo México, se llama a sí mismo «adelantado». Es el título que le importa sobre todos los demás. Un adelantado es el hombre que va *por delante* en un territorio nuevo. Así se ve a sí mismo Oñate: Oñate no es un militar, sino un empresario armado que arriesga su propio capital en la tarea de conquistar un nuevo territorio para la Corona de España. Por supuesto, espera que, a cambio, la Corona le otorgue, una vez conseguido el territorio, poder político y económico sobre él. Esto último es clave, porque lo que busca Oñate es establecer comercio en un lugar donde no hay nada. Y si algo nos ha enseñado la historia, es que donde hay comercio hay civilización, progreso y avance.

Y todo esto sucede entre 1598 y 1610. Todavía faltaban, en el mejor de los casos, diez años para que, en 1620, los Padres Peregrinos, a bordo del *Mayflower*, llegaran a tierra americana, fundaran Plymouth, recibieran la ayuda de los nativos, realizaran el primer Día de Acción de Gracias de la historia y, de este modo, dieran comienzo a lo que algún día se llamarían los Estados Unidos de América.

Bastante antes, nosotros ya estábamos allí. Oñate ya estaba allí buscando minas de plata.

La expedición a Quivira

El viaje al reino de Quivira tiene lugar entre el 23 de junio y el 24 de noviembre 1601. La ruta que Oñate y sus hombres siguen suma, aproximadamente, mil ochocientos kilómetros de ida y otros tantos de vuelta. La componen setenta soldados, aproximadamente sesenta sirvientes, setecientos caballos, seis carros tirados por mulas y dos más tirados por bueyes en los que se transportan cuatro piezas de artillería. Además, llevan ganado para ser sacrificado y consumido durante el viaje.

El guía de la expedición es Jusepe Gutiérrez, un indígena norteamericano cuya lengua es el náhuatl (es decir, nativo de México) y que ha aprendido un rudimentario español. Es el único superviviente de la expedición que, en 1595, Antonio Gutiérrez de Humaña y Francisco Leyva de Bonilla emprendieron a las Grandes Llanuras.

Humaña y Leyva son dos colonos españoles que reúnen un número impreciso de hombres y se lanzan a la búsqueda y conquista del reino de Quivira. Se trata de una expedición no autorizada

y, por lo tanto, ilegal. Humaña y Leyva saben de Quivira porque la leyenda de su existencia está muy extendida entre los pobladores españoles del norte de México desde que, en 1540, el conquistador Francisco Vázquez de Coronado se internara hasta las tierras del actual estado de Kansas. Para aquella expedición, la primera en la que hombres europeos se adentran tanto en el interior de Norteamérica, Coronado elige el lema «Quien vivirá verá». Ese «Quien vivirá» se va deformando progresivamente hasta «Quivivirá» y, de ahí, a «Quivira».

Quivira es un territorio mítico similar a El Dorado, es decir, un lugar supuestamente plagado de riquezas infinitas e inimaginables. Los españoles de la época creían firmemente en la existencia de estas ciudades. La ubicación exacta de Quivira es desconocida, pero algunos historiadores sugieren que puede tratarse de la actual ciudad de Lyons, en el centro del estado de Kansas.

Cuando Jusepe Gutiérrez llega a San Gabriel del Yunque, ciudad fundada por Oñate y lugar desde el que operará durante los doce años que dura su gobierno, explica a este que él ha estado en Quivira y que sabe cómo volver de nuevo. Afirma que Quivira tiene unas diez leguas de largo (más de cuarenta kilómetros), lo cual es, con total seguridad, una exageración. Gutiérrez es analfabeto y solo está parcialmente familiarizado con el sistema métrico español de la época. Cuando Oñate le pregunta acerca del tamaño de Quivira, él responde que «diez leguas de largo», pero de forma hiperbólica, como cuando levantamos una caja muy voluminosa y decimos que pesa «una tonelada». En cualquier caso, debemos entender que el tamaño del asentamiento contemplado por Gutiérrez es significativamente grande, tanto como para que lo describa en estos términos.

Los motivos oficiales alegados para emprender la expedición a Quivira se circunscriben a que Oñate, como capitán general de Nuevo México, tiene la obligación de capturar y enjuiciar a los miembros de la expedición de Humaña y Leyva a las Grandes Llanuras. Como se ha dicho, esta expedición era ilegal, asunto que, en la América de los conquistadores, no se tomaba a la ligera. Aunque han transcurrido seis años y Oñate, a partir de los testimonios de Gutiérrez y de su propia intuición, sabe que no existen supervivientes, decide, igualmente, organizar el viaje.

Esto nos lleva al motivo real para emprender la expedición: hallar Quivira, conquistarla y obtener para sí las inmensas riquezas que los españoles creen que la ciudad alberga.

Tras un largo viaje, una vez en Quivira, Oñate se encuentra con dos grupos indígenas. Al primero los llama los escanjaques y al segundo, los rayados. Sobre los escanjaques lo desconocemos todo, salvo lo que Oñate afirma: que cazan bisontes, que viven en grandes tiendas recubiertas con las pieles de estos animales y que son enemigos de los rayados. Algunos historiadores sugieren la hipótesis de que, en realidad, se trate de apaches, pues en el siglo XVII la apachería se extendía hasta las Grandes Llanuras. Sin embargo, Oñate conocía muy bien a los apaches, los habría distinguido sin dudar y, en este aspecto concreto, carecía de motivos para mentir. La hipótesis más plausible es que se trate de una nación indígena que se extinguió antes del siglo XIX y con la que los angloamericanos, por lo tanto, jamás se encontraron.

Los rayados, a los que más tarde Oñate se referirá como los indios quiviras, se corresponden con la nación wichita, que habitaba las Grandes Llanuras desde mucho tiempo atrás. Oñate calculó que sumarían unas veinte mil personas, entre unos y otros, aunque son suposiciones puramente aproximativas y de las que no conviene fiarse. Sea como sea, parece cierto que el número de indígenas con el que se topan es notoriamente alto, tanto como para haber abandonado el nomadismo y habitar un asentamiento estable.

De lo que sucedió en Quivira se conservan dos fuentes escritas. La primera de ellas es la *Relación cierta y verdadera* de lo acaecido en la expedición. La escribió uno de los expedicionarios, probablemente el fraile franciscano Francisco de Velasco. Fuese él o no, la *Relación cierta y verdadera* la firman treinta hombres de Oñate, algunos de su máxima confianza.

La *Relación cierta y verdadera* plantea un problema: la propia existencia del documento. ¿Por qué alguien la escribe y treinta hombres la firman? A fin de cuentas, la *Relación cierta y verdadera* se limita a explicar que la expedición de Oñate vivió una serie de aventuras excepcionales en parajes increíbles y entre gentes fantásticas. Pero, pese a ello, regresaron sin riqueza alguna. Es decir, de alguna forma, la *Relación cierta y verdadera* da explicaciones antes de que alguien pregunte. A Oñate, y a nadie más, le competía elaborar el informe correspondiente y enviarlo ante la autoridad pertinente. Pero en lugar de seguir el canal burocrático adecuado, Oñate opta por esta estrategia nada convencional. Por ello, cabe la posibilidad de que la *Relación cierta y verdadera* sea, en realidad, una *filtración de parte*. Es decir, nosotros te contamos lo que nos conviene para ver si cuele y sobre este asunto corremos un tupido velo. No coló. Prueba de ello fue que existe la segunda fuente escrita.

Esta segunda fuente escrita es *El interrogatorio de Valverde*. Francisco de Valverde y Mercado es un recaudador de impuestos que, por orden del virrey, Gaspar de Zúñiga Acevedo y Velasco, interroga a cinco integrantes de la expedición de Oñate a Quivira y a un indio escanjaque llamado Miguel que los españoles tomaron cautivo tras una batalla (lo cual nos proporciona casi con toda seguridad la fecha en la que tuvo lugar dicha batalla: 29 de septiembre, festividad de San Miguel). Obviamente, el objetivo principal de Valverde es recabar información acerca de las riquezas obtenidas para someterlas a la correspondiente obligación de tributar. Por esa misma razón, las respuestas de los hombres de Oñate son muy poco fiables, pues si, en general, acostumbran a mentir sin rubor, ante un recaudador de impuestos al que desprecian abiertamente ya que, a diferencia de ellos, jamás se ha puesto en peligro, lo hacen aún más. ¿Quién confesaría la verdad desnuda ante un inspector de Hacienda que le está revisando su declaración de la renta? Nadie.

Por ello, resulta especialmente llamativo que el único hombre interrogado que admite la existencia de enormes riquezas sea el indio Miguel. Él mismo afirma haber bebido en copas de oro y suntuosidades parecidas. Sin embargo, los españoles desdeñan estas afirmaciones aduciendo que Miguel dice lo que él cree que su interlocutor quiere oír.

Debe añadirse que ninguno de los presentes habla el idioma de Miguel y que el interrogatorio se desarrolla a través de un complejo sistema de representaciones teatrales, señas y gestos que Valverde idea para averiguar la verdad. Dicho de otro modo, Valverde se toma muchísimas molestias para descubrir qué sabe Miguel.

¿Por qué el escanjaque Miguel afirma exactamente lo contrario que los cinco expedicionarios fieles a Oñate? Lo desconocemos, pero, sea verdadero o falso lo que declara Miguel, lo cierto es que dijo exactamente lo que a él le convenía. Como se ha señalado, Miguel es un prisionero de los españoles. Jamás ha tratado a los hombres blancos, no conoce más mundo que las Grandes Llanuras y está en la Ciudad de México, tan lejos de su casa que él mismo sabe que resultará difícil que regrese. Por ello, declarar que su hogar está repleto de riquezas inimaginables le da una posibilidad: la de que los españoles organicen una nueva expedición hasta allá y él pueda regresar.

Sin embargo, Miguel, a través de las representaciones que Valverde encarga que se realicen ante él, explica procedimientos complejos para la obtención y tratamiento de metales preciosos. Miguel, si está mintiendo, *no debería* saber tanto acerca de este tema. Sin embargo, conoce cosas que hacen que Valverde sospeche que pueda estar diciendo la verdad. En una de las dos copias que se conservan de *El interrogatorio de Valverde*, en la parte correspondiente a las declaraciones de Miguel, alguien ha anotado, al margen, la palabra «Véase», que es la forma que en la época tenían de remarcar el texto con rotulador fluorescente.

A Miguel le daba igual si los españoles se quedaban con todas las riquezas de Quivira. Él es un escanjaque y las riquezas pertenecen a los quiviras, sus enemigos. De hecho, si él conoce los procedimientos técnicos para tratar metales preciosos es porque pasó una temporada como prisionero de los quiviras y observó cómo lo hacían. Al menos, esto es lo que explica.

De un modo o de otro, Valverde se inclinaba a creer a Miguel. De lo contrario, no se habría molestado en elaborar un interrogatorio tan largo y complejo, del cual, además, expulsa a todas las personas cuya presencia no resulta imprescindible. ¿Y los cinco expedicionarios restantes? ¿Qué pasa con los otros cinco interrogados? Todos se apresuran a desmentir y a desacreditar a Miguel. ¿Por qué lo hacen y con tanta rotundidad? Dadas las declaraciones de Miguel y de la inclinación de Valverde a creerle, podrían haber optado por una solución intermedia: «Quizás allí haya riquezas inmensas, pero nosotros no las vimos; a fin de cuentas, aquello era enorme y no tuvimos tiempo de recorrerlo por completo».

Sin embargo, los cinco hombres prefieren cerrarse en banda y negarlo todo ante el recaudador de impuestos. Les interesa, de una forma obvia, que Valverde deje de investigar cuanto antes.

Es curioso observar cómo Valverde realiza preguntas con doble sentido y cómo los testigos las esquivan sin despeinarse. Por ejemplo, Valverde le pregunta a cada uno de los interrogados si volvería a ir a Quivira. Todos le responden que, hombre, ir por ir, pues no, pero «si su majestad proveyera», irían con mucho gusto.

No sabemos qué concluyó Valverde porque esas reflexiones no constan en ninguna parte. Lo que sí es seguro tras leer el acta de su interrogatorio es que Valverde sospecharía que, como mínimo, los españoles a los que interrogaba le estaban contando unas historias en las que cabalmente no se puede creer. Por poner un solo ejemplo, Baltasar Martínez Cogedor, uno de los interrogados, afirma que la batalla del día de San Miguel la libraron, durante tres horas, unos tres mil guerreros escanjaques contra los setenta soldados españoles. Afirma, además, que la batalla fue cruenta y que los escanjaques dispararon infinidad de flechas. A cualquier mente razonable, y la de Valverde lo era, un relato así le suena falso. Martínez Cogedor no tiene ninguna intención en contar, siquiera, una historia que parezca mínimamente creíble. Pero Martínez Cogedor ni nadie. Ocultar la verdad es una forma de proceder sistemática en Oñate y sus hombres. De esta batalla, además de lo dicho ante Valverde, sabemos lo que los propios españoles consignan en la *Relación cierta y verdadera*. Y en ella jamás se explican los auténticos motivos por los que tuvo lugar dicha batalla. Se limitan a decir algo parecido a «nosotros estábamos tan tranquilos y llegaron ellos y nos atacaron sin motivo alguno». De nuevo, nadie con dos dedos de frente daría crédito a esta afirmación. Sin embargo, la firman sin dudar treinta testigos directos.

La ruta

A pesar de las enormes distancias que cubre la expedición, la ruta que Oñate y sus hombres siguen es relativamente simple: viajan hacia el este hasta que encuentran el cauce de un río al que llaman Magdalena, muy probablemente porque ese día era 22 de julio. No debió de resultar sencillo, pues para recorrer este breve trecho de camino necesitan un mes, es decir, una quinta parte de lo que duró la expedición. Sin embargo, una vez hallado el Magdalena, que hoy en día recibe el nombre de río Canadian, lo siguen curso abajo hasta llegar a la confluencia con el Arkansas, del que es afluente. Después, remontan el Arkansas y llegan a Quivira, que, como se ha dicho, se correspondería con la actual ciudad de Lyons, en la parte central del estado de Kansas.

Por cierto, y ya que estamos. El caso del río Canadian es un buen ejemplo de cómo los españoles conquistan y colonizan el sur de los actuales Estados Unidos y de cómo, con el paso de los siglos, esa historia se entierra bajo una losa de estulticia angloamericana. El resumen podría ser el siguiente: los españoles se mueven constantemente a través de un territorio tan extenso y hostil que el lugar que debería ocupar un cartógrafo lo ocupa un soldado. Si vienen mal dadas, un buen dibujo no te salva la vida pero un disparo certero, sí. Por ello, los nombres de los lugares van cambiando. A veces, simplemente se les olvida que alguien llamó Magdalena al río Magdalena y, unos años después, lo vuelven a bautizar con un nombre distinto. Este río, en concreto, recibió varias denominaciones. La última de ellas antes de la llegada de los angloamericanos era río Cañada. Y como no existe un solo angloamericano capaz de escribir la letra «ñ», de «Cañada» se pasó, en un santiamén, a «Canada». Después, a saber por qué motivo, «Canada» se transformó en «Canadian». ¿A nadie le extrañó que un río llamado así atravesara los estados de Nuevo México, Texas y Oklahoma? Al parecer, no. Cuando los estadounidenses tomaron posesión de sus nuevos y vastos territorios, ya en pleno siglo XIX, se inventaron un absurdo cuento gracias al cual una vez se vieron por allí comerciantes canadienses y qué menos que, en su honor, ponerle su nombre a un río de mil quinientos kilómetros de longitud. ¿Y los españoles que estuvieron allí durante siglos? ¿Qué españoles?

Pero continuemos con lo nuestro.

La familia

La historia de Juan de Oñate no se puede comprender sin conocer la importancia que la familia tiene para él. Desde que su padre, Cristóbal de Oñate, emigrara a América, los Oñate llevaron adelante una intrincada política de alianzas matrimoniales no ya orientadas a mantener intacto su vasto patrimonio (que también), sino a desarrollar un sentido de la vida y de los negocios muy propio del carácter vasco: hacer cosas solo con gente de la que te fías por completo.

Juan de Oñate no es ajeno a esta visión del mundo. Como se ha dicho, está casado con una mujer que descende de Hernán Cortés y de Moctezuma, pero también del socio vasco de su padre: Isabel de Tolosa Cortés Moctezuma.

Juan e Isabel tienen dos hijos: Cristóbal y María. El primero nace hacia 1590 y viaja con su padre a la conquista de Nuevo México en 1598. Con tan solo ocho años de edad, ya tiene el grado de teniente. Juan de Oñate pretende que su hijo aprenda el oficio familiar sobre el terreno y lo hace sin miramiento alguno, exponiéndolo a tantos peligros como sea preciso. Aunque los

historiadores lo pasan por alto, Cristóbal de Oñate aparece como signatario de la *Relación cierta y verdadera*. Está en la parte final, enterrado entre el listado de hombres, pero con tratamiento de «don». Tiene, entonces, once años y Oñate se lo ha llevado consigo a la conquista de lo desconocido. Su nombre completo es Cristóbal de Naharriondo Pérez Oñate y Cortés Moctezuma.

La mano derecha de Oñate en la expedición a Quivira es Vicente de Zaldívar, de 28 años. Zaldívar es hijo de un primo de Oñate y su esposa será María, la hija de Oñate. En el momento en el que tiene lugar la expedición a Quivira, María de Oñate no ha cumplido los tres años de edad y se encuentra en San Gabriel. Es decir, Vicente de Zaldívar conoce a su esposa desde que, literalmente, es un bebé.

El hermano de Vicente, Juan, también integra la expedición de conquista de Nuevo México y, de hecho, fallece el 4 de diciembre de 1598 en una batalla contra los acomas.

María de Oñate nace a finales de 1598. La circunstancia de que Isabel de Tolosa esté embarazada cuando se pone en marcha la expedición hacia el norte hace que opte por permanecer en la hacienda de Zacatecas y dar a luz allí. Sin embargo, un año después, Oñate las reclamará en San Gabriel para reunir, así, a la familia.

Lo hace porque la importancia de las familias para los expedicionarios españoles es esencial. Oñate y sus hombres están en Nuevo México con sus familias al completo. Lo están, por supuesto, los colonos, pero también todos los soldados y oficiales que no permanecen solteros. Esto da una visión clara de sus planes: van a conquistar y a colonizar; su objetivo es hacerse ricos, pero, al tiempo, fundar, construir y perdurar. No son buscadores de fortuna. Son colonizadores y son comerciantes y, a efectos jurídicos, se encuentran en el mismo país en el que se halla un segoviano que está en Segovia.

Terminología

En lo relacionado con la terminología empleada en el relato, se siguen los siguientes criterios.

Si el lector moderno puede identificar con total seguridad el término usado por los españoles de la época, se emplea sin dudar. Es el ejemplo de «escopeta», que los españoles utilizaban profusamente para referirse a sus armas de fuego, las cuales, evidentemente, eran armas de avancarga, es decir, que se cargaban por la boca del cañón.

Si al lector contemporáneo el término que usaban los españoles le puede conducir a error, se opta por el moderno. Por ejemplo, Oñate y sus hombres dicen «vacas» y «toros» para referirse a los bisontes. Pero, si usamos este término, los lectores modernos pensarán siempre en animales que en nada se parecen al bisonte.

Por último, si el término es totalmente desconocido para un lector medio, se utiliza un equivalente actual. De lo contrario, podríamos convertir en ilegible un relato como este. La única excepción que incluiremos, debido a su excepcionalidad, es el término «morrión», es decir, el casco metálico con alas y cresta que de forma tan unívoca identifica a los conquistadores españoles.

Cuestiones adicionales

Para terminar, cuatro notas rápidas. La primera, que, si bien Oñate y sus hombres se refieren los unos a los otros por rangos militares (capitanes, tenientes, alféreces, soldados, etc.), debe entenderse que no estamos ante un ejército regular. Ninguno de ellos ha recibido instrucción militar y usan esas denominaciones porque es la costumbre en la América de los conquistadores. Lo que realmente constituyen es una empresa de hombres armados. Esta empresa es completamente privada, tanto en su capital como en su capacidad organizativa. Lo único que distingue su labor de cualquier otra es que ellos han firmado un contrato con el rey por el cual se les autoriza a conquistar y colonizar Nuevo México.

Conviene señalar que un sargento mayor tiene mayor rango que un capitán. O, dicho de otro modo, un sargento mayor es un capitán con capacidad de mandar sobre el resto de capitanes.

Conviene, asimismo, advertir la mano izquierda con la que se conduce siempre Oñate: Cristóbal, su hijo, que tiene once años cuando integra la expedición a Quivira, tiene el rango de teniente. Es decir, Oñate se cuida mucho de no desairar a sus capitanes y, aunque realiza un regalo totalmente inusitado a su hijo, nunca lo pone por encima de los hombres de los que realmente depende el éxito de la empresa.

La segunda nota se refiere a la disposición hacia el asombro con la que viajan Oñate y sus hombres. Esta característica es común en todos los conquistadores españoles de América, desde el mismísimo Cristóbal Colón, el primero, hasta Juan de Oñate, el último. Todos los conquistadores están fuertemente influenciados por las novelas de caballerías y experimentan una notable inclinación a dejarse sorprender por las circunstancias y los acontecimientos que se presenten ante ellos. Recordemos, sin ir más lejos, que viajan en pos de una ciudad mítica que alberga riquezas inimaginables. Y en ese viaje, se maravillan constantemente frente a todo lo que ven. Por ejemplo, cuando ya están en el centro de la actual Kansas, en la *Relación cierta y verdadera* se dice que «en muchas leguas no había en los campos sino flores de mil maneras, tan espesas que ahogaban los pastos». Quien afirma esto lo ha contemplado con sus propios ojos y se asombra ante tanta belleza y esplendor. Y si bien es cierto que los conquistadores españoles pecan, en muchas ocasiones, de candor e ingenuidad, no es menos cierto que se tropiezan constantemente con un entorno que los sobrecoge. Imaginemos, por un instante, la escena: en el caluroso verano de 1601, ciento cincuenta hombres cabalgan lentamente y en total soledad por un inmenso prado de miles y miles de flores; están en Kansas viendo lo que ningún blanco ha visto antes. No pocos lo darían todo, hoy en día, por estar en la piel de ellos y sentir lo que sintieron.

La tercera nota hace alusión a un episodio que tiene lugar en el capítulo 13 de la novela que puede resultar especialmente increíble para el lector. Si bien la peripecia narrada es ficticia, debe entenderse que los conquistadores españoles eran inverosímilmente legalistas, hasta el punto de que negociaban y renegociaban los acuerdos una y mil veces, y en condiciones impensables. Tenían, asimismo, una obsesión por llevarlo todo por escrito y debidamente firmado para que, tras la conquista, estuviera muy claro qué pertenecía a cada cual.

Y la cuarta nota hace referencia al único indígena que hallan y del que se conoce su nombre. El hábito de los españoles es nombrar a los indios con los que se encuentran a su paso. Posiblemente, esto se deba a que lo que realmente hacen es bautizarlos, es decir, darles un nombre cristiano. Pero en ocasiones recogen el nombre original de algún indígena. En el caso del jefe quivira al que se hará alusión en la novela y que dice llamarse Catarax, existe cierta controversia porque en lengua wichita una palabra de sonido semejante significa «jefe». Es decir, el individuo

en cuestión les estaba indicando su estatus, no su denominación. Los españoles, a los que el tiempo les apremia, no se pierden en averiguaciones y deciden quedarse con ese nombre.

Y el mar

Puede parecer totalmente extravagante que en una novela que transcurre en el actual estado norteamericano de Kansas nos refiramos, una y otra vez, al mar. Pero es que el mar, su hallazgo, es una obsesión para Oñate y las gentes como él. Lo es hasta el punto de que uno de los hombres que Oñate lleva a Quivira es el marino portugués Juan Rodríguez. Es uno de los firmantes de la *Relación cierta y verdadera* y, asimismo, es uno de los cinco hombres interrogados por Valverde. Tiene cuarenta años y una gran experiencia como marinero. ¿Por qué Oñate se lo llevaría a Kansas, en el centro geográfico de Norteamérica?

La respuesta es sencilla: Oñate está convencido de la existencia de un paso marítimo al norte que conecta los océanos Atlántico y Pacífico (para los españoles de la época, los mares del Norte y del Sur, llamados así desde que Vasco Núñez de Balboa realizara la travesía de uno a otro en el istmo de Panamá, donde, por caprichos geográficos, un mar está al norte y otro al sur). Este paso, cuyas referencias míticas proceden de los relatos de Marco Polo, es llamado por los españoles el estrecho de Anián. Se accedería a él rodeando Terranova, llegando a la bahía de Hudson y, desde ahí, directos hacia California, la cual, para los españoles de la época no era una península sino una isla.

Por supuesto, los conquistadores yerran por completo en cuanto a las distancias (aunque para ellos las distancias siempre son una cuestión menor, como el propio Oñate se encarga de enseñarnos) y en el hecho de que no conocen la existencia de Canadá y Alaska. Que yerran no significa que no se empeñen en su cometido. Si algo caracteriza a estos hombres, es un empecinamiento y una testarudez más allá de lo imaginable.

De esta forma, Oñate, más adelante, continuará buscando el estrecho de Anián y, de hecho, lo encontrará. Lo contaremos en la segunda novela de esta serie, *En busca del estrecho de Anián*.

Ruta seguida por la expedición de Juan de Oñate



Escribir es de cobardes

5 de julio de 1595

Humaña levantó la vista hacia el sol, frunció el ceño y se dijo que se le había agotado la paciencia. Que toda espera tiene un límite y que, ese límite, él lo acababa de rebasar. Leyva, tú y yo vamos a tener un par de palabras. Porque esto tiene que cambiar. Para bien o para mal, pero tiene que cambiar y ahora.

El hombre se ajustó el morrión y se rascó bajo su poblada barba negra. Pasaban un par de horas del mediodía y el calor era tan intenso que Humaña se había desprendido de su camisa y se movía por el campamento con la panza al aire y los pantalones caídos bajo ella. Llevaba puestas las botas de montar, por si los alacranes, y, al caminar, las espuelas tintineaban como si de campanillas se tratara. Además, la espada al cinto, claro, por si los alacranes.

La tienda de Leyva se hallaba a no más de diez pasos de distancia. Diez pasos que Humaña, ya lo había decidido, recorrería sin dudar. De nuevo, se rascó, esta vez bajo la testuz. El morrión, un magnífico morrión con una gran cruz de San Andrés labrada en el frente, le irritaba la parte alta de las orejas. Y no era él hombre de andar quejándose, no lo era, no... Si lo fuera, no habría emprendido esta magnífica aventura. De llevar las cuentas y el diario se ocupaba Leyva, pero a Humaña no le cabía la menor duda de que habían transcurrido unos dos meses desde que partieran de casa. Dos meses cabalgando por desiertos abrasadores donde hasta las alimañas evitaban las horas en las que el sol se encontraba alto.

Como ahora, precisamente. Pero es que lo que es es. Daba igual que el morrión le estuviera llagando las malditas orejas. Al infierno con todo. Él quería seguir, quería ir hasta el final, deseaba con toda su alma contemplar el objetivo que los había llevado hasta allí.

Humaña apartó la tela con su gordo brazo y penetró en la tienda de Leyva. No veía a su socio desde hacía horas. Pero sabía que estaba allí. Sus cinco soldados se lo habían confirmado. Uno por uno lo habían hecho. Además, ¿adónde iba a ir el hombre?

Efectivamente. Él era Humaña y a listo no lo ganaba nadie. Leyva podría creerse el cerebro de la expedición, pero él bien sabía que eso no era así. ¿Acaso pensaba Leyva que a él lo iba a engatusar con tontadas? Antes le metía un espadazo en el pecho y luego que cada palo aguantara su vela.

—¿Qué quieres? —preguntó Leyva. Se sentaba en un pequeño escritorio de madera que habían traído como desde mil leguas atrás. A Humaña, aquel escritorio lo llevaba por el camino de la amargura. ¿No habíamos quedado en que solo lo esencial? ¿Qué clase de imbécil arrastra un escritorio y un taburete a través del desierto y durante dos largos meses? Y, sobre todo, ¿para qué?

Para dejar constancia de lo que nos acaezca, había dicho Leyva. Para que lo nuestro no se nos olvide. Que alguien afirme esto, se quede tan campante y, además, pretenda ser el socio listo de la partida a Humaña lo sacaba de sus casillas. Precisamente, lo que aquí queremos es que nadie, salvo nosotros, recuerde esta expedición. Vinimos, hicimos lo que hicimos, regresamos y nadie separó los labios para decir una sola palabra. Porque, y parece mentira que Leyva sea el listo, esta expedición carece de autorización del rey, del virrey y, por supuesto, de cualquiera al que le preguntes de ahí hacia abajo. Nos movemos en tierra de nadie, amigo Leyva, y no se trata de un juego de palabras—. Estoy muy ocupado.

Humaña avanzó por el interior de la tienda. Sus espuelas, que no habían visto grasa desde antes de partir, continuaban tintineando.

—Se está fresco aquí —dijo Humaña. Como el que disimula. Como el que no quiere la cosa.

—Tengo que terminar de redactar este informe.

—¿Un informe? —Humaña se pasó las manos por su voluminoso vientre y rozó, con la izquierda, la empuñadura de su espada—. ¿Estás escribiendo un informe? ¿Quiénes te crees que somos? ¿Los soldados del rey?

Leyva, por primera vez, levantó la mirada y la mantuvo así.

—Es importante que lo que estamos haciendo quede por escrito —dijo con voz inusitadamente calmada. ¿Esa voz que, cuando vas con ganas de gresca, hace que te ardan las entrañas de pura rabia? Esa.

—¿Por escrito? —bramó Humaña. A él también le habría gustado hablar con ese tono sacaquicios, pero no le salía. Y lo había intentado, bien lo sabía Dios... Así que lo haría al modo de siempre, que tampoco funciona mal—. ¿Tú estás loco o qué? Lo que tenemos que hacer es seguir avanzando. Con el puto pico cerrado, me cago en todo lo que se menea...

Leyva, de nuevo muy despacio, se puso en pie. Humaña escuchó el sonido que las patas del taburete de madera realizaban al desplazarse hacia atrás en la tierra. Volvió a acariciar la empuñadura de la espada. El sudor lo empapaba de tal manera que su gran corpachón parecía recién bañado en aceites.

—No vamos a avanzar —sentenció Leyva. ¿Desde cuándo él tomaba las decisiones? ¿Acaso lo habían elegido capitán de la expedición mientras Humaña dormía? ¿Y quiénes? ¿Los cinco soldados que se arrastraban tras ellos? Dos de Leyva y tres del propio Humaña. Si hay que hacer cálculos, hagámoslos y veamos quién lleva las de ganar.

—¿Que no vamos a avanzar? Quivira está ahí mismo, a media puta legua. Tenemos inmensas riquezas al alcance de la mano. ¿No es eso lo que habíamos venido a buscar? Porque, acláramelo, yo pensaba que así era...

—Lo es. Claro que lo es. Pero con lo que hemos conseguido, es suficiente.

Leyva sacó la bolsa. Ya estábamos con la dichosa bolsa. Humaña, visiblemente alterado, volvió a rascarse bajo el morrión. Y ahora, sin disimulo alguno, posó la mano izquierda en la empuñadura de la espada.

En el interior de la bolsa había doce piezas de plata y dos de oro. Suponían el botín capturado hasta el momento. Unas cuantas gargantillas, dos o tres cuentas y algunos abalorios más bien pequeños. Salvo un vaso de oro, el resto no merecía el esfuerzo.

Pero qué vaso. De un amarillo intenso, deslumbraba cuando lo admiraban a pleno sol. Tenía un tamaño perfecto, quizás algo pequeño, lo que les hizo pensar que puede que estuviera

concebido para que una delicada princesa quivira bebiera de él. Días atrás, cuando lo robaron en un asentamiento con el que se toparon de improviso tras largas jornadas de soledad y carencias, ambos, Humaña y Leyva, habían fantaseado con la identidad de la destinataria de tan valioso tesoro. Puede que sea la heredera del trono de Quivira, aventuró Humaña. Puede que todavía sea una niña y estén reuniendo su dote, especuló Leyva.

Puede que no matarais a todos en el poblado de artesanos donde robasteis sin miramientos y hayan corrido a dar la voz de alerta. Sería una posibilidad que alguien, alguien auténticamente inteligente, habría valorado. ¿O acaso os preocupasteis de vigilar las inmediaciones? ¿Nadie escapó tras la matanza? ¿Nadie?

—¿Suficiente? —preguntó Humaña, sin poder contener su ira—. ¡No tenemos una mierda!

—Solo el vaso debe costar...

—¡Cállate! ¡A tomar por culo el puto vaso! ¡Ahí delante debe de haber cientos de vasos como este! ¡Miles! ¡Joder, vayamos a por ellos de una santa vez!

—Cálmate, te estás alterando demasiado...

—¿Que me estoy alterando demasiado? No me jodas, Leyva, no me jodas... ¿Para qué cojones hemos cabalgado hasta este puto culo del mundo? ¡Dos meses, hostias, dos meses en el puto desierto de los huevos! ¡Me duele todo el cuerpo! Pero, vale, vale, de acuerdo, son sacrificios a los que uno se ve abocado a enfrentarse... Si no digo yo que no. ¿Acaso crees que no contaba con ellos antes de partir? ¡Claro que sí! ¿Y tú me has oído quejarme una sola vez? Ninguna, ¿verdad? Eso es porque no lo he hecho. Porque el bueno de Humaña está a lo que estamos y a nada más. Sin embargo, mi querido amigo, ¿tú a qué juegas?

Leyva mantenía la mirada fija en su socio. A diferencia de él, vestía con corrección. O, al menos, con toda la corrección con la que un hombre puede vestir en los confines del universo conocido. Sus pantalones habían visto mejores días, su camisa otro tanto y las botas... Oh, Leyva no llevaba puestas las botas de montar. ¿Acaso no sabes que esto está infestado de alacranes?

—Mi punto de vista es que ya tenemos un botín suficiente —dijo, con serenidad, Leyva—. Es lo que habíamos venido a buscar y ya lo tenemos. Únicamente nos resta describirlo todo en un detallado informe y regresar a casa. Nos repartiremos un buen dinero, Humaña. Piensa, además, que solo nosotros conocemos el modo de llegar hasta aquí. Si dejas todo bien escrito, si me tomo la molestia de anotar hasta el último detalle es para que no se nos olvide nada. Para que, el año que viene o quizás dentro de dos años, podamos volver a Quivira y hacernos con un nuevo botín. Estos papeles son nuestro salvoconducto a la prosperidad...

Leyva levantó, ante sí, los legajos en los que había estado trabajando. Humaña les echó un vistazo rápido y distinguió lo que parecía un mapa y varias anotaciones en los márgenes. ¿Ese era el plan? ¿Venir todos los años a por un vaso de oro? Dos meses de ida y dos meses de vuelta. Y, por el camino, los apaches. Bastante suerte habían tenido esta vez al haber podido evitarlos... ¿Acaso siempre sería así? No, por supuesto que no. A los apaches los evitas una vez porque Dios quiere. Dos, si la Virgen se pone de tu parte. Pero no tres, porque al resto de la Santísima Divinidad le importas un comino. Tuviste tus oportunidades y las derrochaste. No digas que, como a todo buen cristiano, no se te empujó un poco de buena suerte en tu dirección. Pero hasta en el Cielo hay que saber decir basta.

—¿Regresar a casa? —tronó Humaña—. ¡Si estamos aquí, me cago en toda la puta Ciudad de México! ¡Las riquezas están a nuestro alcance! ¡Solo tenemos que ir y tomarlas! ¡Un día más!

¡Dos, a lo sumo!

Leyva se mantuvo impertérrito, lo cual, si cabe, trastornó aún más el humor de Humaña. Apoyaba las puntas de los dedos de las manos en el escritorio, como si fuera un secretario. ¿Qué? ¿Dando fe, hijo de la grandísima puta?

Humaña no se lo pensó mucho más porque allí ya no había nada más que pensar. La sociedad iba a quedar disuelta por la vía de la renuncia de una de las partes. Una renuncia un tanto singular, pero renuncia a fin de cuentas. Humaña retiró la mano izquierda de la empuñadura de la espada y dejó sitio para que la derecha la asiera. Se tomó un par de segundos para apretar sus gordos y sudorosos dedos en torno a ella. Los mismos que necesitó Leyva para comprender que su socio emprendía el mal camino. Al menos, según las perspectivas: sin duda, desde la suya lo iba a ser.

—Oye, mira, si quieres... —comenzó a balbucear. Sin embargo, para entonces, Humaña ya desenvainaba su espada. La cual, tampoco había visto la grasa desde mucho tiempo atrás. El hierro realizó un sonido parecido al que produce un gato cuando lo metes en un saco y lo golpeas contra el suelo, pero a Humaña aquello no lo arredró: mientras el filo más o menos se mantenga, lo que importa es la mano. A misa con eso.

No dijo nada. De hecho, ambos socios ya se habían dicho, en ese preciso momento, las últimas palabras que en vida se cruzarían. Humaña levantó la espada ante sí y torció los ojos para fijar la mirada en su punta. Sí, necesitaba que la engrasaran y la lustraran, pero en otro momento. Ahora tocaba librarse de su molesto socio. Ah, Leyva... Tenía tantas esperanzas puestas en ti... Jamás pensé que serías un cobarde. Fue un error asociarnos para venir hasta Quivira y volvernos tan ricos como reyes.

No obstante, ¿quién no está, en la vida, libre de cometer errores? Si lo haces, te enmiendas y listo. Pues a enmendarse.

Humaña caminó hacia Leyva y, de un puntapié, hizo a un lado el escritorio de madera. Después, blandió la espada sobre sí y golpeó una sola vez sobre el cuello de su socio. Humaña gruñó por el esfuerzo, Leyva emitió un ruidito con el que a saber qué quería expresar y su cabeza rodó por el suelo.

* * *

Jusepe Gutiérrez no estaba contento. No, no lo estaba desde hacía unos cuantos días. Incluso para alguien como él, esto suponía pasarse de la raya. ¿Que cómo era él? Pues un tipo sin gana alguna de pegar un palo al agua. Lo cual, siendo indio y mexicano no resulta sencillo, no vaya a creerse... Aquí, en cuanto te descuidas, vienen los españoles, te bautizan y te ponen a doblar el espinazo de sol a sol. Por ello, cuando, un par de años atrás, se encontró con Humaña y este le propuso entrar a su servicio a cambio de aventuras y prosperidad aseguradas, Jusepe no se lo pensó dos veces. Entonces no sabía una palabra de español ni simpatizaba con sus costumbres. Salvo la de empinar mezcal, claro, pues esto gusta tanto a unos como a otros...

Humaña tenía algo y Jusepe lo intuyó desde el principio. ¿Qué? Una decidida habilidad para sacar de donde no había. Porque, ¿quién era él? Un blanco, que en sí no resulta despreciable, pero un blanco, además, con una desmesurada capacidad para engatusarte en cuanto te descuidabas. Lo hizo con Jusepe Gutiérrez y, al menos, Jusepe Gutiérrez era lo suficientemente avisado para

darse cuenta de que lo había hecho. Y de que lo hacía con otros, otros que, ahí residía el meollo de la cuestión, ni se enteraban de lo que les sucedía.

Humaña no había movido un dedo en su vida y eso no había resultado impedimento para que mostrara una más que saludable orondez. Si esto no es síntoma inequívoco de grandeza, que baje el dios de los blancos y lo vea.

De manera que el uno para el otro. Obviamente, jamás habrían podido ser socios. Los blancos solo se asocian con los blancos y Jusepe, a la vista estaba, no lo era. Él había nacido en México, bastante al sur, donde los españoles llegaban pero sin prisas. Aunque sin pausas. Y llegaron, y le explicaron que, de buenas a primeras, era uno de los suyos. A Jusepe, que ni se llamaba así ni de ninguna forma que vagamente se le pareciera, lo de la españolidad le supuso un cambio radical en su vida: de ser un tío al que el pueblito se le quedaba pequeño pero no tenía adónde ir, pasó a ser un tío al que el pueblito se le quedaba pequeño pero con la anchura de México por todo límite. Aprovechó las circunstancias y sin pensárselo dos veces... Que Humaña se cruzara pronto en su camino fue más una cuestión de suerte que de otra cosa. Pero la suerte sonrío a quien la busca, ¿no?

Ahora tenía veintinueve años, el rostro ajado por el sol y la felicidad sorda de los que deambulan por los caminos en busca de fortuna. Que fue exactamente lo que Humaña le prometió. Nos enterrarán en ataúdes forjados en oro, amigo Jusepe, en oro macizo de la América del norte. Así sería, aunque, de momento, a Jusepe Gutiérrez le interesaba poco el ataúd y mucho la bolsa.

Matar a unos cuantos extranjeros para lograrlo le había dejado mal cuerpo. Entiéndase con todas las letras: Humaña nunca le aseguró que no pudiera suceder. Cuando se va tan hacia el norte, a los apaches te los puedes encontrar. A ellos o a cualquier otra de las naciones bravas que andan por ahí. Y si te las encuentras, luchas, luchas porque en ello te va la mismísima existencia. Pero ¿matar por oro? No es lo mismo lo uno que lo otro y, quizás por ese motivo, ahora mismo Jusepe se hallaba descontento y con las entrañas revueltas.

Habían entrado en el campamento quivira días atrás. Eran artesanos, de forma que todo resultó sencillo. Se los intentó reducir por las buenas, se les encararon y hubo que matarlos. Si no quieres problemas, no andes con plata y oro.

Saquearon limpiamente el asentamiento, pues tampoco daba aquello como para mucho más. Encontraron unas cuantas piezas de poco valor y, cuando ya se marchaban de allí, descubrieron el vaso de oro. Los patrones saltaron de alegría. De un modo o de otro, el vaso justificaba la propia expedición en sí misma. Ya no habían venido hasta aquí en vano. Ya no se habían expuesto a los peligros que conlleva toparse con apaches o con navajos o con comanches. Tenían caballos, corazas y armas, pero un hijo de puta en las llanuras es un hijo de puta en las llanuras. Hasta un sureño como Jusepe sabía que no convenía jugársela con los apaches. ¿Qué clase de enemigo es ese al que le importa un carajo morir de un espadazo en el pecho?

Por ello, porque el riesgo de llegar hasta estos parajes no era pequeño, Jusepe Gutiérrez, conocedor de la controversia surgida entre los dos patrones, se había aliado del lado de Humaña. Mejor, ya que estamos aquí, aprovechar la oportunidad y conseguir el mayor de los botines posibles. No una bolsa sino un saco. Uno bien grande, tan grande que les proporcionara la vida disipada que tanto anhelaban.

Hacía un rato, había visto cómo Humaña ponía rumbo hacia la tienda de Leyva. Se había infundido valor y elocuencia dando un par de tragos largos a la botella del mezcal, de manera que,

en adelante, podría esperarse cualquier cosa. Su patrón no era, en el fondo, un mal tipo. Eso bien lo sabía Jusepe. Sin embargo, se trataba de un hombre de ideas fijas y estaba armado, razones más que suficientes para no andarse con tonterías. Él, desde luego, nunca le llevaba la contraria. Los otros dos soldados pertenecientes a Humaña, tampoco. Di que ellos eran blancos y disfrutaban de un margen mayor para la controversia, pero ni por esas. Con Humaña, mejor callar y obedecer. De una forma tácita, lo consideraban el jefe de la partida, y no ya por cuestiones de carácter, sino por simple y elemental aritmética: Humaña aportaba tres soldados a la expedición y Leyva, solo dos. Y de estos dos, uno era mulato. Duro como las piedras, el muy cabrón, pero mulato a la hora de recontar fuerzas.

Así que cuando Jusepe Gutiérrez observó cómo su patrón se encaminaba hacia la tienda de Leyva y, tras dudar un poco, franqueaba la entrada y accedía al interior, el indio decidió permanecer cerca por lo que pudiera pasar. Que sería todo o nada, de eso estaba seguro. Humaña quería seguir hacia delante y Leyva, dar media vuelta conformándose con lo obtenido. ¿A qué si no encerrarse durante horas para escribir y escribir? Quien escribe es porque no tiene ganas de luchar, eso bien lo sabía Jusepe. Escribir, en suma, es de cobardes.

De pronto, escuchó voces. Gritos. Los profería Humaña y, entre que la vocalización no era demasiado limpia y que el español de Jusepe dejaba bastante que desear, este no entendió nada. Entendió, eso sí, la inflexión. Discutían. Leyva hablaba más bajo que su patrón, pero, aun así, a Jusepe no le gustó su tono.

¿Qué hacer? ¿Entraba y se ponía del lado de Humaña? Habría sido lo correcto, porque estaba allí para conquistar Quivira, sí, pero también para proteger a su patrón de cualquier enemigo que decidiera enfrentársele. Incluido su socio. Leyva jamás le había gustado demasiado... Ese carácter taimado y sutil que tan bien saben reconocer los indios en los españoles... El de los que no van de frente. Porque Humaña sería un asesino inmisericorde, pero tenía buen fondo y carecía de dobleces. Lo cual, llegado un momento, se agradece.

¿Qué hacer? Pues penetrar en la tienda y observar el panorama. Decidido, Jusepe Gutiérrez empujó la tela que separaba el exterior del interior de la tienda y dio un paso al frente. Dos, en realidad. Y se detuvo. Lo hizo porque, en ese preciso instante, Humaña blandía su espadón sobre su cabeza y lo descargaba sobre el cuello de Leyva. Sucedió en lo que Jusepe tardó en parpadear: sin apenas escucharse nada que no fuera el profundo gruñido que profirió Humaña, la cabeza de su socio se desprendió de su cuello y rodó por el suelo.

—A tomar por culo —sentenció Humaña clavando la espada en la tierra y apoyándose en la empuñadura. Daba la impresión de que acababa de realizar un esfuerzo hercúleo, aunque simplemente había decapitado a un buscavidas, que, dicho sea de paso, como todos ellos, no se merecía esa muerte sino una mucho más horrible.

—Patrón... —acertó a farfullar Jusepe.

No tuvo tiempo para añadir nada más pues, a partir de ese momento, los acontecimientos se aceleraron a una velocidad de vértigo. El último recuerdo que Jusepe guardó del tipo que lo había conducido hasta allí era el que se exhibía frente a él: un gordo desnudo de cintura para arriba descansaba sobre su espada clavada en la tierra mientras ríos de sudor le corrían morrión abajo. Un morrión que Jusepe siempre había admirado, con esa elegante cruz de San Andrés labrada en su frente... Si algún día regresaban ricos, se mandaría hacer uno idéntico.

Bien, lo intentaría. Y los próximos tres minutos resultarían determinantes. Un todo o nada de los de verdad. Sobrevives o caes con la misma poca gracia que el pobre Leyva.

Los aullidos de los quiviras recorrieron el campamento español y llegaron a oídos tanto de Jusepe Gutiérrez como de Humaña. El resto de soldados españoles, cuatro en total, ya corría de un lado a otro tratando de ponerse las armaduras y de ajustar las cinchas.

—¡Las escopetas! —gritó uno—. ¡Cargad las escopetas!

—¡Son demasiados! —repuso otro.

—¡Nos están rodeando! —añadió un tercero. La voz se le había impregnado de puro pánico. Ese que sientes no cuando las cosas se han puesto difíciles, sino cuando te ves incapaz de salir de esa ni aunque eches el resto.

Dentro de la tienda, Humaña y Jusepe se cruzaron una mirada lenta. El primero había decidido salir y unirse a sus hombres mientras que el segundo pensó que ya nada de lo que allí estaba teniendo lugar le concernía. Cualquier trato cerrado con el gordo Humaña acababa de prescribir. Es lo bueno de la inminencia de la muerte: que te desembaraza del exceso de equipaje.

A grandes zancadas, Humaña avanzó, espada en mano, hacia la entrada de la tienda. Las espuelas tintineaban mientras avanzaba y la sangre de Leyva resbalaba por el filo de su arma. Dijo algo que Jusepe nunca pudo recordar. Cuando, años después, narró esto que ahora estaba sucediendo, adujo que no había entendido bien. Que Humaña le conminaba a seguirle, probablemente. ¿Qué otra cosa podía haberle dicho ante la inminencia de una batalla? Venga, vamos y que esos hijoputas sepan quiénes somos nosotros.

Y Jusepe lo hizo, de verdad que lo hizo. Es decir, aguardó a que Humaña reanudara el paso y se dispuso a seguirle. Se dispuso, pero no sucedió así. En lugar de avanzar y reunirse con el resto, Jusepe Gutiérrez retrocedió hasta el lugar donde se hallaba el botín cobrado días atrás. Alargó la mano, recogió el vaso de oro y se lo guardó en un bolsillo de sus pantalones.

Después, salió. Un golpe de sol y calor casi lo descalabra. No habría sido un mal final, teniendo en cuenta lo que les esperaba: frente a ellos, a unos doscientos cincuenta pasos de distancia, cientos y cientos de quiviras los aguardaban en formación de línea abierta. Venían meticulosamente pintados para la guerra, con los tatuajes limpios y los cuerpos brillantes. Parecían pumas rayados en mitad de la llanura.

De nuevo, aullaron. Jusepe entendió perfectamente el significado de lo que decían. El quivira es mucho más sencillo que el español: mirad, sabemos que fuisteis vosotros los que asesinasteis a nuestra gente y ahora vais a pagar, con vuestra vida, por ello. Traemos tanto dolor y tanto sufrimiento para vosotros que terminaréis por rogarnos que os matemos. Pero no lo haremos, pues si algo sabe hacer bien un quivira, es enviar lentamente almas a la llanura en la que moran nuestros antepasados.

¿Todo eso en un aullido? Todo.

Jusepe Gutiérrez recorrió, con la mirada, el campamento. Humaña, junto a los cuatro soldados españoles, se apresuraba con los preparativos. Un indio se levanta y va a luchar. Un español tiene que vestirse de arriba abajo. Mientras ello sucede, el español resulta tremendamente vulnerable. Si los quiviras se hubieran dejado de tanto aullido y hubieran atacado, los habrían abatido sin sufrir una sola baja. Pero los cinco hombres se hallaban ya con las corazas puestas, los morriones encasquetados y las espadas en las vainas para poder montar.

Una vez lo hicieran, una vez sobre las monturas, desenvainarían y embestirían a los quiviras con tanta saña que matarían a decenas de ellos antes de que uno solo de los caballos españoles doblara las rodillas. Cuando eso sucediera, y, dada la dimensión de las fuerzas quiviras, sucedería, ya no habría salvación.

Así que Jusepe se dirigió hacia el lugar donde se hallaba el resto, se ajustó la espada al cinturón, saltó sobre uno de los caballos y lo templó mientras los hombres apretaban los dientes y se atusaban las barbas.

—Acabemos con esto de una maldita vez—ordenó Humaña clavando espuelas a su animal.

Los cuatro soldados, tres blancos y un mulato, lo siguieron con fervor. Cuatro hacia la boca misma del infierno.

Jusepe Gutiérrez los observó, palpó el vaso de oro en su bolsillo y clavó espuelas a su caballo en sentido contrario. Tras dos minutos de salvaje cabalgada, giró la cabeza y se cercioró de que nadie lo seguía. Quince minutos después, seguro de hallarse lejos y a salvo, permitió que la montura aflojara. Si la reventaba, tendría que realizar a pie el camino de vuelta a casa. Y había mil leguas hasta allí. O más.

2

Un alto en el camino

21 de julio de 1595

Durante larguísimas jornadas, Jusepe Gutiérrez siguió el curso del gran río que los había conducido hasta Quivira. Sabía qué debía hacer: cabalgar en el sentido de la corriente hasta toparse con un gran ensanchamiento producido por la confluencia del cauce que lo guiaba con uno distinto que debería remontar. Ese cauce, si todo iba bien, lo llevaría hacia un tercer río con curso descendente hacia el sur, es decir, hacia casa.

Parece sencillo, pero no puedes equivocarte, pues si ya estás muy alejado de cualquier lugar amigo, si yerras y sigues el río equivocado, terminarás literalmente en lugares que nadie ha pisado antes. Lugares en los que, a buen seguro, nadie querría estar. O sí. Sin embargo, el talante aventurero de Jusepe no llegaba tan lejos. Quivira ya suponía un confín desconocido. Más allá, los monstruos y el averno endemoniado del que siempre hablaban los frailes.

El problema, aunque puede no parecerlo, no reside en cabalgar bajo un sol inclemente. Ni la falta de víveres o de agua. Jusepe Gutiérrez sabía apañárselas y el desierto da a quien sabe dónde y cómo buscar. No ofrece banquetes pero sí supervivencia. Por ejemplo, un día atrapó una liebre con la que se alimentó durante dos jornadas. Otro, mató una serpiente, cuya carne asó en las brasas de una hoguera. También comió insectos, y hormigas, y bichos que no había visto jamás pero que contribuían a calmar sus tripas. Al hambre, eso bien lo sabía Jusepe, la puedes esquivar, sin ir más lejos, evitando pensar demasiado en ella. ¿Que no? Apuesta.

En cuanto al agua, dado que no se separaba nunca más de media legua del curso de los ríos que seguía, se hallaba asegurada. En un par de ocasiones, incluso, consiguió pescar a mano. El sistema requiere tiempo y paciencia, pero esto era algo de lo que Jusepe Gutiérrez iba sobrado. De nuevo, encendió una hoguera y asó los peces antes de dar buena cuenta de ellos.

En fin, que el camino de vuelta a casa sería largo aunque seguro. No le cabía duda alguna de que se hallaba en la senda correcta. Si creía que se había equivocado, no vacilaba en retroceder y detenerse a cavilar. La mayor parte de las veces, para concluir que el camino que había deshecho era el correcto. Eso le producía una gran satisfacción. ¿Quién le habría dicho que a él se le darían bien estos asuntos? Se orientaba sin confusiones a cielo abierto y las grandes distancias que cubría no lo confundían. Unido todo esto a que el caballo respondía sin mayores dificultades, Jusepe Gutiérrez juzgó que en un mes o dos se encontraría en casa. ¿Qué podría salir mal?

Precisamente lo que salió. Que en las llanuras, y más aún al sur de ellas, se encuentra el enemigo invisible. Está ahí y jamás se dejará ver. No advertirás su presencia, no permitirá que adivines su rastro, impedirá que lo veas venir.

Jusepe Gutiérrez no lo vio. Hasta que los tuvo encima, encima sin ambages, no supo que estaba rodeado de apaches.

Maldito sea el día en el que un dios aburrido decidió ponerlos junto a nosotros.

Eran guerreros, por supuesto. Quince, diecisiete, puede que veinte. Vinieron desde lo recóndito y lo desconocido, que, en mitad de la llanura más inmensa que puedas imaginar, es el mismísimo subsuelo. Debían de llevarlo observando durante, al menos, tres o cuatro días. Como Jusepe Gutiérrez, para no castigar innecesariamente a su caballo, avanzaba despacio y al paso, él mismo contribuyó a ponérselo fácil. Lo emboscaron sin que se diera cuenta y lo hicieron suyo antes de que tuviera tiempo a desenvainar la espada.

Sucedió, más o menos, de esta forma. Jusepe lo había narrado tantas veces que algunos detalles iban yendo y viniendo. Siendo así y sabiendo que se trataba de apaches, no fueron pocos los que le reprocharon no que exagerara, sino que se estuviera, puede que adrede, quedando corto. O a lo mejor no eran apaches... Ya sabes, la típica patraña que te inventas cuando quieres impresionar. ¿No serían pimas? ¿U hopis? ¿Quizás zunis? A Jusepe, entonces, le comenzaba a temblar el labio inferior. ¿Cómo que no eran apaches? ¿Que no lo eran? Se había pasado trece meses entre ellos, así que no había ser vivo en el mundo que tuviera lo que hay que tener para presentarse ante él y discutirse. Y, ojo, que si a Jusepe Gutiérrez por algo se le conocía, era por su carácter templado y poco dado a los alborotos. Pero si vienes provocando...

Al grano. Eran guerreros, sin la menor duda. En realidad, bastaría con decir que se trataba de una horda de varones, pues todos los varones apaches son, indefectiblemente, guerreros. Tenga siete o setenta años, el bastardo en cuestión. Un varón apache siempre te enfila sin importarle las consecuencias. Porque, si algo tiene claro el varón apache es que, si tras el enfrentamiento muere, mejor para él, pues la gloria lo acompañará durante su existencia en las praderas eternas. Trasladarán su cuerpo a tierra sagrada y allí, junto a todos los que siguieron idéntica suerte, será merecedor del mayor de los respetos a los que un apache puede aspirar: que jamás nadie perturbe su cadáver mientras durante meses, años o, incluso, siglos, se descompone a la intemperie. Atesoramos cráneos, y tibias, y costillares casi completos de los abuelos de los abuelos de nuestros abuelos.

Eran guerreros, sumaban cerca de una veintena y lo aguardaron en un paraje arenoso junto al cauce del río. Por algún motivo que Jusepe Gutiérrez nunca supo explicarse, los apaches dieron por hecho que él elegiría, de entre todas las posibles, aquella ruta. Debía reconocérselo, los apaches no se equivocaron.

Cuando tuvieron el caballo tan cerca que sintieron su aliento, los apaches se levantaron de entre la arena en la que se habían enterrado y, todos a una, se lanzaron sobre el animal, lo agarraron de los correajes y tiraron de ellos hasta lograr tumbarlo. Se trataba, en su mayoría, de hombres jóvenes de veintitantos años, y puede que tres o cuatro superaran la treintena. Había, también, un par de ancianos aún ágiles y seis o siete niños de ocho o diez años. Los peores, pues eran los que más necesitaban demostrar. El coraje apache no es como el español, que se supone, sino que hay que manifestarlo siempre, en todo lugar y aunque acarree, como resultado, la propia muerte.

Jusepe Gutiérrez apenas tuvo tiempo para retirar la pierna antes de que el caballo se la aplastase. Apenas tuvo tiempo, tampoco, de evitar la furia salvaje de los que le atacaban. Los apaches, casi con toda seguridad por puro azar, lo habían derribado por el flanco izquierdo, de

manera que cayó sobre la espada y, aunque lo intentó, no pudo desenvainar. Mejor, como comprendió poco después: si lo hubiera hecho, ellos lo habrían matado. Quizás se hubiera llevado a uno o dos por delante, pero el hecho cierto era que, ante la superioridad de los apaches, poco se podía hacer. Aguardar cierta misericordia, nada más.

Y la tuvieron, sí, la tuvieron. Por supuesto, al estilo apache, como son siempre las cosas cuando tratas con estos malnacidos. Ellos no sirven a nadie, no dependen de nadie, no imitan a nadie. No se adaptan, no alteran sus planes, no miden las consecuencias. Deseaban capturar con vida a Jusepe y a su caballo y exactamente eso hicieron.

Un guerrero de quince o dieciséis años se encaramó sobre él y puso las piernas a horcajadas sobre su pecho. Llevaba arena pegada a la piel y Jusepe notó cómo parte de ella se desprendía durante el breve forcejeo que mantuvieron. Nada del otro mundo, pues el guerrero alzó un hacha de filo de piedra sobre su cabeza y Jusepe, de inmediato, se rindió. Un español, en idéntica circunstancia, se habría jactado de su victoria. El apache, por el contrario, no humilló al vencido, pues consideraba que, de alguna forma, eso devaluaba su triunfo. Jusepe había luchado tan bien como había sabido y solo la astucia apache lo había doblegado. Batallaban, pero con honor tanto en la victoria como en la derrota, tanto para los que vencen como para los que son derrotados.

Humaña, pensó Jusepe Gutiérrez, no habría dudado en rebanarle el cuello a su oponente indefenso. Le habría cortado las orejas o la nariz, se habría carcajeado a mandíbula batiente, habría soltado babas de emoción... El guerrero apache lo miró, aceptó la rendición de Jusepe y bajó el hacha. Nada más.

El caballo, como no podía ser de otra forma, se llevó un susto de muerte. Pobre animal... Relinchó de puro pánico hasta que los mismos apaches, cuando todavía lo tenían tendido en el suelo, comenzaron a calmarlo con caricias y palabras al oído. Estaba atrapado e impedían que se pusiera en pie, pues no se fiaban de la reacción del animal. ¿Y si salía al galope? Lo perderían para siempre y no querían arriesgarse a que algo así sucediera. El animal les pertenecía, pero desde el mismo instante en el que lo abatieron comenzaron a amarlo. Por ello, los doce o quince guerreros que lo sujetaban con fuerza por todas las partes de su cuerpo trataron de transmitirle el sentido de sus intenciones: lo liberaban de la servidumbre a la que los españoles lo habían tenido sometido y ahora gozaría de una nueva vida en las llanuras. Era, ya en ese momento, un caballo apache. El primer caballo que la banda poseía. No sería el último.

Una vez conseguido el objetivo y rendido Jusepe Gutiérrez, los apaches se relajaron. Muy despacio y puede que hasta con ternura, permitieron que el caballo se pusiera en pie. Cuatro guerreros sujetaban con fuerza las bridas. Cinco más lo acariciaban en el cuello, las patas y la grupa. Los muchachos más jóvenes se situaron frente a él y sonrieron abiertamente al animal. Jusepe observó que a algunos no habían terminado de salirles los dientes definitivos.

Por cierto, de él se olvidaron. Es decir, no, no se olvidaron, pero sí hicieron como que no se hallaba presente. Jusepe, cuando el guerrero que lo había derribado se incorporó, aprovechó la ocasión para arrastrarse por la tierra, alejarse unos cuantos pasos y, una vez allí, ponerse en pie muy despacio y tratando de que sus gestos no mostraran hostilidad de ningún tipo. Ni siquiera se habían molestado en arrebatarle la espada porque, ¿para qué? ¿Acaso la iba a emprender a mandobles él solo contra toda la banda?

Ese instante, ese momento preciso, determinó lo que serían los siguientes trece meses en la vida de Jusepe Gutiérrez: devoción ilimitada hacia una bestia que ellos consideraban

extraordinaria y bastante indiferencia en torno al tipo que la había llevado hasta ellos. Sí, le obligaron a ganarse el sustento. Y de qué forma, añadiría siempre, en sus narraciones acerca de lo sucedido, Jusepe Gutiérrez. De un modo que no admitía discusión, los apaches lo convirtieron en su esclavo y, aunque no lo golpeaban ni lo maltrataban, hacían que trabajara de sol a sol y aún más.

La banda, cuyo campamento se hallaba a tres días de camino a pie desde el lugar donde lo habían asaltado, tendría, según calculó Jusepe, un centenar largo de miembros. Disponían de perros de tiro y habitaban unas tiendas que, por su aspecto, llevaban mucho tiempo sin ser desmontadas. Puede que estuvieran en el lugar desde hacía uno o dos años. Se hallaban cerca de las rutas de las manadas de bisontes y a su caza se dedicaban casi con exclusividad.

En una ocasión, se llevaron con ellos a Jusepe y, así, pudo observar la maniobra de la batida. Una maniobra que, con la práctica, los apaches habían perfeccionado hasta la excelencia. Se acercaban a las grandes manadas y aguardaban a que un ejemplar se separara lo suficiente como para que varios hombres se situaran, sin riesgo, entre él y el resto de bestias. Nada sencillo, pues si algo caracterizaba a las grandes manadas de bisontes era lo compacto de su avance: si un ejemplar se separaba por los extremos, no lo hacía a más de tres o cuatro cuerpos de distancia antes de retornar a la protección del grupo. Era ese el momento en el que los apaches, a la carrera, se introducían en el hueco y, con gritos y aspavientos, trataban de que el bisonte en cuestión se separara, aún más, de la manada. Jusepe observó, con sus propios ojos, machos cuya testuz se levantaba del suelo casi a la misma altura que la de la cabeza de un hombre adulto. Una coxa de un animal así podía suponer la muerte. Un pisotón te arrancaba un pie y, si tenías la mala suerte de tropezar y caer entre sus pezuñas, podías despedirte de este mundo.

Jusepe Gutiérrez experimentó algo parecido a la admiración cuando vio cazar, de aquella manera, a los apaches. Después, y una vez abatido el ejemplar, le indicaron por señas que comenzara a desollarlo mientras ellos celebraban el éxito mediante una ceremonia que, para él, siempre resultó inextricable.

Oh, y, por supuesto, le desposeyeron de su vaso de oro. Fue a parar a manos del jefe de la banda, que resultó ser un tipo flaco y alto al que una larga melena negra le caía espaldas abajo. Tenía los ojos del color del azabache y una esposa que no habría cumplido ni los doce años. Cuando Jusepe entraba en su tienda, y lo hizo varias veces a lo largo de los trece meses que duró su cautiverio, veía el vaso de oro en uno de los rincones de la misma. Al parecer, al principio le había parecido una buena idea quedarse con él, pero, con el tiempo, perdió el interés.

Todo lo que una carpa puede observar

28 de agosto de 1596

Al final, lo que uno no haga por sí mismo no lo va a hacer nadie. Esto lo había tenido siempre claro Jusepe Gutiérrez, pero desde que los apaches lo capturaran, si cabe, más. Y no es que lo trataran exactamente mal... Pero tampoco bien. Y, sobre todo, carecía de la capacidad de decidir. De recoger sus cosas, dar las gracias y marcharse con Dios. No, ni hablar, eso se lo habían dejado bien claro, desde el principio, los apaches. Tú nos perteneces. Eres nuestro, tan nuestro como es el caballo que venías montando. Así que, aunque no nos pasemos el día golpeándote con un palo en las costillas, hazte a la idea de que quien manda en este campamento somos nosotros. Tú, en lo que a nosotros respecta, no te diferencias en nada de los blancos: eres un extranjero, un no-apache. En consecuencia, te consideramos nuestro enemigo y te mataremos sin miramientos a la mínima de cambio.

Jusepe, sabido todo esto desde el principio, no tentó su suerte. Quería irse, deseaba, con toda su alma, largarse de allí y poner cientos de leguas de por medio. ¿Llevaba una mala vida y la que anhelaba sería mejor? Pues no exactamente, y bien que lo sabía Jusepe. Los apaches lo hacían trabajar muy duro, pero, a cambio, le dejaban dormir a buen resguardo y no le faltaba alimento. Llegó a simpatizar con algunos de ellos, a chapurrear su jerga, a enamorarse de una de sus mujeres. Los apaches, cuando se dieron cuenta, lejos de castigarle, le animaron a que iniciara un cortejo en toda regla. O, al menos, eso le pareció a Jusepe. Pero ¿y si se equivocaba? ¿Y si creía que los apaches le estaban diciendo una cosa y, en realidad, advertían de la contraria? Él habría jurado que le incitaban a entablar relaciones con la mujer. Sin embargo, la mujer no se daba por aludida. Ni lo miraba a la cara. De manera que, con lo uno y con lo otro, Jusepe Gutiérrez optó por la prudencia, que siempre es una razonable estrategia.

No, no pondría la mano en el fuego y aseguraría que la vida que deseaba al sur sería mejor que la que llevaba entre los apaches. Sin embargo, había una diferencia, y era de tal calibre que Jusepe no se la podía quitar de la cabeza: al sur se podría morir de hambre mientras que, entre los apaches, no le faltaría una escudilla de comida; y, no obstante, en un lugar sería libre y, en el otro, un esclavo.

Y él no había nacido para ser esclavo. Así que aguardó su oportunidad. Trece largos meses aguardando pacientemente. Sabía que solo tendría una, que los apaches, si tras darse a la huida lo atrapaban, lo matarían tras torturarlo durante días simplemente para divertirse. No eran mala gente y eran, al tiempo, unos grandísimos hijos de puta. Jusepe no sabría explicarlo con otras palabras, pero era justamente así.

Por fin, llegó el día en el que vio clara su oportunidad. La mayor parte de los guerreros había salido de caza y en el campamento únicamente quedaban las mujeres, los ancianos y los niños menores de siete años. Unos cuantos perros llenos de pulgas y miles de moscas rondando las pieles curtidas que se secaban lentamente al sol.

El campamento se abastecía de agua gracias a un sistema de pozos excavados en la tierra en los que se guardaban odres que cada dos o tres días había que rellenar. El sistema era sencillo e ingenioso, pues el agua, bajo tierra y cubierta con pieles de bisonte, mantenía una frescura razonable incluso en verano. Cuando a alguien se le despertaba la sed, no tenía más que acudir al agujero más cercano, apartar la piel y, con cuidado de no derramar ni una gota, abrir el odre y dar un trago.

Jusepe, además de tres hombres más que, debido a que les faltaba una pierna o un brazo, no podían salir de caza junto al resto, se encargaba de mantener llenos los odres. Los apaches raramente daban órdenes a Jusepe. El acuerdo era mucho más sutil: te hemos explicado una sola vez qué esperamos de ti y, salvo que de pronto te magulles la cabeza con una piedra y te vuelvas tonto de remate, consideraremos que todos los días realizarás tus tareas; si no lo haces, te castigaremos con tal saña que implorarás que te matemos para, así, terminar con el sufrimiento.

Ni que decir tiene que Jusepe Gutiérrez nunca dejó de realizar diligentemente sus labores. Aquel día, sin ir más lejos, fue el primero de los hombres en echarse un odre casi vacío a la espalda y tomar el camino del río. Los otros tres tipos encargados del trabajo eran apaches. Tullidos, pero apaches. A buen seguro, tenían lazos familiares establecidos entre ellos. Porque, esa es otra, aquí todo el mundo era primo de alguien, o tío, o sobrino, o nieto, o yerno. La red familiar de los apaches desafiaba a cualquiera a que la comprendiese. El mismo Jusepe, que siempre, por la cuenta que le traía, estaba atento, no había captado ni la décima parte de las relaciones familiares y, en consecuencia, jerárquicas, de los apaches. Porque, aquí y en Roma, no es lo mismo ser el hermano del jefe que del desgraciado a cargo del abastecimiento de agua.

Cuando llegó al río, procedió a llenar el odre y observó en torno a sí. A pesar de que aún faltaban bastantes horas para que el sol alcanzara su cénit, el calor apretaba ya con intensidad. La calma, en las riberas del río, solo se rompía por el canto de las cigarras. Jusepe tenía los pies metidos en el cauce y situaba el odre en el sentido contrario a la corriente hasta que, por sí solo, se llenaba. Una vez finalizada la tarea, usó un cordón de cuero para cerrar la boca del odre y, tras echárselo nuevamente a la espalda, salió del río y emprendió el camino de regreso al campamento.

La distancia era corta, de unos doscientos pasos, puede que ni eso. Jusepe se encaminó hacia el agujero que correspondía al odre que transportaba, lo dejó caer dentro y lo cubrió con la piel de bisonte para que el sol no lo calentara a lo largo de la jornada.

Después, se tomó unos segundos para observar. Unas cuantas mujeres habían comenzado a amontonar leña para encender una hoguera. Debido a la abundancia de carne, la dieta de la banda apache no difería mucho de un día para otro: comían carne asada, carne a la brasa y, a veces, la estofaban en grandes cuencos de barro que, dicho sea de paso, constituían una de las más preciadas posesiones de los apaches. Si un grupo de niños jugueteaba cerca del lugar donde se guardaban, las mujeres lo espantaban a pescozones y patadas. Muchas preferían quebrar una costilla a su propio hijo que ver cómo su propio hijo rompía uno de aquellos preciadísimos cuencos.

De los tres hombres que se suponía que debían ayudarlo con los odres no sabía nada. Estarían fornicando. Porque, entre los apaches, se fornicaba y de qué manera. Ni siquiera se guardaban las formas, pues fornicar mucho y a todas horas se consideraba lo adecuado. Si una mujer en edad de procrear no se hallaba en cinta, se convertía en una mujer mal vista. Por los hombres, sí, pero sobre todo por las propias mujeres. Parecían echarle en cara que no ponía lo suficiente de su parte para quedarse preñada... Y es que, ¿qué sería de la nación apache sin niños? Necesitaban imperiosamente guerreros y vientres para engendrar más guerreros que sustituyeran a los guerreros que sucumbían. En el tiempo que Jusepe Gutiérrez pasó entre ellos, vio cómo seis hombres morían. Cuatro en enfrentamientos con tribus enemigas y dos en la caza del bison. Ninguno superaba los treinta años. Aquí, la verdad sea dicha, se moría a buen ritmo. Qué menos que embarazar mujeres para reemplazar a los que se marchaban, ¿verdad?

Pues ahí tenía el momento que con tanta paciencia había buscado. Unos de caza y otros fornicando. Hora de largarse de aquí, Jusepe.

Tenía que moverse rápido para tomarles ventaja. Sabía que saldrían tras él, que no lo darían por perdido sin antes dedicar unas cuantas jornadas a perseguirle. Y en ello, los apaches eran verdaderamente buenos. Jusepe los había visto seguir rastros y leer en la tierra. Allá donde él no veía nada, siquiera la más ínfima de las huellas, los apaches distinguían el rumbo que había tomado aquel al que acosaban, la rapidez con la que se movía y hasta el tiempo que había transcurrido desde que el rastro había sido marcado en la tierra.

Y una cosa más. Del caballo se debía olvidar, qué remedio... Pero del vaso de oro, no. Moviéndose todo lo rápido y sigiloso de lo que era capaz, Jusepe Gutiérrez penetró en la tienda del jefe de la banda y la registró hasta dar con él. Por suerte, los apaches no sentían apego hacia los objetos y no conservaban nada que no les fuera auténticamente esencial. De hecho, a Jusepe le dio por pensar que el jefe apache guardaba el vaso más por tratarse de un trofeo ganado con gallardía que por el valor del oro en sí mismo.

Y listo. Carecía de más equipaje. Se guardó el vaso de oro en un bolsillo y fingió que continuaba con sus tareas. Se aproximó al siguiente agujero excavado en el suelo, extrajo el odre vacío, se lo puso a la espalda y se encaminó hacia el río para llenarlo. Cuando haces lo que se supone que debes hacer pero tú sabes que las intenciones que albergas son otras, crees que todo el mundo es capaz de leer tu propósito en el aire. Jusepe Gutiérrez no era ajeno a esta emoción y, durante el corto trecho que lo aproximaba al río, creyó que cien pares de ojos se clavaban en él: se había dejado de cocinar, de curtir y hasta de fornicar. Lo que fuera necesario con tal de observar cómo la monotonía se rompía gracias a Jusepe y a sus planes secretos.

Comenzó a sudar. Y creyó que daba algún que otro traspie, que el paso se le alteraba, que las piernas le temblaban. En rigor, de momento no había hecho nada malo. Pensaba hacerlo, lo cual se le parece, pero no es lo mismo.

Cuando llegó al río, el corazón le latía tan deprisa que parecía que iba a salirse por la boca. Algo que, mira por dónde, los apaches harían si lo atrapaban. Entre risas y buen humor, que la tortura siempre ha sido motivo de chanza entre nosotros.

Levantó la mirada por última vez y se dijo que el instante era el propicio: necesitaba imperiosamente tomar ventaja, ganar tiempo con respecto a la partida que se pusiera tras su rastro. Cuanto más lejos estuviera de allí en el momento en el que los apaches se lanzaran tras él, más posibilidades tendría de que no lo atraparan.

El cauce del río, aunque ancho, bajaba tranquilo en esta época. Jusepe Gutiérrez lo había recorrido más de un año atrás cuando, junto a los hombres de Humaña y Leyva, viajó rumbo a las riquezas de Quivira. Se trataba del mismo río, no le cabía duda alguna en torno a ello. Si a algo le había dado vueltas durante los últimos meses era a la posibilidad de que se estuviera equivocando de cauce. ¿Y si remontaba el río que no era? ¿Y si solo conseguía alejarse más y más de casa? Cerró los ojos y trató de ahuyentar ese tipo de pensamientos. No, el río que ahora mismo fluía en torno a sus pies era el río que debía seguir. Estaba segurísimo de ello. No se equivocaba, no lo hacía y, si lo hacía, pues mala suerte.

Lo que tenía claro era que se marchaba de allá.

Jusepe Gutiérrez soltó el odre y la calmosa corriente lo arrastró durante un rato hasta que quedó trabado en unas piedras. Acto seguido y sin abandonar el cauce, comenzó a correr hacia poniente.

* * *

Correr, corrió, pero la ventaja que obtuvo nunca fue de las de quedarse tranquilo. De los apaches se podrán decir muchas cosas, pero no que la suerte no la tienen siempre de frente. Es algo rotundo e inmutable: sea para practicar el bien o el mal, al apache, la fortuna, por regla general, le sonrío.

Les sonrío cuando Jusepe Gutiérrez comenzó su huida. Y es que uno de los apaches tullidos y fornicadores, uno de esos que debía estar trabajando codo con codo con Jusepe desde primera hora de la mañana, por fin había concluido lo suyo y se había puesto manos a la obra. Salió de su tienda, estiró la espalda cuan larga era y puso rumbo hacia los agujeros y los odres. Observó que en un agujero había un odre ya relleno. El apache comprendió que Jusepe llevaba un rato trabajando y que se había adelantado en las labores. Ahora, sin duda, se hallaba en el río llenando su segundo odre del día.

Con parsimonia, pues tampoco le iba la vida en ello, el apache recogió un odre vacío y, con él al hombro, se encaminó hacia el río. Fue allí cuando se dio cuenta de que algo marchaba mal. Un odre flotaba en el agua junto a unas piedras y no había ni rastro de Jusepe.

El apache se lo pensó durante unos instantes. Recorrió, con la mirada, las inmediaciones. Quizás Jusepe estuviera orinando. Pero no, no lo veía por ningún lado. Lo llamó de un grito y aguardó respuesta. Nada. Solo el silencio de la cálida mañana en la llanura.

Los apaches tienen mucha suerte y poca paciencia. Cualquiera en lugar de este tipo se habría tomado más tiempo antes de dar la voz de alarma. ¿Y si Jusepe, por fin, había decidido ir tras aquella mujer por la que bebía los vientos? ¿Qué mejor momento que este, cuando los guerreros han salido de caza y en el campamento reina un perezoso letargo?

No. El apache intuyó que nada de eso había sucedido. Algo le dijo que la verdad era otra. Esta: el cabrón se ha largado.

De acuerdo, iremos tras tus pasos. No vamos a dejar que te marches. No porque nos estés solucionando la vida con tu duro trabajo, sino porque tu huida es nuestro deshonor. Te dijimos que nos pertenecías. Te dijimos que no te trataríamos mal mientras no nos tocaras los cojones. Bien,

nos los has tocado. Es nuestro turno. Nadie nos humilla en la forma en la que tú lo has hecho. Te quisimos como a un hermano y ahora te vamos a arrancar las uñas y la cabellera.

Arrojando el odre al suelo, el apache giró sobre sus talones y regresó al campamento. Una vez allí, gritó unas cuantas instrucciones en voz alta. Cualquier apache puede invocar al resto. Cualquier guerrero puede iniciar una batalla. Todo hombre está obligado a responder a las llamadas a la acción. Si no fuera así, si este simple precepto se pusiera en duda, las mismísimas raíces sobre las que se asienta la nación apache se pudrirían al instante. Todo un modo de comprender el mundo demolido en un instante.

No sucedería. No sucedió. Un tullido, un hombre que ni para salir a cazar servía, invocaba a la banda y la banda no tardó ni un respiro en responder. De inmediato, hasta diez hombres más se habían reunido en torno a él. Cinco de ellos eran ancianos que apenas podían mantenerse en pie. Se pasaban el día en el interior de sus tiendas observando la nada y reviviendo, en su memoria, tiempos mejores. Dos más eran niños que se hallaban enfermos y que, por ello, no habían acudido, junto al resto, a la cacería del bisonte.

El apache que había dado la voz de alarma tranquilizó a los ancianos. Solo se trataba del esclavo. Había escapado e irían tras él. Pero los ancianos podían regresar a su descanso. Uno insistió con voz más o menos firme. Otro, también, pero este con la boca pequeña. Tenía artritis, le faltaba un ojo y apenas podía dar tres pasos seguidos. Iría, iría...

Enviaron a los viejos de regreso a sus tiendas e hicieron lo mismo con los dos críos. Quedaban cuatro hombres adultos. Con ellos, sería suficiente para emprender la persecución. Un buen número: demasiado bajo habría supuesto una indignidad para la banda; demasiado alto, habría dado a Jusepe una importancia de la que carecía.

Los cuatro apaches dijeron que regresarían en cuanto lo atraparan. Podía ser antes de que cayera el sol o en cuestión de unos pocos días. No creían que Jusepe fuera demasiado hábil ocultando su rastro, pero peores cosas se habían visto en la vida. Los apaches nunca desdeñaban las capacidades de un adversario. Se lo enseñaban a los niños desde antes de que aprendieran a andar: no te fíes de nada ni de nadie, salvo que sea uno de los tuyos.

Cuando llegaron al río, vieron los rastros dejados por Jusepe. A ojos de los apaches, refulgían en la tierra arenosa. Del problema al que se enfrentarían, se dieron cuenta a continuación: Jusepe había entrado en el río pero no había salido de él. Recorrieron una orilla y la otra buscando el lugar donde el rastro se retomaba, pero no lo encontraron.

Caminaba por el agua. Eso haría que su avance fuera lento y cansado. Sin embargo, daba a Jusepe una pequeña ventaja: los apaches debían elegir en qué sentido del cauce iniciar la búsqueda. ¿Hacia dónde huiría el esclavo que un día, mucho tiempo atrás, vimos llegar a lomos de un caballo?

* * *

Hacia el oeste, siempre hacia el oeste, por supuesto. Si de algo no había tenido dudas jamás Jusepe Gutiérrez era de esto. Su hogar y su gente se hallaban en poniente. Esto quería decir que debía remontar el cauce del río, ir, en consecuencia, contra corriente.

Lo cual añadía dificultad a su plan. Pensaba mantenerse dentro del agua durante unas cuantas horas. Corría en la orilla, pero cuidándose mucho de mantener, siempre, al menos un par de palmos de agua a sus pies. Si por descuido dejaba una huella impresa en la arena seca, una sola, los apaches la encontrarían y él les habría otorgado una certeza que, a buen seguro, marcaría su suerte: sabrían que se hallaban en el buen camino.

Por ello, Jusepe prefería avanzar despacio y no cometer errores. Despacio y deprisa, todo al mismo tiempo. Porque, justo es afirmarlo, el corazón le latía muy rápido y notaba cómo la sangre hinchaba cada una de las venas de su cuerpo. Debía alejarse, debía alejarse, debía alejarse. Se lo repetía tantas veces que, pronto, no tuvo otro pensamiento en la cabeza. Las obsesiones, cuando te encuentras en la situación de Jusepe, no son un problema sino una solución. Te arriesgas a volverte loco si perseveras en ellas, pero, mientras tanto, te mantienen alerta, centrado y vivo. ¿Qué más se puede pedir?

Pasado el mediodía, aflojó el paso. Se notaba cansado y debía ahorrar fuerzas. Fue entonces cuando los vio. Se encontraban a unos quinientos pasos. Cuatro hombres, dos en cada orilla del río. Avanzaban de una manera que Jusepe Gutiérrez pronto supo identificar: buscaban su rastro; no lo seguían, sino que lo buscaban. ¡Bien por él! Todavía no lo tenían.

Lo primero que hizo fue tumbarse y reptar hacia el centro del cauce, hacia aguas profundas. Percibía la lenta corriente tirando en sentido contrario al de su marcha. Se quitó toda la ropa excepto los pantalones y se sumergió para ocultarla, bajo piedras, en el fondo del lecho. Giró la cabeza para observar a sus perseguidores: menos de cuatrocientos pasos; se acercaban.

Jusepe supo que debía conducirse con astucia. Ojalá no fuera así, ojalá le bastara con correr y correr, pero sabía que, de ese modo, terminarían por atraparlo. Así que tomó la determinación, y no fue sencillo pues pugnaba contra sus instintos más arraigados, de aguardarlos, permitir que le dieran alcance y ocultarse tan bien como pudiese para que no lo descubrieran.

¿Cómo se oculta un indio mexicano de cuatro indios apaches? Con tanto miedo en las entrañas que pareciera que una existencia completa se había condensado en ese instante único. Jusepe Gutiérrez, que era español y estaba bautizado, se dijo que por probar no pasaba nada y comenzó a rezar oraciones a un dios del que le habían hablado muy bien pero a cuyo lado no lo había sentido demasiado en los últimos trece meses. Que por él no quedara. Rezó cuando se situó junto a unas peñas en la parte profunda del cauce. Rezó cuando dejó de hacer pie y se sostenía solo agarrándose con los dedos a la arista de una piedra. Rezó cuando la imperceptible corriente comenzó a mecer, con suavidad, su cuerpo. Y rezó, vaya que si rezó, en el momento en el que escuchó las primeras voces de los apaches.

No distinguía qué decían. ¿Que quizás era hora de dar media vuelta y regresar? No, imposible. Demasiado pronto para algo así. ¿Que el fugitivo no debería andar demasiado lejos? Sí, seguro que charlaban en torno a esa posibilidad. Porque no había otra. ¿O acaso alguien creería que los apaches eran tan tontos como para creer que a Jusepe le habría dado tiempo a poner mucha más tierra de por medio?

Está por aquí. Solo tenemos que encontrarlo.

Jusepe Gutiérrez miraba hacia el cielo. Sobre la superficie del agua únicamente se hallaba la parte alta de su rostro: los ojos para ver y la nariz para respirar. Nada más. Le dolían las puntas de los dedos, pues llevaba ya un buen rato asiéndose solo con ellas a la roca, que evitaba que la corriente lo arrastrara.

Los cuatro apaches llegaron a su altura. Entonces, Jusepe, muy despacio para no hacer ningún ruido, tomó una gran bocanada de aire y se sumergió. Bajo el agua, con los ojos abiertos, observó que una carpa se acercaba hacia él y se lo quedaba mirando. Jusepe, aun con dos palmos de agua sobre la cabeza, continuaba escuchando las voces de sus perseguidores. ¿Lo habían encontrado? De puro miedo, se orinó encima. Mientras lo hacía, pensó en qué sabrosa era la carne de carpa asada sobre unas brasas. Las mujeres apaches las pescaban de cuando en cuando y él la había probado en varias ocasiones a lo largo de su cautiverio. Deliciosa, tanto que barajó la idea de ponerse en pie, advertir a sus perseguidores de su presencia e informarles de que aquel paraje estaba atestado de peces bien gordos y apetitosos. Fue una idea completamente estúpida. Tanto que, mientras la tenía, el propio Jusepe se estaba dando cuenta de ello. No habría perdón para él. Incluso, aunque se creyeran la mentira de que había caminado hasta allí con la inocente intención de pescar y no de huir, lo castigarían hasta extremos que ni siquiera era capaz de imaginar.

Al rato, entendió que necesitaba salir a respirar. Parecía que las voces, poco a poco, se alejaban, pero él ya no aguantaba más. Los pulmones le estallarían si no emergía a la superficie y abría la boca.

Aguantó, aguantó tanto como pudo porque se jugaba la vida en ello. La carpa seguía ahí, mirándolo absorta. Le habría dado por pensar que jamás había visto a un tonto tan grande como Jusepe. La carpa no había conocido mucho más mundo que un tramo pequeño de río y las dos o tres pozas que frecuentaba. Una vez, coincidiendo con una crecida, descendió durante un buen trecho en el sentido de la corriente, pero, tras averiguar que todo lo conocido y lo por conocer se parecían bastante, regresó al territorio en el que ella se sentía segura. Hizo bien, porque, de lo contrario, se habría perdido el magnífico espectáculo que ahora se hallaba contemplando. Merecía la pena haber vivido para ver algo semejante. Este tipo la va a palmar si no sale y respira de una santa vez.

El tipo salió y respiró. Fue una bocanada que valía por mil. Jusepe Gutiérrez recorrió, con una mirada aterrorizada, los alrededores y comprendió que los apaches ya no estaban.

Lo había logrado. Era libre.

¿Quién manda aquí?

9 de febrero de 1599

Mendoza y Botero se hallaban de guardia sobre el tejado del ayuntamiento. Hacía casi tres meses desde el último asalto, así que se lo tomaban con calma. Mala suerte sería que nos atacaran en nuestro turno, ¿verdad? De manera que tenían una botella de mezcal y bebían, siempre a sorbitos, de ella. Para infundirse ánimos, para matar el tiempo, por no pasarse las horas mirando al cielo. El adelantado estaba pacificando hacia el norte, pero, con todo, Mendoza y Botero preferían no tentar a su suerte. Ese maldito hombre tenía ojos en todas partes y, tarde o temprano, terminaba por enterarse de hasta el más nimio de los sucesos. Sobre todo, de aquellos que podían poner en peligro la seguridad de San Gabriel del Yunque, a saber y por orden decreciente de importancia: emborracharse, encamarte con una mujer que no es la tuya y gastar munición sin venir a cuento. Por cualquiera de estas tres cosas, el adelantado era capaz de llamarte a su presencia y ponerte los puntos sobre las íes. Y nadie quiera saber qué era esto para alguien como el adelantado.

Así que bebían pero poquito. Lo dicho, por matar el tiempo. En cuestión de media hora poco más o menos, cuando el sol se ocultara por el horizonte, llegaría el relevo de la guardia y ellos se podrían marchar a sus casas. Lo peor, aquí y en cualquier parte, es la guardia nocturna. Por suerte, ellos dos llevaban más de dos meses sin hacer una, con lo cual dormían en sus camas y con sus esposas. Sabían que el adelantado los había eximido de esas guardias por su demostrada incompetencia, pero a ellos dos les daba igual. Eran colonos, por el amor de Dios, no soldados. Comprendían la necesidad de arrimar el hombro, claro que sí, pero hasta eso tiene un límite. Que el adelantado no necesitara dormir ni comer ni acostarse junto a su esposa no significaba que el resto fuera igual. ¿Cuántas leguas llevaba recorridas ese hombre desde que fundaran el pueblo, tan solo siete meses atrás? ¿Cuántos miles de leguas? ¿Y a santo de qué? ¿Pero no habían cabalgado hasta allá para fundar un nuevo pueblo? Pues fundado estaba. Ahora tocaba conseguir que las personas que vivían en él hicieran del mismo su hogar. ¿Tan difícil era de entender algo así? Los hombres como Mendoza y Botero lo habían dejado todo atrás. Habían vendido todas sus posesiones en el sur y se habían alistado a la partida del adelantado. A juicio de ellos, que estaban allí únicamente para hacer fortuna y ver cómo sus familias prosperaban, los asuntos en San Gabriel no acababan de arrancar. ¡Plata! ¡Ellos estaban allá porque el adelantado les había prometido que al norte había plata como para levantar una catedral con ella! Y lo harían, desde luego que lo harían, porque a píos, a Mendoza, a Botero y al resto de colonos españoles, no los

ganaba nadie. Pero un poco de esa plata, un poquito al menos, debía caer en sus bolsillos. Se la merecían y se la ganaban, cada día, a pulso.

De momento, sin embargo, la búsqueda de plata por parte del adelantado no había arrojado demasiados frutos. Los colonos no abandonaban San Gabriel y, por lo tanto, desconocían qué se hacía y qué no se hacía más allá de los límites de su empalizada. Pero los soldados que acompañaban al adelantado en sus partidas de exploración contaban que se ocupaba más tiempo en la pacificación de salvajes que en la búsqueda de minas de plata. Lo cual está muy bien, entiéndase, porque esto de pasarnos la vida encaramados a un tejado y oteando el horizonte por si nos atacan no es algo que agrade a nadie. Lo hacemos porque no queda más remedio, pero daríamos un brazo por no tener que estar aquí. O, si no un brazo, porque es demasiado, sí el dedo meñique de la mano izquierda, que nunca entendimos para qué sirve ni por qué Dios nos lo puso ahí.

—¿Qué es eso? —preguntó Botero girándose y volviendo la mirada hacia el este. Si se hallaban sobre el tejado del ayuntamiento, era más porque se trataba del edificio más alto de San Gabriel que por cualquier otra cosa. Desde allí, se podía ver por encima de la empalizada y, lo que es más importante, nadie podía ver a quien allí se hallaba. Por ello, el adelantado lo había elegido como lugar para realizar las guardias. Los hombres, casi siempre colonos, se subían al tejado armados de sendas escopetas y escudriñaban el horizonte. El adelantado, que no era amigo de dar muchas órdenes sino pocas y concretas, lo había dejado bien claro: si se aproxima alguien y no es de los nuestros, matadlo.

—Parece un hombre —respondió Mendoza. Tanto él como su compañero de guardia se habían tumbado boca abajo en el tejado y observaban la figura que se acercaba a lo lejos.

—¿Qué te parece?

—No lo sé... Renquea un poco, el hijoputa, ¿no?

—No lo veo yo muy firme, no...

—Está lejos para pegarle un escopetazo.

—¿Qué pretendes? ¿Dejar que se acerque?

No. Los dos hombres tenían a sus familias en el pueblo, así que lo último que se les pasaba por la cabeza era dejar entrar a un extraño. Lo hicieron a las dos semanas de fundar el pueblo y resultó ser un apache que les robó un caballo, puso un saco de grano sobre su grupa y escapó al galope. El adelantado salió tras él junto a diez de sus hombres y le dieron alcance a media legua de allí. El cabrón no sabía montar y no paraba de caerse del animal. Le cortaron la cabeza, se la trajeron con ellos a San Gabriel y la clavaron en una estaca para que todo el mundo viera que allí imperaba la ley y la justicia. Esto es Nuevo México, el territorio al gobierno del adelantado y no vamos a tolerar que nadie robe, viole o mate. Tampoco nos vamos a andar por las ramas: si quien lo hace no es de los nuestros, lo matamos y punto. Nada de ir tomando prisioneros. Ni tenemos cárcel, ni necesidad de alimentar una boca más.

—Hum, creo que lo mejor será que bajemos y vayamos a ver... —rumió Mendoza.

—No es seguro.

Como nada en San Gabriel. Allá, tras aquellas lomas, a unas diez leguas de distancia, acampa una banda apache. Lo saben porque los soldados, cuando están en el pueblo y no pacificando por esos mundos de Dios, cuentan muchas historias al respecto. Que si se pintan el cuerpo de los pies a la cabeza, que si las mujeres van desnudas, que si comen carne humana, que

si tal y que si cual. Mendoza y Botero no se explicaban por qué el adelantado no los había exterminado en una batida por sorpresa. ¿Suponían un peligro para San Gabriel? Por supuesto, y una amenaza permanente. ¿Merecían que la ira de Dios cayera sobre sus cabezas? Sin la menor duda y esto era algo que hasta algunos frailes afirmaban en cuanto se les preguntaba. Matar a todo aquel que no es cristiano ni siquiera puede considerarse pecado. Pues no. El adelantado, tan inflexible para algunas cosas, dejaba vivir en paz a los apaches más cercanos al pueblo. Lo cual les obligaba a permanecer siempre de guardia. Algún colono había sugerido que, quizás, esas fueran las verdaderas intenciones del adelantado: evitar que a ningún habitante de San Gabriel se le olvide que el peligro es constante y siempre está tras la empalizada. Vendrán, y si no son estos, serán los de más allá. Así que protejámonos los unos a los otros. Somos una familia y como tal responderemos.

—Yo diría que está desarmado...

La figura, con paso tembloroso, continuaba acercándose hacia el pueblo. Lo cierto era que, a medida que se acercaba, daba más y más la sensación de que no suponía un peligro. Sin embargo, podría tratarse de una estratagema. De un ardid para engañarlos. El adelantado los colgaría de los pulgares si llegaba a sus oídos que ellos dos habían dejado entrar a un extraño y luego el extraño había causado problemas. Mejor, por lo tanto, asegurarse antes.

—Vamos —dijo Botero.

Mendoza y él dieron un último tiento a la botella de mezcal y descendieron del tejado. Caminaron entre las calles desiertas hasta la puerta de la empalizada, la abrieron y salieron al exterior. Comenzaba a refrescar.

El extraño se hallaba a unos setenta pasos de distancia. Tenía la piel morena y la ropa hecha jirones. De cuando en cuando daba un tumbo, pero, en líneas generales, avanzaba hacia ellos. No les gustó ni pizca. Pensaron en que lo mejor sería aguardar a que se encontrara un poco más cerca y meterle un balazo en el pecho. Luego, contarían que él los había atacado primero y nadie lo pondría en duda. Nunca ha llegado un forastero a San Gabriel. Lo que han llegado son ratas y a las ratas se las trata a escopetazos. Seguro que hasta el adelantado en persona, cuando regresara de las pacificaciones, les felicitaba por un trabajo tan bien hecho.

—No me gusta nada... —gruñó Mendoza. Apretaba con fuerza la escopeta. Siempre hacían la guardia con las armas cargadas, de manera que solo necesitaba apuntar y presionar el disparador. Ya lo tenían a tiro.

—Agresivo no parece...

—Me la suda. Voy a pegarle un tiro. Yo me quiero ir a dormir. Mira la hora que es, tío...

—Espera un poco, hombre... A lo mejor es alguien que se ha perdido.

¿En el norte de Nuevo México? ¿Salió a dar una vuelta y se extravió? ¿Dónde? No hay españoles en cien leguas a la redonda. Y a los que hay los reconoceríamos sin dudar. Hemos dicho que aquí todos somos una gran familia. No, ese tipo es un forastero y como tal deberíamos tratarlo. ¿Qué nos tiene dicho el adelantado al respecto? Pues eso.

Tenían al extraño a unos treinta pasos de distancia. Ahora sí que el disparo resultaría eficaz. Mendoza se separó de Botero y le indicó con un gesto que se disponía a rodearlo. Verían qué intenciones traía.

—¡Eh, tú! —dijo Mendoza sin levantar la voz. No quería alertar a medio pueblo. En las casas, las familias se sentaban a la mesa y cenaban en paz y tranquilidad. Por este forastero no se

alteraría la calma en San Gabriel.

El recién llegado no respondió. Tenía la piel oscurecida por el sol y caminaba descalzo. Separó las manos del cuerpo y mostró las palmas. No pretendía causar problemas.

—¡Tú! —dijo ahora Botero. Se había alejado de su compañero para rodear al extraño. Lo tenían a quince pasos—. ¿Quién cojones eres y qué haces aquí?

El extraño se detuvo y miró alternativamente a los dos colonos. Al sol no le quedaban ni cinco minutos para ponerse. Seguro que los dos hombres que debían darles el relevo en la guardia ya se estaban despidiendo de sus esposas.

—Me llamo Jusepe. Jusepe Gutiérrez.

Mendoza y Botero se cruzaron una mirada rápida. El tipo no solo había comprendido la pregunta, sino que les había respondido en español.

—¿Estás armado? —continuó el interrogatorio Botero.

—No, señor —respondió Jusepe.

—¿De dónde sales tú?

Ah, qué pregunta... Precisaría de varios días para contestarla tal y como debía. Sin embargo, Jusepe entendió que aquellos dos hombres armados aguardaban algo más breve.

—Pertenezco a la expedición de Leyva y Humaña a Quivira. Luego nos atacaron los salvajes, y luego me capturaron los apaches, y luego me escapé.

—¿Te escapaste de los apaches? ¿De los que están a diez leguas de aquí?

—Oh, no, señor. Estos de los que les hablo están mucho más lejos. A quinientas leguas, lo menos.

Mendoza y Botero volvieron a cruzarse una mirada. ¿Qué hacían? ¿Lo dejaban entrar en el pueblo? A fin de cuentas, hablaba español. Con un acento un tanto raro pero español del bueno. Era uno de los suyos, no había duda.

—¿Hay apaches a quinientas leguas de aquí? —preguntó Mendoza.

—Y más lejos aún, señor.

Durante un rato, nadie dijo nada más. Jusepe Gutiérrez permanecía expectante y los dos colonos no terminaban de decidirse.

—¿Dónde dices que estuviste?

—En Quivira, señor.

—¿Quivira?

—Quivira.

—¿A santo de qué fuisteis hasta allí?

Jusepe Gutiérrez, muy lentamente, acercó las manos al cuerpo y se las metió en los bolsillos. En uno de ellos guardaba su única posesión en este mundo: el vaso de oro arrebatado a los quiviras.

—¿Quién manda aquí? —preguntó.

Quien vivirá verá

23 de junio de 1601

La columna llevaba en marcha desde el alba. A paso de buey, literalmente, pues, en una partida como esta, el elemento más lento determina la velocidad máxima del conjunto. Matemáticas elementales para conquistadores que debes saber desde el principio si no quieres errar en tus propósitos. Porque errar, lo que se dice errar, es muy probable que suceda. Para empezar, lo tienes todo en contra. Todo, sin excepciones. Hace frío, hace calor, llueve, se parte el eje de una carreta, hombres enferman, el camino se torna impracticable, vuelve a llover, vuelve a partirse otro eje, más hombres enfermos, quejas, tentativas de rebelión, enemigos, enemigos por doquier, enemigos formidables que llevan siglos en guerra no ya contra ti sino contra el universo. Eres una circunstancia que improbablemente salga de esta con una sonrisa.

Así que a paso de buey, pues la columna llevaba, en su parte trasera, dos carros tirados por bueyes en los que se transportaban cuatro cañones. Uno, el grande, en uno de los carros, y los tres restantes, los de batallar a lo rápido, en el otro. Con su munición, su pólvora y la herramienta para atacarlos. Iban tan lejos y tan a lo desconocido que toda previsión parecía poca. Quizás nos topemos con magníficos castillos cuyas murallas haya que demoler. Improbable, pues tontos no somos e ingenuos, menos; y nos conocemos al dedillo el territorio. Sin embargo, ahora vamos más lejos. Más lejos todavía, con todo el énfasis que a esta expresión pueda dársele. Nadie ha estado jamás en el lugar al que nosotros vamos.

Bueno, sí, unos cuantos, pero están todos muertos. Salvo él. Salvo el hombre que nos guía. Se llama Jusepe Gutiérrez y lleva dos años largos entre nosotros. Él nos trajo la noticia de la existencia del reino de Quivira. O no, no de la existencia, pues eso ya lo sabíamos, sino de su ubicación exacta en el continente. Sé ir hasta allá, dijo. Conozco el camino, añadió. Hay riquezas tales que no seremos capaces de acarrearlas de vuelta a casa. ¿Peligros? Sí, también los hay. Muchos. Los quiviras no son gente amigable. Nos matarán a todos si no les hacemos frente. ¿Con qué? Con todo lo que podamos.

Con todo lo que podían, pues, iban. Setenta soldados y setecientos caballos y mulas. El corazón de la columna. La fuerza de combate precisa y necesaria. Setenta hombres que conocían el territorio, que habían galopado al norte de los ríos Grande y Pecos, muy al norte algunos de ellos. Tipos fuertes, curtidos, sin demasiado que perder y todo por ganar. ¿Puede existir mejor tropa de conquista? Cuidado. Que nadie se lleve a engaño. A estos tíos la lealtad se les supone, pero la codicia también. Por ello, hay que sargentearlos como Dios manda. Mano firme y, al tiempo, abierta. Cuando estemos allá, lejos, muy lejos de casa, los hombres serán el sustento y el apoyo.

Los unos de los otros y el grupo al unísono. Que constituimos una columna y que la columna no debe quebrarse jamás es el precepto único que han de llevar a fuego grabado en las entrañas. Quien flaquee morirá, morirá porque lo matarán.

Vamos juntos ya que no podemos ir de otra forma.

De la intendencia se ocupaban una cincuentena de indios españoles que, más o menos, participaban voluntariamente en la expedición. Era importante que fuese así, que nadie estuviera allá de forma obligada, pues ¿acaso se puede obligar a alguien a cabalgar hacia lo desconocido? ¿Y si una vez en lo desconocido descubre que lo desconocido le agrada más que lo conocido y decide que mejor se queda y que buena suerte en el viaje de vuelta? No, precisaban de gentes convencidas de lo que hacían. Gentes ávidas de riqueza, de riqueza rampante y material: lo bueno del oro y la plata es que tejen afectos tan sólidos como perdurables.

Seis carros tirados por mulas transportaban todo lo concerniente a la intendencia. Víveres, munición, repuestos, tiendas... Y los hombres que se ocupaban de que el mecanismo funcionara: un herrero, un cocinero, un armero, un alguacil, un intérprete, un matarife, un carpintero, un marino...

Y una decena de frailes franciscanos, desde luego, porque, aquí, sin frailes no se podía dar un maldito paso. De acuerdo, pero ateniéndose a unas normas de obligado cumplimiento. La primera, que debían calzar botas de montar y espuelas. El voto de pobreza está muy bien y cabalgar con los huevos colgando, también. Pero un caballo no puede ser guiado en batalla sin espuelas y no existe forma de ponerse unas espuelas sobre unas sandalias de cuero. ¿Que los frailes no batallarían? Para empezar, eso ya se vería. Y fuera como fuese, los demás sí lo harían si se presentaba la ocasión. Ellos, los frailes, se verían inmersos en la refriega y se esperaba de ellos que, al menos, supieran valerse por sí mismos y no entorpecieran los trabajos de los soldados.

Lo cual nos llevaba, directamente, a la segunda norma que los frailes debían cumplir sí o sí: irían armados al menos con espadas. Se quejaron una y mil veces, invocaron las Santas Escrituras y el nombre de Dios, renegaron de una oficialidad que les obligaba a portar armas con las que matar, pero, al final, transigieron. Era eso o quedarse en San Gabriel. ¿No se podía enviar una partida de este tamaño sin frailes integrándola? Sí que se podía. ¿Querían verlo? No, no quisieron. De mala gana, se apretaron los cinturones sobre los hábitos y colgaron de ellos las vainas con las espadas en su interior. Son de mecanismo sencillo: tirad de la empuñadura hacia arriba, blandidla con firmeza y descargadla contra el primer hijoputa que se os venga hacia vosotros. Somos hombres de paz y del Señor, pero hasta al Señor se le fue la mano en un par de ocasiones. No seamos remilgados con estas cosas...

Oh, y sí, llevaban, en la partida, un marino. Portugués, para más señas. Nunca lo reconocerían, pero los marinos portugueses eran los mejores del mundo. ¿También mejores que los españoles? Aquí, en el corazón de la Nueva España, cabalgaba un tío que había nacido en Oporto. Sabía pilotar barcos y poco más. Montar a caballo, pero porque los españoles de San Gabriel le habían enseñado. ¿Es una estupidez llevarte a un marinero al reino de Quivira? Depende.

Al frente de la columna cabalgaban cuatro capitanes: Alonso Gómez Montesinos, Bernabé de las Casas, Alonso de Sosa y Marcelo de Espinosa. Hombres de nervio a los que una galopada de más siempre les parecía mejor opción que una galopada de menos. Porque así es como se gobernaba una partida de estas dimensiones: solo la caballada ya se extendía durante casi un

cuarto de legua. Las carretas, el polvo, los problemas, un fraile que protesta y ese largo, larguísimo etcétera de contingencias por resolver. Eran pocos, la verdad sea dicha. Por suerte, el alguacil echaba una mano y la gente sabía a qué atenerse. Esto último no era para tomárselo en broma: si en San Gabriel la mano dura estaba a la orden del día, pues la pervivencia del pueblo dependía enteramente de que nada ni nadie se saliera de madre, aquí, en terreno abierto y expuesto, ese recurso a la mano dura se hallaba más, si cabe, justificado. Lo cual, precisamente, contribuía a que la calma reinara en la columna. Si no sabes a lo que estás, eres un idiota, un inconsciente o ambas cosas al mismo tiempo. Y no se podría decir que alguno de estos no hubiera entre los de la partida, pero eran tan pocos que pasaban desapercibidos o sus propios correligionarios los llamaban al orden antes de que su insensatez fuera a mayores. A nadie le interesaba que la expedición fracasara.

Tres hombres más. Dos, en realidad, pues al tercero se lo suma aparte. O uno, porque, de esos dos, solo el primero disponía de rango y capacidad real de acción y ejecución. Se llamaba Vicente de Zaldívar, tenía veintiocho años y era el sargento mayor de la expedición. El capitán que mandaba sobre los capitanes. El hombre al que no podía escapársele nada y por cuyos labios pasaban todas y cada una de las órdenes e instrucciones. El otro, el teniente, tenía once años y cabalgaba a lomos de un precioso caballo rubio. Ostentaba rango de teniente desde dos años atrás y vestía media armadura y capa roja. Su morrión llevaba engastadas piedras preciosas y costaba más que las setenta soldadas de los setenta soldados que integraban la expedición.

Pero es que el niño no era cualquiera, sino el hijo del adelantado. Del capitán general y gobernador de Nuevo México. Del hombre cuyo nombre escuchó Jusepe Gutiérrez tras preguntar quién mandaba aquí.

El adelantado clavó suavemente las espuelas en su caballo y lo puso al trote. Retrocedía en la caravana para asegurarse de que nada fallaba. En realidad, lo de capitán general no era sino una simple formalidad. Un rango que te otorga el rey, nada más que eso. Va implícito con el contrato de conquista y colonización del territorio. Igual sucede con el cargo de gobernador. ¡Pues claro que eres el gobernador! ¡Es que faltaría más! En fin, son cosillas que importan, que tienen su relevancia, pero que no te quitan el sueño por las noches.

El caballo, un magnífico ejemplar de pelo negro, respondía al nombre de Platero. El adelantado había pasado más tiempo a lomos de él que en compañía de su esposa.

—Ooouuh... —lo refrenó el adelantado. Quería asegurarse de que las ruedas de las carretas resistían una vez iniciada la marcha. Las habían probado antes de partir, pero ahora, en campo abierto y a tope de carga, era cuando debía realizarse la comprobación final. El adelantado se inclinó hacia el frente y, sin soltar las riendas, observó el lento movimiento circular. Aunque las oía crujir de tanto en tanto, parecían soportar sin tensiones los baches del terreno. Llevaban cinco ruedas de repuesto, pero el viaje sería largo y los terrenos, a buen seguro, a duras penas practicables.

Un mastín de guerra español se acercó al adelantado y varios indios que cabalgaban junto a la carreta se pusieron nerviosos. Los caballos se habían acostumbrado a la presencia del perro, pero no así los pobres sirvientes que los montaban. Un bicho como aquel sólo servía para una cosa: para atacar. Y cierto era que el animal no movía una pata si su dueño no se lo ordenaba antes, pero, con todo, su presencia intimidaba a los indios y a no pocos soldados.

—¡Yunque! —exclamó el adelantado—. ¡Ven aquí, bonito!

El adelantado se dejó caer desde lo alto de su caballo, extendió una mano y tocó la cabeza del perro cuando este dio un salto en el aire para saludar a su amo.

El amo tenía cuarenta y nueve años y lo era en el sentido más explícito del término. Era el dueño del perro, pero también de todo lo que se extendía ante sus ojos. La carreta que acababa de inspeccionar le pertenecía, también los bueyes, las mulas y la caballada. Le pertenecían los pertrechos, los víveres, los hombres y hasta el último enser que transportaban.

Se jugaba mucho en aquella expedición. Pero quien no apuesta no gana, ¿verdad? En un principio, la historia que le refirió el indio Jusepe no le acabó de convencer. Quivira le parecía un lugar demasiado alejado de casa. Ello requeriría una travesía no exenta de peligros y problemas. Por supuesto, todo en esta vida tiene solución, pero las buenas soluciones cuestan dinero, mucho dinero. Finalmente, y tras mucho pensárselo, decidió que sí, que irían. A fin de cuentas, era su deber, como capitán general de Nuevo México, prender y juzgar a cada miembro de cada expedición emprendida sin el debido permiso del rey. Y la de Leyva y Humaña carecía de él. Esos dos tarados se habían subido a sus caballos y habían puesto rumbo al noreste sin más autorización que la que les otorgaban sus santos cojones.

En fin, lo cierto era que a él le habían facilitado la excusa perfecta. Vamos a buscar a ese par de cabrones y los traeremos para que respondan por sus delitos. Y, de paso y ya que vamos, echaremos un vistazo al misterioso reino de Quivira. ¿Riquezas? Bueno, el adelantado vio el vaso de oro que le mostró Jusepe Gutiérrez. Mandó llamar a Zaldívar, ambos lo examinaron con mucho detenimiento y, acto seguido, y a modo de resolución, le dijeron a Jusepe Gutiérrez que podía permanecer tanto tiempo como quisiera en San Gabriel siempre y cuando no contara a nadie lo que les había referido a ellos. Le devolvieron el vaso de oro y le pidieron que lo ocultara. El adelantado le advirtió de que si esto se sabía, Jusepe se debería atener a las consecuencias. Yunque dormitaba entre los pies del adelantado y Jusepe dijo que sí a todo, incluso a las cosas que no acabó de entender, pues, tras pasar tanto tiempo en esos mundos perdidos de la mano de Dios, había olvidado la mitad del español que sabía. Yunque, en sueños, gruñó suavemente...

El adelantado se llamaba Juan de Oñate y se había hecho el firme propósito de quedarse para sí el reino perdido de Quivira.

* * *

Cualquiera diría que entre los soldados no había diferencias. Pero ¿por qué no? Desde luego que las había y, en ocasiones, más que ostensibles. Además, se pusieran como se pusieran, ellos no eran soldados. No formaban un ejército, a pesar de que les gustara pensar que así era y fueran capaces de partirse la cara con quien se lo negara. Lo cual, dicho sea de paso, resultaba totalmente innecesario, pues ni en México ni en Nuevo México se ponía en duda que un grupo más o menos numeroso de hombres armados y a caballo constituye un ejército con todas las de la ley. Si, además, al frente de él cabalga todo un capitán general, las cuentas salen y rápido. Tropa, esto es tropa de la de toda la vida. Que no ha recibido demasiada instrucción pero que conoce lo básico: ellos mandan y tú, soldado, obedeces.

Había, pues, soldados de primera categoría, de segunda, de tercera y, poniéndonos a hilar fino, de cuarta, quinta, sexta y lo que tú quieras. Había hombres que no tenían ni armas ni coraza, y

hubo que fiárselas antes de partir. Disponían de su presencia y de la advertencia de Oñate: como desiertos, yo mismo iré tras de ti y te sacaré las entrañas, hijo de puta.

También había cosas buenas, desde luego. No se pasaba hambre y la mayor parte de los hombres cobraban a tiempo sus soldadas. Lo cual no estaba mal, hay que decirlo tal y como suena porque es la realidad. Oñate tenía sus defectos, qué duda cabe, pero era un hombre de palabra. Si se comprometía a pagar, pagaba. ¿Porque poseía estancias a rebosar de dinero? Pues sí, pero también porque quería. ¿O acaso no existen potentados aún más grandes que el propio Oñate que no pagan ni por el pan que se llevan a la boca? Servir al lado del adelantado daba miedo, pero también seguridad. Lo uno por lo otro.

Juan Martínez de Montoya y Francisco García eran dos soldados jóvenes que servían, en teoría, a las órdenes del capitán De las Casas. En teoría, pues, una vez puesta la comitiva en marcha, no era raro que las instrucciones vinieran de un lado, de otro y hasta de varios al mismo tiempo. Los capitanes no se paraban a dilucidar si este soldado me pertenece o no. Se mandaba y punto. Lo cual no era como para tomárselo a la tremenda, ya que ¿qué más daba? Si has tenido la mala suerte de nacer abajo, estás acostumbrado a que los de arriba vengan y te digan lo que has de hacer. Un capitán, otro capitán, el teniente, los alféreces... Órdenes son órdenes y a ellos se les pagaba por cumplirlas. Sin tonterías.

Montoya y García se hallaban asignados a la protección de las mulas que trasportaban los fardos. En total, habría una cincuentena, que se dice pronto. Guiar mulas no es un trabajo que deslome, pues la mula tiende a obedecer más de lo que se piensa, de manera que tanto Montoya como García tenían tiempo de sobra para cabalgar juntos y charlar sobre esto o aquello. La partida avanzaba muy despacio y a los caballos había que refrenarlos de cuando en cuando para que no se adelantasen.

García miró hacia la única mula que no cargaba fardos sino una escultura de madera a tamaño real del Sagrado Corazón. En ella, Jesús, con la cabeza levemente inclinada hacia un lado, mostraba las palmas llagadas de sus manos y un corazón ardiente en mitad del pecho. La estatua la había tallado el propio carpintero de San Gabriel y, por indicación de los frailes, llevaba una pátina de tinte negro, no fuera a ser que las gentes con las que nos topáramos hacia el noreste fueran de piel oscura y la liáramos parda.

—Con lo que cuesta esa talla, tú y yo comíamos durante dos meses —dijo García.

—No te creas —repuso Montoya. El calor era intenso a aquella hora del día y el polvo que levantaba la caravana penetraba en sus pulmones—. El carpintero trabajó casi gratis. Al parecer, la idea de llevar la estatua no es de los frailes sino del propio adelantado.

—Joder, no lo sabía... Pobre carpintero.

—Sí, pobre.

En realidad, les traía al paio los asuntos del carpintero. Pero que a alguien le vaya peor que a ti consuela. Un consuelo estúpido, pero un consuelo de cualquier forma.

—¿Vas voluntario u obligado? —preguntó García.

—Voluntario. Si hay una oportunidad de hacer fortuna, yo me apunto.

—Lo mismo digo. Estoy hasta los cojones de perder el tiempo en San Gabriel. Tres años ya desde que nos vinimos y yo sigo siendo igual de pobre.

—Y así seguirá.

García se giró en su silla para encararse a Montoya:

—Esta vez no, tío. Esta vez vamos a venir con los bolsillos llenos de oro.

—Porque tú lo digas...

—Porque yo lo diga, no. ¿Tú te crees que el adelantado pondría en marcha todo esto si no fuera porque sabe que vamos tras algo real? ¿Real de verdad?

—El adelantado también se equivoca. Yo solo digo eso.

García tosió y, después, escupió para expulsar el polvo de su boca.

—Mira, tío —dijo.

—¿Que mire qué? —repuso Montoya, incapaz de comprender por dónde quería ir su compañero.

—¡La talla, hostias, la talla!

Los dos hombres miraron al Jesús negro. La mula que lo cargaba se hallaba exhausta, y eso que no había hecho sino dar comienzo al camino. Ojalá fuera terca de veras, porque, de lo contrario, al Sagrado Corazón lo veían olvidado en cualquier rincón del desierto. O no, que para eso llevaban diez franciscanos a la sopa boba: que se lo echaran al hombro por turnos y hasta que el mundo se nos termine bajo los pies.

—¿Qué le pasa a la talla? —preguntó Montoya.

—Yo creo que el adelantado la lleva no para los indios sino para nosotros —respondió García.

Montoya sudaba bajo su armadura. Al igual que el resto de soldados, vestía solo la mitad superior y, por supuesto, el morrión. A pesar de ello, el sol calentaba tanto el metal que más de uno amenazó con quitársela. El sargento mayor ordenó a los capitanes que se tomaran ese hecho como una insubordinación y que lo castigaran con dureza. Un hombre sin coraza era un hombre cuyas probabilidades de morir en mitad de un ataque por sorpresa se incrementaban notablemente. Y para el adelantado, la vida de sus hombres era lo primero. No porque los apreciara en particular, sino porque, sin ellos, la expedición estaba destinada al fracaso. Y tenía demasiado invertido en ella como para permitir que algo así sucediera. Así que, Zaldívar, como descubra a un solo tío sin la coraza puesta, la tendremos.

Pocos eran los que habían visto al adelantado fuera de sus casillas. De hecho, casi todos lo tenían por el hombre templado que aparentaba ser. Pero cuando montaba en cólera, montaba. No te gustaría estar cerca.

—Yo no necesito una figura de Jesús —dijo Montoya—. Tengo mi propia cruz aquí.

Soltó las riendas para llevarse las manos al cuello y tirar de un cordón gastado y algo sucio. Atado a él, apareció una cruz de madera de tamaño considerable.

—Joder... —silbó García—. Tú sí que vas bien protegido.

—Era de mi madre, tío —explicó Montoya—. Me la dio cuando me alisté para el norte y me aseguró que me protegería. De momento, no me ha fallado.

—Ahora solo hace falta que te eche una mano para hacerte rico.

—Eso no es cuestión del Señor.

—Es cuestión de la suerte —añadió Montoya.

—Esta vez vamos a tener fortuna, lo presiento —continuó García—. El adelantado sabe algo. Si no, no me entra en la cabeza que haya organizado una expedición como esta.

—Puede. Pero una cosa es que tengamos fortuna y otra, bien distinta, que el reparto sea justo.

Montoya había dado en el clavo. Lo cual, teniendo la figura llagada a su lado, venía más que a cuento.

—Yo me fío del adelantado —aseveró García—. Hasta ahora, ha cumplido.

—¿Cumplir? ¿En qué? Llevamos tres años aquí y todavía no somos ricos. Yo no diría que ha cumplido...

—El problema lo tenéis los que pensabais que esto sería llegar y besar el santo. No jodas, tío, la prosperidad hay que trabajársela y en eso estamos. El adelantado no está haciendo nada que no sea cumplir escrupulosamente con la palabra dada. Dijo que nadaríamos en plata y oro y a eso vamos.

—El ingenuo, me parece a mí, eres tú. Si encontramos grandes tesoros, algo que, por cierto, está por ver, me apuesto lo que quieras a que el reparto no es equitativo.

—¿Y por qué lo iba a ser, cabrón? ¿Tú aportas algo a esta expedición? Nada, tío, no aportas nada. El adelantado corre con todos los gastos. Los caballos, las armas, los víveres, los carros, el ganado... ¡Todo!

—Yo apporto mi vida. Que a ti te parecerá poco pero que, para mí, es la hostia de importante.

No, a García no le parecía poco. Entre otras cosas, porque él aportaba exactamente lo mismo. Verdad era que Oñate no había faltado a una sola de las promesas que les hizo antes de poner rumbo a San Gabriel. Aseguró que cobrarían las soldadas y las cobraban; afirmó que buscarían las riquezas allá donde se encontraran y prueba de ello era que cabalgaban. Pero, siendo todo esto innegable, cierto desánimo había prendido entre los hombres. Se prosperaba poco y mal. Dicho de otro modo: seguían siendo pobres. García debía la coraza y Montoya, el morrión y la espada. Teniendo en cuenta que tanto las escopetas como los caballos que montaban pertenecían al adelantado, podría concluirse que continuaban en el mismo punto que hacía tres años.

Observaron a Cristóbal de Oñate cuando, a lomos de su precioso caballo, pasó cerca de ellos y saludó con un gesto de mandíbula a la imagen del Sagrado Corazón. Atada con cuerdas a una mula, no se aparecía demasiado digna, pero seguía siendo Jesús tras resucitar de entre los muertos, así que se le mostraría respeto. Tanto como el que Montoya y García dedicaron al teniente de once años:

—Señor... —dijo uno, casi en un murmullo.

—Señor... —se sumó el otro.

El niño ni se dignó a mirarlos. Menos aún, a devolverles el saludo. Tras él, a medio cuerpo de distancia, cabalgaba Isidro Juárez de Figueroa, un soldado tan soldado como ellos pero con más categoría. La máxima, ya que montaba al lado del hijo del adelantado. El propio Oñate había encargado a Zaldívar que eligiera a un hombre de su entera confianza. Lo quería día y noche al lado de su hijo. Una cosa era que lo estuviera llevando con ellos para que el muchacho comenzara a bregarse y aprendiera el negocio familiar. Y otra, bien distinta, que su heredero se expusiera a más peligros de los necesarios.

Oñate solo se fiaba de Zaldívar y Zaldívar solo se fiaba de Oñate. A muerte el uno con el otro y para siempre. Eran familia y los lazos de sangre se tornaban indisolubles para los hombres como ellos. Zaldívar, por lo tanto, recurrió a lo que siempre funciona cuando la confianza no es plena: el dinero. Compró generosamente la lealtad de Figueroa y lo ascendió a alférez sin apenas

ceremonias. Y le advirtió, sin levantar la voz, que es como se advierten estos asuntos, que si le pasaba algo al niño, él era hombre muerto.

Figuroa repuso que por supuesto, que faltaba más, que a sus órdenes. Permitieron que eligiera el caballo que quisiese de entre toda la caballada de San Gabriel. Más de mil quinientos ejemplares, que se dice pronto. Todos, por supuesto, propiedad del adelantado.

—Seguro que el tenientito de los cojones se lleva una parte mejor que la tuya cuando repartan el tesoro —dijo Montoya.

García no le llevó la contraria. En su lugar, chasqueó la lengua y clavó espuelas a su montura para adelantarla de un brinco. Esa era su respuesta para Montoya. Montoya sonrió y se apartó para escupir polvo. Algunas mulas se estaban desviando del camino. Parecía que iban a doblárseles las patas de un momento a otro, tal era la carga que transportaban. Pero no, los bichos aguantaban.

* * *

Y más les valía, porque, de lo contrario, el carpintero los molía a palos. Esa talla del Sagrado Corazón debía llegar a su destino. Y debía hacerlo porque así lo mandaba el adelantado, bendito fuera el camino que pisaba. Si a ese hombre, por lo general, lo inspiraban los ángeles y los arcángeles, cuando determinó que él, Alonso Robledo, carpintero en San Gabriel, esculpiera una talla de Jesús resucitado, la inspiración había provenido, porque no podía ser de otra forma, del mismísimo Señor Dios.

No durmió aquella noche ni en muchas de las que le siguieron. Su mujer le pedía, le rogaba, que descansara, pero Robledo tenía una misión que cumplir. Tan alta que lo transformó todo por completo: de natural sosegado y cachazudo, Robledo se tornó en un hombre sudoroso al que cualquier asunto que no fuera su talla lo irritaba hasta extremos, en ocasiones, cómicos. ¿Qué tendría? ¿Unos cincuenta años? Más o menos. Había alcanzado ese aspecto de hombre de sempiterna mediana edad: un poco gordo, un poco calvo, un poco desgarrado, un poco olvidadizo. Tenía en San Gabriel, además de esposa, media docena de chiquillos rondando por ahí. Consecuencias de haberse casado tarde con una mujer a la que sacaba sus buenos veintitantos años. Con este panorama, en el sur se vio abocado a la miseria. Trabajo no le faltaba, pero bocas tampoco, de manera que, cuando se enteró de que buscaban un carpintero para salir en dirección norte, no se lo pensó dos veces. Sería él.

En tres años, no había carecido de pan en su mesa. Robledo, por ello, se sentía agradecido al adelantado. Un agradecimiento que, con el paso del tiempo, se convirtió en devoción. En idolatría, incluso. Oñate, para Robledo, era el tipo de hombre que construía el mundo. Él hacía lo correcto y estaba en lo cierto. Siempre, y el carpintero no admitía discusión al respecto. De hecho, tuvo sus más y sus menos con los que en San Gabriel criticaban al adelantado. Que, dado que la prometida prosperidad se retrasaba más de la cuenta, no eran pocos. Robledo, en una ocasión, incluso, llegó a las manos. En su presencia, nadie menospreciaría la figura de Oñate. Un par de soldados que pasaban por allí tuvieron que terciar y separar a Robledo y al pobre desgraciado objeto de su ira. Un tonto al cargo del ganado al que la boca se le calentaba demasiado y los puños, como a todo tonto, no le acompañaban al unísono.

Desde aquella, era ver venir a Robledo y cambiar de tema. Que si qué calor hace hoy, que si la partida de pacificación llegó ayer sin incidentes, que si la esposa de un granjero ha tenido mellizos.

Por todo esto, cuando aquel día, meses atrás, el adelantado se presentó, de par de mañana, en su taller y le preguntó si podría realizar un encargo muy especial para él, Robledo respondió que por supuesto, que faltaría más, y lo hizo antes, siquiera, de conocer de qué se trataba. Oñate le explicó que pronto partirían en una expedición muy importante. Se iban lejos, muy lejos de San Gabriel y, si las cosas salían como tenía planeadas, vendrían cargados de riquezas. Sin embargo, nada es gratis en este mundo y él, el adelantado, sabía que deberían enfrentarse a muchos peligros. Algunos, causados por gentes que quedaban fuera de su control. Y otros, los más temidos por el adelantado, provenientes desde nuestras propias filas.

Estarían a cientos y cientos de leguas de la iglesia más cercana. Estarían, por lo tanto, a un mundo de distancia de la paz que cualquier alma cristiana necesita y hasta anhela. No irían levantando templos en cada rincón del desierto, pero sí que podrían llevar un trozo de orden espiritual con ellos. ¿Querría, por lo tanto, el carpintero tallar una figura de Jesús? El adelantado estaba pensando en un Sagrado Corazón, pero permanecía abierto a cualquier sugerencia.

Robledo estiró tanto el espinazo antes de responder que casi se le descoyuntan todas las vértebras. ¡Pues claro que esculpiría un Sagrado Corazón para la expedición! ¡Que contara con él sin dudar! ¡Se ponía a ello desde ya!

Se puso, vaya que si se puso. Robledo sintió que estaba en una misión de Dios y así seguía ahora, con la columna en marcha, sintiéndose. Íbamos hacia lo desconocido, pero no importaba, pues Jesús, hecho forma, avanzaba a nuestro lado. Estamos a salvo de cualquier peligro. Nada puede contra el arma más poderosa. Adelantado, usted es el hombre más inteligente de América. Solo a usted se le podría haber ocurrido una idea tan brillante.

Robledo cabalgaba a lomos de un buen caballo. Oñate había ordenado que se lo eligieran así y el carpintero creyó que se trataba de agradecimiento. Sin embargo, a los hombres como Oñate siempre los impulsaban sus propios intereses, que, en este caso, se solapaban palmariamente con los de la expedición: en una expedición con ocho carros cargados hasta los topes de enseres absolutamente esenciales para conseguir el éxito, el carpintero había pasado a convertirse en uno de los hombres claves. Oñate había ordenado que, en caso de ataque o refriega, se cuidara de él antes que de ningún otro expedicionario. Si a un fraile lo derribaban del caballo de un flechazo, ya nos las apañaríamos sin él. El cocinero mismo era prescindible. Mientras haya carne y sepamos encender fuego, nos las arreglaremos. Pero ¿y si se parte una rueda y el carpintero no está? ¿Alguien más sabe arreglar ruedas? ¿No? Pues cuidemos del carpintero: nos va mucho en ello.

Él no se daba cuenta de esas atenciones, pero estaban teniendo lugar desde el mismo instante de subirse a su caballo. Si se trataba de un buen ejemplar era para que no tuviera problemas a la hora de moverse columna arriba y columna abajo. Oñate sabía que se enfrentarían a contrariedades que el carpintero debería resolver sobre la marcha. Le facilitaría, pues, su labor, ya que redundaba en beneficio de la expedición y, por lo tanto, en el suyo propio.

Alonso Robledo jamás había sido tan feliz ni se había sentido tan satisfecho como ese día. Para él, la vida había dejado de ser gris y mediocre para tornarse vívida y refulgente. Como era de general conocimiento, se dirigían hacia Quivira con la intención de conquistarla y ganarse sus, al parecer, inmensas riquezas. Lo logran o no, a él le daba igual, pues ya se consideraba pagado

con la enorme dicha que experimentaba a cada paso que daban. Por primera vez en su vida, Robledo se sentía completo.

Él había esculpido el Sagrado Corazón que ahora avanzaba a lomos de una mula. Él y solo él era el responsable del objeto máspreciado de la partida.

* * *

Fray Pedro de Vergara y fray Francisco de Velasco eran los dos frailes a los que se dirigía el adelantado. Había más en la columna, hasta una decena, pero con el resto no intercambiaría ni un saludo. Al infierno con ellos si se lo tomaban a mal. Eligió a Vergara porque le habían informado de que estaba a buenas con el resto de la tropa franciscana. Y a Velasco porque sabía leer y escribir. Le ordenó que fuera guardando buena memoria de todo lo que les ocurriría para después redactar un informe. Velasco, de carácter dócil y sumiso, asintió y se dispuso a hacerlo lo mejor posible. De hecho, llegó a ofrecerse al adelantado para, puesto que llevaba papel y tinta con él, tomar notas y dibujar mapas a medida que la partida fuera avanzando hacia territorios ignotos. El adelantado le respondió que nada de notas, nada de mapas y nada de papeles. El informe se escribiría una vez de regreso en San Gabriel y con él sentado a la mesa. Las palabras escritas, de esto no se apeaba Oñate, las carga el diablo.

Y a los frailes, también. Ojalá no tuviera que llevarlos con él. Pero este aspecto se hacía innegociable. En las expediciones rápidas, en las que se sale a pacificar las inmediaciones, en las que uno intuye que la batalla lo asaltarán en cuanto se alejen doce o quince leguas de San Gabriel, los frailes no estaban interesados. Había que cristianizar, sí, pero a un ritmo razonable para todos. Empresas como estas conviene abordarlas con el debido tiento y la justa precaución. Oñate pensaba que solo se trataba de pereza y cobardía, pero lo daba por bueno. El mejor fraile es el fraile que está lejos y que no te da la lata con sus monsergas. Nosotros somos mineros y hemos venido a por plata y a por oro. Lo demás lo hacemos porque se nos obliga. ¿O qué creáis? Cubramos, pues, el expediente, tan hábilmente como sepamos e intentemos que los frailes no se inmiscuyan demasiado en nuestros asuntos. Que son nuestros y solo nuestros.

A Oñate todavía le afloraba una sonrisa en los labios cuando recordaba el momento en el que les ordenó llevar botas de montar, espuelas y espada. Dijo que nadie que no cumpliera esta orden abandonaría San Gabriel y estaba dispuesto a cumplirlo. Los frailes se negaron pero sin excesivo énfasis. El voto de pobreza significaba mucho para ellos, pero, desde la superioridad de su propia orden, se les conminaba a permanecer vivos, pues solo estando vivos podían contribuir al inmenso cometido que Dios les había confiado.

Así que se quejaron, se volvieron a quejar y cerraron el pico cuando el adelantado afirmó que llevarían con ellos una talla de Jesús a tamaño natural. ¿Negra, por si nos topamos con pueblos negros? Pues negra. Robledo, sea usted tan amable de pintar al Jesús de negro. Sí, de los pies a la cabeza. Me lo pinta usted de negro. Los frailes aseguran que mejor encomendarse a un Dios negro. Al parecer, allá adonde vamos la negritud está a la orden del día. No metamos la pata, Robledo, no metamos la pata...

Oñate tenía tantos asuntos en los que pensar que se olvidó de los franciscanos. Bueno, eran franciscanos, así que ¿qué podía uno esperar de ellos salvo sumisión y entrega? Portaban la

palabra del Señor y nada más. Pero no, no sucedía así. Los franciscanos llevaban a Quivira una incapacidad absoluta para interpretar lo que les sucedería de forma abierta y compleja. Y dado que les acaecieron sucesos que necesitaban, precisamente, de apertura de miras para lidiarlos con cierta solvencia, los frailes se convertirían, con el tiempo, en un problema que a Oñate le causó no uno sino cien dolores de cabeza.

Vergara, sin ir más lejos, ejemplarizaba a la perfección esa actitud que tanto sacaba de quicio al adelantado: nunca, nunca jamás, se mostraba de frente. Con esa pose de curita pacífico, fray Pedro no confiaba ni en Oñate ni en sus intenciones. Lo cierto era que, salvo Zaldívar y los capitanes, algunos soldados y media docena de tipos entregados, como el propio Robledo, los integrantes de la partida se dejaban llevar. Avanzaban al mejor de los pasos posibles, pero porque se suponía que eso era lo que se esperaba de ellos, lo que habían ido a hacer a aquel lugar, lo que les pondría en el buen camino hacia las riquezas durante tan largo tiempo ansiadas.

¿O acaso alguna vez las conquistas habían sido de otro modo? Pues ya está.

Algo tan sencillo como esto no entraba en la cabeza de los tipos como Vergara. El fraile creía que la expedición en sí misma constituía un error. Su deber, el de los frailes franciscanos, era el de bautizar y evangelizar, desde luego que sí, pero ¿acaso no había indios cerca de San Gabriel? Por doquier, y muchos de ellos ya casi pacificados. El fraile pensaba que el trabajo de los franciscanos debía circunscribirse a ellos y que la palabra de Dios no se podía divulgar a lomos de un caballo y con una espada al cinto. Fray Pedro sabía, en suma, que Oñate buscaba la riqueza y el poder que la misma confería.

Fray Pedro sabía, en suma, lo que todo el mundo sabía en San Gabriel. Que estaban allí por la plata y el oro. ¿Y las almas? Oh, sí, y por las almas. Transportamos un Sagrado Corazón de madera para que nadie lo ponga en duda.

* * *

Por cierto, Oñate había obligado a los frailes a llevar botas por importunar, pero también para que no se le murieran. Y es que San Gabriel lo tenían más o menos limpio. Sin embargo, en cuanto atravesabas la empalizada y salías al exterior, todo eran peligros y la mayoría se arrastraba por el suelo. Oñate había visto morir a muchos hombres en los tres años desde que iniciara la conquista de Nuevo México. Gran parte habían sido indios y gran parte, por esa absurda costumbre de caminar descalzos en un lugar atestado de bichos venenosos que te muerden, te pican y hasta te agujonean. Unas simples botas de cuero salvan la vida en la mayor parte de las ocasiones. Oñate y sus hombres, cuando salían de expedición, no se las quitaban ni una sola vez. Ninguna, entiéndase esta aseveración de la forma más literal posible: se calzaban en sus casas de San Gabriel, besaban a sus esposas y a los niños, salían a trabajar y, de regreso, tres, cuatro o cinco meses después, se descalzaban y, si se terciaba, hasta tomaban un baño. En una ocasión, un soldado del adelantado, allá por las riberas norteñas del río Grande, se agarró una buena dándole demasiado al mezcal y corrió desnudo mientras imitaba la danza apache de la fertilidad. No entraremos en detalles, pero sí diremos que el tipo no se quitó las botas ni las espuelas. Una cosa es ser idiota o estar borracho y otra, bien distinta, conducirse como un inconsciente.

Así que los peligros venían de abajo, en las más de las ocasiones. Y cuando es verano con más razón. En la retaguardia de la caravana viajaba el ganado que llevaban para alimentarse. El adelantado daba por hecho que, en el camino, hallarían reses o animales de otro tipo que pudieran cazar, pero convenía ser previsor y no dejarlo todo al azar. Además, a la gente le daba seguridad saber que la cena caminaba pesarosamente tras ellos. Si no hubieran llevado carros tirados por bueyes, habrían prescindido del ganado, pues los retrasaría mucho. Pero una vez que has decidido llevar carros y bueyes, da lo mismo lo que le añadas a la columna porque más espacio no se puede ir. Así que llevaban un buen rebaño de ovejas que irían matando a razón de dos o tres por día, salvo que los soldados logran abatir presas salvajes.

Del rebaño se encargaban tres muchachos, a cada cual con menos luces. Venían reclutados desde el sur, como todos en San Gabriel, pero no compartían el ansia de riqueza y bienestar tan propia de los gabrielenses. Tampoco es que la desdeñaran si se les presentara delante y solo tuvieran que alargar el brazo para tomarla. Pero en sus vidas se dejaban llevar, eso era todo. Los tres estaban ahí porque eran el primo o el hermano tonto de alguien que sí se había sumado a la partida colonizadora del adelantado con la intención de prosperar. A partir de ese punto, los habían asignado a los establos y las porquerizas porque, en fin, era una labor que les venía como anillo al dedo. Y así, de esta forma, los tres muchachos se habían visto inmersos en la ruta hacia el reino perdido de Quivira. Que ni sabían qué era, ni para qué servía, ni dónde estaba. Lo cual les daba meridianamente igual: ellos iban con las ovejas, pues Oñate había decidido que nada de cerdos ni de vacas; se ocupaban de que no se les desperdigase ninguna y poco más. Una vida sencilla a más no poder.

El problema de los cortos de entendederas es que no le ven el doble filo a las cosas ni las consecuencias que no vérselo acarrear. Por ello, cuando una culebra del tamaño del brazo de un niño serpenteó por la tierra e hizo que el caballo de un soldado llamado Simón de la Paz se encabritara, las risas y carcajadas que profirieron los tontos fueron tales que hasta los hombres que se hallaban cerca les hicieron señas para que dejaran de hacerlo. De la Paz no era un buen tipo. Sin embargo, te dejaba tranquilo si no te metías con él. Las dificultades llegaban cuando te empeñabas, como ahora sucedía con los tres memos, en cruzar una línea que jamás debería haber sido cruzada. Ahí, De la Paz te esperaba. Y de qué manera.

Al soldado no le sucedió nada que no pasara de cuando en cuando. Los hombres estaban acostumbrados a toparse con culebras mientras cabalgaban. Las que no se acababan de acostumbrar a ello eran sus monturas, que, siempre e invariablemente, notaban cómo un pánico frío recorría sus espinazos y las volvía locas. Se levantaban sobre las patas traseras, daban coces al aire, relinchaban de puro terror y, en definitiva, hacían pasar un mal rato a su jinete hasta que este lograba recuperar el control del animal. Lo cual sucedía siempre, pues, debido a que, a estos tíos, el adelantado los tenía cabalgando día sí y día también desde hacía tres años, de otra cosa no serían capaces pero de gobernar una montura sí, y con una mano atada a la espalda.

Ahí, en ese momento, se desencadenó todo. De la Paz se alejó unos pasos de la caravana, templó el ánimo de su caballo, lo hizo caminar despacio mientras le acariciaba el cuello y, una vez restaurada la calma, se fue directo a por los idiotas que se habían desternillado a su cuenta.

Dos ya no reían, pero el tercero aún mantenía una sonrisa bobalicona en los labios. Bien, estaba decidido quién pagaría por los demás.

De la Paz se acercó al muchacho y, sin mediar palabra, desenfundó su escopeta, la lanzó al aire y la asió por el cañón. Así, con una mano en las riendas y la otra en su improvisada cachiporra, el soldado descargó un brutal golpetazo sobre la cabeza del muchacho. No viajaban demasiados hombres en aquella parte de la caravana, pero los que había enmudecieron. Ninguno dio un paso al frente ni salió en defensa del tonto, que yacía ahora en el suelo sujetándose la cabeza y lloriqueando tanto a causa del dolor como de la incompreensión. Le había llovido del cielo un culatazo y no sabía por qué.

El soldado se lo explicaría. De la Paz descabalgó y se acercó al muchacho con la escopeta aún en la mano. Antes de nada, y por las molestias, le propinó un par de patadas con las punteras de sus botas: una a los riñones y la otra al estómago. El muchacho cada vez se encogía más y más, sin parar de llorar y gemir. Un puñado de hombres observaba en silencio.

De pronto, se escuchó un alboroto y varios jinetes se aproximaron al trote. Una columna como esta puede parecer un mundo, de tan extensa que es y tan poblada que se halla. Pero, en realidad, es un pañuelo. Y alguien más piadoso que los hombres que miraban sin despegar los labios, o, simplemente, con mucho menos que perder, había corrido la voz en menos de lo que a De la Paz le daba tiempo a echar pie a tierra.

El sargento mayor, Vicente de Zaldívar, con dos capitanes a sus espaldas, Montesinos y De las Casas, se acercaba para interesarse. Para poner orden, digámoslo con todas las letras. Porque esta y no otra era la obsesión del adelantado y el mandato que le había transmitido a su segundo: pase lo que pase, que nada se nos desmadre, ¿entendido, Vicente?

Zaldívar jamás cuestionaba lo dicho por el adelantado. Daba igual lo que le pidiera, daba igual si Zaldívar se sentía agotado tras un largo esfuerzo o se encontraba sin hombres disponibles para emprender, qué decir, la búsqueda y castigo de un desertor. Zaldívar vivía para satisfacer los deseos del adelantado y lo hacía encaramado a un caballo, que es como se hacen aquí las cosas: yendo siempre hacia el problema en lugar de aguardar a que el problema engorde y te arrolle.

Veintiocho años de edad y el segundo tío más importante de Nuevo México. Téngase en cuenta para cuando proceda. Como ahora, sin ir más lejos.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó Zaldívar tirando de las riendas de su caballo y levantando polvo.

De la Paz continuaba asiendo su escopeta por el cañón. La separaba un poco del cuerpo, pero no parecía dispuesto a descargar un nuevo golpe sobre el memo. No delante del sargento mayor.

—Nada —respondió escuetamente—. Está solucionado.

Zaldívar miró al muchacho encogido en el suelo. Ya no lloraba, pero, de cuando en cuando, soltaba un gemido lastimero y había comenzado a hipar. Las ovejas continuaban su lento avance a un par de pasos de él.

—¿Qué ha sucedido aquí, De la Paz? —insistió Zaldívar.

Podía haber dejado estar el asunto. Darse por satisfecho y continuar con lo suyo. Pero Zaldívar tenía órdenes explícitas que cumplir. No se trata de defender a los más débiles. Se trata de que los más fuertes no se crean que lo son.

—Te he dicho que nada, Zaldívar —repuso, con el ceño fruncido y cierta arrogancia en su mirada, De la Paz.

En teoría, a Zaldívar había que hablarle de usted, pues era el sargento mayor. Los capitanes se tuteaban entre sí, por una pura cuestión de camaradería, pero en un soldado resultaba

inadmisible. El tuteo constituía una falta más grave que la tunda al muchacho.

Ya se hallaban lejos de San Gabriel. Lo suficiente como para considerar a la expedición como un ente autónomo y circunscrito a unas leyes y particularidades propias. Lo que allí sucediera, sucedería allí y en ningún sitio más. Zaldívar necesitaba a los hombres como De la Paz. Los necesitaba, pues el éxito de una expedición de conquista como esta descansa en los hombres duros y un poco hijos de puta al estilo de De la Paz. Un conquistador es así o no es nada. Si el pobre muchacho al que el soldado había apaleado se moría ahora mismo, la columna continuaría avanzando de igual forma. Nada se perturbaría y lo que conquistasen o dejaran de conquistar no se alteraría en lo más mínimo. Sin De la Paz, la pérdida sí importaba.

Por ello, Zaldívar tenía una difícil situación ante sí. Con dos capitanes a sus espaldas, observando y tomando buena nota de cara el futuro. Si se mostraba flojo de carácter, mal. Si apretaba demasiado, peor.

El sargento mayor echó pie a tierra y se fue hacia De la Paz con el caballo asido de las riendas. El animal tenía un porte espléndido y sus solos andares ya denotaban elegancia. Como la de Zaldívar. Siempre sin realizar movimientos bruscos, pasó frente a De la Paz, se acercó al muchacho tendido en el suelo y se detuvo. Las ancas del caballo se situaron a la altura del soldado. A dos palmos, tres a lo sumo.

—¿Estás bien, chico? —dijo el sargento mayor inclinándose y ayudando a que el muchacho se incorporara. Se agarraba la cabeza y Zaldívar advirtió cómo un gran moratón comenzaba a asomar en la parte superior de su frente.

—Sí..., sí, señor... —balbuceó—. Es que...

—Tranquilo —cortó Zaldívar. Le sobran las explicaciones y, además, no quería escucharlas. Hacerlo habría supuesto tener que dar a la otra parte la posibilidad de argumentar en su defensa. Tenían trabajo que hacer y la comitiva no se detendría a esperarles—. Vamos... ¿Estás bien? ¿Sí? ¿Puedes continuar con tu trabajo?

El muchacho pareció tomarse un instante para responder. En realidad, habían sido demasiadas preguntas seguidas para él. ¿Debía recordarlas todas y contestarlas de una en una? Y el hombre que se las hacía era el sargento mayor, ni más ni menos. Caray, nadie mandaba más que él en San Gabriel. Salvo el adelantado, claro. Porque nadie manda más en el mundo que el adelantado.

—Sí, sigo con lo mío, señor —dijo—. No se preocupe que... Y perdone porque yo no...

Zaldívar, en ese momento, se giró para dejar paso al muchacho. Y, cuando lo hizo, su caballo lo imitó, moviéndose, sin desplazarse hacia delante o hacia atrás, en el sitio. Las nalgas del animal, entonces, empujaron a De la Paz, que se vio obligado a retroceder para no ser empujado.

Nadie dijo ni una sola palabra más. El sargento mayor se subió al caballo y chasqueó la lengua para ponerlo al trote y largarse de allí. De la Paz miró a los dos capitanes que habían permanecido en silencio y estos le devolvieron la mirada.

* * *

A Oñate le ponía enfermo la lentitud con la que se movía la columna. Por ello, espoleaba a Platero y se iba hacia delante durante media legua, e incluso más. Decía que para ir explorando, pero a

modo de excusa: simplemente, la lentitud le sacaba de quicio. Él, a sus cuarenta y nueve años, era el hombre más rápido de toda Norteamérica. Y que no suene a balandronada, porque no lo es. El adelantado Juan de Oñate, en solo tres años desde que fundara San Gabriel y comenzara a gobernar sobre el Nuevo México, había recorrido más leguas que Pizarro, Balboa y Cortés juntos. Este último, por cierto, de la familia.

En fin, sabía que no podía ser de otra manera. Zaldívar y él le habían dado una y mil vueltas a la posibilidad de realizar una incursión ligera, con un puñado de hombres escogidos y los caballos justos. Pon siete u ocho tíos y veinte animales. Ya está, no necesitaban más. Irían hasta Quivira, se harían con todo el oro y la plata posibles y regresarían de inmediato. Una conquista sin bajarse del caballo.

Por desgracia, a medida que analizaron cuidadosamente los detalles, se dieron cuenta de que no podía ser así. Zaldívar lo vio claro desde el principio: hay que ir a lo grande, adelantado, o correremos enormes riesgos. Oñate apretó tanto y durante tanto tiempo los dientes que se saltó un trozo de una muela y, finalmente, tuvo que llamar al herrero y hacérsela extraer.

Sí, Zaldívar estaba en lo cierto. Como casi siempre, dicho sea de paso. Oñate confiaba sin fisuras en el muchacho. También era de la familia y lo seguiría siendo en el futuro, pues Oñate le había asegurado a Zaldívar que la mano de su hija era suya si la quería y Zaldívar le había respondido que por supuesto, que faltaba más, que sería un honor. Todavía deberían aguardar catorce o quince años para celebrar la boda, pues la novia aún era un bebé al que le estaban saliendo los dientes de leche, pero la palabra dada es la palabra dada. Así sería. Y así fue. Las alianzas que se forjan entre los de la familia son las únicas alianzas en las que los hombres como Oñate confiaban. Habría dado lo que fuera por Zaldívar. Y Zaldívar habría dado lo que fuera por él.

Ahora, convenía ir haciendo fortuna para que, en el futuro, no les faltara de nada. Oñate ya era rico, mucho más rico de lo que cualquier hombre no fuera ya capaz de soñar, sino simplemente de intuir. Era rico al modo en el que los pobres no saben que se puede ser rico.

Pero ¿qué sería de la vida si no lo posees todo? Es una cuestión de dinero, sí, pero también de satisfacción última. ¿Qué otro motivo habría, pues, para encaramarse a un caballo y no bajarte de él en cinco, seis, siete largos años? Lo queremos todo para nosotros porque podemos.

De manera que Oñate había invertido gran parte de su fortuna en la construcción de San Gabriel y un buen pellizco en esta expedición al reino de Quivira. Iban con todo, como había sugerido, desde el principio, Zaldívar. Pero ir con todo significaba avanzar descorazonadoramente despacio. Los bueyes que tiraban de las carretas marcaban el ritmo y a él se adaptaba el resto de integrantes de la columna.

Oñate refrenó a Platero y observó en torno a sí. Desierto y más desierto. Se llevó la mano izquierda a la frente para hacerse sombra y alzó levemente la parte delantera del morrión. El calor era infernal, pero a Oñate le daba igual. Él no se quitaba jamás el morrión ni la armadura, y si se enteraba de que alguno de sus soldados lo hacía, lo arrestaba y lo enviaba a dormir al calabozo. Aquí, a cielo abierto, no había calabozo, pero sí una memoria enfermizamente capaz de registrar cada incidente o acontecimiento: si el adelantado te advertía de que te hallabas arrestado por no llevar la coraza o la cota de malla, cualquier alegación y cualquier castigo quedaban en suspenso. Después, a los cinco o seis meses, de regreso en casa, Oñate hacía repaso mental de lo, para bien o para mal, sucedido, y, no lo dudes, se acordaba de tu asuntillo: a ti te arresté hace cuatro meses

y tres semanas, ¿verdad? Sí, adelantado, pero le juro que aquel día hacía un calor abrasador y se me había recalentado tanto la armadura que apenas podía respirar.

Tampoco puedes respirar si un hijo de puta apache te mete una flecha en mitad del pecho. Una semana de arresto, por contravenir las órdenes del capitán general.

Encasquetado, de nuevo, el morrión, Oñate se pasó la mano por el rostro y buscó a su perro. Salía, como el resto de hombres, recién afeitado. En cuestión de un mes o dos, sería un conquistador barbudo más. Jamás fue la usanza de la época. Fueron las circunstancias, pero les otorgó una inesperada ventaja: los indios, vete tú a saber por qué, se sentían atemorizados ante esos barbudos pálidos ataviados con trajes de metal. Oñate, como cualquier conquistador medianamente avisado, se aprovechaba de esa ventaja. Sin embargo, no fiaba nada a ella: la conquista nos la dan los cañones y las escopetas, no las barbas. Que nadie se lleve a engaño.

—¡Yunque! —llamó, de un grito, el adelantado.

A lo lejos, el mastín movió la cola sin darse por aludido. Tenía el morro en el interior de un agujero y Oñate pensó que habría olisqueado una liebre. A Yunque le encantaba salir a cazar bichos y el adelantado no solo se lo permitía, sino que lo alentaba a ello. Yunque era un mastín de guerra y lo llevaba para matar enemigos. De acuerdo, también porque adoraba a aquel magnífico animal, pero básicamente para matar enemigos.

¿Quién es el enemigo de un conquistador español? En el caso de Oñate, todo el que se cruzara en su camino y se mostrara hostil. Si no lo hacías, si no ocasionabas problemas al adelantado, el adelantado, por regla general, te dejaba en paz. Lo bueno de rondar la cincuentena es que el carácter se te sosiega y te vuelves pragmático: hay tanto indio por matar que mejor no perder el tiempo con los que no mueven un dedo en contra de ti. Ojo, que no cualquier conquistador podría afirmar lo mismo. Oñate, las cosas sean dichas como son y sucedieron, era un hombre tranquilo que solo buscaba el enriquecimiento ilimitado. ¿Se le podía culpar por ello?

—¡Yunque! —volvió a llamar. Y, al ver que el mastín no hacía caso, añadió para sí—: Maldito perro...

Lo malo de que Oñate no te matara, es que te mataban los frailes. O, al menos, te dejaban en tal estado mental que pedías a gritos que alguien viniera y acabara con tu sufrimiento. ¿Pero qué clase de gente es esa que hasta que les dices que sí a todo no te dejan ni respirar? Dios, Dios y Dios. Tres, que son inconcebiblemente tres y, al tiempo, uno. Los indios, por muy salvajes que fueran, sabían contar y distinguían bien las diferencias entre un dios y tres dioses. Los que no parecían conocerlas eran los frailes, cuya insistencia rayaba en lo demencial. Oñate, siempre cuidando de que la inversión no se fuera al carajo, intentaba atemperar los ánimos cuando estos se encrespaban. Porque los indios iracundos son malos para el negocio y, si resulta que los has topado en paz, ¿a santo de qué enrabietarlos? Malditos frailes... Ojalá pudiera prescindir de ellos. Mandarlos de vuelta a Zacatecas. Cuanto más lejos, mejor. Pero no podía. Venían con el contrato y debía aguantarse.

Él, que no le pasaba ni media a nadie en este mundo.

Oñate se giró en su silla y observó en dirección a la comitiva. A lo lejos, distinguía a los hombres que avanzaban pesarosamente en vanguardia. Soldados todos ellos, la mayoría jóvenes y solteros. El adelantado se jactaba de conocer a su gente y de saber a quién debía llevárselo con él y a quién dejar al cuidado de San Gabriel y de los colonos. En una expedición que, como esta, se presumía larga, la mejor opción pasaba por contar con los hombres solteros. Ellos eran los que

más deseos tenían de enriquecerse rápidamente y los que menos daban la murga solicitando, a partir del segundo o tercer mes, que la comitiva diera media vuelta. A cambio, suponían la parte menos templada y más imprevisible de la guarnición. Pero ¿quién querría salir a conquistar territorios ignotos a cambio de una parte en un botín incierto sino hombres que no tuvieran nada que perder y sí mucho que ganar? Pues ahí estaban, cabalgando al frente de su, su, su expedición.

Al primero que la pusiera en peligro, lo llamaba a un aparte y le metía una cuchillada bajo las costillas. Diría que le había picado una serpiente y que no se pudo hacer nada. Oñate, por experiencia, sabía que era mejor resolver así las cosas. Menos papeleos y menos preguntas que responder. Y es que pareciera que la gente de Ciudad de México no tenía nada mejor que hacer, desde que se levantaban hasta que se acostaban, que solicitar informes y más informes al adelantado. ¿No era él el gobernador de Nuevo México? Pues que le dejaran gobernar, Virgen santa.

Oñate observó cómo un hombre ponía su caballo a un trote ligero y avanzaba en su dirección. El adelantado tardó poco en descubrir de quién se trataba: Juan Rodríguez, marinero y portugués. Lo llevaba a su lado y por su cuenta, aunque no en secreto. Había advertido a los de Ciudad de México de que contaba con un marino en la partida. Le dijeron que de acuerdo, que no había problema, pero que se esforzara por obtener resultados. Oñate repuso que sí y lo hizo de esa forma en la que concedes por no ponerte a disparar. ¿Es que acaso él, él precisamente, haría algo para no hallar la tan ansiada, perseguida y anhelada salida al mar del Norte? ¿Por supuesto que se esforzaría por obtener resultados! A este marino lo había buscado él, lo había contratado él y le pagaba él. ¿No suponían estas suficientes pruebas de que el adelantado estaba haciendo todo lo humanamente posible por descubrir el maldito mar del Norte? Que se supiera, el contrato para explorar Nuevo México lo había firmado él. Las minas que habían hallado ya y las que esperaba hallar en el futuro le pertenecían. Vale, en rigor, pertenecían al rey, pero la explotación de las mismas caía del lado de Oñate y ese constituía un hecho irrefutable. Por lo tanto, a él más que a nadie le interesaba hallar la maldita salida al mar del Norte. Y se encontraba convencido de que la encontrarían tarde o temprano, de manera que más les valía a todos esos funcionarios cabrones hijos de puta mantener el pico cerrado y dejar trabajar a los que estaban dispuestos a hacerlo.

—Adelantado... —dijo Juan Rodríguez cuando su caballo alcanzó el lugar donde Oñate observaba las evoluciones de su perro. Seguía con el hocico metido en un agujero, pero no parecía que fuera a dar con la liebre.

El portugués rondaba los cuarenta años, lo cual agradaba a Oñate. Hablaba un castellano fluido y era de trato fácil, de manera que el adelantado gustaba de charlar con él. Por eso y porque jamás ponía en duda las decisiones que tomaba. Y no es que el resto lo hiciera, al menos no a la cara, pero... Con Rodríguez las cosas fluían sin trabazones: el marinero no tenía ni la más remota idea de cualquier asunto relacionado con la expedición y, en principio, lo decidido le parecía bien salvo que significara saltar por un precipicio o alguna insensatez de un calibre semejante.

Rodríguez no sabía de nada excepto de aquello sobre lo que lo sabía todo: navegar. Allí, en la expedición, tenía un cometido. Uno solo, pero de tal importancia que, para que lo llevara a adelante con todas las garantías de éxito, había quedado exento de cualquier otro. Rodríguez debía encontrar el mar del Norte, también nombrado en otras latitudes como el océano Atlántico. Y, bien, entiéndase: conocían dónde se hallaba, claro está, pues las rutas de ida y venida a España lo atravesaban de continuo, pero... Oñate, y muchos como él, sospechaban que no muy lejos había un

estrecho, un canal más o menos ancho y, sin duda, navegable, que les ofrecería, desde el norte del territorio, una salida directa al océano. Estaba ahí y solo tenían que hallarlo. O, por ser más precisos, Rodríguez debía localizarlo. Sin ánimo de ofender, lo llevaban como se lleva a un sabueso a una cacería: para que huelga el rastro.

Cosa que, por cierto, Yunque acababa de lograr. Dando saltos de alegría, el mastín corría hacia el lugar donde se situaban Oñate y Rodríguez con una preciosa liebre, aún viva, entre las fauces.

Oñate sonrió. Buen chico.

* * *

Llevaban siete horas de viaje y Zaldívar ya se había recorrido más de quince veces la columna. Arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo, de forma obsesiva pero también metódica. De hecho, a primera hora de la tarde había cambiado de caballo. No convenía agotarlos ni agotarse antes de tiempo. Lo primero le preocupaba, cómo no iba a preocuparle: dependían de ellos más que de nada en el mundo. Lo segundo ni se molestaba en pensarlo. Zaldívar era inmortal, pues el patrón para el que trabajaba también lo era y él no pensaba ser menos. Hay algo que puede no entenderse desde otras perspectivas que no sea exactamente la de él: en pleno verano neomexicano, con una cota de malla debajo de la coraza metálica, el morrión encasquetado hasta las cejas, botas, espuelas y una espada tan pesada que te mataría aunque solo te golpeará de lado.

Zaldívar no se agotaría jamás porque se había hecho el firme propósito de que así fuera y pensaba llevar dicho propósito hasta las últimas consecuencias. Conocía bien la historia de los conquistadores españoles. La conocía bien pues, desde el mismo día en el que había nacido, en su casa no se había esperado que él emprendiera otro oficio y, por lo tanto, no se le había educado en otra dirección. Si hay que morir, se muere. Y si hay que enriquecerse más allá de lo humanamente concebible, se enriquece uno. Haremos lo que podamos y más allá, miraremos al destino de frente y con la cabeza bien alta pero nunca, nunca y en ninguna circunstancia, diremos que ya vale, que el cansancio ha hecho mella en nosotros y que quizás sería mejor dar media vuelta y regresar a casa.

A casa volveremos cuando el adelantado lo ordene. Ni un instante antes.

Zaldívar se encargaba de la letra pequeña. Lo cual, en una expedición de conquista española no suponía una cuestión menor. Su trabajo, en teoría, debería limitarse a los capitanes. Hablar con ellos varias veces al día, transmitirles las órdenes del adelantado y recoger, a través de ellos, las preocupaciones de los soldados. Sin embargo, cuando sales a conquistar, sales con un grupo de hombres del que dependes tan plenamente que lo mejor es conocerlo tan bien como a la palma de tu mano. Eso hacía Zaldívar, lo cual a algunos capitanes les parecía bien y a otros no tan bien. En fin, el poder no estaba tan repartido como podría parecer y en la mano de Oñate se hallaba tanto la capacidad de ascender como de degradar a quien le diera la gana.

Ya habían comenzado los primeros disensos. Zaldívar sabía que ocurrirían, pero mentiría si dijera que no le sorprendió que llegaran tan pronto. Siete horas de expedición y ya estábamos con la monserga de siempre. El reparto. El reparto de la ganancia, de la conquista, del botín. Oñate había puesto por escrito, y cada uno de los hombres, no sin la solemnidad que la ocasión merecía, había aceptado firmando al lado de donde el adelantado lo había hecho, que a la tropa le

correspondería el siete por ciento de todo lo obtenido. Ese era el trato. El siete. Se llevarían el siete, y Oñate había maldecido delante de todos ellos porque afirmaba que estaba siendo estafado sin piedad. Alguno de los soldados se sonrió por lo bajo, pero para la mayoría el gesto del adelantado no coló. Él ponía en marcha la columna, cierto era, pero sin la fuerza que los setenta hombres armados le imprimirían llegado el momento, daba igual que fuera a Quivira o al prado de al lado de San Gabriel: la conquista resultaría inefectiva. Así que dejaron que Oñate se quejara tanto como quisiera y reservaron sus alegaciones para el momento en el que su posición de negociación fuera, digamos, algo más ventajosa. Lo normal era aguardar una semana. Dejas que la partida avance, permites que se interne en territorio más que desconocido y, llegado el momento, descubres tu jugada. ¿Recuerda usted aquello del siete por ciento? Resulta que lo hemos estado hablando y nos parece insuficiente. Mire, estamos rodeados de peligros por todas partes y... Podías seguir con la pantomima tanto tiempo como quisieras. En realidad, a ninguna de las dos partes le interesaba la palabrería. Incluso en medio de un herbazal donde las mariposas revoloteaban alegres y despistadas sobre las flores abiertas al claro sol, tú argüirías que quién no te decía a ti que, bajo las hierbas, agazapados como conejos, los apaches acechaban para saltar sobre ti en cualquier momento. Lo cual, dicho sea de paso, podía ser completamente cierto. Y el adelantado lo sabía, y tú lo sabías, y todo el santo mundo lo sabía.

Pero lo verdaderamente relevante, lo que hacía que la posición negociadora hubiera cambiado con respecto a la dada en San Gabriel, es que ahora ya no había modo de girarse y regresar a casa. El adelantado no diría que ni hablar al nueve por ciento que exigían los soldados y que, por lo tanto, quedaba en suspenso toda acción conquistadora. ¿Quivira? Al diablo con Quivira. Retornaban a casa porque el trato ya no se sostenía.

Un contrato firmado es un contrato firmado y supone que dos partes se obligan mutuamente. Si alguien se echa atrás, si alguien decide que se niega a realizar la parte que le toca, la otra parte tiene derecho a protestar y a exigir un resarcimiento por los daños causados. En Zacatecas, o en la propia Ciudad de México, uno se ponía en pie y, todo lo digno de lo que era capaz, se dirigía a la instancia correspondiente, solicitaba audiencia y explicaba que tal y que cual. Aquí, en Nuevo México, una de las partes del contrato era Oñate, es decir, el gobernador; es decir, el capitán general; es decir, el adelantado en persona. Podía impartirte justicia sobre la marcha y sería completamente legal. Luego tenías derecho a que tu caso se revisara, con el tiempo, en el sur, pero para eso tenías que estar vivo.

De manera que ponerse a discutir, sobre las condiciones aceptadas, en mitad del desierto con un sol de plomo derritiéndote los sesos podía ser una buena jugada o podía no serlo tanto. Lo cual no era óbice, esto que nadie lo ponga en duda, para que cada cual juegue siempre sus cartas como le parezca. Estamos entre españoles, recuérdese.

Siete horas y más de diez soldados se habían reunido para convenir que el siete por ciento del botín les parecía injusto y que solicitaban el nueve. Todo esto sin bajarse de los caballos ni dejar de hacer su trabajo. Porque diligentes, aquí hay que decirlo todo, los tíos lo eran un rato largo. Zaldívar no azotó a uno en el momento precisamente por ello. Habría servido de ejemplo y unos cuantos azotes bien dados delante de toda la servidumbre ponen a cada cual en su sitio, incluso a aquel al que ni se le ha pasado por la cabeza cuestionar nada en lo relativo a la expedición. Pero Zaldívar no podía hacer algo así con estos hombres. Eran demasiado buenos en lo suyo y demasiado duros como para que unos cuantos azotes sirvieran de escarmiento. Además,

llevaban armaduras, cotas de malla y botas de cuero. Resultaba improbable que pudiera causarles algo más que unos cuantos arañazos. Lo que sí conseguiría es que se la guardaran. Y que te la guarden unos tíos que duermen a tu lado en territorio enemigo no es el mejor de los planes, de verdad que no...

—Se lo transmitiré al adelantado —había dicho Zaldívar al soldado que le había ido con la petición. Con el hemos pensado que. Con el lo hemos estado reflexionando detenidamente. Con el mire usted que se nos dijo una cosa y no se está cumpliendo.

Siete puñeteras horas de camino. Los muy cabrones lo traían más que pensado desde San Gabriel y ni siquiera habían sido capaces de aguardar unos cuantos días para que la petición resultara más creíble. Mejor así, pues la ansiedad demostrada suponía una debilidad manifiesta y quien de este modo se conduce en una negociación lleva todas las de perder.

—Dígale que, con todo el respeto, pensamos que el nueve por ciento es una cantidad que se ajusta más a la realidad con la que nos estamos topando.

—Lo haré.

—Además, ya sabe, capitán, en Quivira el oro y la plata se derramarán desde los balcones de los palacios.

—Estoy seguro de ello, soldado.

—Y las princesas quiviras lucirán tiaras de piedras preciosas.

—Será llegar y arrebatarlas sin apenas esfuerzo.

—Eso no lo sabemos, capitán. Hemos de ponernos en lo peor y si los ejércitos quiviras nos hacen frente, habremos de luchar con serio peligro de nuestras vidas.

—Para lo cual se os paga lo convenido y firmado.

—Desde luego, capitán, no piense usted que ponemos en duda su palabra ni la del adelantado, Dios lo guarde.

Cuando un soldado mentaba a Dios, Zaldívar realizaba una pausa. Para que el soldado se diera cuenta de que por ese camino marchaba mal. Al adelantado Dios lo guardaba lo invocara el soldado o no. Ojo con tocar las narices con estas cosas, porque ese sí que es territorio incierto.

El sargento mayor apoyaba las manos en la parte delantera de su silla. Como todos, tenía la piel cubierta de una fina película de sudor que le daba un aspecto acuoso, diríase que ligeramente translúcido. Se inclinó a un lado para escupir polvo y, acto seguido, tomó su cantimplora y dio un sorbo de ella. El agua estaba caliente, asquerosa, intragable. Zaldívar bebió sin inclinar la cabeza hacia atrás para no perder el morrión.

—No sería la primera vez que alguien se nos insubordina en plena expedición —dijo.

El soldado lo miró intentando que su rostro no reflejara expresión alguna. Sabía de sobra adónde quería llegar Zaldívar.

—Bueno, ahora que lo pienso... —continuó el sargento mayor—, lo cierto es que no, nunca hemos sufrido un amotinamiento en medio de una salida. Habríamos cumplimentado el correspondiente informe, porque estas cosas siempre hay que ponerlas por escrito y enviarlas al sur.

En el sur son muy quisquillosos con el papeleo. De hecho, lo son ellos y lo somos nosotros. Nos gusta el papeleo, amamos la burocracia, adoramos esas largas tardes de invierno en las que no hay demasiado que hacer y nos sentamos a una mesa y nos ponemos al día con los informes atrasados. ¿Amotinamientos en San Gabriel? Unos cuantos. ¿Insubordinaciones? Alguna que otra.

¿Durante las expediciones de conquista o reconocimiento? Oh, ahí jamás sucede nada digno de mención. Oiga, el que no lo crea que revise los informes. Somos concienzudos hasta lo inimaginable, de forma que si alguien tuvo sus más o sus menos durante una expedición, seguro que existe el informe correspondiente donde se da buena cuenta de ello. Y si no existe el informe, es porque no existió la indisciplina.

Es la única explicación posible, ¿no?

—Mire, capitán —continuó el soldado. Estos tipos no se detendrían por un quítame allá un inexistente informe—. Yo lo único que le digo es que unos cuantos soldados opinamos que el reparto no es el adecuado.

—Porque es injusto —afirmó, con cierta mala baba, Zaldívar.

—Yo no he dicho eso. Digo que no es adecuado. Sopesados los peligros a los que nos vamos a enfrentar y tenidas en cuenta las riquezas que obtendremos, un nueve por ciento resulta una cifra más ajustada a las circunstancias.

Tenías que haber sido fraile, cabrón. Por la labia.

—Bien, haré lo que me pides. Trasmitiré vuestras demandas al adelantado.

—Desde el respeto y la máxima lealtad, capitán.

—Por supuesto.

Zaldívar apretó los muslos y puso su montura al trote. Durante un buen rato recorrió la columna en silencio. Oñate siempre afirmaba que los problemas tienen solución si esta se busca en el momento adecuado. Ni antes, ni después. Hallar ese instante supone un arte que no está al alcance de cualquiera. Tienes el talento para ello o no lo tienes.

No existe término medio.

* * *

Oñate sabía que era pronto para intentar sonsacarle. Pero tenía tantas ganas de hallar la salida al mar del Norte que se lo habría preguntado a Rodríguez en ese mismo momento. ¿Qué? ¿No huele la sal, marinero? ¿Y a qué espera?

Sin embargo, y aunque parecer impaciente le importaba poca cosa, se ahorró la saliva. Aún faltaban cientos de leguas de viaje para que la pregunta tuviera sentido. Estaban, lo que se dice, al lado mismo de casa. Junto a sus hombres, él ya había recorrido aquellos parajes tres o cuatro veces. Sabía que hacia el este había unas montañas, que debían rodearlas por el sur y que, desde allí, el camino los llevaría hasta el río Pecos. Jusepe Gutiérrez le había explicado con tanto detalle la ruta que se la sabía de memoria. Se llevaba con él al indio, pero más por si acaso que por una necesidad real: Oñate tenía el mapa grabado a fuego en su memoria.

Juan Rodríguez era lo que se dice un hombre de confianza. El adelantado así lo entendía y así lo trataba. Sabía, por supuesto, que la confianza se sostenía, para lo bueno y para lo malo, sobre las columnas que el dinero, su dinero, había logrado levantar. ¿Fuertes y sólidas? Juraría que sí, pues al portugués lo había enterrado en plata. Eso, de entrada: si hallaban el mar, si realmente conseguían encontrar la tan ansiada salida al océano Atlántico, Rodríguez se las vería y se las desearía para lograr gastarse la suma de dinero que el adelantado le había prometido. Encuéntreme usted el mar y le juro por mis hijos que jamás olvidará mi nombre.

Oñate y Rodríguez cabalgaron durante un rato en silencio. Tenían la columna a sus espaldas y avanzaban sin prisa. Desde allá, se escuchó el trote de un caballo y Oñate se giró para ver de quién se trataba: Zaldívar.

—Adelantado —dijo este a modo de saludo. La presencia de Rodríguez, por muy hombre de confianza que fuera, determinaba que el encuentro se convertía en público, y no en privado. Y en público, tanto el uno como el otro guardaban las debidas formas y distancias.

—Zaldívar —correspondió Oñate.

—Rodríguez... —saludó el sargento mayor antes de continuar. El marinero no tenía rango alguno en la expedición, pero se hallaba junto al adelantado y el adelantado, permitiéndolo, lo convertía en merecedor de las correspondientes cortesías—. Adelantado, tenemos problemas.

Pronto comenzaban.

Oñate sabía que los habría, pues la existencia de problemas constituía la norma, y no la excepción, en las expediciones de conquista. Pero ¿tan pronto?

—¿Qué sucede?

—Algunos hombres no se muestran conformes con el reparto.

Lo esperado, vamos. Habría puesto la mano en el fuego por una semana más de plazo. Bien, veía la jugada y conocía la única respuesta posible:

—Ni hablar.

—Debemos movernos con cautela —argumentó Zaldívar, algo incómodo por la presencia de Rodríguez.

—Dígales que sus demandas son rechazadas. Todas, sin excepción.

—Nos arriesgamos a que comiencen las deserciones.

—No, aún es pronto para eso, Zaldívar. Nadie se larga el primer día. Aguardarán, no se preocupe.

—Me preocupo, adelantado. Sé que usted ha puesto muchas esperanzas en este viaje.

Zaldívar miró de reojo a Rodríguez. Si todo salía bien, regresarían con los carros repletos hasta los topes de riquezas y con la salida al mar descubierta. ¿Quién decía que el viaje de regreso no podrían realizarlo en barco? Especular en tal dirección sobrepasaba cualquier expectativa, pero a Oñate le gustaba pensar a lo grande. ¿Usted sabría construir un barco?, le había preguntado, antes de contratarlo, a Rodríguez. El marinero respondió que él era piloto pero que, con la ayuda adecuada, la construcción de una embarcación sencilla se le aparecía como una empresa factible. De un solo palo, no fuera el adelantado a pensarse que... ¡Suficiente! El astillero lo levantaremos más tarde. De momento, vayamos paso a paso.

Zaldívar, mucho más cauto y pragmático, se conformaba con que la conquista de Quivira saliera como esperaban. La búsqueda de la salida al mar constituía un objetivo accesorio: ya que marchaban tan lejos y ya que sospechaban que por allí debía hallarse el mar, lo buscarían, pero sin desviarse el grosor de un dedo del plan previsto. Vamos a por el oro y la plata del reino de Quivira.

Oh, y tras el rastro de Humaña y Leyva, sobre los que ha de caer todo el peso de la ley. Oh, y a bautizar, claro que sí. En cuanto lleguemos, los frailes bautizarán a diestro y siniestro. En España están obsesionados con lo de los bautismos, así que bautismos tendrán. Los indios no tenían ni la más remota idea de qué significaba para ellos un rito tan banal, pero Oñate los alentaba en cuanto disponían de la ocasión: nada servía con mayor facilidad a sus propósitos,

pues colmaba, y de qué manera, las perspectivas de esos a los que debía mantener contentos; y, he aquí el encaje perfecto de las dos piezas, sin soliviantar a los salvajes, quienes, al sentir un poco de agua derramada sobre sus cabezas, manifestaban un estupor momentáneo que pronto olvidaban en cuanto alguien descorchaba una botella de mezcal. ¡Viva España y la Santa Cristiandad!

—Hasta que crucemos el Pecos no comenzarán los problemas de verdad —sentenció el adelantado.

—¿Usted cree? No sé qué decirle... Yo trato con los hombres y...

—Ni caso, Zaldívar. No intentarán jodernos hasta que sepan que pueden jodernos. De momento, nos ceñimos a lo acordado. Dígales de mi parte que no me toquen los cojones o se acabará la paz.

Zaldívar conocía muy bien a su patrón y sabía que hablaba completamente en serio. Que era capaz de mantener el pico cerrado hasta el Pecos y sacar el tema cuando estuvieran con el agua llegándoles hasta el pecho. Y no es que fuera un hombre violento, no... Realmente no lo era. Oñate medía el tiempo y los momentos de una forma completamente distinta al resto, lo cual lo convertía en imprevisible.

Yunque ladró a los pies del caballo de Zaldívar y el animal brincó.

—¡Chico! —llamó Oñate—. ¡Vamos, largo! ¡Vamos!

El mastín le hizo más o menos caso y se alejó unos pasos, pero continuó dando saltos y poniendo nerviosas a las monturas.

—¿Dónde está Cristóbal? —preguntó, cambiando de tema, el adelantado.

—Lo he visto hace un rato —respondió Zaldívar—. Anda por ahí, no se preocupe.

—Sí me preocupo. Es mi hijo y tú tienes el encargo de que nada le suceda.

Habían pasado a tratar asuntos personales y el adelantado, sin darse cuenta, comenzó a tutear al sargento mayor.

—He puesto a Figueroa a su lado, adelantado. Le aseguro que está en buenas manos.

—¿Confías en ese hombre?

Un poco más que en el resto, lo cual tampoco es mucho decir.

—Por supuesto, adelantado. Lleva con nosotros desde el principio y jamás se ha visto inmerso en ninguna deslealtad.

Lo que no podía decir cualquiera. A Oñate se le insubordinaba mucha gente, pero no porque fuera él, sino debido a que era la costumbre en la tierra. Intentaban atajarla, por supuesto, aunque no era fácil. Los españoles tenían la sangre demasiado caliente.

El adelantado observó el horizonte y, después, levantó la mirada hacia el cielo. Restaban pocas horas de luz y más les valía ir buscando un sitio para acampar y pasar la noche. Primera acuartelada en el desierto. ¿Huele el mar, marinero, huele el mar?

Maldita sea, qué despacio marcha todo.

6

La batalla del río Pecos

13 de julio de 1601

Resultó que el adelantado no pudo sacar el tema una vez llegados al Pecos y con el agua en el pecho. Habría estado bien, no obstante. A ver, vayamos por partes. Parece que algunos de vosotros estáis descontentos con el contrato firmado. Parece que unos cuantos tíos opinan que el reparto no es justo. Una opinión que no defendían antes de partir, pues, otra vez, parece, que ha germinado y florecido con el paso de los días. Parece, parece y parece. ¿Qué? ¿Que tragamos demasiado polvo y eso hace que os halláis vuelto unas nenas? Bien, pues discutámoslo, ahora que tenemos tiempo. Solo estamos trasladando la caravana de una ribera a la otra del Pecos. Las aguas son profundas en algunos puntos, pero no parece que la corriente nos vaya a arrastrar. Parece.

Sin embargo, nada de eso sucedió, pues tras tres semanas de viaje desde que partieran de San Gabriel, el Pecos, grandioso y plácido como una serpiente gorda y vieja, se extendió ante ellos. Oñate había enviado, con antelación, a Zaldívar para que, junto a un grupo de hombres, buscara el lugar adecuado para vadearlo. Los hombres a caballo lo cruzarían sin dificultad, pero no así los carros y el ganado. Incluso la caballada, los cientos y cientos de animales de refresco que llevaban con ellos tendría dificultades en las aguas profundas y deberían guiarla con mano firme y cautela. No sería la primera vez que un caballo se les ahoga víctima de su propia congoja al ver que el agua le llega al cuello. Eran bichos de desierto, téngase muy en cuenta. El agua que la mayoría de ellos había visto en su vida era la que les ponían en los abrevaderos de los establos. Échalos tú, ahora, a nadar.

El sol comenzaba a levantarse y ya golpeaba duro en las cabezas de los expedicionarios. A mediodía, el calor caería sobre ellos a puro plomo y hoy no estaban en disposición de hacer un alto para protegerse: Oñate, con buen tino, había calculado que precisarían de la jornada completa para que la columna vadeara el río. Un día de duro trabajo, qué duda cabe. Al menos, rompía con la monotonía de las semanas anteriores, que podrían resumirse en sol, desierto, tedio y bestias moviéndose muy lentamente. Un horror.

Los soldados, extrañamente, se estaban comportando como se esperaba de ellos. Zaldívar recibió unas cuantas quejas más, pero tras transmitir la orden del adelantado, estas fueron menguando hasta desaparecer por completo. Ciertamente fue que el sargento mayor, por su cuenta y riesgo, introdujo una pequeña variación a lo manifestado por Oñate: en lugar de advertirles de que el adelantado prefería que no le tocaran los cojones, Zaldívar señaló que Oñate había dicho que quien tuviera cojones fuera y se los tocara a él. Toquémonos mutuamente los cojones, a ver qué pasa. Por supuesto, nadie era tan idiota como para continuar por ese camino. Apretaron los labios

y cada cual siguió con lo suyo. Lo cual no quería decir que se hubieran olvidado de sus reclamaciones, claro está. Simplemente, las habían postergado. Si algo tenían de sobra allí, era tiempo. Un tiempo lánguido, pegajoso y ardiente.

Dos datos importantes antes de continuar: no los vieron venir y la batalla duró dos horas y media. Exactamente lo uno y lo otro. A Oñate le disgustó que así fuera. Que hubieran cometido el error de no descubrirlos para protegerse antes de tiempo. Que los sorprendieran cuando más expuestos se hallaban, con media columna metida en el agua, y que, por tanto, las tareas emprendidas para la defensa y protección se alargaran durante, nada más y nada menos, dos horas y media. Con lo que llevaban encima, en tierra seca no les habrían durado ni diez minutos. Maldita sea. Estos errores son los que no podemos cometer. Y los que, precisamente, cometemos.

Adelante.

Zaldívar separó a los soldados en grupos de hombres y funciones. Vadear el Pecos los tornaba frágiles, eso lo sabían porque eso lo sabe cualquiera con dos dedos de frente. Por ello, el sargento mayor situó a diez soldados armados en una ribera del río y a otros diez en la otra ribera. El lugar que habían elegido para vadear el cauce, después de mucho pensárselo, no era el menos profundo, pero sí uno en el que la corriente apenas se notaba. Sacrificaron profundidad a cambio de quietud. A fin de cuentas, da igual avanzar con el agua en las tripas o en el pecho. Lo importante es que esa agua no te arrastre, porque si algo así sucede, lo más probable es que no lo cuentes.

En primer lugar, se trasladaron los ocho carros. Los que estaban empujados por mulas pasaron con relativa facilidad, eso sí, siempre con hombres tirando de ellas no ya desde lo alto de sus caballos, sino habiéndose desprendido de las armaduras y haciendo pie sobre el lecho del cauce. Las mulas son tercas pero manejables ante la insistencia. Al final, y no sin esfuerzo, consiguieron que todas cruzaran. Lo hacían con el agua al cuello y una expresión de pánico en sus miradas. En fin, solo eran mulas. El problema llegó cuando les tocó el turno a los bueyes. A una mula la puedes azotar y, tarde o temprano, la mula responderá al castigo. Pero el buey no. Si un buey se te enroca en lo suyo, enrocado está y morirá apaleado antes que dar un solo paso más. Por ello, a algunos tuvieron que desengancharlos en mitad del río, obligarlos a retroceder hasta la orilla de la que procedían y llevarlos media legua aguas arriba para que vadearan en un lugar de fuertes corrientes pero escasa profundidad. Ellos lo preferían. ¿Por qué? Son bueyes, no le demos más vueltas.

El resultado de esta operación ofrecía como resultado que los dos carros que transportaban las piezas de artillería quedaron varados en mitad del Pecos. Para solventarlo, Zaldívar ideó un sistema de arreo gracias al cual varios hombres ocupaban el lugar de los bueyes en los yugos y otros diez, veinte y hasta treinta tiraban de un improvisado sistema de cuerdas amarradas a aquellos. Al sargento mayor le pareció una solución muy poco elegante, pero funcionó y lograron sacar los carros del maldito río.

De igual forma, pero por motivos distintos, lograr que las ovejas cruzaran el cauce resultó harto complicado. A diferencia de las mulas y los bueyes, las ovejas no se negaban a entrar en el agua y avanzar hacia el frente. De hecho, lo hacían tan obedientemente que, incluso, pretendían continuar cuando dejaban de hacer pie. Fue una mala idea intentar que cruzaran por allí, esa es la verdad. Tan sencillo como porque no es que no quisieran: es que no podían. Pero ¿qué otra opción les quedaba? Murieron varias, todas ellas ahogadas, y se ordenó que los cuerpos fueran

recuperados para cenárselos aquella misma noche. De cualquier forma, el espectáculo del rebaño cruzando el Pecos resultó muy poco digno de ver. Harían como que nada había sucedido a la hora de redactar el informe de la expedición: no interesa que se sepa cuántas riquezas trajimos de la lejana Quivira, pero tampoco lo poco eficaces que fuimos en las tareas más mundanas que llevamos adelante.

A los frailes se los trasladó con más o menos los mismos miramientos que al ganado. Todos ellos, sin excepción, afirmaron que no sabían nadar. Cuando les explicaron que eso no supondría un problema, pues, primero, cruzarían a lomos de un buen caballo y, segundo, aunque se cayeran de él, el cauce no era tan profundo como para no poder ponerse en pie y sacar la cabeza del agua, no se mostraron, en absoluto, satisfechos. Algunos soldados, el sargento mayor y el adelantado entre ellos observaron con perplejidad cómo aquellos hombres a los que, en principio, menos miedo debería darles la posibilidad de encontrarse con Dios en los Cielos, se aferraban, con ansia y denuedo, a la permanencia en este valle de lágrimas. Su presencia aquí, debían creer, se hacía tan necesaria e imprescindible que estirla en aquellas aguas calmas se les antojaba poco menos que como un demérito.

Por fin, llegó el turno de la caballada. Setecientos animales magníficos que constituían el núcleo esencial de la expedición. Si perdían un cañón o todos, podrían regresar a casa sin la menor dificultad. Si perdían un fraile o todos, otro tanto. Pero sin caballos, jamás volverían. Los caballos, pues, suponían el bien más preciado, sobre todo ahora que, al otro lado del Pecos, se internaban en territorio completamente ignoto.

Por desgracia para los españoles, la importancia de los caballos no solo la advertían ellos, sino cualquier hijoputa que llevara siglos muriéndose de hambre en aquellas tierras yermas. Y los había, vaya que si los había. Unos cuantos, con poco que perder y mucho que ambicionar.

El primer grito de aviso lo dio un soldado llamado Juan de León. Tenía treinta años y Zaldívar lo había situado en la ribera este del Pecos con la orden de que abriera bien los ojos. Lo hizo, hay que señalar que lo hizo. Junto a otro soldado, de nombre Diego de Ayarde, patrulló las inmediaciones y escrutó el horizonte. Nada. El canto de las cigarras cuando el sol está alto y solo eso.

—Algo va mal —dijo León.

—¿Por qué lo dices? —repuso Ayarde.

—No lo sé.

Cabalgaban muy despacio y sin alejarse del río. Escuchaban las voces provenientes de la columna. Los chapoteos de las bestias que cruzaban las aguas. Unos cuantos relinchos que proferían los animales que se asustaban más de la cuenta. El oh, oh, oh, de aquellos que, León y Ayarde se los imaginaban sin tenerlos a la vista, trataban de calmarlos desde el interior del río. Oh, oh, ooouuh. Y los caballos que no veían el momento de emerger a tierra seca.

—Me cago en todos mis muertos, esto no me gusta —repitió León. Al igual que Ayarde, vestía la media armadura y la cota de malla bajo ella. Espada al cinto, escopeta en la funda y una buena provisión de pólvora y balas.

Ayarde, esta vez, no le dio réplica. León y él llevaban con Oñate desde el principio. Tres largos años ya. Por lo tanto, se conocían mejor que si hubieran sido marido y mujer. Qué diablos: el grado de intimidad al que, quisieras o no, el adelantado sometía a sus hombres iba mucho más allá de un triste matrimonio, por mucho amor que hubiera en él. Estos tíos habían cabalgado juntos

a través de los desiertos más ásperos de Norteamérica. Conocían cañadas que nadie había visto jamás, ríos a los que tardarían décadas en poner nombre, bosques habitados por naciones indígenas de las que nada se sabría hasta siglos después.

Más que hermanos. Mucho más.

Por eso, Ayarde comenzó, muy despacio, a desenfundar su escopeta. León, con la mirada fija en el paisaje, escuchó el rumor del arma frotándose contra el cuero rígido e hizo otro tanto. Cargaron en silencio, mientras las monturas se mantenían quietas y hasta agachaban las cabezas para apacentarse con alguna hierbilla reseca.

—¡Ahí! —gritó, de pronto y desencadenándolo todo, León.

Ayarde miró en la dirección que su compañero le indicaba y observó cómo una línea de unos cuarenta o cincuenta hombres se les acercaba a la carrera. Los tenían a menos de cien pasos de distancia, pero podían ver que traían los cuerpos completamente pintados para la guerra.

—Mierda —dijo.

Sí, mierda.

Cargaron las escopetas y apuntaron con una mano. La otra la necesitaban para sujetar las riendas, de manera que el tiro no sería excesivamente preciso. Daba igual. Los cabrones eran tantos y llegaban tan apelotonados que tendrían que disparar al cielo para errar el tiro.

—¡Tenemos que avisar al resto! —gritó Ayarde mientras apoyaba la culata de la escopeta en su costado y apuntaba.

En ese momento, los salvajes comenzaron a aullar. Los dos soldados habían visto muchas cosas, cierto. Más de las que cualquier hombre podría referir en toda su existencia. Pero nada como esto. Nada como una columna abierta de apaches lanzados hacia la batalla.

—¡Dispara ya! —gritó León. Los tenían a treinta pasos de distancia.

Ayarde no se lo discutió. Apretó el disparador y, acto seguido, le clavó con tanta fuerza las espuelas a su caballo que el pobre animal no pudo evitar un relincho de dolor.

—¡Vamos! —exclamó el soldado—. ¡Vamos!

El aviso no fue necesario, pues desde el río habían escuchado los disparos y, también, el aullido de la horda.

—Apaches —masculló el adelantado girando su rostro hacia Zaldívar.

El sargento mayor no aguardó instrucciones porque sabía qué tenía que hacer. Vio cómo León y Ayarde cabalgaban a toda velocidad en dirección a ellos y, un instante después, observó la hilera apache.

Tenían un centenar largo de caballos vadeando el Pecos, otros tantos que ya lo habían hecho y el resto en la orilla opuesta. Sabía, lo sabían todos, que los apaches los buscaban a ellos. De acuerdo, pues no se llevarían ni uno si podían impedirselo. Y a eso dedicarían las dos horas y media siguientes.

—¡Atención! —gritó Zaldívar tirando con tanta fuerza de las riendas de su caballo que lo encabritó un poco—. ¡Todos preparados para la defensa!

Contó, de un vistazo, los soldados de los que disponía en esa ribera del río. Diecinueve. Más León, Ayarde, el adelantado y él mismo. Veintitrés. No estaba mal. Los apaches eran más del doble, pero venían a pie y armados con arcos, flechas y machetes de filo de piedra. Matarían a un buen número de ellos.

Lo importante era defender los caballos.

—¡Montad! —gritó a sus soldados—. ¡Y desenvainad!

—¡Zaldívar! —llamó, de pronto, Oñate. El sargento mayor se giró hacia él y aprovechó el gesto para llevarse una mano a la cabeza y encasquetarse, aún más, el morrión—. ¡Cristóbal!

Zaldívar asintió por toda respuesta y el adelantado se desentendió del problema. Apretó los muslos y cabalgó, sin prisa, hacia el lugar donde se hallaban sus soldados. Que el encontronazo fuera inminente suponía, si cabe, un motivo más para tomárselo con calma.

Cristóbal de Oñate se encontraba en esta ribera del Pecos. Zaldívar lo localizó cerca de la orilla. El muchacho se estiraba firme sobre su caballo y aguardaba acontecimientos. Once años son pocos años incluso aquí. Hay muchas cosas importantes en una batalla y unas pocas esenciales. Una de estas últimas suponía ser capaz de blandir con fuerza una espada. Serían testigos de ello en cuestión de minutos. De dos o tres minutos. Pero, para el joven Cristóbal, ese día no había llegado todavía. Llevaba, por supuesto, una espada colgando de su costado izquierdo. Y qué espada: forjada especialmente para él en la Ciudad de México, hecha a su medida, templada para su músculo. Pero una espada es una espada: empuñadura, filo y un brazo que la descargue sin miramientos sobre el enemigo. Cristóbal tenía mucho de lo primero y de lo segundo, pero nada de lo tercero. Bueno, tampoco suponía un gran problema. ¿Para qué estaba aquí, precisamente, si no era para aprender? Su padre lo llevaba consigo para que, de primera mano, conociera cómo llevar el negocio familiar. La lección de hoy sería de las que se te quedan grabadas para siempre. Tú no olvidas una batalla contra el más formidable de los enemigos. No la olvidas aunque todavía te resten ochenta años de vida por delante. Te hallarás, viejo de solemnidad, en tu lecho de muerte y recordarás aquel lejano día en el que papá y el tío Zaldívar te llevaron a luchar contra los apaches. Ah...

—¡Figuroa! —bramó el sargento mayor mientras se levantaba el dedo índice de la mano izquierda y señalaba, con él, uno de sus ojos.

Figuroa, el soldado asignado a la protección de Cristóbal, asintió. Un déjelo usted de mi cuenta que yo me encargo. Un vaya a lo suyo que aquí está todo bajo control.

Bien, al lío. Zaldívar se situó frente a los hombres a caballo y eligió a tres. Diego Martín de Guevara, Juan Moreno de la Rúa y Miguel de Villaviciosa. No se trató de una elección al azar. Cualquiera habría enviado en vanguardia a tres tíos de medio pelo. La horda viene enfilada y con ganas de muerte, de manera que tampoco nos sorprendería que alguno de los nuestros cayera. Así que un capitán, en una situación semejante, suele aprovechar para desembarazarse de lastre. El movimiento se emprende para romper la línea enemiga, para dispersar a la infantería apache, para abrir hueco a través del cual colarse. Yendo los españoles, como iban, a caballo, y los apaches, a pie, tampoco hacía falta ser alferez condecorado para realizar dicha tarea. Que vaya cualquiera y que trate de que no lo maten.

Pero no. Las batallas en tierra ignota no se parecen al resto de batallas. Aquí, cada instante cuenta, cada momento es único, cada hálito es recibido por los hombres como la instrucción precisa y justa. No existe retaguardia, no existe un lugar al que replegarse, nada es nuestro hogar salvo el perímetro que nuestros hombres y nuestras cabalgaduras conforman. Por tanto, somos exactamente esto que aquí vemos y, por ello, las decisiones que en otra parte parecerían lógicas, ahora las tomamos por absurdas. Y viceversa.

Guevara, De la Rúa y Villaviciosa eran soldados experimentados y por ello, esencialmente, los había elegido el sargento mayor. De la Rúa superaba con creces los cuarenta años de edad.

Continuaba soltero y vivo, lo cual decía mucho de él, de su carácter y de sus capacidades.

Los apaches se venían hacia ellos a la carrera y ya podían olerles el aliento. Habían desplegado una línea abierta, pero no como estrategia de combate sino por ansia. El enemigo más formidable de todos es ese que sabe que se halla en completa desventaja y, sin embargo, embiste como si la victoria fuera a caer de su lado en lo que tardas en chasquear los dedos.

—¡Adelante! —ordenó Zaldívar.

Los tres soldados clavaron espuelas y alzaron las espadas mientras sus caballos se ponían al galope. Mantuvieron una formación cerrada, casi de rodilla contra rodilla. De inmediato, la infantería apache, que venía con los arcos en las manos y las flechas preparadas, levantó una lluvia sobre ellos. La mayor parte de las flechas, porque eran apaches y no dioses, erró el tiro. Algunas golpearon en las corazas de los hombres y Guevara sintió cómo una hacía clac sobre su morrión y, después, caía a tierra. De la primera, habían salido ilesos, que era lo que importaba. No habría tiempo para una segunda.

El contacto de los tres soldados a caballo contra la línea apache fue brutal. Arrollaron a varios guerreros, algunos casi niños, y los aplastaron con los cascos de las monturas. Después, como habían ensayado una y mil veces, refrenaron de golpe a los animales, los obligaron a girarse en el sitio y reatacaron a los guerreros más cercanos.

Traían machetes bien afilados y mucho ardor. Constituían un enemigo digno de ser llamado así. Los apaches se fueron a por los tres españoles sin importarles nada, salvo el deseo imperioso de hacerse con una victoria que codiciaban, en ese momento, más que cualquier otra cosa en sus existencias. Si el tiempo pudiera haber sido detenido en ese justo segundo, si la acción se hubiera podido congelar para preguntar a los guerreros cuál era el objetivo general de sus vidas pasadas, presentes y futuras, responderían que matar al cabrón extranjero que tenían delante para robarle el puto caballo.

Sin embargo, la superioridad de los españoles se impondría. Primero, porque no se defendían, sino que atacaban, y lo hacían a lomos de caballos entrenados para la guerra, lo cual suponía una ventaja decisiva: a las bestias les aterraba el agua, pero no los hombres y arrollarlos suponía un gesto tan sencillo como no detenerse y continuar avanzando hasta que el jinete tirara de las riendas para ordenar lo contrario. Segundo, porque ellos tres también portaban una determinación firme: se les pagaba por hacer esto y sabían que, si lo hacían bien, alguien de entre los que estaban observando tomaría buena nota. Uno no se viene hasta estos parajes por placer ni a dar un paseo. Viene porque quiere hacerse rico y matar salvajes es parte del camino hacia ello. Y, tercero, las espadas.

Que merecen un aparte. Las espadas. Las espadas españolas que portaban los tres soldados en sus manos diestras marcaban una diferencia insalvable para sus contendientes. Porque las espadas mataban rápido y con una contundencia que ningún arma apache lograría jamás. Se pusieron a ello de inmediato.

En el centro, Guevara adelantó medio cuerpo a sus compañeros. Alcanzó la línea apache, enfiló al primero de los guerreros con los que su caballo se topó y descargó contra él un mandoble que lo descabezó. Tras la batalla, y cuando la partida española hubiera seguido con su camino, los apaches supervivientes regresarían y buscarían con ahínco la cabeza del guerrero. ¿Qué vas a hacer? ¿Permitir que el alma del hombre vague decapitado por las brumosas llanuras del más allá?

Por suerte, el enemigo también ha venido a batallar y sabe cómo hacerlo. Por suerte porque, si no, ¿de qué vivirían los soldados? El norte de América se conquistaría con tropas de monjas llevando consigo la bienaventuranza. Y no, el soldado también ha de vivir, ha de ganarse el pan, ha de destrozar el esqueleto al enemigo precisamente porque el enemigo lo es, y fiero, y brutal, y tan cruel y despiadado que no necesitaremos exagerar en exceso cuando lo contemos.

Villaviciosa, que atacaba por el flanco derecho de Guevara, no vio venir a un guerrero apache que casi se le encarama al caballo. Dio un salto en el aire, se mantuvo suspendido más tiempo de lo razonablemente posible y, con las piernas abiertas y los brazos extendidos, lanzó un golpe de machete de filo de piedra contra el pecho del soldado. Villaviciosa se fue hacia atrás en el caballo y sintió cómo el golpe le causaba dolor. No mucho más, porque la armadura paró el machetazo aunque la hendidura que quedó marcada en ella la lució Villaviciosa con orgullo durante años y años. En cualquier caso, si la coraza no hubiera resistido, todavía llevaba una cota de malla por debajo. Dicho de otro modo: jamás un apache lograría matar a un español con tan pocos medios.

Fue De la Rúa el que acudió en auxilio de su amigo al ver que este vacilaba sobre la silla. Se acercó, levantó la espada en el aire y golpeó con ella sobre el guerrero apache. Impactó y le hizo un buen tajo en un brazo, pero no lo suficiente para que el guerrero desistiera en su empeño. Se había agarrado a las bridas de su caballo y amenazaba con quedarse allí hasta que uno o el otro, apache o español, cayera muerto a los pies del animal.

De la Rúa tenía demasiado cerca al apache. Tanto que optó por una solución poco refinada, pero efectiva si eres hábil y rápido llevándola adelante. En un movimiento audaz, lanzó la espada al aire y giró la muñeca para asir la empuñadura en sentido contrario. Ahora la tenía asida como si fuera un larguísimo puñal y ahora podía, con total fiabilidad, atacar a su enemigo. Se la clavó en el cuello, y el resto de soldados que observaba a unos pasos de distancia vio cómo se ponía en pie sobre los estribos y, usando el empuje de su cuerpo entero, se la hundió hasta las tripas. El apache miró a De la Rúa, borboteó un poco de sangre por la boca y cayó muerto.

El soldado recuperó el arma y la sacudió en torno a sí para crear un espacio de seguridad. Un par de guerreros se echaron hacia atrás en el último momento, pero volverían a atacar.

—¡Capitán! —gritó entonces De la Rúa.

Como quien dice que ya está bien, que ya hemos tentado suficientemente al enemigo y que convendría sumar más efectivos a la contienda. ¿O no?

Sí, Zaldívar supo que sí. Por eso, dio la orden:

—¡A por ellos!

La caballería española se lanzó a por la horda apache y necesitó diez, quince minutos a lo sumo, para partirla por la mitad y desorganizarla. Cualquiera creería, al verlos, que no, que los apaches atacaban sin orden ni concierto, pero nada más lejos de la realidad. Sabían lo que hacían y sabían hacerlo muy bien. Por ello, romper su fila y sembrar el desconcierto constituía el objetivo principal del ataque de Zaldívar.

Lo consiguieron rápido y obligaron a los apaches a separarse en dos grupos, uno de los cuales se retrasó hacia el lugar por el que había venido y el otro, en cambio, avanzó hacia el sur siguiendo el curso del Pecos.

—¡Montesinos! ¡De las Casas! —vociferó Zaldívar, que llamaba así a dos de sus capitanes. Los oficiales respondieron enfilando sus caballos hacia él—. ¡Tomen a sus hombres y vayan hacia

el sur!

Ambos capitanes asintieron y se dispusieron a obedecer. A obedecer a medias, en realidad, pues aquí las órdenes no se seguían a rajatabla, sino que se interpretaban según las circunstancias. Zaldívar no había dicho que tomaran a todos sus hombres y se fueran tras los apaches. Bastaba con un puñado, pues, de lo contrario, la parte de la columna que se hallaba en esta ribera del Pecos quedaría completamente desguarnecida y a merced de cuanto malnacido hubiera por ahí. Y los había, vaya que si los había.

—¡Espinosa! —gritó, entonces, el sargento mayor—. Conmigo.

De nuevo, el capitán Espinosa tuvo que leer entre líneas. Reúna un grupo de hombres y, junto a ellos, véngase usted hacia aquí.

—Montoya, Velarde, Hinojosa, Muñoz. A mi lado, andando.

Los soldados sacudieron las riendas de sus monturas y las pusieron al paso en dirección hacia el lugar donde se hallaba el sargento mayor. Sin prisa pues, ¿disponían, los apaches, de alguna posibilidad de escapar? ¿A pie? ¿Corriendo como si les ardiera el culo?

—Los tenemos a la desbandada, capitán —comentó Hinojosa mientras se aseguraba de que la espada no se encontraba trabada dentro de la vaina. Los hombres las engrasaban obsesivamente, pues la espada, junto al caballo, es lo que les mantendría con vida si les venían mal dadas. Aun así, para muchos soldados ese gesto de comprobación se había convertido en un tic nervioso. Asíán la empuñadura y tiraban de ella una y otra vez, una y otra vez...

—Yo no diría tanto —señaló Velarde, que se hacía sombra con la mano y observaba los movimientos de los apaches. Y sí, una desbandada, en el sentido literal, no era. Corrían, pero lo hacían sin desordenar la formación, siempre juntos, siguiendo un trazo que parecían conocer de antemano.

—Solo están reorganizando el ataque —dijo Montoya—. Creo que el sargento mayor está en lo cierto. Mirad, se detienen...

Lo hacían y eso no era bueno. El grupo de apaches se situaba a unos quinientos pasos de distancia del Pecos. Desde allí, más o menos, habían lanzado el primer ataque. Ahora, lanzarían el segundo.

Mucho más complicado de contener.

Al aullido del que parecía el jefe de la banda, la horda apache se disgregó por completo. De pronto, en lugar de un grupo compacto, serían guerreros solitarios los que les atacarían. Los que, ya, comenzaban a atacarles.

—¡Están entrando en el agua! —gritó Zaldívar refiriéndose a los apaches que habían seguido el curso del Pecos en una aparente huida.

—Mierda... —dijo un hombre.

Al igual que había hecho el otro grupo, los guerreros se dispersaron. En cuestión de segundos, tenían a un montón de hombres presentándoles batalla de uno en uno. Mucho más débiles, sin caballos y con armas de medio pelo, pero con un arrojo que compensaba todo lo anterior. Y su clara superioridad numérica. Resumen destinado a soldados sin demasiado seso: para matar a un guerrero apache necesitamos un soldado español; si no se le escurre como una anguila, puede que lo maten o lo dejen malherido. Pero son más, en este momento ¡son más!

Siempre habrá un apache al que nadie se le pueda enfrentar. Y ese alcanzará nuestra posición y llegará hasta el lugar donde está la caballada.

Zaldívar había creído oportuno ordenar a los soldados que todavía se hallaban en la ribera opuesta del Pecos que cruzaran cuanto antes para echarles una mano a este lado. Ahora, con salvajes avanzando por el cauce, aquello había dejado de ser una buena estrategia. También necesitaban proteger ese flanco. También intentarían joderlos por allí.

La embestida inicial, cada vez lo veía más claro, solo había servido para tantearles. Los apaches tampoco sabían a qué se enfrentaban y necesitaban averiguarlo. ¿La mejor forma de lograrlo es correr directo hacia el enemigo y arremeterlo con todas las consecuencias? Sí, si no te importa perder tres o cuatro hombres. Sí, si así obligas a que tu enemigo te tome por tonto y muestre, sin más ni más, todas sus opciones. Y sí, porque, en fin..., son apaches. Ellos luchan con lógicas que a los españoles les son ajenas. ¿Acaso no están sacrificando hombres a cambio de caballos? ¿Tíos que, seguramente, son familiares directos? ¿Amigos desde la mismísima infancia? ¿Por un puñado de caballos? Pues sí, por un puñado de caballos. Españoles.

En quince minutos, la situación había mutado por completo. Míralo como si fueras un águila planeando lentamente en el cielo: un grupo presto pero aún compacto de españoles duda entre lanzarse o proteger su caballada, el bien máspreciado en doscientas leguas a la redonda; y cincuenta, cincuenta guerreros apaches avanzando desde al menos tres de los cuatro puntos cardinales.

A pie, solos, aislados y separados los unos de los otros. Unidos por una determinación absoluta.

—¡Montesinos! ¡De las Casas! —volvió a gritar Zaldívar—. ¡Aguarden!

Ya lo habían hecho antes de que la orden llegara. Se acercaban, los apaches se les acercaban por tierra y también por agua. No usaban sus arcos, lo cual solo podía significar una cosa: que el cuerpo a cuerpo no les importaba y que, sobre todo, el avance y la rapidez de movimientos era, para ellos, mucho más importante que cualquier otra cosa.

El águila debía de estar divirtiéndose de lo lindo al observar cómo los ratones acorralaban al gato.

El adelantado cabalgó despacio hacia el lugar desde donde Zaldívar analizaba la situación. Tras él, lo seguía su hijo Cristóbal con el sempiterno Figueroa guardándole las espaldas.

—Habría que ir pensando algo, digo yo... —afirmó Oñate con el torso firme como un palo. Tras varias semanas sin afeitarse, la barba, poblada y cana, comenzaba a apretársele en el rostro. Tanto el morrión como la coraza le refulgían al sol, pues su sirviente particular, todas las mañanas y antes de que el patrón se levantara, los lustraba como si este fuese el fin último de su existencia.

—Nos están rodeando, los muy hijos de la gran... —Zaldívar no terminó la frase.

Lo hacían. Y en silencio. Porque los apaches tienen dos formas de atacarte. La primera es la que ya habían observado y a la que habían hecho frente Guevara, De la Rúa y Villaviciosa: un grupo cerrado avanza aullando desde las tripas. Representan un peligro importante porque atacan denodadamente y sin miramientos.

¿Pero cuándo un apache cierra el pico y, con todo, se va a por ti? Lo tenían delante: cuando la formación es la de un enjambre de abejas. Se han separado y cada guerrero responderá por sí mismo y sin la ayuda de nadie. Van solos, les importa un carajo ir solos y, al tiempo, siguen siendo parte del enjambre. A ni un solo general blanco se le habría ocurrido disponer así sus tropas en la batalla. Esta formación, simplemente, no existía.

Pues, lo que son las cosas, la infantería apache, más fiera y tarada que muchas en el mundo, la estaba emprendiendo. Cercar por aproximación dispersa, podría llamársele, si es que alguien tiene interés en documentarlo de cara al futuro. ¿No? Pues no pasa nada: ellos la llevan corriendo por sus venas, así que tened por seguro que no se les olvidará.

—Si empleamos a todos los soldados para repeler el ataque, desprotegeremos los caballos —reflexionó Zaldívar.

—Si no empleamos a todos los soldados para repeler el ataque, nos aniquilarán. Uno a uno, pero lo harán —repuso el adelantado.

Hubo un momento en el que nadie dijo nada. Es curioso, si lo miras en perspectiva. Hace calor, muchísimo calor, tú estás ahí, en el desierto del norte de Nuevo México, con el Pecos y el propio desierto infestados de apaches acercándose hacia ti y, quién sabe por qué, tú te paras a reflexionar. A cuestionarte asuntos esenciales para el devenir. Hacemos esto o hacemos lo otro, con la seguridad absoluta de que de nuestra decisión devendrán consecuencias determinantes para nuestro futuro.

—Yo atacaría con todo —sugirió el capitán Espinosa.

—No sé... —repuso Montesinos. Parecía masticar algo. O quizás, simplemente, se estuviera mordiendo el labio inferior para ayudarse a pensar.

—Al final, tendremos que matarlos, ¿no?

—No creo que vayan a dar su brazo a torcer...

—Pues, entonces, hay que ir con todo.

—No me hace ni puta gracia dejar al descubierto la caballada.

—A mí tampoco, pero es lo que hay.

Otro silencio, este más corto. El mundo está lleno de incógnitas, pero tampoco de tantas. Lo bueno de estar siendo atacado por una horda apache es que tu universo se reduce drásticamente. Las perspectivas son estas que están ahí delante: cincuenta hijoputas con el cuerpo pintado acercándose para arrasarte.

—¿Adelantado? —preguntó, por fin, Zaldívar. Creyó que lo correcto pasaba por, ya que se hallaba presente, preguntar.

Oñate, a modo de respuesta, desenvainó y chasqueó la lengua para poner en marcha su montura.

—Los capitanes al frente, conmigo. Describamos un círculo en torno al río. Proteged a los caballos antes que a nada. Después, a los carros y al resto de hombres.

—¿Y a los frailes, adelantado?

Oñate ya estaba clavando espuelas para colocar su caballo al trote. O no escuchó la pregunta, o la escuchó y prefirió no contestar. Fuera como fuese, se lanzó hacia el frente por la orilla del río. Los cascos de su caballo levantaban agua, que era exactamente lo que pretendía: que los apaches se dieran cuenta de que nada les resultaría gratis.

—¡Ya habéis oído al adelantado! —gritó Zaldívar yéndose hacia el frente—. ¡Capitanes, ordenen a sus hombres! ¡Vamos con todo! ¡Con todo! ¡Matadlos!

Como estaba previsto, los capitanes Montesinos y De las Casas cabalgaron hacia el sur, es decir, tras el adelantado. Llevaban consigo una quincena de hombres armados y diez más, a sus indicaciones, los cubrían desde la otra ribera. Habría unos veinticinco apaches en el agua.

Remontaban el cauce del Pecos sin mirar hacia los lados. Un soldado, al llegar a su altura, probó suerte desde la orilla:

—¡Salid del agua y rendíos, cojones! —vociferó.

Los apaches no entendieron lo que decía pero tampoco importaba. ¿Qué habrían hecho de haber comprendido lo que aquel idiota les gritaba? ¿Obedecer de inmediato porque, claro, el hecho de que un soldado español te lo ordene establece obligaciones ineludibles?

El adelantado se giró para observar a su hombre y, cuando lo hizo, el resto lo imitó. El soldado mantuvo el tipo, hay que decirlo. Se quedó muy quieto en su silla y observó las evoluciones de los apaches en el agua.

—Vamos —dijo Oñate, sin imprimir ningún tipo de inflexión a sus palabras. Estamos aquí por trabajo y lo que sigue solo es una parte. En la Ciudad de México solían ponerle pegas cuando él daba primero, pero ahora estaba claro que se defendían. Había un buen puñado de frailes que servirían de testigos. Frailes que, por cierto, a estas alturas ya se habrían meado encima. Una cosa es mostrar la palabra de Dios y otra, bien distinta, mostrársela a los auténticos vástagos de Satanás.

Entraron en el Pecos levantando una miríada de gotitas de agua. Los caballos, en su avance hacia el sol, elevaron el más bello y efímero de los arcoíris.

—¡Sin escopetas! —ordenó el capitán De las Casas. Los quince soldados estaban en el interior del río y Montesinos hizo una señal a los que se hallaban en la ribera contraria para que penetraran también. Los apaches no dejaban de avanzar y ni siquiera se dignaban a volver la cabeza para mirarlos. Se encontraban a ciento veinte pasos de la caballada.

Con las espadas desenvainadas, los primeros guerreros fueron abatidos con facilidad. El propio adelantado participó en la contienda y, aunque no hizo caer su espada sobre ningún enemigo, sí estuvo lo suficientemente cerca de ellos como para ser objeto de su ataque si lo hubieran iniciado. Sin embargo, los apaches parecían obstinados en avanzar y avanzar hacia los caballos. Pronto, seis o siete soldados se interpusieron en su camino y cortaron el avance. El agua del Pecos les llegaba a las rodillas, lo cual hacía que los caballos se movieran con bastantes dificultades. Sin embargo, y aunque tenían las ropas empapadas y, así, su propia movilidad se reducía, nunca perderían este cuerpo a cuerpo. Las diferencias entre los unos y los otros distaban un abismo entre sí.

A cien pasos de la caballada y con unos cuantos guerreros flotando boca abajo. Noventa, y sangre tiñendo el agua. A la corriente lenta le costaba dispersarla y quedaba allí, recogida en el mismo lugar donde los apaches morían.

Ochenta pasos.

—¿Pero qué cojones...? —gruñó Montesinos mirando alternativamente a De las Casas y al adelantado. Eso, pero qué cojones de enemigo es este. Lo matamos y no se detiene. Cualquier infantería sobre la faz del planeta ya se habría retirado. A la guerra se va a ganarla, pero también a sobrevivir para gozar de la victoria. Y los apaches no hacían ni lo uno ni lo otro.

De las Casas, al igual que el resto de españoles en el agua, sostenía las riendas del caballo con la mano izquierda y la espada con la derecha. En su armadura se deslizaban largos chorretones de sangre. Gotas de sudor y de agua del Pecos le empapaban la barba. Miró a Montesinos, después a Oñate y, por fin, a los soldados que se batían en el río. Les costaba avanzar, pero cuando lo hacían, cuando alcanzaban la posición de un guerrero apache, este caía

indefectiblemente. Y no porque no se defendiera, pues lo hacían y hasta con bravura. Soltaban machetazos con los dientes prietos, pero todos terminaban, bien en la coraza del soldado, bien en el grueso filo de su espada. No, los apaches caían porque se obcecaban en continuar.

Tenían un plan y el plan les importaba más que sus propias vidas. Querían los caballos. Necesitaban los caballos. No se imaginaban a sí mismos sin caballos. La nación apache sería montada o no sería. Oñate lo comprendió y, en secreto, sintió envidia ante tanta determinación. Ojalá sus soldados estuvieran forjados de igual manera. Ojalá ellos tampoco jamás desistieran, jamás retrocedieran, jamás bajaran los brazos.

A Oñate, en tres años desde el inicio de la gobernación de Nuevo México, le había desertado un buen puñado de tipos y por motivos tan ridículos como que habían excavado en el suelo un agujero de medio palmo de profundidad y la plata no surgía a borbotones. Hijos de la grandísima puta. ¿Acaso os faltaba algo? ¿Acaso las soldadas no llegaban a tiempo? ¿Acaso el adelantado en persona no se pasaba los meses y los años fuera de San Gabriel en búsqueda de lo mejor para todos? ¿No lo estaba haciendo en este preciso instante? Sí, lo hacía, y a su cargo, de su bolsillo, por su cuenta y riesgo. La madre que los parió a todos. Al menos, los salvajes tenían agallas de verdad.

Mientras tanto, el grupo de Zaldívar perseguía a los apaches que, primero, habían retrocedido en el sentido opuesto al cauce del Pecos y, después y desde allí, se habían disgregado hasta emprender el ataque en formación de enjambre que tanto les estaba costando sofocar.

Llevaba consigo al capitán Espinosa y a una veintena de soldados. No habría muchos más apaches avanzando hacia ellos, pero sintieron el miedo. Un miedo que reconocían como absurdo, pues lo tenían todo de su lado para aplastarlos. Incendiarían el puto panal y no quedaría una sola abeja con vida. Pero, con todo... La actitud de las abejas dispersaba un miedo blando y pegajoso. ¿Ilógico? Sin duda, pero presente. El propio Zaldívar lo experimentó en carnes propias. Y el teniente Oñate, que, junto a Figueroa, los había seguido en el camino que los alejaba del Pecos.

—Cristóbal —dijo Zaldívar al darse cuenta de su presencia—. ¿Qué haces aquí? Vamos, regresa al río. ¡Figueroa! ¡Llévate al teniente!

Figueroa asintió tan levemente que el gesto casi le pasa desapercibido al sargento mayor. Sí, claro que me lo llevaría, ahora mismo si quiere usted; pero ¿cómo? ¿Por la fuerza? Ha sido él quien ha insistido en venir hasta aquí.

Zaldívar fijó la mirada en Figueroa y asintió también. De acuerdo, seguiríamos hacia delante. Oñate lo mataría con sus propias manos si a su hijo le sucedía algo malo, pero ¿acaso no lo había traído hasta aquí para que se fuera curtiendo? Pues a curtirse, vamos, y contra el más imprevisible de los enemigos. Los tenemos uno a uno ocultos y avanzando entre los matojos y la hierba reseca. Hala, a matarlos.

—¡Separaos! —ordenó Zaldívar—. ¡Quiero una línea abierta pero ordenada! ¡Diez pasos entre hombre y hombre! ¡Capitán Espinosa!

—¡Sargento mayor!

—Que ni Dios se me desperdigue más de la cuenta. Abrimos la línea, pero no para que se nos cuelen las ratas.

—¡A la orden!

Zaldívar giró la cabeza y observó cómo a unos cuatrocientos o quinientos pasos de distancia, en mitad del cauce del Pecos, con el adelantado en el agua, los soldados contenían el avance

apache. Ahora les tocaba a ellos.

—¡A por las culebras! —gritó.

Pusieron los caballos al paso, lo cual les perturbó. El miedo, en una batalla, se combate lanzando un ataque más fiero y rudo de lo habitual. Vences los temores haciéndolos retroceder tras una carga de caballería como Dios manda. Ahí, en plena galopada, sientes el poder en tus manos, un poder maravilloso y único que está hecho de espuelas, caballos, armaduras, espadas, sudor y corazones saliéndose por las bocas. Creerse la propia invencibilidad es el primer paso hacia la invencibilidad efectiva.

Sin embargo, aquí no había manera. Iban al paso, mirando a la tierra, con las espadas en la mano pero sin enemigo a la vista. Porque los muy cabrones se habían echado al suelo y reptaban hacia ellos. ¿Cuál es el motivo de que tengamos miedo si poseemos caballos, hierros y tanta determinación como cualquiera? El motivo es que no sabemos por dónde nos van a salir.

Comenzaron, ya que ni la más sombría de las incertidumbres dura para siempre, a averiguarlo muy pronto.

Fue a Hinojosa al que le saltó la víbora. Y reaccionó como exactamente se espera que lo haga un hombre cuando le sucede algo semejante.

—¡Mierda! —oyeron que gritaba. Hasta que lo hizo, no se percataron de que llevaban un rato en absoluto silencio. Escuchaban los lejanos chapoteos provenientes de los hombres que combatían en el río y oían, ahora caían en la cuenta, a los frailes puestos a rezar: ya estaban tardando demasiado en echar una mano, al menos en lo que se les suponía duchos—. ¡Quitádmelo de encima! ¡Quitádmelo!

Zaldívar y el resto se volvieron hacia el lugar desde donde gritaba Hinojosa y vieron al soldado con un salvaje encaramado al cuello de su caballo e intentando trepar por él. Portaba un machete de filo de piedra y tenía el rostro tan crispado que parecía que se lo acababan de aplastar entre dos troncos de árbol. Y sí, estremecía. Todos, el sargento mayor incluido, se estremecieron.

Velarde y Montoya comenzaron a cabalgar en dirección hacia un Hinojosa cada vez más desquiciado. Solo tenía que levantar su espada y clavársela en el cuello. El apache moriría de inmediato. Pero, por una razón o por otra, el soldado no se veía capaz de hacerlo. Cuando el miedo se torna pánico, adviene la parálisis de los órganos corporales. Del discernimiento y de la lucidez. ¿Quién no ha perdido los estribos alguna vez cuando una avispa le ha zumbado a medio palmo del rostro?

Montoya desenvainó y se fue a por el apache encaramado al caballo de Hinojosa. Se acercaría, describiría una larga curva y, al pasar junto a la montura de su compañero, lanzaría un tajazo mortal sobre el cuerpo del salvaje. Bastaría con una pasada. Velarde estaría atento por si se hacía necesario ayudar a rematar, pero por sus muertos que no le daría tal placer.

No solo se lo dio, sino que fue a él y a varios soldados más. A favor de Montoya podría argüirse que placer, lo que se dice placer, no fue. No, porque, de pronto, un tropel de seis, siete o puede que hasta ocho apaches se levantaron de entre las matas y saltaron sobre los españoles. Un ataque de hombres desnudos y pintarrajeados contra hombres vestidos con armaduras. ¿Desigual? No tanto...

A Velarde lograron desmontarlo, lo mismo que a Muñoz, que había acudido en ayuda de sus compañeros. Cayeron al suelo, con lo que eso significa para tipos que llevaban una cota de malla de hierro bajo la armadura. Si no te clavas tu propia espada, ya te puedes dar por satisfecho.

—¡Ayudadles! —ordenó el capitán Espinosa.

Tras un desconcierto inicial, varios soldados obedecieron la orden del capitán y cabalgaron hasta la posición en la que los hombres caídos se debatían como podían. Todo el poder que reunían sobre sus monturas se tornaba en polvo una vez derribados e incapaces de ponerse en pie por sus propios medios.

En cinco minutos, las espadas españolas se impusieron a los apaches y redujeron su ventaja. No fue difícil y, al margen de algunas heridas que no revestirían gravedad, el problema residió en, justamente, esos cinco minutos perdidos. Esos cinco minutos en la que la precisa formación un rato antes ordenada por Zaldívar se había deshecho y con la peor de las consecuencias: que el enjambre se coló por el hueco abierto.

—Hostia puta... —farfulló el sargento mayor al darse cuenta del error.

Miró en torno a él y comprendió que se hallaba sin efectivos: todos los soldados se habían abalanzado en auxilio de Velarde, Muñoz y Montoya. Porque ellos habrían esperado que el resto hiciera lo propio en caso de hallarse en idéntica situación y porque, además, el capitán Espinosa lo había ordenado. Y lo que ordena un capitán va a misa, así que nadie estaba haciendo lo que no debía.

Salvo los apaches.

—¡Figuroa! —gritó Zaldívar. No contaba con más hombres, así que sería él. Cristóbal deberá arreglárselas solo durante un rato—. Conmigo, vamos.

Figuroa dudó. Durante un instante, pero dudó. Tenía orden expresa de no separarse jamás de Cristóbal. Sin embargo, la integridad de la partida se hallaba en juego y él era un soldado, así que... Clavó espuelas y fue a la llamada de Zaldívar.

Lo que no esperaban ni el uno ni el otro fue que el propio Cristóbal decidiera sumarse a la contienda. No obstante, lo hizo. Porque no supo ver el peligro o por precisamente lo contrario, porque en aquel lugar se sabía en peligro y la única forma para salir de él se resumía en avanzar. Avanzó.

Había siete guerreros apaches que habían superado la última línea defensiva de los españoles y se aproximaban a la caballada. Varios sirvientes se apartaron y rehuyeron cualquier contacto con ellos y los frailes hicieron lo propio. Nadie se lo tendría en cuenta. Para cuando Zaldívar y Figuroa, con Cristóbal a sus espaldas, llegaron hasta la orilla del Pecos, cinco apaches ya se habían encaramado a sendos caballos y los otros dos se aprestaban a hacerlo.

No sabían montar. Y los caballos estaban sin enbridar y carecían de sillas. A los apaches todo esto les parecía un asunto menor. No habían sacrificado tanto en esta batalla como para echarse, ahora, atrás, por cuestiones de segundo orden. No sabían montar, pero montaban, y lo hacían con la misma determinación y guiados por el mismo instinto que los había llevado hasta allí.

Figuroa se lanzó contra uno de los dos guerreros que todavía no se había subido a un caballo. Le lanzó un espadazo a la parte trasera del cuello y le saltó un par de vértebras. Después, observó cómo Zaldívar se encaraba al segundo apache que todavía permanecía en el suelo. Este se le enfrentó con un hacha emplumada, pero el largo filo de la espada del sargento mayor no le dio oportunidad de acercarse.

Entonces, los cinco guerreros que habían logrado montar se las ingeniaron para poner a galopar a los caballos. Quizás los asustaron tanto que los pobres animales, simplemente, huyeron

aterrorizados. Quién sabe. El caso fue que, entre aullidos sin duda de victoria, abandonaron la ribera del río al galope y avanzaron hacia el norte.

Zaldívar y Figueroa intercambiaron unas miradas rápidas y se interrogaron acerca de la posibilidad de salir en su persecución. El sargento mayor se giró hacia el río, comprendió que los hombres que allí luchaban habían contenido el avance y que a la batalla no le restaba mucho más. Ningún español, que supieran, había resultado muerto. Sí tenían a varios hombres heridos, pero no parecía que ninguno fuera a no contarla.

Perder cinco caballos no suponía un gran quebranto. Tenían setecientos. Seguro que al adelantado le sabía a vino agriado, pero no merecía la pena exponerse más de lo que ya lo habían hecho.

Varios guerreros escapaban desde el río y a la carrera y Zaldívar escuchó a De las Casas ordenar que nadie fuera tras ellos. Se había terminado. El sargento mayor volvió la mirada hacia Cristóbal, el cual se hallaba junto al apache al que Figueroa le acababa de abrir el cogote en canal. Manaba un líquido denso y blanquecino de entre los huesos y Cristóbal apenas tuvo tiempo para ladearse y vomitar.

Zaldívar se pasó la mano por la barba. Los frailes continuaban rezando y todavía hacía un calor sofocante.

Bautizaron al Magdalena

22 de julio de 1601

Nueve días después, la expedición alcanzó el río que Jusepe Gutiérrez buscaba. Más de uno ya había comenzado a ponerse nervioso. No el adelantado, quien jamás lo hacía, pero sí otros. Y hombres nerviosos es lo peor que puedes llevar contigo cuando avanzas hacia lo desconocido.

Cabalgaban siempre hacia levante. Sin desviarse un ápice, hacia levante. Jusepe Gutiérrez aseguró una y mil veces que terminarían por hallar un río, el cual, siguiéndolo, los llevaría directamente hasta el reino perdido de Quivira. Y, entonces, de hecho hoy, deberían comenzar a dejar de considerarlo perdido. Sabemos dónde está, sabemos que la cabalgada hasta él será larga y que las posibilidades de extraviarnos no han desaparecido por completo. De acuerdo, tenemos con nosotros a Jusepe, pero Jusepe tampoco es un oráculo al que asomarte y observar. Digamos que el adelantado confiaba razonablemente en él y le otorgaba un crédito superior al resto de hombres que lo venían acompañando desde hacía tres años. De no ser así, no se habría embarcado en una expedición como esta, ¿verdad? Sin embargo, no creía en la infalibilidad del indio. Por no creer, no creía ni en la suya...

Las tierras que atravesaban día tras día eran tan abrumadoramente anchurosas que hasta el mejor de los guías corría el riesgo de extraviarse.

—Este es el río, adelantado —afirmó, rotundo, Jusepe Gutiérrez. Para evitar que el grueso de la columna se detuviera mientras deliberaban sobre esto o lo otro, los hombres acostumbraban a adelantarse, explorar el terreno y regresar para informar al resto. De un tiempo a esta parte, la ruta la determinaba el propio paisaje: grandes cañadas de más de media legua de ancho por las que se podía transitar con relativa facilidad. La distancia entre los riscos de un lado y los del otro era tal que cualquier emboscada quedaba descartada. Si alguien pretendía atacarles, debería hacerlo descubriéndose un buen rato antes de alcanzar su posición.

—¿Estás seguro, Jusepe? —preguntó Oñate. No le gustó formular esa pregunta, porque, primero, le hacía mostrarse débil y, segundo, no le quedaba la menor duda de su inutilidad. ¿Acaso, llegados hasta aquí, Jusepe vacilaría? ¿Se desdeciría de lo afirmado tajantemente meses atrás? Sí, le juro por Dios que yo sé llevarle hasta Quivira, adelantado. Lo haré sin titubear.

Y no titubeó:

—Este es el río —dijo—. Debemos seguirlo en el sentido que corren las aguas.

Jusepe Gutiérrez se revolvió en la silla. El adelantado, con las manos en las riendas de su caballo, lo observaba sin apartar la mirada. Arqueó las cejas. ¿Ya? ¿Eso es todo?

—Tres semanas —balbuceó Jusepe Gutiérrez—. Tres semanas hasta que encontremos un gran río que se unirá a este por el norte. Entonces, deberemos remontar ese cauce. Será el que nos lleve directamente hasta Quivira.

—¿Tardasteis tanto tiempo con Humaña y Leyva? —preguntó Oñate.

—No, adelantado... Avanzamos mucho más deprisa. Llegamos a la confluencia en unos diez días de viaje, más o menos... Pero tenga en cuenta que íbamos ligeros. Aquella expedición la integraba un puñado de hombres sin apenas caballos de repuesto. Ni carros.

—De acuerdo, continuemos.

La conclusión de Oñate no podía ser otra. Lo cierto era que confiaba en el indio, que, más o menos, juzgaba que no le estaba mintiendo. Fuera como fuese, no le quedaba otro remedio: Jusepe Gutiérrez era el único español vivo que había pisado antes aquellas tierras. Piénsese en qué significa esto: cada paso que damos, lo damos en tierra ignota en el sentido más literal del término. Nadie, ninguno de entre los nuestros, ha estado antes aquí. Salvo Jusepe Gutiérrez. Oh, y Humaña, y Leyva, pero esos tipos hace tiempo que crían malvas. Oñate no lo admitía nunca delante de los frailes, pero se hallaba convencido de que así era. ¿Quién podría sobrevivir tan lejos de casa? ¿Y cómo? El propio Jusepe le había explicado que él mismo había escapado cuando una batalla estaba próxima a librarse. Se trataba de cuatro desgraciados. Si los indios con los que habían tenido que enfrentarse eran la mitad de fieros que los apaches, no habrían tenido ni la menor oportunidad.

Estaban muertos, pero en lo que a los frailes concernía, seguían vivitos y coleando y allí todos marchaban para darles captura. Y bautizar indios, diablos, bautizar indios. Eso, también.

La larga comitiva avanzó, lenta y panzuda, a través de un terreno llano que apenas ofrecía dificultades a los carros. A lo lejos, grandes moles de roca roja se levantaban de la más impresionante de las maneras. La verdad es que aquello no es sencillo de explicar. Deberíais ir y cabalgar junto a ellos para saber qué sentían aquellos hombres a medida que avanzaban con tanta parsimonia como expectación. Llevaban, dentro, un temor a lo desconocido que la grandeza de lo que les circundaba se empeñaba en aplacar. No puede sucedernos nada malo en un lugar tan decididamente bello, ¿no es así? Los frailes daban continuas gracias al Señor y la mayoría de los sirvientes se maravillaba, pues la maravilla era tan obvia e inmediata que emborrachaba los sentidos.

En lo referente a los soldados, Zaldívar se ocupó de que se mantuvieran sobrios de la consternación que tanta magnificencia provocaba en las almas de los hombres.

Las descomunales rocas levantadas a ambos lados del camino le provocaban desasosiego. Lo habló con el adelantado y, con este de acuerdo, mantuvo a la tropa, por turnos y en grupos, de un lado para otro. Sí, las rocas eran demasiado altas y sus crestas se encontraban demasiado lejos como para temer un ataque con flechas desde allí. Sin embargo, podía haber salvajes al acecho. Observándolos, aguardando el momento idóneo para atacar. ¿Acaso no llevaban con ellos unas riquezas insondables? La caballada, el ganado, los víveres, incluso las armas y hasta los cañones. Portaban deseos cumplidos para mentes codiciosas. Portaban, por supuesto, una indeleble determinación de no dejarse robar, de no permitir que nadie les arrebatara ni una triste oveja, ni una maldita espada, ni un solo pedazo de carne en salazón.

Si alguien estaba allí para apoderarse de lo de los demás, esos eran ellos. Lo cual, hay que decirlo porque así sucedía y así lo sentían, no les causaba el menor remordimiento. Salir a

conquistar nunca había sido un motivo de vergüenza para los españoles. Al contrario: con cuantas más riquezas regresaran, mayor sería su gloria.

Y si los indios salvajes que podrían estar rodeándolos pensaban de igual forma, a ellos les importaba un comino. Los matarían si se les acercaban y asunto resuelto.

—García, De la Paz, Guevara —dijo el sargento mayor dirigiéndose a un grupo de soldados que cabalgaba en la vanguardia de la columna—. ¿Veis aquellas rocas de allí? ¿Las de color cobrizo?

—¿Esas sobre las que cae el sol de pleno? —preguntó Guevara.

—Esas mismas. Daos una vuelta por allí y echad un vistazo.

—Ahí no hay más que alacranes, capitán.

—Vosotros id.

Los hombres chasquearon la lengua y, sin prisa, se pusieron en camino. Desde que vencieran a los apaches en el Pecos, siempre se movían con parsimonia. Porque el calor se había vuelto asfixiante, porque convenía prevenir antes que curar y porque, dado el lento avance de la partida, no hacía falta apresurarse.

Los tres soldados cabalgaron en silencio durante un buen rato. Conducían las monturas al paso, sin atosigarlas, dejando que se tomaran su tiempo para marchar. Llevaban muchísimos caballos de refresco, pero hasta el más idiota en la expedición sabía que mejor era regresar con caballos de más que con caballos de menos. En el primero de los casos, la afirmación la harás en casa. En el segundo, quién sabe dónde...

Media hora después, llegaron a un pequeño arroyo de aguas tranquilas en el que no cubría ni un palmo. Permitieron que los caballos abrevaran, pero ninguno de los soldados echó pie a tierra. Con las cotas de malla y las armaduras puestas, montar y desmontar exigía un esfuerzo que estaban dispuestos a hacer, pero solo si se tornaba estrictamente necesario. Y, de momento, tenían agua en sus cantimploras. Caliente, tras haberse achicharrado durante horas al sol, pero tan agua como la que corría a sus pies. No descabalarían por un trago fresco.

—¿Se sabe algo del asunto del reparto? —preguntó Guevara.

Los tres hombres no dejaban de escudriñar el horizonte. Los horizontes, en realidad, pues se guardaban muy bien de no dejar ninguna perspectiva desatendida. No hacía falta pasarte una vida entera en el norte de Nuevo México para comprender que los indios salvajes siempre caen sobre ti por donde no los aguardas. Para eso, y para en general joderte vivo, los tíos tenían una habilidad infinita.

—Que seguimos como estábamos. El siete por ciento del botín es lo que nos llevamos los soldados —explicó García.

—Un puto robo —replicó Guevara—. Trabajamos casi gratis.

—Sobre todo, después de lo del Pecos.

—Y que lo digas. ¿Nos batimos bien o no lo hicimos? Joder, ni siquiera estamos pidiendo nada del otro mundo. ¡Un puto nueve por ciento!

—Con lo del Pecos a cuestras, yo subiría a un doce. ¿No nos merecemos un doce?

—El adelantado nunca nos concederá un doce. Antes da la vuelta y regresa a San Gabriel.

—Pero el nueve sí. El nueve terminará por dárnoslo. Nos lo merecemos, joder, nos lo merecemos...

El calor apretaba y los hombres sudaban bajo los morriones. Ahora, apartados de la columna y, por lo tanto, lejos de las miradas de la oficialidad, procedieron a quitárselos y a colgarlos de una cincha.

Ojalá corriera algo de brisa...

—Nunca nos lo dará —intervino, de pronto y tras un silencio, De la Paz. De la Paz, que era un cabrón vestido de los pies a la cabeza, pensaba distinto al resto. No en otra dirección sino distinto—: A no ser que le obliguemos a hacerlo.

Porque lo cierto era que tanto García como Guevara se quejaban, y se quejaban, y podrían pasarse los días enteros quejándose. Salvo que les atacaran los indios, allí no había muchas más cosas que hacer. Y acababan de decir que, de salida, tenían tres semanas de viaje siguiendo este río. Después, tomarían una desviación y vete tú a saber si continuarían dos o tres semanas más tragando polvo. Ellos querían el nueve, Oñate no se movía del siete firmado y ahí quedaba todo.

Sin embargo, De la Paz estaba dispuesto a forzar los acontecimientos. Como cuando un caballo se niega a ir por donde tú quieres y debes clavarle bien hondo las espuelas para que sepa quién manda aquí y obedezca de inmediato.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó Guevara—. ¿Rebelarte? ¿Insubordinarte?

Si en un lugar tan apartado de casa desertabas, el adelantado tenía permiso y potestad para mandar que te prendieran y, si lo hacían, y siempre lo hacían, matarte. Además, contaba con la recua de frailes. Un incordio durante la mayor parte del tiempo, pero finos testigos de cualquier evento. De regreso, no dudarían en afirmar que tal o cual fulano se insubordinó y el adelantado actuó en consecuencia. ¿Con acuerdo a la justicia más elemental? Bueno, se insubordinó en mitad del desierto y dejándonos a merced de los salvajes. ¡Por supuesto que el adelantado obró como debía! Si no lo hubiera hecho, quién sabe cuántos soldados más se habrían animado a secundar al primer insurrecto.

A ningún fraile le ha desagradado jamás la mano dura. Que a buenas, todos somos buenos; pero cuando un español se tuerce, solo otro español lo endereza.

De la Paz no dijo que sí ni dijo que no. Simplemente, apretó los muslos para poner en marcha su montura, salió del arroyo y comenzó a cabalgar en dirección a las grandes rocas de paredes verticales que se alzaban frente a ellos.

A lo lejos, casi a media legua de distancia, la caravana progresaba hacia el este. Desde donde ellos tres se hallaban, se podían escuchar los gritos lejanos que, de cuando en cuando, proferían los hombres encargados de dirigir la caballada y el ganado. En el fondo, aquel no era un mal modo de ganarse la vida. Tenían armas, caballos y comida. Y la posibilidad de hacerse ricos.

Si conseguían ese nueve por ciento del botín, claro.

* * *

Tras un largo mes de camino, la decena de frailes franciscanos se había acostumbrado a cabalgar con botas y a portar una espada al cinto. Las reticencias iniciales no se habían convertido en una abierta aceptación de semejantes imposiciones, pero se lo tomaban con mayor calma. Además, tras ser testigos, horrorizados testigos, de la batalla del Pecos, la mayoría de ellos agradecía, en secreto eso sí, llevar una espada. Que ni sabían utilizar ni, llegado el caso, les serviría de ayuda

ante el fiero ataque de un salvaje desquiciado, pero menos es nada. Es como el que tiene el rostro desfigurado por la viruela pero, cuando hay muchachas cerca, se ve con posibilidades. Carece por completo de ellas, no obstante mientras hay vida hay esperanza.

Ahora mismo no les sentaría nada bien que los desarmaran. Ni que les quitaran las botas de montar y les devolvieran las tristes sandalias franciscanas. El voto de pobreza, se repetían unos a los otros, no se quiebra ante el hecho de calzar botas. Esto lo hacemos porque no existe otro modo de cabalgar con cierta solvencia. Sí, puedes encaramarte a un caballo y dar una vuelta por ahí con las sandalias en los estribos. Pero ¿un mes? ¿Un larguísimo mes cabalgando desde el amanecer hasta la puesta del sol? Ni hablar. Los caballos no se habrían dejado gobernar. Quizás sí hasta cierto punto, pero no con la precisión necesaria en campo abierto.

Fray Francisco de Velasco había solicitado, varias veces, permiso para hablar con el adelantado. Oñate siempre respondía que sí, que por supuesto. El fraile le producía emociones contrapuestas. Por un lado, lo despreciaba, pues era un fraile, lo llevaba en su expedición porque no le quedaba más remedio y sabía que donde hay frailes hay paz, amor y todos esos asuntos que terminan por lastrar una expedición. Pero, por otro lado, el tipo le caía bien y le gustaba conversar con él. A diferencia del resto de frailes, Velasco no se mostraba arrogante ni esquivo. No repudiaba la labor de Oñate y, aunque probablemente conocía de sobra los verdaderos motivos que impulsaban aquella empresa, creía que los intereses de los frailes podrían solaparse a los de los soldados sin que existieran demasiadas fricciones entre los unos y los otros. Es decir, que con una mano conseguiríamos nuestro anhelado botín y, con la otra, encaminaríamos hacia la casa del Señor a un buen montón de almas descarriadas. Lo uno por lo otro y Velasco juzgaría que, aun así, ellos, los frailes, salían ganando. Oñate apostaba a que sí.

—Fray Francisco... —dijo el adelantado cuando vio aproximarse a la montura del fraile. Cabalgaban veinte pasos por delante de la vanguardia de la columna. Con el cauce del río a la izquierda y siempre en dirección este.

—Adelantado, adelantado —repuso Velasco. Repetía las palabras con esa cadencia tan típica de los franciscanos: como si los sonidos se les cayesen de la boca y, no seguros de haberlos expulsado en el orden correcto, los repetían una y otra vez, hasta la saciedad—. Adelantado... Que quería yo hablarle con respecto a...

—Nada de notas ni apuntes, fray Francisco —cortó Oñate, quien lo veía venir.

—¡No! —intentó reír Velasco. A los franciscanos, una vez ordenados, se les extirpa la capacidad para la risa. Sin embargo, en algunos de ellos, sobre todo si eran, como Velasco, de carácter dócil y afable, la disposición se llevaba siempre en los labios. Era como el tic de los soldados tirando una y otra vez de la empuñadura de sus espadas envainadas: sin más fin que el de comprobar que los mecanismos que empujan hacia delante sus existencias funcionan a la perfección—. Nada de anotaciones, nada, nada... Ja, ja... Usted no...

Sí, la costumbre de dejar las frases inconclusas era muy irritante, pero los franciscanos no conocían otro modo de expresarse, así que a Oñate no le quedaba más remedio que tragar saliva y aguantarse. Existe una versión del mundo en la que los tontos lo dicen todo del tirón y los listos, trabados por la intensidad y abundancia de sus pensamientos, balbucean hasta desquiciarte.

—¿Le puedo ayudar en algo? —preguntó Oñate en tono tranquilo. No sonreía, porque el adelantado jamás lo hacía, pero sí mostraba esa suficiencia despejada que sus hombres más cercanos interpretaban como un síntoma de buen humor.

—Pues lo cierto es que sí, lo cierto es que sí... —comenzó a decir Velasco—. Llevamos ya un mes largo, un mes largo, de camino desde que partimos desde San Gabriel, bendito sea, y solo hemos encontrado a los apaches, a los apaches, ¿sabe usted? Y como no hubo oportunidad de...

¿Cuántos de vosotros sentisteis el pánico? El auténtico, el real, el que te impregna las entrañas de la más indescriptible de las desolaciones. Entiendes que puedes morir, y no ya al modo habitual en el que uno lo entiende cuando sale de expedición, sino de una manera tan obvia y tangible que paraliza. Tanto que ni siquiera recordasteis que estáis armados y que, al menos, podíais haber desenvainado para vender caras vuestras vidas.

—Nos preguntábamos —continuó Velasco—, adelantado, adelantado, si, porque es algo que nos tiene muy preocupados, compungidos, a la comunidad entera de frailes, ¿sabe usted?, preocupados, digo, porque quizás no veamos el momento de cumplir con nuestra tarea y nos preguntábamos...

Se temen que no se les deje hacer. O no exactamente. A Velasco le costaba pronunciar las palabras precisas. El adelantado decidió que no le ayudaría. Al menos, tened los arrestos de proponerlo vosotros mismos.

—Si por algo estoy contento de hallarme en este lugar y dirigirme hacia Quivira —mintió descaradamente Oñate—, es por la humilde posibilidad que se me ofrece de contribuir a la misión evangelizadora. No por otra cosa estoy aquí.

Se dio cuenta de que con la última frase se había excedido, pero no le dio mayor importancia. Si su interlocutor, en lugar del cordial Velasco, fuese el infame Vergara, de acuerdo. Ahí sí que se hubiera tentado la ropa. Sin embargo, Velasco, ante sus palabras, sonrió. O ensayó eso que tanto se parecía, sin serlo, a una sonrisa.

—Y no sabe cuánto se lo agradezco, adelantado, cuánto, yo, y en nombre de todos mis hermanos, porque lo entendemos, entendemos que usted es un hombre bueno, y de palabra, que cuando llegue el momento de...

Oñate había reducido el paso de su caballo hasta casi detenerlo. Velasco, quien, tras un mes a lomos de aquel animal, lo dominaba ya con una pericia digna de auténticos soldados, hizo lo propio usando la presión de sus muslos sobre el cuerpo de la montura. Se había arremangado el hábito franciscano hasta por encima de las rodillas, pues solo así se podía montar sobre una silla española, y llevaba las botas al aire.

—Es importante, importante —continuó Velasco tras realizar una pausa quién sabe si para ordenar un discurso que amenazaba con volverse más y más disperso—, que se nos permita bautizar a tantas personas como hallemos en nuestro camino.

—Le aseguro que nada me complacerá más. Para eso estamos aquí, fray Francisco.

No, no era esto lo que quería decir... Pero ¿cómo ir al grano con un hombre como Oñate?

En ese momento, la mula que transportaba la escultura del Sagrado Corazón pasó junto a ellos. Los dos hombres se giraron para observarla.

—Es preciosa, ¿verdad que lo es, adelantado? —dijo Velasco. Lo afirmaba desde dentro y Oñate, al comprenderlo, se compadeció de él. De un modo o de otro, también entre los frailes necesitaba aliados. Si las cosas se ponían mal, y no le cabía duda de que se pondrían, siempre era preferible pelear contra nueve en lugar de hacerlo contra diez. A Velasco, lo contaría, en adelante, entre sus partidarios.

—Le prometo que tendrán soldados a su lado para llevar a cabo su trabajo —aseguró.

Velasco no se volvió hacia el adelantado ni realizó gesto alguno que mostrara lo que sentía. Al contrario, se limitó a continuar observando la mula con el gran Sagrado Corazón negro a cuestas. Al rato, tras un largo silencio en el que solo se escuchaba el sonido de la columna avanzando, simplemente dijo:

—Gracias.

Oñate se llevó una mano al morrión y se lo recolocó. Después, miró a su alrededor y observó la inmensidad del territorio en el que se internaban. Un hombre podría poner al galope un caballo durante leguas, leguas y más leguas, y los que dejaba atrás no lo perderían de vista en ningún momento.

—Una pregunta, fray Francisco —dijo, por fin, Oñate.

—Lo que, lo que usted quiera, adelantado.

—¿Qué día es hoy?

Fray Francisco se ocupaba de estos asuntos y Oñate bien lo sabía. Aunque le había prohibido escribir, no dudaba de que el fraile mantenía, medio en secreto, un pequeño diario de la expedición. Al menos, algo breve que le permitiera llevar el conteo de los días. Los franciscanos, para estos asuntos, preferían realizar sus propias cuentas. Ellos, al regresar, también tenían que dar explicaciones a sus superiores y, para realizarlo, precisaban de datos fiables y certeros. Los suyos, por supuesto.

—Veintidós de julio, adelantado. Conmemoramos a Santa María Magdalena.

—Ni más, ni menos.

—Así es, dicho sea con el respeto que todos los santos, ya sabe usted, que todos los santos merecen porque...

—Pues no se hable más. Este río ya tiene nombre.

Vinimos a bautizar y ya estamos bautizando. Posiblemente, fue la última vez en toda aquella expedición en la que Oñate se sintió cercano a uno de los franciscanos. Al final, te pongas como te pongas y con frailes de por medio, lo normal es que las cosas acaben torciéndose. Tú te esfuerzas, tú aportas, tú hasta les das la posibilidad, ya que no hay salvajes a la vista y los que había han muerto o se nos han escapado, de bautizar un gran río, y ni por esas.

8

Vacas

10 de agosto de 1601

En las tres semanas que siguieron, no sucedió nada reseñable, pero cuando sucedió, sucedió de tal manera que todos y cada uno de los hombres que integraban la expedición convinieron en que nada más absolutamente grandioso podría ser puesto al alcance del ojo humano. Nada.

El avance siguiendo el curso descendente del Magdalena fue, antes que cualquier otra cosa, tedioso. Se levantaban al alba y, de inmediato, se ponían en marcha hasta que caía el sol. Para entonces, Zaldívar y sus capitanes ya habían decidido dónde se establecería el campamento en el cual pasarían la noche. Se cenaba en silencio y cada cual buscaba un lugar donde acostarse y dormir. Así, día tras día. Avanzaban despacio hacia el este, eso era todo lo que podrían decir. En varias ocasiones, el adelantado envió exploradores hacia el frente, pero todos regresaban con idénticas noticias: el terreno se va volviendo cada vez más llano y no presentará dificultad alguna para los carros.

Tampoco se dieron problemas entre los hombres. Al menos, problemas dignos de mención. De cuando en cuando, alguien discutía por algo, pero los conflictos se extinguían sin que la intervención de los oficiales fuera necesaria: hacía tanto calor que todos preferían dejar las cosas en paz y continuar cabalgando.

Si algo habría que destacar de aquellas tres semanas desde que hallaran el cauce del Magdalena, fue que, un buen día, lo vadearon y cruzaron a su ribera norte. No fue nada premeditado, sino que, simplemente, se toparon con una zona en la que el río se ensanchaba lo suficiente como para que el cauce no superara los dos palmos de profundidad. Sabían que, tarde o temprano, deberían atravesarlo, pues Quivira se hallaba al norte, así que lo hicieron y un asunto menos en el que pensar.

Y, por fin, llegó aquello. Aquello que apenas un puñado de ojos de blancos había observado a lo largo de la historia. Incluso años después, cuando hombres que habían formado parte de la expedición a Quivira narraban la naturaleza de lo que se encontraron en su camino, lo hacían con la dificultad de quien no encuentra las palabras precisas para describir tanta maravilla. Y no es que no las encontraran porque no eran capaces, sino porque, en nuestra lengua, no existían. Quizás debido a que ninguno de los nuestros se vio en la necesidad de imaginarlas. A fin de cuentas, ellos estaban allí antes que nadie admirándose de lo, seguramente, indescriptible.

Intentémoslo aquí. Probemos suerte. Sin prometer nada.

Lo primero que advirtieron fue un rumor en la lejanía. ¿Qué? Lo discutieron abiertamente entre ellos:

—Creo que se acerca una tormenta —dijo el capitán Sosa.

—¿Una tormenta? —dudó el capitán De las Casas llevándose una mano al morrión para sujetarlo y levantar la cabeza. En el cielo, de un azul intenso, no se observaba ni una sola nube—. No lo parece.

—¿Son truenos? —preguntó el capitán Montesinos acercándoseles. Los hombres cabalgaban solos durante la mayor parte del tiempo. Para los capitanes, no existía un reparto exacto de posiciones y se movían con libertad columna arriba y columna abajo. Únicamente cuando, como ahora, sucedía algo que alteraba la calma general, se reunían y lo debatían—. Sí, yo diría que son truenos.

Porque como truenos sonaba aquello. Truenos lejanos, muy lejanos.

—Diría que la tormenta se halla a más de dos horas de distancia —dijo Sosa.

—¿Pero qué tormenta...? —replicó De las Casas, volviendo a mirar hacia el cielo—. Por muy lejos que se halle, ya deberíamos estar advirtiéndolo su presencia. Y el cielo está completamente despejado. No, ese ruido no proviene de una tormenta.

En ese momento, el capitán Espinosa se les acercó.

—¿Lo escucháis? —preguntó refrenando su caballo y colocándose junto al resto de capitanes.

—Hablábamos sobre ello —le respondió Montesinos—. Dice Sosa que se trata de una tormenta, pero tenemos nuestras dudas.

—Pues suena como una tormenta.

—Pero no hay una puta nube en el cielo.

—Si suena como una tormenta, será una tormenta.

Los capitanes guardaron silencio para escuchar con mayor atención. De lo que no tenían dudas era de que avanzaban hacia el rumor. Eso, o el rumor avanzaba hacia ellos. En cualquier caso, resultaba inquietante.

—Yo creo que convendría poner a los hombres en alerta —dijo De las Casas.

Entonces, Zaldívar y el adelantado en persona se acercaron al grupo. Venían desde la vanguardia de la columna, donde, por lo general, acostumbraban a viajar. A Oñate le gustaba ser, en el sentido estricto de la palabra, el primero en poner pie en el territorio sobre el que avanzaban.

—Hay algo ahí delante —dijo, secamente, Zaldívar. Tenía el semblante serio y miraba alternativamente a los capitanes.

—Debatíamos acerca de si se trata de una tormenta o no... —repuso Sosa.

—No es una tormenta —habló por primera vez el adelantado. Oñate no era un tipo locuaz. Apenas frecuentaba a sus hombres y prefería cabalgar en soledad junto a su fiel Yunque. Cazaban liebres, observaban los pájaros y daban media vuelta y regresaban cuando algo, cualquier cosa, rompía esa monotonía. Como ahora.

La única pregunta posible, en consecuencia, no podía ser otra:

—Entonces, ¿qué es? —la pronunció Montesinos.

—No lo sé —respondió el adelantado—, pero quiero a todos los hombres preparados. Sea lo que sea lo que hay ahí, no nos va a pillar desprevenidos.

Los capitanes asintieron y se dispersaron para transmitir la orden de Oñate. En realidad, el sonido en la lejanía suponía una novedad y las novedades, tras tanto tiempo sin que sucediera

absolutamente nada, se agradecían.

Pronto, la columna entera pasó del lento aletargamiento cotidiano a un ligero estado de alerta. No dejaban de avanzar, pero, tras el aviso de los capitanes a los soldados y de estos al resto de hombres, todos se habían espabilado y mantenían los ojos bien abiertos. Además, por qué no decirlo: ellos también habían escuchado el rumor en la lejanía, también lo habían tomado por una tormenta y también habían levantado la cabeza hacia el cielo. De hecho, continuaban haciéndolo a cada momento. Ni una triste nube que confirmara la única conjetura viable. Solo aquel cielo infinitamente azul que les acompañaba desde hacía semanas.

Media hora después, muchos notaron que había algo de extraño en el ambiente. Por primera vez, sentían incertidumbre. Y la incertidumbre, que nadie lo dude, es el peor estado de la consciencia. Al final, uno prefiere, si le dan a elegir, que le ataquen los apaches. Porque sabes quiénes son y qué viene a continuación. Porque sabes que es posible que la palmas, pero del modo más o menos certero en el que lo saben los hombres armados que guerrear contra enemigos demoníacos. Tú intentas hacer tu trabajo y, por lo menos, no se te reconcomen las entrañas.

Si, por regla general, los hombres ya no hablaban demasiado entre ellos, pues para qué si ya se lo tenían todo dicho, ahora el silencio que se les echó encima era tan denso y profundo que podías tocarlo si alargabas la mano en el aire. Una especie de bruma solidificándose en torno a ellos. Una bruma que, incluso al más templado, terminaba por sacar de quicio.

Fue en ese momento cuando los animales comenzaron a ponerse nerviosos. El rebaño daba igual, porque, al final, no eran más que ovejas: los hombres a su cuidado las corrían a varazos y los bichos, mal que bien, terminaban por obedecer. El problema residía en la caballada. Setecientos animales que habían escuchado el rumor en la lejanía y a los que, cada vez de forma más notoria, no parecía hacerles ninguna gracia.

Incertidumbre, pues, e inquietud.

Por primera vez desde que partieran de San Gabriel, el adelantado se preocupó. Lo cual ya era decir, porque ni la batalla del Pecos le había alterado, demasiado, el pulso. Bueno, sabía que los apaches les darían guerra, pero sabía, al tiempo, que ellos no sucumbirían allí y aquel día. Son cosas que alguien que se ha pasado los últimos tres años a lomos de un caballo y recorriendo la gran Norteamérica conoce: un puñado de apaches a pie no resulta un problema irresoluble a no ser que tú seas tan memo como para no saber jugar las cartas que te han tocado.

Pero ahora no había cartas, ni baraja, ni mesa. Había un puto rumor sacándolos de sus casillas a todos.

Que iba, casi imperceptiblemente pero de forma continua, creciendo en intensidad. Tanto, que pronto dejaron de pensar en él como en un rumor y comenzaron a dar por hecho que se trataba de un trueno. Un trueno largo, insondable, poderoso. Un trueno sin tormenta que los penetraba más y más, más y más...

—Adelantado —se acercó Zaldívar a Oñate. Traía su caballo al trote, lo cual, en sí mismo, ya era un síntoma inequívoco de que en la columna algo iba mal.

—Que carguen las escopetas —respondió, con sequedad, Oñate.

—Lo que diga, adelantado.

Las escopetas y las armas cortas que, si bien no todos, muchos soldados poseían. No servían de gran cosa si el objetivo se hallaba a más de veinte pasos, pero a los hombres les encantaba llevarlas al cinto o en una cartuchera junto a la silla de montar.

La orden corrió de capitán en capitán y, en menos de cinco minutos, la totalidad de la tropa se hallaba preparada para abrir fuego. Zaldivar, con gestos, hizo que los hombres se aproximaran hacia la vanguardia de la columna. Desguarecerían los flancos y la retaguardia, pero el trueno venía del lugar hacia el que ellos avanzaban.

Yunque, nervioso, ladró varias veces y el adelantado lo mandó callar. Pero el síntoma es el síntoma, y conviene prestarle la debida atención.

Un trueno, dos truenos, una tormenta bajo el cielo azul del norte de Nuevo México. O de otro lugar que tan siquiera tenía denominación: estaban tan lejos de casa que cada paso era conquista y cada territorio, lo innostrado.

¿Habremos llegado al borde del mundo y eso que escuchamos es el ruido que realiza el mecanismo que acciona el infierno? Pues muy probablemente, para qué engañarnos. Sin retóricas ni aspavientos: creían que cualquier cosa podía sucederles. Cualquiera, cualquiera, mil veces cualquiera. Se sabían tan ajenos a todo que lo inaudito nunca los sorprendería.

Sin embargo, los sorprendió. El trueno, de pronto, se volvió más y más atronador. En cuestión, primero, de minutos y, luego, de segundos. Los caballos relinchaban, las ovejas balaban y Yunque parecía haber enloquecido. Los hombres, que llevaban las escopetas cargadas apuntando hacia el cielo, comenzaron a bajarlas porque lo inenarrable se aparecía, tan majestuoso como único, ante sus deslumbrados ojos. Un disparo no serviría de nada y, no obstante, apuntaron hacia el frente sin dejar de cabalgar.

Dios santo, no sabíamos que eras capaz de obrar tanto prodigio.

Fue el capitán Montesinos el que rompió aquel silencio. Continuaba tan estupefacto como los demás, pero una palabra se le cayó de entre los labios. Una sola:

—Vacas...

Lo cierto era que sí, que se trataba de vacas. Lo cierto, también, fue que no, que no lo eran. Solo un puñado de hombres blancos había observado aquello antes. Frente a sus ojos, una inmensa manada de bisontes, de la que no podían distinguir ni su principio ni su final, avanzaba de este a oeste a unos quinientos pasos del lugar donde se encontraban. Caben, ahora, decir muchas verdades, pero ninguna como esta: que además de ser de los primeros en contemplar aquello, sin ser de los últimos, sí serían de los que tuvieron la suerte de resultar elegidos para la admiración perfecta. Vendrían más siglos y vendrían, con ellos, más hombres blancos a experimentar cómo el alma se les encogía en el pecho frente a la magnificencia del espectáculo desplegado ante sus miradas. Pero, siendo cierto esto, no lo es menos el hecho de que las manadas infinitas comenzaron, desde aquel día, a menguar poco a poco. Seguirían siendo, por supuesto, tan descomunales y asombrosas, pero nunca como la que Oñate y los suyos tenían, ahora, frente a ellos.

—Vacas... —repitió, con la mandíbula desencajada, Montesinos.

Tenían a miles y miles, cientos de miles, puede que hasta más, de bisontes avanzando en una migración que ellos no comprendieron porque, entre otras cosas, ni siquiera se interrogaron al respecto. Estaban ahí, eran grandiosos y uno podía ensimismarse durante horas y horas en su contemplación.

Y, de improviso, cometieron un error. Bueno, eran españoles, así que lo uno iba con lo otro: la esplendidez en cada uno de sus movimientos aunada al terrible sino de la equivocación. Cuando lo estás bordando, lo mandas todo al traste de la más tonta de las maneras.

—Comida... —balbuceó el capitán Sosa.

Comida para alimentar al continente americano entero. Sin la tendencia a la hipérbole que a veces tanto nos traiciona: ahí, frente a ellos, había carne para alimentar a millones y millones de bocas. Reunida en un espacio único y frente a ellos. Un espacio del que no advertían los límites, pero un espacio a fin de cuentas. Esto es el matadero de Norteamérica y nosotros acabamos de descubrirlo. ¿Se puede tener mejor suerte?

—No sabemos si son bravas —adujo De las Casas.

Cierto. Y a la prudencia nos debemos. Quizás sean vacas, quizás sean toros. Puede que nos ignoren al acercarnos o puede que nos embistan. En cualquier caso, comida.

—Adelantado... —dijo Zaldívar.

Oñate, tan extasiado como el resto, no dudó. Hacer acopio de víveres no les vendría nada mal. El rebaño de ovejas menguaba cada día más y no duraría eternamente. Ahora, con tanta carne pasando ante ellos, la acción no podría ser otra: darían caza a tantos ejemplares como pudieran.

—Adelante —ordenó sin alzar la voz.

—¡Adelante! —repitió Zaldívar alzándola para que todos en la columna le oyeran. Nadie les había dicho que no se puede alzar la voz junto a una manada de millares y millares de bisontes migrando. Que el bisonte da la sensación de ser un animal duro e incapaz de sentir miedo por nada ni por nadie, pero que, en realidad, no lo es. O sí, claro que es duro, es duro como la roca. Lo que le sucede es que a tan magnífica estructura no le acompaña la debida templanza de carácter. Basta con que un español desinformado levante la voz para que el bisonte se inquiete. Y si fuera uno, no sucedería nada. Tampoco se va a ir a por ti, pues bravo, lo que se dice bravo, no lo es. El problema del bisonte que se asusta no es él mismo sino los miles y miles que lo rodean. Diríase que su capacidad de atemorizarse salta de testuz en testuz a una velocidad tan rápida que ni siquiera el ojo humano es capaz de advertirla. Y los ojos humanos de estos españoles estaban habituados, por la cuenta que les traía, a advertir desde el vuelo de una mosca hasta el ataque de una horda apache.

La estampida, no obstante, no la vieron venir. Luego comprenderían que fueron ellos, con sus acciones, quienes la provocaron, pero la verdad lisa y ramplona fue que, en el momento, ni se les pasó por la cabeza que allí, en plenas llanuras norteamericanas, donde la grandeza es tal que ningún impulso puede parecerle a uno pequeño o insuficiente, ir de puntillas es una buena idea sobre todo si cabalgas junto a una descomunal manada de bisontes.

Transformaron el trueno en la versión más ensordecedora del Apocalipsis. Y lo hicieron a escopetazo limpio, que es la forma más tonta de llegar a un punto semejante.

Zaldívar dispuso que todos los soldados armados se acercaran a la manada. Los caballos que montaban no las tenían todas consigo, pero un buen jinete sabe arreglárselas usando las espuelas, los muslos y las riendas. Los caballos irían por donde estaba mandado y, de hecho, fueron. Hacia el monstruoso y compacto cuerpo que formaban los miles de bisontes avanzando tan juntos que, en no pocas ocasiones, no se sabía dónde acababa un ejemplar y dónde empezaba el otro.

Llevaban, recuérdese, las escopetas cargadas. Lo había ordenado el propio Oñate un rato antes. ¿Y qué hace un español cuando tiene la escopeta cargada? Hombre, siempre hay algo contra lo que disparar, ¿no? Pues si la regla es esta, si en lugar de recuperar la bala y la pólvora, se prefiere abrir fuego aunque sea para entrenar el dedo y la puntería, en ese momento, con más razón. Comida.

El sargento mayor se situó, junto a un grupo de unos quince hombres, cerca de la manada de bisontes. Para lograrlo, cabalgó hacia ella, retuvo varias veces el avance para asegurarse de que los bisontes no los encaraban y, finalmente, se detuvo a una distancia de unos veinte pasos de la manada. Durante unos instantes, los españoles contemplaron, a tan corta distancia, la rotundidad de aquellos bichos: sus poderosos cuartos delanteros, aquellas cabezas asombrosamente grandes y las grupas fibrosas y ágiles.

—Habrás que acercarse más —dijo uno de los soldados. Sostenía la escopeta en una mano y las riendas del caballo en la otra—. Parecen tener la piel muy gruesa.

A veinte pasos de distancia, podían oír sus respiraciones, pero las balas no atravesarían aquellos corpachones. El soldado tenía razón. Si querían abatir unos cuantos ejemplares, deberían acercarse. Cuanto más recorrido le ahorres a la bala, más posibilidades de que quien reciba el escopetazo caiga desplomado.

Zaldívar se dijo que había que predicar con el ejemplo y clavó espuelas a su caballo para que avanzara hacia la manada. El caballo se resistía, pero el sargento mayor lo obligó a continuar. Redujo la distancia a quince pasos, a diez, a tan solo ocho... Y, después, comenzó a trotar en paralelo a los bisontes más cercanos a él.

—¡No nos encaran! —gritó. Mal. No grites junto a la manada.

Zaldívar se puso en pie sobre los estribos del caballo y miró más allá de las testuces cercanas a él. Creyó adivinar el otro extremo de la gran manada, pero no podría asegurarlo.

Entonces, se desencadenó el desastre. Uno de los hombres que se hallaba a menos de cuatro pasos de distancia de un gran macho tan grande como dos caballos juntos presionó el disparador de su escopeta y abrió fuego. El animal recibió el balazo detrás de un ojo y, de inmediato, dobló las patas delanteras y se derrumbó con gran estruendo.

Pareció que la bala la recibía la manada entera y puede que, de alguna forma, así fuera, porque el trote más o menos tranquilo con el que habían avanzado hasta entonces se convirtió en estrépito, en fragor, en desatada estampida.

Los españoles llevaban, aquel día, estupefacción suficiente para un año. Para, según qué tipo de personas, una existencia completa. Y, sin embargo, lo que en adelante observarían, de lo que participarían de forma directa, trascendió un paso más allá. Cabalgaron junto a una manada de bisontes presa del pánico y levantando el polvo de la tierra en una extraordinaria estampida.

—Dios... —dijo alguien, quién sabe quién.

Eso, Dios. Dios que todo lo puedes, la que nos tenías reservada. No te defraudaremos.

Los soldados habían ido a cazar y cazarían. Todos llevaban un disparo en sus escopetas y ninguno daría media vuelta antes de haber abatido un ejemplar con él. ¿En estampida? Pues en estampida.

—¡Yeah! —gritó Zaldívar azuzando a su caballo. Al galope tendido, puso a sudar a la montura y se inclinó, tanto como se lo permitía la armadura, sobre el cuello del animal. El resto de hombres lo imitó.

Dios otorgó al bisonte capacidad para la estampida, pero, en su infinita sabiduría, lo hizo lento. Los caballos los superaban sin dificultad aunque, lo percibieron pronto, se agotaban antes. No importaba: tampoco pensaban seguirlos hasta fuera cual fuese su destino.

—¡Acercaos para que el tiro penetre! —indicó, a gritos, Zaldívar. Tenía el caballo a galope tendido y podía notar, en la garganta, los latidos de su corazón.

Los hombres obedecieron y se situaron tan cerca de la estampida que, casi sin quererlo, pasaron a formar parte de ella. A uno, de entre los que cabalgaban delante, un bisonte lo cabeceó. Casi de forma imperceptible, la bestia, sin dejar de correr, ladeó la cabeza y, de un fenomenal golpe con un cuerno corto y curvado hacia arriba, lo puso a volar por el aire. Con armadura, morrión y escopeta. La cual, por cierto, se disparó cuando se dio de bruces contra el suelo. Por suerte, no hirió a nadie. A él lo libró la armadura y la fortuna. La primera, porque amortiguó el colosal golpe. La segunda, porque cayó hacia el lado opuesto a la manada. De no haber sido así, ni la armadura ni Dios hecho Hombre lo habrían salvado de morir aplastado bajo millones de pezuñas. Tras el paso de la manada, si es que realmente tenía fin o ellos tiempo para aguardar y descubrirlo, irían y no encontrarían sino un polvo algo más grueso que el propio de la tierra. ¿Hay algo más triste que tan siquiera dejar restos para que los que te han sobrevivido les den sepultura?

Otros soldados tuvieron más suerte y, tras acercarse a la manada, lograron disparar sus escopetas. Se trataba de disparos complicados, pues debían sostener el arma y apretar el disparador con una única mano. Hubo alguno que sintió la tentación de soltar las riendas. Sin embargo, en el último momento se lo pensó mejor y se echó atrás. Y no porque no supieran galopar sin manos, qué diablos, no... Aquellos tipos podían hacer eso y mucho más. Es una rara habilidad, pero no tanto como para que no esté al alcance de cualquiera que se pase la vida encaramado a la silla de un caballo: por muy torpe que seas, al final cabalgas como si no hubiera diferencia entre jinete y montura.

Pero soltar las riendas junto a una estampida de bisontes... No, eso suponía demasiado, incluso para ellos. Habían visto cómo un bisonte, con un simple cabeceo, había enviado al suelo a un hombre. Ponérselo fácil a estos bichos constituía poco menos que una insensatez.

A medida que los soldados realizaban su disparo, se separaban de la estampida y se alejaban unos cuantos pasos. Después, refrenaban a sus caballos, les daban unas palmaditas en los cuellos a modo de agradecimiento y comenzaban a rehacer el camino a paso lento.

En total, abatieron a siete bisontes. No obstante, hasta que, cerca de una hora más tarde, la manada terminó de pasar, ninguno hizo ademán de ir a por ellos ni tampoco los capitanes lo sugirieron. Los soldados se reunieron allá donde se hallaba el hombre que había sido derribado y, tras interesarse por su estado, se mantuvieron, expectantes, sobre los caballos.

—Su puta madre... —diría, mucho más tarde, Zaldívar. Los hombres que habían participado en la cacería eran los primeros hombres blancos que se acercaban, montados y armados, a una manada de bisontes. Eran los primeros que provocaban una estampida y que no solo no daban un paso atrás, sino que se iban hacia ella y la acompañaban durante un buen trecho. El soldado que cayó al suelo derribado por el cabeceo de un bisonte fue el primer hombre blanco en experimentar algo semejante. El impacto contra la dura tierra hizo que la armadura presionara sobre la cota de malla que llevaba debajo y esta sobre la piel y la carne. Le quedaron marcas que ya jamás desaparecieron. Tuvo que inventarse una historia falsa para explicar su origen, pues pronto se daría cuenta de que nadie daba crédito a la historia que él refería. A la verdad.

Habían llegado a las grandes llanuras que se extienden en el centro de Norteamérica. ¿Merece la pena insistir en que lo hicieron antes que nadie? Sí, qué diantres, hagámoslo una vez más porque merece la pena y, además, nos da la gana.

Aquel grupo de españoles fue el primero. El primero en casi todo, pero, sobre todo, el primero en advertir la grandeza de una tierra única. Había mundo en cualquier dirección en la que

mirases, un mundo que no se detenía, que no se terminaba, al que nada parecía alterar.

Se sintieron, al mismo tiempo, gigantes y diminutos. Y lo hicieron porque comprendieron que las dimensiones para medirlo todo aquí eran otras. De tanta grandeza, su dimensión se había vuelto insignificante. Al reconocerlo, supieron que nadie los igualaría jamás.

Nadie, ni en ese siglo, ni en los venideros. Nadie.

El día más importante de sus vidas

17 de septiembre de 1601

Juan de Oñate cabalgaba, solo, en mitad de un llano infinito. No, solo no: Yunque lo acompañaba correteando de un lado para otro. Perseguía mariposas, o moscas, o cualquier insecto que volara, saltase o, simplemente, se pusiera a su alcance. Era un perro un poco tonto, al que habían entrenado, desde que era un cachorrito, para la guerra, pero que se entusiasmaba ante la presencia de cualquier bichillo insignificante. Oñate, a lomos de Platero, lo observaba y se preguntaba si, llegado el momento de azuzarlo en la batalla, sabría lanzarse contra el enemigo y desgarrar gargantas, abrir pechos, quebrar huesos.

Había transcurrido más de un mes desde que se toparan con la primera gran manada de bisontes. No fue, por supuesto, la última. A medida que avanzaron hacia el este siguiendo el curso del río Magdalena, encontraron más y más manadas de aquellos magníficos animales. Pronto aprendieron mucho acerca de su comportamiento. Lo más importante, que no embestían si no les quedaba más remedio. Dieron caza a cientos de ellos, tantos que, durante semanas, su dieta se limitó a grandes y jugosos filetes de carne de bisonte. En tal cantidad que hubo hombres que se quejaron, que adujeron que sería bueno introducir, de cuando en cuando, alguna variante en la dieta. Zaldívar, sin inmutarse demasiado, les repuso que sí, que por supuesto, que faltaría más, que en nada mandaría un emisario a Zacatecas para que les remitieran un carro cargado hasta los topes de ricas viandas. Si tenían preferencia por esto o por lo otro, era el momento de decirlo. No fueran los señores, después de la pechada de leguas que se metería el jinete en el viaje de ida y de vuelta, a quedar insatisfechos. Los hombres que escucharon a Zaldívar prorrumpieron en carcajadas y no se habló más del tema. De acuerdo, la dieta era monótona, pero, al tiempo, sabrosísima. Esos bichos, quién lo diría, tenían una carne suave y tierna que se derretía en la boca. Pura manteca, sobre todo desde que el cocinero aprendió a asarla en su punto. Es sencillo, anotad: al bisonte se lo abre en canal inmediatamente después de darle muerte, para que la carne mantenga su especial finura; se eviscera sin excesivo miramiento y se procede a filetear. Hay hombres que prefieren las tajadas provenientes de los cuartos delanteros y otros que, por el contrario, suspiran por los traseros. Pero poca tontería en la expedición, porque el cocinero no estaba para exquisiteces y tenía que trabajar rápido: el rato exacto que va desde que el sol comienza a deslizarse hacia el horizonte, que es cuando el sargento mayor da la orden de detener la columna para pernoctar, y el momento en el que la oscuridad es absoluta. Ahí, en ese lapso, que en los días en los que Zaldívar apuraba al máximo podía no ser superior a los tres cuartos de hora, el cocinero tenía que despiezar un par de bisontes, exasperarse ante la lentitud con la que las

hogueras eran encendidas y asar, vuelta y vuelta, los grandes chuletones de bisonte casi vivo. Daba gloria escuchar cómo la grasa resbalaba de ellos, caía sobre las llamas y chisporroteaba alegre... En fin, hambre no se pasó.

El momento más crítico, si es que puede llamarse así, se dio cuando el Magdalena se les terminó y fueron a dar con el río cuyo cauce se suponía que debían remontar para, de este modo, llegar al reino de Quivira. Tanto el adelantado como Zaldívar hicieron sudar un poco a Jusepe Gutiérrez: mira que si te equivocas y acabamos yendo por el camino que no es, alguien lo va a pagar; muy caro; como nunca habría imaginado que podría suceder; Jusepe; amigo.

No, no se equivocaron. El lugar donde un río y otro se encontraban tenía las dimensiones grandiosas que allí parecía tenerlo todo. Necesitaron una jornada completa para abandonar el camino que les había marcado el Magdalena y enfilarse en el que les ofrecía el nuevo río. Al cual, dicho sea de paso, ni se molestaron en nombrar. Vivían con los ojos tan llenos de novedad permanente que el simple hecho de andar bautizándolo todo los agotaba. Así que al nuevo río lo llamaban así, el río, a secas. Vieron peces gordos como brazos, descubrieron extraños animales que acudían a abrevar, se asombraron de que, en adelante, nada se interpusiera entre sus miradas y la más absoluta de las lejanías: dejaban de ver porque dejaban de distinguir, no porque algo interrumpiera la mirada dirigida hacia el horizonte.

Con el paso de los días y las semanas, la soledad se fue volviendo más firme, más consistente, más, si se quiere, sólida y perceptible. No les cabía la menor duda de que estaban solos, de que nadie los vigilaba sin darse a conocer. Por supuesto, el sargento mayor no se fiaba ni de su sombra y, por ello, enviaba, de continuo, patrullas de hombres hacia el norte. Para que fueran viendo lo que les aguardaba y, después, regresaran a informar. Llegó el momento, que los pasmó, en el que un grupo de tres o cuatro soldados cabalgaba hacia el norte y ellos, atrás, en la columna, no lo perdían nunca de vista. Simplemente, se iba haciendo más y más pequeño hasta convertirse en un puntito casi indistinguible. Los hombres, por puro aburrimiento, apostaban a si seguían siendo ellos o cualquier otro accidente del paisaje. Los hubo que perdieron su buen dinero, aunque, al parecer, y dada la imposibilidad de comprobar a ciencia cierta quién acertaba y quién fallaba, a las apuestas se las llevó el aire. Por lo menos, se entretenían y pasaban el rato.

Oñate, poco a poco, se volvió más taciturno. Al alba, cuando la expedición se ponía lentamente en marcha, él azuzaba a su caballo y se separaba hasta media legua, en ocasiones incluso más, del resto. A Zaldívar no le hacía ninguna gracia que el adelantado actuara de esta forma y así se lo hizo saber en varias ocasiones. Se exponía demasiado y si, por cualquier motivo, las cosas le venían mal dadas, se hallaría solo y abandonado a su suerte.

El adelantado replicaba, sonriendo con los ojos, que se llevaba consigo a Yunque y que, por lo tanto, estaba a salvo. ¿Acaso Yunque no podría con cualquiera? Zaldívar fruncía el ceño y no respondía nada. Le irritaba que Oñate le hablara en ese tono, pero ¿qué podía hacer? ¿Enfrentarse con él? ¿Para qué? ¿Para que, tras discutir agriamente, el adelantado continuara en sus trece y a él se le quedara mal cuerpo durante el resto del día?

Tenían la conciencia absoluta de estar completamente solos en mitad del trozo de mundo más extenso que ojos humanos habían conocido jamás. Ello, de algún modo, calmaba los ánimos. Además, continuaba haciendo un endiablado calor. Un día les llovió, pero nada más. Lo cual comenzó a escamarles, pues la tierra se volvía, a medida que avanzaban hacia el norte, más y más verde y el aire se cargaba de una ligera humedad. No excesiva, pero sí suficiente como para que

un grupo de hombres que provenía del más árido de los desiertos la percibiera. Estaba ahí, impregnándolo todo, y olía maravillosamente bien.

Ahora, Oñate avanzaba al paso poniendo mucha atención en los sonidos del entorno. O en la consciencia de su falta. En la ausencia de ruido. Tenía a Yunque ladrando alegre y despreocupado, tenía la respiración pausada de Platero y el murmullo que produce un hombre al cabalgar: las cinchas y las correas crujen y entrechocan las unas con las otras, la vaina de la espada golpea contra el flanco de la montura e, incluso, las espuelas tintinean suavemente cuando el jinete acompasa su cuerpo con el del paso.

Poco a poco, de la forma imperceptible que aquí parecían suceder las cosas, la hierba fue volviéndose más y más alta. Una hierba verde y pulposa que parecía encantar al caballo. Oñate permitió que el animal se detuviera varias veces para que se apacantara a placer. Llevaba más de una hora de ventaja a la columna, de manera que tiempo, precisamente tiempo, era lo que tenía de sobra.

Hacia un buen rato que el sol había alcanzado el cenit y, como impregnado por la calma y parsimonia del lugar, avanzaba sereno hacia el poniente. Oñate escuchó el rumor de un arroyo, después dejó de oírlo y, más tarde, lo percibió de nuevo. Durante mucho rato, eso fue todo lo que sucedió.

Del mismo e imperceptible modo en el que el llano se había cubierto de pasto cada vez más verde y alto, las flores comenzaron a rodearle desde el este y desde el oeste, desde el norte y el sur. Eran flores blancas, blancas y amarillas, del tamaño de una moneda, y pronto se espesaron tanto que ahogaron al pasto. Platero las probó y las juzgó deliciosas. Una luz limpia caía sobre ellos, una luz que encendía una emoción tan concentrada y esencial que Oñate pensó que aquel día bien podría ser uno de los días más felices de su vida.

Ser dichoso en una soledad perpetua rodeado de una belleza tan exuberante que abotargaba los sentidos. O que los despejaba, según como se mire. El adelantado tuvo, entonces, una intuición. Supo que acababa de convertirse en un hombre ungido por un propósito único. No el de conquista, que también, sino el de reconocimiento de lo inaudito, de lo extraordinario, de lo extraño. ¿De cuántos hombres podría decirse que han contemplado, por primera vez y antes que nadie, un prodigio que ya nunca más volvería a ser virgen e inmaculado? De muy pocos. De un puñado. Por ello, mientras atravesaba aquel inmenso prado arrebatado por flores y flores y más flores, cerró los ojos y aspiró el perfume que se condensa en los instantes inimaginables. Cerró los ojos, permitió que Platero continuara avanzando y, al rato, los abrió.

Y fue entonces cuando los descubrió.

Se trataba de dos niños. O de dos niñas, no podría asegurarlo. Se hallaban a trescientos pasos de distancia del lugar en el que se encontraba Oñate. Estaban desnudos o casi desnudos. El pasto y las flores les llegaban hasta más allá de la cintura, lo cual a los dos niños, que no tendrían más de seis o siete años, parecía darles igual.

Corrían, reían, jugaban. Ni se les pasaba por la cabeza que un hombre blanco montado a lomos de un caballo pudiera estar observándolos desde tan corta distancia. Entre otras cosas, porque serían demasiados asuntos a imaginar: jamás habían visto un hombre blanco, o un caballo, o una armadura, o una espada. Conocían, del mundo, el prado plagado de flores, el cielo, el río y poco más. Su familia. Su casa, su país, el universo completo.

Oñate detuvo la montura y llamó, de un silbido, a Yunque. Observó a los niños mientras el perro se acercaba y comprobó que no le habían oído. Parecían absortos en un juego que les hacía saltar y correr el uno en torno al otro. Su pelo, largo, negro y denso, flotaba en el aire como el polen que dispersa la brisa en verano. Yunque se situó entre las patas de Platero e hizo que relinchara.

Este sonido sí lo escucharon. El adelantado pudo observar claramente cómo uno de los niños se giraba hacia él y lo descubría. El niño se quedó paralizado, como si se hubiera quedado sin habla. Despacio, muy despacio, levantó un brazo hacia él y lo señaló con un dedo extendido. El otro niño siguió la dirección del dedo y su mirada se topó con la de Oñate.

Vieron a un hombre increíblemente grande vestido con un traje refulgente que llevaba algo luminoso sobre la cabeza. Vieron a un hombre con pelo en el rostro. Y lo vieron montado sobre un animal del que jamás habían tenido noticia hasta ese día.

El día más importante de sus vidas.

Oñate tiró levemente de las riendas de Platero e hizo que se girara. Sostuvo, aún, un rato más la mirada a los dos niños y, después, clavó espuelas para abandonar el prado y retroceder hasta el lugar donde se hallaba la columna.

Debía dar la noticia y disponerlo todo. Habían llegado.

Me llamo Juan de Oñate

18 de septiembre de 1601

Estamos a lo que estamos. Por fin.

Desde antes de que amaneciera, la totalidad de la expedición se hallaba en pie y en marcha. La noche anterior, el adelantado, junto a Zaldívar y a los cuatro capitanes, Montesinos, De las Casas, Sosa y Espinosa, había trazado un minucioso plan de avance. Minucioso por lo que de precavido tenía, compréndase. Dejamos atrás las largas y tediosas jornadas de lento avance y lo hacemos porque ya hemos llegado. El adelantado ha descubierto gente. Son ellos.

Es hora, pues, de ir con tiento. Viajar en una gran expedición tiene un montón de aspectos negativos y uno solo positivo: que, cuando llegas a tu destino, la columna actúa como bastión autosuficiente. Según las circunstancias, puedes expandirte y atacar, o bien, replegarte para emprender la defensa.

Di que luego, a la hora de la verdad, todas estas teorías que llevamos rumiando durante meses y meses pueden desbaratarse a la primera de cambio. Al final, el adversario se convierte en la variable imprevisible. Quizás sean tipos tranquilos. Una nación calmosa que se limita a acumular riquezas porque no sabe hacer otra cosa. Esto es un vergel, aquí los frutos se caen maduros de los árboles y los bisontes constituyen una fuente inagotable de alimento. No es un mal sitio para vivir, no... Seguro que de los innumerables arroyos con los que nos vamos encontrando en nuestro avance, el oro brota sin ayuda de nadie. Más que buscarlo, lo recolectan. Por no hablar de las minas de plata. Las habrá a decenas, y tan gordas y puras que ni siquiera les saldrá a cuenta explotarlas todas porque para qué.

Quizás sean tipos tranquilos o..., quizás no. Quizás los indios quiviras sean unos hijos de puta al estilo de los apaches. De esos a los que nosotros dejamos en paz pero ellos no son de la misma opinión. Somos su filón de plata y no están dispuestos a dejarnos sin explotar.

Así que, previendo lo previsible, iremos despacio y con los ojos bien abiertos. Zaldívar apenas había pegado ojo y varias horas antes del alba ya estaba en pie y repartiendo órdenes. Prohibió tajantemente que se encendieran hogueras. Hubo protestas, claro, porque siempre había protestas, pero el sargento mayor se mostró inflexible. Era muy posible que, a estas alturas, los indios quiviras ya hubieran descubierto su posición. Debían contar con esa posibilidad y tenerla muy presente. Sin embargo, no se lo pondrían fácil. A lo mejor eran un poco torpes. A lo mejor no habían dado crédito a lo que les habrían contado los dos niños que vio Oñate. ¿Un tipo con pelo en la cara y luz en el pecho? ¿Encaramado a un animal maravilloso que se comía las flores?

¿Parecido a los que trajeron aquellos blancos que matamos unos cuantos veranos atrás? No os creemos, pero convendría ir y echar un vistazo.

Porque, esto bien lo sabían el adelantado, el sargento mayor y los capitanes, cualquiera con dos dedos de frente habría enviado a alguien para que investigara. ¿Que luego es mentira? Se les da un pescozón al par de críos y asunto resuelto. Pero como sea verdad, deben saberla. Cualquiera está obligado a conocer los peligros que le acechan. Si algo habían aprendido los expedicionarios españoles en más de un siglo de conquistas americanas, es que el indio, aquí y a tres mil leguas de aquí, se comporta de forma más o menos parecida. La cual, dicho sea de paso, es la que nosotros adoptaríamos de hallarnos en su lugar: cuanto menos, recela. Y, de ahí, en adelante: acércate e investiga, organiza tu propia defensa, inicia tú el ataque porque quien da primero da dos veces, etcétera. No estaban descubriendo América. La estaban conquistando.

Sabían que cualquier ataque, de producirse, se centraría en la caballada. Puede que los quiviras no hubieran visto, en su vida, más caballos que los que hasta ellos llevaron Humaña y Leyva, pero serían suficientes. Tú te plantas ante un caballo, lo observas durante un rato y dejas de ser la misma persona para convertirte en otra: en una que ha decidido que el resto de la historia de su nación se ligará de forma tan íntima a esos animales que pronto olvidaremos que no estaban con nosotros desde siempre.

No hay indio americano que no quiera verse a lomos de un caballo. Lo cual tiene sentido, quién sería capaz de afirmar lo contrario, salvo por un pequeño motivo: los caballos nos pertenecen a nosotros y no los traemos hasta aquí para dároslos. Ni a cambio de todas las riquezas de Quivira. Los caballos pertenecen a los españoles, que quede meridianamente claro, y así seguirá siendo durante el resto de la historia. Y si los queréis, venid a por ellos.

Vendrían, desde luego. Era algo que los soldados no se planteaban demasiado en serio, pero sí hombres como el adelantado o Zaldívar. Ellos sabían, porque lo habían contemplado por sí mismos una y mil veces durante sus expediciones de reconocimiento y pacificación en estos tres últimos años, que no hay nada que los indios ansíen más que la caballada española. ¿O ya nos hemos olvidado de la batalla del Pecos? Murieron un buen montón de guerreros a cambio de un puñado de caballos. ¿Diría un español, de hallarse en la piel de ellos, que el saldo resultante había merecido la pena? No, claro que no. ¿Lo diría uno de los apaches que abandonaron, cabalgando, la batalla? Respóndete tú mismo.

Así que la caballada es y sería el primordial objetivo a defender. También los carros, pero sin tanto ahínco. Transportaban víveres y pertrechos, muchos de los cuales les eran más que necesarios, pero no imprescindibles. Nadie en su sano juicio pensaría que los indios se irían a por los cañones, las escopetas o la pólvora. No, pues, afortunadamente, nadie les había explicado para qué servían. Afortunadamente, ojo. Si de algo se cuidaban mucho los españoles en sus expediciones, era de no ofrecer pistas acerca del poder de una buena escopeta en manos de un hombre hábil.

Tras la caballada, avanzaban las mulas y los hombres que no pertenecían a la tropa: los indios mexicanos que se ocupaban de atender la intendencia diaria, los hombres con oficio y, oh, no se nos olvide, los frailes. Oñate les había dicho que engrasaran las espuelas y las espadas, por lo que pudiera suceder en los próximos días. Los franciscanos se persignaron, dijeron que no era necesario, que ellos estaban allí para llevar la fe cristiana y, acto seguido, se fueron a por la grasa. Hoy, en el avance, no les tintineaba ni una sola espuela.

Zaldívar había dividido a la tropa en cuatro grupos, cada uno de ellos al mando de un capitán. Espinosa abría la marcha junto a una veintena de soldados. Porque a la hora de la verdad no te queda más remedio que tomar decisiones, Zaldívar puso a sus mejores hombres en ese grupo. En teoría, si las cosas salían como se esperaba, serían los que se toparían de frente con los quiviras. Por lo tanto, cuando te hayas haciendo el reparto, pones a tus mejores tipos en la vanguardia. Si hay que batirse el cobre, que sean ellos. Por supuesto, tú tampoco eres tonto y sospechas que los salvajes puedan, igualmente, no serlo. Así que quizás estés cometiendo un error al no equilibrar más las dotaciones... Sin embargo, mandar supone decidir y Zaldívar decidía. Lo bueno de meter la pata hasta el fondo en parajes tan alejados de casa es que no quedará nadie para reprochártelo. Es un consuelo estúpido, pero, llegado el caso, ¿quién no se agarra a un clavo ardiendo?

En fin, el resto de los soldados tampoco era manco. Montesinos cubría el flanco derecho y Sosa, el izquierdo. Desplegaban sus hombres en fila de a uno, muy pegados a la caballada y a los carros. Se trataba de envolverlos, de no dejar fisuras, de impedir que alguien se les colara. Los hombres de Sosa eran, a juicio de Zaldívar, algo mejores que los de Montesinos. Puede parecer una tontería, pero si el enemigo te ataca por tu izquierda, debes desenvainar y defenderte cruzando el brazo diestro sobre el cuello de tu montura. No es que sea infinitamente más complicado que hacerlo cuando te atacan por la derecha, pero ahí la libertad de movimientos es tan amplia que hasta un soldado de los del montón sabe apañárselas. Con soltar mandobles al aire puede que hasta sea suficiente. Por experiencia sabían que los indios, sobre todo los indios que no han tenido demasiado contacto con los hombres blancos, no guardan la distancia adecuada que se requiere en un enfrentamiento contra un hombre armado de una espada grande y pesada. No resulta difícil, en tales circunstancias, convertir la bravura desmedida en una cabeza rodando por el suelo. Hasta los frailes, llegado el caso, sabrían hacerlo. La espada española marca las diferencias en todas partes.

De las Casas se ocupaba de la retaguardia. Llevaba, consigo, a quince soldados, y, sinceramente, aquella posición era la que no deseaba nadie. Le guardas el culo a los demás, con todo lo que eso supone. Por si esto no fuera suficiente, te pasas el rato mirando hacia atrás. Y cualquiera puede decir, ¡bueno, no es para tanto! Ya, pero intenta tú volverte a caballo con la armadura puesta. Simplemente, no se puede. Debes obligar al caballo a que se gire él también, que te ayude un poco en tu trabajo, y eso es algo que, quien haya cabalgado alguna vez bien lo sabrá, las monturas odian con todas sus fuerzas. Una cosa es llevarte a lo largo y ancho de la gran Norteamérica. Siempre hacia delante, siempre con el horizonte como único confin. Y otra, bien distinta, que el idiota que te monta te vuelva medio loca tironeándote, cada dos por tres, de las bridas para que te gires y él pueda ver hacia atrás. No.

Con lo uno y con lo otro, se avanzó así durante varias horas. Hacia el mediodía, hallaron el prado donde, el día anterior, el adelantado había descubierto a los niños indios. Zaldívar, en silencio, hizo un gesto a Ayarde y a García para que se adelantaran con la intención de echar un vistazo. Eso hicieron, y, desde atrás, los vieron avanzar con cautela prado adelante. La llanura del paraje era tal que ellos se alejaban y se alejaban y no los perdían de vista.

Al rato, Ayarde giró su caballo y levantó un brazo para comunicar que las cosas estaban en calma.

No hay sensación más angustiosa para un soldado que la de la calma. La de la calma cuando tú estás con todos los resortes de tu cuerpo preparados para saltar. Es, entonces, cuando te da por darle demasiadas vueltas a la cabeza y piensas que el enemigo te está midiendo de cerca. Quiere saber de qué eres capaz, cómo es tu potencial de reacción, cuál es tu temple. Porque un soldado, ante la posibilidad de creer que ahí delante no hay nadie y que ahí delante están todos y listos para despellejarte, siempre opta por lo segundo. En la guerra, como en la vida, piensa mal y acertarás.

—Esto no me gusta nada... —dijo Zaldívar levantando el brazo y devolviendo el gesto a Ayarde. Cabalgaba junto al grupo de vanguardia, con el adelantado, el tenientito, el capitán Espinosa y el resto de sus hombres.

—Demasiada calma —repuso, en un susurro, Espinosa. Daba no sé qué levantar la voz. Eso, en una columna de casi ciento cincuenta hombres y una caballada que no ocupaba el prado sino que lo invadía—. Demasiada calma, joder...

Observaron insectos revoloteando, frente a ellos, al sol. A Oñate se le posó uno en la barba y Oñate no se lo espantó.

—¿Dónde podrían estar? —preguntó Zaldívar.

La hierba, en algunos tramos, era tan alta que alcanzaba las tripas de las monturas. Los bueyes comenzaron a experimentar dificultades para avanzar.

Solo había un sitio donde podían ocultarse. De hecho, era el sitio donde estaban ocultos. No fue, como habían previsto pues era a lo que se encontraban acostumbrados, un ataque por sorpresa. No, aquí, en los grandes llanos, los asuntos se resolvían de otra forma. De una tal que les heló la sangre.

Como respondiendo a una señal que para ellos pasó desapercibida, una fila formada por cientos y cientos de guerreros se levantó de entre las flores y encaró a los españoles. Venían pintados para la guerra y mostraron una hostilidad hasta entonces desconocida para cualquier blanco: limitándose a envolverlos con su larga fila de guerreros, les cerraron el paso en un lugar donde, precisamente, el paso estaba abierto en cualquier dirección.

—Me cago en todo mi destino... —farfulló Zaldívar. Sin mover un músculo, observaba lo que se extendía ante él.

—Son demasiados —dijo Espinosa. Hablaban sin mirarse. Y hablaban, sobre todo, consigo mismos.

—Que nadie haga movimientos bruscos —ordenó el adelantado. Platero dio un paso hacia el frente entre las flores. Yunque, a su lado, ladró una sola vez.

Los indios portaban armas cortas, quizás hachas de filo de piedra o machetes. Puede que también arcos, pero la altura de la hierba dificultaba la visión. En cualquier caso, los mantenían junto al cuerpo, en posición relajada. Como consuelo no daba para mucho, pero algo era algo: si pensaban atacarles, lo harían más tarde. Ahora, sencillamente, los observaban.

Se observaban los unos a los otros, y con curiosidad.

—¿Son apaches? —preguntó De las Casas.

—No —respondió, sucintamente, el adelantado.

—¿Qué son, entonces? —intervino Sosa.

—No tengo ni puta idea. Supongo que quiviras... —silabeó las frases el adelantado.

Ayarde y García, los dos soldados que Zaldívar había enviado en misión de reconocimiento, se encontraban al otro lado de la línea de la infantería india. El sargento mayor, desde su posición,

no podía verlos. Durante dos o tres minutos, no sucedió nada. Silencio absoluto y una tensión de esas que no conviene romper el primero: a ver si por un no saber estarte en tu sitio, lías una bien gorda.

Los frailes comenzaron a musitar algo por lo bajo y Zaldívar se giró hacia ellos y les clavó la mirada. ¿Sabes ese dicho tan tontorrón acerca de que si las miradas matasen? Pues aquí no sería tan tontorrón. Los franciscanos enmudecieron de inmediato. Si rezaban, continuaron haciéndolo en completo silencio, que también se puede. Si habían comenzado a quejarse, cosa nada improbable, juzgaron que postergarían sus lamentaciones.

Hay indios armados frente a nosotros y no tenemos la menor idea de cómo abordar la situación.

Fueron los indios los que primero se movieron. En un lugar de la fila, varios guerreros de aspecto quizás no fiero pero sí realmente inquietante retrocedieron unos cuantos pasos y abrieron un hueco en la línea.

—¿Qué hacen? —musitó Espinosa.

Fue respondido por los acontecimientos. Ayarde y García, a lomos de sus monturas, avanzaron lentamente a través del hueco dejado por los indios y se aproximaron hacia el lugar donde aguardaban los suyos. Jamás estos dos tipos habían tenido tantos pares de ojos pendientes de sus movimientos.

—Informad —dijo Zaldívar cuando los tuvo a su altura—. ¿Qué habéis visto?

—Poca cosa, capitán —explicó García—. Lo que usted ve. Yo diría que son unos trescientos cincuenta o cuatrocientos.

—¿Armas?

—Machetes, hachas, arcos. Lo habitual.

—Van pintados —añadió Ayarde.

Lo sabían, lo habían visto, pero no estaba de más recordarlo. Por su experiencia, sabían que los indios norteamericanos pueden acercársete con los cojones al aire y armados hasta los dientes. Eso siempre resulta invariable y no es relevante a la hora de interpretar las intenciones que traen. Para conocerlas, debes fijarte en si llevan la piel limpia o pintada. Una piel limpia significa que, de salida, sus propósitos no son hostiles. Una piel pintada es que traen la guerra. Parecerá una tontería, pero se agradece tener que vértelas con un enemigo que, al menos en lo que a sus intenciones de matarte se trata, viene de frente. Nosotros, por nuestro lado, también somos transparentes como el agua clara: vayamos como vayamos, no nos fiamos de ellos y los mataremos a todos al primer movimiento en falso.

—¿Adelantado? —preguntó, por fin, Zaldívar. No podían pasarse la tarde mirándose los unos a los otros y el sargento mayor bien lo sabía. Cuando alargas una situación, le das siempre ventaja a aquel que conoce el terreno.

—Despliegue hombres —ordenó, casi sin inmutarse, Oñate.

Zaldívar silbó hacia dentro, inhalando aire en lugar de expelerlo, y los cuatro capitanes se pusieron, de inmediato, a trabajar. Pasarse meses y años en compañía los unos de los otros hacía que no hicieran falta más gestos. Se conocían tan bien que diríase que eran capaces de leerse los pensamientos.

Una fila de treinta y cinco soldados españoles se desplegó al frente de la columna. Se cerraron casi rodilla con rodilla y su objetivo era mostrar las armas y proteger la expedición. No

se disponían a atacar, sino a repeler un ataque enemigo si es que este tenía lugar. Y, antes, a mostrar las cartas: bien, vuestra fila de hombres a pie, aunque nutrida y bien formada, no nos impresiona gran cosa; si venís hacia nosotros, habrá consecuencias.

Los indios podrían ser unos salvajes que vivían en el confín del mundo y que apenas habían tenido contacto con hombres blancos, pero parecieron comprender perfectamente lo que se les estaba explicando. Al final, el lenguaje de la guerra es universal y no precisa de intérpretes.

Eran unos cabrones orgullosos, qué duda cabe. Desnudos como estaban y sosteniendo unas armas de pacotilla, avanzaron unos quince o veinte pasos hacia los españoles cerrando más y más la línea sobre ellos.

—Que desenvainen —ordenó el adelantado.

Zaldívar volvió a silbar hacia dentro. En ese instante, aquel fue el único sonido en el prado. Una brisa apenas perceptible mecía suavemente las flores y, sin rastro de nubes en el cielo, el sol caía a plomo sobre ellos.

Setenta hombres desenvainaron al mismo tiempo y levantaron las espadas frente a sí. Salvo los muchachos que se ocupaban del ganado, no había un solo español que no estuviera montado. En la mirada de más de un fraile no había miedo ni pánico, sino un sentimiento que los aúna, los supera y para el cual no tenemos nombre. Adviene cuando ya ni siquiera puedes mearte encima. Te has paralizado, todo lo que eres, piensas o pretendes, ha quedado en completo suspenso.

—Vamos —dijo el adelantado.

Los capitanes apretaron los muslos en torno a los flancos de los caballos y los pusieron al paso. Tras ellos, en formación cerrada, los treinta y cinco soldados que se hallaban en vanguardia avanzaron hacia delante. Siempre sin prisa, siempre sin hacer ruido. Nadie quería desencadenar por error lo que nadie quería, de ninguna manera, desencadenar. Responderían, pero no propondrían.

Cuando la formación estuvo hecha, el adelantado tiró de las riendas, puso a andar a su caballo y avanzó entre sus hombres. Una vez allí, observó a los salvajes. No, no se parecían en nada a los apaches. Estos eran más altos, con la piel algo menos tostada y el cráneo completamente afeitado. Las pinturas, ocre, marrones y amarillas, comenzaban en sus rostros, descendían hacia el pecho y, desde ahí, hasta los brazos y los muslos. Se habían preparado a conciencia, lo cual significaba, primero, que habían dado crédito a lo narrado el día anterior por los dos niños que lo descubrieron y, segundo, que este no era su primer contacto con los españoles. Nadie se prepara tan meticulosamente para la guerra si no sabe, de antemano, de qué es capaz su contendiente.

Bien, el jefe, debía buscar y hallar al jefe. Todos los ejércitos, incluso los de los salvajes norteamericanos, disponen de una jerarquía. De hecho, sobre todo los de los salvajes norteamericanos. Oñate le había dado unas cuantas vueltas al asunto y había llegado a la conclusión de que los indios bravos confiaban más en la cadena de mando que los propios españoles. Al menos a ellos, que él supiera, no les desertaba la tropa en cuanto las cosas se ponían un poquito feas. A Oñate, más de un cabrón y de dos le habían puesto tierra de por medio al percatarse de que las posibilidades reales de pasar a criar malvas eran mayores de las esperadas.

Ante la duda, al grano. Oñate detuvo el caballo muy cerca de la fila india, soltó las riendas y separó los brazos del cuerpo. Su mirada saltaba de indio en indio e intentaba advertir las

diferencias entre unos y otros. Todo jefe porta galones y la clave reside en distinguirlos.

Por fin, se fijó en un tipo. Debía de tener unos treinta y tantos años y así, como muchos otros, un machete con el filo de piedra. Tenía los ojos en forma de avellana y sus pinturas habían sido trazadas con mayor esmero que las del resto. Además, en lugar de haberse afeitado por completo el pelo de la cabeza, lucía un pequeño mechón en la parte alta del cráneo que había adornado con unas cuantas plumas rojas.

—Me llamo Juan de Oñate —le dijo, mirándole directamente al rostro. Separaba mucho los brazos del cuerpo en una postura, esperaba, que el salvaje supiera interpretar. Vale, tengo a setenta tíos con las armas desenvainadas a mis espaldas y vive Dios que saltarán sobre vosotros si realizas un solo movimiento sospechoso, pero, en fin..., venimos en son de paz.

El salvaje lo miró y Oñate distinguió, en su mirada, orgullo y cierta jactancia. No, no son una nación mansa, hasta ahí ya lo hemos entendido.

—Oñate —repitió el adelantado señalándose a sí mismo.

El indio, entonces, dijo algo. Pronunció una palabra y dio un paso hacia el adelantado. Su actitud no era hostil pero tampoco sumisa. Parecía reconocer a su interlocutor y se presentaba a él.

—¿Qué ha dicho? —preguntó, en un susurro, Zaldívar. Él, junto al resto de hombres, se situaba unos veinticinco pasos por detrás del adelantado. Cerca pero, al tiempo, alejados.

—Su nombre, creo —le respondió Espinosa.

—Joder, ya sé que le ha pronunciado su nombre —rezongó el sargento mayor—. Pregunto qué cojones ha dicho. No lo he entendido.

Se tomaron unos segundos para responder. Como si lo estuvieran cavilando. Ahí, montados en sus caballos, con las espadas desenvainadas, en pleno prado floreado y con cuatrocientos hijoputas a tiro de escopeta.

—Para mí que ha dicho Gregorio —dijo, por fin, Ayarde. Tras su regreso, García y él se habían quedado junto a los capitanes y allí permanecían.

—¿Gregorio? ¿Qué puto nombre es ese para un indio quivira? —farfulló Zaldívar.

—Yo qué cojones sé, capitán... A mí es lo que me ha parecido. No sé, no oigo bien del oído derecho, ¿sabe usted? Desde aquella vez que estuvimos disparando el cañón unas cincuenta leguas al norte de San Gabriel y...

—Ayarde.

—¿Capitán?

—Cállate de una puta vez.

—Sí, capitán.

Volvió a hacerse el silencio durante un par de minutos más. Oñate continuaba a caballo con los brazos separados del cuerpo y el tal Gregorio no parecía hombre de muchas más palabras. Tuvo, por lo tanto, que ser el adelantado quien rompiera el impás. Al final, nos venimos hasta aquí para que, como siempre, seamos nosotros los que tengamos que llevar la iniciativa. Como siempre.

—Paz —dijo Oñate—. Traemos paz.

Gregorio lo miró sin mover un músculo del rostro. Oñate había tratado a los suficientes jefes indios como para no dejarse impresionar por un juego de miradas. Sí, sabemos que sois grandes y orgullosos, que vuestra nación es la más fuerte de todas, que vuestros antepasados fueron protagonistas de gestas que todavía recordáis por las noches al calor de las hogueras, bla, bla,

bla. Muy bien, nos parece perfecto. Nosotros somos españoles y, aunque aquí no parezcamos gran cosa, más al sur hemos montado la de Dios es Cristo. Deberíais ir un día y verlo con vuestros propios ojos. A lo mejor, entonces, se os borraba de la cara ese rictus tan cargante.

—No parece que le entienda —dijo, desde atrás, De las Casas.

—No, no lo parece —repuso Zaldívar.

En ese momento, el adelantado bajó los brazos, asió las riendas e hizo que su caballo se girara.

—Que venga Jusepe —ordenó.

Al pobre Jusepe Gutiérrez, cuando escuchó su nombre en boca del adelantado, casi se le para el corazón. ¿Él? ¿Qué necesitaba Oñate de él? Su trabajo allí se limitaba a servir de guía. Prometió que los llevaría hasta Quivira y ya había cumplido. Ahora, que lo dejaran tranquilo. Aquello ya no era asunto suyo.

Por descontado que nada de eso sucedería jamás.

—¿Acaso no has escuchado al adelantado? —le dijo, usando un tono bronco, uno de los soldados que se encontraba más cerca de él—. ¡Vamos, hostias, que te está esperando!

Jusepe se encomendó a los dioses mexicanos y a los cristianos, y puso su caballo al paso. Se apartaban de él para dejarle pasar como si fuera el mismísimo rey de España.

Cometió un error. Una tontería, en realidad. Nada del otro mundo, pero que le heló el alma. Por si no estuviera ya lo suficientemente aterrorizado... Al pasar con su caballo junto al de Zaldívar, este le clavó una mirada de esas que parece que no dicen nada pero que lo dicen todo. Cualquier observador no demasiado atento habría afirmado que lo miró y poco más. Cualquier observador de los que saben ver más allá de lo obvio atestiguaría la pura verdad: que Zaldívar le hizo saber, de una forma tan palmaria que Jusepe la juzgó escrita con tinta en el aire, que si la cagaba, la cagaba la expedición entera, sí, pero él el primero. La piedad que tenemos con los que lo dan todo y, a pesar de hacerlo, yerran no se la guardamos a los que no han puesto toda la carne en el asador. Jusepe, muchacho, llevamos mucha carne puesta, de manera que ahora haz tu parte. Y hazla como Dios manda.

—Acércate —dijo el adelantado volviéndose. Platero, magnífico animal, relinchó y algunos soldados creyeron advertir un levísimo gesto de codicia en los rostros, por otro lado sempiternamente impasibles, de los salvajes—. Mira, resulta que no consigo hacerme entender con estos tíos. ¿Qué tal si pruebas tú?

Jusepe Gutiérrez sudaba a chorros. Porque hacía un calor de los de derretirte vivo, sí, pero, sobre todo, porque tenía el alma en vilo y al desasosiego atravesándole el espinazo.

—No sé yo si podré hacerlo, adelantado...

Los indios lo miraban como quien ha descubierto un pájaro en la rama de un árbol y delibera acerca de qué hacer con él: continuar con la observación, pues bello es, o matarlo para comérselo, pues sabroso parece.

—No me jodas, Jusepe. Tú eres indio, ¿verdad? —preguntó el adelantado. Sin levantar la voz, sin otorgar inflexión alguna a sus palabras. El tono que usarías en una tasca de Zacatecas tras una larga jornada de trabajo en las minas. Hemos hallado hoy una buena veta. Nos hará ricos. Más ricos de lo que ya somos. La vida nos sonrío. ¿Te sonrío a ti, Jusepe? Finge que sí, por el amor de Dios, finge que sí, porque tenemos a cuatrocientos hijos de la gran puta con los ojos puestos en nosotros.

—Soy mexicano, adelantado —respondió, casi en un susurro, Jusepe Gutiérrez.

Oñate sabía de sobra que lo era. Pero también que había cabalgado, antes que ninguno de ellos, por el territorio que ahora pisaban. Si alguien podía entenderse con los salvajes que se desplegaban ante sí, ese era Jusepe. Constituía el plan A y no tenían plan B.

—Venga, haz un esfuerzo, hostias. Diles que venimos en son de paz.

—Pero tenemos todas las espadas desenvainadas y...

—Gilipolleces. Tú díselo.

La suerte es esquivia y, mientras en ocasiones sonrío a los audaces, otras veces lo hace con los imbéciles. O premia a quien la ansía o a quien no lo merece. La suerte, en suma, va por libre y sólo del azar depende que te caiga encima cuando más lo necesitas. Ni siquiera existe, a diferencia de lo que muchos hombres creen, una balanza que equilibra las desventuras pasadas con la fortuna presente. Es más sencillo que todo eso y podría resumirse así: o te toca, o no te toca. Y tú te apañas con lo que hay.

A Jusepe Gutiérrez, esta vez, le tocó. Él lo achacaría, más tarde, a los años de privaciones, a las desgracias que tanto se habían cebado con él, a esto y a lo otro. Lo dicho, la explicación del presente siempre se realiza rememorando el pasado. Curiosamente, nadie opta por enfocar el futuro. A nadie le da por pensar que el actual golpe de buena suerte no solo no es una consecuencia de lo que antaño te sucedió, sino que, en realidad, te hallas ante un cobro a cuenta por lo que habrá de acaecerte. Dicho de otro modo: que en adelante y gracias a esto, todo irá a peor para ti.

Los indios que se desplegaban ante la expedición española, que la habían rodeado y que aguardaban acontecimientos, estaban en guerra con otros indios de la Norteamérica. Esto no supone ni un secreto ni un descubrimiento, pues no existe nación india en este santo continente que no aborrezca a muerte a todos sus vecinos. Los cuales, por supuesto, albergan idénticos sentimientos hacia los primeros. Todos odian a todos y a todos les encantaría que los dioses se hicieran carne, sangre y huesos para acompañarlos en la batalla definitiva. Al final, ¿quién no necesita un poco de ayuda, y si es sobrenatural, mejor? Oñate, desde luego, lo sabía. Y tuvo ocasión de comprobar, antes de ni siquiera saber si estaba ante quiviras o ante vete tú a saber quiénes, que aquellos cabrones se hallaban en guerra con muchos y que, entre ellos, se encontraban, cómo no, los apaches.

Unos apaches a los que se guerreaba con desigual resultado. En realidad, o eso le parecería a Oñate más tarde cuando tuvo tiempo de analizar con detenimiento la situación, aquella lucha carecía de sentido. El territorio de los apaches se situaba bastante más al sur. Ellos mismos, los españoles, en su derrota hacia este lugar, no habían visto un solo apache ni sabían ya desde cuánto tiempo atrás. Por otro lado, a estos indios, fueran quienes fuesen, la vida parecía sonreírles. Se los veía sanos, altos, fornidos. ¿A santo de qué, pues, salir a partirse la cara con unos tipos que vivían muchísimas leguas al sur? A saber. Puede, porque habiendo apaches de por medio cualquier cosa es posible, que hubieran sido los propios apaches los que, en una absurda incursión hacia el norte, se hubieran internado en territorio quivira con la intención de ver qué tal. En la distancia puede parecernos una justificación un tanto estúpida, pero recordemos que los españoles hacían exactamente lo mismo: internarse y ver qué tal.

De momento, regular.

Bien, pues, ¿para qué quieres enemigos si no es para lucirlos? Los indios que se desplegaban ante ellos disponían de un pequeño contingente de apaches mescaleros y lo llevaban consigo, que para eso son nuestros prisioneros y el enemigo. Y ahí estaban, en la fila, pintados para la guerra y defendiendo la causa de los tíos que los tenían presos. ¿Podrían escapar? Sin la menor duda. Estaban armados y huir era tan sencillo como ponerse a correr y no volver jamás la mirada hacia atrás. Pero ¿con qué cara regresas tú a casa diciendo que te has escapado? ¿Acaso no hay comportamiento más innoble que huir como si fueras un maldito coyote? Por supuesto que no. Un apache hecho y derecho jamás huye. Se queda junto a sus captores y aguarda el momento de que sus respectivas bandas acuerden un intercambio de prisioneros. Nosotros tenemos a cuatro, vosotros a tres, pero uno de los nuestros es manco y le falta un ojo, así que trato hecho. Honor y reparación. Cada uno a su casa y aquí paz y después, gloria.

Un proceder incomprensible para los españoles, que escapaban no ya de los enemigos que los pudieran haber capturado en el curso de una refriega, sino de su propia gente. Si a algo había dedicado tiempo Zaldívar en los últimos tres años, era a seguir el rastro de desertores que, un buen día, decidían subirse a un caballo y largarse con lo puesto.

En resumen, que los indios tenían a cuatro mescaleros presos y que los habían llevado al encuentro de la expedición española. Armados, pintados y listos para batirse el cobre si se hacía necesario. Porque aquí, el prisionero es prisionero, pero también un guerrero y un hombre de honor obligado a mantener alta la dignidad de su estirpe. Se supone que, por el otro lado, los miembros de esta banda que hayan sido hechos cautivos de los apaches se encontrarán realizando lo propio y, tras el futuro intercambio de rehenes, en dos, tres o diez años, el orgullo de haber mantenido el tipo hasta las últimas consecuencias superará, con creces, cualquier penalidad sufrida.

Oh, y la suerte. La suerte que a Jusepe Gutiérrez, esta vez sí, le sonrió. Como era de esperar, la lengua de los indios que se desplegaban ante él le resultaba tan incomprensible como las de las decenas y decenas de naciones salvajes que se extienden a lo largo y ancho de Norteamérica. Pero, y he aquí la chispa y el crespón, Jusepe, debido a aquellos trece largos meses que pasó entre los apaches, sí que chapurreaba su lengua. No como para dar sermones, pero lo suficiente para entenderse. ¿Que venís en son de qué? De paz, cojones, de paz.

Cuando el adelantado le había ordenado que se dirigiera a los indios, Jusepe Gutiérrez lo hizo en los tres idiomas que conocía: el náhuatl, su lengua materna; el español, que había aprendido durante su juventud; y el apache mescalero. Para decir que somos pacíficos y que no matarnos los unos a los otros quizás sea una buena idea, no hace falta saber latín.

Con el náhuatl no hubo suerte y con el español, como Oñate ya había comprobado, tampoco. Pero algo sucedió cuando Jusepe habló en jerga apache. Un hombre situado en uno de los extremos de la fila dio un paso al frente y dijo algo que ningún español, Jusepe incluido, pudo comprender. No así los indios, que lo entendieron a la perfección. En ese momento, los acontecimientos se sucedieron con bastante rapidez. El hombre fue llamado al centro del prado, el jefe Gregorio intercambió unas cuantas frases con él y, por fin, el indio que había entendido a Jusepe se volvió hacia este y le puso al corriente de la situación.

—¿Qué pasa? —preguntó, contenido, Oñate. Seguía sin levantar la voz.

—Ese hombre es un prisionero —explicó Jusepe Gutiérrez.

—¿Quién? ¿El que ha venido caminando?

—El mismo. Es apache. Lo tienen preso desde hace un par de inviernos. No he comprendido los detalles, pero he dicho que sí.

El adelantado reflexionó un poco la réplica.

—Sí, tú vete diciéndoles que sí a todo —dijo—. Y añade que no queremos hacerles la guerra.

—Ya se lo he dicho, adelantado.

—¿Y qué responden?

El apache hablaba ahora con el jefe Gregorio, el cual escuchaba atentamente.

—De momento, nada. Creo que está traduciendo mis palabras.

Durante un par de minutos, en el prado solo se escuchaba la cháchara del apache. El jefe Gregorio asentía y el resto se impacientaba.

Zaldívar se acercó, muy despacio, hacia el lugar donde se hallaban Jusepe Gutiérrez y el adelantado.

—¿Qué? —preguntó.

—Ese tío traduce, al parecer —respondió Oñate.

—Un poco largo, ¿no?

—Eso mismo pienso yo.

—¿Qué ordena, adelantado?

—De momento, aguardamos. Quizás la jerga de estos tíos sea de palabra larga.

—Me da mala espina.

—Calma, Vicente, calma...

—Ahora mismo, nuestra colocación no es mala.

—No vamos a atacar, Vicente. Y no creo que ellos vayan a hacerlo. Si tuvieran intención de darnos por culo, ya lo habrían hecho. Oportunidades no les han faltado.

—Razón tiene, adelantado.

Cuando por fin el jefe Gregorio se dio por enterado de las intenciones que traían los españoles, asintió y, con cierto empaque, se acercó a Oñate y le mostró las palmas de sus manos. Mientras lo hacía, comenzó a hablar y hablar, hasta que pareció caer en la cuenta de que así no iban a ninguna parte. Entonces, repitió parte de lo dicho al apache, el cual se lo tradujo a Jusepe.

—Dicen que somos bienvenidos si deponemos nuestras armas y prometemos no usarlas con ellos.

Algunos soldados tosieron nerviosamente, como cuando te cuentan un chiste verde, estás en presencia de señoras y, por decoro, debes evitar reírte. Pero es que el chiste es realmente bueno.

—Que envainen —ordenó el adelantado.

—¿Está seguro? —buscó la confirmación de la orden Zaldívar.

—Sí, joder, sí... —aseveró, tranquilo, Oñate—. ¿No han dicho que somos bienvenidos? Pues ya está, a eso nos atenemos de momento. Advierta de que nadie baje la guardia y de que todos estén con los ojos bien abiertos, pero nos las envainamos.

—A la orden, adelantado —repuso Zaldívar. Y dirigiéndose a la tropa, alzó un poco la voz y ordenó—: Despacio y sin movimientos bruscos. Envainad.

Los setenta soldados, al unísono, empujaron los filos de sus espadas dentro de las vainas y permanecieron expectantes.

Oñate tamborileó con los dedos de su mano izquierda en la coraza y llamó, de un silbido, a Yunque. El mastín surgió desde atrás y saltó junto al caballo del adelantado. Algunos indios dieron un minúsculo e imperceptible paso atrás. Aquellos guerreros que no parecían temer a nada ni a nadie sentían cierto reparo ante la presencia del perro.

—¡Chico! —exclamó el adelantado extendiendo un brazo y aguardando a que, de un salto, Yunque le lamiera los dedos.

* * *

Decidieron, al menos por el momento, no dar un paso más. El adelantado ni siquiera tuvo que repartir las órdenes: Zaldívar y los capitanes sabían qué debían hacer y lo hicieron. De hecho, podría decirse que tenían ganas de hacerlo. De moverse y de sentir que la sangre te corre por las venas. Porque la situación era esta: los indios con los que se habían topado se mostraban pacíficos, lo cual no era lo mismo que amistosos. Un tío puede estar silbando tranquilamente mientras te la guarda. Oñate, sin ir más lejos, pertenecía a esa clase de hombre. En los suyos, confiaba, pero porque en alguien debes confiar en esta vida si no quieres verte muerto. Es decir, que sí aunque no. Salvo con Zaldívar, por supuesto. En el sargento mayor, el adelantado confiaba plenamente. Pero es que Zaldívar era de la familia y eso, quieras o no, te da acceso a otro nivel. Eres más que de los míos. Eres yo y lo mío será tuyo algún día.

La ausencia de belicosidad, por otro lado, resultaba inquietante. Que no te ataquen, de algún modo, jode. Jode porque consigue que tú, que has ido dispuesto a emprenderla a espada con el primero que se te presente, debes rebajar tus expectativas y calmarte. Calmarte sin bajar la guardia. Calmarte sin calmarte. ¿Puede existir algo más desquiciante? Los capitanes habían sido explícitos a la hora de dar órdenes a los soldados: que ni Dios se fie un pelo de esta gente; a la mínima sospecha, dad la alerta general y desenvainamos de inmediato. Que de una alerta mal dada se sale con explicaciones, pero de un ataque a traición y por sorpresa, no. Ojo.

Había prado en todas direcciones y hasta donde alcanzaba la vista, de manera que se quedaron en el sitio donde estaban. Se guiaban por la prudencia y cada paso que en adelante dieran estaría fielmente gobernado por ella. No cometerían errores. Ni uno.

A corto plazo, es decir, en lo que restaba de jornada, los objetivos que el adelantado se marcó eran dos: averiguar quiénes eran los salvajes que tenían junto a ellos y, más importante, si cabe, descubrir dónde guardaban las riquezas. Porque pobres no se les veía. De acuerdo, puede que no llevaran escudos forjados en oro ni corazas con engastamientos preciosos, pero estaban sanos y fuertes, lo cual significaba que a aquella gente le iba bien. Oñate había conocido las suficientes naciones indígenas norteamericanas como para saber que existe una relación directa entre el aspecto físico y la riqueza de la nación. O, dicho de otro modo: si a los miembros de la banda puedes contarles las costillas, pasa de largo porque allí no hay nada que rascar.

Aquí había, y mucho.

No resulta sencillo planear el establecimiento de un campamento con cuatrocientos desconocidos mirándote cómo lo haces. Unos tíos de los que no sabes nada, de los que no te fías, de los que quieres estar cerca y quieres no estarlo. No resulta sencillo ni apartarte tres pasos para orinar.

Lo importante, lo tuvieron clarísimo desde el principio, era proteger la caballada. A los carros les habían echado unos lienzos por encima y a los indios no parecían interesarles. Tenían cajas de madera cerradas con pólvora y balas en su interior, pero muy probablemente los indios, en caso de haber probado a enseñárselas, no habrían sabido por dónde empezar. Con los cañones, otro tanto. Ni sabían para qué servían, ni eran capaces de concebir su poder. En cuanto a los víveres que portaban... En fin, ellos mismos estaban, si no gordos, sí con una capa de grasa suficiente en torno al esqueleto como para comprender que un trozo de carne en salazón no les supondría un antes y un después.

Pero la caballada... La caballada era otra cosa. Los capitanes pronto descubrieron las miradas que los indios le dedicaban. Les gustaban los caballos. O no, esa no es la palabra... Los admiraban, se asombraban ante cada uno de sus movimientos; de un modo un tanto pueril, los codiciaban. Pero no los ansiaban. Los ansiarían en el futuro, aunque, sin embargo, ese día todavía no había llegado. Porque, los españoles lo sabían y jugaban con esa ventaja, la atracción del indio norteamericano hacia el caballo español es siempre e invariablemente la misma. Pero el proceso que lleva a, como ya hacían los apaches, ofrecerte muertos a cambio de caballos no surge de la noche a la mañana. Al principio, se conforman con admirarlos, con estar cerca de ellos, con oírlos resoplar. Dan un paso atrás y se ríen nerviosamente cuando un caballo, de improviso, mueve la cola y suelta una fenomenal cagada. Si los españoles advierten eso, respiran tranquilos. Aún deberán transcurrir unos cuantos años, quizás una década o dos, para que estos tíos aten cabos y comprendan que ellos también pueden ser dueños de esos magníficos animales. Si los blancos tienen caballos y ni siquiera son de aquí, ¿quién dice que nosotros no podamos poseer un par de ejemplares? O diez, o cien, o mil.

Zaldívar, que sabía todo eso pero que tampoco era tonto, puso a veinte hombres armados a defender la caballada. De setenta, veinte. Hubo un fraile que se quejó y la queja llegó a oídos del capitán Montesinos. ¿Que dice usted, hermano, que el adelantado les había prometido protección y que, a su juicio, no se la estamos ofreciendo? El fraile comenzó a farfullar algo pero los propios franciscanos lo mandaron callar. Dijeron que había sido un arranque algo bobo producto de la tensión. Pidieron excusas y aseguraron que el comportamiento del adelantado les estaba pareciendo, hasta el momento presente, impecable. Eso sí, rogaban que se tuviera en cuenta que esos cuatrocientos salvajes estaban sin bautizar. Se hacían cargo de que estas cosas hay que ir viéndolas poco a poco y que lo primero es antes, pero tarde o temprano habría que ir dando bautismo a todas estas almas perdidas, ¿no? El capitán Montesinos asintió sin añadir una sola palabra más. Como si no tuviera suficientes cosas en las que pensar.

Quien no paró fue, por razones obvias, Jusepe Gutiérrez. El adelantado le ordenó que no se separara del apache y ahí lo tuvo, durante horas, intentando averiguar, entre todos, con qué cartas jugaban los indios y qué mano les había tocado a ellos, a los españoles, en el reparto.

Desde un principio, quedó claro que, como habían sospechado, el jefe de la banda era Gregorio. A su vez, Gregorio se rodeaba de un grupo no demasiado numeroso de guerreros a los que los españoles fueron dando nombre según les parecía. En un principio, prestaban escrupulosa atención a las explicaciones que los indios les ofrecían, y de ahí surgieron nombres como Antonio, Casco, Lute o Bernardo. Los indios se señalaban a sí mismos, pronunciaban algo y los españoles asentían rápidamente. Ni una sola vez adujeron que no habían comprendido lo dicho, ni solicitaron al sujeto en cuestión que si era tan amable de repetirlo. ¿Acaso Bernardo no es un buen nombre

para un tipo que vive en los grandes llanos de Norteamérica? Tenemos a un colono que se llama así en San Gabriel y es la más bella persona que te puedas echar a la cara. Cuando se pasa con el mezcal le da por sobar a mujeres que no son la suya, lo cual lo mete en no pocos problemas, pero sobrio es un hombre de los pies a la cabeza que jamás ha faltado a sus deberes en los tres años que llevamos viviendo allá.

Sin embargo, la conversación fluía con lentitud. Jusepe tenía que traducir todo lo que decían al apache y, después, el apache hacía lo propio con los indios de Gregorio. El cual, para más inri, se tomaba las cosas con cierto cuajo, lo que impacientaba un tanto a los españoles.

—¿Dónde crees que tienen estos tíos guardado el oro? —soltó, en una ocasión, el capitán De las Casas. En un aparte, se habían reunido el adelantado, el sargento mayor, los cuatro capitanes y Jusepe Gutiérrez con los que mandaban de entre los salvajes. Llevaban ya más de media hora hablando y apenas habían sacado tres cosas en claro: que eran la mejor nación del mundo, que sus mujeres eran las más hermosas y que todos ellos eran capaces de atravesarle un ojo a un águila en pleno vuelo a un millón de leguas sobre el suelo.

—¿Traduzco eso, capitán? —preguntó, en serio, Jusepe Gutiérrez.

—¿Tú eres tonto o qué te pasa? —le reprendió De las Casas.

Jusepe estaba agotado. Sabía de lo relevante del papel que le había caído en suerte e intentaba hacerlo lo mejor posible, pero se sentía, a estas alturas, exhausto.

—Lo siento, capitán. Es que... ¿Podría beber un poco de agua?

—Nada de agua. Aguántate la sed, que no queremos parecer débiles ante estos tipos.

—De acuerdo, capitán.

A partir de ahí, dejaron de prestar atención a los indios que se presentaban a sí mismos y comenzaron a ponerles nombres a partir de alguna característica física, real o imaginada. Uno, al que el resto le sacaba la cabeza, se llamó El Pequeño. Otro, Fernando Tranquilo. Un tercero, Monedero. Sobre este en particular, los hombres debatieron durante un buen rato en torno a una pequeña bolsa que colgaba de su cinturón de cuero. Al final, más por deseo que por certeza, convinieron en que la llevaba llena de monedas de oro. Así que se quedó con ese apelativo. Cuando, tiempo más tarde, lo mataron, todos, sin excepción, recordaron su nombre y el momento en el que se lo adjudicaron.

—¿Qué dice ahora, Jusepe? —preguntó Zaldívar. Se habían dado cuenta de que no ganaban nada con manifestaciones de este tipo, pero se les estaba haciendo de noche y no terminaban de averiguar información relevante para ellos.

—Me cuenta que su gente está como a unas cinco leguas de aquí —respondió Jusepe.

—¿Cómo saben estos cabrones contar en leguas?

—El apache me dice que su campamento se halla a medio día de camino a pie. ¿Eso no son cinco leguas?

—Sí, puede. Depende del paso al que caminen estos tíos.

—Me dice que mañana podemos acompañarles hasta allí.

—¿Hasta Quivira?

—Le he preguntado por ello, capitán, pero me da largas al respecto. Si me lo permite, yo creo que estos indios no son quiviras.

—No me jodas...

—Yo vi a los quiviras con mis propios ojos, capitán. Y no se parecen demasiado a estos indios. Además, me he referido expresamente a Quivira y no han respondido. Pienso que no saben de qué les hablamos o que, si lo saben, no nos lo quieren contar.

—Eso mismo pienso yo —terció el capitán Sosa en la conversación—. Si yo fuera tan rico como ellos, tampoco lo iría pregonando por ahí.

—No sé qué decirle, capitán... —dijo Jusepe, que, de cuando en cuando, observaba al apache para ver si tenía algo que comunicarle—. No me da la sensación de que nos estén mintiendo...

—Hostias, Jusepe, ¿tú del lado de quién estás? —intervino De las Casas. Los españoles, seguros de que los indios no comprendían una sola de sus palabras, decían abiertamente lo que pensaban, pero cuidándose muy mucho de que sus gestos los delataran. Sonreían más de lo que habían sonreído en los seis meses anteriores—. Estate atento, que estos malparidos nos la intentarán colar en cuanto nos descuidemos. Putos indios...

—Lo que usted diga, capitán.

—No atosigue al muchacho —intervino Oñate. Jusepe Gutiérrez tenía treinta y cinco años, siete más que el sargento mayor, pero, aun así, al adelantado le solía dar, de cuando en cuando, por tratar con paternalismo a los hombres que sabía en desventaja pero con los cuales simpatizaba. Al modo al que el adelantado simpatizaba con sus semejantes, por supuesto—. Está haciendo su trabajo lo mejor que puede.

—En eso tiene usted toda la razón —repuso rápidamente De las Casas. En situaciones como la actual, el procedimiento habitual a seguir entre los españoles era el siguiente: yo te digo que sí a todo y agacho la cabeza casi hasta la genuflexión, pero esta te la guardo; De las Casas se la guardó.

—Y si no son quiviras, ¿quiénes cojones son? —preguntó Oñate—. Anda, Jusepe, haz el favor de preguntárselo, que me está empezando a doler la cabeza con tanta cháchara.

—A la orden, adelantado.

Jusepe Gutiérrez buscó la mirada del apache y transmitió, en una sola frase, la pregunta formulada por Oñate. El apache ni siquiera se molestó en traducírsela al jefe Gregorio y respondió directamente.

—Escanjaque —dijo.

Jusepe Gutiérrez miró al adelantado.

—¿Escanjaques? —se sorprendió este.

—Eso ha dicho, adelantado —dijo Jusepe.

—Escanjaque —repitió el apache, afirmando con la cabeza, no fuera a ser que el blanco barbudo fuera retrasado y hubiera que repetirle las cosas.

—¿Quiénes hostias son los escanjaques? —preguntó el adelantado. Y, volviéndose hacia sus hombres, añadió—: ¿Alguno de vosotros había oído hablar alguna vez de la nación escanjaque?

Todos se apresuraron a responder que no.

Oñate se mordió el labio inferior, se mantuvo en silencio durante un instante y, después, le dijo a Jusepe:

—Estamos en Quivira, ¿verdad?

—Se lo juro por mi madre, adelantado.

—De acuerdo... Entonces, tendremos que ver adónde nos conducen estos hijoputas. El oro tardará un poco en llegar, al parecer...

Temblad ante los mansos porque serán ellos quienes os partan en dos

19 de septiembre de 1601

Pasaron la noche completa con los escanjaques acampados a un tiro de escopeta. Lo cual puede sonar bien, pero no: si les atacaban por sorpresa, tendrían, en el mejor de los casos, setenta disparos preparados. Para cuatrocientos guerreros. Y un disparo de escopeta no supone tanta distancia. Están ahí, prácticamente junto a nosotros. No, no fue una buena idea, pero...

No consiguieron convencerles de lo contrario. Sin que Oñate tuviera que ordenarlo, los españoles comenzaron a conducirse con mucha mano izquierda. Salvo que te veas capaz de matarlos a todos, y no se veían, no existen muchos más modos de abordar una situación como esta: mano izquierda y que sea lo que Dios quiera.

Lo cierto es que los escanjaques sí que podrían haberlos matado a ellos y, sin embargo, no lo hicieron. Se limitaron a acampar en el llano, encendieron unas cuantas hogueras, los españoles los vieron charlar animosamente y, por fin, se echaron a dormir.

En el campamento español cualquier precaución era poca. Aseguraron la caballada interponiéndose ellos mismos entre los escanjaques y los animales y apostaron hombres tanto en la vigilancia de unos como de otros. Durmieron poco aquella noche, esa es la verdad... Pero no había otra: parecía que los salvajes no les deseaban mal alguno, pero también parecía que ellos, los españoles, no deseaban mal alguno a los escanjaques. Y sí, si con alguna ventaja contaron siempre los expedicionarios, fue con el hecho de que venían tan resabiados como aprendidos. No te salva la vida si las cosas se tuercen por completo, pero te la va conservando si eres hábil y tú mismo no propicias el desastre. De manera que mano izquierda, mucha mano izquierda.

Por la mañana, todo el mundo, escanjaques y españoles, estaba en pie tras el alba. El adelantado se reunió con Zaldívar y los cuatro capitanes y, en menos de cinco minutos, llegaron a la conclusión de que esta gente no les importaba en absoluto. El objetivo de la expedición era Quivira y los escanjaques, había quedado claro, no pertenecían a ese reino. No obstante, algo les dijo que no resultaría sencillo quitárselos de encima. No, pues, al poco, el jefe Gregorio, acompañado de un nutrido grupo de guerreros y el intérprete apache, se presentó en el campamento español.

—Que venga Jusepe —dijo Oñate mientras se ajustaba la armadura. El escanjaque al que los hombres habían bautizado como Fernando Tranquilo se acercó al adelantado y, sin pudor alguno, puso una mano sobre su coraza y deslizó los dedos a lo largo y ancho de ella.

—Este tío no ha visto una armadura en su vida —sentenció Montesinos.

En ese momento, Fernando Tranquilo cerró el puño y golpeó con los nudillos en la coraza. Pudieron ver su cara de asombro ante el peculiar sonido que obtenía. Ese toc-toc tan característico del buen acero español.

Fernando Tranquilo se volvió hacia los suyos y les dijo algo. Nadie pidió que lo tradujeran. Les daba igual, aunque podría ser algo no muy distinto a esto: oh, estos tipos blancos y barbudos que llegan desde el sur se cubren con una piel que nuestras flechas no podrán atravesar.

—Basta ya —dijo Oñate apartando a Fernando Tranquilo sin demasiados miramientos. Él era de los que pensaban que es bueno que marques tú, antes de que lo hagan los demás, tanto el camino como la cadencia de nuestros actos. De algún modo, os explicamos que venimos en son de paz, pero que ni os vamos a reír siempre las gracias, ni estamos aquí para aguantarlo todo—. Jusepe, díles que ha sido un placer, pero que nos largamos.

Jusepe Gutiérrez habló al prisionero apache, el cual, a su vez, tradujo para los escanjaques. Pareció que les comunicaban que no aceptarían menos de cincuenta doncellas vírgenes antes de partir. El jefe Gregorio contrajo el rostro y se aprestó a decirle algo al apache.

—¿Qué cojones quieren ahora? —preguntó De las Casas.

—Ni puta idea —respondió Sosa.

No tardaron en salir de dudas. En cuanto Jusepe pudo traducir.

—Dicen que no esperaban que nos fuéramos tan pronto —explicó.

—¿Y qué quieren que hagamos? —preguntó retóricamente Zaldívar—. ¿Que nos quedemos hasta Navidad?

—Creo que... —añadió Jusepe haciendo una pausa para buscar las palabras exactas—. Creo que se sienten decepcionados por nuestra pronta partida... Y algo, diría... Algo ofendidos.

Los españoles apretaron los labios durante un instante y, de inmediato, comenzaron a fingir que lo escuchado les traía al paio. Pero no, lo cierto era que no era así, sino todo lo contrario: desairar y ofender a un buen montón de tipos que están armados y a los que la lucha no parece asustarles jamás resulta una buena idea.

Los españoles recogían el campamento y se preparaban para la partida. El jefe Gregorio añadió algo más.

—Pregunta que adónde nos dirigimos —tradujo Jusepe las palabras que le había transmitido el apache.

Oñate cruzó una mirada rápida con Zaldívar y repuso.

—Dile que continuamos hacia el norte.

Durante los dos minutos que fueron necesarios para que los traductores hicieran su trabajo, los españoles prosiguieron con sus cosas. Como si nada. Se ajustaban las correas de las corazas, comprobaban las escopetas, se aseguraban de que las espadas se deslizaran con suavidad dentro de las vainas... El capitán Espinosa se acercó a su caballo para guardar algo en las alforjas y sus espuelas tintinearón. Los escanjaques volvieron la cabeza hacia aquel sonido. Zaldívar y Oñate los observaron con detenimiento y trataron de leer en sus miradas, pero no sacaron nada en claro. No les gustaba el cariz que estaban tomando los acontecimientos...

—El jefe Gregorio dice que al norte está su nación. Quiere que le acompañemos hasta allí.

No. No era una buena idea y lo sabían. Desde el adelantado hasta el último de los mozos que se ocupaba del ganado. Nunca acompañes a indios bravos cuando te halles tan lejos de casa. Si ya

se sentían expuestos en este prado abierto, yendo a su territorio estarían, por completo, a su merced.

—Adelantado... —dijo Montesinos—. No debemos ir.

Los capitanes no solían dirigirse al adelantado salvo que este lo hiciera primero. No por nada, pues no lo tenían prohibido ni estaba fuera de lugar, pero, simplemente, no lo hacían. Cada cual, allí, se cuidaba de guardar las formas y de saber qué posición le correspondía. Por ello, el hecho de que ahora Montesinos hablara directamente a Oñate le tomaba el pulso a la situación. Dicho de otro modo: desde que partimos de San Gabriel, nunca hemos estado en un momento tan delicado; ni siquiera cuando, en el Pecos, luchamos contra la horda apache.

El adelantado se apretó el cinturón. Despacio, tomándose su tiempo y fingiendo que no hallaba el agujero para la hebilla. Agachó la mirada, después la levantó y, volviendo la espalda a los escanjaques para que no leyeran su rostro, dijo a sus hombres:

—Hay que ir.

Para que no leyeran su rostro porque acababa de mostrar un signo de debilidad. Se plegaban a la exigencia de los escanjaques y lo hacían porque no les quedaba más remedio. En adelante, deberían medir muy bien cada paso que daban.

—¿Y si vamos y nos la juegan? —preguntó Montesinos.

—¿Y si no vamos y nos la juegan? —repuso el adelantado—. Porque ¿qué les impide dejarnos ir y, en unas horas, caer sobre nosotros con todas sus armas?

—Estamos en un llano, adelantado. Es imposible que nos ataquen por sorpresa.

—Pero nos atacarían igualmente —intervino Zaldívar—. Y ello nos obligaría a defendernos.

—Ya lo hicimos con los apaches —razonó Montesinos.

—Estos son cuatrocientos. Que sepamos. Y nuestra expedición tiene muchos flancos débiles. Empezando por la caballada y terminando por las decenas y decenas de hombres que no son soldados y que no sabrían ni por dónde empezar a la hora de rechazar un ataque escanjaque. Capitán, seamos prudentes y busquemos nuestro momento.

Oñate aguardó a que el sargento mayor terminara de argumentar. Observó fijamente a cada uno de sus capitanes e hizo algo muy inhabitual en él: buscó el consenso entre los oficiales.

—¿Me siguen? —preguntó.

El jefe Gregorio y sus guerreros los observaban con el semblante serio. Hacía un buen rato que nadie traducía nada.

—Siempre, adelantado —respondió Montesinos mientras el resto de capitanes asentía levemente.

—Jusepe, di que con mucho gusto les acompañaremos hasta su hogar. Asegúrate de que sepan que es un placer para nosotros aceptar su invitación.

Jusepe Gutiérrez tradujo y el apache también. Pronto, el jefe Gregorio volvía a sonreír de satisfacción.

—Dice que esta noche estaremos allí.

—¿No estábamos a medio día de distancia?

—Sí, pero alega que somos muy lentos. Por los carros, ¿sabe?

* * *

A mediodía, la columna había abandonado el prado y marchaba siguiendo el curso de un arroyo sin apenas agua. Los escanjaques caminaban frente a la vanguardia de la partida y, aunque Oñate se esforzó en que se mantuvieran las distancias entre unos y otros, en modo alguno resultó posible: aquellos tíos se tomaban unas libertades que, con creces, se extendían mucho más allá de lo razonable. Nadie avanza junto a ti salvo que tú lo hayas invitado primero, ¿verdad? Tratándose de los escanjaques, algo tan obvio se difuminaba de inmediato y ello obligaba a los españoles a permanecer en un constante estado de alerta.

Pero eran amistosos.

Pero parecían amistosos. Es decir, no a ojos de los españoles, que jamás, ni en cien años de pacífica convivencia, confiarían plenamente en ellos. Cuando uno ha sido testigo o ha experimentado en carnes propias según qué asuntos, siempre se tienta dos veces la ropa. Y habían visto mucho, y habían soportado mucho, y se tentarían siempre la ropa cuando de indios norteamericanos se tratase. Sin embargo, parecían amistosos.

De entrada, los escanjaques hicieron desaparecer sus armas. Un hacha de filo de piedra puede venir todo lo emplumada que quieras, pero no deja de ser un hacha de mierda. El problema es cuando te encuentras frente a cuatrocientas hachas de mierda alzadas frente a ti por cuatrocientos brazos que no dudarán en hacerlas caer sobre nuestras cabezas. Y, ahora, ya no había hachas a la vista. Ni machetes, ni esas lanzas cortas que tanto desconcertaban a los españoles, pues la gracia de una buena pica es que, con ella, puedes ensartar a cualquier enemigo desde lejos y sin que apenas te salpique la sangre. Bueno, pues se deshicieron de ellas. Horas después, algunos de los soldados que Zaldívar había puesto a vigilar de cerca la columna escanjaque aseguraron que disponían de unos cuantos perros de tiro que arrastraban una especie de carros sin ruedas. Quizás las hubieran guardado allí. Quizás decidieron que ese no era el día en el que matarían a los españoles y pensaron que resulta una tontería andar cargando, de aquí para allá, con las armas. Para los españoles resultaba inconcebible desprenderse un solo instante de sus espadas, pero ¿quién sabe cómo piensa un escanjaque?

Fuera como fuese, los indios se lo tomaban con calma, no mostraban el menor signo de hostilidad y amoldaban su paso al paso de los españoles, que ya es amoldar.

—Ojalá no se acercaran tanto a los caballos —le dijo el adelantado a Zaldívar en un momento en el que el primero se aproximó hasta el lugar donde avanzaban los capitanes.

—¿Quiere que envíe unos cuantos hombres para que los aparten? —preguntó el sargento mayor. El resto de capitanes escuchaba en silencio.

—No, déjelo.

Y es que los caballos atraían de tal manera a los escanjaques que se colaban entre los animales de forma, incluso, hasta imprudente. Un par de guerreros recibió sendas coces simplemente por no saber cómo acercarse y tratar a bestias como estas. Al caballo, siempre que puedas, déjalo en paz. Existen muchas más formas de hacer que el animal viva feliz, pero la más elemental es esa: no lo atosigues si no es porque realmente necesitas hacerlo. Y, aunque esté mal decirlo, los españoles practicaban esto mejor que nadie. Sin ir más lejos, la rotación entre animales era constante. Salvo el adelantado, que se negaba a montar cualquier otro caballo que no fuera su Platero, el resto de hombres pertenecientes a la expedición cambiaba, al menos una vez al día, de montura. Incluso el tenientito, cuyo animal era, con creces, uno de los mejores ejemplares

de toda la caballada, variaba de montura. Porque hasta las mejores bestias necesitan, de cuando en cuando, descanso. Salvo Platero, claro, porque si eres el bicho del adelantado, por afortunado date porque jamás te faltará lustre ni alimento, pero leguas, eso sí, te echarán un buen montón de ellas a las patas.

Tres horas después del mediodía, un guerrero escanjaque no pudo refrenar su emoción y trató de encaramarse a uno de los caballos. Sin silla, bridas o correajes. Pero el tío pegó un brinco y se subió al lomo del animal. Lo cual agradó bien poco al animal, pues de una cabriola lo hizo saltar por los aires. Nunca agarres a un caballo por las crines. No les gusta, no son para eso, los pone de mal humor. Así no se le dice a un caballo que quien mandas eres tú y que quien obedece es él. Así le dices que solo eres un tarado que has venido a joder. Sucede, entonces, que el caballo se deshace de ti a la primera de cambio.

Eso ocurrió y el tipo salió bastante mal parado. No ya por el golpe contra el suelo, que también, sino porque dos o tres animales que avanzaban cerca lo pisotearon sin miramientos. El guerrero escanjaque, por fin, se puso en pie, sonrió a los suyos y escupió sangre y lo que a los españoles les pareció un trozo de diente.

Uno de los indios mexicanos que se ocupaba de la caballada espoleó su montura para acercarse hasta el sitio donde había tenido lugar el incidente e interesarse por el caballo que el idiota había querido montar. No le dio tiempo a llegar antes de que el idiota realizara una nueva intentona y saltara, otra vez, sobre los lomos del animal. Esta vez consiguió mantenerse erguido, pero más porque el caballo decidió no volver a tirarlo que por pericia o destreza. Él, por supuesto, no lo interpretó así, pues desde los lomos del caballo dio un alarido y llamó la atención del grupo de guerreros escanjaques más cercano a él. Se trataba de simple petulancia. Mirad lo que he hecho, admirad mi arrojo y este necio envanecimiento que pronto los españoles reconocerían como una de las características más notables de los escanjaques.

—Oiga, señor... —comenzó a decir el indio mexicano visiblemente nervioso. Los caballos eran su responsabilidad y, a buen seguro, el que recibiría un castigo si allí pasaba algo sería él. Se conocía el percal—. No puede montar, escuche lo que le digo, no puede...

El escanjaque, como si oyera llover. Continuaba encaramado al animal con una sonrisa de oreja a oreja. Todavía le resbalaba, entre los labios, un hilillo de sangre producto del costalazo anterior. El tío era testarudo, arrogante, algo estúpido y muy duro de pelar. Una combinación mortal, como bien habían aprendido Oñate y los suyos.

—Señor... —continuó diciendo, cada vez con menos voz, el indio mexicano.

Zaldívar miró a Oñate, Oñate miró a Zaldívar, Zaldívar a De las Casas, De las Casas a Sosa, a Montesinos y a Espinosa. Se intercambiaron miradas tan fugaces que los escanjaques, absortos en lo suyo, no supieron advertir. Reían como imbéciles ante la hazaña de uno de los suyos. Había perdido un diente y puede que hasta tuviera un par de costillas desencajadas, pero montaba. Y eso superaba cualquier cosa. O casi cualquier cosa.

Si los dejas hacer, mal. Si no los dejas hacer, igualmente mal. Estaban ante una situación para la que no existía una salida airosa y lo sabían. Pero Oñate era del tipo de hombres que prefiere dejar las cosas claras desde el principio para que nadie se llame a engaño. Lo hacía con su gente y lo hacía, por supuesto, con el resto.

—De la Rúa —dijo Zaldívar. En buen tono, sin alzar la voz.

El soldado De la Rúa chasqueó la lengua y puso a su caballo rumbo hacia el escanjaque. Superó al indio mexicano sin dignarse a mirarlo y avanzó un poco más. Se preguntó por qué el caballo permitía que aquel tipo continuara montándolo y de aquella manera. A los caballos se los respeta. Se los respeta porque son los mejores animales que el Señor ha puesto entre nosotros y porque, además, nos dan la vida y, llegado el caso, nos la salvan. No te metas con nuestras mujeres, porque eso nos parece mal. Pero, tío, ten clara una cosa: no toques nuestros caballos.

No lo hagas porque, si lo haces, alguien como De la Rúa irá y te explicará esto:

—Baja.

El escanjaque miró a De la Rúa y aulló. De alegría, de euforia o de lo que sea. Se agarraba al cuello del caballo con una sola mano. El tipo, las cosas como son, le estaba cogiendo el tranquillo al asunto.

—Que bajas.

Son momentos en los que a los hombres como Oñate les da por pensar si están ante lo general o ante lo específico. Si este tío es un cretino o lo es la tribu entera. Bueno, averigüémoslo.

—Baja ya. Tres.

El escanjaque no entendía una sola palabra de español, pero tampoco hacía falta ser ingeniero para leerle el rostro a De la Rúa.

Los españoles se movían despacio. Por el calor de los mil demonios que hacía, sí, pero más aún porque, con la cota de malla, la media armadura, las botas altas de grueso cuero, la descomunal espada y el morrión, un español a caballo no estaba para bromas. Tampoco el pobre diablo que tuviera la mala suerte de que dicho español le cayera, cuan largo era, encima. Como el escanjaque que no quería desmontar. Tres veces se lo había pedido De la Rúa. Tres, y las tres, a buenas. Y el hijoputa seguía aullando de tal manera que había comenzado a dolerles a todos la cabeza. Estaban a punto de bajarlo más por cargante que por rebelde.

De la Rúa situó su caballo junto al del escanjaque. La caballada no se había detenido y todos avanzaban al paso. El soldado se puso en pie sobre los estribos y se mantuvo así durante un rato. No mucho; puede que diez o quince segundos. Presionaba con las rodillas sobre la silla y el caballo entendía perfectamente lo que su jinete pretendía y deseaba. O la parte relacionada con él, porque el resto, lo que ahora venía, concernía únicamente a De la Rúa y al guerrero escanjaque.

Cuando estuvieron a dos cuerpos de distancia, De la Rúa soltó los pies de los estribos y, primero uno y después el otro, los puso sobre lo alto de la silla y permaneció allí, en un equilibrio más que precario, durante un instante. Muy corto, casi imperceptible. Cabalgaban como los ángeles, pero todavía no habían aprendido a volar. O sí, un poco sí. Las espuelas brillaron al sol.

El soldado se impulsó hacia delante y cayó con tal violencia sobre el escanjaque que lo derribó de inmediato. Ambos rodaron al suelo, pero cuando dos caen quien propicia la caída se reserva la mejor parte del golpe. Esto lo sabía De la Rúa, pero no el escanjaque.

Hubo quien se quedó quieto y hubo quien hizo como que aquí no pasaba nada y siguió marchando. Lo cierto fue que De la Rúa cayó, con el peso de su cuerpo, pero también con el de todo el metal que llevaba encima, sobre el torso desnudo del escanjaque. Literalmente, le hundió el pecho tres o cuatro dedos. El tipo se levantaría, porque estos cabrones orgullosos siempre lo hacen, pero nunca volvería a ser el mismo. Cuando la armadura de un español con un español dentro te aplasta el esternón, de esa no te recuperas, por mucho que ahora disimules.

¿Qué haces? El que ha caído, poco, pues no está para demasiado trote. El resto, lo veremos ahora.

Zaldívar tenía a los capitanes en estado de máxima alerta y estos habían corrido la voz entre los soldados. La reacción de los escanjaques sería una, pero desconocían cual. Por supuesto, ellos se prepararon para la peor.

De la Rúa se puso en pie y, con paso tranquilo, se dirigió hacia su caballo y procedió a montar en él. El guerrero escanjaque crispó el ceño de dolor, después sonrió sin apenas ganas y, de nuevo, volvió a crisparlo. Logró levantarse y se quedó quieto, observando cómo la comitiva progresaba lentamente y lo dejaba, poco a poco, atrás.

—Aguantad... —susurró Oñate.

Aguantaron. Ellos tampoco avanzaban y los escanjaques tenían que haberse dado cuenta. Les habían dado un aviso, habían explicado qué era admisible para ellos y qué no, y ahora aguardaban la respuesta.

Se defenderían con todo si atacaban.

Pero no atacaron. Los escanjaques se limitaron a ignorar a su guerrero descabalgado y continuaron la marcha. Parecía no ir con ellos. Zaldívar buscó con la mirada al jefe Gregorio y halló su espalda encaminándose hacia el norte en compañía de Lute, Casco, El Pequeño y Monedero. Si les importaba lo que acababa de suceder, lo disimulaban a las mil maravillas.

Oñate pensó que no habría estado mal que los atacaran. Al menos, así sabrían a qué atenerse. Luego comprendió que no. Que más vale soportar un poco de incertidumbre que poner en peligro la expedición.

Pero es que la incertidumbre lo carcomía por dentro. Y de qué manera.

* * *

Como habían previsto, caía la tarde cuando llegaron al campamento escanjaque. Zaldívar ordenó que algunos hombres se desplegaran para observar la posición desde diferentes ángulos. Cuando regresaron e informaron, todos coincidieron en que se trataba de un poblado formado por, a ojo, unas mil tiendas levantadas con palos y pieles de bisonte. Numerosas hogueras chisporroteaban aquí y allá, y en la mayoría se asaban grandes pedazos de carne de bisonte. La cena, supusieron.

Vieron muchas mujeres, algunos ancianos y bastantes niños correteando de un lado a otro. Los niños estaban completamente desnudos y las mujeres solo se cubrían la entrepierna. A más de un español se le fueron los ojos y Zaldívar tomó buena cuenta de ello. Una cosa es, como había sucedido con el episodio del caballo, poner a los escanjaques en su lugar cuando se han pasado de la raya y otra, bien distinta, provocar ellos una situación tensa de la que, sin duda, no saldrían todo lo bien parados que querrían.

En total, calcularon que la nación escanjaque la formaban unas cinco o seis mil personas. Era difícil realizar una estimación precisa, pero todos los capitanes coincidieron en que, alma arriba o alma abajo, la población no se movería mucho de ahí. Al menos tres mil escanjaques eran guerreros, es decir, varones de más de catorce años y menos de cien capaces de asir un hacha e irse contra el enemigo sin importarles la vida o la muerte.

Oñate ordenó que, antes de nada, se pusiera a salvo la caballada. Dado el número de hombres que tenían frente a ellos, esto sería siempre relativo, pero en ningún momento destinó un contingente de menos de cuarenta hombres, la mitad de ellos soldados armados, a protegerla. Los caballos lo eran todo. El adelantado sabía que únicamente podrían repeler las escaramuzas o los asaltos sin consenso ni planificación, y que se hallarían totalmente indefensos si los escanjaques decidían apropiarse de la caballada empleando toda su infantería. Pero, si así sucedía, en sus filas también habría bajas y abundantes. No la regalaría ni siquiera a cambio de sus vidas, pues sus vidas carecían de cualquier valor sin caballos que los llevaran de vuelta a casa.

De esta forma, Oñate ordenó que se montaran los tres cañones de menor calibre y que, con ellos, apuntaran hacia las tiendas tanto del jefe Gregorio como del resto de guerreros que parecían mandar allí. Por suerte para los españoles, los escanjaques los vieron trajinar y no mostraron mayor interés, lo cual, a todas luces, se debía a que no comprendían qué es un cañón ni qué se puede hacer con él. Bendita ignorancia.

Ni un momento de paz. Ni un triste momento de paz tras una larga jornada de cabalgada en completa tensión. Oñate llevaba tres años sin descansar cuatro horas seguidas. Y no le importaba. A fin de cuentas, estaba allí, en el confín de la Nueva España, por gusto, no por necesidad. Tenía una preciosa esposa, una criatura recién nacida y una hacienda en Zacatecas de las que te cortan el aliento. Los Oñate explotaban unas de las minas de plata más productivas de toda la América española. Y, pese a ello, ahí estaba, conquistando, a sus cuarenta y nueve años, el gran y salvaje norte. ¿Para qué? Para conseguir todavía más plata. Más oro. Más gloria. Más de todo eso que consideramos el eje en torno al que el verdadero mundo rota. Así que a él, precisamente a él, la paz y la tranquilidad le importaban un auténtico carajo. Se conformaba con diez o quince minutos de recogimiento. De un ratito para él solo, junto a Yunque, quizás con Cristóbal y Zaldívar a su lado... La familia es el asidero cuando todo lo que te rodea borda lo incomprendible.

Pues tampoco. Ni un momento de paz. El adelantado pudo ver, con el sol ya cayéndose tras el horizonte, cómo una figura imposible de no reconocer se acercaba rauda a su posición.

Velasco.

Ya empezamos.

—Adelantado, adelantado... —comenzó a decir, con su atropellada cháchara, el franciscano.

—Fray Francisco —dijo Oñate. Los escanjaques les habían indicado el lugar donde podían acampar para que hicieran noche y les facilitaron leña para que lograran mantener encendidas unas cuantas hogueras. Los consideraban como sus invitados y así los trataban. Se dirán muchas cosas malas de ellos más tarde, pero quede anotado que esta primera promesa la cumplieron.

—Adelantado, que venía yo a decirle que... —continuó Velasco sin aguardar a alcanzar la posición donde esperaba Oñate. El hábito sí hace al monje y Velasco, con sus botas de montar, las espuelas tintineantes y la espada al cinto, se mostraba como lo que precisamente era: el hombre que se interna, en nombre de Dios, más allá de los territorios que, si Este creó, debió de olvidar muy rápido—. Tenemos que, que hablar. Si tiene un momento, yo le...

—Venga, tome asiento a mi lado. Están preparando unos buenos filetes. ¿Ha cenado ya, fray Francisco?

—No, mire, yo no... Todavía no, pero lo que yo quería ahora, entiéndame usted...

—¡Por supuesto! Vamos, vamos, siéntese a mi lado durante un rato. No me haga el feo de rechazar mi invitación. Cómase un filete conmigo, por el amor de Dios.

—Bueno, bueno, si insiste —intentó reír, al modo franciscano, en ese gesto que nada dice y que dice demasiado, Velasco.

Durante un rato, los dos hombres permanecieron en silencio. Miles de personas se dispersaban en torno a ellos, pero la llanura era amplia y permitía que los sonidos se perdieran con facilidad. Pese a todo, escucharon las risas de algunos niños, el llanto de varios bebés, conversaciones ininteligibles entre hombres y hombres, hombres y mujeres, mujeres y mujeres. La vida normal, lo cotidiano, lo que transcurre antes y después de los grandes planes, es igual aquí y en el resto del planeta. Lo mundano, el sentaos de una vez porque la cena está lista, el haz el favor de obedecer a tu madre, ese no te lo diré dos veces..., es inalterable.

Uno de los criados del adelantado se acercó con un plato de madera en cada mano. En ellos, sendos filetes de bisonte humeaban débilmente. Oñate tomó uno de ellos y, tras el debido teatrillo, Velasco hizo lo propio con el otro. Al adelantado no le divertían los vericuetos por los que los frailes siempre transitaban. Si vas a comerte el maldito filete, porque no cabe duda de que lo vas a hacer, coge el plato cuando te lo ofrecen y no hagas como que sí, después como que no, para, finalmente, regresar a ese principio que ya dábamos por hecho. No hemos probado bocado en todo el día y quien diga que no tiene apetito miente miserablemente o está enfermo. Y aquí, a los frailes, como a los caballos, se los ayuda a bienmorir una vez que no dan más de sí.

Pero no, Velasco tenía más hambre que un perro pequeño y comió, a grandes bocados, el filete que le habían ofrecido.

—Sabrosa, sabrosa la carne, la carne de estos animales, adelan —farfulló con la boca llena —, adelantado...

—La mejor que he probado en años, joder que sí.

Malsonar delante de un fraile es, de algún modo, el equivalente pacífico a derribar, de un empujón, a un escanjaque. Marcas el terreno. Trazas una línea en el suelo y aguardas para ver qué hace el otro. La atraviesa o no la atraviesa. En realidad, eso da igual. Lo importante reside en que el otro sepa, sepa sin el menor atisbo de duda, que tú eres el que, aquí, dibuja las líneas.

Fray Francisco de Velasco, especialista en ello, hizo como que no había oído.

—Y bien —dijo Oñate cuando su plato estaba limpio. Comían sentados sobre unas minúsculas sillas de madera que pertenecían al ajuar de los oficiales. Como el adelantado los tenía dando vueltas de un lado a otro y asegurando las posiciones, todos ellos, sin excepción, cenarían por turnos y cuando les tocase. La noche sería muy larga—. Usted dirá.

—Venía yo, yo, a hablarle de lo que hasta aquí nos ha traído —comenzó el franciscano.

—Los bautismos —adivinó Oñate.

—¿Acaso estamos aquí para algo diferente? —se permitió cierta sorna el fraile.

—No —cortó, seco, el adelantado. Sabía que, tarde o temprano, debería dejarlos hacer. Era parte del trato, parte del compromiso. Sin el contingente de frailes, muy probablemente la expedición no habría sido autorizada y las riquezas que tanto ansiaban quedarían, para siempre, fuera de su alcance.

—Entonces...

Entonces, a Oñate se le ocurrió una idea. No le gustaba improvisar. A ningún conquistador español en toda la historia de América le gustaba hacerlo. Pero las circunstancias les obligaban a pensar rápido y a tomar decisiones en menos de lo que se tarda en suspirar. Y, después, encomendarte al primer santo que se te ocurra para que las cosas salgan bien.

—De acuerdo —dijo Oñate.

A Velasco, el plato se le resbaló de entre los dedos y tuvo que hacer malabarismos para que no se le cayera al suelo. De entre todas las respuestas posibles, aquella era la que menos se esperaba. Había contado con que el adelantado se negara en redondo o le diera largas, pero no con que aceptara su propuesta sin poner traba alguna. De hecho, se habría dado con un canto en los dientes si Oñate les hubiera permitido comenzar a actuar en un plazo de dos o tres días. Lo normal, dado que primero debían asegurarse de por dónde respiraban los escanjaques.

—¿De acuerdo? —preguntó, estupefacto, el fraile.

—Sí, de acuerdo —repitió Oñate, dejando el plato en el suelo y poniéndose en pie—. Vamos.

—¿Aho..., ahora, adelantado, adelantado?

—Sí, claro. ¿Acaso no es un buen momento para empezar a bautizar?

—Está a punto de caer la noche, adelantado.

—Un alma para el rebaño del Señor es un alma para el rebaño del Señor. Además, hace una noche maravillosa. Mire la luna, qué gorda está. Y hay hogueras encendidas por todas partes. Aquí hay más luz que en el mediodía.

Por supuesto, no era cierto. Pero Oñate sabía que, para salir bien de aquella situación, debían ser ellos, los españoles, quienes llevaran la iniciativa y marcaran los ritmos. El plan ideal pasaba por volver a estar solos y rumbo a Quivira, pero como los escanjaques se habían cruzado en su camino y no parecía sencillo librarse, al menos por el momento, de ellos, tendrían que jugar esta partida. Al modo español, si podía ser: repartiendo nosotros una mano de cartas marcadas.

Al ver que Oñate se ponía en marcha, Zaldívar llamó a tres de los soldados que más cerca tenía:

—Muñoz, Hinojosa, Velarde. Conmigo.

—Acabamos de sentarnos a cenar, capitán.

—Conmigo ya.

Los españoles habían aprendido a no gritarse jamás. Cuando cabalgas durante semanas y semanas por territorios inhabitados es lo más útil, porque el grito turba y desgasta, y tú lo que quieres es ahorrar tiempo y energías para llegar cuanto antes a tu destino. Ahora, habían interiorizado tanto esta manera de comunicarse entre ellos que la utilizaban de continuo. Las dos últimas palabras pronunciadas por el sargento mayor habían sido, en sí mismas, una orden dada a voces. Sin embargo, apenas había levantado el tono de su voz. Gritó, por decirlo de alguna manera, bajito. Los tres soldados lo entendieron de inmediato, pues se apresuraron a dejar de lado sus raciones y a ir tras Zaldívar.

Van un fraile, tres soldados, un capitán de capitanes y el gobernador de Nuevo México, y se internan en un campamento indio cuya simple existencia ignoraban el día atrás. ¿Quién muere primero?

El que menos se lo espera. Siempre muere el que menos se lo espera.

Velasco no las llevaba todas consigo. Él no se veía bautizando solo y de buenas a primeras. Había nueve frailes en la expedición. ¿Qué dirían cuando se enteraran de que anticipaba trabajo por su cuenta? Nada, probablemente, pues había sido Oñate en persona quien así lo había dispuesto. No obstante... No, no se sentía cómodo haciendo lo que se aprestaba a hacer. Los bautismos, diga lo que diga el adelantado, se hacen a plena luz del día. ¿Afirmo algo la Biblia

acerca de que no tengan efecto si se realizan por la noche? Velasco diría que no, pero quién sabe... Le puso nervioso la idea de que lo que se disponían a emprender estuviera mal o no fuera adecuado.

Por otro lado, ¿qué es lo adecuado en un sitio como este? Hacían lo que podían y eso ya estaba bien. Se tranquilizó un poco al pensarlo.

—Adelantado —dijo Zaldívar. Oñate caminaba en primer lugar con el fraile medio paso por detrás. A continuación, el sargento mayor y, cerrando el grupo, los tres soldados—. Vamos sin Jusepe...

Marchaban entre las tiendas de piel de bisonte y las hogueras en torno a las cuales se arremolinaban familias enteras. El olor a carne asada se hacía, a cada paso que daban, más y más penetrante.

—Adelantado —insistió Zaldívar. Desconocía por completo qué se proponía Oñate. Lo que sí sabía era que aquello no le gustaba nada. Se estaban internando en el poblado escanjaque y pronto perderían cualquier contacto con la expedición española. Ni siquiera habían tenido tiempo para echar mano de las escopetas.

—Tranquilo, capitán —repuso, al poco, Oñate. Los pasos de sus botas resonaban en la tierra pisada.

Por fin, llegaron al lugar donde el jefe Gregorio y varios de sus hombres se sentaban a hacer lo que fuera que los escanjaques hicieran a estas horas. ¿Decidir si saltar ya sobre los españoles o aguardar hasta el día siguiente? Pues quién sabe.

—¡Jefe Gregorio! —exclamó el adelantado cuando se halló a diez pasos de distancia del escanjaque. Dos de sus guerreros, Antonio y Fernando Tranquilo, se pusieron en pie. A este último le eligieron mal el nombre, ahora se daban cuenta. En fin, qué más daba.

El jefe Gregorio dijo algo que nadie, salvo los suyos, entendió. Por las caras, les daba las buenas noches o algo así. ¿Ves, Zaldívar, cómo no nos hacía falta el bueno de Jusepe? Si aquí nos vamos a entender todos y sin problemas...

—Mire, que venía yo a explicarle una cosilla —continuó el adelantado mientras los escanjaques escuchaban atentamente—. Debería habérselo contado anoche, pero, entre una cosa y otra, se me fue el santo al cielo. Ya me perdonará usted. Bueno, a lo que iba. Que resulta que nosotros venimos a traerles la palabra de Dios. ¿Cómo se queda? ¿Eh? ¿Cómo se queda?

Zaldívar tenía la mano derecha sobre el estómago. Todo lo cerca que la puedes situar de la empuñadura de la espada sin despertar sospechas.

Fernando Tranquilo dijo algo, Antonio asintió y, después, el jefe Gregorio los mandó sentarse de nuevo. El tono era afable, pero los españoles, acostumbrados siempre a metérsela doblada a todas las naciones indias de Norteamérica, sabían que era cuestión de tiempo encontrarse con una capaz de hacer lo propio con ellos.

—Esto es la hostia, jefe Gregorio —continuó Oñate—. En menos de lo que imagina, los tenemos a todos convertidos en cristianos. Es sencillo, no se preocupe. ¡Y no duele! Además, una vez que los hayamos convertido a la fe, irán todos al Cielo cuando la diñen. Bueno, si han sido compasivos, por supuesto. Hay que ser compasivo, hacer el bien y todo eso... Ya se lo explicarán, más tarde y con detalle, nuestros amigos los frailes. ¿Que da mucha risa ver a hombres vestidos con faldas? Vosotros vais en pelotas, hijos de puta, y no os decimos nada. De los españoles se

podrá señalar muchas cosas, pero no que no sabemos mostrarnos abiertos y tolerantes ante el que no es como nosotros. Hemos visto demasiado como para, ahora, llevarnos las manos a la cabeza...

La perorata tenía un fin: observar la reacción de los escanjaques. Daban más que por hecho que no habrían entendido ni una sola palabra de lo dicho, pero, con todo, los españoles hablaban mientras que los escanjaques escuchaban. Ese es nuestro plan para vosotros, desde ahora en adelante y hasta el día del juicio final. Os daremos cuartelillo, no lo dudéis, porque ni nos importáis tanto ni somos unos desalmados, pero algo debemos dejar claro desde el principio: que aquí mandamos nosotros. Poco, pero nosotros.

El jefe Gregorio miraba fijamente al adelantado. Continuaba sentado y no movía ni los músculos necesarios para arquear las cejas. Esos que son tan sencillos de mover. Estiras la frente hacia arriba y listo. Mirad, el adelantado lo hace ahora. Es su forma de sonreír. ¿A que desconcierta? Mucho.

Zaldívar, que tenía a los tres soldados a sus espaldas, se llevó la mano izquierda a la nuca y, disimuladamente, estiró los dedos índice y corazón mientras mantenía el resto plegados sobre el puño. Filo de espada. Ojo, que estamos a segundos de algo importante.

Muñoz, Hinojosa y Velarde desenvainaron un poco. Nada, un palmo, dos a lo sumo. Lo de que estuvieran un poco retrasados respecto del grupo le confería algo de misterio a su movimiento. No mucho, tampoco vaya a creerse... Los escanjaques podrían no haber escuchado jamás el sonido que realiza el filo de una espada española al deslizarse lentamente por su vaina, pero tampoco se acababan de caer de un guindo: sonaba a peligro.

—Bueno, bueno... —continuó Oñate—. Tengo el gusto de presentarles a fray Francisco de Velasco, de la santísima orden de los franciscanos, quien ha tenido a bien tomarse la molestia de venir hasta este puto culo del mundo en el que viven todos ustedes para traerles la palabra de Dios. No me digáis que no es digno merecedor de las más elogiosas alabanzas... Lo dejo a vuestro criterio, pero yo no cabría en mí de puro gozo.

Oñate alternaba el tuteo con el ustedeo. Lo hacía de forma consciente, pues era la forma que tenía de transmitir información detallada a sus hombres acerca de lo que se le estaba pasando por la cabeza. Ahora, todos sabían que el adelantado no sentía el menor respeto por los indios que tenía delante. No, pues ni siquiera se molestaba en fijar una condición para ellos. Lo cual, aunque pueda no parecerlo, se trataba de una situación completamente inhabitual: no existía nación india en Norteamérica a la que Oñate no hubiera intentado abordar desde la justicia y el respeto. Con los apaches y con los navajos se había topado con ciertas dificultades, pero su mano, que eso nadie se lo negara, siempre había estado tendida. Paz, traemos paz, hoy y mañana. Siempre y cuando, por supuesto, la otra parte corresponda. Se avenga. Al menos, te ignore. Y estos tipos se hallaban haciendo cualquier cosa menos ignorarlos, lo cual impelía a Oñate a actuar tal y como lo estaba haciendo.

¿Dónde íbamos? Ah, sí, que os traemos la palabra de Dios. En resumen, viene a ser, más o menos, así:

—Padre, Hijo y Espíritu Santo —avanzó el adelantado por la línea final de su argumentación—. Si entendéis esto, entendéis lo básico. Los buenos al Cielo y los malos al infierno. Lo del infierno es una putada, de manera que yo, en vuestro lugar, optaría por ser bueno. ¿Seréis buenos, amigos míos? ¿Me vas a tocar los cojones, jefe Gregorio? Porque te juro por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo que los tres soldados que se encuentran detrás de mí os cortarán la puta cabeza a ti

y a los cabrones de tus hombres. Luego es muy probable que toda tu puta horda se nos eche encima y que de esta no salgamos vivos para contarla, pero vosotros, para entonces, ya estaréis criando malvas. Sois guerreros, ¿verdad? Guerreros orgullosos, ¿no? Pues os vamos a matar como a ratas. Sin el menor de los honores. Os iréis a tomar por culo a la mierda de más allá que tenéis los indios. Hala, a vagar durante la eternidad como auténticos gilipollas. Salvo que...

El adelantado se interrumpió. Podía sentir cómo, a su lado, Velasco había comenzado a temblar de puro miedo.

El jefe Gregorio continuaba con el rostro impertérrito. Pretendía no decir nada, pero lo decía todo. Los españoles habían visto cientos de rostros impertérritos en sus idas y venidas a lo largo y ancho del continente. Vienen a significar siempre lo mismo: que estamos pensando qué hacer contigo y cuál, de entre todas, es la mejor de nuestras opciones; os mataríamos ahora mismo sin dudar, pero quizás no esté de sobra darnos un poco más de tiempo.

—Salvo que accedáis a bautizaros todos y de inmediato —sentenció, para redondear su discurso, Oñate. Y sin esperar respuesta alguna por parte de los escanjaques, se dirigió hacia el fraile—. Vamos, fray Francisco. Cuando guste.

—Pero, pero, adelantado... —comenzó a decir Velasco, que no sabía ni por dónde empezar—. No, no, no creo yo que... Si usted piensa que...

—Quería usted protección de los soldados para que los bautismos se llevaran a cabo en condiciones, ¿no es así? Pues ya está, aquí se la ofrezco. Juan de Oñate siempre cumple sus promesas. Tiene a su lado a tres de mis mejores hombres. Por no hablar del sargento mayor, que con gusto desenvainará si las cosas se ponen feas. O yo mismo: le juro por mi santa madre que yo mismo le cortaré la cabeza a estos putos indios si osan revolverse contra usted.

Velasco cerró los ojos e inspiró hondo. Lo cierto era que, si no fuera por los españoles, los escanjaques, la expedición, el poblado y ese intenso olor a carne asada, la noche resultaría preciosa. Plácida, con una temperatura agradabilísima y un cielo maravillosamente estrellado. La gran obra de Dios. Sin embargo, incluso cerrando los ojos, respirando hondo e intentando abstraerse de lo que sucedía, lo que sucedía persistía en suceder con una endemoniada tenacidad.

El fraile no tuvo más remedio que volver a abrir los ojos y obedecer al adelantado. Se puso en manos del Señor y procedió.

—Hermanos, hermanos... —comenzó a musitar. Se dirigía a los escanjaques, pero, de pronto, se volvió hacia Oñate—: Adelantado, no tenemos agua, agua, y sin agua, no se puede bautizar, ya sabe, bautizar; necesitamos, agua, un poco de...

—¡A ver, hostias, que alguien le traiga un cuenco con agua a fray Francisco!

Ni uno de los españoles se movió. Tampoco los escanjaques.

—Jefe Gregorio, jefe Gregorio... —continuó hablando Oñate—, mire, aquí venimos a buenas, con la intención de hacer algo por esta gente que tan amistosamente nos ha recibido, pero... Estaría bien que colaborarais un poco. Un poco no es mucho pedir, corríjame si me equivoco, mi querido jefe Gregorio...

Al final, siempre alguien tiene que hacer algo. No se puede permanecer eternamente en silencio y sin mover una pestaña. El jefe Gregorio se volvió hacia Fernando Tranquilo y le dijo algo en jerga escanjaque. Después, Fernando Tranquilo levantó el rostro y se dirigió hacia el adelantado. Nadie comprendió sus palabras, pero Oñate fingió que sí.

—¡Eso es! —exclamó formando un cuenco con las dos manos, llevándoselas a la boca y, con una teatralidad más que exagerada, echando la cabeza hacia atrás y simulando que bebía—. ¡Agua! ¡Agua limpia y cristalina! ¡Glu, glu, glu!

A continuación, el adelantado bajó los brazos y fijó la mirada en Fernando Tranquilo. Los idiomas nos separan, pero la mala baba acerca civilizaciones a vertiginosa velocidad. Fernando Tranquilo se puso en pie, gritó algo en jerga y no transcurrió ni medio minuto antes de que una mujer escanjaque con los pechos al aire llegara con una escudilla de agua entre las manos y se la diera a Velasco.

—Gracias, gracias, muchas —masculló el fraile con su sonrisa que era pero no era.

La mujer se retiró. Los tres soldados españoles permanecían con las espadas a medio desenvainar. Nadie se molestaba en disimular.

Velasco, con paso renqueante, se aproximó a los escanjaques, quienes continuaban sentados y más o menos expectantes. Oñate habría jurado que sentían curiosidad. Zaldívar, por su parte, creía que al fraile le quedaba medio minuto de vida.

—Esto es un tanto irregular, irregular —comenzó a explicar el franciscano a los escanjaques mientras se acercaba la escudilla al rostro y olisqueaba su contenido—. Vaya, sí, es agua, agua, deliciosa el agua de este, este país, seguro que los bautizos, aunque, en realidad, el sistema no es todo lo ortodoxo que, que, en fin, comencemos porque, porque...

Si con los frailes y con los indios costaba ir al grano tratándolos por separado, juntos eran pólvora amartillada. Pero calma, calma, que, si por algo destacaban los expedicionarios españoles, era por saber cómo tomarse las cosas con el debido sosiego.

Velasco, por fin, metió la mano en la escudilla, mojó los dedos en el agua, se acercó a uno de los guerreros escanjaques y le hizo, sobre la frente, la señal de la cruz.

—Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo —recitó—. Amén.

Listo, uno. Ya no podrían afirmar que Oñate faltaba a su palabra. Prometió que se bautizarían tantos salvajes como encontraran en su camino y lo estaba cumpliendo a rajatabla. Que encontraran y que, además, se dejaran, desde luego.

El escanjaque que acababa de pasar a formar parte del rebaño del Señor se llevó, estupefacto, una mano a la frente y se tocó los restos de agua que el fraile había dejado allí. Luego miró al guerrero que se hallaba a su lado, le dijo algo y todos pudieron ver cómo este último se encogía de hombros.

Así, de esta forma, Velasco continuó bautizando sin problemas durante unos cinco minutos. Si no fuera porque llevaban dando la lata con los bautismos desde el mismísimo momento en el que partieran de San Gabriel, uno diría que el fraile tenía prisa por terminar cuanto antes y regresar junto al resto de miembros de la congregación. Bautizaba a galope tendido y ahora era Oñate quien no movía un solo músculo del rostro.

Tenían ya un buen número de almas rescatadas, cuando le llegó el turno a Fernando Tranquilo. Ya se ha señalado, no mucho antes, que los españoles estuvieron poco atinados cuando le escogieron el nombre. Las prisas, ya se sabe. Total, que ahora, cuando el inofensivo fray Francisco se le acercó y le tocó la frente con sus dedos mojados en agua, el escanjaque se levantó de un salto y soltó un manotazo al aire que hizo que la escudilla saliera volando. Después, se fue a por el fraile. Con las manos desnudas, sí, pero uno era un curtido guerrero y el otro, un curilla del sur.

—Quietos —ordenó Oñate en voz baja.

Velasco dio un paso atrás y Fernando Tranquilo, uno adelante. El resto de escanjaques no se movía.

—Oiga, hermano, hermano... —balbuceó el fraile, mientras bajaba las manos y continuaba retrocediendo. Hermano, sí, porque Fernando Tranquilo, le gustara o no, acababa de ingresar en el cristianismo a través del sagrado sacramento del bautismo, que es, como bien sabe cualquiera, indeleble. Es decir, una vez administrado, no hay marcha atrás. Te quedas cristiano hasta los restos.

Fernando Tranquilo levantó una mano sobre fray Francisco y ahí todo se precipitó. Una cosa era que, a Oñate, los frailes lo llevaran por el camino de la amargura y otra, y bien distinta, que un desgraciado se tome la libertad de quitarle la vida a uno de ellos en nuestra mismísima presencia. Por ahí sí que no. Si esta es nuestra hora, si la palmamos ya, adelante, sea. Qué cojones, la vida tampoco es para tanto.

La espada de Oñate no valía su peso en oro, pero casi. Estaba forjada expresamente para él, con todo lo que eso conlleva: tenía el peso exacto para un hombre de la envergadura del adelantado, un filo adecuado a su altura y la empuñadura perfecta.

Ni corta, ni larga; ni fina, ni gruesa; ni áspera, ni liviana. El herrero que la forjó sugirió, al entregársela, que lo adecuado para una espada así era ponerle nombre. El adelantado le preguntó si la espada tenía alma. El herrero dijo que no estaba seguro, que eso era algo que él debía comprobar por sí mismo en el campo de batalla. Oñate, entonces, postergó su decisión. Solo los seres que tienen alma merecen ser nombrados.

A por tu alma, querida.

Oñate desenvainó y el chasquido del filo deslizándose por el interior de la vaina sonó a gloria bendita. Zaldívar y los tres soldados, de inmediato, lo imitaron. Velasco, no. Velasco, que también portaba una espada al cinto, ni se acordó de que la tenía y se quedó allí, en mitad de todos, con cara de pasmo y el corazón en un puño.

Los escanjaques comenzaron a ponerse en pie. Se hallaban desarmados pero eran más. Frente a ellos, al menos dos docenas de guerreros. Y llegando desde todos los rincones del poblado, decenas, centenares más. Cinco contra el mundo. Tarde o temprano sucumbiremos, pero, mientras tanto, vamos a cortar unas cuantas cabezas. El español remolonea hasta en la batalla. Le cuesta empezar, ponerse a ello, desperezarse y arrancar. Pero una vez que está, está. Con esa mezcla de bravura e inconsciencia tan propia en él. Con ese vamos y que sea lo que Dios quiera que tanto lo caracteriza y define. Pues ahí.

El adelantado levantó la espada. El peso exacto y la dimensión perfecta. La asió con ambas manos, la levantó aún más y, con la mirada fija en Fernando Tranquilo, se fue hacia él con la furia de los que siempre se fingen mansos. Temblad ante los mansos porque serán ellos quienes os partan en dos.

El mandoble fue tal que, efectivamente, Fernando Tranquilo quedó, de una forma literal y efectiva, partido por la mitad. El espadazo de Oñate le cayó en el hombro izquierdo y, desde ahí, comenzó a tajar más y más carne. Los escanjaques, y también los españoles, escucharon cómo la clavícula se quebraba, cómo hacía lo propio la parte alta de la caja torácica, cómo los pulmones y el corazón de Fernando Tranquilo eran segados con una facilidad pasmosa.

Hay hombres que solo dan cinco o seis espadazos a lo largo de toda su vida. Sin embargo, cuando los dan, los dan de tal forma que podrían escribirse versos, y poemas, y loas, y glosas, y epopeyas, y asuntos de esa índole. Mira, Velasco sabe escribir. Quizás algún día se anime. Qué menos, ¿no? Hay un hombre que le acaba de salvar la existencia. Compóngase usted unas estrofas, que la historia la estamos escribiendo nosotros y la posteridad se halla a la vuelta de la esquina.

Pudieron escuchar, también, un sonido parecido al borboteo de un arroyo cuando el agua baja alegre y crea remolinos entre las peñas. El rumor de las carnes vivas al ser seccionadas de cuajo, el siseo de la sangre brotando a borbotones, el murmullo de la muerte adviniendo.

Oñate había tajado al indio hasta casi las tripas. De un solo golpe, le arrancó la vida y el buen aspecto. Fernando Tranquilo dobló las rodillas y se derrumbó en el sitio. Tenía los ojos abiertos y cierta expresión de no estar creyéndose del todo lo que le estaba pasando. Lo que le había pasado.

Zaldívar, Muñoz, Hinojosa y Velarde avanzaron unos pasos y se situaron junto al adelantado. Tenían las espadas altas y empezaban a tajar a todo el que se les acercara. Los cercarían, terminarían por lograrlo, bien lo sabían, pero, de momento, ahí estaban, a punto de iniciar la primera gran guerra del reino de Quivira. Vinimos en son de paz, pero no se nos ha correspondido. Bautismos. Solo pretendíamos bautizaros, putos chalados. ¿Acaso os costaba tanto aguantar el tipo y dejarlo estar? Si ni siquiera comprendéis qué significa este rito. No tenéis ni la más remota idea de quién es Dios, ni de cuáles son los sagrados sacramentos de la Santa Madre Iglesia.

Poco a poco, más y más gente se arremolinaba junto al grupo. Llegaban escanjaques desde todas partes, pero también españoles. Los primeros, un grupo de soldados entre los que pudieron distinguir a Ayarde y a García. También apareció el capitán De las Casas.

—¿Qué sucede! —exclamó este último.

—Yo diría que no nos hemos entendido —dijo, sereno, Oñate. No se había girado para hablar.

Los soldados españoles, a medida que llegaban, desenvainaban y se situaban cerca de sus compañeros.

—Cerrad un círculo —ordenó De las Casas.

Los escanjaques, por su parte, no se movían en exceso. Los miraban, miraban el gran charco de sangre en el que yacía muerto Fernando Tranquilo y volvían a levantar la vista hacia ellos.

—Nos van a acribillar con los arcos —dijo Velarde.

—¿No sería mejor que atacáramos, capitán? —preguntó Hinojosa.

—¿Adelantado? —buscó confirmación Zaldívar. Se les habían complicado mucho las cosas, pero mientras estás dando, estás dando. Sobrevives.

Oñate, entonces, de un golpe de muñeca, dio la vuelta a su espada y, con la mano izquierda, retuvo la punta. Estaba ensangrentada y resbaladiza, y puede que fuera este el motivo por el cual el movimiento de buscar y hallar la boca de la vaina le llevó más tiempo de lo normal. Puede que fuera este o puede que no. Lo cierto es que nadie se lo preguntó jamás. Oñate envainó lentamente, como si allí ya no quedara nada pendiente y lo que le pedía el cuerpo era largarse y echarse a dormir a pierna suelta.

El jefe Gregorio se acercó al adelantado. Llevaba un par de guerreros tras él, pero su actitud no parecía hostil. Dijo algo. Se lo dijo a Oñate, muy cerca de su rostro. Tanto que el adelantado pudo olerle el aliento. Demasiada carne de bisonte. Deberíais comer fríjoles, que van de

maravilla para mover el vientre. Pero vosotros no sembráis, ¿verdad? Sois cazadores. Orgullosos cazadores de bisontes. Curtís sus pieles y os coméis su carne. He ahí un buen dios al que rendir pleitesía. He ahí un digno adversario ante el que medir vuestras fuerzas.

Si lo piensas, todos somos un poco bisontes por aquí.

—Quivira —dijo, de pronto, el jefe Gregorio.

Zaldívar sudaba morrión abajo. En un gesto casi involuntario, se pasó la mano izquierda por el rostro. Tenía húmeda la barba y pegajosas las mejillas.

—Quivira —repitió el adelantado con la mirada fija en los ojos del jefe Gregorio. Ambos hombres no estaban separados por más de medio paso.

—Quivira —dijo, una vez más, el jefe Gregorio. Esta vez, mientras hablaba, se señaló a sí mismo con los pulgares de sus manos.

—No —repuso Oñate—. No vendréis con nosotros a Quivira.

El jefe Gregorio miró el cadáver de Fernando Tranquilo. Acto seguido, repitió, por tercera vez:

—Quivira.

Al adelantado no le pareció una mala salida. Tampoco es que tuvieran muchas más opciones...

—De acuerdo, vayamos juntos a Quivira.

Arqueó las cejas, se entretuvo un rato buscando una flema en lo más profundo de su garganta y, seguidamente, la escupió a un lado.

—Me cago en mi puta vida... —dijo.

Yo me largo

20 de septiembre de 1601

Comenzaron a avanzar hacia el norte con las primeras luces del alba. La situación era, para qué describirlo con remilgos, odiosa. Una columna española con únicamente setenta soldados armados y, frente a ellos, tres mil guerreros escanjaques caminando a pie en dirección norte. En una formación que, de plácida, solo tenía la apariencia: ni los unos se fiaban de los otros, ni los unos sabían a qué iban los otros.

Los españoles lo supusieron, desde luego. Y no se equivocarían: los escanjaques marchaban con intenciones aviesas. Hacia quién o quiénes deberían averiguarlo más tarde. En cuanto a lo que creían los escanjaques que los españoles hacían en aquella tierra lejana, les contarían, como no podría ser de otra forma, la justificación más creíble que fueran capaces de inventar.

Sinceramente, si por los españoles fuera, el suelo podría abrirse en una descomunal grieta, tragarse a todos los escanjaques y, acto seguido, volver a cerrarse como si allí no hubiera pasado nada. Pero ya que avanzaban y avanzaban, y nada de eso sucedía, tuvieron que improvisar. Es decir, mentir. Al menos, era algo que se les daba a las mil maravillas.

Resulta complicado hacerse una idea cabal de cómo se las arreglaron los españoles para proteger lo que era suyo. Porque puede aquí decirse que sí, que desplegaron a los soldados, que cubrieron cada uno de los flancos, que se partieron el espinazo en una jornada sin descanso... Puede decirse eso y mucho más, pero siempre nos quedaríamos tristemente cortos. Sabían, lo sabían con una certeza inmaculada, que a campo abierto eran una presa fácil para los escanjaques. Estos perderían hombres, quizás muchos... Doscientos, trescientos, puede que hasta quinientos. Pero si se empeñaban con ahínco, la expedición española tendría las horas contadas.

Por suerte, a los escanjaques parecía interesarles más la alianza que el enfrentamiento. Dicho de otro modo: no los alejaban para atacarlos en el momento y terreno que ellos eligieran, sino que, verdaderamente, parecían desear un avance hacia Quivira en compañía de los españoles.

Lo cual resultaba antinatural y, por lo tanto, ponía del hígado a Oñate y a los suyos.

Retrasaron los carros y la caballada todo lo que pudieron e interpusieron a la mitad de los soldados entre ellos y los salvajes. Para Zaldívar y los cuatro capitanes no había otra obsesión: que ni se acerquen. No lo hicieron. No, al menos, de forma organizada, previsible, metódica. Claro que, de cuando en cuando, algún que otro guerrero se retrasaba y metía mano entre los animales, pero... Los españoles lo espantaban sin miramientos y el guerrero reulaba rápido. Probablemente, el jefe Gregorio les había advertido de que se anduvieran con ojo; que no

convenía tentar demasiado su suerte en lo que a los españoles respectaba. No, al menos, si pretendían alcanzar el objetivo que perseguían, fuera este cual fuese.

Sí sucedió, porque era previsible y porque, además, estas cosas siempre suceden, que los escanjaques quisieron saber a qué diablos iban los españoles. Serían salvajes medio desnudos de la Norteamérica profunda, pero no tontos. De hecho, al adelantado le había dado, últimamente, por pensar lo contrario: que no había un maldito indio en este santo territorio que hubiera nacido ayer.

Al mediodía, la gran columna se detuvo para realizar un descanso y recuperar fuerzas. El calor caía como un mazo sobre sus cabezas, aunque eso no parecía ser un problema ni para los unos ni para los otros: los escanjaques estaban acostumbrados y los españoles se habrían dejado amputar un brazo antes que mostrar el menor signo de debilidad. Llevaban demasiadas semanas avanzando con las mallas y las corazas puestas como para que ahora, llegado el momento de la verdad, fueran a quejarse por tonterías. Adelante.

Durante el descanso, el jefe Gregorio se acercó al lugar donde, sentados en sillas de madera y formando un círculo, Oñate y la oficialidad tomaban un bocado. No les gustaba almorzar, porque lo consideraban una pérdida de tiempo, pero la parada había sido idea de los escanjaques. Algo querían, pensaron. Algo querían, acertaron.

El jefe Gregorio venía con Bernardo, Lute y Casco. Desconocían exactamente la jerarquía militar escanjaque, pero Zaldívar dijo que a él le parecía que Bernardo y Casco eran capitanes mientras que Lute no pasaba de teniente. Cuando le preguntaron por qué, respondió que tenía la mirada un tanto soñadora y que eso, en sí mismo, supone un impedimento insalvable para ascender al rango de capitán. ¿Acaso alguno de los capitanes españoles allí presentes se tenía por soñador? Todos se apresuraron a negar con la cabeza. De las Casas intervino para preguntar si las riquezas contaban y Zaldívar repuso que por supuesto que no. Las riquezas se anhelan, no se sueñan. Son cosas completamente diferentes.

El caso fue que hubo que avisar a Jusepe Gutiérrez, porque, junto a los escanjaques, venía el prisionero apache que hacía las veces de traductor. Oñate llamó a su perro y lo obligó a sentarse entre sus piernas. Dado el sistema de comunicación que mantenían con los escanjaques, aquello les llevaría un buen rato.

—Putos indios... —farfulló, malhumorado, con ellos delante. El jefe Gregorio miraba hacia el frente con el semblante muy serio.

—¿Viene Jusepe o qué? —preguntó Zaldívar.

Venía, venía sudando la gota gorda, el pobre. Maldecía el momento en el que se había embarcado en aquella empresa. Quería las riquezas, las quería tanto como todo el mundo, pero su arreglo con el adelantado había sido claro: estaba allí como guía, y no como intérprete. Aunque, claro, ponte tú, aquí y ahora, a discutir los pormenores del contrato... Debía aguantarse y lo sabía. Maldeciría igualmente, en cualquier caso. Al final, es el único desahogo que le resta a un hombre bueno.

—Disculpe, adelantado... —musitó Jusepe mientras se secaba el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Tranquilo, muchacho —dijo Oñate. Se sentaba en la silla con las piernas abiertas y la espalda inclinada hacia delante. Nadie había invitado a los escanjaques a que tomaran asiento junto a ellos. Deliberadamente—. A ver si puedes hacer el favor de enterarte qué cojones quiere ahora esta gente...

Jusepe Gutiérrez cruzó unas cuantas palabras con el apache, el apache las tradujo a los escanjaques, estos hablaron entre ellos, consensuaron una respuesta, se la hicieron saber al apache, este se la explicó a Jusepe Gutiérrez y Jusepe Gutiérrez, por fin, la comunicó en español. Pensaron que ojalá tuvieran una fuerza de combate suficiente para matarlos a todos. Cualquier cosa sería preferible a soportar indefinidamente esta tortura.

—El jefe Gregorio pregunta que cuáles son nuestras intenciones.

Durante unos instantes, nadie dijo nada. De hecho, nadie se movió, ni intercambió miradas, ni despegó los labios tan siquiera para humedecérselos.

—Dile que nos encaminamos hacia el norte —expresó, al cabo de un rato, el sargento mayor.

—Pero, capitán —adujo Jusepe—, creo que eso ya lo saben...

—Tú díselo.

—A la orden.

Oñate, entonces, pasó la mano por la cabeza de Yunque y la acarició muy despacio. Después, levantó los ojos y miró a sus hombres.

—Algo tenemos que contarles —fue Espinosa el primero en hablar.

Oñate asintió. Sí, algo tendrían que contarles. Disponían de dos minutos para decidirlo. Lo que tardaba Jusepe en hacerles llegar el mensaje que Zaldívar le había indicado.

—Les diremos que seguimos los pasos de la expedición de Humaña y Leyva. A los frailes les contamos lo mismo y no parece importarles. Hasta es posible que sepan algo de ellos...

—Han transcurrido seis años, adelantado —objetó De las Casas.

—Es mucho tiempo, sí... —reflexionó Oñate—. Pero puede que les llegara alguna noticia de ella. Así, podríamos justificar nuestra presencia aquí sin necesidad de dar más explicaciones.

—De acuerdo —terció Zaldívar, quien, tras hablar, guardó silencio. Todos lo hicieron. En aquel momento, solo Jusepe Gutiérrez y el apache hablaban.

La respuesta resultó ser la esperada. Que ya saben que van hacia el norte. Jusepe y el apache dedicaron un buen rato a clarificar la noción del punto cardinal llamado norte, el cual, al parecer, no significa lo mismo para todas las naciones. Si para los españoles es lo contrario del sur, para los escanjaques supone aquel lugar donde habita el enemigo. Norte, en jerga escanjaque, se identifica con el lugar al que se va a vencer o a morir.

—Tócate los cojones... —murmuró Sosa. Como el resto de españoles, se sentaba en una silla con las piernas abiertas, la espalda inclinada hacia el frente y los brazos apoyados en las rodillas. Yunque lo miró y pareció que lo comprendía, pues sacó la lengua y se fue hacia él jadeando. Sosa lo acarició sin prestarle demasiada atención.

—Jusepe —dijo Zaldívar en tono imperativo.

—Diga, capitán —repuso este.

—Explícales que hace seis veranos... —se interrumpió y volvió la cabeza hacia los capitanes —: ¿Estos hijoputas contarán los años por veranos?

Espinosa y De las Casas se encogieron de hombros. A saber. Veranos, primaveras, la migración de los bisontes... Los indios son capaces de volverte loco con sus rarezas. Si tuviesen tiempo, harían que los frailes les explicaran que el año comienza en enero y finaliza en diciembre, y que eso es lo cristiano, lo cabal y lo civilizado.

—Yo les hablaría de los veranos —dijo Montesinos, quien, hasta entonces, se había mantenido en silencio.

—Sí, será lo mejor —asintió Zaldívar—. Ya se harán una idea de por dónde vamos. A ver Jusepe, atiende a esto. Diles que hace seis veranos pasó por aquí una expedición de españoles. Tíos blancos como nosotros, con barbas y caballos. Diles que los buscamos, que queremos saber qué fue de ellos.

Jusepe enarcó las cejas, se giró hacia el apache y comenzó a traducir. Aquello era largo de verdad. Precisarían de, al menos, cinco minutos para obtener una respuesta.

—Putos Humaña y Leyva... —dijo Sosa levantando la cabeza y observando el grandioso azul profundo del firmamento. Podían oler el aroma dulzón de los inmensos prados de flores que se extendían hasta el horizonte.

—¿Y si no se lo tragan? —preguntó, al rato, Espinosa.

—Se lo tragarán —respondió Zaldívar.

—No sé...

—¿Por qué no iban a hacerlo? Suena sensato. ¿Acaso ellos no irían en búsqueda de su propia gente?

—Lo dudo...

—Ya, yo también.

—Aunque quizás cuele.

—Colará.

Para entonces, Jusepe Gutiérrez y el apache habían terminado de conversar. El primero dijo algo que los dejó atónitos:

—Dicen que nos aguardaban desde hace varios años.

Los hombres se cruzaron unas cuantas miradas rápidas. Sabían que los escanjaques no perdían detalle, pero en San Gabriel se jugaba mucho a los naipes y a disimular la mano no les ganaba nadie.

—¿Eso es todo? —preguntó el sargento mayor.

—Bueno, sí...

—Hostia puta, Jusepe, no me jodas. Lleváis media puta hora hablando. No me digas que solo te ha dicho media docena de palabras.

—La comunicación no es sencilla, capitán...

—De acuerdo —cortó Oñate. Jusepe no sabía jugar a las cartas y ello podía hacer que la estrategia de los españoles se echara a perder. Necesitaban siempre cierta ventaja sobre los escanjaques. Ir un paso por delante—. Jusepe, estás haciendo un buen trabajo, no te preocupes. El puto apache es el que nos retrasa. Tú estate tranquilo y sigue traduciendo. Pero mantén la calma, ¿lo entiendes? Fíjate en nosotros. Aquí no sucede nada. Estamos pasando la tarde en buena compañía.

—Sí, señor —repuso Jusepe.

—Muy bien... —dijo el adelantado incorporándose un poco y tomando aire—. Ahora quiero que les preguntes por qué nos aguardaban.

—De inmediato, adelantado.

Los hombres regresaron al silencio mientras la pregunta saltaba de idioma en idioma.

—Definitivamente, esto está tomando un cariz que... —dijo Espinosa.

—Han tenido mil oportunidades para saltar sobre nosotros y no lo han hecho —expresó Montesinos. El argumento comenzaba a resultar repetitivo, pero su propia situación los abocaba a

ello: solo les podía suceder algo muy bueno o algo muy malo. Sin medias tintas.

Hacia el sur, escucharon el relincho de sus caballos. Cientos de ellos brillando sudor al sol de la tarde. ¿Podría decirse que se sentían dichosos? Podría, qué diablos. De alguna manera un tanto extraña, daba gusto estar ahí. Lo daba, pues los hacía sentirse llenos. Llenos no de vida, ni de emociones, ni de esas zarandajas que tanto ansían los idiotas, los aventureros y los que siempre terminan palmándola. No, ellos sentían la felicidad que proporciona la certeza de saberse en el lugar correcto y en el momento justo. De alguna forma, disponían de la total convicción de reconocerse como el punto en torno al que el mundo, la parte del mundo que realmente importa, gira.

—Dicen que nos esperaban porque recuerdan la expedición de Humaña y Leyva —explicó Jusepe.

—¿Ah, sí? —frunció el ceño Zaldívar. Tenía mechones de pelo pegados a la frente bajo el morrión—. ¿Solo por eso? No lo entiendo...

—Afirman que alguien escapó.

—Sí, claro, joder... ¡Tú!

—He pensado que era mejor no aclararlo... Ellos no me vieron jamás.

—Bien hecho, Jusepe, bien hecho... Pero eso sigue sin explicar por qué cojones nos aguardan desde hace seis putos años.

Jusepe Gutiérrez tomó aire antes de continuar.

—Porque —comenzó—, al igual que saben que un hombre escapó de los quiviras, saben que otro fue hecho prisionero.

—¿Cómo?

—Prisionero. Sostienen que los quiviras lo mantienen vivo entre ellos y esperan que algún día venga alguien e intente rescatarlo.

—Es decir, nosotros.

—Creo que sí, capitán. Nosotros...

De pronto, la situación había dado un vuelco. Ya no eran unos tipos que llegaban desde la nada. Al contrario, eran los tipos cuya llegada se esperaba desde tiempo atrás. Por qué y para qué serían cuestiones que ahora deberían dilucidar.

—¿Esto es un golpe de buena suerte o de mala suerte? —preguntó Sosa.

—Yo diría que de buena —contestó Espinosa—. Si hay un prisionero español en Quivira, el camino se nos allana de forma notable. Ese cabrón ha tenido tiempo de aprenderlo todo acerca de los quiviras. Nos llevará hasta las riquezas.

—¿Y quién dice que los escanjaques no nos están mintiendo? —intervino Zaldívar—. No nos fiemos de estos hijoputas, no nos fiemos ni por un momento...

—¿Qué motivo tendrían para estar mintiéndonos? —preguntó De las Casas.

—Quizás quieran llevarnos hacia el norte y usen al supuesto prisionero español como treta para lograrlo —aventuró Montesinos.

—¡Pero qué treta ni qué pollas! —exclamó el sargento mayor. Sin levantar la voz, sin inflexionar en lo más mínimo sus palabras. Discutían airadamente sin parpadear una sola vez más de lo necesario—. ¡Ya estamos yendo hacia el norte!

—Quizás quieran asegurarse y...

—No, joder, Montesinos, no... Eso no tiene demasiado sentido.

—Si hay un prisionero español, debemos encontrarlo —sentenció Oñate—. Pero antes necesitamos averiguar cuál es el interés de los escanajes en todo esto. ¿Nos ayudan por nuestra cara bonita? Eso sí que no me lo creo. Estos capullos quieren algo.

—Las riquezas de los quiviras —aventuró Espinosa.

—¿Y por qué no las consiguen por sí mismos? —preguntó Sosa.

—Puede que teman a los quiviras.

—¿Y que precisen de nuestra ayuda?

—¿Por qué no? Somos poderosos.

—Somos cuatro gatos. Setenta soldados y para de contar. Ellos tienen, ahí mismo, a tres mil guerreros dispuestos para la batalla.

—A pie y armados con hachas de filo de piedra. Nosotros traemos la puta furia del infierno a nuestro lado. Armaduras, escopetas, caballos y unas espadas que te parten en dos de un solo golpe. Lo saben demasiado bien como para perder la oportunidad.

—Por eso mismo, quizás se lo estén inventando todo. No deberíamos fiarnos de ellos.

Yunque jadeó y el adelantado silbó para llamarlo a su lado. El perro se acurrucó entre sus piernas.

—Jamás debemos fiarnos de nadie —dijo en voz dura y baja—. Jamás. Es la única puta regla que hay que seguir. Hagamos todo el puto teatro del mundo, finjamos lo que nos convenga en cada momento, simulemos alianzas o lo que sea preciso. Pero nunca, bajo ningún concepto, nos fiemos de nadie. Solo nos tenemos a nosotros mismos, ¿está claro?

Los cuatro capitanes y el sargento mayor levantaron los ojos y miraron a Oñate. Eso significaba que, sin la menor fisura, estaban de acuerdo con su capitán general.

—Pues a ello —terminó el adelantado—. De momento, estoy con De las Casas. No creo que tengan motivos para mentirnos salvo que sean unos tarados retorcidos e incomprensibles, cosa que, dicho sea de paso, no descarto por completo. Pero si nos atenemos a lo que hay, la lógica nos dice que no necesitan animarnos a continuar porque ya estamos yendo hacia donde ellos quieren ir. Ni siquiera tendrían que haber venido a contarnos sus gilipolleces. Con dejarnos cabalgar, habría sido suficiente.

—Pero se han detenido —dijo De las Casas, animado por el hecho de que el adelantado se había sumado a su tesis.

—Nos tantean, eso es todo —intervino ahora Zaldívar—. Este es su modo de reunir información sobre nosotros. Quieren saber de qué somos capaces.

—Ya intuyen de qué somos capaces —expresó Sosa.

—Pero me juego el cuello a que desean saber si a la hora de la verdad haremos lo que hay que hacer.

—¿Que es...? —preguntó Montesinos.

—Esa es la puta pregunta sin respuesta —razonó Zaldívar. Hizo una pausa y se dirigió a Jusepe Gutiérrez, que había escuchado, en silencio, toda la conversación—. Jusepe.

—Diga, capitán.

—De lo que has hablado con el apache, ¿dirías que los escanajes están a buenas con los quiviras?

Jusepe Gutiérrez no necesitó pensar demasiado.

—No, capitán, no. El apache me ha dicho varias veces que los escanjaques odian a los quiviras. Y que los quiviras odian a los escanjaques. Al parecer, mucho tiempo atrás estuvieron en guerra, pero últimamente guardan las distancias.

—¿Y por qué no nos lo habías contado? ¿Es que tenemos que andar sonsacándote o qué cojones?

A Jusepe se le descompuso el gesto.

—No sé, señor, no creí yo que... Mire, intento responder a sus preguntas lo mejor que puedo. Pero no es fácil, no es fácil, capitán... Yo...

—Vale, vale, no discutamos entre nosotros.

El jefe Gregorio y sus guerreros observaban en silencio la conversación que mantenían los expedicionarios. Continuaban de pie, a cinco pasos de distancia del grupo de españoles sentados en corro.

—Nos llevan a la guerra —sentenció Oñate.

—Es posible, pero ¿cómo pueden estar seguros de que lucharemos en su bando? —preguntó Zaldívar.

—Los quiviras tienen en su poder a uno de los nuestros, ¿no?

—Eso afirman ellos.

—Pues creen que lucharemos para rescatarlo.

—¿Y lo haremos, adelantado?

—Por supuesto que sí. Es la llave que abre la puerta tras la que se guardan las riquezas de Quivira.

—Si es cierto que existe ese hombre y está vivo.

—Si lo es...

Oñate, despacio y estirando los hombros dentro de la armadura, se puso en pie. El resto de oficiales le imitó.

—Seguimos hacia delante —añadió—. Si hay un prisionero español, lo encontraremos. Si no, ya improvisaremos.

Que es lo que tan bien se nos da.

* * *

Hasta cierto punto, claro. El adelantado decidió que no los sorprenderían. O que, si lo hacían, no sería porque ellos, antes, no habían puesto todo de su parte para que algo así no sucediera. No se fiaban de los escanjaques y se fiaban, menos aún, de los quiviras, una nación que, según parecía, extendía sus dominios unas pocas leguas frente a ellos, pero con la que no habían tenido contacto en su vida.

Así que sí, improvisarían, pero solo hasta cierto punto. Oñate no solía ser partidario de restar elementos al grupo, pues creía que el grupo era la unidad básica de exploración. Vamos juntos o no vamos. Los hombres, contados de uno en uno y sin más sostén que sus propias capacidades, no servían de gran cosa. Un hombre muere siempre en Norteamérica. La expedición, y vive Dios que pensaban demostrarlo con hechos irrefutables, triunfa, siempre triunfa.

Pero también a la fuerza ahorcan, así que, no sin cierto recelo, el adelantado decidió enviar a tres hombres en avanzadilla. Tres soldados que se movieran rápido, que fueran capaces de despistar a los escanjaques, que supieran internarse en territorio quivira sin ser descubiertos. Ir, echar un vistazo y regresar, raudos, para informar. Hemos advertido esto, esto y esto. Actuemos, en adelante, con conocimiento de causa.

Por supuesto, Zaldívar cabalgaría al frente de la partida. Ni Oñate lo dudó, ni al sargento mayor se le pasó por la cabeza que existiese otra posibilidad. Él mismo eligió a los dos soldados que le acompañarían. Debían ser de la máxima confianza, entendida esta en el sentido que los españoles le otorgaban: creo de una forma razonablemente optimista que puedo dejar mi vida en tus manos, que no me apuñalarás por la espalda, que, de darse el caso, nos auxiliaremos los unos a los otros aunque ello signifique poner nuestras vidas en serio peligro. León y Ayarde. Ellos fueron los tipos que Zaldívar señaló. De los que se hallaban en San Gabriel desde el primer día. Tú y tú, llenad las cantimploras y veníos conmigo. Confiaba en ellos más que en una esposa pero menos que en una madre. No estaba nada mal. En serio, nada mal.

La tarde avanzaba muy lenta, muy pegada a los cuerpos, a la tierra, al calor. Zaldívar, León y Ayarde cabalgaban a un trote tranquilo para no agotar a los caballos. Llevaban todo, es decir, la plena invulnerabilidad: las cotas de malla, las armaduras sobre ellas, los protectores en los muslos y las rodillas, botas, guantes, morriones y espuelas. Las escopetas cargadas y las espadas recién engrasadas. Algo de comida, agua y la sensación de que la luz los penetraba tan hondo que les horadaba las entrañas.

—Recordad —dijo Zaldívar, quien cabalgaba en el centro—, solo vamos a observar. Si se presentan problemas, nos damos media vuelta y salimos cagando hostias. No quiero líos, ¿de acuerdo?

—Lo que usted diga, capitán —repuso Ayarde.

—Nos moveremos con sigilo —añadió León. Se inclinó hacia delante en su montura y giró la cabeza para sonreír a Ayarde en su posición al otro lado del sargento mayor.

Los españoles hacían bien muchas cosas, pero moverse con sigilo en campo abierto no era una de ellas. Ellos tres podrían con una veintena de guerreros indios a pie, de eso no cabía duda. Los matarían sin vacilación, uno detrás de otro, según fueran viniendo y alzando ante ellos sus rudimentarias armas. Un soldado español a caballo era como un castillo desde cuyas almenas te lanzan aceite hirviendo. Acabas por apoyar tu escalera y acabas por poner hombres en lo alto de ella. Pero, mientras lo haces, los de arriba te han abrasado media compañía.

Sí, eran duros, pero la rudeza no armoniza bien con la discreción. En cuanto se acercaran a media legua del primer asentamiento quivira, los quiviras, por muy torpes que fueran, los descubrirían. Contaban con ello y no le daban más vueltas. Con un poco de suerte, quienes lo hicieran correrían a dar la voz de alarma: llegan tres barbudos a caballo; sí, igualitos a aquellos que vinieron hace seis años.

Si así se sucediesen los acontecimientos, se daban con un canto en los dientes. Ello significaría que dispondrían del tiempo necesario para completar su misión. Un vistazo rápido, una composición de lugar y aire.

—La verdad es que estoy un poco ansioso por llegar... —dijo León, algo después—. Te pasas tanto tiempo en el camino, sin hacer nada...

—Una pizca de acción nos vendrá bien —añadió Ayarde.

—Nada de acción —advirtió, de nuevo, Zaldívar.

—No se ponga así, que ya le hemos entendido —repuso Ayarde—. Me refería a que ya era hora de que hiciéramos algo distinto. Uno se muere de asco avanzando jornada tras jornada a paso de buey...

—Yo tengo unas ganas locas de echarle mano a las riquezas de Quivira —rio León.

—No hoy, ¿entendido? —insistió el sargento mayor.

—Que sí, capitán, descuide usted —le tranquilizó León—. Pero, joder, hemos venido a lo que hemos venido, ¿verdad?

—Verdad —accedió Zaldívar.

—Ah, y las princesas quiviras... —fantaseó Ayarde.

—Tendrán la piel del color de la tierra húmeda —continuó León—. Los ojos, negros como tizones. El alma...

—Espero que muy sucia —atajó Ayarde con una sonrisa de oreja a oreja.

Vadearon un tranquilo arroyo y se internaron en un pastizal donde la hierba tenía el tamaño de un brazo. Todo estaba en calma, pero aquí siempre todo estaba en calma, que es lo peor que le puede suceder a un expedicionario. Te acostumbras, te acostumbras a que hoy nada suceda, a que mañana nada suceda, a que nunca suceda nada. Y, tarde o temprano, bajas la guardia. Sabes que no debes hacerlo, que bastará un instante para que salten sobre ti cuando estés desprevenido, pero tú, que eres humano y estás hecho de carne y hueso, te despistas.

—No os despistéis —dijo Zaldívar.

Por supuesto, los capitanes se desgañitaban para que nada de eso sucediera. Mientras sueñas con delicadas princesas quiviras, un bastardo puede estar aguardándote en la hierba. Agazapado, como un perro salvaje. Y se irá a por ti de un salto, y te arrancará la yugular de un mordisco, y ninguna de tus protecciones servirá de nada, y estarás muerto.

Como lo estaba el tipo con el que se toparon. Allí no había árboles, ni asunto que se le pareciera. A ratos, los observaban en lontananza, pero siempre les daba la sensación de que se hallaban fuera de su ruta. Como si Dios les indicara el camino alzando troncos en los lugares hacia los que no debían aproximarse. Una sensación un tanto extraña, aunque tan cierta como que tres hombres cabalgaban sin prisa hacia el norte.

El tipo. Bueno, o lo que quedaba del tipo. En realidad, se trataba de poco más que un esqueleto. Zaldívar, Ayarde y León llegaron hasta él y el sargento mayor mandó parar tirando suavemente de las riendas de su caballo y silbando un poco de aire hacia dentro. Caballo. Pronunciaban la palabra tanto para arrancarlos como para detenerlos, y siempre, siempre, alargaban mucho la última letra. Caballoooooo... Hasta perderla en la paz, en el silencio reinante, en la inmensidad que se abría ante sus ojos.

—Me cago en todo el puto Nuevo México... —farfulló Ayarde. No había viento, ni brisa, ni sonidos. Solo hierba y un aroma a cosas buenas en el ambiente.

Alguien había clavado un palo en mitad de la llanura. Nada en cualquier punto cardinal, nada hasta allá donde se perdía la vista. Y alguien vino y clavó un palo bien alto aquí. Para que, quien llegara desde el sur, se lo topara sí o sí. Los tres hombres levantaron la cabeza y contemplaron lo que al palo habían atado con tiras de piel de bisonte.

El esqueleto de un español. No les cupo duda, de ahí que Ayarde se cagara en todo el puto Nuevo México. Y que Zaldívar no se molestara en llamarlo al orden. Porque era para cagarse en

eso y en más.

Se trataba de un esqueleto porque a la vista estaba. Completo, con todos sus huesos, los grandes y los pequeños. Hasta las últimas falanges de los dedos de los pies. Los tíos que se habían tomado la molestia de clavar el palo y asir a él el esqueleto se habían tomado, también, el trabajo de limpiarlo a conciencia. A un esqueleto, no le sacan el brillo de esta forma ni el sol ni las alimañas. Lo habían cocido largamente, sí señor. Y quien lo había hecho sabía lo que hacía.

—Cocido... —confirmó León.

—Me cago en todo el puto Nuevo México —repitió Ayarde, que no salía de su estupor.

Zaldívar levantó la cabeza e hizo que su caballo se aproximara un poco más. Desde luego, lo habían cocido, no cabía duda. Tú, si quieres limpiar un esqueleto humano, has de llenar una olla de agua clara y encender una buena fogata bajo ella. Poner el agua a hervir en lo que te lleve, que suele ser, dependiendo del tamaño de la olla, sus buenos treinta o cuarenta minutos. Y luego, una vez que el agua está a punto de borbotear, echas dentro el cuerpo desnudo que deseas pelar. El truco que solo los buenos cocedores de carne humana conocen viene ahora: retira unos cuantos troncos de la hoguera para que el borbotillo se mantenga tranquilo y el cuerpo no se recueza. Si se te va la mano con la llama, luego no hay hijo de madre que desprenda la carne del hueso. Y si el objetivo final es pelarlo... Pues no te digo más.

Oh, y lo de español. Se trataba del esqueleto de un español. Y lo supieron de inmediato porque los mismos cabronazos que lo pusieron ahí se tomaron la molestia de rematar la calavera con un morrión de los nuestros. Para que a quien venga y lo vea le quede claro: esto es lo que hacemos por aquí con los españoles que vienen a tocarnos las princesas. Que, a malas, todo el mundo es malo y nosotros, el infierno a este lado de la grieta abisal.

—¿Qué es eso que hay grabado en el morrión? —preguntó Ayarde mientras entornaba los ojos para ver mejor.

—No sé —musitó Zaldívar, que se hacía sombra situando la mano izquierda sobre los ojos—. Parece...

—¡Joder...! —exclamó Ayarde.

—¿No contaba Jusepe que...? —balbuceó León.

—Sí —respondió Ayarde. Tras lo cual, se le cayó la mandíbula y la mantuvo así durante un rato.

—Es una cruz de San Andrés —confirmó Zaldívar. Labrada en el frente del morrión, de un morrión que brillaba con tanta fuerza que parecía que le habían sacado brillo esa misma mañana. Y sabían que no era una cruz de San Andrés cualquiera. Sabían que era la cruz de San Andrés de la que tanto habían oído hablar. Porque cuando te pasas tres largos meses en una expedición a través de la Norteamérica desierta, te cuentas hasta la más nimia de las intimidades. En serio, pon a ciento y pico hombres a cabalgar en solitario de sol a sol, todos los días de la semana, siempre hacia el frente, siempre sin nada que hacer salvo avanzar y... Y terminarán por contarse lo incontable. Si alguien tenía una historia, la relataba. No una vez sino decenas. Eso, en el caso de que la historia fuera de las flojas. Porque si tu historia era buena, buena de verdad, te verías obligado a contarla una y otra vez, una y otra vez, aunque todos y cada uno de los hombres se la supiera ya de memoria. Pero cuando no hay nada que hacer, absolutamente nada que hacer, cualquier memez supone un acontecimiento. De manera que Jusepe Gutiérrez y la narración de cómo se las vio y se las compuso en la expedición de Humaña y Leyva constituía uno de los

relatos más solicitados por los hombres de la expedición. También el de su posterior huida y la inesperada estancia entre los apaches, aunque no tanto: una batalla contra una nación exótica en un paraje misterioso superaba, con creces, cualquier historia que pudiera contarse jamás. Intentabas inventártela y no te salía tan bien. Por ello, por ello precisamente, porque lo habían escuchado una y mil veces, todos los españoles de la expedición conocían que Humaña, el gordo Humaña, tenía un morrión con una cruz de San Andrés labrada en el frente.

—Pues tan gordo no parece... —comentó Ayarde.

—En esqueleto, todos los hombres somos iguales —explicó León.

—¿Como a los ojos de Dios?

—Tú lo has dicho.

—Joder con el puto Humaña...

Hicieron una pausa, puede que para reflexionar. O simplemente porque nada transcurría deprisa allí y las pausas formaban parte del lugar.

—¿Usted cree que nos lo han puesto aquí para nosotros, capitán? —preguntó, entonces, León.

Zaldívar continuaba observando el esqueleto sujeto al palo. Si no era una advertencia, que se lo tragara la tierra con caballo y todo.

—¿Ves más gente por los alrededores? —devolvió la pregunta el sargento mayor.

Cuando atraviesas circunstancias y lugares totalmente desconocidos, te pasas los días tratando de dilucidar si lo que te sucede es bueno o malo. Ese mismo día, el capitán Sosa había formulado dicha cuestión cuando se enteraron de que los quiviras mantenían un prisionero español entre ellos. ¿Se trata de un golpe de buena suerte o de mala suerte? Siempre con la maldita duda a cuestas. Nunca estaban seguros del todo con respecto a nada, lo cual es un inquietante modo de moverse por el mundo.

Bien, pues aquí tenían una certeza palmaria. Terrible pero indubitable.

—Nos aguardan... —resumió Ayarde.

Que vaya por Dios. Estuvieron a punto de no venir, porque el viaje no era ninguna broma. Esperaban salir de aquí con las manos llenas, pero la inversión para lograrlo no era de las de tomársela a risa. Así que el adelantado se lo pensó, vaya que si se lo pensó... Al final, era él quien ponía los dineros sobre la mesa, quien compraba los suministros, quien pagaba las soldadas.

Estuvieron a punto de no venir y ahora resulta que tanto los escanjaques como los quiviras los esperaban como agua de mayo. Naciones salvajes e hijoputas aguardándolos en mitad del territorio más lejano y expuesto que puedas imaginarte. Nos da una tranquilidad inmensa. De ahora en adelante, dormiremos siempre a pierna suelta.

—¿Qué hacemos, capitán? —preguntó León.

—Habría que regresar e informar al adelantado... —sugirió Ayarde.

Zaldívar se lo pensó un rato y, después, giró su caballo para encarar a sus hombres.

—No, seguimos —dijo—. Esto no es para tanto. Un avisillo.

Los dos soldados apretaron los labios.

—¿Un avisillo, capitán? —preguntó Ayarde—. Mire usted, que se trata del puto Humaña.

—Que le den por culo al puto Humaña —respondió el sargento mayor—. Si está ahí, es por idiota.

—Lo sé, capitán, si eso yo no se lo pongo en duda... Lo que me preocupa no es el puto Humaña, sino los malparidos que lo han puesto en nuestro camino.

—Que lo han puesto en nuestro camino para que, en cuanto lleguemos, nos lo topemos — completó León.

—¿Y qué? —se les encaró Zaldívar—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Regresar a casa? ¿Porque unos tarados nos pusieron un esqueleto delante de las narices y nos cagamos de miedo?

—No nos cagamos de miedo, capitán —dijo, herido en su orgullo, León.

—Bueno, un poco sí —se sinceró Ayarde—. A mí me han acojonado, lo digo como lo siento. No me haría ni puta gracia acabar como ese infeliz de ahí...

Señaló el esqueleto. Tenía un aspecto terrorífico, con los huesos inhumanamente blancos, la sonrisa de calavera y el morrión coronándolo.

—Lo han puesto ahí para que nos entre el canguelo. Para que el miedo nos torne débiles — razonó Zaldívar—. Pero que les den por culo. No vamos a retroceder ni un solo paso. No, ahora que estamos aquí. Además, si fueran duros de verdad, si tuvieran lo que hay que tener, no se andarían con avisillos. Nos saltarían al cuello y nos lo rajarían de oreja a oreja. Como hacen los apaches. ¿Vosotros habéis visto alguna vez a los apaches dando avisillos?

—No, la verdad es que no... —contestó León.

—Los apaches son unos enemigos como Dios manda. Se te vienen a la cara y te intentan matar. Sin polladas.

—Ahí sí que tiene usted razón —concedió Ayarde.

—Cuando se tiene, se tiene —se sumó León.

Los dos soldados no se habían dejado convencer por el sargento mayor. Tampoco les importaba mostrarse débiles ante él. Si por un instante creyeran que continuar no merecía la pena, no solo lo habrían dicho en voz alta, sino que habrían actuado en consecuencia y con todas las consecuencias. Pero Zaldívar tenía razón. Perro ladrador, poco mordedor. Y las riquezas estaban ahí delante. Los quiviras las protegían con trucos de prestidigitador. Merecía la pena comprobar si en la batalla resultaban tan hábiles.

—Escuchadme, este es el plan —dijo Zaldívar—. El adelantado nos ha ordenado que avancemos y echemos un vistazo al reino de Quivira. Bien, eso mismo es lo que vamos a hacer. Continuar hacia delante. Según lo que cuentan los escanjaques, estamos a menos de dos horas de distancia del primer asentamiento. Quiero verlo con mis propios ojos. Así que andando.

Chasquearon las lenguas y pusieron los caballos al trote. Humaña se quedó solo bajo el sol. No pareció importarle gran cosa.

* * *

Los escanjaques ya no suponían nada distinto a un incordio. El adelantado habría dado cualquier cosa por librarse de ellos, pues el adelantado, de otro asunto no, pero de aritmética sabía suficiente como para sonrojar a un doctor de la Iglesia. Porque cuanto todo esto lo pagas tú de tu bolsillo, desarrollas una capacidad casi mágica para sumar y restar constantemente, para convertirlo todo en números y los números, en probabilidades de éxito.

¿Sumaban en algo los escanjaques? No. Ni servían para guiarles hasta un lugar cuyo destino ya conocían, ni podían protegerlos de los peligros a los que, sin duda, terminarían por enfrentarse. Uno no viene hasta aquí y se va de rositas. Lo sabía el adelantado y lo sabía hasta el último memo

al cargo del ganado. Estamos a la conquista, y a la conquista se va armado hasta los dientes y dispuesto a todo, siempre, a todo, siempre, a todo. Las riquezas no caerían solas dentro de sus alforjas. Bien, pues los escanjaques, en esta tesitura, podrían ser más una molestia que una solución. Sobre todo, por lo incierto de sus pretensiones. Avanzaban junto a ellos pero, como ya habían deducido los españoles, para atender sus propias necesidades, fueran estas cuales fueran.

¿Restaban los escanjaques? Desde luego, y en gran manera. Debido a su simple presencia, el adelantado se veía obligado a dedicar hombres y más hombres a su vigilancia. Se habían redoblado los turnos de guardia y ningún soldado estaba autorizado a dormir más de cuatro horas seguidas. Eran pocos y los peligros los acechaban por doquier. ¿Que de momento no había sido para tanto? No, desde luego, pero ¿qué clase de conquistador es ese que sale a la buena de Dios y sin preocuparse de averiguar cuál será el momento exacto en el que te empiecen a llover las desgracias? Estaban sempiternamente en alerta y avanzar así agota hasta al más duro. No cierras los ojos del todo, no lo haces porque crees que sería un verdadero golpe de mala suerte que el enemigo te caiga encima justo cuando duermes a pierna suelta.

Así que ojalá que no estuvieran. Pero estaban. Al menos, quizás conocieran la localización exacta del prisionero español. Aunque, siendo honestos, tanto el adelantado como los capitanes lo dudaban, y mucho. Ni siquiera, en este preciso momento, pondrían la mano en el fuego por la veracidad de la historia. Le daban crédito, les interesaba hacerlo y les seducía la idea de que uno de los suyos les allanara el camino hacia el enriquecimiento absoluto. Sin embargo, su ingenuidad no iba tan lejos como para no creer que en la historia referida por los escanjaques podría haber dobleces.

En fin, al menos, tenían a Juan Rodríguez, el marino portugués. El mar del Norte no debía andar lejos y Oñate confiaba en que Rodríguez supiera hallarlo. Hasta ese día, lo había dejado más o menos en paz: cabalgaban juntos cada dos o tres jornadas, pero ni el adelantado ni el marinero sacaban el tema. No olía a mar y no merecía la pena andar torturándose por ello. Sabían que restaba trecho, que, según los cálculos que llevaban realizados desde San Gabriel, la salida al mar del Norte estaría, cuanto menos, a la misma altura que Quivira. Así que paciencia, mucha paciencia...

Ahora, el adelantado comenzaba a sentir inquietud. No por el mar del Norte en concreto, sino por todo en general. Había abandonado el cabalgar lento y adoptó un trote ligero que dejaba, con el paso de las horas, exhausto a Platero. Uno de los indios mexicanos al cargo de la caballada le sugirió que le diera un descanso, que él mismo le embridaba un buen animal para que pudiera montarlo, pero Oñate se negó en redondo. Llevaba demasiado tiempo a lomos de Platero como para que ahora fuera, por un quítame allá unos trotes de más, a cambiarlo por otro. Ni hablar. El indio mexicano agachó la cabeza, cerró el pico y lo mantuvo así durante el resto de la expedición.

De la inquietud a la ansiedad hay un solo paso, y Oñate lo recorrió porque no podía evitarlo, sí, pero también debido a que sabía que era lo mejor para todos: el hombre ansioso se consume por dentro pero atiende. Atiende, en un estado de alerta permanente, a las cosas que suceden en torno a él. No duerme, apenas come, siempre vigila. Habían llegado y la necesidad de saber antes de ver y escuchar se tornaba imperiosa.

Se acercó a la posición en la que cabalgaba el marinero. Algo retrasado con respecto a la columna, cerca de los frailes, allá donde acostumbraban a montar los hombres, pocos, cuya función en la expedición se encontraba postergada hasta que se diera el momento oportuno.

¿Habían llegado? El adelantado sospechaba que, si no era así, poco faltaba, de manera que pensó que no vendría mal mantener una conversación final con Juan Rodríguez. Para aclarar lo que se hallaba más que claro, lo cual, en Oñate, era obsesión.

—¿Qué me cuenta? —dijo sin molestarse en saludar. Habían dejado atrás las largas jornadas de plácido transitar. Entonces se saludaban por educación, porque qué menos entre hombres que se tenían a sí mismos como caballeros, pero también por matar un rato más de tiempo: entre el saludo y el inicio de la conversación, uno se podía permitir tres o cuatro minutos de silencio relleno, de existencia concreta y delimitada. Un lujo, un lujo...

—Poca cosa, adelantado —respondió Juan Rodríguez. Oñate había llegado desde la vanguardia de la columna y había detenido y girado a Platero casi en el sitio.

—Estamos, Rodríguez —resumió mucho Oñate.

—Lo sé, adelantado. Lo sé. Pero, de momento, sin noticias.

—¿No lo huele?

—No, señor. Me temo que no.

El adelantado esperaba que, antes de nada, el mar del Norte fuese oído. ¿Existe, acaso, alguna otra forma de hallar un océano? Estaba ahí, porque sabían que estaba ahí, y solo necesitaban toparse con él. A veces, daba la sensación de que lo encontrarían de la forma más simple: de pronto, la tierra se terminaría y comenzaría el mar. Una playa, o un acantilado, o quién sabe qué. Les daba igual. Pero el mar estaba ahí sin la menor duda y lo localizarían. Juan Rodríguez constituía, por decirlo de alguna manera, el seguro que Oñate había comprado para no dejar nada al azar. Puede que se dieran de bruces contra el agua y los caballos acabaran, sin apenas darse cuenta, con mar salada cubriéndolos hasta el corvejón, pero un hombre como el adelantado prefería asegurarse. Rodríguez sabía cómo olía el mar, un olor que para ellos, tíos de tierra adentro, no siempre se encontraba claro del todo.

—Pues tiene que estar ahí —sentenció el adelantado.

Juan Rodríguez opinaba lo mismo, aunque a ratos. Es decir, creía, al igual que Oñate, que el mar podía estar delante de ellos, aguardándolo impávido y majestuoso. A fin de cuentas, el mar siempre está en cualquier dirección y solo es necesario caminar durante el tiempo suficiente para topártelo. Lo cual le llevaba, directamente, a los ratos en los que disentía con el adelantado. En completo silencio, por supuesto, ya que él estaba, en la expedición y como todos, a las órdenes de Oñate, quien pagaba y con generosidad. Pero ¿qué hombre decía que en Quivira o un poco más allá, cerca según todas las cuentas, se ubicaba el mar del Norte? No lo sabían, sencillamente. Creían que estaba, tenían la certeza de que por allí andaba, lo anhelaban con más ahínco del, a juicio del marinero portugués, razonable. Porque al mar del Norte lo conocían muy bien, pues solo atravesándolo se podía llegar desde España hasta América, pero ¿se extendía tan al norte de la Norteamérica? ¿De verdad? Nadie lo había visto con sus propios ojos. Nadie. Ningún ser humano podía dar noticia de la existencia del canal que, según los españoles creían a pie juntillas, unía, por la parte más septentrional del continente, los mares del Norte y del Sur.

—Estoy atento, adelantado —repuso Juan Rodríguez—. Despreocúpese usted y deje este asunto en mis manos.

Oñate se giró sobre la silla de montar y miró directamente al marino. Un gesto en nada insignificante: girarse en la silla con la cota y la armadura puestas requiere de un esfuerzo que no

es descomunal, pero que es. Así que, cuando alguien como el adelantado lo hace, tú lo debes interpretar como de lo que se trata: de una interpelación de la que no puedes zafarte.

—Quiero hallar la salida al mar del Norte —dijo con voz monótona. Esa que siempre empleaba cuando tenía que comunicar algo de vital importancia para él—. Y usted me la va a encontrar como sea, ¿me está entendiendo, Rodríguez?

No eran amigos, porque el adelantado no los tenía, pero sí, en cierto modo, camaradas. Oñate respetaba a Juan Rodríguez y lo había tratado, hasta el día de hoy, como al tipo de hombre que esperaba que fuera: ese que le diera una de las alegrías de su vida. Lo hemos hallado, adelantado. Por fin, ahí lo tiene usted, señor. Cabalgue con nosotros tras aquella duna. Allí es.

No eran amigos y, por ello, Oñate usaba con Rodríguez el mismo tono ligeramente imperativo que utilizaba con los demás. Encuéntreme el mar, le dijo. No, le ordenó. Como si una cosa así fuera posible, como si bastara la férrea voluntad de uno y el buen hacer del otro para que el resultado fuera el esperado.

—Haré todo lo que esté en mi mano, adelantado.

Oñate le mantuvo la mirada durante un par de segundos más. Después, volvió a girarse para observar hacia el frente. Juan Rodríguez escuchó cómo las sujeciones de cuero de su coraza crujían durante el movimiento.

* * *

Quivira. Por fin. La auténtica, la real, la que llevaban tantos meses ansiando. Ahí estaba, frente a ellos, y fueron Zaldívar, León y Ayarde los primeros expedicionarios en toparse con ella.

¿Qué es Quivira? De momento, un prado. Otro, otro que anunciaba algo distinto, pues a nada visto hasta entonces se parecía. La hierba, de tan crecida que se hallaba, cubría casi por completo a los caballos, los cuales, en lugar de atravesarla, parecían encontrarse vadeándola. Pobres animales, asustados en aquel verdor que, con creces, superaba al tamaño de un hombre puesto en pie.

El sargento mayor ordenó que los soldados se separaran un poco los unos de los otros. Cuatro o cinco cuerpos, no más. Una posición de lento avance que permite muchas cosas: replegarse de inmediato si resulta preciso; emprender la dispersión en caso de que los atacaran desde diferentes ángulos; contener el miedo.

Un miedo muy sordo pero patente. Continuaba haciendo mucho calor, aunque tenían todo lo que un soldado, en semejantes circunstancias, puede desear: agua, mucha agua, y la posibilidad de guarecerse en la propia hierba, de escapar del sol, de algún modo, de desaparecer hasta que las cosas vengan mejor dadas. Sin embargo, eran hombres obligados a avanzar, a seguir siempre hacia delante, a cabalgar hacia el norte. Los desasosegaba. Ese silencio, esa calma, la serenidad que reinaba en el herbazal hacían que los hombres se sintieran incómodos. Un miedo, por lo tanto, sordo. Que sabes que debes sentir, que es bueno que sientas, que te mantiene alerta y despierto, pero que, no por ello, deja de inquietar. Los tres españoles apartaban hierba a su paso como quien aparta propósitos alcanzados.

Las vieron entonces. Por primera vez, divisaron auténticos quiviras. Auténticas, pues se trató de un grupo compuesto solo por mujeres. Las tenían a veinte pasos de distancia, puede que menos,

y fueron ellos tres los que las descubrieron antes, lo cual les permitió observarlas en silencio. Un par de minutos, no se trató de más, pero fue suficiente. Para los tres conquistadores españoles, aquella visión constituyó un antes y un después en sus existencias. No lo reconocerían, ninguno de los tres lo haría jamás, pero así fue y así lo recordaron para siempre. Descubrieron ángeles en mitad del cielo y solo con un silencio absoluto pudieron responder.

Zaldívar levantó una mano y detuvo el avance. Los caballos, ocultos en la hierba, comenzaron a mordisquearla distraídamente. Lo cual era bueno, pues hasta el que no sepa gran cosa en torno a estos animales podrá darse cuenta de que quien come no relincha. Así, en esa posición tan repentina, secreta y hasta maravillosa, las observaron.

El grupo lo formaban entre ocho y diez mujeres. No las contaron, pues no les pareció relevante hacerlo. Además, estaban demasiado ocupados mirando. Porque no hacían otra cosa salvo eso: desde lo alto de las sillas de sus monturas, con las crestas de las briznas de hierba a la altura de sus estómagos, los españoles se recogieron dentro de sí mismos y admiraron el prodigio de una belleza que nunca habrían soñado contemplar.

El prado se extendía mucho más allá, podían advertirlo dada la perspectiva que tenían desde sus caballos, pero las mujeres quiviras habían desbrozado un claro de unos cien pasos de largo y treinta de ancho y cultivaban maíz en él. Unas plantas altas, vestidas de ese verdor intenso que indica que el fruto se halla maduro y la cosecha próxima. Ninguno de los tres soldados había cultivado maíz, pero conocían bien el procedimiento. En San Gabriel, sin ir más lejos, disponían de varios maizales y un puñado de hombres y mujeres se dedicaba, en cuerpo y alma, a ellos. Hacían harina, y tortas, e, incluso, si la cosecha había sido abundante, comían directamente las mazorcas hasta hartarse.

Aquí, en Quivira, todo era igual y, no obstante, diferente. Repararon pronto en ello, y la propia hierba debería haberles dado una pista: en el reino de Quivira, las cosas eran iguales aunque más grandes, más espléndidas, más exuberantes. Tendrían ocasiones de averiguarlo y de confirmarlo. Lo que ahora venía no constituía sino el primer paso hacia un descubrimiento que pronto comprenderían en su total dimensión: Quivira era la nación donde el esplendor se extiende hacia los cuatro puntos cardinales.

¿Riquezas? Se habrían quedado cortos soñándolas.

Las mujeres trabajaban en el maizal y lo hacían sin demasiado ahínco, ya que parecían limitarse a comprobar el estado de las mazorcas. Gordas y apetecibles, pero a las que todavía les quedaba, por decir algo, una semana de maduración. No estaban, en modo alguno, ante una nación hambrienta, de manera que recogerlas con presteza no se aparecía como uno de sus objetivos inmediatos. Tenían tiempo, y el tiempo del que disponían lo empleaban en charlar entre ellas, en pasear entre las plantas de maíz, en reír. Reían de continuo y fue eso, precisamente, lo que embelesó a los tres españoles. Más, y puede que a esto no se dé crédito, que el hecho de que se hallaran completamente desnudas.

La mayoría eran mujeres jóvenes. Tenían cuerpos esbeltos aunque no delgados y la piel de un suave color dorado. Las cabelleras, de un negro intenso todas ellas, caían largas por la espalda y, de cuando en cuando, una leve brisa las acariciaba lánguidamente. Se trataba de mujeres sanas, bien alimentadas, felices. Mujeres que se comportaban como si nadie pudiera llegar desde el otro confín del mundo, detenerse a unos pasos de distancia y observarlas en silencio.

—Princesas... —susurró, entonces, Ayarde. Este soldado hacía tres meses que no había visto una mujer. Y ahora, frente a él, no una sino diez o casi diez se extendían y en una desnudez tan natural que se tornaba incomprensible. Las había tomado por princesas, pero igualmente podría haberlo hecho por reinas, o diosas, o sacerdotisas de un culto privado solo a ellos destinado.

—Princesas... —repitió León. No apartaban la mirada de los cuerpos desnudos, que iban y venían, que a veces se mostraban de frente y, a veces, de espaldas.

—No... —dijo Zaldívar, a quien el rango no lo libraba del embobamiento—. Solo son..., mujeres...

Sí, pero tan inundadas de luz y placidez que podrían ser lo que ellas mismas quisieran.

También la cara oculta de lo que observaban: un peligro indeterminado que, de pronto, podría abalanzarse sobre ellos y despedazarlos.

Pensaron más cosas, o se disponían a hacerlo, pero algo sucedió y el proceso quedó interrumpido.

Las mujeres, de pronto, repararon en su presencia. Enmudecieron de inmediato y algunas, las que más lejos se encontraban del resto, caminaron hacia el grupo. Ninguno de los tres españoles diría que se asustó. Al menos, ellos no distinguieron, en los semblantes de las mujeres, cualquier atisbo de algo parecido al recelo. De hecho, podría afirmarse, y sería verdad, que más miedo sentían los expedicionarios que las propias mujeres. Porque ellas estaban en casa. Porque ellas acopiaban una fuerza desconocida, porque ellas conocían el territorio, porque ellas sabían qué se desplegaba tras el prado y el maizal. Ellos no. Para ellos, el territorio era extranjero y Quivira, un misterio que todavía no habían resuelto.

Podrían haber desenvainado y haberlas matado, por supuesto que sí. No distinguían armas desde su posición en los caballos, pero, aunque las hubiera ocultas en la hierba, los españoles habrían vencido a las mujeres. Sin dudar y en un instante. Y si, en lugar de mujeres desnudas, fuesen aguerridos guerreros desde la cuna enseñados para la batalla, también. Sabían que podrían con ellos.

Y, sin embargo, los españoles sintieron miedo porque el miedo estaba ahí, en el aire, suspendido en torno a ellos, casi tangible.

—Mejor damos media vuelta —sugirió León.

—¿Qué..., qué llevan en el rostro? —preguntó Ayarde.

Era cierto. Notaban algo extraño desde el principio, pero dieron por hecho que se trataba de un efecto producido por la luz del sol reflejada en la hierba. O por el calor. O por el ensimismamiento que la propia escena provocaba en ellos.

—Parecen pinturas... —respondió Zaldívar.

Lo parecían. Bajo los ojos y extendiéndose a modo de franjas horizontales paralelas entre ellas, todas las mujeres lucían marcas de color carmesí.

—O tatuajes —aventuró León.

—O tatuajes —repitió el sargento mayor.

Las mujeres los miraban en silencio. Se habían agrupado pero no en exceso. Ninguna retrocedió o dio un paso atrás.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ayarde.

Zaldívar se lo pensó un poco. Lo correcto pasaba por dar media vuelta, regresar al lugar donde se hallaba la columna e informar. Habían encontrado la frontera quivira, de manera que su

misión terminaba ahí. Sin embargo, había una decena de mujeres jóvenes y desnudas frente a ellos. Unas mujeres que los miraban con mucha expectación y poco temor. Y, al final, ellos eran tres hombres. Tres hombres, tres buenos hombres cristianos y devotos que habían visto muchas cosas en sus vidas, muchas y de muy diversa índole, pero nunca a diez mujeres juntas y absolutamente desnudas.

—Vamos —dijo chasqueando la lengua y poniendo su caballo al paso en dirección a las mujeres.

Los tres hombres avanzaron con dificultad entre la hierba. Los caballos se mostraban inquietos y, en más de una ocasión, tuvieron que apretarles con la parte interior de los talones para obligarlos a continuar.

Cuando llegaron al claro, las mujeres los miraron alzando la cabeza. Se habían situado con el sol a sus espaldas y ello las obligó a entornar los ojos. Los tres hombres habían encontrado por primera vez y antes que nadie a varias naciones indias. No resulta nada insólito si te pasas varios años en compañía de Oñate y su obsesiva manía de averiguar qué hay por ahí. Haber, había decenas de naciones salvajes, algunas pacíficas, las más belicosas. Pero el instante del encuentro siempre era parecido: ellos reconocían en ti a un adversario al que debían temer. Había sucedido así incluso con los apaches y con los navajos, a quienes si algo hay que reconocer es que constituyen el contendiente perfecto que nunca, bajo ninguna circunstancia, agacha la barbilla y la entierra en el pecho. Un guerrero navajo es un grandísimo malparido y, sin embargo, te tiene miedo cuando te ve venir porque el miedo es parte del ritual de la guerra. El miedo es la savia del dolor.

Ahora, estas mujeres desarmadas no mostraban un ápice de miedo. Y ellos, por el contrario, lo sentían. No un miedo atroz ni paralizador, sino un miedo inquisitivo hacia el cual te ves impelido a avanzar. Hacia el que avanzaron.

No descabalarían, eso lo tenía bien claro Zaldívar. Poner pie en tierra suponía exponerse demasiado. Simplemente necesitaban saciar su curiosidad. Saber algo más acerca de tan extraños seres. El prodigio de su desnudez tórrida y sexual los atraía y no lo podían evitar.

Los caballos se abrieron en torno a las mujeres y lo hicieron de forma muy pausada, como si cualquier movimiento brusco fuera a romper la magia del instante. Ayarde rodeó a las mujeres y, después, se situó tras ellas. Dos o tres se giraron para observarlo directamente. Y aún más: dieron un paso, dos, hacia delante y se acercaron. Primero extendieron las manos y las dejaron suspendidas en el aire. Después, las posaron sobre el caballo y lo acariciaron con dulzura. También hubo para el propio Ayarde: una de las princesas quiviras deslizó su mano hacia el muslo del soldado y lo posó en él. No hizo nada más. No lo movió y, menos aún, realizó cualquier gesto que pudiera ser interpretado como una caricia.

Pero, para Ayarde, bastó. Fijó la mirada en la mujer, la mujer la fijó en él y de aquel contacto no habría retornado jamás si Zaldívar no hubiera acudido en su auxilio.

—Eh —susurró el sargento mayor sin apenas levantar la voz. No quería, por nada del mundo, alterar el sentido de las cosas. No, pues no sabía qué podría sucederles si así lo hacía—. Eh, Ayarde. Nos largamos.

Sucede que, en ocasiones, el mecanismo del miedo se comporta como si de un complejo acto de seducción se tratase. Aterroriza pensar que lo impensable está, ahora, sucediendo. Porque de eso mismo se trataba: de que las mujeres más espléndidamente bellas que hasta ese día habían

conocido no solo no se alejaban de su presencia, sino que se acercaban y buscaban el contacto con ellos; lo intentaban para, y en el hecho de reconocerlo y no poder hacer nada por evitarlo residía lo terrorífico, apresarlos en una trampa de la que no sabrían cómo salir. No, una vez que ellas los hubieran aferrado con la suficiente fuerza. Los devorarían de algún modo que en ese momento desconocían, los engullirían junto a las armaduras, los caballos y las espadas. No quedaría rastro de ellos, ni el más pequeño, ni el más insignificante. Podría llegar, más tarde, la columna hasta aquel lugar y solo hallarían las huellas dejadas por los cascos de los caballos. Nada más.

—¡Ayarde! —exclamó, ahora sí alzando la voz, Zaldívar.

El aludido levantó la cabeza y el sargento mayor reconoció en él el signo de la locura incipiente. Ayarde se deslizaba a través de los tibios dedos de la mujer que había posado la mano en su muslo.

—¡León! —gritó Zaldívar—. ¡Acércate a Ayarde! ¡Toma las riendas de su caballo! ¡Joder, nos vamos de aquí!

León necesitó unos segundos para responder, pero lo hizo afirmativamente. A él nadie lo había tocado y, si bien el cuerpo no le pedía otra cosa que descabalgarse y acariciar la desnudez de aquellas mujeres extraordinarias, comprendió que el sargento mayor tenía razón y que cualquier movimiento en falso los abocaba a la perdición.

—¡A la orden, capitán! —bramó para, acto seguido, espolear a su montura en dirección hacia su compañero.

—¡No dejéis que os toquen! —aulló Zaldívar—. ¡No las miréis! ¡No las miréis!

Él mismo apartó la cabeza y trató de no prestar atención a nada que no fueran sus dos hombres. Oyó que una de las mujeres decía algo en una lengua incomprensible. Le pareció la voz más apacible del mundo y sintió un hondo deseo de ir hacia ella, de apretarse contra ella, de no hacer nada, en los días que le restaran de vida, distinto a no anhelar su existencia. Viviría para, humildemente, escucharla. Y sería el hombre más feliz jamás concebido.

—¡Vamos, Ayarde! —dijo León cuando estuvo junto a su compañero. Sin esperar respuesta, le arrebató las riendas y las asió con fuerzas—. Nos largamos. ¡Ya!

Zaldívar olió la hierba. Cerró los ojos y fue consciente de su propia desnudez. Bajo las barbas, las cotas de malla, las corazas y todo el cuero que llevaban encima, él solo era un hombre desnudo.

Sacudió la cabeza para ahuyentar ese pensamiento.

—¡Al galope! —gritó—. ¡Ahora!

Los tres hombres clavaron espuelas a sus animales. Con una violencia tan inesperada que los caballos dieron un respingo de dolor. Después, se internaron en el inmenso prado de hierbas gigantes. Regresaban junto al resto de la expedición. Zaldívar pensó en qué le diría a Oñate. Algo más o menos parecido a la verdad, aunque no la verdad completa. No, pues, sencillamente, no le creería.

* * *

El incidente en torno al que discurre el desastre es siempre minúsculo, insignificante, un poco tonto. Pero su importancia es crucial porque determina el sentido en el que devendrán los

acontecimientos futuros. De una forma rotunda e irrevocable. Sucederá lo que sigue porque ahora el polvo ha soplado desde poniente, porque un coyote nos ha observado silencioso, porque los caballos menean la cola.

A García, a Guevara y a De la Paz, el capitán Espinosa los había puesto a cabalgar junto a los frailes. Para protegerlos, había dicho. Algo así no es que supusiera un castigo, no... Pero tampoco un hecho que los soldados se tomaran como un premio. Eran los frailes, joder, eran los frailes... A la gente que se dejaba la piel, a los hombres realmente buenos, se los situaba junto a la caballada. Ahí sí que hay algo hermoso que proteger. Ahí sí que se espera de ti que seas, si las cosas se tuercen, un tío duro, un tío grande, un tío capaz de partirse la cara con quien haga falta. Porque ellos quieren nuestros caballos, pero para nosotros los caballos suponen la vida. Se defienden con uñas y dientes, si hace falta. De ahí que, aunque nadie lo diga en voz alta, los hombres lleven con orgullo el hecho de que los capitanes los pongan a cubrir los caballos.

Cubre tú, ahora, a los frailes.

—El nueve —dijo Guevara. Aunque se suponía que no debían hacerlo, cabalgaban en paralelo. ¿Qué podía suceder? ¿Que uno de los capitanes se acercara y les llamara la atención por ello? No, de ninguna manera. No se podía cabalgar en paralelo, pero, llegados a este punto, quien más, quien menos, hacía la vista gorda y lo dejaba estar.

—El siete —repuso García—. El adelantado dijo que él nos daría el siete por ciento del botín que logremos reunir.

—Pues yo creo que ha llegado el momento de plantarse —dijo Guevara con el ceño fruncido.

—¿Qué propones? —intervino De la Paz—. ¿Enfrentarnos al adelantado con tres mil guerreros escanjaques ahí delante? No lo veo bien, tío, perdóname que te lo diga.

—¿Ah, no?

—No, en serio que no. Y como te digo esto, te digo que yo, al igual que tú, reclamo el nueve por ciento. Creo que nos lo merecemos y no hay nada más que hablar. Pienso, eso sí, que deberíamos haberlo planteado antes. Ahora se ha esfumado nuestro momento.

Los caballos avanzaban al paso y los tres soldados se habían separado un poco de los frailes para que sus palabras no llegaran hasta ellos.

—Mira, De la Paz —dijo Guevara girándose hacia él en su silla—, esto funciona así: si nosotros no peleamos por lo nuestro, nadie lo va a hacer.

—Una cosa es pelear y otra, bien distinta, desertar.

—¿Quién habla de desertar?

—¿Qué opciones crees que te quedarán cuando le vayas al adelantado con tus reclamaciones y él te responda que eso ya está discutido y que la respuesta es no?

—Yo no voy a desertar. Yo lo único que quiero es un reparto justo. Porque somos nosotros los que nos estamos dejando el aliento, somos nosotros los que ponemos nuestras vidas en peligro, y merecemos una compensación por ello.

—Ya la tienes. El siete por ciento.

—Una compensación justa, hostias.

—Lo sé.

—¿Pues entonces?

García, que se había mantenido a la escucha mientras sus dos compañeros discutían, intervino:

—Lo que está claro es que el adelantado no hará nada si no se ve obligado a ello. Y este es un terreno resbaladizo, tíos. La reivindicación debe ser justa y él debe aceptarla. De lo contrario, nos expondríamos a que, de regreso en San Gabriel, todo se complicara para nosotros. No sería la primera vez que el adelantado te da la razón en tierra hostil, se la guarda y, llegado el momento propicio para él, te la devuelve con creces.

—Yo no tengo huevos para enfrentarme al adelantado, así de abiertamente os lo digo —sentenció De la Paz—. Llamadme cobarde si queréis, pero es que aprecio mucho mi pellejo. Y sé cómo se las gasta Oñate. No soy nuevo aquí.

—Ninguno lo somos —expuso García—. Y precisamente por eso sabemos que, a veces, se aviene a razones.

—Pocas veces.

—Es decir, algunas.

—Muy pocas.

—Me vale con que esta sea una de ellas.

En ese momento, el teniente Oñate y Figueroa, el hombre que le guardaba las espaldas, pasaron junto a ellos. El tenientito les dedicó una leve inclinación de cabeza. En términos generales, más o menos altiva y, por lo tanto, humillante. Los soldados permanecían siempre muy vigilantes en torno a las cuestiones relacionadas con el honor. Después del dinero, era lo que más les preocupaba. Cuando pasas mucho tiempo sin nada que hacer excepto rumiar una y mil veces los mismos pensamientos, terminas por obsesionarte con ellos. Cualquier tontería en San Gabriel se convierte en algo relevantísimo en Quivira.

Un saludo mal dado no suponía nada en casa. Aquí, con el peligro rondándoles por todas partes, les tocaba la fibra más sensible. Sin embargo, el tenientito era, por un lado, el hijo del adelantado y, por otro, un crío de solo once años. Por lo uno y por lo otro, se lo dejaron pasar. En fin, también aguantaban a los frailes. Era parte del trabajo.

Lo que ya no soportaron con tantas espaldas fue que Figueroa hiciera lo propio. Que pasara junto a ellos a lomos de uno de los mejores ejemplares de la caballada española y que simplemente les levantara un poco el mentón. Hijo de la gran puta, que tú eres exactamente lo mismo que nosotros: un soldado que se parte el espinazo con el anhelo de hacer fortuna. Si Zaldívar te eligió para cuidar del tenientito, bien por ti. Si, además, te ascendió a alférez para darle mayor relumbrón al asunto, pues estupendo. No seremos nosotros quienes te lo reprochemos. Bien jugado, tío, nos alegramos por ti.

Pero no vengas ahora y nos saludes como si acabáramos de llegar desde Zacatecas y no nos conocieras de nada. Eso no, Figueroa, amigo.

—Tampoco es una espalda tan grande... —dijo García en tono socarrón. Había empujado el torso hacia delante y apoyaba las dos manos en la silla de montar.

Figueroa ignoró el comentario y continuó cabalgando despacio a un cuerpo de distancia del teniente.

—No lo es —corroboró De la Paz. Sonreía, pero con esas sonrisas que despliegas tan rápido como repliegas—. Al menos, nos invitarás a unos tragos cuando estemos de vuelta en San Gabriel, ¿no, Figueroa?

Figueroa, ahora sí, se giró y sostuvo la mirada del que acababa de hablar.

—¿Cuánto te han prometido, tío? —preguntó Guevara sumándose al resto. Tenían enfilado a Figueroa y no lo dejarían marchar tan fácil—. Venga, hombre, dínoslo. ¿O ya no somos de los tuyos?

—Os recuerdo que ahora soy alférez —dijo, secamente, Figueroa.

—Sí, pero porque el sargento mayor pensó que un soldado no es lo suficientemente bueno para cabalgar al lado del teniente —replicó García.

—Por la razón que sea, pero el caso es que lo soy —repuso, cortante, Figueroa.

—¿Sabes que te digo, tío? —le soltó, entonces, De la Paz—. Que yo al adelantado lo respeto como al que más. Nadie podrá decir de mí que no cumplo con mi parte. Pero en cuanto a ti, me la sudas, tío. Tú y tus putos galones de alférez.

Ese era el momento preciso en el que Figueroa podía detener el avance de la columna para dirimir la insubordinación de De la Paz. Porque se había tratado de eso y no de otra cosa y, además, tenía tres testigos, el teniente incluido. Zaldívar no dudaría en dar crédito a lo que el hijo del adelantado asegurara.

Ese era, también, el momento preciso de tomar decisiones. De decidir a qué bando querías pertenecer. Porque estaba claro que allí ya había, al menos, dos bandos. Y cuando ese allí está situado tan, tan, tan lejos de casa, lo más prudente que puede hacer uno es pensárselo bien antes de actuar. Lo sabían todos y lo sabía, por supuesto, Figueroa, que no dudó en tomarse su tiempo para rumiar la respuesta.

—Voy a hacer como que no he escuchado nada, De la Paz —dijo, por fin—. Sé que eres un buen tipo. Te conozco desde hace tiempo. En cuanto a los tragos, cuando estemos de vuelta, contad con ellos. Corren unas rondas de mi cuenta.

Figueroa había optado por nadar entre dos aguas. No se enfrentaba a la tropa, pero tampoco se sumaba abiertamente a ella.

Fue, en ese momento, cuando al teniente se le escuchó hablar. Y cómo. En los tres meses que habían transcurrido desde que partieran de San Gabriel, a Cristóbal de Oñate lo habían oído pronunciar palabra en cuatro ocasiones. No es una forma de hablar: literalmente, en cuatro ocasiones. El niño, de carácter taciturno y observador, se limitaba a cabalgar a lomos de su caballo y poco más. No daba órdenes, no tenía trabajos asignados, no rendía cuentas ante nadie. Sencillamente, estaba en la expedición para observar y aprender. Para nada más. Que cabalgara con los galones de teniente en lugar de hacerlo como un simple muchacho no era sino una extravagancia más de su padre. Todos lo comprendían y, en general, nadie, ni siquiera el propio Zaldívar, le otorgaba demasiada importancia. Las cosas son como son.

—Alférez —dijo. Todavía no le había cambiado la voz, lo cual no fue óbice para que los tres soldados presentes se estiraran en sus monturas y dejaran de sonreír.

—Diga, teniente —replicó Figueroa. Habían situado sus caballos el uno junto al otro y, entre los dos, cortaban el avance de García, Guevara y De la Paz.

—Ese hombre se le ha insubordinado, alférez —aclaró Cristóbal, como si hiciera falta—. ¿No va a hacer nada?

Figueroa entornó los ojos y se dio cuenta de que tenía el sol de frente. Le dio por pensar que con el ascenso y los galones había llegado una pérdida de reflejos. Los tres tíos que tenía delante seguían siendo soldados del montón y ninguno de ellos se situaba con el sol en los ojos.

—Aquí nadie ha dicho nada fuera de lugar, teniente.

—He escuchado perfectamente las palabras de De la Paz.

—Y yo le digo, con todo el respeto, que De la Paz estaba de broma.

Durante un instante, nadie dijo nada. Del tenientito dependía. Y de su habilidad para encauzar una situación que amenazaba con mandar demasiadas cosas al traste.

—¿Estabas de broma, De la Paz? —preguntó, por fin, Cristóbal. Se había girado para dirigirse al soldado y los rayos del sol refulgían en su armadura. Se la abrillantaban todos los días. En ocasiones, cuando atravesaban secarrales y la polvareda era de las de recordar, dos veces.

—En absoluto, señor —respondió De la Paz. No, no era un hombre en búsqueda de problemas. Era un hombre cansado y con poco que perder. Como casi todos en aquella expedición.

Cristóbal de Oñate jamás debería haber separado los labios para hablar. Si había permanecido callado hasta aquí, bien podía haber permanecido así durante unos cuantos días más. Pero no, había creído que los galones que portaba eran auténticos y que el poder que le conferían se extendía más allá del simple hecho de ser el hijo de su padre.

Tres soldados hechos y derechos a un lado. Un crío de once años al otro. Y Figueroa, que cruzaba los dedos para que aquello no se torciera de forma irremediable.

—Cuando estemos de vuelta en San Gabriel —dijo Cristóbal con una voz más aguda de lo habitual—, recibirás un castigo por tus palabras de hoy, De la Paz.

Los soldados abrieron mucho los ojos y enarcaron las cejas bajo los morriones. ¿Qué? En serio, ¿qué? ¿De verdad el chaval estaba tomando decisiones de tal magnitud? En San Gabriel, a nadie que no perturbara gravemente el orden se lo encerraba. Todos los hombres eran necesarios y, por ello, impedir que trabajaran no suponía nunca una buena idea. Los castigos, por lo tanto, se limitaban a la paga. A una mengua sobre el beneficio. Vente tú hasta aquí refunfuñando porque consideras que el siete por ciento es una miseria y observa cómo ahora no solo no te lo van a subir a ese merecido nueve, sino que te lo van a recortar hasta un seis. O un cinco si el tenientito se ponía tonto.

No podía estar hablando en serio. Si Zaldívar o el adelantado se hubieran encontrado presentes, a buen seguro que habrían resuelto la situación con esa diplomacia blanda tan propia de los españoles: harían como que no habían oído y seguirían con lo suyo. Punto final. Al tenientito le quedaban unos cuantos años de aprendizaje para comprender que, casi siempre, la mejor forma de actuar es la inacción: ¿o acaso la mayoría de las cosas no terminan por solucionarse solas si las dejas tranquilas? Pues eso.

—No se meta donde no le llaman, teniente —dijo De la Paz. Tenía la mirada fija en el muchacho. Tan firme y poderosa que al niño le costó Dios y ayuda sostenérsela. Pero un Oñate es un Oñate.

—Ya me has escuchado, De la Paz —consiguió decir el niño.

—Te voy a decir algo, chaval —repuso De la Paz tuteando, por primera vez, al muchacho—. Ni tú, ni tu padre, ni la puta madre que os parió a todos me va a privar de lo que me corresponde. ¿Entiendes lo que te digo?

Figueroa creyó que debía terciar.

—Dejémoslo estar —dijo—. Nos encontramos en un momento delicado y todos hemos dicho cosas que no pensamos. Ahí delante hay una horda de escanjaques dispuesta a todo. Y más allá, a

tan solo unas pocas leguas de aquí, los quiviras. No tenemos ni puta idea de cómo son, así que más nos vale estar atentos y no discutiendo entre nosotros.

—Yo no he empezado, Figueroa. —Se volvió hacia él De la Paz. Su mirada no se ablandaba. De hecho, no se ablandaría jamás, pues, llegados a este punto, los hombres como De la Paz podían tranquilamente chasquear la lengua, dar media vuelta y emprender el camino de regreso a casa. Zaldívar, al enterarse, montaría en cólera y hasta, quizás, se fuese tras él, pero el daño ya estaría hecho: cuando un hombre deserta, es cuestión de tiempo que lo haga el segundo. Y el tercero. ¿Que no? Mira.

—Sí has empezado, pero da igual. —Intentó, de nuevo, calmar los ánimos Figueroa. Y, volviéndose hacia Cristóbal, añadió—: Teniente, le sugiero que olvide lo sucedido. Su padre seguro que...

—¿Mi padre perdonaría una ofensa semejante? —interrumpió, de pronto, el crío.

Buena pregunta. Y retorcida. No, claro que el adelantado jamás perdonaría unas palabras como las pronunciadas por De la Paz. Pero De la Paz tampoco se las habría dirigido a Oñate. Porque, como él mismo había reconocido un rato atrás, carecía de arrestos para ello y porque, se mirara como se mirara, aquello habría sido una pésima idea.

—¿Qué tal si te das la vuelta y asunto resuelto? —intervino, conciliador, García. Al igual que De la Paz, tuteaba a Cristóbal, algo que para Cristóbal no pasó desapercibido.

—Se lo diré a mi padre —dijo sin sangre en los labios. Los soldados se dieron cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar. Y eso, la deshonra que conllevaba un acto así, supondría para ellos un montón de problemas.

Pues metidos en problemas, comencemos.

La columna había ido avanzando a medida que los hombres discutían. Ahora mismo, se hallaban muy retrasados. Tanto que el adelantado, Zaldívar y la mayor parte de los capitanes se encontraban a casi media legua de distancia.

Guevara rodeó con su caballo a Figueroa y al teniente y se situó en sus grupas para cortarles cualquier intento de huida. García se separó unos cuantos cuerpos del grupo en un movimiento que Figueroa reconoció de inmediato: ponía distancia para adquirir perspectiva y ganar capacidad de reacción.

De la Paz soltó las riendas, se llevó una mano al morrión, se lo quitó, se echó hacia atrás el pelo y se lo volvió a poner. Figueroa también reconoció este gesto: es el que realizas antes de comenzar a jugar la mano que determina los acontecimientos futuros. Era ahora.

—Parece que ya no tengo nada que perder... —musitó De la Paz. Su voz apenas era un susurro, pero todos la oyeron sin la menor dificultad—. Y yo que creía que aquí era un hombre apreciado...

Cristóbal de Oñate habría objetado algo si hubiera sido capaz de detener el ligero temblor que había prendido en su labio inferior.

—He trabajado muy duro durante los últimos tres meses —continuó De la Paz—. Mucho. Al igual que el resto de soldados, he de decirlo. Si las cosas se van a tomar por culo, seremos nosotros los que tendremos que dar la cara, ¿no es así? Sí, lo es, claro que lo es... Figueroa lo sabe de sobra. Tú, tenientito de medio pelo, no, pero porque solo eres un niño que jamás debería haber salido de San Gabriel. Aunque, vale, estás aquí, amén a eso, nos parece estupendo que cabalgues a nuestro lado y que finjas que eres más duro que el acero de tu espada. Pero ¿sabes

qué, chaval? Que no lo eres. Que estás a punto de echarte a llorar y que solo sabes solucionar los problemas que tú mismo creas llamando a papá.

De la Paz hizo una pausa. Escuchaban el sonido de la expedición avanzando muy lentamente y nada más.

—Mierda puta... —se lamentó De la Paz. Juntaba las cejas en un gesto de hastío—. Yo me largo.

Estas fueron las tres palabras que más daño hicieron al adelantado Oñate durante todos los años en los que fue gobernador de Nuevo México. Ni los apaches, ni los navajos, ni los escanjaques, ni los comanches, ni ninguna nación india con la que hubiera podido toparse. No, lo que torció los destinos del adelantado fueron las tres cortas palabras que acababa de pronunciar De la Paz. Un tipo que quince minutos atrás no tenía la menor intención de desertar pero para el cual las circunstancias habían dado un vuelco: ya no habría un nueve por ciento del botín para él, ni el siete, ni el cinco. Si Cristóbal de Oñate le contaba a su padre que en el seno de su expedición se había producido una indisciplina, el adelantado actuaría. Porque estaba en su carácter hacerlo y porque no le quedaba otra. ¿Qué podía hacer, una vez que la voz se corriera entre los hombres? El tiempo de la diplomacia y la oportunidad de mirar hacia otro lado ya habrían pasado. Se vería obligado a intervenir con contundencia para que una insubordinación no llevara a otra, y a otra, y a otra. El descontento se atajaba con presteza y coraje.

Por ello, De la Paz sabía que hasta aquí había llegado. Levantó la mirada, la enfiló primero hacia García y después hacia Guevara, y asintió levemente.

—Dile al patrón que no nos ha quedado más remedio —expresó dirigiéndose a Figueroa.

Acto seguido, De la Paz tiró de las riendas, hizo que su caballo girara y lo puso al paso. García y Guevara se unieron a él y comenzaron a cabalgar en el sentido contrario al que avanzaba la columna.

Tres soldados acababan de desertar. Y, de este modo, comenzaban las complicaciones realmente graves.

El largo ataque de la infantería quivira

21 de septiembre de 1601

Qué jornada. Qué jornada. Y, además, de las de veinticuatro horas. Porque fue dejar atrás la medianoche y complicarse todo. Si alguna vez estuvieron a punto de morir, y lo estuvieron varias veces y de forma realmente seria en el tiempo que duró la expedición, esta fue la más importante de todas ellas.

Desde luego, aquello era Quivira. Ya no se trataba de suposiciones sino de certezas. Habían atravesado las fronteras del reino y tenían el corazón en un puño. Sí, porque es cierto que tú vienes hasta aquí de forma voluntaria y es verdad, además, que esperas obtener mucho rédito de esta visita; pero es igualmente verdadero que, amigo, una cosa es decir y otra, hacer: a aquellos tíos forjados de una pieza se les encogía el alma mientras se internaban, a oscuras, en territorio extraño.

—Deberíamos encender unas teas —sugirió el capitán Sosa—. No se ve ni hostias.

El adelantado no se molestó en contestar y delegó la respuesta en Zaldívar.

—De acuerdo —accedió este tras pensárselo un poco. ¿Qué podía suceder? ¿Que descubrieran su posición a los quiviras en medio de la noche? La columna se abría con tres mil guerreros escanjaques seguidos de ciento y pico españoles montados, varios carros, el ganado y la caballada. Si, a estas alturas, los quiviras no habían dado con ellos, constituirían la nación más torpe de toda la Norteamérica. Y puede que los españoles fueran algo tontos, pero no tan tontos como para, de buenas a primeras, tragarse un cuento semejante. No, los tenían localizados y el hecho de encender antorchas no supondría, para la expedición, diferencia alguna—. Quiero soldados junto a los caballos, capitán. No se me despiste con eso.

—Descuide, Montesinos está en ello.

No hablaron más antes de que los problemas se les presentaran. Avanzaban tan despacio como siempre y en un estado de alerta, para la mayoría de hombres, desconocido.

El miedo lo sentían todos, desde el primero hasta el último, aunque a algunos se les notaba más que a otros. Los frailes, por ejemplo, temblaban sobre sus monturas. Un temblor real y palpitable que la noche disimulaba pero que no olvidarían jamás. Muchos rezaban y todos, sin excepción, se permitían el desahogo de pensar que aquello les sería tenido muy en cuenta a la hora del Juicio Final: quien ha pasado por lo que ellos estaban pasando solo para llevar la palabra de Dios hasta el confín del mundo merecía un huequecito a la vera del Señor; y si existían, en sus vidas, turbiedades, quedarían limpiadas de inmediato.

La infantería quivira apareció, de pronto, por el noreste. Descubrieron miles de puntos de luz en mitad de la noche y, además de un más que notable sobrecogimiento, sintieron que aquellos indios no eran de los que uno puede bandear con la mano izquierda.

—Me cago en su puta madre... —dijo el capitán De las Casas. Avanzaba, junto al adelantado, Zaldívar y parte de la oficialidad, en la vanguardia de la parte española de la columna, justo tras el último de los guerreros escanjaques.

Quienes, por cierto, también advirtieron cómo la noche se iluminaba y se pusieron a aullar como coyotes. Aquello los excitaba, los ponía febriles, los volvía imprevisibles.

—Con mil ojos —se limitó a advertir el adelantado.

Zaldívar tiró de las riendas de su caballo y se separó varios cuerpos de la columna. Quería ver aquello que se extendía ante él. Quería, en realidad, adivinar lo que cada instante aún no sucedido les depararía, pero se limitó a entornar los ojos y a escudriñar en la noche. Al menos, con la puesta del sol había refrescado un poco.

—Nos contenemos —dijo, un par de minutos después, el adelantado. Quería que sus hombres permanecieran quietos, que no realizaran ningún tipo de movimiento, pues, en medio de tanta incertidumbre, solo Dios sabía cuál podía ser en falso.

—Son teas, pero también hogueras —informó, reincorporándose al grupo, el sargento mayor. Lo cual significaba varias cosas que no tuvo que explicar, ya que todos los hombres que escucharon sus palabras las comprendieron de inmediato y en su total extensión: que los miles de salvajes que se propagaban frente a ellos en la noche y a los cuales todavía no podían ver estaban preparados para hacer frente a una contingencia como la actual; que el hecho de ser capaces de prever con tanta antelación la llegada de un enemigo incierto implicaba un alto grado de sofisticación en su pensamiento político y militar; que no eran una horda sino tropa de infantería cabalmente organizada que, además de encender al unísono miles de teas, conocía el modo de prender hogueras que marcaban puntos concretos en la noche; que los quiviras mostraban su indiscutible fortaleza en un movimiento que, al menos por el momento, sosegó un poco a los españoles, pues quien deslumbra lo hace con la intención última de evitar el choque.

En ese instante, un sonido sordo y gutural comenzó a abrirse paso en la noche. A los españoles, un escalofrío les recorrió la espina dorsal.

—Calma —dijo el adelantado, quien, si bien era un hombre de carne y hueso, también había sentido el latigazo, pero que comprendía la realidad de lo que estaba sucediendo—: Solo tratan de asustarnos.

—Pues se les da de maravilla —reconoció De las Casas.

—Calma, cojones, calma... —repitió Oñate—. No quiero movimientos raros. Sosa, váyase hacia atrás y asegúrese de que cada hombre cabalga en su posición.

—Lo que mande, adelantado —replicó el aludido chasqueando la lengua para girar a su caballo.

Los españoles comenzaron a encender sus propias antorchas y pronto tuvieron una visión más clara de los acontecimientos. Al menos, de la parte de los acontecimientos que discurría hasta donde su luz alcanzaba.

La expedición progresaba sin dificultades aparentes por un terreno llano y despoblado. Escucharon bisontes muy en la lejanía y recibieron, de cuando en cuando, ráfagas de olor dulzón provenientes de los herbazales.

Y comprendieron que los escanjaques, que hasta ahora se habían limitado a ser solo un incordio, se hallaban a punto de convertirse en una contrariedad. Sí, pues en lugar de limitarse a avanzar como lo habían hecho hasta entonces, la infantería escanjaque se aprestaba a reunirse en grupos de quince o veinte guerreros cada uno de ellos y a prepararse para algo que los españoles ya habían sospechado que sucedería aunque no tan pronto.

—Somos su fuerza disuasoria —resumió Zaldívar.

Lo eran. La batalla se estaba formando, frente a ellos, como las tormentas de verano: imprevisible y rauda. No sabían si los quiviras les pretendían algún tipo de mal. Probablemente. A fin de cuentas, ellos constituían una fuerza de combate extranjera que acababa de invadir su territorio. Si las tornas estuvieran invertidas y una columna quivira avanzara sobre San Gabriel, los españoles ya estarían disparando plomo desde todas las azoteas de los edificios.

De lo que no les cabía la menor duda era de que los escanjaques se aprestaban a atacar. Quiviras y escanjaques, como ya bien sabían, se odiaban a muerte, vete tú a saber por qué, y seguramente desde tiempos inveterados. Conocían muy bien este tipo de rencillas tan arraigadas entre las naciones salvajes de Norteamérica. Y no eran tan distintas a las que se daban en la España europea: ¿dónde no había una casa en la que se odiaba, durante generaciones y generaciones, a la casa vecina por cualquier memez relacionada con los lindes del terreno, el honor de una doncella o un desaire que puede que ni tuviera lugar?

—Mierda puta —dijo el adelantado. La guerra no les convenía, aunque ellos no formaran parte de ella. Podría pensarse que sí, que mejor sería dejarlos hacer y, después, aprovecharse de las consecuencias, pero tanto Oñate como el resto de los hombres sabían a ciencia cierta que estas reflexiones suenan muy bien cuando uno elucubra sobre ellas con un vaso de vino entre las manos, pero que suponen el desastre sobre el terreno. Si, aquella noche, los quiviras y los escanjaques se enzarzaban en una batalla sin cuartel, el resultado sería malo para los españoles venciera quien venciese, pues el triunfador, puede que hasta con razón, tendría argumentos más que suficientes para continuar en la lucha hasta que en el territorio no quedara un solo enemigo más. Y ellos venían en son de paz y todo eso, pero venían, también, a apresar cuantas riquezas se pusieran a su alcance, de manera que enemigos, lo que se dice enemigos, lo eran o lo serían, y bastante y de cualquiera que los viera acercarse.

Así que la batalla no suponía el mejor plan para los españoles.

—Hay que detenerlos —expresó Zaldívar—. Todavía estamos a tiempo.

Lo estaban, pero no por mucho. De un lado, los puntos de luz en la distancia se hallaban cada vez más cerca y, de otro, los escanjaques ya estaban preparados para el combate: pintados de arriba abajo y con las armas en las manos.

—¿Adelantado...? —preguntó el sargento mayor. El movimiento era lo suficientemente relevante como para que fuera el propio Oñate, en persona y sin intermediarios, quien lo pusiera en marcha.

—Sí, hay que detenerlos —confirmó con la mirada fija en las teas quiviras.

Zaldívar giró la cabeza y silbó poniendo la lengua entre los dientes.

—¡Eh, vosotros! —exclamó dirigiéndose al grupo de soldados más próximo—. Conmigo.

Montoya, Ayarde, De la Rúa y Villaviciosa. Torcieron el gesto aunque no dijeron nada. Se suponía que habían cabalgado hasta Quivira para hacer exactamente lo que venía tras el silbido del sargento mayor. Los más pesimistas de entre la tropa solían asegurar que solo tenían la mitad

de posibilidades de regresar a casa con vida. Los optimistas no solían responder a estas afirmaciones porque creían que daba mala suerte hacerlo. Fuera como fuera, si su destino era terminar muertos, esa noche se mostraba más que propicia para alcanzarlo.

Los cinco soldados comenzaron a separarse del grupo.

—Teas —añadió Zaldívar sin levantar la voz. También daba mala suerte ser el primero en romper la quietud. Y allí, puesto que los quiviras habían realizado una pausa en sus aullidos amedrentadores y a los escanjaques no se les escuchaba desde hacía un rato pues estaban invocando a los dioses de la guerra o alguna majadería semejante, quietud la tenían a raudales—. Una tea por cada hombre.

—Nos impedirá desenvainar —adujo De la Rúa. Si la mano izquierda era para las riendas y la derecha la ocupaban sosteniendo una antorcha...

—Y si no llevamos teas, ni veremos, ni nos verán —repuso el sargento mayor.

Lo segundo era lo importante. La verdad, avanzar a la luz de la luna no suponía un problema para aquellos hombres. Lo habían hecho una y mil veces. Y aquella noche no era de las de luna llena, pero no podían quejarse: la visibilidad parecía razonable, al menos para cabalgar. Los caballos sabrían por dónde tirar. Pero ¿y si los quiviras los veían acercarse protegidos por la penumbra? Podrían pensar que llegaban furtivamente o con aviesas intenciones. Con que fueran una décima parte de malpensados de lo que lo eran los españoles, esa sería su conclusión. Entonces, actuarían en consecuencia y los atacarían sin más remilgos.

Zaldívar sabía que la muerte los podía sorprender en cualquier momento. Ser conquistador es una profesión peligrosa. Pero no quería morir de mala manera. No quería palmarla por error, por no haberle tomado bien el pulso a la situación, por haber calculado mal o de forma estúpida.

Irían dando la impresión de que su avance se realizaba en son de paz. Porque les convenía y porque, en suma, así era.

Con teas, pues. Cada uno de los cinco hombres sostuvo una antorcha en la mano y la separó del cuerpo para que los restos de paja quemada no cayeran sobre los caballos.

—Quiero que nos movamos despacio —explicó Zaldívar—. Nada de movimientos bruscos, ¿entendido? Que perciban que no suponemos un peligro para ellos.

Bastante miedo daban sin alzar una ceja. Porque, encaramados en lo alto de sus caballos, con las armaduras, las protecciones, los morriones, las espadas y aquellas largas y negras barbas que les ocultaban el cuello y caían sobre el pecho, los expedicionarios españoles causaban, siempre y de forma invariable, una honda impresión en todas aquellas naciones indias con las que se topaban en su camino. Más tarde, unas responderían de buen talante y otras, por el contrario, no. Pero, de salida, la estupefacción las impregnaba y los españoles, que lo sabían, habían aprendido a jugar con esa baza.

Parecer temibles y, al tiempo, pacíficos. Unos planes sencillos que ya les habían funcionado en otros lugares del continente. Cruzaron los dedos para que esta vez fuera igual y pusieron los caballos al trote.

De pronto, mientras lo hacían, los quiviras, ahí delante, muy cerca de ellos, volvieron a aullar en la noche.

Muy cerca. Quizás a cien pasos de distancia. No más. Distinguían voces que se separaban del coro, que aullaban por libre, que aterrorizaban, si cabe más, a los expedicionarios.

Zaldívar ordenó, con un gesto del mentón, que De la Rúa y Ayarde se alejaran un poco del resto. Ayarde, usando la mano libre y las rodillas, condujo su caballo hacia la derecha. De la Rúa, cuatro o cinco cuerpos detrás de él, lo imitó.

Las teas no iluminaban demasiado, pero sí lo suficiente como para advertir que la infantería escanjaque avanzaba, a buen paso, en dirección a las luces quiviras. Iban a la guerra y, si los españoles no hacían algo por evitarla, en menos de dos horas aquel gran prado que atravesaban estaría íntegramente teñido de sangre.

—Serán hijos de mala madre... —gruñó Villaviciosa mientras su caballo resoplaba. El soldado le pasó la mano por el cuello y trató de calmarlo. Algo sucedía.

Y los hombres no eran ajenos a ello.

—¿Deberíamos irnos hacia los escanjaques? —preguntó Montoya. Hablaban en voz baja, con serenidad, como el que ha salido a dar un paseo porque ha dormido una siesta demasiado larga y ahora no puede conciliar el sueño—. Sería la solución más sencilla...

Zaldívar, a su lado, respondió sin girar la cabeza:

—Olvídalo. A esos cabrones ya no los detiene ni Dios. Busquemos a los quiviras, mostrémosles que venimos en son de paz y situémonos junto a ellos. Así, quizás los escanjaques se lo piensen dos veces antes de atacar.

—No sé yo si... —comenzó a objetar Villaviciosa.

—¿Se te ocurre alguna idea mejor? —cortó por lo sano el sargento mayor—. Porque si así es, ya estás tardando en contárnosla.

Villaviciosa sí que tenía una idea. Puede que no demasiado buena, pero una idea a fin de cuentas. Se disponía a exponérsela al sargento mayor cuando, de repente, todo se precipitó para los españoles.

De entre la hierba, bajo las patas de sus caballos, decenas y decenas de hombres surgieron y saltaron sobre ellos. Al unísono, de forma perfectamente coordinada, sin flaquear, sin errar, sin vacilar. La infantería quivira, hay que decirlo con todas las palabras, era de las de plantarse ante ella y descubrirse. Al final, en Norteamérica, y eliminando del razonamiento a los apaches, cuyas motivaciones siempre resultaban herméticas y se movían más por hijopotismo que por cualquier otro motivo, las naciones salvajes se dividían en dos: las bien alimentadas y con un alto grado de sofisticación militar y organizativa; y las que pasaban hambre, las cuales, por lo general, siempre solían ser pacíficas, pues con la tripa vacía malamente se puede presentar batalla.

Quivira era un reino de prosperidad más que manifiesta, donde las grandes manadas de bisontes suponían una inagotable fuente de comida y la tierra era tan rica que, con un poco de esfuerzo y algo de mimo, las cosechas brotaban solas.

Ergo los guerreros quiviras disponían de todo el día para pensar, para organizarse, para elucubrar el modo de trinchar a su enemigo. Si los escanjaques no les habían atacado hasta hoy y solo la presencia española a su lado los había animado a emprender el avance, por algo sería.

Surgieron, pues, de entre la hierba. Decenas y decenas de guerreros que saltaron sobre ellos y los derribaron sin miramientos. Puede que hasta veinte hombres por cada soldado español. Literalmente, los abatieron. Unos asieron las teas y se las arrebataron, otros se pegaron a las corazas de los hombres, algunos más a sus brazos, a los muslos, incluso a las espadas. No fuera a ser que, en un descuido o por simple pericia del soldado español, una mano lograra asir la empuñadura y consiguiera desenvainarla.

No, nada más lejos de ello. Los caballos también fueron apresados. Curiosamente, los guerreros quiviras los trataron con un respeto que, al menos eso les pareció en un primer momento, no dedicaban a los propios hombres. Los asieron por las bridas, las cinchas y los correajes y, tirando de ellos hacia abajo, los obligaron, primero, a doblar las rodillas y, después, a tumbarse en la hierba. Con el conquistador todavía sobre sus lomos.

De los cinco españoles, fue Zaldívar el primero que habló. Al igual que el resto, se hallaba completamente aprisionado por los cuerpos de los quiviras y no podía mover ni las pestañas.

—¡De la Rúa! ¡Ayarde! —llamó. Eran los dos hombres a los que, no hacía ni cinco minutos, había ordenado separarse.

Fue Ayarde el que respondió. El sargento mayor escuchó clara su voz y, aunque no podía verlo, supo que no se encontraba demasiado lejos.

—¡Nos han jodido, capitán! —gritó.

También los habían derribado. Y con idéntica táctica.

¿Y ahora qué? Zaldívar pensaba a velocidad de vértigo. La situación era extremadamente delicada y lo sabía. En este instante mismo, su suerte dependía, en exclusiva, de los quiviras. Si querían matarlos, no tendrían más que sacar un cuchillo de filo de piedra y rajarles el cuello. De hecho, una mano, firme y con largos dedos, sujetaba con fuerza sus barbas. Solo tenía que tirar de ellas y levantarle la cabeza para dejar expuesto su gazonete.

—¡No presentéis batalla! —gritó Zaldívar como única instrucción para sus hombres—. ¡No intentéis nada! ¡Dejad hacer!

No existían más posibilidades. Se rendían y a lo que Dios dijera.

* * *

Mientras tanto, el adelantado no se había quedado de brazos cruzados. El inminente ataque de los escanjaques sobre Quivira les obligaba, si cabe aún más, a proteger su bien más preciado: la caballada. Al final, cuando los acontecimientos se complican, resumes, simplificas y vas a lo tuyo. Y lo suyo, para los españoles, lo constituían los caballos. Sin riquezas, uno podía regresar a casa. Con un mal humor encima que les duraría meses, pero regresarían sanos y salvos. Sin caballos, se quedarían en tierra extraña para siempre. Y eso sí que no sucedería nunca. No a Oñate.

El adelantado cabalgó en el sentido contrario al que avanzaba la infantería escanjaque y alcanzó la posición donde el capitán Montesinos organizaba la defensa de la caballada. Nada sencillo, teniendo en cuenta que el camino que les había llevado hasta Quivira había sido tranquilo y apenas habían perdido media docena de entre los setecientos ejemplares que contaban al partir de San Gabriel.

—¿Cómo vamos? —preguntó Oñate aproximándose a Montesinos. Algunos soldados portaban teas, pero la visibilidad no era buena. Había demasiados caballos en la oscuridad. Demasiados.

—Bien, dentro de lo que cabe —respondió, sucintamente, el capitán Montesinos. Nadie había atacado la caballada, al menos por el momento. Pero la buena suerte no es eterna.

—Hay que encender más teas —dijo el adelantado dándose cuenta de que allí había demasiada gente sin pegar un palo al agua. La caballada le pertenecía, como le pertenecían todos

y cada uno de los hombres presentes en la expedición. Él era un hombre justo y no pedía a nadie que hiciera algo para lo que no estaba preparado o no se le pagaba. Pero aquí pintaban bastos.

—Lo que mande —repuso Montesinos, quien, de un silbido, llamó la atención de los soldados bajo su mando—. ¿No habéis oído al adelantado? ¡Más antorchas, hostias, hay que encender más antorchas! ¡Aquí se tiene que ver como en pleno mediodía!

—No somos suficientes —replicó, desde la penumbra, un soldado. La luz de las teas se reflejaba en las corazas y los morriones y les daba cierto aspecto fantasmal. Parecían espectros recién brotados de entre las grietas del abismo.

Oñate no se lo pensó dos veces. Apretó las rodillas y encaminó a Platero hacia el lugar donde se hallaban los frailes.

—Velasco —dijo.

—Adelantado, adelantado —repuso el aludido. Junto al resto de franciscanos, se hallaba, sentado a horcajadas sobre sus monturas, muy cerca de la caballada. Sabían que aquel era uno de los lugares más seguros de la columna y el último que los soldados, en la peor de las eventualidades, dejarían de proteger—. Diga qué, qué se le ofrece... Nosotros...

A Oñate, de una vez para otra, se le olvidaba aquella desquiciante forma de expresarse. ¿Acaso los franciscanos no eran capaces de hablar del tirón, como hacen las personas normales?

—Necesito que ayuden en las tareas —atajó el adelantado. No esperaba una negativa por respuesta. Por el amor de Dios, se encontraban en peligro, en un peligro real y tangible al que ni un solo integrante de la expedición era ajeno. Hasta los memos que se encargaban del ganado se habían dado cuenta de que las cosas se complicaban por momentos. Habrían esgrimido una espada si los soldados se la hubieran entregado. Sin tener ni la más remota idea de cómo hacerlo, pero con la prestancia de quien, al menos, está dispuesto a vender cara su vida.

Ah, los frailes, los frailes...

—No se me enoje usted, adelantado —dijo Velasco con esa sonrisilla malograda en los labios—. Óigame, que ya sabe, sabe usted, que nosotros estamos siempre de su lado y del de todas las buenas criaturas de Dios, de Dios nuestro Señor en los Cielos, santificado sea su nombre... Pero entiéndame cuando le digo que nosotros, nosotros no podemos hacer otra cosa que no sea, sea..., rezar, ¿me comprende?

Oñate no era hombre de los que se dejaran sorprender, pero aquella respuesta lo colmó de estupor. Se negaban en redondo a su petición. Durante unos instantes, no supo ni qué responder.

Después, montó en cólera. Siempre es una reacción que desatasca condiciones y alienta impulsos. Más, por supuesto, si el tipo que te enhebra con la mirada es alguien como el adelantado.

—Hijos de la grandísima puta... —farfulló. Oñate entreabrió los labios y del hueco brotó tal ira que los propios frailes quedaron estupefactos—. Juro ahora mismo, aquí, en este sitio donde estamos, juro, juro por mi hijo, por mi hija y por mi santa esposa, que si ahora mismo, no digo dentro de un rato ni de media hora, sino ahora mismo, si ahora mismo no agarráis todos, todos y cada uno de vosotros, desde el primero hasta el último, una puta antorcha y la prendéis de inmediato, os dejo aquí. Os quito el caballo, la espada y las espuelas y os abandono en mitad de este herbazal. Ya pueden veniros bien dadas, porque vosotros no regresaréis jamás a San Gabriel. Ojalá que estos cabrones de los que intentamos defendernos con ahínco os acojan con hospitalidad, porque, de lo contrario, la puta existencia se os va a hacer larga de cojones. Aunque,

mirad, bien pensado, quizás no sea una mala idea. Aquí hay miles y miles de indios. Tenemos indios hasta debajo de las piedras. Indios que se odian entre sí y que nos odian a nosotros, cabrones malparidos que no dudan en follarse a sus propias hijas para engendrar vástagos del mal. Hay indios hasta donde alcanza la mirada. ¿No buscabais eso, precisamente? ¿Almas vírgenes que incorporar al rebaño de Dios? Os daré la oportunidad de hacerlo, la oportunidad más grande que jamás hayáis soñado. Tendréis decenas de miles de almas aguardándoos una vez que nosotros nos marchemos y vosotros os quedéis aquí. ¿Que de regreso en San Gabriel alguien preguntará qué fue de los frailes? ¿Que quizás alguien llegue desde Zacatecas y repita las preguntas? ¡Me la sudan todas las preguntas! Aquí mando yo, aquí se hace lo que mis santos cojones ordenan y ni uno solo de mis hombres osará contradecirme. Diremos que se os comieron los pumas. O los coyotes. O el bicho que nos apetezca. Tenemos todo el camino de vuelta para inventar una excusa convincente. Y, creedme, Juan de Oñate es el puto cabrón más convincente que hay en este mundo. ¿O no?

Sí. Sí, porque los frailes, justo cuando el adelantado terminaba su discurso, decidieron que no habían entendido bien lo primeramente expuesto y que, por supuesto, que sin la menor duda arrimarían el hombro y echarían una mano. ¿Teas? Por Dios, tantas como sea necesario. Una por fraile, para empezar. Y si fuera preciso, que contaran con ellos para sostener alguna más entre los dientes. Luz, que se hiciera la luz en mitad de la noche y que la caballada estuviera a salvo. Aunque se les saltaran las muelas al intentarlo.

Ojalá les hubiera dado tiempo. Ojalá los acontecimientos hubieran seguido el camino establecido por el adelantado. A las malas, sí, porque hay asuntos que se emprenden así o no se emprenden, pero siempre según lo previsto por quien está aquí para prever. Di que, también, una cosa es prever y otra, muy distinta, adivinar. Y el don de la adivinación, en contra de lo que algunos puedan afirmar, no se nos ha dado a ninguno.

De manera que sucedió y eso fue todo. Tuvieron que tomar conocimiento de ello en un instante y actuar en consecuencia. Porque cuando, de pronto, un montón de salvajes surgen de la noche y el silencio, y se van a por ti, tú has de responder rápido y bien. Y si todo no se puede, al menos rápido. Rápida la respuesta e improvisado el método.

—¡Nos atacan! —gritó alguien.

El adelantado se volvió. Ningún movimiento brusco, no un giro de cintura que obligara al caballo a desplazarse con el jinete. Al contrario: un simple golpe de cuello y fue suficiente: vio a los quiviras brotar desde la noche y experimentó, mientras lo hacía, un estremecimiento en lo hondo del pecho. Así que aquí estaban. Estos eran los guerreros quiviras, los hombres contra los que habrían de luchar en los próximos días. Porque de la lucha ya no los salvaba nadie. Restaba averiguar para qué y con qué resultado, pero la obviedad era que deberían, sí o sí, batirse el cobre contra aquellos tíos que, ahora, a pie, desnudos, raudos, silenciosos, inteligentes, ávidos, listos como el hambre, se lanzaban sobre ellos y la caballada.

El vistazo de Oñate fue de los que duran un pestañeo. Pero si alguien tenía el ojo hecho a esto, ese era él. Llevaba muchos indios salvajes vistos como para que ahora no lo discerniera todo, o casi todo, en una apresurada mirada. Supo, sin duda, lo esencial: que a aquellos guerreros que corrían hacia ellos no convendría tomárselos a broma. La infantería quivira, más aún que la escanjaque, era de las que van de frente, de las que saben lo que hacen y de las que, en suma, no titubean a la hora de partirse en dos. Enemigo. Esa es la palabra clave que define a las naciones

norteamericanas. Si te advierten como tal y te toman por su enemigo, hazte cruces y aprieta las correas porque ahí habrá lucha, y pelea, y batalla, y hasta guerra.

Los quiviras, Oñate lo supo de inmediato, creían que ellos, los conquistadores españoles, eran el enemigo y como tal habían comenzado a tratarlo. Bien, no sería la primera vez que les sucedía ni tampoco la última, de forma que sabían lo que había que hacer.

Que tampoco es tan complicado. Se resume en lo siguiente: con todas tus fuerzas y porque te va la vida en ello, defiéndete. Vamos, hazlo, hazlo sin flaquear un solo instante porque ellos no van a aflojar, ellos siempre estarán ahí, ellos han decidido que mantendrán siempre los brazos en alto. Nos van a matar si no hacemos algo por evitarlo. Hagámoslo, pues.

—¡Desenvainad! —gritó el adelantado.

Se dirigió a los diez frailes franciscanos. Tenían las espadas al cinto, se hallaban en sus caballos y disponían de una posición de clara ventaja sobre el atacante. La anterior orden dada por el adelantado quedaba sin efecto con la llegada de la nueva. Dejaos de teas, cabrones, y desenvainad para defender, primero, la caballada y, segundo, vuestras vidas. Por ese orden.

O eran duros de oído, o de mollera, o de reflejos. El caso fue que los frailes no respondieron a la orden dada por el adelantado. Ninguno, ni uno solo de ellos, desenvainó, a pesar de que lo que Oñate pedía no requería más esfuerzo que llevar la mano derecha a la empuñadura de la espada y tirar de ella hasta que el filo quedara, por completo, al descubierto.

Los guerreros quiviras se hallaban a las patas de los caballos, casi junto a ellos, en la semipenumbra, con los ojos brillándoles a la luz de las antorchas que, atentos a esto, ellos mismos traían. No los guerreros que atacaban en vanguardia, pues estos iban con las manos desnudas y los dedos abiertos hacia los españoles, pero sí los de la segunda fila. Ahí había luz, luz que marcaba el camino, luz que demostraba, con su sola existencia, que el carácter guerrero de los quiviras era sofisticado y complejo. Que, desde luego, hacían bien los escanjaques en guardarles las distancias. Que, sin duda, su número y su capacidad eran lo suficientemente notables como para no menospreciarlos.

Oñate echó unos cuantos cálculos. Contaba con el capitán Montesinos y media docena de soldados. Algún indio mexicano de los que se ocupaban de la caballada, pero, en este momento, a pie y sin armar. Sus caballos a resguardo tras esta defensa y un número indeterminado de quiviras yéndose a por todo.

—¡Montesinos! —gritó—. ¡Que sus hombres se abran! ¡Quiero soldados rodeando a los animales!

—¡Somos pocos, adelantado! —devolvió el grito el capitán Montesinos. Se trataba de una obviedad, de algo que Oñate conocía de sobra, pero el hombre se vio en la obligación de aclararlo—. ¡Joder, llegan a decenas!

Los soldados de Montesinos ya habían desenvainado. Sujetaron las riendas con los dientes y se las apañaron como pudieron. Siempre hay tiempo para soltar la antorcha y eso suponía algo que todos bien sabían. Al final, si te vienen demasiado mal dadas, puedes usarla como improvisada arma contra un atacante. Le abrasas el rostro con la llama y un cabrón menos del que preocuparte. Así que estaban gobernando las monturas con los muslos, que no es que resulte sencillo pero tampoco imposible. Un caballo es un caballo, salvo que lleves tres años seguidos sobre él. Entonces se pone en marcha, de forma lenta y hasta, si se quiere, inadvertida, un mecanismo de comprensión mutua: el animal te entiende y tú entiendes al animal. Tanto que podrías engañar a

alguien explicándole que lo guías con la mente en lugar de hacerlo, como realmente sucedía, a través de imperceptibles presiones de las rodillas en los flancos del bicho.

—¡Necesitamos ayuda, adelantado! —exclamó Montesinos. Sostenía su espada en la mano derecha y Oñate vio cómo la levantaba en el aire y la hacía caer sobre un guerrero quivira que se había acercado demasiado. El mandoble no lo alcanzó, pero al menos sirvió para que el quivira diera un par de pasos atrás. Eran valerosos pero también juiciosos en su ataque.

El adelantado se encaró a los frailes. Advirtió el terror en sus rostros y lo ignoró por completo. Él también tenía miedo. Y el capitán Montesinos. Y los soldados. Todos tenían miedo porque el miedo es la reacción natural cuando sucede algo como lo que les estaba sucediendo a ellos. Pero al miedo has de sobreponerte porque, como no lo hagas, estás muerto. De ahí que se encarara a los franciscanos y, sin miramientos, los mirara a los ojos y les espetara:

—Desenvainad las espadas y luchad. Hacedlo. Ya.

Los diez frailes, por primera vez en sus vidas, desenvainaron una espada. Algunas crujieron lastimeramente, pero todas, más pronto que tarde, terminaron en las manos diestras de los franciscanos.

—Sujetad las riendas con la mano izquierda. Y, con la derecha, soltad la espada hacia delante —explicó tuteándoles, porque ahora eran soldados y a los soldados, el capitán general de Nuevo México no les debía más respeto que el que ellos mismos, a través de sus acciones, se ganasen—. Tened mucho cuidado de no herir a vuestros propios caballos. El enemigo es todo aquel que se os acerque, ¿estamos?

Algún fraile balbuceó una respuesta y Oñate comprendió que repetir las instrucciones no serviría de gran cosa. Ya se las apañarían.

Él mismo, entonces, desenvainó. El primer quivira que se puso a su alcance era un guerrero joven, de quizás dieciocho o veinte años de edad. Tenía los músculos del torso y de los brazos perfectamente moldeados y llevaba la piel cubierta de pinturas y tatuajes. El guerrero miró al adelantado y el adelantado miró al guerrero. Acto seguido, Platero se lanzó hacia el quivira porque quien da primero consigo lleva la suerte. El guerrero, al ver cómo Oñate lo atacaba, mantuvo su posición durante unos segundos, saltó hábilmente hacia un lado cuando Platero se disponía a arrollarlo y, por fin, de un brinco, se encaramó a la grupa del animal y abrazó al adelantado por la espalda.

Si los problemas hubieran terminado ahí, al menos habríamos podido llamarlos problemas. Asuntos malos que te suceden y que tú vas lidiando con mayor o menor soltura. Pero no, no terminaron ahí. Y, por lo tanto, devinieron en cataclismo. Porque otro guerrero quivira, tan rápido y diestro como el que ya tenía encaramado a la grupa del caballo, se asió a este por el cuello. Con brazos y piernas, se enroscó sobre Platero de tal forma que el caballo se volvió loco y comenzó a dar coces en el aire con las patas traseras.

Después, llegó un tercer guerrero, y un cuarto, y un quinto. De reojo ya, pues apenas podía moverse, Oñate observó cómo los franciscanos, tal y como él había ordenado, lanzaban espadazos al aire. Todavía tenían las miradas habitadas por el pánico pero, qué diablos, se defendían y defendían la caballada.

El adelantado estiró los labios. Mitad rabia, mitad satisfacción. Lo primero porque los estaban jodiendo bien y sabía que terminarían por sucumbir. Y lo segundo porque ¿quién no se regocijaría al saber que tu gente es tu gente, que los tuyos están ahí para ser de los tuyos, para no

cejar, no recular, no abandonarse en mitad de la lucha? Conquistaban, aunque, por el momento, no lo pareciera.

—¡Adelantado! —gritó, entonces, Montesinos.

Oñate no podía verlo, aunque bramó a la noche:

—¡Aguante, capitán!

Sobre Montesinos había un grupo de cuatro o cinco guerreros quiviras. Parecían repetir una y otra vez la misma estrategia: abatirlos haciendo que hincaran las rodillas en tierra. Aguantar ya no era una opción.

—¡Nos vencen, adelantado!

Platero tenía dobladas las patas delanteras. Había no menos de siete guerreros quiviras sujetándolo de las cinchas y tirando de ellas hacia el suelo. El adelantado habría soltado un par de mandobles, pero su brazo derecho se hallaba completamente inmovilizado. Pronto, Platero se dio por vencido, dejó de luchar y cayó de lado sobre la hierba.

Oñate sintió cómo su pierna izquierda quedaba atrapada bajo el costillar del animal. Durante la caída, se había golpeado en la cabeza y en un hombro, y perdió la consciencia durante unos instantes. Fue algo breve: cerró los párpados, se durmió profundamente y volvió a abrirlos. Mucho, tanto que los ojos casi se le desorbitan. Vio a los frailes luchando con torpeza, observó cómo, uno a uno, los quiviras los derribaban y contempló, no sin pesadumbre, que el capitán Montesinos y sus hombres seguían la misma suerte.

—Mierda —murmuró entre dientes.

* * *

La ofensiva de la infantería quivira dio frutos en menos de media hora de ataque intensivo. Los españoles se defendieron como supieron, pero ellos eran más. Setenta soldados podían mucho, realmente mucho. Pero no realizar milagros. Ni siquiera con los frailes combatiendo de su lado. Cientos y cientos de guerreros quiviras, quizás miles, surgiendo desde la negrura de la noche, los derrocaron sin excesivas complicaciones. Puede que los soldados hirieran a unos cuantos, puede, incluso, que les causaran alguna que otra baja. Pero la realidad era que la totalidad de la expedición española fue hecha prisionera y que, a partir de ese momento, solo restaba aguardar.

¿Y los escanjaques?

Los escanjaques seguían adelante con sus planes. No se habían enterado de que la tropa española había caído y que, en consecuencia, su fuerza de contención nunca haría su trabajo. La noche, si cabe, ayudaba a que la confusión fuera mayor. Zaldívar, quien, junto a los cuatro soldados que habían sido hechos prisioneros junto a él, fue llevado a una posición de retaguardia unos cincuenta pasos por detrás del frente de batalla, observó los movimientos de la columna escanjaque. Y supo qué se proponían.

Y como lo supo, se apresuró a contárselo a los quiviras. ¿Qué otra cosa podía hacer? Seguían con los planes intactos, seguían adelante con aquello que a ellos más les convenía: que no hubiese enfrentamiento alguno entre naciones indias. Si, para lograrlo, tenían que ponerse del lado de unos tipos que no conocían de nada y que, además, acababan de convertirlos en prisioneros, lo harían sin dudar.

—¡Están intentando envolveros por el norte! —exclamó.

Se hallaba rodeado por un nutrido grupo de guerreros quiviras. Hombres altos, bien proporcionados, sonrientes en mitad de la noche. Zaldívar, al que, al igual que al resto de sus hombres, no habían maniatado, se hallaba cercado por unos cien o ciento cincuenta guerreros. Podía escuchar el relincho de sus caballos, lo cual significaba que no se los habían llevado demasiado lejos.

—No le entiende, capitán —dijo Montoya.

—Joder, pues hemos de hacernos entender —repuso Zaldívar—. Como sea.

—Ojalá estuviera aquí Jusepe —apuntó De la Rúa.

—Jusepe no entiende la jerga de estos tíos —terció Villaviciosa.

—Pero mejor que nada... —apuntaló su tesis De la Rúa.

—Venga, hostias, dejaos de gilipolces y a lo que estamos —interrumpió el sargento mayor. Y, dirigiéndose a los guerreros más cercanos a su posición, dijo, con las manos abiertas y extendidas en señal de paz—: ¡Eh, eh! ¡Vosotros! ¡Hay una columna de escanjaques ahí delante! ¡A unos quinientos pasos de aquí! ¡Y están dando un gran rodeo para envolveros y atacaros por sorpresa!

Los quiviras miraron al sargento mayor. A la luz de sus propias teas, los españoles comprobaron que tenían la piel cobriza, los pómulos prominentes y los labios largos y muy finos. Parecían mostrar interés en lo que Zaldívar les contaba, pero no daban muestra alguna de estar entendiéndole.

—¡Joder, que nos van a dar por culo a todos! —insistió el sargento mayor.

—No le comprenden, capitán —dijo, con voz resignada, Ayarde—. No se desgañite usted, porque total, para qué...

—Si los escanjaques atacan con éxito desde el norte, nosotros nos encontraremos en el fuego cruzado. Y míranos, cojones, míranos... Somos un puñado de tíos a los que les han quitado los caballos. ¿Tú te crees que sobreviviremos?

—Bueno, tampoco pienso yo que...

—Si no vas a decir nada constructivo, mejor cierras el puto pico, Ayarde.

—A la orden, capitán.

El pragmatismo de Ayarde constituía el proceder habitual entre la tropa española. Sabían demasiado bien, porque lo habían aprendido experimentándolo en sus propias carnes, que no ganaban nada con perder los nervios. Un soldado desquiciado es un soldado muerto. Al menos, lo es en la Norteamérica profunda. De manera que, aunque la situación se presentara más que complicada, lo adecuado pasaba por mantener la compostura, intentar aportar algo y cruzar los dedos para que, si las cosas se ponían realmente crudas, tuvieras una oportunidad para poner tierra de por medio. Se le llamaba desertar, pero a ellos les importaba un carajo. Una cosa es servir a las órdenes del rey, de lo cual hasta se sentían orgullosos, y otra, bien distinta, pasar a criar malvas por su culpa. Un hombre siempre tiene, en último término, derecho a salvar el pellejo. Al menos, en España. Y Quivira, a efectos prácticos y con la ley en la mano, lo era desde el principio hasta el final. Tierra conquistada, tierra de Castilla, tierra de hombres libres que deciden libremente sobre sus propias circunstancias.

—Sería una buena idea averiguar quién manda aquí —dijo Villaviciosa.

—El de las plumas —repuso De la Rúa. No se refería a nadie en particular y ni siquiera veían a ningún guerrero que las portara, pero estaban acostumbrados a que, entre las naciones salvajes de Norteamérica, el tío que llevara plumas en el pelo era el tío que allí mandaba. Para los indios, las plumas eran como los galones: cuantas más luzca el cabrón, más manda. Eso lo llevaban a misa de aquí al sur de México. ¿Por qué habrían de ser distintos los quiviras? En un primer vistazo, salvo por el hecho de que se hallaban muy bien alimentados y pertrechados, no exhibían diferencias aparentes con respecto a otras naciones: empuñaban hachas de filo de piedra, llevaban las cabelleras sujetas en largas trenzas y se pintaban para la guerra. Vistos unos, vistos todos.

—De acuerdo, echad un vistazo —dijo Zaldívar.

Moviéndose lentamente para no despertar sospechas, los cinco españoles comenzaron a caminar en círculos. Los quiviras daban por hecho que, una vez convertidos en prisioneros, los soldados españoles asumirían su condición y no causarían problemas. Los tomaron por honorables guerreros y permitieron que continuaran llevando sus espadas al cinto. No, esta gente no había visto demasiados españoles en su vida...

Sin embargo, y sabiendo todo esto, ninguno de los cinco soldados quiso tentar su suerte y, por ello, todos separaban mucho los brazos del cuerpo mientras caminaban en búsqueda de un hombre emplumado. Varios quiviras los miraron, levantaron las cejas, esbozaron sonrisas y hasta intercambiaron algún que otro comentario que, sin duda, fue jocoso.

Los españoles los ignoraron por completo y continuaron a lo suyo. Quien sigue la consigue, y no mucho después, Montoya dio la voz de alerta:

—Aquí, capitán.

Los cuatro españoles restantes fueron hacia el lugar desde el que provenía la voz de Montoya y lo vieron plantado frente a un guerrero de cierta edad, puede que cuarenta y tantos años, que llevaba tatuajes en el rostro y una enorme pluma erecta en lo alto de la coronilla. Vale, lo tenían.

—Hablaré yo —dijo Zaldívar, un tanto inútilmente, pues ninguno de sus hombres había previsto cualquier otra posibilidad.

—Oye, amigo, amigo —comenzó a decir Zaldívar. Mostraba las manos abiertas y extendidas frente a él—. ¿Puedes entender lo que te digo? ¿No? Joder, mira, tenemos a los escanjaques muy cerca. ¡Vuestros enemigos! Ya vienen, desde el norte. Están dando un rodeo. ¡Están dando un rodeo, hostia puta!

El sargento mayor dijo estas últimas palabras y se calló. Se echó hacia delante, apoyó las manos en las rodillas y se dio cuenta de que estaba agotado.

—Es inútil... —se lamentó—. Estos hijoputas no entienden una puta palabra de castellano...

De improviso, Montoya tuvo una idea.

—¿Y si probamos como aquella vez al oeste de San Gabriel? —sugirió.

—¿Qué vez? —preguntó Zaldívar incorporándose un poco. El cansancio le impedía pensar con claridad.

—No recuerdo el nombre de aquellos indios... —se explicó Montoya—. Fuimos con el adelantado y un grupo pequeño de hombres. No eran hostiles y portaban collares de plata, lo cual hizo que el adelantado nos obligara a pasar varios días entre ellos para ver si así les sonsacábamos algo de información acerca del lugar donde se hallaban las minas.

—¡Ah, sí, ya me acuerdo! —exclamó De la Rúa. Y añadió—: ¡El teatrillo!

Exacto, el teatrillo. Montoya asintió con una media sonrisa en los labios y el sargento mayor se incorporó del todo. Desde luego, ahora lo recordaba... Pasaron dos largas jornadas tratando de hacerse entender por aquellos indios y no hubo manera. No, hasta que, quién sabe cómo, a uno de los hombres se le ocurrió realizar gestos con las manos. Los indios se lo tomaron como algo gracioso y comenzaron a reír de buena gana, así que los españoles no dudaron: el filón de la buena plata comienza en la risa de un indio que sabe cosas. Efectivamente. Los gestos fueron sofisticándose más y más y pronto la expedición de conquistadores españoles se había convertido en una alegre farándula ambulante. Fue coser y cantar: los soldados representaban una situación concreta y si los indios se reían a carcajadas, ellos interpretaban que estaban dando en el clavo. Hallaron las minas de plata.

—Montoya, Villaviciosa —ordenó Zaldívar recuperando, en el acto, la energía y el brío—. Vosotros haréis de escanjaques. Poneos ahí. Sí, sí, un poco más atrás... Bien... Ayarde, De la Rúa, vosotros sois los quiviras, ¿de acuerdo? Aullad como ellos lo hacían hace un rato. Venga, joder, con más garganta. ¿Sois niñas o qué pollas os pasa?

En un suspiro, los hombres se dispusieron tal y como el sargento mayor había ordenado. Los guerreros quiviras los observaban evolucionar con cierto gesto de estupefacción. Cada soldado allí presente sabía que aquel era el rictus que los miembros de las naciones indias ponían para simular impavidez y, aunque en los primeros contactos establecidos tiempo atrás la pantomima coló, hoy en día no había un solo indio en Norteamérica al que los españoles no le leyeran el pensamiento.

A renglón seguido, y exagerando muchísimo cada gesto, Montoya y Villaviciosa separaron las piernas y comenzaron a caminar en dirección a Ayarde y De la Rúa. Hinchaban los carrillos y fruncían el ceño para parecer realmente malvados. Unos escanjaques de libro, sin duda. Por su parte, Ayarde y De la Rúa simulaban que, felices de la vida, no se enteraban de nada. De la Rúa, en un gesto que él mismo consideró de gran valía, se agachó y fingió que recogía una flor y se la llevaba a la nariz para olerla.

Al principio, los quiviras no captaron tanta sutileza española. No es que fueran tontos: es que jamás habían visto una representación de aquel tipo y tuvieron que realizar un esfuerzo para advertirla y asimilarla. Si ya les costaba admitir la presencia de hombres barbudos y acorazados, el hecho de que se comportaran como completos dementes no ayudaba en exceso.

Sin embargo, se cayeron del guindo. Lo hizo, en primer lugar, un guerrero espigado que llevaba los lóbulos de las orejas perforados. Zaldívar comprendió que lo entendía cuando, muy despacio, el tipo comenzó a asentir. Después, en voz baja y tono interrogativo, dijo algo a otro guerrero, este le devolvió el comentario, debatieron durante unos segundos y, por fin, ambos coincidieron en que sí, que lo que los recién llegados realizaban no suponía un acto de enajenación mental sino un intento de comunicación.

—¡Lo pillan, capitán, lo pillan! —exclamó, Villaviciosa, que, al igual que el sargento mayor, había comprendido que los quiviras entendían el mensaje.

—Calla, mangarrán, y sigue con lo tuyo —le espetó Zaldívar, que prefería asegurarse.

Montoya y el propio Villaviciosa, con la intención de apuntalar el teatrillo, se abalanzaron sobre Ayarde y De la Rúa y les rebanaron el cuello con cuchillos imaginarios. Estos dos últimos sacaron las lenguas, se las mordieron hasta casi hacerse sangre y murieron entre grandes estertores.

Los quiviras entornaron los ojos. Definitivamente, adivinaban el mensaje. Sus viejos enemigos, a los que ya habían advertido desde hacía varias horas pero cuyo acercamiento no habían juzgado, en principio, belicoso, se aproximaban con la intención de terminar con ellos y para siempre.

Suerte que los tipos de piel pálida y pelo en el rostro los habían avisado a tiempo.

—Hostia puta, ya os ha costado entenderlo —dijo Zaldívar, quien sudaba copiosamente bajo el morrión. A los españoles, el pelo, largo tras tres meses sin cortárselo, se les pegaba en mechones húmedos a las sienes.

En ese instante, algo sucedió en las filas quiviras. El guerrero de la pluma en lo alto de la cabeza empezó a transmitir órdenes en tono imperioso. Sus guerreros, de inmediato, se pusieron en marcha. Algunos desaparecieron en la negrura de la noche y otros, por el contrario, se mantuvieron en el lugar y comenzaron a armarse hasta los dientes.

—¿Qué hacen? —preguntó Ayarde, un tanto confuso.

—Se preparan —respondió Zaldívar.

—¿Prepararse? ¿Para qué?

—Para la guerra.

* * *

El capitán Montesinos comprobó que conservaba su espada y que desenvainarla no solo dependía de él. Podría haberlo hecho. Podría haber desenvainado y haberla emprendido contra los guerreros quiviras que se hallaban a su lado sin apenas prestarle atención. Echó unos cuantos cálculos mentales y llegó a la conclusión de que abatiría entre diez y quince hombres antes de que ellos reaccionaran y acabaran con él. Montesinos era perfectamente consciente de su ventaja: la espada y la armadura lo volvían lento pero también más o menos invulnerable. Más o menos, porque, de la misma forma que él comprendía que podía matar a un buen puñado de quiviras, los quiviras sabían que en sus filas había cientos, miles de hombres dispuestos a presentar batalla. No creyeron, en ningún momento, que los españoles fueran tan idiotas como para, una vez hechos prisioneros y establecidas las nuevas circunstancias, levantarse en armas en lo que, sin duda, resultaría una acción absurdamente suicida.

Tanto fue así que las intuiciones de los quiviras se cumplieron una por una. Montesinos elucubró en silencio, se dijo que, si la suerte lo acompañaba, podría acabar con veinte guerreros indios y, después, se olvidó de la espada y de todo lo que conllevaba.

Por alguna razón misteriosa, es común pensar que la conquista de América se llevó adelante a sangre y fuego. Nada más lejos de la realidad. La conquista de América tuvo lugar de la forma exacta en la que ahora el capitán Montesinos caminaba en mitad de la noche: con la espada envainada y la firme determinación de que, o ponían orden entre las naciones indias enfrentadas entre sí, o aquello terminaría mal para todos, ellos incluidos.

Por supuesto, ya que se disponían a intervenir, lo harían tratando de que los eventos futuros se inclinaran a su favor. Ellos eran gente de paz, pero también buscadores de riquezas. Habían cabalgado hasta Quivira precisamente para eso. Que ahora tuvieran que mediar en una gran disputa entre gentes de las que no sabían nada hasta anteayer solo suponía gajes del oficio.

—¡Adelantado! —exclamó cuando distinguió a Oñate entre las sombras. Los quiviras no solo dejaban hacer, sino que habían decidido ignorarlos por completo y dedicarse, de lleno, a sus propios asuntos. Acontecimiento que el adelantado había percibido rápido y que estaba, ya, aprovechando para los suyos: reunir a la columna española.

—¡Montesinos! —repuso, apremiante, el adelantado. Había conseguido juntar a un grupo de unos veinte soldados españoles, entre ellos los capitanes De las Casas y Espinosa—. ¿Sabe algo de Sosa?

—No, adelantado.

—Andará cerca. Debemos organizarnos, Montesinos. Vamos, no pierda el tiempo y póngase a sargentearme los hombres.

El capitán Montesinos se hallaba un tanto confuso. No comprendía qué sucedía. Pero tenía ojos en la cara y, a pesar de que seguía siendo de noche y de que las teas encendidas, tanto en manos españolas como quiviras, iluminaban escasamente las inmediaciones, intuyó que el ajeteo reinante anticipaba algo. Malo, por supuesto.

Todos los españoles se hallaban con los pies en tierra, pues, después de que los quiviras los descabalaran, les habían arrebatado los caballos y se los habían llevado a quién sabía dónde. De ese problema, grave sin la menor duda, se ocuparían más tarde. Ahora tenían otras cosas en las que pensar.

Como, por ejemplo, impedir que los quiviras hicieran eso que tenían decidido hacer.

—Se están organizando... —dijo Montesinos, cayendo en la cuenta.

—Son miles —le hizo un resumen el capitán De las Casas—. Disponen de muchas armas y se han dado cuenta de que los escanjaques se aprestan a atacar desde el norte.

—¿Desde el norte?

—Sí. Al parecer, los capitanes escanjaques han decidido que lo mejor para ellos sería atacarlos por el flanco norte mientras nosotros conteníamos a los quiviras desde el sur.

—Pero nosotros no habíamos...

—Los escanjaques son gilipollas. Han creído que, forzando la situación, nosotros nos pondríamos de su lado. O que, al menos, actuaríamos como fuerza de contención. Daban por hecho que lucharíamos si veíamos que la horda quivira se nos echaba encima.

—Pero los planes han salido mal.

—No contaban con que los quiviras tomaran la iniciativa y nos capturaran antes de que todo diera comienzo.

—¿Nadie se ha salvado?

—Ha caído hasta el carpintero, tío. Al menos, una vez que hemos dejado claro que no veníamos con intenciones hostiles, nos han dejado tranquilos. Puede que el hecho de que se dieran cuenta, al mismo tiempo, de que los escanjaques estaban dando un rodeo para atacarles por sorpresa haya tenido algo que ver, pero quién sabe...

—Putos escanjaques...

—Pues ahora nos toca salvarles el culo, Montesinos.

—¿Salvarles? ¿Y por qué no dejamos que se den de hostias hasta que no quede un solo cabrón con vida?

—Porque puede que sí quede algún cabrón con vida. Joder, tío, parece que eres nuevo en esto. Sabes tan bien como yo que el vencedor de una batalla se revolverá contra el tercero en

discordia. En lo que a nosotros respecta, la guerra es la peor de las opciones. Hemos venido a lo que hemos venido, Montesinos.

—A por las riquezas.

—A por las riquezas. Y, para lograrlas, necesitamos que las cosas se calmen cuanto antes. Venga, hombre, ponte al lío.

Los españoles se movían en la noche con gran estrépito. Los corrajes de las corazas rechinaban, las protecciones golpeaban unas contra las otras en una interminable sucesión de chasquidos metálicos, las vainas de las espadas pegaban contra los muslos de los hombres y las espuelas de todos ellos tintineaban en una sinfonía que, si alguien tuviera tiempo para fijarse en ella y separarla del ruido amorfo y disonante, resultaba armónica y hasta bella.

Sin caballos, tocaba moverse a pie. Y los españoles a pie eran lentos. Mucho más, desde luego, que los hábiles quiviras, quienes, descalzos y en terreno llano, comenzaron a avanzar hacia el norte a gran velocidad.

—¡Tras ellos! —ordenó el adelantado.

En total, el grupo de los españoles logró sumar veintinueve hombres. Llegaron, desde algún lugar indeterminado en la oscuridad, varios indios mexicanos y los interrogaron acerca de la suerte de la caballada, pero estos se encogieron de hombros y aseguraron que los habían derribado por sorpresa, que todo había sucedido muy rápido y que no tenían ni la más remota idea de dónde se hallaban los setecientos caballos españoles. Los capitanes, y el adelantado también, les creyeron porque ellos mismos habían corrido idéntica suerte y, además, tampoco disponían de demasiado tiempo para pensar. Lo importante era ir junto a los guerreros quiviras hacia el frente de batalla.

—Quedaos por aquí —indicó el capitán Espinosa a los indios mexicanos— e intentad averiguar algo acerca de nuestros caballos.

—Creo que también nos han quitado los carros —dijo uno de los indios mexicanos.

—Pues averigüad también algo sobre eso —se impacientó Espinosa. La infantería quivira se ponía en marcha y ellos debían seguirla sin perderle el rastro—. Vamos, joder, espabilad un poco. Aquí arrima el hombro todo Dios, no lo olvidéis.

Una cosa era apreciar el miedo general que todos experimentaban. La incertidumbre, la desazón, el descorazonamiento. Pero, a diferencia de a los soldados, a los indios mexicanos se les pagaba por cuidar de la caballada y del ganado. Por nada más. Sin lo uno y lo otro, su trabajo terminaba ahí. Y, aunque no lo hubiera hecho, la dimensión de su miedo los paralizaba por completo. No sentían inquietud al modo en el que la sentían los soldados. Ellos, los pobres diablos que hacían todo el trabajo duro en la expedición, sufrían algo muy parecido al pánico. Un horror plegado sobre sí mismo, compacto, duro, violentísimo, hondo, demoníaco. Dijeron que sí al capitán Espinosa y, en cuanto este desapareció junto al resto de soldados, se sentaron en el suelo formando un corro muy cerrado y se pusieron a rezar como posesos.

Los veintinueve españoles que, con el adelantado a la cabeza, avanzaban a pie en dirección norte tras la infantería quivira supusieron la clave de lo que, en las próximas horas, acontecería. Se erigieron en protagonistas de unos sucesos que no habrían tenido lugar sin su presencia allí, pero de los que, en cualquier caso, nadie podría creerles responsables.

Hicieron, como tantas otras veces, lo que pudieron. Y, la verdad sea dicha, pudieron mucho más de lo que cualquiera sería capaz de imaginar con antelación. Claro que, para hablar con

propiedad y conocimiento de causa, había que estar allí y contemplar, con ojos propios, lo que sucedió.

Estemos.

* * *

Zaldívar, Montoya, Ayarde, De la Rúa y Villaviciosa decidieron, ellos también, seguir los movimientos de los guerreros quiviras. Hasta algo más tarde, no se encontrarían con el grupo de veintinueve españoles comandado por el adelantado Oñate, pero sí hallaron en su camino a cinco soldados más, los cuales, de inmediato, se sumaron al grupo del sargento mayor.

—Van demasiado de prisa —protestó De la Rúa, quien, como el resto, sudaba con profusión bajo la armadura.

—Dejad de quejaros —cortó el sargento mayor.

El grupo apenas podía mantener el ritmo. Mientras tanto, cientos y cientos de guerreros quiviras se integraban en la ofensiva. Todos llegaban con teas en las manos y se las iban pasando de unos a otros, de manera que pronto la visibilidad fue casi la del día.

—Mirad... —dijo Ayarde. No se detenían, no dejaban de caminar, de sudar, de resollar.

Los hombres miraron en la dirección en la que Ayarde señalaba y observaron cómo miles de hombres se acercaban hacia el núcleo de la ofensiva. La infantería quivira, en un cálculo rápido, no estaba integrada por menos de cinco o seis mil guerreros.

Más fuertes, mejor armados y más dispuestos que los escanjaques. Que los tres mil guerreros escanjaques que se disponían a atacar en campo abierto, sin conocer el terreno y muy lejos de casa.

—Vamos, vamos —apremió Zaldívar—. Tenemos que llegar a tiempo.

El guerrero de la única pluma en lo alto de la cabeza caminaba frente a ellos. Los españoles habían tratado de llamar su atención, pero una vez que hubo comprendido el mensaje que estos pretendían transmitirle, dio por zanjada la conversación y se ocupó de correr la voz. Hombres con más plumas en el pelo pasaron frente a los ojos de los españoles, si bien ninguno de ellos se dignó a escucharlos. Debían detener aquel avance. Debían lograrlo a toda costa.

—Tenemos que adelantarles —dijo el sargento mayor, sin resuello.

—¿Nos quitamos las armaduras, capitán? —preguntó Montoya.

Antes muertos. Zaldívar ni se molestó en responder. Los españoles nunca, nunca y en ningún caso, se desprendían de las corazas. Menos aún, si cabe, en una situación de máximo riesgo como la presente.

—Calla, Montoya, y corre —le respondió, tras una pausa, Villaviciosa.

Nunca supieron durante cuánto tiempo estuvieron avanzando a la carrera. Sí recordaron, y para siempre, que, tras ella, quedaron deslomados.

Por fin, la infantería quivira se detuvo. Desde los extremos de una fila larga, larguísima, comenzaron a llegar aullidos hasta ellos. Los españoles aprovecharon la ocasión para abrirse paso entre los guerreros y avanzar. Ninguno se opuso. No, porque, entre otras cosas y a unos treinta o cuarenta pasos de distancia, otra fila, esta integrada por los tres mil guerreros escanjaques, aguardaba en completo silencio.

Zaldívar respiró profundamente, recuperó parte del resuello y giró la cabeza para observar a los escanjaques. Ah, tontos del culo... Desde aquella distancia, que era importante en una noche solo iluminada por las teas quiviras, pudo advertir el asombro y el susto en los rostros de los atacantes.

¿Algo se les había torcido? Todo se les había torcido. Ni los españoles habían servido de fuerza de contención, ni su gran rodeo hacia el norte había conseguido sorprender a los quiviras. Prueba de ambas cosas era que tanto los primeros como los segundos se hallaban allí, frente a ellos.

Y ahora tenían que batallar en sustancial desventaja.

El sargento mayor giró por completo sobre sus talones para reconocer la situación. A un lado, en una fila larga, larguísima, los escanjaques aguardaban. Cien pasos frente a ellos, en paralelo, otra fila, la quivira, hacía lo propio. La dimensión de esta última columna era más o menos idéntica a la primera. Sin embargo, puesto que la nutría un número significativamente mayor de efectivos, se aparecía más gruesa, más sólida, más preparada para la victoria. Zaldívar calculó que la proporción de fuerzas era de dos a uno. Cada guerrero escanjaque tendría que derrotar a dos guerreros quiviras. Con la desventaja adicional de que carecían de retaguardia a la que replegarse en caso de que fuera necesario.

Cualquiera en su sano juicio, planteados así los acontecimientos, daría media vuelta para marcharse a su casa. Zaldívar habría jurado que si los escanjaques lo hacían, los quiviras lo aceptarían. Y otro tanto por la otra parte: si los quiviras renunciaban a continuar avanzando, de los escanjaques no se volvería a saber en las próximas dos o tres décadas.

Esa es la lógica española. No la lógica india. No, pues no ha nacido el salvaje norteamericano que sea capaz de plantarse en un campo de batalla y, de buenas a primeras y por un quítame allá esas pajas, dejarlo correr y todos tan contentos.

Pues así estaba el panorama: tres mil escanjaques a un lado, seis mil quiviras al otro, unas desproporcionadas ganas de poner los puntos sobre las íes y diez españoles en medio. A la misma distancia de los unos que de los otros. Con nula confianza en nadie y unas terribles ganas de estar a cien leguas de distancia de allí.

Al menos, mientras eso sucedía, llegó el resto. O la parte del resto que había logrado organizarse y avanzar: el grupo de veintinueve hombres comandados por el adelantado en persona.

Se abrían paso con dificultad entre las filas quiviras y fue Montoya el primero en reconocerlos.

—Mire, capitán —dijo extendiendo la mano y señalando con el dedo.

Zaldívar hizo lo que el soldado le pedía y observó cómo el nutrido grupo de españoles se les acercaba a buen paso.

—¿Qué cojones sucede aquí? —preguntó, yendo al grano, el adelantado. Miles y miles de guerreros de ambos bandos los observaban en silencio. Cuando los españoles callaban, solo se escuchaban el crepitar de las teas y algún que otro relincho lejano. La caballada no andaba lejos, pero andaba en manos que no eran españolas. Eso, seguro.

El sargento mayor vio cómo, con el adelantado, llegaban los capitanes Montesinos, Espinosa y De las Casas. Menos mal. Sabía que él, tras el adelantado, era el oficial que debía tomar las decisiones, pero no estaba de más que otros pudieran echarle una mano, aconsejarle, opinar. Al final, terminas haciendo lo que te da la gana, pero, por lo menos, le has tomado el pulso al resto.

—La puta guerra, adelantado —respondió Zaldívar caminando unos pasos y acercándose a él—. La puta guerra.

Solo cincuenta pasos hasta una columna y solo cincuenta pasos hasta la otra.

—Hay que parar esto, capitán —sentenció el adelantado en voz lo suficientemente alta como para que todos le escucharan—. Y hay que pararlo ya.

—No parece que los escanjaques estén muy dispuestos a atacar —informó Zaldívar.

—Siguen ahí, formados para la batalla —repuso el adelantado—. Eso es lo que cuenta.

Oñate guardó silencio mientras el más rezagado de los españoles se unía al grupo. En total, sumados los unos y los otros, la dotación estaba conformada por treinta y nueve hombres. Treinta y nueve tíos para hacer frente al cataclismo.

—¿Dónde está el resto de hombres? —preguntó Zaldívar dirigiéndose a los capitanes.

—Desperdigados por ahí —respondió Espinosa—. No sabría decirle con certeza, esa es la verdad... Hay soldados que se quedaron junto a la caballada y que ahora no sabemos dónde estarán. Otros se juntaron con los frailes, pero hace mucho que no vemos ni a unos ni a otros. Nos abatieron y nos quitaron los caballos, ¿sabe, capitán?

Qué me va usted a contar a mí.

—Menudo desastre... —suspiró Zaldívar volviendo a pasear la mirada en torno a sí.

—Venga, hostias, que aquí hay mucho que hacer —rugió el adelantado. Los hombres que, de normal, callan mucho, braman cuando la situación lo requiere y solo si la situación lo requiere. Si alguna lo ha requerido alguna vez, la tenían delante.

—¿Cuánto queda para el amanecer? —preguntó Villaviciosa.

—¿Y qué cojones importa eso ahora? —le replicó el capitán Montesinos.

—No sé, quizás con la llegada del día las cosas se vean con otros ojos...

—Esto va a reventar en cuestión de minutos —terció el capitán Espinosa—. El adelantado tiene razón. Hay que actuar sin demora...

—Lástima que hayamos perdido a tres soldados —se lamentó, entonces, uno de los hombres que había llegado en el grupo de Oñate.

—¿Cómo? —saltó Zaldívar—. ¿De qué estás hablando? ¿Tenemos tres bajas?

—No, bajas no son —aclaró el soldado—. Deserciones, más bien. Guevara, García y De la Paz. Se fueron hace unas horas.

—¿Y tú cómo lo sabes? —intervino el adelantado con el gesto crispado.

—Porque antes me topé con el alférez Figueroa y me lo contó de primera mano. Al parecer, él se hallaba presente cuando los tíos dijeron que se largaban.

—¿Has visto al alférez? ¿En qué dirección marchaba?

—Hacia atrás, no se preocupe, adelantado. Se disponía a llevar a lugar seguro al teniente.

Una vez que Oñate supo que su hijo continuaba bien, retomó el tema que le preocupaba.

—¿Estás seguro de lo que dices, soldado? ¿De verdad que hay tres tíos que han tenido los santos huevos de desertar a lomos de mis caballos y llevándose mis armas y mis raciones de comida?

—Bueno, sí... Así es, adelantado. Siento traerle malas noticias...

—¿Y te contó Figueroa por qué causa han abandonado la expedición?

—Creo que fue por una discusión en torno a los porcentajes.

—Ya estamos con los dichosos porcentajes de los cojones. Ese tema está más que hablado.

—No la tome conmigo, adelantado, que yo solo le estoy contando lo que Figueroa me dijo que sucedió.

Para entonces, la totalidad de la dotación española escuchaba atentamente la conversación. Tenían a nueve mil indios dispuestos a lanzarse los unos sobre los otros con ellos treinta y nueve en medio, pero si había que hablar de los porcentajes, este momento era tan bueno como cualquiera. A fin de cuentas, ni los escanjaques ni los quiviras parecían tener demasiada prisa por ir a ninguna parte.

—Hombre, ya que saca el tema —comenzó a decir De la Rúa—, y con el debido respeto, adelantado, sí es cierto que existe disconformidad entre la tropa. Se lo digo sin ánimo de ofender, entiéndame usted.

El adelantado se giró hacia De la Rúa y su coraza refulgió en la noche a la luz de las antorchas.

—¿Disconformidad? ¿De qué disconformidad me hablas? Aquí todos firmasteis el siete por ciento de la ganancia.

—En San Gabriel, adelantado.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Pues que las circunstancias han cambiado, señor. Mire, no seré yo quien defienda a tres desertores. Eso, jamás. Pero debe usted comprender que lo que pensamos que sería y lo que está siendo son dos cosas muy distintas. Y si no me cree, eche un vistazo a los alrededores. ¿Acaso piensa que habríamos aceptado ese siete si hubiéramos sabido que terminaríamos enfrentándonos a esto?

De la Rúa levantó un brazo y lo movió de un lado a otro señalando las largas filas de guerreros prestos para la batalla.

—Me cago en mi puta vida y en todo lo que se menea —bufó Oñate—. Yo os mato a todos. Aquí, delante de los putos indios de los cojones. Os mato y me quedo tan ancho, por mis hijos que lo hago. Y luego, me vuelvo tranquilamente a mi casa.

De la Rúa había ido demasiado lejos. No debería haber sacado un tema tan sensible para el adelantado en un instante tan delicado como este. Pero lo hecho, hecho estaba. Y sí era cierto, porque lo era, que entre los hombres existía una fuerte disconformidad en torno al porcentaje pactado. Llevaban así tres meses, de manera que, efectivamente, este momento era tan bueno como cualquier otro para zanjar las diferencias y alcanzar un acuerdo.

El capitán De las Casas, que permanecía justo detrás del adelantado, se vio en la obligación de salir en auxilio de De la Rúa. Al final, los capitanes, por muy capitanes que fueran, pertenecían a la tropa y, como los demás, cabalgaban a porcentaje sobre las ganancias. Si los soldados mejoraban su parte, la mejora, de forma inmediata, se extendería al resto de los hombres.

—Mire, adelantado —dijo—. Pienso que podemos solucionar este asunto de una forma completamente civilizada. Aquí estamos todos unidos por un mismo fin. Y no me puede usted negar que las cosas se nos han complicado bastante. ¿Quién nos dice, ahora mismo, que vamos a salir con vida de esta? Corremos grandes riesgos, adelantado, a la vista están, y usted tendría que comprender que dichos riesgos hay que compensarlos. No le digo yo que con una subida en el porcentaje o con lo que sea, pero hay que compensar situaciones como la presente. Y creo que hablo por todos cuando digo esto.

Se levantaron algunos rumores entre los hombres que bien podrían haber sido interpretados como de adhesión a lo expresado por De las Casas.

—Acordamos que sería el siete por ciento y el siete por ciento será —sentenció Oñate dispuesto a no ceder un solo paso. Tenía, en la mirada, el raro brillo de los que se la están jurando al resto del mundo.

Zaldívar, entonces, intervino. Se acercó al adelantado, se situaron ambos hombro con hombro aunque mirando cada cual en un sentido distinto, y comenzaron a hablarse al oído. O comenzó, porque quien lo hacía, realmente, era el sargento mayor. El adelantado asintió tres o cuatro veces y, en una más, frunció el ceño en lo que pareció ser una rotunda negativa. O quizás escepticismo. Los soldados no pondrían la mano en el fuego por el contenido de aquella conversación, que fue breve y no duró más que unos pocos minutos.

Al final, el sargento mayor se separó un poco y el adelantado carraspeó antes de expresarse.

—El ocho —anunció.

—¿El ocho? —preguntó el capitán De las Casas.

—El ocho por ciento.

—¿De toda la ganancia?

—De toda.

De las Casas realizó una pausa. A él no le parecía una mala solución. Ni para ti, ni para mí. No prometía el anhelado nueve, pero subía al nada desdeñable ocho. Una subida de un uno por ciento no resultaba trivial, una vez vistos los quiviras: solo un idiota pensaría que, tras unos guerreros así de espléndidos, no se ocultaba un reino de opulencia y fastuosidad.

Él aceptaría la oferta sin dudar.

—Creo que deberíamos reunirnos y votarlo —expuso, no obstante.

—Capitán.

—Diga, adelantado.

—Me perdonará usted si me equivoco, pero creo que no es el momento. Acepte la oferta porque es lo máximo que van a obtener. El puto ocho por ciento de tanta riqueza como podamos cargar en los caballos. Hasta los memos que conforman la tropa van a salir fastuosamente ricos de Quivira.

De las Casas miró a los soldados y los soldados se miraron entre sí. Ninguno quería dar el primer paso y aceptar o rechazar la propuesta del adelantado.

—¿Lo pondría usted por escrito, señor? —intervino, rompiendo el silencio, De la Rúa, quien, de perdidos, al río.

Oñate apretaba los dientes. ¿Acaso no bastaba con su palabra? ¿La palabra del gobernador de Nuevo México? Malditos cabrones.

—Lo pondré por escrito —accedió de mala gana.

—Si pudiéramos ahora...

—Ahora no es el momento, De la Rúa —cortó Zaldívar. Los quiviras comenzaban a impacientarse y eso que la cháchara española parecía haberlos tenido entretenidos durante un buen rato.

—De acuerdo, no lo es —aceptó De la Rúa. Y volviéndose hacia Oñate, agregó—. A su palabra nos atenemos, adelantado.

—Es de ley —confirmó Oñate.

—Aceptamos, pues.

—¿Seguimos con lo nuestro?

—Por supuesto, adelantado. A lo que usted mande.

—Bien, pues pongamos un poco de orden en este lugar.

De repente, comenzó a llover. Una lluvia copiosa, de gota larga, estridente. En ocasiones, llovía así en San Gabriel, pero no les había dado por pensar que lo fuera a hacer igual en Quivira. No eran asuntos en los que se detuvieran a pensar y rara vez les prestaban atención. Llovía, eso era todo lo que un español podía asegurar acerca de la lluvia. Por lo general, resultaba un asunto molesto, porque las ropas se les cargaban de agua y a los filos de las espadas les brotaba una pequeña pátina de óxido si, tras el escampe, uno no los secaba al aire y los pulía con un trapo seco.

Sin embargo, aquella jornada estaba siendo especial desde el principio y no dejaría de serlo ahora. La lluvia cegó, como si de un relámpago en mitad de la noche se tratara, a los treinta y nueve conquistadores españoles. Los cegó, los clavó en el sitio e impidió que, al menos durante unos minutos, pudieran realizar el menor de los movimientos.

Sencillamente, por explicarlo de forma rápida: se embobaron bajo la lluvia. Llevaban mucho sufrido, demasiado, y el cansancio hacía mella en ellos. Un cansancio del que, además, no podrían desprenderse en los días venideros. Estaban agotados y la aventura en Quivira apenas había dado comienzo. Sí, que de qué manera, pero apenas.

Lo que les restaba por delante no lo sabían ni ellos.

Así que se permitieron unos minutos de recogimiento bajo la lluvia. Una lluvia que, por momentos, devino en torrencial y caló, hasta los huesos, a los hombres. ¿Seguimos con lo nuestro?, acababa de preguntar el adelantado. Que sí, respondió el resto. Y, no obstante, ahí estaban, pasmados y detenidos al igual que los nueve mil guerreros inmóviles en el aguacero.

El sonido de las gotas de lluvia al golpear sobre las corazas y los morriones tenía mucho de musical. Quizás fuera ese el motivo de que nadie intentara nada. Porque, si de la inminencia de la batalla hablamos, si a la estrategia más idónea para emprenderla nos referimos, hay que convenir que los quiviras, y quizás también los escanjaques, lo tuvieron todo en sus manos para aplastarlos. Indefensos, atontados, idos por completo de este mundo terrenal y quejumbroso.

Planc, planc, planc, planc. Así, durante minutos y minutos, chocaron las gotas sobre sus caparazones metálicos, así se empaparon de pureza, de sosiego, de una paz que habían estado ansiando sin ni siquiera saberlo.

Y así reunieron las fuerzas necesarias para emprender lo que les restaba: una paz, siquiera momentánea, entre las dos partes que estaban dispuestas a aniquilarse mutuamente.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Zaldívar en voz baja. El aguacero arreciaba y la lluvia, como en el resto de hombres, resbalaba por su rostro y le empapaba la barba.

—No lo sé... —dudó el adelantado.

—Deberíamos separarnos en dos grupos —aventuró el capitán Espinosa—. Unos tratamos de apaciguar a los escanjaques y otros, a los quiviras.

—Nada de separarnos —advirtió el adelantado. Entre desertores y extraviados, le faltaban treinta y un soldados. No perdería ni uno más.

—Entonces, ¿cómo lo hacemos? —preguntó el capitán Montesinos.

—Ignoremos a los escanjaques —propuso el adelantado. El grupo de españoles se hallaba muy cerrado. Prácticamente, se tocaban los unos a los otros—. Y vayamos a parlamentar con los quiviras.

—No llevamos traductor, adelantado —intervino el capitán De las Casas.

—No tenemos ninguno que conozca la lengua de los quiviras —razonó Oñate.

—¿Y cómo nos las arreglaremos para hacernos entender?

—No sería la primera vez que lo intentamos. Ni la última. Y no nos ha ido tan mal, ¿verdad?

Podría discutirse, pero ningún hombre se sentía con ganas de ponerse a ello.

—Verdad —accedió De las Casas.

—Vamos, adelante —ordenó, en consecuencia, Oñate—. Todos detrás de mí y que nadie se separe. Espinosa.

—Diga, adelantado.

—Sargentéeme bien a los hombres. Sin despistes y con los ojos bien abiertos, ¿comprendido?

—Al pie de la letra, adelantado.

Los españoles comenzaron a caminar en dirección a la fila quivira. La maniobra del adelantado pasaba por parlamentar únicamente con la parte que tenía posibilidades reales de vencer. Porque ¿qué sentido tenía llegar a un acuerdo con alguien a quien podían matar diez minutos después? Los escanjaques eran presuntuosos, torpes y nada fiables. Con respecto a esto último, puede que los quiviras lo fueran tanto o más. Sin embargo, su actitud no se les aparecía como torpe y, menos aún, como presuntuosa: habían demostrado una gran pericia en el desarrollo de su estrategia ofensiva y sus movimientos fueron llevados adelante con una sencillez y eficacia pasmosas. Los españoles pensaban conquistar su reino y quedarse con sus riquezas igualmente, pero, al menos, ahora los respetaban como adversarios.

Cuando tuvieron la fila quivira a menos de diez pasos, los españoles entornaron los ojos y pusieron las manos abiertas sobre ellos para evitar que la lluvia los cegara. Las miles de teas que los quiviras habían portado en sus manos y que habían dado luz a la noche se estaban extinguiendo. La visibilidad se volvía escasa y apenas podían distinguir cualquier cosa que se moviera a más de veinte pasos de distancia. Podrían haber acercado un dragón de siete cabezas y ellos no lo habrían visto venir hasta que fuera demasiado tarde.

—Buscad a alguien con muchas plumas —ordenó el adelantado.

A alguien que mandara en la fila quivira. Un teniente, un capitán, cualquiera capaz de tomar la decisión de dar media vuelta y regresar a sus casas.

—¿Nos separamos? —preguntó uno de los soldados situados en el perímetro de la dotación española.

—Que no, cojones —espetó Zaldívar, para ahorrarle trabajo al adelantado.

—¡Ahí! —exclamó, de pronto, otro soldado. Se movían muy despacio y casi a ciegas, de modo que ninguno se dio por enterado. Ahí, ¿dónde?

—Concreta —ordenó Zaldívar.

—Unos cuatro o cinco pasos frente a usted. A la derecha. Fíjese, hay un tipo con un collar de huesos al cuello y un penacho de plumas en la cabellera.

Los treinta y ocho españoles restantes giraron, al unísono, la cabeza en la dirección marcada por el soldado.

Cierto. En aquel lugar, apenas visible tras la cortina de lluvia, un guerrero no demasiado alto ni demasiado fornido pero con el semblante cruzado por un rictus de estoicidad los observaba en silencio. Junto a él, en una dirección y en otra, y también hacia atrás, centenares de quiviras se extendían hasta donde la negrura de la noche los engullía.

—Me llamo Oñate —dijo Oñate deteniéndose a tres pasos de él. Los quiviras, impertérritos bajo el aguacero. Nada que, por otro lado, resultara imprevisto para los españoles—. Si no hacéis lo que os digo, nos vamos a ir todos a tomar por culo.

El quivira del penacho de plumas lo miraba a los ojos. Tendría, más o menos, la misma edad que el adelantado. Cuarenta y muchos, puede que cincuenta. Si un tipo, siendo guerrero, llega a esta edad, es debido, siempre, a una de estas dos cosas o a ambas a la vez: el cabrón se las sabe todas o el cabrón nada bien guardando la ropa. O es listo, o lo finge a las mil maravillas.

Como no pensaban entablar una relación duradera de esas en las que uno convida a otro a cenar y, a la semana siguiente, el segundo le devuelve la invitación al primero, al adelantado le daba igual si el guerrero del penacho de plumas era inteligente o daba el pego. Solo necesitaba que aceptara sus palabras. Que creyera en él. Y en lo que a labia se refiere, los conquistadores españoles sabían un rato largo.

—Mira, si quieres, nos pasamos lo que resta de noche bajo este chaparrón —continuó Oñate—. O, si lo prefieres, nosotros nos apartamos y os lanzáis contra los putos escanjaques. Te he de reconocer que son los tíos más cargantes que he conocido en la vida. Y hazme caso, porque sé lo que me digo. Yo he estado en la Ciudad de México y he conocido a hijos de puta auténticamente cargantes. Tengo una casa allá y, aunque hace años que no voy de visita pues he andado un tanto liado, si alguna vez te acercas dí que vas de mi parte. Adelantado Juan de Oñate. No hay pérdida, tío. Bueno, a lo que estábamos... En serio, hazme caso, que te hablo como amigo. Lo mejor sería que todos nos retiráramos. Todavía no ha sucedido nada irreparable, ¿verdad? Ni siquiera os han mancillado el honor, ¿no es así? Los escanjaques se han presentado para daros batalla y, en el último momento, el miedo los ha paralizado. Creían, los muy cretinos, que nosotros les íbamos a dar cobertura... Putos tarados... Tengo por ahí unos cuantos cañones, en unos carros que, por cierto, deberíais devolverme cuanto antes porque son míos, con los que podría partir su columna por la mitad. No te imaginas lo que pueden hacer mis hombres con esos cañones. No te lo imaginas, de verdad que no... Pero lo más probable es que los escanjaques se lo tomaran a mal y respondieran. Me veo capaz de matar limpiamente a cien o doscientos guerreros, pero ¿qué hacemos con el resto? Son tres mil, tío. Y sí, vale, vosotros los dobláis en número, pero si ellos atacan, tendréis que responder devolviendo el golpe. Y eso es una mierda, joder, es una puta mierda, porque siempre sumas bajas. Hazme caso, a nadie le conviene esta batalla y nadie va a ganar nada emprendiéndola. Así que ¿qué tal si nos relajamos un poco y asunto resuelto?

Tras callar el adelantado, el quivira del penacho de plumas continuó mirándolo con el gesto tan impasible como lo había mantenido hasta ese instante. Después, cuando Oñate, usando las dos manos, separó la coraza de su pecho para que el agua acumulada en su interior resbalara hacia abajo, el quivira inclinó un poco la cabeza y le dijo algo, en voz baja, al hombre que se hallaba a su lado. Sería su lugarteniente o algo así, pensaron los españoles, los cuales continuaban manteniendo la formación cerrada bajo la lluvia.

—A ver si para de llover de una santa vez... —dijo uno de los soldados.

—Al final, esta agua viene muy bien para los cultivos. Es la época —le repuso otro.

—Sí, es la época —concedió el primero.

Volieron a callar. Los quiviras parecían estar pensándose. ¿Hasta qué punto habían comprendido lo dicho por el adelantado? Por supuesto, no sabían una sola palabra de castellano. Oñate podría haberles hablado de las bondades de la pesca en el río Grande y habría dado lo mismo. La clave, en momentos así, y el adelantado bien lo sabía, no es lo que dices sino cómo lo dices. La inflexión que das a las palabras, tu capacidad para transmitir un mensaje solo a través del tono de la voz. ¿No aullaban los quiviras cuando se disponían a batallar? ¿Y no significaba eso que ya podía andarse el enemigo con cuidado, porque les pensaban abrir el cráneo con sus machetes de filo de piedra? Pues, más o menos, lo mismo.

Entonces, obró el milagro. Que no fue milagro, porque ni los milagros existen ni los españoles creían en ellos, pero obró. El quivira del penacho de plumas dijo unas palabras en voz alta y esas palabras fueron transmitiéndose de guerrero en guerrero hasta que, rato después, el mensaje de ida fue correspondido con otro de vuelta.

Lo expresaron en voz alta y lo repitieron dos veces y vocalizando mucho, como suelen hacer esos españoles recién llegados al norte que creen que la comprensión de las lenguas extranjeras tiene más que ver con la velocidad a la que se hablan que con un conocimiento real y profundo de las mismas.

El adelantado escuchó muy atento. El resto de españoles, otro tanto. Allá al fondo, casi cien pasos por detrás de ellos, puede que los escanjaques, si es que les quedaban dos dedos de frente, estuvieran haciendo lo mismo.

Cuando el quivira terminó de hablar, Oñate apretó los labios y los estiró cuan largos eran mientras asentía un tanto teatralmente. Acto seguido, extendió su mano derecha y aguardó a que el quivira se la estrechara.

—Venga, hombre, choca esos cinco —dijo—. Os acabo de librar de una buena.

Oración de los que han de continuar viaje

21 de septiembre de 1601

Por la mañana, con las primeras luces del alba, desaparecieron bastantes cosas: desapareció la lluvia, lo cual se agradeció, pues, de acuerdo, los españoles estaban hechos a todo, pero también la paciencia acaba por rebosar; desaparecieron los quiviras y fue en un abrir y cerrar de ojos, ya que estaban allí, junto a ellos y, de pronto, la alborada se los tragó; y desapareció también cualquier enser que perteneciera a los españoles y que no llevaran puesto.

Esto les preocupó sobremanera. Porque, en resumen, podría decirse que amanecían en un remotísimo lugar perdido de la mano de Dios, lo hacían completamente agotados tras más de veinticuatro horas sin dormir, con más hambre que un perro pequeño y todos sus bártulos perdidos, robados o quién sabe qué.

Al menos, consiguieron reunir a los integrantes de la expedición. Con la salida del sol, el grupo de Oñate, Zaldívar y los demás buscó un arroyo cerca del cual crecían unos cuantos zarzales espinosos y se pusieron a comer los pequeños frutos que estos ofrecían. Un hombre se preguntó si serían venenosos pero el resto lo ignoró porque, total, ¿cómo podía empeorar, aún más, su situación? ¿Muriéndose? No, los hombres comieron en silencio, de rodillas en el suelo arenoso y, después, bebieron agua del arroyo hasta saciarse. Se corrió el rumor de que nadaban peces en las pozas más profundas, pero nadie debió de creérselo, porque ningún expedicionario se tomó la molestia de ir e intentar pescarlos. Y de ir, eran perfectamente capaces de hacerlo, de presentarse allí, entrar en el agua y tratar de atraparlos con las manos desnudas. No es que ningún español hubiera destacado jamás en el arte de pescar peces levantándolos del agua, pero sí en el de la testarudez que impulsa a un hombre a emprender lo imposible. Sin embargo, se hallaban en ese punto en el que el cansancio eclipsa al hambre y, simplemente, lo único que deseas hacer es tumbarte en el suelo y dormir.

—Que nadie se tumbe —ordenó Oñate sin alzar la voz.

—Que nadie se tumbe —repitió Zaldívar la orden mirando a los capitanes.

—¡Que nadie se tumbe! —gritó el capitán De las Casas.

Se escucharon varias voces rezongando, pero ningún hombre se tumbó. Los había que permanecían arrodillados y con la barbilla enterrada en el pecho, aunque nada más. Un sueñecito rápido, mientras la oficialidad decide qué diablos hacemos ahora.

Porque esa es otra: ¿Qué diablos hacían ahora? No tenían caballos, no tenían escopetas, carecían de víveres. Los quiviras, muy probablemente ellos, se lo habían arrebatado todo.

Todo, excepto a los escanjaques, que, si bien desaparecieron de su vista en las últimas horas de la noche y las primeras del día, retornaron a media mañana, para desolación general. El jefe Gregorio, en compañía de algunos de sus lugartenientes, se acercó a saludar y el adelantado, si bien le aceptó el saludo, no pasó por alto cierta mueca de satisfacción en el rostro de los salvajes. Hijos de puta, os alegráis de lo que nos ha pasado, ¿verdad? Pues sí, estamos jodidos, pero los españoles siempre dicen que quien ríe último, ríe mejor. Y qué gran verdad es, vive Dios que sí.

—Ordena recuento, Vicente —mandó el adelantado.

Zaldívar, sin tan siquiera responder, se puso de inmediato a ello. El agotamiento hacía que, de cuando en cuando, sintiera mareos y solo viera una luz brillante que lo cegaba. Apretó las uñas dentro de las palmas y se dijo que más le valía espabilarse si querían salir de aquella.

El recuento de los expedicionarios les llevó más de una hora. Había hombres que, tal cual, no respondían. Por ejemplo, tres frailes tenían los ojos en blanco y, aunque se mantenían en pie no sin grandes dificultades, apenas eran capaces de articular palabra. El sargento mayor necesitaba recabar información, saber si habían sufrido alguna baja, si alguno de los hombres se hallaba herido y era preciso salir en su búsqueda. No obstante, la mayoría de los tipos a los que interrogaba se limitaba a balbucear unas cuantas palabras ininteligibles y poco más.

Por fin, con la ayuda de los capitanes Espinosa y Sosa, de quien hasta el alba no se tuvo noticia y cuando se tuvo relató que habían sido atacados por sorpresa en mitad de la noche, etcétera, el recuento fue llevado a cabo y, para sorpresa general, resultó que estaban todos, que no faltaba nadie, que el contingente español en el reino de Quivira se encontraba, a todos los efectos, intacto y dispuesto para la conquista.

—Estamos todos, adelantado —informó Zaldívar.

Oñate, para dar ejemplo, se mantenía en pie con la coraza puesta y el morrión encasquetado hasta las cejas.

—Bien —repuso.

Zaldívar levantó la mirada hacia el cielo y comprobó que no había una sola nube en él. En un rato, el calor apretaría sin clemencia.

—¿Qué ordena, adelantado? —preguntó, entonces.

Oñate no tenía demasiadas opciones. Carecía de opciones, en realidad. Seguir, ordenaría seguir, pues nada diferente podía hacer.

—Continuamos hacia el norte —dijo—. Quiero a los hombres ordenados en formación. Todos los soldados en vanguardia y el resto detrás. Si los quiviras nos observan, y me juego el cuello a que lo van a hacer, quiero que sepan que con nosotros no se juega y que pensamos recuperar lo que es nuestro. Eso, para empezar.

—De acuerdo, adelantado —replicó Zaldívar—. ¿Y qué hacemos con los escanjaques? Han acampado no muy lejos de aquí, riachuelo arriba...

—A esos, que les den por culo —espetó, con voz fría. Y añadió—: Venga, en marcha.

Zaldívar repartió las órdenes entre los cuatro capitanes y estos comenzaron a sargentear a los hombres. No fue sencillo, porque allí, entre el cansancio y la desesperanza, los hombres remoloneaban lo suyo. Sin embargo, Oñate conocía las palabras mágicas que hicieron que hasta el último de los mozos que cuidaba del ganado se pusiera firme como un palo.

—El ocho por ciento, cabrones. Conseguisteis que os subiera el porcentaje de la ganancia hasta el ocho por ciento. De acuerdo, cojonudo, pero ¿sabéis cuánto es el ocho por ciento de

nada? Porque eso es lo que ahora tenemos. Yo he perdido más que nadie, ya que hay un montón de hijoputas que me han robado los carros y los caballos, pero vosotros también perdéis. Pensadlo despacio, y a lo mejor resulta que concluís que, bien mirado, mi pérdida es pérdida, pero no tanta como la vuestra. Yo sigo teniendo mi hacienda de Zacatecas y las minas de plata. ¿Qué cojones tenéis vosotros?

No hubo hombre que no se pusiera en pie y se preparara para avanzar. Renqueantes muchos, pero dispuestos todos. Ninguno había sufrido tantas calamidades para rendirse a la primera de cambio y renunciar al beneficio de la expedición. Si el adelantado no veía problemas en continuar con el avance, ellos tampoco.

Como Oñate había ordenado, los setenta soldados se situaron en la parte delantera de la columna y comenzaron a caminar. Les dolían los pies y las espaldas, pero les dolía más la posibilidad de no sacar un peso de aquella expedición. Así que, durante varias horas, avanzaron a través de llanos y prados en flor. Advirtieron, en la distancia, la presencia de grandes manadas de bisontes y algunos hombres maldijeron por no disponer de caballos y escopetas para, en un salto, solucionar sus problemas de avituallamiento. Resignación, no obstante, que, como bien repetían los frailes, es la más cristiana de las actitudes y la que siempre premia el Señor. Cruzaban los dedos para que así fuese.

Después del mediodía, llegaron a un río de curso lento que vadearon sin dificultad. En la otra orilla, casi de forma paralela al río, se extendía un pequeño bosque de árboles frutales. Zaldívar interrogó con la mirada al adelantado y este permitió que los hombres se aprovisionaran de frutos, pero no aceptó que se hiciera un descanso para que pudieran comérselos en calma. Que tragaran mientras avanzaban, afirmó. Que debían buscar sus caballos. Que tenían que arreglar cuentas con los malditos ladrones que los habían dejado con lo puesto.

A lo largo de las horas del mediodía, tuvieron conciencia de ser los hombres más solos del universo conocido. No había nada ni nadie en ninguna dirección. Barrían el horizonte con la mirada y no distinguían algo distinto a la hierba, el viento que la agitaba, algunas lomas en lontananza y más y más arroyuelos. Era, aquella, tierra de mucho arroyo, de manera que, al menos, sed no pasaron. Soledad, toda, pero sed, ninguna.

Por la tarde, se dieron cuenta de que los tres mil guerreros escanjaques los seguían a una distancia que, poco a poco, fue acortándose. Para los salvajes, aquello no era sino un tramo más del camino. Estaban acostumbrados a avanzar a pie y, por si esto no fuera suficiente, no cargaban con las cotas y las armaduras de los españoles. Por cierto, tres soldados protagonizaron una pequeña rebelión a cuenta de ellas. Soltaron los correajes de las corazas y dejaron que estas resbalaran al suelo. Después, se deshicieron del cinto y de la espada, los cuales quedaron abandonados en la hierba. Se estaban descalzando cuando el capitán Montesinos se acercó a ellos.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó en un tono que pretendía, sin conseguirlo, sonar enérgico.

—No aguantamos más, capitán —respondió uno de los soldados.

La columna entera se había detenido y observaba en silencio.

—Volved a poneros la armadura —ordenó Montesinos.

—¿Para qué, capitán? —repuso el mismo soldado que había hablado. Se había sentado sobre la hierba y trataba de quitarse una bota tirando de ella.

—Porque si no te la pones, cualquiera podría atravesarte de parte a parte.

El soldado levantó la mirada hacia el capitán. Sobre ellos, el intenso brillo del sol les obligaba a entornar continuamente los ojos para no ser deslumbrados.

—¿Y qué más da?

Los hombres se estaban abandonando y eso era algo que Oñate no podía permitir. Seguirían, seguirían mientras les quedara un hálito de vida.

—Levanta —dijo el adelantado.

—Señor, yo ya no voy a ningún lado —replicó el soldado.

—Yo tampoco —se sumó el segundo soldado protagonista de la rebelión.

—Ni yo —añadió el tercero.

El adelantado los observó detenidamente, se llevó los dedos índice y corazón de ambas manos a la boca y, con ellos, empujó la lengua hacia arriba y sopló largamente. El silbido que produjo obtuvo respuesta inmediata. Abriéndose paso entre las piernas de los hombres, Yunque corrió hasta el lugar donde se hallaba el adelantado y se detuvo a sus pies. Oñate dejó de silbar y, sin mirarlo, premió al mastín con una palmadita cariñosa en lo alto de la cabeza.

—Vale —dijo—, ¿a quién de vosotros se va a comer primero mi perro?

Los tres soldados miraron a Yunque. Agachados mientras se descalzaban, su posición era más que vulnerable. El perro había sido entrenado para la guerra y solo bastaba con que su dueño se lo ordenase para que, de una dentellada, los degollara con precisión y convencimiento.

Yunque miraba a los soldados y jadeaba alegre.

—Oiga, adelantado... —comenzó a decir uno de ellos alzando una mano.

—Levantaos y volved a poner os las armaduras —ordenó Montesinos, dispuesto a resolver la pequeña insubordinación con un poco de indulgencia. Sabía de sobra que, ante un caso como este, más valía la mano izquierda que la represión pura y dura. Y aunque no lo hubiera jurado al ciento por ciento, el capitán aseguraría casi con total certeza que el adelantado se había marcado un farol. De los auténticamente buenos, pero farol en todo caso.

—De acuerdo, de acuerdo... —mascullaron los soldados mientras se incorporaban y comenzaban a vestirse, de nuevo, las corazas metálicas.

En el transcurso, los escanjaques terminaron de dar alcance a los españoles. El jefe Gregorio saludó, por segunda vez en aquella jornada, al adelantado y, por segunda vez en aquella jornada, el adelantado se tragó la bilis y le devolvió el saludo. Lo cierto era que odiaba tenerlos allí, pegados a ellos de manera constante, pero, por extraño que parezca, fueron los escanjaques los que hicieron que su suerte cambiase en cuestión de muy pocas horas. Todo lo involuntariamente que se quiera, pero el mérito sería de ellos.

Con la tarde muy avanzada, la columna de los españoles llegó hasta el primer poblado habitado de Quivira. Habitado hasta hacía un rato, porque, aunque encontraron algunas fogatas apagadas pero con las brasas aún calientes, allí no había ni rastro de alma humana. Los quiviras habían preferido evacuar el pueblo antes de que llegaran los españoles.

Se miraron los unos a los otros y se preguntaron, en silencio, por qué. Después, se giraron y observaron la larga comitiva de guerreros escanjaques. Los españoles volvieron a intercambiar miradas y asintieron. Los guerreros quiviras habían hecho que las mujeres, los ancianos y los niños abandonaran el asentamiento por una simple cuestión de precaución. No se fiaban de lo que llegaba desde el sur.

Y hacían bien.

El pueblo estaba formado por unas cien casas de forma cónica y paredes de madera y paja. Algo sencillo pero efectivo. El clima en Quivira parecía benigno, así que, con lo que tenían, debían arreglárselas más que bien. Los españoles deambularon entre las casas y calcularon que en cada una de ellas cabrían fácilmente ocho o diez personas. Además de las fogatas con las brasas todavía despidiendo calor, hallaron varias pieles de bisonte a medio curtir, trozos de carne sin terminar de asar y unos pequeños objetos elaborados en tela basta que a muchos llenó de estupor pero que los hombres con familia identificaron de inmediato.

—Son juguetes. Para los críos, juguetes para los críos.

Zaldívar ordenó que solo los soldados se internaran en el poblado mientras el resto aguardaba en las inmediaciones.

—Separaos y echad un vistazo —ordenó—. Con precaución, ¿entendido? No quiero gilipolleces. Si veis algo raro, os dais media vuelta y venís a contármelo.

No vieron nada raro. La vida interrumpida bruscamente, eso era todo con lo que se topaban allí.

—Habría que registrar las casas, adelantado —dijo el sargento mayor—. Para asegurarnos de que esto no es una trampa.

En ese momento, llegaron los escanjaques. El alborozo no les cabía en el pecho y se dispusieron a tomar posesión del pueblo. El adelantado negó con la cabeza.

—Vicente, ven conmigo, haz el favor —señaló.

Junto a media docena de soldados, el adelantado y el sargento mayor se encaminaron hacia el lugar donde el jefe Gregorio ya se frotaba las manos.

—Ni hablar, jefe —dijo el adelantado.

Desde lo sucedido la noche anterior, ya no utilizaban a Jusepe Gutiérrez. Les parecía un engorro y, además, un lujo. De alguna forma, aquellos esfuerzos para entenderse suponían mucho más de lo que merecían los escanjaques. Ya sabían de ellos todo lo que debían saber. Ahora, cualquier cosa que no fuera quitárselos de encima les importaba menos que nada.

El jefe Gregorio se hallaba en compañía de Bernardo, Casco y Antonio. Lute no andaba demasiado lejos. Todos comenzaron a realizar aspavientos y a discutir airadamente entre ellos.

—He dicho que no, hostias —volvió a hablar el adelantado. No necesitaba intérprete y la prueba de ello residía en el hecho de que los escanjaques le entendían perfectamente: este asentamiento nos lo quedamos los españoles, así que quitaos de la cabeza cualquier otra idea—. Mirad, sabemos que estáis hambrientos, de forma que ¿por qué no salís a cazar unos cuantos bisontes? Acampáis por ahí y os los cenáis tan ricamente.

Oñate juntó las puntas de los dedos de una mano y se las llevó a la boca abierta. Después, abrió la palma y se tocó la parte baja de la coraza con ella.

—Hum..., comida buena, hijos de puta —terminó añadiendo.

El jefe Gregorio protestó, lo cual, Oñate y Zaldívar lo supieron de inmediato, significaba que aún los respetaban. Habían perdido los carros y la caballada, pero todavía seguían constituyendo una fuerza de combate temible. Muy justita de efectivos, pero a tener en cuenta. Bien.

Bien, pues el hecho de que los escanjaques continuaran queriéndolos de su parte significaba que no pensaban exterminarlos. Al menos, por el momento. Costaba hacerse a la idea de que podrían. De que únicamente necesitaban decidirlo para que así sucediera. Por supuesto, no les saldría barato, aunque les saldría.

Estaban a expensas de unos tipos a los que aborrecían y a los que, ya sin miramiento alguno, habían comenzado a tratar a patadas. Sutil, pero muy español: demostraban su inexistente superioridad haciendo tal exhibición de ella que solo alguien realmente espabilado caería en la cuenta de que todo aquello no era sino la gran filfa que los españoles tan bien sabían, siempre, improvisar.

Y los escanjaques serían muchas cosas, pero espabilados no.

En parte, les hicieron caso. Gregorio no era tonto y envió una partida de hombres a cazar. Restaban algunas horas de luz, no muchas, pero las suficientes. Los bisontes estaban, como quien dice, a la vuelta de la esquina. Bastaba con ir y darles caza, algo que los escanjaques, que no cultivaban la tierra ni obtenían alimentos de cualquier otra fuente, sabían hacer a la perfección. Más que cazarlos, los recolectaban. Bichos con los lomos tan altos como un hombre adulto. Se acercaban a ellos y les daban muerte con tan insólita como asombrosa habilidad. Señálese en favor de los escanjaques, porque lo que es justo, es justo.

En parte les hicieron caso y en parte no. Al final, el número ingente de guerreros escanjaques jugaba siempre a su favor. Tres mil contra menos de ciento cincuenta, de los cuales solo setenta eran auténticos soldados. Sesenta y siete, en realidad, porque García, Guevara y De la Paz continuaban desertados.

Fue entonces cuando algunos guerreros comenzaron a colarse entre las calles del asentamiento. Observaban las casas con una mezcla de respeto, admiración y complacencia. Parecían atribuirse el mérito de la conquista y, en cierto modo, así resultaba: si los quiviras habían evacuado el pueblo no era por otro motivo distinto a la inminente presencia de la infantería escanjaque. Los españoles ya habían dado buena muestra de que ellos llegaban en son de paz y, aunque no les hubieran creído, por el momento, al menos por el momento, los quiviras no tenían motivos para sospechar de lo contrario.

Y siendo verdad todo esto, no lo era menos el hecho de que los quiviras podrían regresar en cualquier momento y retomar las cosas en el punto en el que las habían dejado la noche anterior. Dicho en plata: Quivira podía aplastarlos y no serían ellos, los españoles, quienes dieran facilidades para que una desgracia semejante se les echara encima. No, así que, de inmediato, el adelantado comenzó a repartir órdenes.

—Todos los capitanes —expresó—. Atentos, porque nos la jugamos con estos cabronazos sueltos por ahí. Quiero que me los sujeten, ¿entendido? Me da igual si hay que usar la fuerza. Me los sujetan y listo. Debemos mantenerlos a raya para que no saqueen el pueblo, porque si les permitimos hacerlo, los quiviras no nos lo perdonarán.

—A la orden, adelantado —repuso De las Casas hablando en su nombre y en el del resto.

Les costó Dios y ayuda refrenar a los escanjaques. En menos de veinte minutos, doscientos o trescientos guerreros se habían repartido por el asentamiento quivira y metían las narices allá donde los españoles todavía no lo habían hecho. Y, si se quiere, hasta, al principio, los dejaron hacer: si alguien atravesaba la estrecha abertura de una casa quivira y al otro lado le aguardaba, emboscado, el dueño con un hacha de filo de piedra entre las manos, suponía una gran ventaja para los españoles que la cabeza que fuera por delante fuera escanjaque.

Sin embargo, hasta ahí. Cuando los indios comenzaron a saquear el interior de las casas y a apropiarse de los enseres que en ellas encontraban, los españoles se enfrentaron a ellos sin titubeos. El adelantado había ordenado que se impidieran los saqueos y así se haría. ¿Cómo?

Siguiendo una estrategia que a los españoles, siempre en desventaja numérica, les había dado buenos resultados en el pasado: céntrate en unos pocos y da ejemplo a través de ellos.

De esta forma, el capitán Sosa, junto a once soldados, se encaminó hacia una de las casas que estaba siendo saqueada y se apostó junto al hueco que hacía las veces de acceso. Dentro había, porque los tenían contados, tres guerreros escanjaques. Los oían gritar y reír desde el exterior. Sosa se situó en un lateral de la puerta y colocó a los soldados repartidos en torno a ella. Cuando los guerreros salieron, advirtieron que tenían el camino cortado.

Uno dijo algo. Sosa no le entendió, pero le respondió igualmente.

—¿Qué os ha dicho el adelantado? —preguntó—. ¿Qué os ha dicho? Que no. Os ha dicho que no. ¿Y qué hacéis vosotros? Entrar en las casas para robar.

Los tres guerreros escanjaques lo miraban de forma más o menos desafiante. Producto de su pillaje, portaban gargantillas de hueso al cuello, suaves pieles sobre los hombros y unos objetos grandes y redondos que quizás fueran escudos para defenderse en la batalla o quizás algún raro instrumento musical.

—Dadme eso —añadió Sosa refiriéndose a lo sustraído. Desde luego, Jusepe Gutiérrez podía estar tranquilo, pues aquí la conversación discurría con más que fluidez—. ¡Dadme eso ya, cojones!

Sosa dio un paso al frente y se encaró con el guerrero más cercano a él. Sabiendo que lo estaba humillando, tiró del collar que llevaba al cuello e hizo que este se rompiera en mil pedazos. Acto seguido, le arrebató la piel con la que se cubría y la lanzó, a través de la puerta de la casa, hacia el interior de la misma. Finalmente, de un golpe rápido, le desposeyó del extraño objeto redondo que ni sabía para qué servía ni le importaba lo más mínimo. Se agachó y, al igual que había hecho con la piel, lo devolvió al interior de la casa.

Ahora, la reacción. Porque habría reacción, claro está. Lo sabía Sosa y lo sabían todos. Los guerreros dieron un paso en dirección al capitán y los once soldados españoles se llevaron la mano a las empuñaduras de las espadas. Casi al unísono, tiraron de ellas y dejaron un palmo de filo a la vista. A la vista de los tres guerreros que se hallaban junto a ellos y del resto de la infantería escanjaque.

Estaba hecho. Su movimiento era este. Ahora, llegaba el turno de los salvajes.

Si los españoles no movían un dedo sin ser fieles a su estilo, los indios no se quedaban atrás. Los escanjaques tenían un objetivo y su objetivo se centraba en la devastación de Quivira. Porque Quivira suponía la tierra enemiga y cualquier indio que se precie no necesita más explicaciones. Pero para conseguirlo, para arrasarse Quivira, precisaban de los españoles. Los españoles comenzaban a preguntarse en qué momento se les había metido esa idea en la cabeza, aunque no serían ellos quienes les aclararan que no, que sus capacidades no daban, ni de lejos, para tanto.

Así que los escanjaques no hicieron nada cuando los españoles les enseñaron el filo de las espadas. Vale, los tres guerreros implicados en la trifulca se envalentonaron y se fueron a por el capitán Sosa, pero este rechazó al primero de un bofetón y a los otros dos los detuvieron los propios soldados con las manos desnudas. Hubo forcejeos, hubo tiras y aflojas, hubo imprecaciones tanto en castellano como en jerga salvaje.

Sin embargo, el jefe Gregorio se desentendió del asunto y, con él, el resto de la oficialidad escanjaque. De pronto, volvieron los guerreros que habían salido de caza y la atención se volvió hacia ellos. ¿Quién, a estas alturas del día, no tenía un hambre de los mil demonios? Pues al lío:

raudos como centellas, encendieron unas cuantas fogatas, despiezaron en un santiamén a las bestias recién cobradas y se dispusieron a asarlas entre risas y comentarios despreocupados.

Se situaron ahí mismo, a las puertas del poblado, y no dieron más problemas en lo que restó de jornada.

Un poblado al que, por cierto y ya que estamos, decidieron dejar de llamarlo de esta forma y lo bautizaron. A los españoles, otra cosa no, pero bautizar les encantaba. Si de cuando en cuando dejaban un río o una montaña sin nombre no se trataba por falta de ganas sino de tiempo. Había tantos y por tantas partes que, sencillamente, no daban abasto.

—¿Qué día es hoy? —preguntó el adelantado. La cuestión la lanzaba al aire, pero todos sabían que el destinatario de ella era fray Francisco de Velasco.

El fraile se abrió paso entre los hombres y las casas y respondió, de un tirón, a esa y a la siguiente pregunta que la primera llevaba implícita.

—Veintiuno de septiembre, adelantado. Conmemoramos a san Mateo apóstol, ahí es nada.

Patrono de los recaudadores de impuestos. Si esto no suponía una señal del Cielo, ¿qué otra cosa podría serlo?

* * *

San Mateo se convertiría en el cuartel general de los españoles durante los siguientes días. Tomaron posesión del asentamiento, aunque sin tomarlo del todo. Digamos que permanecían allí, que ocupaban el espacio que se extendía entre las casas, estaban... Pero más para evitar que los escanjaques saquearan el pueblo que por otro motivo.

Lo cual no fue óbice, claro está, para que los españoles, con respeto e interés por no soliviantar los ánimos de los quiviras, no echaran un vistazo. Desde el principio quedó claro que los españoles no ocuparían las casas. Para ellos, el recinto del hogar era sagrado. Es donde tú yaces con tu esposa, donde comen y duermen tus hijos, donde, después de una larga cabalgada, te tumbas a descansar. Llevarían muy mal que otro hombre ocupara aquel lugar sagrado. De hecho, en San Gabriel se había dado algún que otro caso de hombres sorprendidos mientras ocupaban camas que no les correspondían y siempre se armó una tal que el propio adelantado en persona tuvo que intervenir para calmar los ánimos y conseguir que las aguas volvieran a su cauce.

Pero una cosa es tumbarte en la cama de otro hombre y otra, bien distinta, husmear por si hay algo de valor que, en fin, nos venga bien apropiarnos. Esta es una expedición de conquista, en el amplio sentido de la palabra. No somos ladrones, ni rateros, ni saqueadores. No queremos, como quieren los escanjaques, arrasar con todo y largarnos dejando atrás un rastro de tierra quemada. ¡Al contrario! A nosotros nos interesa que Quivira permanezca, continúe hacia delante, incluso prospere. Buscamos plata, oro y riquezas, pero eso no significa que queramos mal a los que las han encontrado antes. De hecho, estamos dispuestos a compartirlas, a llegar a acuerdos satisfactorios para ambas partes, a entregar algo a cambio.

Ahora mismo, sin ir más lejos, los españoles consideraban que, dadas las circunstancias, se estaban comportando como auténticos caballeros. Entraron en las casas, las registraron de arriba abajo y se hicieron con cuantos abalorios de plata y oro hallaron, con un par de diademas con

pedras brillantes incrustadas y con un hacha de guerra ricamente labrada. No fue un gran botín, pero sí un gran presagio.

—No toquéis nada más —ordenaba, una y otra vez, Zaldívar a los soldados.

Deseaban hacerse con las riquezas de la forma más limpia posible. Sin dañar, sin perjudicar, evitando que, cuando los habitantes originales de San Mateo regresaran, se sintieran humillados debido al trato que los españoles habían dado a sus pertenencias. No, ni hablar. Ellos, allí y en cualquier parte, suponían la garantía exacta de que los asuntos se llevaban adelante de la más civilizada de las maneras.

Teniendo en cuenta que los quiviras les habían arrebatado hasta el último de los caballos, no podría decirse que su comportamiento resultara reprochable. Como el adelantado dijo tras conocer qué habían logrado hallar en el interior de las casas, con aquello no cubrían el coste ni de media docena de los caballos hurtados. Y dado que, al tiempo, mantenían San Mateo a salvo de los feroces escanjaques, agradecidos deberían estarles los quiviras por sus servicios.

—Poca plata, poca plata —rezongó Oñate.

—Esto no ha hecho más que empezar, adelantado —trató Zaldívar de poner en perspectiva los momentos que vivían.

Caía la tarde y, salvo los restos de comida que, en su huida, habían dejado atrás los quiviras, no tenían nada que llevarse a la boca. Se ordenó que las raciones fueran iguales para todos, algún que otro soldado protestó por ello, se lo mandó callar y cenaron en silencio. Acucillados y con las armaduras puestas, que es la más indigna de las posturas en las que puede un hombre llenar el estómago. Sin embargo, no estaban para exquisiteces y hasta el adelantado hincó una rodilla en tierra mientras compartía su trozo de comida con Yunque.

—Buen chico... —decía mientras le acariciaba el costado.

Los hombres lo miraron. No había demasiado que ver o hacer, así que largamente. Masticaban con parsimonia y observaban cómo el patrón jugueteaba con su perro. Parecía, en aquellos instantes, ajeno a todo. Ajeno a la desgracia que les rondaba, al desamparo que sufrían, a la mala suerte que parecía haberse cebado con ellos.

Los hombres miraron a Oñate y se sintieron reconfortados. Si aquel tipo, que había cabalgado allí con su hijo de once años al lado, no apreciaba especial inquietud por su situación presente, ¿acaso deberían experimentarla los demás?

Sí, por supuesto que sí, pero ninguno pensó o sintió en esa dirección. Al final, alguien manda y lidera porque es el dueño del dinero, pero también porque lo es de una determinación a prueba de flaquezas y desalientos. Oñate sabía, lo sabía con una certeza abrumadora, que las cosas, en adelante, saldrían no bien, sino bordadas.

—Mañana —dijo con un bocado a medio masticar en la boca. Los quiviras también mataban bisontes, pues habían visto las pieles curtidas dentro de las tiendas y varias aún crudas secándose al sol. Sin embargo, aquella carne no era de bisonte. Nadie podía identificar con seguridad de qué animal se trataba, pero, desde luego, de bisonte no. Quizás de ciervo o de pavo salvaje. A saber —. Mañana, en cuanto amanezca, nos pondremos en marcha. Tenemos que buscar al español que los quiviras mantienen preso.

—Debería discutirlo antes, adelantado —intervino el capitán Montesinos. Iba contra el uso establecido que un capitán se dirigiera en estos términos al adelantado, pero allí habían cambiado muchas cosas en poco tiempo.

Oñate no se lo tomó a mal. Le gustaba que los capitanes propusieran, que tuvieran iniciativa, que no se limitaran a verlas venir.

—El prisionero español nos facilitará mucho el trabajo que debemos realizar —razonó.

—Sí, tiene usted razón, adelantado. Pero ¿no cree que eso mismo es lo que desean los quiviras? ¿Y si el prisionero solo es un cebo para que caigamos en la trampa?

—¿Qué trampa?

—No deberíamos descartar que los quiviras quieran vengar en nosotros lo que les hicieron Humaña y Leyva.

—¿Ya estamos con los putos Humaña y Leyva? Nosotros no tenemos nada que ver con aquellos cabrones.

—Lo sé, adelantado. Sin embargo, ¿lo saben ellos?

Oñate entornó los ojos y los levantó hacia Zaldívar, quien se encontraba, en pie, a su lado.

—Creo que no deberíamos descartar nada —dijo el sargento mayor—. Es posible que tenga usted razón, Montesinos. Pero debemos jugar nuestras cartas. Debemos movernos, seguir hacia delante. Quedarnos aquí quietos sí que no soluciona nada. Y nos hace vulnerables.

—No mientras esos estén ahí —intervino el capitán Espinosa, señalando con un golpe de mentón al lugar donde acampaban los escanjaques.

—No me joda que ahora les vamos a deber algo a esa caterva de atorrantes... —bufó el adelantado.

—Bueno, puede que sí —añadió, en buen tono, Espinosa—. Ahora mismo, toda ayuda que nos llegue es poca. Si los escanjaques sirven para que los quiviras no salten sobre nosotros y nos maten, bienvenidos sean.

—Le aseguro, capitán, que daría un brazo por quitárnoslos de encima. Hasta este momento, no nos han causado nada que no sean problemas.

—No le digo que no. Lo único que le digo es que es posible que los quiviras quieran venganza contra nosotros por lo que unos españoles hicieron aquí hace seis años. Y que la presencia de los escanjaques pueda estar jugando en nuestro favor.

Oñate se lo pensó durante un instante. Después, concluyó:

—Sea como sea, el sargento mayor está en lo cierto. Hay que seguir. No nos queda otro remedio. Debemos buscar al prisionero español y también todas nuestras pertenencias. Sin caballos, no tenemos forma de regresar a casa.

—Pues ya me dirá usted cómo vamos a lograr todo eso, adelantado... —dijo el capitán Montesinos dejando sus palabras en el aire.

Callaron durante un rato. Se les habían terminado los alimentos y daban, así, por concluida la cena de aquel día. La mayoría continuaba teniendo hambre, pero, al menos, habían calmado algo los ruidos de sus estómagos. El sol se deslizaba muy despacio hacia los herbazales de poniente y, al hacerlo, derramaba una luz extraña y algo hipnótica sobre los prados colmados de flores. Aquel lugar era bello hasta el desmayo y los españoles se ensimismaron contemplándolo.

Vergara y Velasco se acercaron al grupo de la oficialidad y saludaron con contención franciscana.

—Buenas tardes a todos los presentes, Dios los bendiga... —dijo Vergara.

—Fray Pedro... —correspondió Zaldívar al saludo.

—O quizás, quizás habría ya que decir —añadió, sin gracia, Velasco—, buenas noches...

—Fray Francisco... ¿En qué podemos ayudarles?

—Verá, capitán —comenzó a decir Vergara—. Venimos en nombre de la comunidad de frailes a rogar al adelantado que tenga a bien consentir una oración antes de que el sol se ponga por completo y la oscuridad reine.

—¿Una oración? —preguntó Zaldívar.

—Sí, una oración de agradecimiento, de agradecimiento —terció Velasco.

—No creo que haya demasiado por lo que estar agradecidos... —suspiró el sargento mayor.

—Seguimos vivos, ¿no?

La aseveración era de las que no admiten respuesta. El adelantado levantó una mano para interrumpir a Zaldívar.

—Sí, sí, de acuerdo, me parece una propuesta magnífica. Fray Francisco tiene toda la razón. Seguimos vivos y deberíamos dar gracias al Señor por ello. Hagámoslo, hagámoslo sin demora. Por favor, capitanes, sean ustedes tan amables de reunir a los hombres. Vamos, apúrense, que no quedan ni veinte minutos de luz...

Los cuatro capitanes, de inmediato, se pusieron a cumplir la orden del adelantado. No les llevó demasiado tiempo y, aunque algún hombre remoloneó, a la inmensa mayoría le pareció una magnífica idea ponerse a buenas con Dios y rogarle que, en esta difícil tesitura, tuviera el detalle de echarles una mano.

En un espacio amplio que dejaban, entre sí, varias casas, los españoles se reunieron y se apelotonaron los unos junto a los otros. Suponía la primera misa en mucho tiempo, así que quien más quien menos agachó la cabeza y rogó por sí mismo y la salvación de su alma y, si se podía, también de su cuerpo.

Fray Pedro dirigía el oficio, el cual tampoco consistía en nada del otro mundo: él daba las gracias por lo que se le ocurría, el resto respondía con una alabanza y todos concluían con un avemaría más murmurada que otra cosa. En estas estaban, cuando, de pronto, escucharon unos rebuznos. Los españoles levantaron la cabeza y, entre las primeras sombras de la noche, observaron cómo una mula con un gran fardo sobre sus lomos se acercaba con paso tambaleante.

—Ay, madre —dijo, de pronto, uno de los hombres. Y lo repitió—. Ay, madre...

Se trataba de Robledo, el carpintero. Solo él había reconocido, al primer vistazo, el objeto que portaba la mula.

—¿Es...? —comenzó a preguntar el sargento mayor. Sin embargo, se interrumpió cuando Robledo se abrió camino entre los hombres apelotonados y se fue directo hacia la mula.

—¡Santificado sea su nombre! —exclamó el carpintero mientras ponía la mano sobre el fardo—. ¡Santificado sea su nombre!

Zaldívar fue tras los pasos de Robledo y le ayudó a acercar la mula. El animal se hallaba exhausto, casi muerto. Varios soldados se ocuparon de liberarle de su pesada carga: el gran Sagrado Corazón de Jesús a tamaño real y de color negro como el carbón.

Con cuidado y sumo respeto, los soldados acarrearón la figura y la llevaron junto a los frailes, los cuales, de uno en uno, se postraron cuan largos eran para besarle los pies. El adelantado, una vez más, tenía razón: lo que en lo sucesivo les acaeciera sería bueno y conveniente para la expedición. ¿Acaso no se habían puesto a rezar y, de inmediato, el Señor les había enviado a su mismísimo hijo? Ahí estaba, frente a ellos, presidiendo San Mateo, primera ciudad española en el remoto reino de Quivira.

Lo bordarían, por todos los santos que sí.

Sino la espada

22 de septiembre de 1601

Durmieron a pierna suelta. Expuestos, mucho más expuestos de lo que habría sido sensato, pero así fue porque no podía ser de otra forma. Zaldívar ordenó guardias de a razón de seis hombres cada una de ellas, pero estos no duraron despiertos ni cinco minutos. A los españoles, el agotamiento les venció y decidieron que se tenían muy merecida una buena dormida.

Una exposición que tampoco es que les preocupara en exceso. Porque ¿acaso no estaban permanentemente expuestos? Su capacidad de defensa no era de las de tomárselas a broma. Incluso ahora, sin carros ni caballos, los españoles podrían causar serios daños a todo aquel que les atacara. Sin embargo, los atacantes los acabarían venciendo. Fueran escanjaques, fueran quiviras o fueran lo que sea. Cualquiera nación de por allí, incluso las más débiles, sumaban los efectivos de miles en miles. Ellos eran sesenta y siete soldados, incluida la oficialidad y el tenientito de once años. Ponle tú corazas al asunto, ponle cotas de malla, protecciones de cuero, morriones y unas espadas que, como ya habían mostrado, podían partir a un hombre en dos si las manos que las empuñaban sabían cómo hacerlo. ¿Alguien recuerda a Fernando Tranquilo?

Las cuentas salen a poca aritmética que domines. Y sin dominarla: usa el sentido común, como hacen todos aquí.

Así que durmieron, durmieron como Dios manda y, por la mañana, era otro día. Ah, y qué día... El día del descubrimiento. Uno de esos días a los que la historia enmudece, pero no debería. ¿Qué pasó? Pasó que, por primera vez, por primera vez, ¡por primera vez!, hombres blancos dejaron su huella en este territorio indómito. Ni siquiera Humaña y Leyva habían llegado tan lejos. A ellos, los quiviras no les dieron tanto cuartelillo. Primero, porque el contingente no se aparecía tan temible y, segundo y más importante, porque no se lo merecían: aquellos tipos eran unos grandísimos hijos de puta que habían castigado en tal forma a los quiviras que los quiviras no se anduvieron con contemplaciones a la hora de frenarlos. Y, para que quedara constancia de todo aquel que osara seguir sus pasos, hirvieron a Humaña, separaron su carne de su esqueleto y situaron este en un lugar bien visible: colgado de un palo y con el morrión encasquetado en la calavera. ¿Recibís el mensaje, oh extranjeros que a nuestra tierra acudís? Pues hacedlo.

Lo recibieron. Pero también recibieron el que el Señor les había enviado la tarde anterior y que, en pocas palabras, podría resumirse en la nítida confirmación de que continuaban siendo parte de su rebaño. Id y seguid con lo vuestro, tíos, que yo me encargo de protegeros en caso de que sea necesario.

Mensajes cruzados, en síntesis. Os mataremos si podemos y nadie os matará pues no podrá hacerlo. Con esto, la expedición española al mando del adelantado Oñate se puso en marcha aquella mañana. Ni siquiera madrugaron en exceso. Se levantaron cuando el cuerpo se lo pidió, se quedaron sin hacer gran cosa entre las casas de San Mateo y comenzaron a desperezarse. No había nada para desayunar, pero eso ya lo sabían. Bebieron agua, que de eso sí disponían en abundancia. Zaldívar aseguró que aquella agua era tan clara y sabrosa que alimentaba. Lo aseguró en serio, aunque nadie le creyó porque la credulidad de estos hombres, siendo grande, no era tanta.

En fin, que aplacaron la sed e, incluso, alguno se lavó el rostro. Y, luego, se pusieron en camino en dirección norte. Los soldados, únicamente, y no todos, pues el adelantado ordenó que un retén de cinco de ellos permaneciera en San Mateo para proteger a los frailes, a los sirvientes y al resto de hombres. Los frailes protestaron un poco, pero con la boca pequeña. Sabían que su deber pasaba por continuar hacia el norte con el grueso de la expedición. Si los soldados hallaban almas, ellos, los frailes, debían procurar que recibieran la palabra de Dios. Eso, en teoría. En la práctica, los frailes estaban tan derrengados como cualquiera y, en secreto, agradecieron que el adelantado dijera que no, que hoy, por lo que pudiera suceder, el avance lo realizarían exclusivamente los soldados. Quizás al día siguiente podrían continuar todos juntos. Ahora, tocaba moverse con precaución y sin poner, innecesariamente, vidas en riesgo. Estaban allí para salvar almas, no para extraviarlas, aseguró Oñate. Los frailes asintieron con tal énfasis que alguno casi se descoyunta las vértebras del cogote.

Eso sí, quedó mandado que los que se quedaban en San Mateo hicieran todo lo posible para hallar víveres. Buscad algo para cenar, que tampoco es tanto pedir. Antes de que caiga la noche, la partida estaría de regreso y qué menos que tener algo que llevarse a la tripa tras una larga jornada de expedición y conquista. Los frailes aseguraron que recolectarían bayas y plantas comestibles, y una larga ristra de cosas que hizo que los soldados torcieran el gesto. Cuando ellos hablaban de comida, se referían a carne y solo a carne. No pensaban cenarse una sopa de hierbas hervidas. Que mataran algo, que por allí no había sino vida allá adonde se mirara.

Para el retén de cinco soldados que se quedaba en San Mateo, Zaldívar eligió a los más inútiles y, de entre los más inútiles, aquellos que se encontraban enfermos o convalecientes tras un esguince, un golpe, un percance cualquiera de los muchos que les sobrevenían. Si los atacaban, no podrían hacer gran cosa por defender la posición, pero tampoco podrían los mejores cinco soldados de la comitiva. Así que, mira, si hay que sacrificar a alguien, que sea a la gallina que ya solo pone de cuando en cuando.

Con todo, el adelantado dio unas cuantas instrucciones a los hombres que se quedaban. Más por insuflarles algo de ánimo que por un interés real de ser útil:

—Si os atacan, replegaos de inmediato. Elegid esas cinco casas de ahí, esas que están muy cerca la una de la otra... Encerrad dentro a todos los hombres y repartíos vosotros: uno en cada una. Intentad aguantar hasta nuestro regreso y os ayudaremos. Tenemos a Dios de nuestra parte.

El adelantado hablaba por hablar excepto cuando pronunció esta última frase. Sabía que los que se quedaban en San Mateo eran muy vulnerables a los ataques de las infanterías escanjabo o quivira. ¡Lo eran los que se marchaban, que sumaban muchos más! La única posibilidad con la que contaban se abreviaba en el hecho de que si, pudiendo, no los habían matado hasta ahora, no existía motivo alguno para que los mataran en adelante. A eso se agarraban, que un clavo ardiendo arde pero sigue siendo clavo.

Sin embargo, Oñate creía firmemente en que tenían a Dios de parte de ellos. Él se consideraba un hombre religioso, como no podía ser de otra forma... Pero al modo en el que lo eran todos los españoles: creían firmemente en el Señor, buscaban su protección y procuraban no separarse en exceso de sus mandatos. Hasta ahí. Buenos cristianos y cristianos tranquilos. No obstante, la aparición del Sagrado Corazón había ablandado más de un pecho, incluido, entre ellos, el del adelantado. Consideraba que realmente aquello había sido una señal divina, que aquella era la manera en la que, desde el Cielo, se mostraba un más que rotundo beneplácito a las acciones en las que se encontraban inmersos. Avanzaban, en suma, en misión del Señor.

La posibilidad de que la mula se hubiera extraviado, como otros muchos animales que ahora pastaban en los prados cercanos, durante los momentos posteriores al robo de los carros y la caballada, no cabía en sus pensamientos. Los quiviras no sabían montar a caballo. No conocían cómo tratar a uno solo de ellos. Y, de pronto, se toparon con setecientos. Setecientos animales que decidieron llevarse sin encomendarse, antes, a ninguno de sus dioses de medio pelo. Perdieron, por el camino, unos cuantos ejemplares. Los más lentos, entre ellos. ¿Y qué se movía más lento que la mula que portaba sobre sus lomos la talla del Sagrado Corazón?

No, Oñate y los suyos avanzaban en nombre del Señor y representándolo de la mejor de las formas posibles. Nunca borrarían esta creencia de sus mentes, nunca jamás. Eran lo que eran, suponían lo que suponían, y a ello se atenían con orgullo, respeto y coraje. Coraje, sí, porque no cualquiera está a la altura de un plan semejante.

Por fin, los sesenta y dos soldados partieron, a pie, en dirección norte. Vestían las armaduras, los morriones y todo lo que los hacía fuertes en la batalla. Zaldívar había ordenado que nadie se quitara las espuelas. Pensó que daría mala suerte hacerlo. Así, además, si se tropezaban con sus caballos y lograban recuperarlos, sería mucho más sencillo gobernarlos durante el viaje de regreso a San Mateo. De este modo, los españoles avanzaban en mitad de un estruendo provocado por el rechinar de los correajes, el golpeteo que producían las partes metálicas de las corazas al chocar entre sí y el infinito tintineo de sesenta y dos pares de espuelas con la grasa seca por efecto del sol.

El sol. Merece un capítulo propio, que será breve, pero que ha de ser para que nadie deje de tenerlo presente. A pesar de que ya estaban en otoño, en esta tierra el sol no parecía darse por enterado y continuaba castigando duro a los españoles. En las horas centrales del día, no podían tocarse las armaduras sin quemarse las manos. Si los hubieran atacado de improviso y hubieran tenido que desenvainar, las empuñaduras de las espadas les habrían abrasado los dedos. Sentían tanto calor y de forma tan continuada que sudando a chorros se había convertido en su estado habitual de avanzar. Por suerte, arroyos no les faltaban en su camino y, gracias a ellos, siempre disponían de agua fresca para aplacar la sed. Si, por puro azar, transcurrían más de tres horas sin toparse con uno de ellos, los soldados comenzaban a marchitarse por dentro y por fuera: se les secaba la piel, y hasta se les resquebrajaba, y les brotaba sangre de entre las grietas; pero se les secaba, que nadie lo dude, que todos lo tengan presente, el alma. Les dolía el alma no, como suele decirse, en sentido figurado o hiperbólico... No, les dolía de verdad, porque la sentían como algo propio, sólido y localizado en mitad de sus pechos. Algo, por lo tanto, capaz de ser ajado por unas suertes tan decididamente adversas.

No se quejaban, pues sabían que la queja no servía para nada ni solucionaría sus problemas. Seguían caminando hacia delante, eso era todo. Con el tintineo de sus espuelas por única

compañía.

—Deberíamos habernos traído al marinero —dijo, rompiendo el silencio, el adelantado. Llevaban unas cuantas horas de camino y lo que les restaba. Atravesaban prados, prados en los que la hierba, en ocasiones, les llegaba a la cintura y aún más. Podrían estar los seis mil guerreros quiviras a tres pasos de distancia y no lo habrían sabido hasta que ya solo restara uno.

—No le dé más vueltas, adelantado —repuso, casi obligado, Zaldívar. Al adelantado no se le podía dejar con la palabra en la boca y el resto de soldados, tan lenguaraces en otras ocasiones, parecían mudos desde rato atrás. Solo hace un calor que derrite las piedras. Nada que no vengamos sufriendo desde hace meses. ¿Es porque vamos a pie? ¿Nos molesta caminar?

—No darle más vueltas... —se defendió Oñate—. ¿Y si el mar está ahí delante y lo pasamos por alto?

—Yo diría que todavía no toca, adelantado —volvió a darle réplica el sargento mayor—. Habíamos calculado que, de estar, estaría algo más hacia el norte. Todavía nos resta por atravesar todo el reino de Quivira...

El adelantado no respondió ni se volvió para mirar a Zaldívar. Caminaba el primero, como siempre hacía, y sus botas abrían huella para el resto.

—Eso es verdad... —se resignó, aunque no convencido por completo—. No obstante, el marino debería estar aquí. Ha sido un error dejarlo atrás. Quiero que huela el aire, joder, que huela el puto aire...

—Eso también lo podemos hacer nosotros.

—Pero nosotros somos gente de tierra adentro, Vicente. Nosotros no sabemos oler la sal. No sabemos, no lo sabemos.

Zaldívar consideró que la conversación estaba zanjada. Si al adelantado no se le dejaba con la palabra en la boca, tampoco se le impedía que la suya fuera la definitiva.

El primer poblado que hallaron en su camino no se diferenciaba mucho de San Mateo: casas más o menos cónicas levantadas con mayor o menor acierto. No podría decirse que los quiviras fueran los mejores arquitectos del mundo, pero se las apañaban.

Entraron al poblado por el centro, que para eso avanzaban sin contemplaciones. No pretendían intimidar a nadie con su presencia. No deseaban causar daños, pero tampoco lo contrario: ni aceptarían que los quiviras los asustaran, ni, menos aún, que se les echaran encima con propósito de agredirles. Al final, se trataba del sempiterno y consabido juego español: algo bravucones y lo suficientemente echados hacia delante como para que el factor sorpresa jugara de su parte. Sabían de su exotismo y lo explotaban con todas las de la ley. Las corazas, y esto no lo inventaban ellos pues así había sucedido en más de un siglo de exploración y conquista, servían más para sorprender que para protegerles. La sorpresa se daba. ¿Cómo no iba a darse? ¿Qué pensaría cualquiera que no había visto a nadie que no fuera exactamente idéntico a él mismo, si sesenta y dos tíos con armaduras, cascos metálicos y barbas de tres meses penetraban, tintineantes, en su hogar?

Que aquello, cuanto menos, suponía el acontecimiento más excepcional de sus vidas. Cuanto menos, eso.

Por supuesto, la noticia de la presencia de los españoles en Quivira se había difundido de poblado en poblado. A estas horas, hasta el asentamiento más septentrional del reino estaría avisado de que unos extranjeros se acercaban. Puede que con buenas intenciones, puede que no.

Al parecer, se trataba de españoles, de hombres pertenecientes a la misma nación de aquellos cabrones a los que se vieron obligados a matar varios años atrás... Por lo menos, estos habían asegurado venir en son de paz. Y lo cierto era que, de momento, no habían movido un dedo en contra de un solo quivira.

Ah, y se habían quedado con sus cosas, así que tampoco es que fueran a dar demasiado trabajo. No estaban, lo que se dice, para bromas.

Lo cual no significaba que fueran a recibirlos con los brazos abiertos, ojo. La más elemental de las precauciones supone el rasgo común entre todos los salvajes de Norteamérica. Lo es porque cualquier nación ingenua y tontorrón que no mantuviera el debido recelo hacia las que le rodeaban ya estaba, desde tiempo atrás, extinguida y bien extinguida.

Unos cuantos niños quiviras se acercaron a los hombres y jugaron a tocarlos. A ver quién, de entre ellos, reunía antes el valor necesario para alargar un brazo y rozarles las piernas con la punta de los dedos. Los bravos que lo conseguían, de esto se daba cuenta cualquiera, tenían más miedo que vergüenza, pero la ocasión la pintan calva y, si tú tienes siete u ocho años y ya te han advertido que se espera de ti que más pronto que tarde te conviertas en un poderoso guerrero, ahí tienes tu oportunidad para comenzar a demostrarlo.

Los españoles no solo se dejaban hacer, sino que sonreían a los niños e, incluso, alguno se permitió jugar con ellos. Los atrapaban por las muñecas, observaban cómo una sombra de terror les atravesaba el rostro y, acto seguido, les hacían cosquillas en el costado antes de, en un gesto rápido, liberarlos y reír abiertamente mientras los muchachillos regresaban a terreno seguro. Los españoles sabían que, sin duda alguna, desde algún lugar estaban siendo observados y examinados. Al detalle, paso por paso, movimiento a movimiento. Daban por hecho que se trataba de gente moderadamente amistosa, moderadamente paciente, muy capaz de variar de ánimo en menos de lo que canta un gallo. Así que sí, afabilidad y muchas risas, pero con un ojo en las criaturas y otro en los lugares por donde, de darse, provendría el ataque.

—¡Hola! —exclamó Zaldívar repitiendo una rutina que conocía casi de memoria. Daban muestras de venir en son de paz, después se presentaban y continuaban ofreciendo más y más demostraciones de cordialidad. Mientras tanto, intentaban averiguar todo lo averiguable acerca del lugar. Dónde guardaban las riquezas, entre otras cosas. O esa, básicamente.

—¿Oléis los caballos? —preguntó, con tono neutro, el adelantado. Se hacía tan propia de ellos esta forma de expresarse, sin apenas inflexiones en las palabras para no descubrirse, que cuando regresaban a casa y se dirigían así a sus esposas, estas pensaban que las habían dejado de amar.

—Yo no huelo nada, adelantado —respondió el capitán De las Casas.

—Yo tampoco —confirmó el capitán Sosa.

—Pues atentos todos —ordenó Oñate—. Necesitamos averiguar dónde cojones tienen nuestros caballos.

—Ya habéis escuchado al adelantado —dijo el capitán Montesinos—. Corred la voz.

Ver cómo un grupo de conquistadores españoles corría la voz mientras avanzaba amistosamente hacia el interior de un asentamiento del que no dudarían en llevarse cada objeto de valor que hallaran a su paso no solo suponía un gozo para los sentidos, sino que habría que hacerlo en pie, admirados, aplaudiendo incluso. Aquello, de verdad, aquello se les daba de lujo. Si ser español se resume en algo, se resume en ese instante magnífico en el que Oñate y los suyos

caminaban tranquilamente por las calles de Quivira. Grandeza, cierto sentido del fatalismo y una ambición tan limpia como desmedida. Venimos a lo que venimos, nos gustaría llevarnos nuestros caballos y tantas riquezas como seamos capaces de reunir y, por supuesto, os dejamos en paz para que sigáis viviendo una vida plena y maravillosa.

—Aquí no están nuestros animales —concluyó, al rato, De las Casas.

—No, capitán, no están aquí —se sumó el adelantado.

Fue cuando las vieron. Fue cuando casi al adelantado se le sale el corazón por la boca. Había, como puede esperarse de cualquier poblado indio, gente de todo tipo y condición. Salvo los niños, ningún quivira había realizado gestos de aproximación a ellos. No los temían, era obvio que no los temían, pues no se apartaban o corrían a ocultarse, pero tampoco los recibían alborozados. Como ya se ha dicho antes, de estar dándose la situación contraria, de ser los quiviras los que estuvieran caminando a través de las casas de San Gabriel, los españoles los estarían acribillando a balazos. O ni eso, porque ni siquiera les habrían dado la oportunidad de entrar: los tiradores apostados en las azoteas habrían descargado tal lluvia de plomo sobre los salvajes que estos, si tenían dos dedos de frente, habrían puesto pies en polvorosa.

Al grano: fue cuando las vieron. Las mujeres quiviras no se vestían gran cosa, por no decir que no se vestían nada. Algunas llevaban una ligera tela que les cubría la entrepierna y muchas, ni eso. Caminaban, felices, en la más completa de las desnudeces. Algo que, por otra parte, no sorprendía a los españoles, más que acostumbrados a situaciones semejantes en sus innumerables idas y venidas a lo largo de la gran y extensa Norteamérica. Pero las mujeres, si bien para las vestimentas mostraban una completa despreocupación, no así para los adornos y los ornamentos. En el cabello, al cuello, en las orejas. Las mujeres quiviras se adornaban con profusión y alegría. Algo que, por razones más que obvias, interesaba muchísimo a los españoles. Si había plata y había oro, esos eran los lugares de la anatomía humana en los que debían fijarse. Y hablamos siempre de mujeres completamente desnudas.

Se fijaron, claro que se fijaron. No perdían ojo de las gargantillas, de los pendientes, de las argollitas, de los abalorios, de la quincalla. Los hombres quiviras, para describirlo todo en su precisa dimensión, también se engalanaban, aunque menos y de otra forma. Al final, en las naciones bravas, y la quivira lo era, los hombres no son hombres sino guerreros. Y un guerrero no porta oropes sino galones. Algo más sobrio, más templado, menos exuberante.

Las mujeres, en cambio, van de punta en blanco. Y estas iban. Todas ellas les parecieron bien alimentadas, sanas, hasta atractivas. Pero lo que más sorpresa les causó, lo que les dejó mudos y con la mandíbula colgando fue el hecho de advertir conchas entre las alhajas con las que las mujeres se adornaban.

Conchas, conchas, ¡conchas!

—¿Veis lo que yo estoy viendo? —preguntó el adelantado.

Se trataba de un pequeño grupito de cuatro mujeres. Una de ellas tendría más de cincuenta años, quizás sesenta. Otra era más joven, puede que de treinta y tantos. Y dos restantes no pasaban de ser unas adolescentes de trece o quince años. A buen seguro, la abuela, la madre y las dos hijas. Se hallaban detenidas frente a una casa que muy probablemente sería su hogar y observaban, con atención y curiosidad, al grupo de ruidosos españoles que caminaba hacia ellas.

Las cuatro mujeres llevaban conchas del tamaño de una mano abierta en mitad del pecho. Una cada una, como si algún miembro de la familia les hubiera realizado el mismo regalo a las cuatro.

—Hostia puta, son conchas... —dijo el capitán Espinosa. Los españoles continuaban avanzando en grupo cerrado. Todavía los niños se les acercaban para tocarlos aunque, como ya habían dejado de ser novedad, el juego parecía haber perdido parte de su gracia: los tocabas y no sucedía nada, de forma que tampoco era cuestión de pasarse así el resto del día. Varios hombres los observaban a una distancia prudencial con ese gesto hosco tan propio de los guerreros indios. Los españoles podían ablandarlo abriendo una botellita de mezcal, pero, dado que esta vez viajaban con lo puesto, no podría ser. Sin embargo, los tenían en el punto de mira y ellos lo sabían, de manera que más les valía moverse con tiento.

—¿Estáis seguros? —preguntó Zaldívar, quien las veía, como el resto, colgando del cuello de las cuatro mujeres, pero que no las tenía todas consigo—. A mí me parecen piedras.

—No me jodas, Vicente —soltó Oñate—. Son conchas, me cago en toda la leche que he mamado. Son conchas y eso quiere decir que estamos cerca.

Cerca del tan ansiado mar del Norte. Si lo encontraban, podrían darse con un canto en los dientes. Que los quiviras se quedaran con los setecientos caballos, oye. Sí, porque si hallaban la salida al mar y la hacían suya, se convertirían en los hombres más ricos del mundo. No en la forma exagerada en la que suelen decirse estas cosas, no... Serían más ricos que el propio rey de España porque controlarían todo el tráfico de naves y mercancías entre uno y otro extremo de las Américas.

—Yo diría que son conchas... —apuntó De la Rúa. Los soldados rasos no solían meter baza cuando conversaba la oficialidad, pero digamos que ciertos formalismos saltaban por los aires cuando los avatares también lo hacían. Eso sí, si las circunstancias previas retornaban, retornaban con ellas las debidas distancias. Familiaridad de ida y vuelta.

—Tampoco estamos seguros de que eso signifique que el mar esté ahí delante... —reflexionó Villaviciosa.

—No me toques los cojones, chaval —bramó con voz tranquila el adelantado—. En buena hora no hemos traído al marino, me cago en la puta... Seguro que él ya estaba oliendo a sal. ¿La oléis vosotros? ¿La huele alguien?

Los españoles comenzaron a husmear en el aire. Sesenta y dos tíos levantando la cabeza y olisqueando aquí y allá. Algunos guerreros quiviras se pusieron, de inmediato, nerviosos. Si ellos tenían rituales para la guerra, ¿por qué no habrían de tenerlos los recién llegados?

Se empezaron a ver algunas hachas de filo de piedra. Y arcos, y flechas. No esgrimidas de modo amenazante, pero por si acaso.

A los españoles no les importó gran cosa. Vieron las armas y no les dieron importancia. Sabían que nadie empezaría una guerra sin un motivo aparente. En las guerras todo el mundo pierde algo, eso bien lo conocían. Y nadie lucha en casa, con las mujeres y los críos en pleno campo de combate. Eso también lo conocían.

Así que olisquearon, y olisquearon, y olisquearon hasta que casi se meten en los pulmones todo el aire puro de la gran Quivira.

—Yo no huelo la sal, adelantado —dijo Ayarde, uno de los que más se habían desgañitado en el intento.

—Yo tampoco, joder —repuso el adelantado—. Y el caso es que...

—Estamos demasiado lejos todavía, no se preocupe usted —trató Ayarde de quitarle hierro al asunto.

—¿Pero cómo no me voy a preocupar? ¿Cómo no me voy a preocupar?

No podría decirse que el adelantado no se lo pensó. Agarrar a un quivira e interrogarlo sin más contemplaciones. Dinos dónde está el mar del Norte o te cortamos los huevos con el cuchillo más desafilado que tengamos. Por supuesto, solo se trató de un pensamiento fugaz. De un deseo inalcanzable, de un anhelo, una ilusión, el delirio de los que ya no caminan con los pies pegados al suelo. No ellos, en cualquier caso, porque si algo hacían, si en algo se dejaban la piel y hasta la vida, era en no perder la cordura, en no delirar, en, por último, no cavar ellos mismos su propia tumba.

—Son conchas —concluyó el adelantado, zanjando, así, la conversación. Se trataba de un asunto de gran importancia, pero no de extrema importancia. Ni de vital importancia. Así las cosas, irían por orden—. Vale, el prisionero español. Hay que averiguar todo lo que podamos al respecto.

—Sí, adelantado —dijo Zaldívar, retomando la iniciativa. De momento, sabían que allí no guardaban sus caballos y sabían, al tiempo, que el mar del Norte podría no hallarse demasiado lejos. Y lo habían averiguado simplemente olisqueando el aire. No estaba nada mal para un grupo de españoles perdidos en el culo del mundo, ¿verdad?

De la buena. Y es que puede que no fueran demasiado hábiles para algunas cosas, pero sí para otras. Para la que sucedería a continuación, desde luego. Nada del otro mundo y un mundo de otra manera. La labia. La labia española que les había llevado a conquistar un continente entero con un puñado de hombres y cuatro caballos. Habían doblegado imperios solo con esas armas.

—¿Quién cojones mandará aquí? —preguntó el adelantado.

—Tendrán algún gobernador o algo... —sugirió el capitán Espinosa.

—No parece que este pueblucho de mierda sea la capital de Quivira. Y el gobernador, si es que existe, vivirá en la capital, digo yo... —aventuró el capitán Sosa.

—Yo soy el puto gobernador de Nuevo México y vivo en una casa de dos estancias —gruñó el adelantado. Nadie osó decirle lo que pensaba: que sí, que puede, que no mentía, pero tampoco acababa de contar la verdad al completo. Oñate tenía una casucha muy poco digna para todo un gobernador, pero, he aquí el quid de la cuestión, en San Gabriel. En el pueblo que habían fundado y levantado de la nada solo unos pocos años atrás. No les había dado tiempo a más. Pero mirando más lejos, yéndose, por ejemplo, a Zacatecas, Oñate no solo no vivía en un cuchitril, sino que lo hacía, prácticamente, en un palacio. No la totalidad de los presentes había contemplado, con sus propios ojos, la hacienda del adelantado en Zacatecas, pero hasta el último, sin excepción, había oído hablar de ella. Y, por eso, todos, tras escuchar las palabras de Oñate, hicieron como que no habían oído y miraron para otro lado. Algo que, por cierto y tras la labia, constituía el segundo don que tan bien sabían explotar los españoles.

—¿Le parece si preguntamos? —inquirió el capitán Sosa.

—Sí, hágame usted el favor, capitán —respondió el adelantado cediendo, de esta forma, la iniciativa.

—Que no se disperse el grupo —advirtió Zaldívar.

—Ya habéis oído al sargento mayor —dijo, levantando ligerísimamente la voz, el capitán De las Casas—. Apretaos, hostias, y con los ojos bien abiertos.

Se escucharon varias armaduras chocando las unas contra las otras. Sesenta y dos hombres ocupando el espacio de seis vacas, no más. Pero que nadie se lo tome a risa. Ya se señaló, pero

quizás, en aquel instante, estabas despistado y no te enteraste bien. Ahí va, pues, de nuevo: la unidad básica de conquista era, para los españoles, el grupo. Siempre el grupo. Se olvidaba en cuanto se cruzaban las puertas de casa y volvía a recordarse, casi de forma instintiva, en el momento de volverlas a cruzar pero en sentido contrario. ¿Lo recordaban ahora?

—¿Tú qué piensas? ¿Acaso tendrían alguna posibilidad de sobrevivir si el grupo se quebrara?

—Mire ese tipo de ahí —expresó el capitán Montesinos.

—¿A quién se refiere? —preguntó Zaldívar. Señalaban siempre con la mirada—. ¿Al de las cejas pobladas y los pómulos sobresalientes?

—No, capitán. Al que está a su lado. Al que tiene un poco de panza. ¿Lo ve?

—Sí... ¿Crees que ese puede mandar algo?

—Diría que sí, capitán. Mire cómo el resto de hombres se sitúa junto a él.

Lo hicieron. Se tomaron un par de minutos para observar y comprendieron que la posición de los guerreros con respecto a él no era aleatoria sino consciente. Algunos, digamos que unos siete u ocho hombres, se emplazaban muy cerca de él, casi pegados. Después, existía un segundo círculo de guerreros que, de cuando en cuando, enviaban vistacitos en su dirección. Por fin, el tercer círculo se parecía a un cielo que no sabe si encapotarse o despejar: rondaban de un lado a otro, en grupos muy reducidos, pero sin cuajo, sin aplomo, a lo tonto. Guerreros jóvenes y sin apenas experiencia que estaban a verlas venir.

—De acuerdo —aceptó Zaldívar—. Interroguemos al gordo.

Los españoles avanzaron lentamente hacia el lugar donde se hallaba el tipo. Quien no movió una ceja mientras lo hacían, lo cual los convenció, precisamente, de que no habían errado en su elección.

—Hola —dijo el sargento mayor cuando se encontraron a unos cinco o seis pasos de distancia. Mostraba las manos en señal de paz y hablaba despacio, con tono tasquero, franco en apariencia, hasta divertido: como si pasaran por allí y se hubieran detenido para hablar de lo bonito que se había quedado el día—. ¡Hola!

El gordo no dijo ni pío, si bien contaban con ello. Esto siempre funcionaba así, aunque sorprenda.

—Somos españoles —continuó Zaldívar. Se señaló la coraza y el morrión y sonrió para que pareciera que solo estaba diciendo obviedades—. Españoles.

El quivira continuó en silencio y sosteniéndoles la mirada. Bien. El hombre estaba interesado.

—Es-pa-ño-les —repitió, por tercera vez, y silabeando hasta la teatralidad, Zaldívar—. ¿Qué me dices? No será la primera vez que has visto a uno de los nuestros, ¿verdad?

Entonces, el gordo dijo algo en jerga y varios guerreros hablaron entre sí.

—Me da que no le está entendiendo, capitán —apuntó Velarde.

—Ni una puta palabra —se sumó Villaviciosa.

—Claro que no me entienden —repuso el sargento mayor sin tan siquiera mirarles a la cara—. Pero de algún modo tendremos que intentarlo, ¿no? ¿O nos damos media vuelta y regresamos a San Gabriel solo porque aquí no hablan en cristiano?

—Teníamos que habernos traído a Jusepe —expresó Muñoz.

—Ya estamos con Jusepe... —suspiró Zaldívar antes de volver a concentrarse en el quivira—. Mira, tío, tú no estarías por aquí hará ahora unos seis años..., ¿me sigues? Te lo digo porque,

más o menos por entonces, pasó por este lugar una expedición de españoles. Gentes con caballos, barbas y tal...

—Sabe de lo que le está hablando, capitán —aseveró Villaviciosa.

—Le han brillado los ojos —confirmó Ayarde—. Yo también lo he visto, capitán. El gordo sabe de lo que le habla.

—Bien por usted, capitán —aplaudió Montoya, que era de los más jóvenes de la dotación y no perdía ocasión de hacerse bueno a ojos de la oficialidad.

—¿Cerráis el puto pico de una vez y me dejáis que prosiga? —se enfadó en voz muy baja Zaldívar.

—Adelante, capitán —animó Velarde—. Son suyos.

Zaldívar ni siquiera hizo una pausa antes de continuar.

—¿Qué me dices, tío? —le preguntó directamente al jefe gordo—. ¿Sabes algo de un español?

El sargento mayor se quitó el morrión, lo sostuvo con una mano y lo señaló con la otra. Al hacerlo, dejó a la vista una melena de pelo sucio y grueso que, allá donde el morrión se apoyaba en la cabeza, había formado un surco del grueso de un dedo.

De pronto, el quivira reaccionó.

—Español —dijo con un acento lamentable que provocó la hilaridad en los soldados.

—Al que se ría, lo frío —sentenció el adelantado. Todos enmudecieron de inmediato.

—¡Sí, exacto, español! —exclamó Zaldívar—. ¡Lo has entendido, tío listo!

Sonreía tanto que parecía que, en cualquier momento, fuera a desencajársele la mandíbula. El sargento mayor volvió a encasquetarse el morrión, no sin antes propinarle un golpecito con los nudillos para que a los salvajes no les cupiera duda: portamos mucho metal encima y el metal, acordaos, os da un miedo que tira de espaldas. No intentéis nada, ¿vale?

El gordo afirmó algo, pero ahora se dirigía a Zaldívar y no a sus hombres.

—¿Qué dice, capitán? —preguntó Muñoz. Los soldados formaban una piña tras el sargento mayor. Por táctica y precaución, aunque también por curiosidad.

—¡No se oye! —gritó alguien desde atrás. El adelantado, quien se encontraba junto al sargento mayor y los capitanes, lo habría ahogado con sus propias manos. De hecho, poco le faltó para hacerlo. ¿Qué supondría? Abrirse paso entre los soldados, localizar al bocazas en cuestión, rodearle el cuello con las manos y apretar hasta que el hijoputa la palmara. Ningún español osaría rechistar y su actitud causaría una excelente impresión en los quiviras. ¿De qué no es capaz un tipo que, sin venir a cuento y sin armas, acaba con la vida de uno de sus propios hombres?

—Buscamos a un español, eso es —continuó Zaldívar intentando no perder el hilo. El jefe gordo parecía algo más relajado que antes de que comenzaran a hablar y, con él, se había relajado, también, su tropa. Algunas miradas comenzaban a suavizarse.

—Español —repitió el quivira, antes de rellenar la frase con una retahíla de palabras incomprensibles para los expedicionarios.

—¿Aquí? —preguntó Zaldívar extendiendo los brazos hacia delante y apuntando, con los dedos índices, al suelo.

El jefe quivira lo miró de hito en hito y volvió a intercambiar opiniones con los suyos.

—Muy listo no parece —reflexionó De las Casas.

—No, pero no te confíes —le repuso Sosa.

—Cuanto más tontos, menos fiables —intervino Espinosa—. A mí dámelos listos, que, al menos, sabré con quién he de vérmelas.

—No hay tonto malo —adujo Montesinos.

—Esa sí que es una verdad universal —intervino, inesperadamente, el adelantado. Los quiviras seguían hablando entre ellos y Oñate comenzaba a perder la paciencia—. Se nos va a hacer de noche aquí...

—El idioma, ya sabe... —dijo, por decir algo, Sosa.

—Qué cojones, el idioma... —repuso el adelantado—. Si apuntas hacia el suelo con los dedos y pones cara de interrogación, la cuestión está más que clara. Eso, o el tonto soy yo.

De improviso, el jefe gordo negó con la cabeza y, mientras lo hacía, repetía una y otra vez la misma palabra. Los españoles no le prestaron gran atención porque ni el mismo quivira parecía estar haciéndolo. Les estaría explicando que ni hablar, que ellos no tenían al español tras cuya pista caminaban, que lo mejor sería que siguieran su ruta y se largaran cuanto antes.

Y, entonces, dijo algo. Esto:

—Gocotat.

—¿Cogotat? —trató de repetir Zaldívar.

Los guerreros quiviras prorrumpieron en risas. El cabrón blanco que había llegado desde el sur no sabía ni pronunciar algo tan sencillo.

—Tranquilo, Vicente —susurró el adelantado. No habían transcurrido ni cinco minutos desde que él mismo cortara por lo sano una actitud idéntica. Lo que no se permitía, para no faltar, en el lado español, constituía el pan nuestro de cada día en el bando quivira. Mira tú por dónde—. Continúa. Vas bien.

—Gocotat —repitió el gordo.

—Gocotat —dijo, ahora como Dios manda, el sargento mayor—. ¿Quieres decir que el español que buscamos está en un lugar llamado Gocotat?

—Gocotat —volvió a repetir el otro, de quien, para entonces, ya no cabía duda de que entre las destrezas que lo habían convertido en jefe del poblado no se hallaba su agudeza mental.

—Gocotat —expresó, por última vez, Zaldívar. Asentía con la cabeza y sonreía, pero no apartaba la mirada del gordo.

Salieron del pueblo sin demasiados problemas. Hasta que no se hallaron a un cuarto de legua de distancia, el adelantado no permitió que se relajara la formación y que se abrieran huecos entre unos y otros. En un arroyo con el que se toparon, pararon a descansar y a beber agua.

—¿A qué distancia estará Gocotat? —preguntó el capitán Espinosa.

No obtuvo respuesta. Hacía demasiado calor para andar elucubrando.

* * *

Mientras tanto, en San Mateo, los que se habían quedado atrás comenzaban a organizarse. De los cinco soldados que permanecieron a modo de exigua guarnición, solo un par tenía luces suficientes como para situarse al mando y dirigir el trabajo de la jornada. Por desgracia, uno estaba cojo y el otro se había amputado, él mismo, el dedo meñique de la mano derecha. Di que

tampoco era para tanto, porque también había cojos entre los que habían partido en dirección norte, y el meñique, se diga lo que se diga, es un dedo que no sirve absolutamente para nada.

Sin embargo, estos fueron los que se quedaron. Se llamaban Juan de Mallea, Francisco Vido, Pedro Varela, Juan de la Cruz y Gaspar López de Tavora. Mallea era el cojo y De la Cruz, al que le faltaba un meñique. Digamos en su favor que sucedió durante el ataque de los quiviras. El tipo se hallaba subido a su caballo, vio que se le acercaba alguien en la oscuridad, desenfundó un cuchillo cuya hoja tenía dieciséis dedos de largo y la montó buena con él una vez que los quiviras lo derribaron por la fuerza. Lo dicho: el meñique es un dedo que está de más.

¿Que quién se hallaba al mando? Porque se trataba de soldados, de una guarnición frente a la cual, sí o sí, debía haber un tipo que dijera A o dijera B. Pues situaron en tan delicada posición a Tavora, un individuo que, cuando se alistó y el que tomaba nota de los nombres preguntó si era Tavora o Távara, respondió que no lo sabía bien, que, en realidad, nunca se había parado a pensarlo con detenimiento. Se quedó en Tavora porque, parece que no, pero poner las tildes también cansa.

A cazar. Debían salir a cazar para que, por la noche y cuando la partida estuviera de regreso en San Mateo, tuvieran algo con lo que llenar la panza. Algunos frailes se dirigieron a Tavora y le preguntaron que si podían, por un lado, recolectar plantas y frutos y, por otro, transportar el Sagrado Corazón a un lugar más digno en el que más tarde officiar una misa. Porque allí, en San Mateo, serían todos de misa diaria y a Dios gracias. A Tavora ni se le pasó por la cabeza negarse. Ahora mismo, creía más en el Altísimo que en su propia existencia. ¡Por supuesto que rezarían! ¡Como si no hubiera un mañana! Porque, dadas las actuales circunstancias, ¿quién les aseguraba que habría un mañana? Y tampoco se opuso a lo de los frutos y las plantas. Sí, sí, hagan ustedes lo que les parezca, que bastante tenemos nosotros con lo nuestro. Nos han mandado que salgamos de caza y no disponemos ni de una triste escopeta. A pie nos vamos y que sea lo que Dios quiera.

A pie se fueron. Mallea cojeaba bastante y solicitó que se le dispensara del servicio, pero Tavora, en su primera decisión de calado como hombre al mando del retén de San Mateo, en esa fecha la posición más septentrional del reino de la España americana, repuso que ni hablar, que necesitaban a Mallea, que no estaban como para prescindir de nadie, que irían los cinco juntos y allí no se hablaba más.

El pobre Mallea ni se quejó. Se arrepentía, y mucho, de haberse presentado voluntario para aquella expedición de conquista y ni siquiera el hecho de que ahora fuera a llevarse el ocho por ciento de la ganancia en lugar del siete pactado en San Gabriel le evitaba la zozobra. Maldita la hora, decía. Y cierto, maldita, porque en este tipo de empresas solo salías bien parado si eras un chico listo y, por desgracia para él, Mallea no lo era. Un buen soldado en líneas generales, pero que, un par de semanas atrás, se había quedado dormido sobre el caballo y se había caído sin darse cuenta. Se torció un tobillo y la cosa no habría ido a más si hubiera tenido tiempo para descansar y permitir que la hinchazón menguara poco a poco. Fue a más, obviamente, porque Mallea, de inmediato, tuvo que volver a subirse al caballo y seguir avanzando como si allí no hubiera pasado nada. El recochineo entre los hombres duró varias jornadas, hasta que otro tío volvió a quedarse dormido sobre la silla y, desde entonces, fue él el objeto de la mofa general.

No tenían demasiadas cosas con las que matar el tiempo, no.

Cuando los cinco soldados se pusieron en camino, daban más pena que gloria. Avanzaban con todo el equipo puesto, por supuesto, y se llevaban con ellos la mula que, hasta el día anterior,

había cargado el Sagrado Corazón. Se suponía que para trasportar de regreso a San Mateo la carne que pudieran cazar. Se suponía, pues ninguno de los cinco, que eran tontos pero no tanto, creía que fueran a capturar un solo bicho empleando únicamente sus cuchillos y sus espadas. Lo que no es, no es.

Calcularon que necesitarían dar caza a, como mínimo, tres bisontes. Dos, estirándolo mucho, pero no menos. Un solo animal no daría para alimentar a los casi ciento cincuenta españoles que continuaban con vida. Lo cual, para el que ahora ha de proveer, resulta hasta una faena: ¿qué les costaba, a algunos, palmarla? En fin, todos eran compañeros y eso, pero, en este momento, los cinco soldados que avanzaban a pie bajo un sol abrasador no veían más que bocas que alimentar. Y, de acuerdo, está muy feo desearle el mal a nadie, pero también resulta un horror caminar por los prados con las corazas recalentándoles los cuerpos y, fíjate, ahí estaban. Con una puta mula medio muerta siguiéndoles de mala gana.

Cuando advirtieron la presencia de la primera manada de bisontes, los cinco hombres se detuvieron, se hicieron sombra con las manos extendidas sobre los ojos y analizaron la situación. Concluyeron que:

—No los vamos a cazar ni de coña —dijo Vido.

—Hombre, es que están un poco lejos todavía —apuntó De la Cruz.

—Da igual —repuso Vido—. Aunque nos acerquemos. ¿Qué vamos a hacer? ¿Desenvainar y soltarles un espadazo?

—Esos cabrones deben de tener una piel dura de cojones —reflexionó Mallea. Ninguno de los cinco dejaba de observar a la manada. Ninguno daba un peso por sus propias posibilidades. Hablaban, entre otras cosas, porque mientras hablaran no tendrían que actuar.

—Si al menos dispusiéramos de escopetas... —se lamentó Vido.

—Siguen estando demasiado lejos para apurar un tiro —volvió a apuntar De la Cruz.

—Además, lo mismo te acercas, se te revuelve uno y te cornea las tripas —intervino Tavora.

—Pero habrá que hacer algo, ¿no? —reflexionó Varela.

—¿Y si buscamos otra cosa? —se preguntó Vido.

—¿Qué cosa? —devolvió la pregunta Mallea.

—No sé, algún bicho que sea más sencillo de cazar —contestó Vido—. Seguro que esto está plagado de conejos.

Para los expedicionarios españoles, toda la Norteamérica estaba plagada de conejos, aunque la triste realidad era que apenas los habían descubierto en tres o cuatro ocasiones, y siempre muy a lo lejos. Tenían menos posibilidades con los conejos que con las águilas.

—Necesitaríamos cazar... —comenzó De la Cruz a realizar cálculos—, al menos doscientos conejos. Uno por barba, y dos, al menos, para el adelantado y los capitanes.

—Y no te olvides del chucho —apuntó Varela.

—Eso, el puto chucho del adelantado —fingió De la Cruz que le molestaba la idea—. Ese animal es capaz de zamparse un conejo de un solo bocado y ni cagar los huesos.

—Sí.

—Sí.

La conversación terminó extinguiéndose porque no daba para más. Fue entonces, mientras se armaban de valor para lo ineludible, cuando observaron acercarse a un grupo de escanjaques. Los

observaron, pero porque estaban mirando; de lo contrario, los indios habrían pasado tan desapercibidos como un ciempiés en el inmenso herbazal que pisaban.

—Hostia puta —soltó Varela—. ¿Los veis?

—¿Qué hacen? —preguntó Mallea, dando por sentado que sí, que los cinco los veían.

Los escanjaques, en un grupo puede que de hasta cincuenta guerreros, avanzaban despacio a unos setenta pasos de distancia de ellos. Por supuesto, los españoles no sabían que tenían el viento en contra ni que la lentitud de movimientos obedecía a un deseo muy concreto: que la manada de bisontes no se asustara. Si lo hacía, y a los bisontes los asustaba prácticamente cualquier cosa sobre la faz del planeta, la estampida estaría asegurada y, con ella, la pérdida de los ejemplares que pretendían cobrar. Porque, por supuesto esto tampoco los españoles lo sabían, los escanjaques también habían salido de caza aquella mañana. Con una diferencia sustancial: los indios conocían cómo hacerlo.

No les vino mal observar y aprender. Que es precisamente lo que hicieron.

Para cazar un bisonte son necesarios dos y solo dos aspectos: tu pulcritud en el acercamiento y unas armas a la altura de las eventualidades. Los españoles carecían de ambos, tanto como sobrados de ellos iban los escanjaques.

Serían lo que se quiera. Vagos, oportunistas, haraganes, de muy poco fiar, imprevisibles, patanes y pendencieros sin empaque, que es la peor forma posible de pendencia. Sin embargo, ahora los tíos lo estaban bordando. Su aproximación a la manada de bisontes era de las de quedarte embobado mirándola. De hecho, los españoles así estaban: con los ojos bien abiertos, las manos sobre ellos para evitar la luz del sol y hasta un ligero hilillo de baba en la comisura de los labios. Un hilillo que, cuando lo notaban deslizarse mentón abajo, se apresuraban a secar con un gesto pesado y torpón.

Y, por supuesto, los escanjaques disponían de armas apropiadas para la caza. No las observaron en un primer término, pues los indios avanzaban medio agazapados entre la hierba. No obstante, más tarde, situada la manada a, digamos, unos veintitantos pasos de distancia de ellos, surgieron a plena vista. Con la presteza y la exactitud de quien sabe lo que hace porque lo ha hecho muchas veces. Los escanjaques que se movían en la vanguardia del grupo abandonaron su posición agazapada, levantaron del suelo unos arcos más largos que el brazo de un hombre, pusieron flechas en ellos, tensaron las cuerdas y, al unísono, dispararon contra tres ejemplares que pastaban en los alrededores de la manada.

Durante un instante, nada sucedió. Los bisontes cayeron muertos sin apenas emitir ruido y los escanjaques se quedaron quietos. Habían bajado muy despacio los brazos que sostenían los arcos, pero nada más. Lo importante era no ahuyentar a la manada, no provocar la estampida. Si lo hacían, si un solo bisonte se asustaba, los miles y miles y miles de ellos que se extendían hasta donde se perdía la vista y más allá, comenzarían a correr, desquiciados e histéricos, en una dirección imposible de determinar con antelación. En la suya, incluso, lo cual los pondría en un grave aprieto por razones más que obvias. Así que los escanjaques fingieron ser hierba, flores, insectos, un accidente poco peligroso en el que habría que fijarse muy bien para reconocer sus intenciones. Y el bisonte no daba para tanto, esa es la verdad y la ventaja que los indios explotaban siempre que podían.

—¿Habéis visto eso? —preguntó, retóricamente, Vido.

—Joder que si lo hemos visto... —respondió Mallea, pese a todo.

—Me cago en Dios que sí... —añadió De la Cruz.

Los escanjaques ni se acercaron a los bisontes caídos. Al contrario, los ignoraron por completo, pues la caza no había terminado y aquellos bichos muertos no irían a ninguna parte. Despacio, muy despacio, varios guerreros, algunos de los que ya habían disparado y varios elegidos de entre los más jóvenes, se agazaparon en la hierba y caminaron hacia la manada. Sin duda, a los escanjaques les preocupaba llenarse el estómago, pero también enseñar a sus muchachos a que aprendieran a hacerlo.

Uno de los hombres realizó varias señales alzando una mano y moviendo los dedos. A los españoles les hizo gracia el gesto, algo tonto y bastante innecesario a juicio de ellos, pero no se molestaron en despegar los labios para comentarlo.

Un gran macho del tamaño de una montaña levantó la cabeza y observó en la dirección en la que se hallaban los escanjaques. Estos se quedaron tan quietos como el tronco de un árbol. Los españoles asintieron porque comprendían lo delicado del momento. Si el animal creía que algo raro sucedía, echaría a correr y, tras él, la manada completa. Y, de acuerdo, tampoco es que aquella fuera la única manada que pastaba en los llanos... Sin embargo, un buen cazador no va por ahí ahuyentando a las presas. Por una cuestión de puro sentido común, los bisontes que tenían frente a ellos serían los que acabarían sobre las brasas del fuego esa misma noche. Sobre las brasas escanjaques, claro. A no ser que a los españoles se les ocurriera algo, y pronto.

Se les estaba ocurriendo, por supuesto que sí. Eran españoles, ¿no?

—Yo creo que deberíamos... —comenzó a decir Tavora.

—Calla, tío —le cortó Mallea.

A Tavora, le supo bastante mal que su compañero le mandara callar. Eh, que él era el tío al mando de San Mateo. A todos los efectos, el hombre que repartía las órdenes.

—Mira, perdona que te diga... —comenzó a decir.

—Que te calles, hostias —intervino De la Cruz, quien antes se habría dejado abrir el pecho en canal que conceder cualquier privilegio derivado del rango al tipo que no sería sino su igual hasta los restos—. Como espantes a los putos bisontes...

—Pero si no son nuestros —protestó, aunque en voz casi inaudible, Tavora.

No, de momento. ¿Qué estaban haciendo allí los españoles? Cazar. Al menos en teoría. Habían salido de par de mañana con las espadas y los cuchillos y las corazas y todo el equipo encima para, ahí es nada, proveer de carne suficiente a la población de San Mateo. ¿Lo habían hecho? Ni siquiera sabían por dónde empezar. O no lo habían sabido hasta hacía diez minutos. Ahora, en el momento presente, se les estaban ocurriendo unas cuantas posibilidades.

—No se dejarán robar las piezas abatidas —reflexionó Vido en voz alta.

—No, no lo harán —susurró Varela.

—Que os calléis —intervino Mallea.

Los escanjaques, mientras tanto, se habían aproximado tanto a la manada que no se encontraban a más de diez pasos de un par de hembras que, junto a sus crías, pastaban algo separadas del grupo. Los guerreros se las señalaron a los muchachos y estos se incorporaron para disparar contra ellas y abatirlas. Al parecer, los escanjaques consideraban que las hembras con crías constituían una presa más asequible que los grandes machos de descomunales gibas.

—Para mí que van a por ellas porque no embisten —apuntó Varela.

—Puede... —dijo De la Cruz—. Aunque no sé... La verdad es que yo no me acercaría ni a los machos ni a las hembras. Una cornada de cualquiera te hace un segundo agujero en el culo.

—En serio, tío, callaos de una puta vez —terció Mallea.

Hasta que, de pronto, se le ocurrió una idea. Estaba en el aire, le rondaba desde rato atrás, pero hasta ahora no había tomado forma clara. Veamos, ¿qué se les daba de maravilla a los españoles? Mejor que a nadie en el mundo. Algo que ellos sabían hacer no ya porque alguien se lo había enseñado, sino porque nacían con la habilidad insertada en lo más hondo de sus caracteres. ¿Cuál había sido la clave exacta que les había dado el dominio absoluto de la América entera? ¿Cuál?

El saber dar por culo como nadie. No existía una sola nación capaz de liarla tan parda como lo habían hecho ellos. En serio, piénsalo. ¿Podrían los ingleses, o los franceses, o los holandeses, o di tú quiénes, enredar a decenas de naciones indígenas, a miles y miles de reyes, reyezuelos, principillos, jefecitos y emperadorcetes, a centenares de miles de almas cándidas y no tan cándidas, en la mayor engañifa que ha conocido la historia? Los españoles llegaron aquí, dijeron que todo esto les pertenecía y a los demás no acabó de parecerles una mala proposición. Y a los que les pareció, se los convenció por las buenas o por las malas. Teniendo en cuenta que, cuando de por las malas se trataba, siempre hallaban a alguna nación oprimida dispuesta a batirse el cobre por poderes. Vais vosotros, os matáis en el campo de batalla y luego, cuando tengamos un ratito, nos acercamos nosotros y rematamos el asunto.

Los escanjaques eran tres mil. Los españoles, cinco, de los cuales uno estaba cojo, otro se había amputado un dedo a sí mismo y ninguno de ellos destacaría jamás por su brillantez mental.

Y, sin embargo...

Sin embargo, abastecerían de carne a la expedición española. ¿Cómo?

Así.

Mallea, para sorpresa del resto, comenzó a caminar en dirección al lugar donde los escanjaques se hallaban cazando. Tenían a sus propios hijos junto a ellos, les estaban enseñando la segunda cosa más importante que debe saber un guerrero indio tras desollar vivo al enemigo. Se trataba de un momento delicado, peligroso, en el que cualquier mal gesto podía tener consecuencias fatales. Pero la vida es dura y la del guerrero norteamericano más.

Bien, pues en tal tesitura, un español con el pelo grasiento y la barba de tres meses esparciéndosele de forma generosa pecho abajo se acercaba hacia ellos y lo hacía ¡silbando! Sí, silbando, porque Mallea, como el que ha salido a recoger un ramillete de flores para llevárselo luego a su amada, silbaba tranquilamente una tonada que improvisaba sobre la marcha. Y es que improvisar sobre la marcha también era un don muy español.

—Me cago en la puta —exclamó Vido, pero sin exclamar. Hacía demasiado calor para que el habla tomara inflexiones.

—¿Qué cojones...? —comenzó a preguntar Varela. Hasta que cayó en la cuenta y añadió—: Ah...

Sencillamente. Ah..., y se puso él también a caminar en dirección a los escanjaques y a la monstruosa manada de bisontes.

—Pero... —dijo Vido. Luego miró a Tavora y a De la Cruz, estos asintieron y comenzaron, ahora ya todos, a caminar.

Durante un minuto, no más, los españoles estuvieron en franco peligro. Y no porque la reacción de los escanjaques fuera a ser de las de echarse la mano a la espada y verlas venir. No, qué va. Los escanjaques no moverían un solo dedo contra ellos porque lo que los escanjaques ansiaban más que nada en la vida es masacrar a los quiviras y, para lograrlo, necesitaban de la ayuda de los españoles. O creían que la necesitaban, lo cual, en la práctica, viene a ser lo mismo.

No, estuvieron en peligro porque nadie en su sano juicio se acerca silbando a una manada de bestias demoníacas a las que el vuelo de un moscardón un poco más gordo de lo normal asusta hasta el extremo de ponerlas a correr durante horas y más horas. Tantas que, cuando sus cabecitas consideraran que el peligro había pasado y que el moscardón era historia, estarían a decenas de leguas de distancia de allí. En el mismo prado, en el mismo llano, en idéntico pastizal, pero donde aún nadie ha ido para ponerle nombre.

No obstante, ahí que estaban los españoles, con el grasiento Mallea a la cabeza, paseándose por donde la hierba no estaba tan crecida. A los escanjaques, cuando los vieron, casi les da un pismo. Algo que, por otro lado, era precisamente lo que pretendían los españoles. De una forma de la que podría decirse que no estaba exenta de poesía, los españoles procedían a tocarle la moral a los tocadores de moral por excelencia: la gran nación escanjaque que vive y caza en los llanos de Quivira.

O cazaba, porque el avance de los españoles interrumpió cualquier intento de cobrarse más piezas.

—Hola —saludó, con una sonrisa en los labios, Mallea. Primero avanzaba él. Para ser el cojo de la partida, se las apañaba a las mil maravillas. Pocos pasos por detrás, Varela. Y, después, algo retrasados y tratando de recuperar el terreno perdido, Vido, De la Cruz y Tavora. Tavora susurraba algo acerca de sus recién adquiridos galones, aunque ninguno de los otros le prestaba gran atención.

Una de las hembras levantó la cabeza, miró a los escanjaques que se hallaban a ni diez pasos de ella y de su cría, y sacudió la testuz. Mugió un poco, volvió a sacudir la cabeza y los escanjaques se quedaron petrificados. Uno de los muchachos, de los chavales que estaban allí para aprender cómo ser un gran cazador, un gran guerrero y, en suma, un hombre hecho y derecho, se orinó encima de puro miedo. La hembra lo tenía enfilado con la mirada y esa mirada es de las de no poder resistirte.

Por suerte, el animal volvió a inclinar la cabeza y continuó pastando. Teniendo en cuenta que se trataba de unos seres inusualmente asustadizos, los escanjaques se dieron con un canto en los dientes y respiraron hondo. Por esta vez, habían salido bien parados.

Giraron, entonces, las miradas hacia los españoles y los observaron acercándose. A Mallea, que sonreía abiertamente, le faltaban varios dientes, lo cual no era impedimento para la alegría.

—Hola —repitió.

Los guerreros escanjaques doblaron las piernas como impulsados por un resorte oculto. Todos al unísono, en ese ballet mágico que solo el horror y el pánico estimulan. Los bisontes estaban a punto de estallar. Y ellos, todos, se encontraban a nueve, diez pasos de distancia. Semiocultos en la hierba, aunque ahí. ¿Pero qué diablos pretendían los españoles?

Ya se ha señalado antes: dar por culo. Hacer lo que se supone que no debes hacer y que a nadie conviene que hagas, ni siquiera a ti mismo. Tanto y en tal manera que quien quiebra el pulso, quien baja la mano, quien se rinde lo pierde todo.

—Ey, tíos, tíos —dijo Mallea deteniéndose a unos pasos de los empavorecidos escanjaques. Todos sudaban la gota gorda, pero los salvajes un poco más. Diríase que solo ellos eran conscientes de lo apurado de la situación. Y puede que hasta estuvieran en lo cierto. O no, puede que no. Los españoles, Mallea sin ir más lejos, sabían que una cornada o una embestida de uno de aquellos animales suponía un hasta aquí hemos llegado. Por supuesto que lo sabían. Pero, de alguna forma, confiaban en su buena fortuna. Y en que, llegada la hora de la verdad, el Señor del Cielo les echara esa mano que hace que, aunque te toque, no la palmes.

O simplemente se trataba de la inconsciencia de quien lo ha visto todo y no tiene demasiado que perder. A saber.

En cualquier caso y fuera como fuera, a Mallea le dio alcance el resto del grupo y ahí estaban los cinco, con los morriones y las armaduras luciendo, brillantes, al inmenso sol de los llanos.

—¿Qué? —preguntó Vido. No alzaba la voz y, así, indicaba a los escanjaques que sabían a qué juego estaban jugando. Eso, y que la mano que les había tocado era la ganadora—. ¿Nos vais a enseñar a cazar bisontes? ¿Con lo que nosotros hemos hecho por vosotros?

—No se les ve con muchas ganas... —comentó, jocoso, De la Cruz.

—Venga, hostias, si a vosotros os da igual —se sumó Varela—. ¿Qué os creéis? ¿Que los españoles no tenemos que llenar la tripa?

—Igual que vosotros, hijos de puta —añadió Tavora. Había subido ligeramente el tono de su voz. Lo suficiente como para que un par de bisontes bufara.

Los escanjaques hablaron, por señas, entre ellos, y comenzaron a sacar de allí a los muchachos. Se trataba de aguerridos guerreros que no temen a la muerte y todo ese rollo que tan bien aprendido tenían los españoles, pero un hijo es un hijo. Y, aunque no lo sea, cuesta demasiado tiempo y esfuerzo sacarlos adelante como para perderlos ahora por culpa de una mala cornada. Malditos extranjeros, pensaron.

Y los malditos extranjeros les leyeron el pensamiento, pues fue el mismo Tavora, ahora sí, plenamente consciente de que estaba tentando mucho a la suerte, quien continuó hablando sin bajar el tono de voz.

—Hacemos una cosa. Nos enseñáis a cazar o nos llevamos vuestras capturas. Elegid, pero hacedlo ya porque no tenemos todo el día para perderlo aquí. Hace un calor de mil pares de cojones, me cago en toda mi vida.

Jusepe Gutiérrez se encontraba en San Mateo, junto al resto de los expedicionarios españoles. Y, de pronto, todo eso daba igual, porque la conversación corría con la fluidez del río Grande tras una semana de lluvias torrenciales.

Un escanjaque asintió. No supieron a qué, pero accedió con tal de que los españoles depusieran su actitud.

—¿Tenéis miedo, hijos de puta? —preguntó Mallea—. Vamos, que solo son unas pocas vacas...

—No te pases, tío —le espetó De la Cruz. No se refería al calificativo con el que su compañero se dirigía a los indios. Eso le daba igual. No es que le diera igual: es que ni se había dado cuenta. Lo que sí comprendía es que los bisontes comenzaban a cabecear más de lo debido. Demasiado. Alguno, más pronto que tarde, se pondría nervioso. Y de los nervios al temor existe un solo paso. El mismo que separa a este del miedo y al miedo del pánico. Entonces, ya serían imparables.

Mallea no tuvo que responder porque el guerrero escanjaque que había asentido lo volvió a hacer. Tenían un acuerdo. Tocaba averiguar si las partes lo cumplirían.

Con paso lento y sin movimientos bruscos, los escanjaques comenzaron a retroceder. Los españoles no fueron tan silenciosos, pues no querían descubrirse tras jugar de farol toda una larga mano. Sin embargo, se alejaron de la manada pisando siempre sobre hierba fresca para que las espuelas no tintinearan y, desde luego, se olvidaron de silbar.

Cinco minutos más tarde, unos y otros se reunieron a una distancia prudencial de la manada. Habría sus buenos ciento cincuenta pasos, puede que más. Desde allí, podían hablar con voz normal sin que esto alertara a los bisontes. Eso hicieron. Hablar y establecer las condiciones de lo que vendría.

—Vosotros nos vais a enseñar a cazar, ¿entendido? —dijo Tavora, asumiendo su papel de hombre al mando. Estiró su brazo derecho hacia el frente e imitó, con el izquierdo, el movimiento de poner una flecha en un arco y tensar el hilo. Hasta abrió los dedos y chasqueó la lengua para darle más empaque a su pantomima—. Lo habéis prometido, tíos. Ahora no podéis faltar a la palabra dada. Eso está muy mal. Pero que muy mal.

El resto de españoles se llevó el puño cerrado de la mano derecha al corazón y lo mantuvo allí durante un rato. Los escanjaques les dedicaron las miradas que acompañan al dicho: si matasen, etcétera. Con todo, transigieron, porque uno de los guerreros tomó un arco y se lo entregó a Tavora. Después hizo lo propio con un puñado de flechas y lo conminó a proceder.

Los españoles, por su parte, no se lo pensaban poner tan fácil.

—¿Cómo va esto? —preguntó Tavora, que tonto era, lo era un rato largo, pero que cuando de mangonear al adversario se trataba, lo iluminaba una lucidez que para sí querrían muchos eruditos que hacían carrera allá, en el sur—. ¿Pongo así la flecha?

La puso al revés, con la punta hacia atrás, y lo hizo tan aposta que el guerrero escanjaque se dio cuenta y le torció el morro. Se estaban enfadando, que era justamente lo que pretendían los españoles. El juego resulta peligroso, aunque, si lo sabes llevar bien, puede dar buenos resultados. Un enemigo enfadado es un enemigo que te puede trinchar a la primera de cambio. Pero también es un enemigo que ha perdido la imprevisibilidad.

El escanjaque hizo algo que jamás habían observado en un escanjaque: sacó el brío que llevaba dentro y que, hasta entonces, les había pasado, por completo, desapercibido. Agarró, de malas formas, la flecha, le dio la vuelta y se la entregó, de nuevo, a Tavora. Dijo algo en jerga y Tavora sonrió, además de asentir.

—Vale, vale, tampoco es para ponerse así...

Los bisontes resoplaban en la distancia y, a ratos, se levantaban rachas de aire caliente y cargado de humedad.

—Vale, de manera que tenso la cuerda... —comenzó a decir Tavora mientras lo hacía.

El escanjaque corrigió la posición de su mano izquierda y Tavora se lo agradeció con un golpe de mentón. El resto de indios y de españoles observaba con curiosidad.

—No sé si voy a ser capaz de atinarle a algo... —continuó Tavora, que tensaba más y más el hilo del arco—. Sí, yo creo que sí. Tampoco es tan difícil...

—Tira más —intervino Mallea—. Si la cuerda no está bien tensada, la flecha no sale disparada.

—¿Tú qué cojones sabrás? —le repuso Tavora sin mirarle. Tenía los cinco sentidos en el arco y sacaba ligeramente la lengua para concentrarse mejor.

—Yo te digo lo que hay.

—Pues mejor te callas, porque me estás poniendo nervioso.

—Venga, intenta darle a un bisonte.

—¿A un bisonte?

—No, a mi puta madre. Pues claro que a un bisonte. Hemos salido de caza, ¿no?

—Sí, pero no sé yo si...

—Tú dale. Venga, que se nos hace de noche.

—Te recuerdo que ahora soy el hombre al mando.

—Dispara de una puta vez, gilipollas.

Tavora lo hizo. Separó los dedos de su mano izquierda y la flecha salió disparada. Había apuntado a un grupo de cinco o seis escanjaques que aguardaba no demasiado lejos de ellos, pero la falta de pericia hizo que no le acertara a ninguno.

—Vaya —suspiró.

—Ahora me toca a mí —dijo De la Cruz.

—Este arco es mío, tío.

—Los cojones. Dame el puto arco, Tavora.

—Aquí mando yo.

El buen teatro, el auténtico teatro, es aquel que ni los que lo propician saben del todo que lo es. Nada, por pura definición, resulta más creíble que lo que auténticamente está sucediendo, ¿no? Por ello, los españoles se deslizaban por el sinuoso camino del sí pero no. Es decir, que discutían medio en serio, se tomaban la conversación medio en broma y todos, sin excepción, sabían cuál era el objetivo final. Sin embargo, habrían sido capaces de llegar a las manos y hacerlo de forma absolutamente convincente porque se estarían sacudiendo de veras.

—Oye, tío —dijo, entonces, Mallea, dirigiéndose al escanjaque que había enseñado a Tavora—. Danos arcos. Arcos para todos. ¿Me entiendes? Ar-cos. Para todos. Queremos aprender a usarlos. Para cazar bisontes. Bi-son-tes.

Silabear con precisión, qué duda cabe, suponía la mejor forma de hacerse entender. Daba igual que los idiomas de los unos y los otros se parecieran tanto entre sí como una espada y una mazorca de maíz.

¿Que no? Pues los escanjaques comprendieron de inmediato. De hecho, de la nada surgieron unos cuantos arcos y un buen montón de flechas. Tenían tantas ganas de vérselas en el campo de batalla contra los quiviras y confiaban tanto en que la presencia de los españoles sería determinante a la hora de conducirlos a la victoria, que habrían caminado sobre brasas si estos se lo hubieran pedido.

Los cinco soldados dedicaron su buena media hora a realizar prácticas de tiro con los arcos y las flechas. Se les daba mal, realmente mal, pero en su favor habría que decir que no se trataba de algo sencillo: un arma es un arma, y ser hábil con ella y acertar a lo que apuntas no es algo que puedas aprender en un ratito. Con todo, los españoles lograron interiorizar los rudimentos de la técnica y pronto consiguieron disparar. Que no es poco.

Apuntar se les daba fatal, aunque no de forma tan pésima como aparentaban. De hecho, siempre afirmaban que estaban intentando hacer diana en uno de los bisontes de la manada, pero,

en realidad, disparaban contra los escanjaques. No hirieron, y mucho menos mataron, a ninguno de ellos, pero no porque no pusieran interés o les faltaran ganas, sino porque los salvajes permanecían muy atentos a las evoluciones de los españoles y esquivaban las flechas según se les acercaban por el aire.

—Perdona, tío, perdona —decía Vido después de que su disparo se hubiera clavado en el suelo a dos pasos de donde se hallaba un guerrero—. Qué raro, yo apuntaba a los putos bisontes. ¿Seguro que este arco está bien?

Erraban tanto y tan de continuo que los escanjaques comenzaron a sospechar que los españoles lo estaban haciendo aposta. Nadie podía ser un tirador tan lamentable. No, al menos, entre la población escanjaque. Claro que, tratándose de los extranjeros, a saber...

Los extranjeros, efectivamente, no sabían y preferían no saber porque, y eso sí que lo sabían, la ausencia de conocimiento o su simple fingimiento conlleva, a medio y largo plazo, muchos más beneficios que quebrantos.

Al final, los escanjaques comenzaron a impacientarse. O se hartaron de esquivar las flechas españolas, que viene a ser algo parecido. Así, uno de los guerreros que había dirigido la caza dijo que hasta ahí habían llegado y que la instrucción quedaba zanjada. Los españoles ya no podían aprender más, al parecer. Por gestos, indicaron que se aproximarían, de nuevo, a la manada y que comenzaría, de nuevo, la caza del bisonte. Se aproximarían todos, españoles incluidos.

Tavora asintió en nombre de los cinco y, ahora sí, avanzaron sin tonterías. ¿Fue la primera vez que un grupo de hombres blancos disparaba con arcos? Pues si no fue la primera, poco le faltaba. Lo hicieron, vaya que si lo hicieron, y antes que muchos y porque allí estaban y les dio la gana.

Varela, Mallea y Vido caminaban en un grupito de vanguardia, junto a media docena de escanjaques. Ya no había críos, o los críos eran ellos, que tanto da. Detrás, a unos seis o siete pasos de distancia, De la Cruz, Tavora y cuatro guerreros más cerraban el grupo. Todos se agazapaban entre las hierbas, aunque para los salvajes, que caminaban prácticamente desnudos, resultaba bastante más sencillo. Los españoles, como casi siempre, hacían lo que podían: las corazas les impedían inclinarse hacia delante y los protectores de cuero en las rodillas y las altas botas no ayudaban a la hora de flexionar las piernas. Sin embargo, se las arreglaron, también como casi siempre. Los escanjaques les indicaban por señas que se agacharan más y ellos les devolvían una sonrisa. ¿Acaso se pueden hacer las cosas de otro modo? Sí, pero no merecería tanto la pena.

Los españoles habían decidido abatir cuatro piezas. Ello suponía carne de sobra para alimentar a la expedición, pero la disponibilidad de los escanjaques la tenían a su favor y esto era algo que no desaprovecharían. Además de cazar los bichos, tenían que acarrearlos hasta San Mateo. Y ¿qué mejor que de ello se ocuparan los indios? Si no les había importado que los usaran de diana para sus prácticas de tiro, menos les importaría despiezar los bisontes, echarse los pedazos de carne al hombro y caminar hasta San Mateo. Qué menos, después de lo que os llevamos aguantado.

Encontraron serena a la manada. Al menos, a juicio de los españoles. No obstante, los escanjaques, mucho más habituados a hallarse cerca de los descomunales bichos, hablaron entre sí y mostraron rostros circunspectos. No, no las tenían todas consigo. Los bisontes no estaban nerviosos, pero tampoco tranquilos.

Al lío.

Mallea fue el primero que se puso tieso junto a la manada y el primero en poner una flecha en su arco. A su lado, Vido y Varela le imitaron. La técnica de los escanjaques, ellos la habían observado con sus propios ojos, tenía más que ver con la precisión que con la profusión. Los españoles, que con el arco se mostraban poco más que torpes, prefirieron disparar mucho y al bulto, y encomendarse a la Virgen del Santo Rosario, que, para estos asuntos de la caza y el alimento, les iba como la seda.

—Apuntamos los tres al mismo —indicó Mallea.

—¿El que está enfilado hacia nosotros? ¿El de los cuernos grandes? —preguntó Varela.

Tres cuartas partes de los animales que tenían frente a ellos respondían a esa descripción. Pero Mallea no se lo pensó dos veces.

—Ese, sí —respondió.

De la Cruz y Tavora se sumaron al trío y protestaron.

—Podíais habernos esperado, hijoputas... —espetó el primero.

—Espabilate, tío —se defendió Mallea—. ¿Estamos a lo que estamos o qué?

—¿Pero tú de qué cojones vas, muchacho? —se enfadó Tavora—. Ahora mismo agarro y...

—Y me comes la polla, idiota —cortó Mallea—. Venga, cállate de una puta vez y pon una flecha en tu arco. Vamos a por ese macho de ahí.

—¿El que nos mira de frente?

Y a doce pasos de distancia. Los españoles hablaban demasiado alto y solo los escanjaques parecían estar dándose cuenta de ello. Los bravos guerreros que pretendían exterminar a la todopoderosa nación quivira se acuclillaban tanto que la hierba casi los ocultaba por completo. Ja.

—Sí, ese. Venga, a la de tres, disparamos todos a la vez —explicó Mallea.

—Tengo una pregunta —dijo Tavora.

—Hostia puta... —rezongó Mallea.

—Es que no sé a qué parte del cuerpo hay que apuntarle.

El bisonte elegido por los españoles tomó aire y soltó un bufido que heló la sangre de los escanjaques.

—Eso no me ha sonado nada bien —sentenció Vido.

—Creo que nos va a embestir —dijo Varela.

—No seáis maricas —repuso Mallea mientras levantaba el arco y, con la flecha en él, tensaba la cuerda—. Venga, apuntad al corazón.

—¿Dónde coño tiene el corazón esa bestia? —preguntó Tavora.

—Es una vaca, tío. ¿No sabes dónde tiene el corazón una puta vaca?

—Pues no. Yo qué sé, no soy ganadero...

—Pues más o menos por la parte delantera. Lo que viene siendo el pecho o así...

—De acuerdo, entendido.

De pronto, el bisonte se hartó de que aquellos cinco hombres que brillaban al sol se interpusieran entre él y el horizonte. O, simplemente, tuvo miedo y reaccionó de la única forma en la que sabía hacerlo: inspiró, bufó y, después, para sorpresa de todos, emitió algo muy parecido al rugido de un puma.

—Hostias, que nos embiste —dijo Mallea con esa manera de exclamar sin otorgar inflexión alguna al tono de voz.

—A tomar por culo —dijo Vido y soltó su flecha.

Se encontraban a doce pasos y con el bisonte situado de frente. Vido habría realizado..., ¿cuántos? ¿Cinco o seis disparos con anterioridad a este? Un más que corto entrenamiento, en cualquier caso. La flecha surgió con fuerza del arco del soldado español y, aunque llevaba una trayectoria demasiado alta, se clavó en la giba del gran animal. Al menos, impactó en él. No todos, viendo el disparo, habrían apostado un par de pesos por ello.

Al escanjaque que todavía no se le había encogido el alma, se le encogió ahora. El bisonte, pesado, lento y decididamente enfurecido, comenzó a trotar hacia los españoles con intención de arremeterlos.

—¿Para qué te adelantas, Vido? —preguntó Varela—. Me cago en Dios, que se viene a por nosotros...

—Venga, calma, calma —trató de poner orden Mallea—. A la de tres. Una, dos y...

Los españoles apuntaron al gran bisonte que, gracias a Dios, se movía despacio y con evidente torpeza.

—Tres.

Las flechas salieron de los arcos de los soldados e impactaron en el descomunal corpachón del bisonte. Lo tenían a unos cinco pasos de distancia cuando lo hicieron, de manera que quizás no debería atribuírseles demasiado mérito: lo difícil habría sido errar. Fuese como fuese, el bisonte bufó largamente y dobló las patas delanteras. Ninguno de los españoles juzgó que aquel suponía un buen momento para volver a poner otra flecha en el arco y se limitaron a quedarse mirando. El bisonte tenía cinco flechas clavadas en el cuerpo y una de ellas había penetrado en su enorme cabeza a través del ojo izquierdo.

—La de la cabeza es la mía —dijo De la Cruz.

—Por los cojones es la tuya —repuso, ceñudo, Tavora.

—Es la mía sin la menor duda —no se arredró el otro.

—Tú no le darías ni a...

Entonces, el bisonte realizó un gesto inesperado. Se dejó caer de lado sobre la hierba y, tras apoyarse en sus cuartos traseros, volvió a estirar las patas delanteras y a ponerse en pie. Resoplaba en lo que parecían sus últimos estertores y hasta se tambaleó un poco. Con todo, tenía la mirada del único ojo que conservaba fija en el grupo de españoles.

—Tranquilos, está muerto —aseguró Varela.

El bisonte renqueó y dio un paso al frente. Las flechas clavadas en su piel le daban un aspecto que a los españoles no les dijo nada, pero que a los escanjaques debió de parecer la materialización corpórea de algún dios o demonio, pues hasta el último de ellos se puso a rezar con el gesto crispado y la mirada extraviada.

—Si serán maricones... —dijo Mallea volviéndose ligeramente hacia ellos y mirándolos de reojo.

—¿Nadie tiene un cuchillo para rematarlo? —preguntó Vido.

—Yo, pero por los huevos me acerco más a él —sentenció De la Cruz mientras desenvainaba el mismo cuchillo de dieciséis dedos con el que se había amputado el meñique.

—Pareces escanjaque —se rio Mallea. Y, quitándole el cuchillo de las manos, añadió—: Trae, anda, trae... Pero qué puto hatajo de niñas.

Mallea, con su cojera y su inconsciencia, se fue hacia el bisonte y se acercó hasta tenerlo a medio paso de distancia. El tamaño de la cabeza del animal era el mismo que el de la coraza del soldado. Mallea sostenía el cuchillo en su mano derecha, pero usó primero la izquierda para acariciar al enorme bisonte en lo alto de su testuz.

—Bicho —dijo. Fue su manera de expresar reconocimiento y respeto. Después, levantó, sin realizar movimientos bruscos, el cuchillo y se lo clavó, hasta la empuñadura, en el ojo bueno.

El bisonte cayó muerto sobre la hierba.

* * *

Gocotat estaba mucho más cerca de lo que pensaban. Al final, Quivira no se diferenciaba demasiado de cualquier ciudad del mundo: al principio, según llegas, parece que la cosa no va a ser nada que te vaya a sorprender, pero, a medida que avanzas y avanzas, ves que las edificaciones se aprietan más las unas a las otras, que las distancias se acortan, que las orejas se te llenan de sonidos, los ojos de colores, la sesera de movimientos que has de descifrar. Porque en esta ciudad, como en cualquier ciudad, los tipos que la habitan pueden ser lo mejor y lo peor. El truco para sobrevivir está en averiguar pronto la verdad.

Pues sí, hallaron Gocotat a una hora escasa de camino. O, vamos, lo que ellos tomaron por Gocotat. Sí, qué diablos, se trataba del enclave señalado por aquel quivira gordo. No había pérdida, parecía haberles dicho. Seguid, seguid en dirección norte, todo recto, atravesad los arroyos que os topéis a vuestro paso, sudad, sudad como hijoputas, continuad todavía un poco más y ya está: encontraréis el lugar donde tienen preso al español que buscáis.

El asentamiento estaba constituido por las típicas casas de forma cónica en las que hacían vida los quiviras. Las encontraron más grandes y más pequeñas, pero todas se parecían mucho entre sí. No les daba, a los quiviras, por innovar, por buscar otras sendas, otras formas, una nueva manera de construir: eran de sota, caballo y rey. Eso sí, se dieron cuenta muy pronto, allí las edificaciones se contaban no por cientos sino por miles. En un momento de su avance, los españoles atravesaron una loma que, aunque no los levantó gran cosa del llano, sí lo suficiente como para observar a lo lejos y comprender que se encontraban ante palabras mayores.

Ni el adelantado ni el sargento mayor dieron órdenes especiales. Ya venían alertados y advertidos desde atrás, así que cada cual conocía qué se esperaba de él.

—Caramba —dijo Villaviciosa, a modo de simple resumen de lo que todos pensaban. Caramba, qué grande es esto. Caramba, qué repleto de riquezas debe de estar. Caramba, andémonos con ojo porque somos sesenta y dos tíos y aquí viven miles o decenas de miles.

Ciudades tan grandes, ciudades que se extendían tan lejos en el horizonte, las habían visto pocas en sus incursiones continentales. Por no decir que ninguna. En una ocasión, tiempo atrás, se toparon con un poblado comanche verdaderamente grande, pero nada en comparación con esto.

Quivira. ¿Sería Gocotat su capital? Quién podría saberlo... Averiguarían lo que pudieran y, sobre todo, lo que les importaba. ¿Ocultaban allá a un español? ¿Había sobrevivido alguien a la expedición de Humaña y Leyva? Y, en caso afirmativo, ¿podrían rescatarlo?

Se dijeron que sí y continuaron avanzando. Los españoles tenían tanta capacidad para el asombro como para la candidez. Con eso y unas armas a todas luces más que insuficientes, continuaban siempre hacia delante. Se podría decir muchas cosas de ellos y la mayoría no las comprenderíamos. No, porque, en sí y sobre todo, ellos eran incomprensibles.

Y fantásticos.

—Lo de siempre, ¿estamos? —dijo Zaldívar—. La columna de españoles ya había dejado atrás las primeras casas y se internaba en Gocotat. La ciudad tenía una disposición longitudinal, más que nada para aprovechar la ribera de un río, caudaloso a pesar de la época, cuyo cauce ahora ellos remontaban.

Hecho que, por cierto, no les pasó desapercibido.

—Ese río está mal —expresó el capitán Espinosa.

Para entonces, tanto el adelantado, como el sargento mayor, el resto de capitanes y algunos de los soldados más avispados de la partida, ya habían caído en ello. El río estaba mal. O, por ser precisos, el sentido de su cauce. Si el mar del Norte se ubicaba, como no les cabía la menor duda, al norte de su posición actual, las aguas deberían descender hacia allí. Y no, como realmente sucedía, provenir de ese lugar.

—Debe de ser por algún accidente del terreno —zanjó la cuestión Zaldívar.

—Sí, eso debe ser —aceptó Espinosa.

—Yo diría que lo huelo, ¿no? —añadió el capitán De las Casas, más por agradar al adelantado que por otro motivo. Agradarlo no: evitar que la imaginación se le dispersara en cuestiones que ahora no resultaban primordiales para el grueso de la expedición. Allá, la salida al mar le importaba al adelantado y solo a él. Los demás se conformaban con las riquezas más inmediatas: tiaras, gargantillas, diademas, pulseras, brazaletes, argollas, pendientes y ese largo etcétera de enseres que, desde tan lejos, habían venido a buscar.

Oñate no respondió nada. Ni él, ni nadie. Caminaban a través de lo que consideraron la avenida principal de Gocotat y prestaban mucha atención a lo que sucedía a ambos lados del camino.

En primer lugar, y sobre todo, observaron a los quiviras. Había gente por todas partes: mujeres, hombres, niños, ancianos... La mayoría iba y venía, se ocupaba de sus asuntos y prestaba, a los españoles, una atención algo menor de lo que los españoles habrían esperado. Por lo visto, con sus corazas y sus morriones brillando al sol, sus espadas, las barbas y las espuelas, los españoles no parecían nada del otro jueves a la población quivira. Unas gentes que, entiéndase, se movían en completa desnudez. Unas gentes que, atención, no habían visto más mundo que Quivira. Se sintieron, los españoles, un tanto molestos al respecto. Nadie lo mencionó, porque no estaban para menudencias, pero sí que les fastidió un poco no causar mayor efecto entre los quiviras. La entrada en Gocotat fue, por qué no decirlo, un tanto insulsa.

Los ignoraban a su paso y solo, de cuando en cuando, alguna mujer se volvía para lanzarles una mirada que ellos interpretaron de desaprobación. Como si los que caminaran sin ropas fueran ellos, como si ellos tuvieran que avergonzarse de su aspecto, o de sus actos, o de las pretensiones que traían. Y no.

—¿Cómo damos con el español? —preguntó, al rato, el capitán Sosa.

Zaldívar no tenía la respuesta. Si hubieran estado en un asentamiento más reducido, habrían buscado al jefe y lo habrían interrogado. Pero Gocotat era demasiado grande, inabarcable incluso

para sesenta y dos recién llegados que desconocían las costumbres arraigadas, el idioma y hasta los usos cotidianos.

—Yo buscaría la cárcel —aventuró Muñoz. Se había extendido la costumbre de que los soldados abrieran la boca siempre que quisieran. Dado lo significativo del momento, los capitanes hacían la vista gorda. Además, la charla mantenía la moral alta: un soldado que tiene ganas de expresar su opinión es un soldado que todavía está en el camino de ida. Importante, porque los caminos, en las expediciones de conquista, no se hallaban tanto bajo las suelas de las botas como en las mentes de los hombres que los emprendían.

—¿Y cómo damos con ella? —preguntó Ayarde.

—Habría que hablar con alguien, me parece a mí —se sumó el capitán Montesinos a la conversación.

—De acuerdo —intervino, un tanto por sorpresa, el adelantado.

—¿De acuerdo? —trató de confirmar la orden Montesinos.

—Sí, sí, joder, preguntad a alguien —sacudió la voz el adelantado—. No parecen hostiles. Vamos, buscad a alguien e interrogadle.

—A buenas —se apresuró a completar Zaldívar. No es que creyera que sus hombres fueran a liarla a la primera de cambio, pero por si acaso. Conocía bien a sus hombres.

El avance de la columna se detuvo en mitad de la calle. Los sesenta y dos españoles formaban un grupo compacto, cerrado sobre sí mismo, sin elementos dispersos: no solo era más seguro para ellos, sino que no levantaba sospechas en el resto. No hay nada que inquiete más que un montón de tíos caminando cada uno en una dirección distinta. Sabían de expediciones que lo habían pasado mal por internarse en un poblado navajo como el que entra en una casa de putas: cada uno por su lado, sin dejar de fijar la mirada y con esa sonrisa bobalicona en los labios que tan fácil resulta confundir con la perfidia.

—Velarde —dijo Zaldívar.

—A la orden, capitán —repuso el aludido.

—De la Rúa y tú. ¿Veis a esos tres hombres que están ahí delante?

—¿Los que nos miran de frente?

—Esos mismos. Parece que les caemos bien. Y que no son agresivos.

—No lo parecen, no, capitán.

—Pues acercaos los dos y preguntad por el español.

—¿En qué idioma, capitán?

—En el nuestro. Y haced señas. Las señas siempre ayudan.

—A la orden, capitán.

—Y no miréis a las mujeres.

—Es que van desnudas, capitán. Y algunas son muy guapas.

—He dicho que no las miréis. Os corto los cojones si, por mirar a una mujer, nos metemos en un lío.

—Se hará lo que se pueda, capitán.

—Habrá mujeres de sobra cuando regresemos ricos a casa. Piensa en eso, Velarde.

—Lo intentaré, capitán.

—Andando, pues.

Los dos soldados se separaron del grupo y avanzaron en dirección a los tres quiviras. Sabían cómo moverse: despacio, con los brazos separados del cuerpo y una sonrisa en los labios. Ir en son de paz es más una actitud que un propósito. Demostraban que así iban con todo su corazón. Después, que fuera lo que tuviera que ser.

—Hola —saludó De la Rúa.

—Hola —repitió Velarde. Sonreía. Sesenta hombres observaban, expectantes, a sus espaldas. Ellos no sonreían. Se encontraban a quince pasos de distancia y lo desconocían todo acerca de su futuro inmediato. En cinco minutos, podrían ser inmensamente ricos o estar muertos. Y, sin embargo, miraban fijamente a tres indios desnudos. Sin sonreír, pues la expectación y el asombro casan mal con la sonrisa.

Para sorpresa general, los indios correspondieron al saludo. ¡Correspondieron al saludo! Maldita sea, habían tenido que atravesar, de extremo a extremo, la Norteamérica entera para hallar a tres indios cordiales. Virgen santa.

—Buscamos a un español —dijo De la Rúa señalándose a sí mismo y abriendo mucho los ojos. Suponía que abrir mucho los ojos ayudaba a la comprensión.

—Nosotros somos españoles —aclaró Velarde, quien también se tocó la armadura.

—Español —resumió De la Rúa—. Español.

—Español —confirmó Velarde.

Los tres quiviras contemplaron a los dos soldados. Después, se miraron entre ellos y charlaron un rato en jerga. No parecían guerreros o, al menos, no guerreros temibles. Tenían una edad incierta, puede que entre treinta y cincuenta y tantos años, y no se les notaba especialmente fornidos ni dotados para la guerra. Parecían sanos, bien alimentados, satisfechos con la vida que llevaban. Como la inmensa mayoría de quiviras con los que se habían topado, por otra parte.

—Humana —dijo, al rato, uno de los tres quiviras.

—¡Humana, sí! —repuso, alegre, De la Rúa.

—Humana —repitió el quivira.

De la Rúa no lo corrigió y se limitó a asentir con la cabeza. Parecía que los pueblos de esta parte del continente tenían alguna dificultad para pronunciar la letra eñe. Sería a causa del clima, probablemente.

El quivira, entonces, lanzó una larga parrafada que los españoles no comprendieron en absoluto.

—¿Qué ha dicho? —preguntó, desde atrás, un soldado de entre el grupo que permanecía expectante.

—No le han entendido —le respondió otro.

—Joder con los putos indios...

—Deberíamos haber traído a Jusepe.

—Silencio.

Había sido el capitán De las Casas el que había hablado. Necesitaban estar con los cinco sentidos en la conversación que Velarde y De la Rúa mantenían con los tres quiviras.

—¿Humana? —preguntó, una vez que el quivira hubo dejado dicho todo lo que quiso, De la Rúa.

El interrogado se señaló a sí mismo y, a continuación, un lugar indeterminado entre las casas. Añadió algo que De la Rúa y Velarde interpretaron que estaba relacionado con la distancia que

había entre el lugar en el que se hallaban y aquel al que debían ir para encontrarse con el español.

—Creo que se ofrece a llevarnos —aventuró Velarde.

—¿Tú crees? —preguntó De la Rúa.

—Se ha llevado un dedo al pecho. Yo diría que sí —respondió Velarde.

—Pues vale —zanjó el asunto De la Rúa. Se giró en dirección al grupo y añadió—: Adelantado, creo que lo tenemos.

* * *

Como habían planeado, los cinco soldados que cazaban en las inmediaciones de San Mateo terminaron por abatir cuatro bisontes para la cena. Habían experimentado dificultades con el primero, pero, una vez cogido el tranquillo, la caza del bisonte era solo cuestión de ponerse. Para hacer honor a la verdad, habría que añadir que los escanjaques, pasado el estupor inicial ante el imprevisible comportamiento de los soldados españoles, decidieron que, con tal de no volver a verse en la tesitura de tener que lanzarse al suelo para evitar la embestida de un bisonte encolerizado, preferían arrimar el hombro y ayudar en la cacería. Los españoles fingirían que su participación había sido poco más que anecdótica, pero lo cierto fue que ellos les remataron a uno de los animales y abatieron, directamente, el tercero que les faltaba para sumar cuatro.

Como unos señores. Esa noche, se cenaría caliente en San Mateo.

Los españoles, claro. Y ahí se originó el desencuentro. Que no fue gran cosa, pero que fue. Los escanjaques opinaban que ellos hacían mucho por los españoles y que, en consecuencia, los españoles debían corresponderles de alguna manera. Y no de cualquiera, sino de esa que a ellos más les interesaba: querían permiso para entrar en San Mateo e instalarse en las casas vacías que habían dejado atrás los quiviras. Después de saquearlas por completo, desde luego.

Los cinco españoles, en el camino de regreso al campamento y con los bisontes ya despiezados y a hombros de los más fornidos entre los fornidos guerreros escanjaques, se negaron en redondo. De hecho, se rieron abiertamente de la propuesta. Les dijeron a los escanjaques que podían meterse su propuesta por donde mejor les cupiera, que, en lo que a ellos respectaba, los indios solo entrarían en San Mateo por encima de sus cadáveres. Por supuesto, los escanjaques no comprendieron la literalidad de cada palabra, pero el mensaje resultó meridianamente nítido. Solo hacía falta observar la frustración en el rostro de los salvajes para darse cuenta de que así era. Lo cual tenía, si se quiere, hasta su gracia: los escanjaques podrían haber tomado San Mateo en cualquier momento y, sin duda, por encima de los cadáveres de los españoles. Cinco soldados medio tontos, diez frailes con espuelas y unas cuantas decenas de mozos y sirvientes no constituían adversario para los tres mil escanjaques que acampaban a las afueras de San Mateo. Sin embargo, estos continuaban confiando en llevar hasta el final sus planes de aniquilar la Quivira entera. Y, para ello, contaban con los españoles, con sus caballos, con sus corazas, sus armas y su absoluta y crucial predisposición para la guerra. Aunque, por el momento, los españoles no tuvieran un solo caballo, parte de sus armas había sido robada y la idea de luchar al lado de la nación escanjaque ni se les pasaba por la cabeza. Hasta cinco idiotas como De la Cruz, Tavora, Mallea, Vido y Varela se hacían cruces ante la candidez de los escanjaques. Pero, oye, así se fundó un imperio: no serían ellos quienes levantarán la liebre.

Cándidos, un rato largo, pero tenaces en sus intenciones, también. Terminaron por provocarles una jaqueca horrible a los cinco soldados, tal fue la insistencia con la que redoblaron su cháchara. No era no. Eso se entiende en castellano, en escanjaque, en quivira y en cualquier idioma bajo la luz del sol. Hasta los apaches comprendían cuando los españoles sacudían la cabeza. Acto seguido se les lanzaban al cuello con el propósito de rajárselo, pero entender, lo que se dice entender, entendían. Ni un solo pueblo norteamericano tenía los problemas de comprensión de los que hacían gala los escanjaques.

Y atención, que los españoles temían más a las jaquecas que a los bisontes enloquecidos. ¿Por qué? Porque un bison te mata o no te mata, y tú con eso ya cuentas antes de salir de casa y dedicarte a esto. Pero el dolor de cabeza te vuelve loco. No permite pensar, te quita el apetito, te desmoraliza y hace que te entren ganas de cavar un agujero, meterte dentro y rogar a alguien que tenga la bondad de echarte la tierra encima.

Pese a ello, los escanjaques insistían e insistían.

—No veo el momento de llegar y tumbarme un rato en la oscuridad de una de las casas — dijo Varela, quien se masajeaba las sienes con los dedos pulgares.

—El sargento mayor ha dejado dicho que no toquemos nada —le repuso De la Cruz.

—Me trae al paio lo que haya dicho el sargento mayor. Si no descanso un rato, este dolor de cabeza no se me pasará en días. Que me conozco...

—El sargento mayor dijo que...

Caminaban despacio en dirección a San Mateo. De hecho, no se encontraban ya demasiado lejos. Una larga comitiva abierta por la veintena de guerreros escanjaques que se ocupaba de acarrear las formidables piezas de carne, los seis o siete guerreros que parecían mandar sobre el resto, los cinco españoles y su mula, que venía tan ancha. Tavora y Mallea se habían desprendido de sus morriones, algo que les habría supuesto un castigo inmediato si el sargento mayor o alguno de los capitanes los hubiera descubierto. Pero se acercaban a San Mateo y no parecía haber movimientos extraños, así que se permitieron la pequeña indisciplina. A fin de cuentas, Tavora era el hombre al mando y él había sido el primero en desprenderse de su morrión.

A escasos pasos de San Mateo, apareció el jefe Gregorio junto a cuatro de sus hombres de máxima confianza: Casco, Lute, Bernardo y El Pequeño. Los guerreros escanjaques se apartaban a su paso. Mostraban respeto, y hasta una cierta sumisión. Los cinco soldados españoles los vieron acercarse y la jaqueca se les agudizó:

—Joder, lo que nos faltaba... —refunfuñó Varela.

Tavora y Mallea se encasquetaron, de nuevo, los morriones. Existen muchas formas de encasquetarse un morrión, pero podrían resumirse en tres: la primera de todas es la más ligera, la de andar sin prisa, la que cualquier soldado elige para cubrir el expediente y poco más; la segunda es la oficial: el morrión ha de ir bien sujeto al cráneo y no ha de deslizarse hacia ningún lado, amén de proteger lo que en lenguaje de andar por casa se denomina la tapa de los sesos; y, por fin, existía una tercera manera de encasquetárselo, que es la que Tavora y Mallea acababan de elegir: tan abajo el borde del casco que las orejas se desplegaban hacia fuera como si de un par de minúsculas alas se tratase.

En términos generales, los capitanes podían llamar la atención a cualquier soldado que no luciera el morrión según el protocolo oficial. En términos particulares, el protocolo oficial saltaba por los aires cuando se hallaban a un millón de leguas de casa y eran cinco contra tres mil.

Los españoles observaron a la oficialidad escanjarque con mirada farolera. En serio, si alguno de los cinco caía un poco más hondo en el agujero de su propia estulticia, olvidarían que, para caminar, primero hay que poner un pie delante y el otro, después. Pero la españolidad la llevaban de cuna, así que sabían que cuando llegaba el enemigo, el adversario, los ingleses, los franceses, los escanjarques, los navajos, los comanches, los apaches, los holandeses, los portugueses, los aztecas, los mayas, los irlandeses y la puta madre que parió a la parte del mundo que no hablaba en cristiano, uno debía poner cara inexpresiva y arrear con ello aunque le abrasaran las plantas de los pies con hierros candentes.

Ergo en esas estaban. Y como Dios dicta.

—¿Qué pasa? —preguntó Tavora, hombre al mando.

Si los españoles se comportaban, cuando tocaba, como auténticos españoles, los escanjarques no se quedaban atrás: a salvajes norteamericanos no los ganaba nadie y dejaron la pregunta de Tavora sin respuesta. Hecho que, dicho sea de paso, desquiciaba a los españoles. ¿No puedes responder? ¿Qué pasa, que no merecemos escuchar lo que tienes que decirnos? ¿O acaso no somos merecedores de que tú, oh gran jefe de los cojones, abras la boca y te dirijas a nosotros en tu ininteligible jerga?

—Te pregunto que qué pasa —repitió Tavora. Miraba directamente a los ojos del jefe Gregorio. Un poco más farruco de la cuenta, aunque no lo suficiente como para que uno de los capitanes, de hallarse a su lado, lo reconviniere y lo llamara al orden. Estaba bien así, qué diablos.

Al final, el que quiere algo lo dice. Más tarde que temprano en las naciones que usan la pausa y el silencio como parte de su argumentación, pero lo hacen. Si tú quieres entrar en San Mateo y campar a gusto por entre sus calles, has de decirlo. Y eso hizo el jefe Gregorio. Los españoles le entendieron a la primera, pero fingieron que no. El adelantado estaría orgulloso de ellos.

—Quieren que les dejemos avanzar —dijo Vido en voz baja y sin mover una sola pestaña más de las necesarias.

—Sí —confirmó De la Cruz.

—Estamos de acuerdo en que aquí se cumplen las órdenes hasta el final, ¿verdad? —expresó Tavora.

—Claro, tío —confirmó Mallea. Lo dijo completamente en serio, lo cual no fue óbice para que añadiera—: Solo son tres mil.

—Los tenemos en nuestras manos —bromeó, evitando estirar los labios más de lo necesario, Varela.

—Sin la menor duda —rió, en seco, Vido.

Se habían situado ya a las puertas de San Mateo. Los cinco soldados se encontraban a unos treinta o cuarenta pasos de distancia de los españoles que ocupaban el campamento de la expedición. Parecía que habían estado reuniendo leña y que el Sagrado Corazón había sido cambiado de sitio. Tavora recordó que los frailes le habían pedido permiso para hacerlo y que él se lo había concedido sin dudar. Ahora, la escultura ocupaba el centro de lo que ellos habían comenzado a llamar la plaza del pueblo, y que no era sino un espacio más o menos abierto entre un grupo de casas más o menos distantes las unas de las otras. Sin duda, los quiviras darían alguna utilidad a aquel lugar, aunque los españoles desconocían por completo de qué se trataba.

Los guerreros escanjaques que cargaban las piezas de carne provenientes del despiece de los bisontes cazados por los españoles las dejaron en el suelo. Las soltaron, más que dejarlas. El gesto no pasó desapercibido para los españoles.

—Parece que se han cabreado —dijo De la Cruz.

—Un poco, sí —repuso Tavora.

Entonces, Bernardo y Lute dieron unos pasos hacia el frente y trataron de superar la posición de los cinco españoles. En términos precisos, pretendían entrar en San Mateo.

El jefe Gregorio observaba sin moverse y el simple hecho de hacerlo denotaba aquiescencia. Los soldados no dudaron de que lo traían hablado. Ni siquiera a ellos, a cinco tíos a los que habían dejado al cargo del pueblo no por sus dotes militares sino por todo lo contrario, se les escapaba que los escanjaques se disponían a ejecutar un movimiento importante. De ellos cinco dependía que lo consiguieran o no lo consiguieran.

—Quieto —dijo Varela. Solo se movió un poco para interceptar, con su cuerpo, el avance de Lute.

—Eh, tú —soltó, a renglón seguido, Mallea, e hizo lo propio para frenar a Bernardo.

La aritmética, una vez más, se volvió contra los soldados: no es que hubiera más indios que españoles; es que los sobrepasaban de una forma tan abrumadora que ni siquiera merece la pena entrar en ello.

Los escanjaques irrumpieron en San Mateo en cuanto se lo propusieron y los españoles no pudieron hacer nada al respecto. Salvo observar. Y aguardar. Y tratar de intuirles los propósitos.

Con la defensa desbordada, el propio jefe Gregorio comenzó a caminar y accedió al campamento. Miró a los cinco soldados con un aire de suficiencia que estos le habrían borrado del rostro si hubieran tenido arrestos para ello. No los tuvieron y, además, algo les dijo que no habría sido una buena idea. No, en ese momento. Los escanjaques todavía no habían hecho nada.

Serían, en total, unos doscientos. Indio arriba, indio abajo. Se dispersaron por la plaza del pueblo y ocuparon las calles adyacentes. Hasta donde los soldados pudieron observar, evitaron acceder al interior de las casas quiviras y se limitaron, tan solo, a echar un vistazo.

Los frailes, que al parecer habían trabajado en firme a lo largo del día, los miraron con estupefacción. Uno de ellos, un hombre de edad, quizás el más viejo de la expedición entera, se agachaba junto a la figura del Sagrado Corazón y disponía, con gran devoción, un ramo de flores silvestres que él mismo, a buen seguro, habría recogido en los prados cercanos. ¿Puede existir algo más cristiano que poner flores a los pies del Altísimo?

Los escanjaques no lo creían así. O puede que sencillamente buscaran un motivo para que saltara la chispa. Para tensar la situación y ver por dónde respiraban los españoles. Fuera como fuese, un guerrero se acercó al Sagrado Corazón y se dirigió al fraile en jerga. El escanjaque no tendría más de veinte años y le sacaba tres cabezas al curilla. Sin embargo, a este último semejante hecho no le pareció relevante y comenzó a darle explicaciones con la debida paciencia franciscana.

—Esto que tienes delante es una representación de nuestro Señor Jesucristo, que murió por todos nosotros. Ponemos flores a sus pies para honrarlo, ¿entiendes lo que te digo, muchacho?

El escanjaque no dijo ni que sí, ni que no. Se limitó a mirar la escultura y a entornar los ojos. O era idiota, o se lo hacía. Los soldados comenzaron a acercarse lentamente por si se trataba de lo

segundo. El jefe Gregorio, Casco, Lute, Bernardo y El Pequeño, otro tanto. Pronto se formó un corrillo de espectadores bastante peculiar.

—Ojo —se limitó a indicar Tavora.

Los soldados se encontraban a cinco o seis pasos de distancia del fraile y del Sagrado Corazón. El escanjaque, en ese momento, alargó una mano y tocó la escultura. Sin ejercer presión, como el que siente curiosidad y la mirada se le queda corta.

—Cuidado, cuidado, muchacho —comenzó a decir el fraile—. Se trata de una figura muy delicada y la traemos desde muy lejos. Tiene un valor inmenso, muchacho...

El escanjaque, con una mano sobre la escultura de madera, volvió la mirada hacia el curilla. Después, sin más preámbulos, echó su cuerpo hacia delante, flexionó el brazo y, con poco esfuerzo, empujó el Sagrado Corazón hasta hacerlo rodar por el suelo.

Se hizo un silencio absoluto y ni uno solo, ni uno solo de los españoles intercambió miradas. Se quedaron donde estaban y aguardaron.

¿A qué? A que los escanjaques mostraran sus intenciones. Las auténticas, las de verdad. Lo del Sagrado Corazón no había sido sino una fanfarronada que quizás acabara bien o quizás acabara mal.

El fraile se llevó las manos a la cabeza y miró al escanjaque como si no pudiera creer en lo que acababa de ver. El pobre diablo aún pensaba que en el interior del alma de cada hombre subsiste, seas o no cristiano, un hueco para la bondad, la gentileza, incluso la misericordia. ¿No llevaba demasiado tiempo en Norteamérica? Puede, o, simplemente, pertenecía a ese tipo de tíos que jamás acaban de ver la vida por el rabillo del ojo.

—Pero qué has hecho, qué has hecho... —comenzó a decir mientras se agachaba sobre el Sagrado Corazón y comprobaba que, si bien no había sufrido graves daños, sí uno de sus brazos aparecía rajado y dos dedos se habían quebrado por completo—. ¡Madre mía! ¡Madre mía!

En auxilio del fraile acudió el resto de franciscanos y, entre todos, volvieron a poner la escultura en pie. Se afanaban en eliminar los restos de hierba y tierra que habían quedado adheridos a la madera y algunos se pusieron a murmurar por lo bajo.

—¡Indio malo! —soltó uno no pudiéndose reprimir por más tiempo. Se había vuelto hacia el escanjaque, que continuaba allí como si la cosa no fuera con él, y le apuntaba con el dedo tieso. Que sería de muy mala educación y hasta un pecado venial, pero que, dada la gravedad de los hechos presentes, no pudo reprimir.

—Un hijo de puta de los pies a la cabeza —le dijo, por considerar los hechos desde una perspectiva más objetiva, Mallea a De la Cruz.

—Ojo —repitió Tavora.

El escanjaque, entonces, pisó el ramo de flores. Con saña, malintencionadamente, sin disimular en absoluto su intención de herir a los frailes en donde más les dolía.

Al final, el propio Jesús había afirmado que él no había venido a traer la paz sino la espada. Está, lo que son las cosas, en el santo evangelio de san Mateo. Búscalo.

Trajeron, pues, la espada. Tavora, en un gesto largo, lento y desproporcionadamente amplio, tiró de la empuñadura de su arma y la desenvainó cuan larga era. Pesaba tanto como un cordero de cinco meses. Los otros cuatro soldados le imitaron de corrido.

Y el resto de hombres armados. Porque allí, además de los soldados, había diez frailes con espadas al cinto. El adelantado les había obligado a llevarlas desde que, tres meses atrás,

partieran de San Gabriel. Y ahora, en un acto que jamás, jamás, jamás habrían pensado que pudiera llegar a darse, desenvainaron.

—Alta, manténganla bien alta —explicó Vido. Los frailes obedecieron de inmediato. Al más joven del más anciano los separaban casi cuatro décadas de vida, pero ahí estaban, hombro con hombro defendiendo lo único que en verdad merece ser defendido: el amor y el respeto que a nuestro Señor se le debe.

Y también, de paso, sus vidas.

—No os mováis —indicó Varela.

Los soldados formaban la primera línea de contención y, a sus espaldas, unos dos o tres pasos por detrás, los diez frailes protegían la figura del Sagrado Corazón. La traían pintada de negro por deferencia a los indios y para esto.

El aviso de Varela no sirvió de nada. Los escanjaques se acercaron aún más a la posición española. Los rodeaban.

Aunque, al menos, no mostraban armas.

—Jefe Gregorio —advirtió Tavora—. Ordena a tus hombres que se echen hacia atrás.

El jefe Gregorio no se dio por aludido. Los cinco soldados sostenían las espadas en posición vertical y asidas las empuñaduras con ambas manos.

—Las piernas separadas —se volvió De la Cruz hacia los frailes. Sin más dilación, estos obedecieron. Un par de ellos tuvo que remangarse el hábito y dejó a la vista las botas de montar y las espuelas, pero todos cumplieron—. Arriba los filos, que los vean bien.

—¿No me has oído, jefe Gregorio? —insistió Tavora—. Os quiero fuera de San Mateo ya. Ya mismo, ¿me sigues?

Le seguía, aunque fingía que no. Casco y Bernardo se encontraban prácticamente entre los filos de las espadas de los soldados. Lute, por su parte, los había rodeado y se acercaba a los frailes. Allí, todo el mundo estaba harto de ver indios salvajes de la Norteamérica. Pero tenerlos a un aliento de distancia cuando tú estabas con la espada desenvainada... Eso ya no resultaba tan común. No lo era para los soldados y, menos aún, para los franciscanos.

—No flaqueen —indicó De la Cruz. Se giraba con esfuerzo y limitaciones, pues la coraza permitía lo que permitía. Sin embargo, escuchó algunos murmullos que le parecieron rezos y hasta el tintineo de las espuelas: a alguno le temblaban las piernas—. Si sospechan que somos débiles, no tendrán piedad. La clave está en dejarles bien claro que pensamos defendernos.

—Defender al Sagrado Corazón —aclaró uno de los frailes. La voz le brotaba entrecortada.

—Desde luego, desde luego...

—¿Qué hacemos? —preguntó Mallea, comprendiendo que la cosa se estaba poniendo más que seria. Los escanjaques mantenían el desafío y no parecían dispuestos a echarse atrás.

—Aguantad —repuso Tavora. Quien aguanta gana. Si hay un lema español, es este.

—Son demasiados para nosotros —adujo Varela.

—¿Y qué cojones quieres que hagamos? —protestó Vido—. ¿Rendirnos?

No, pero no porque la valentía les desbordara el cuerpo a través de las costuras de la ropa. No se rendirían jamás porque eran conscientes de que, en la práctica, daba igual. Cuando una nación india te rodea con tanta superioridad, tu movimiento solo puede ser uno: mostrar los dientes como si de un coyote acorralado se tratara. Vale, acabarán contigo, te doblegarán, te vencerán, serás carne muerta en cuestión de minutos, pero... Pero un coyote con los cuartos

traseros retraídos, los dientes al aire y gruñendo por lo bajo infunde un respeto al que nadie resulta ajeno. Sois doscientos guerreros. Elegid quién de entre los doscientos se va a llevar una dentellada que le atravesará la carne hasta que el hueso diga basta.

Y parecerá una estupidez. Sin embargo, no lo es. Al final, en la primera línea de batalla, y aquella amenazaba con serlo, cada soldado mira por sí mismo, por su propia vida. Mide, por tanto, los gestos y sus consecuencias. Somos hermanos de sangre y bla, bla, bla, pero que levante la mano quien no desea que la dentellada se la lleve el de al lado.

Esa es la baza que jugaban los españoles. Única, desesperada y, si quieres, hasta absurda. No obstante, las más de las veces funcionaba.

Bernardo se hallaba entre los filos de Vido y Tavora. Su actitud, petulante y jactanciosa, no engañaba a los soldados, que se conocían el juego: debían mantenerse firmes, con las espadas en alto, sin titubear. Si Bernardo quería tocar los huevos, que los tocase. Ellos, los soldados, llevaban media jornada haciéndolo. No pasaba nada por encajar un poco de arrogancia. Los españoles sabían tragarse su orgullo cuando convenía. Y ahora convenía.

Tavora movió ligeramente su espada y rozó, con el filo, uno de los brazos de Bernardo. No se trató de un intento de agresión. Al contrario, fue un toquecito leve, como el que no quiere la cosa. Bernardo, sin despegar los labios, miró primero al filo de la espada y, después, a un Tavora que sudaba a chorros. Tenía la barba empapada y largos mechones de pelo negro adheridos a los pómulos. Si crías a un muchachillo que no quiere dormirse por las noches, adviértele de que un monstruo feo como el culo de Satanás vendrá y se lo llevará salvo que cierre los ojos y se ponga a roncar. Y al monstruo descríbelo como a Tavora. Tu niño se duerme en menos de lo que canta un gallo, garantizado.

Fue en ese momento cuando los acontecimientos se precipitaron. Los soldados lo tenían todo bajo control y Bernardo no pensaba dar problemas. Podían leer tan bien los movimientos de su cuerpo que, para el caso, era como si el hijoputa hubiera abierto la boca y se hubiera puesto a hablar con el mejor castellano de Valladolid. No les atacarían ni les harían daño porque se estaban limitando a mearse mutuamente, a marcar territorios, a señalar que tú eres tú pero yo soy yo. Bah, la consabida altanería de los indios bravos. Todo controlado.

Los soldados conocían al dedillo este proceder, pero los frailes, para su desgracia, no. Y que te pisen las flores jode. De manera que el anciano fraile al que el mal rato no solo no se le había pasado, sino que le había ido a más, dio un paso al frente, dio otro, levantó la espada sobre su cabeza sosteniéndola con ambas manos y, tras proferir un agudo alarido que le surgió desde lo más hondo de sus entrañas, descargó un brutal mandoble sobre el indio Bernardo. Quien, dada la extremada lentitud con la que el frailuco se movía, lo había visto venir y de lejos. Por ello, tuvo tiempo para apartarse y dejar que el espadazo se perdiera, primero en el aire y después en la tierra.

Los cinco soldados, ahora sí, intercambiaron miradas de asombro. Esto sí que no se lo esperaban y el rictus de estupefacción en sus rostros fue inevitable.

—La madre que lo... —comenzó a decir De la Cruz, pero él mismo se interrumpió porque, en el sentido más estricto de la expresión, se había quedado sin palabras.

El franciscano había clavado la punta de su espada en el suelo y ahora se esforzaba por liberarla. No obstante, la espada pesaba un quintal y el pobre tipo no era más que pellejo, huesos

y una ira desbocada que, con todo, no acababa de consumirse. Rabiaba mientras intentaba volver a alzar su espada:

—¡Cabrones...! —exclamó, para estupor general. Los frailes jamás injuriaban ni utilizaban términos gruesos. De eso, bien que se encargaba la tropa.

—¡Jefe Gregorio! —dijo Mallea. O negociaban, o los trinchaban allí mismo—. Jefe Gregorio, esto lo podemos explicar...

—Que nadie baje la espada —advirtió Tavora. Y volviéndose hacia los frailes, añadió—: ¡Las putas espadas! ¡En alto! ¡Que las vean!

—¡Cabrones malparidos...! —continuaba rezongando el fraile que había atacado a Bernardo.

Vido se acercó a él y, usando la mano izquierda, levantó la espada del franciscano. Ahora blandía una en cada mano.

—Atrás, retroceda —le ordenó al viejo.

Este lo miró como si no lo reconociera, hizo amago de protestar y, en silencio, regresó con el resto de frailes.

Bernardo no se había movido. El escanjaque intercambió una mirada con el jefe Gregorio, quien se limitó a quedarse impertérrito. Entonces, en un gesto audaz, Bernardo, ayudado por Lute, Casco y cinco o seis guerreros más, agarró a Mallea, le obligó a bajar la espada y lo arrastró hacia el lugar donde se hallaba la oficialidad escanjaque.

—¡Ayudadme! —gritó, loco, el soldado.

—¡Soltadlo! —mandó Tavora.

—¡Joder, se lo llevan! —aulló Vido.

Había que ser un poco idiota para, de cinco hombres, raptar al cojo, pero los escanjaques eran así: no reflexionaban mucho.

—¡Ayuda! —continuaba gritando Mallea.

Los cuatro soldados restantes dieron un paso hacia delante, se lo pensaron mejor y volvieron a replegarse. Ninguno bajaba la espada y ninguno tenía la menor intención de usarla. Habrían dado lo que fuera para que el tiempo retrocediera un par de minutos, para que el incidente del fraile no hubiera sucedido jamás, para que, en suma, pudieran perpetuar eternamente aquella pose de hombres rudos que no temen a nada mientras nada suceda.

—Qué hacemos —dijo De la Cruz. No se molestó en preguntar, porque sabía, de sobra, la respuesta.

Los escanjaques tiraban de Mallea. Lo sujetaban de los brazos y lo arrastraban por el suelo, pues el soldado había decidido resistirse hasta que no le quedaran fuerzas.

—¡Joder, no me llevéis a mí! —exclamó—. ¡Que soy un tullido! ¡Un tullido, hijoputas...!

—Será cabrón —soltó Vido—. ¡Solo estás un poco cojo, Mallea! ¡No exageres!

—¡Pero haced algo, maricones! —rompió a llorar el otro.

—¿Hacemos algo? —le preguntó, en voz baja, Varela a Tavora.

—¿Y a mí qué me cuentas? —respondió el interpelado, quien bastante hacía con mantenerse en pie y sostener la espada.

—¿Tú no eras el hombre al mando?

—Renuncio.

—No se puede renunciar a eso.

—No, creo que no...

—¿Entonces...?

—¿Dejamos que se lo lleven? Tampoco es que vayan a irse demasiado lejos.

—Me parece una putada para Mallea.

—Hay que cuidar del campamento. Esa es la orden que tenemos.

Mallea no era de la misma opinión. Los escanjaques lo tenían a casi veinte pasos. Desde esa distancia, necesitaba gritar como un descosido para que sus compañeros lo escucharan. Y tenía mucho interés en que lo escucharan.

—¡Hijos de la grandísima puta! ¡Rezad para que estos malparidos me maten, porque, como no lo hagan y consiga liberarme, se lo contaré todo al adelantado! ¡Y entonces veréis!

Varela y Tavora se miraron.

—Este capullo es capaz de hacer lo que dice —expresó Varela.

—No sé yo... ¿Tú crees que el adelantado verá con malos ojos que hayamos defendido la posición? ¿A los frailes? ¿Al resto de hombres? Mira, por ahí detrás debe de estar cagándose de miedo el marino portugués de los cojones. Ese que es tan amiguito del adelantado. Como el marino portugués la palme, el adelantado nos arranca los higadillos, fijate lo que te digo.

—Ahí te doy la razón.

—Porque la tengo.

—De momento, creo que Mallea deberá arreglárselas por su cuenta.

—Tampoco es para tanto. Si ya sabemos todos cómo son los escanjaques...

—Se les va la fuerza por la boca.

—Solo quieren tocarnos los cojones por haberles obligado a cargar con la dichosa carne.

—Y por impedir que penetren en San Mateo y lo saqueen.

—Que es, precisamente, lo que el adelantado quiere evitar.

—No nos conviene estar a malas con los quiviras.

—Ni por asomo. Hemos venido hasta aquí para hacernos ricos.

—Oro y plata quiviras...

—Sí...

Mallea pronto se perdió entre la muchedumbre escanjaque. Creyeron que lo habían amordazado, porque, de pronto, dejaron de oírle chillar. Dio paz, la verdad sea dicha. Porque Mallea era un buen hombre, un compañero sin tacha, un tipo con el que nadie tenía inconveniente en cabalgar, pero, a veces, perdía los papeles y se dejaba llevar por el histerismo. ¿Lo habían raptado los escanjaques? Ya lo liberarían, caray, ya lo liberarían... Que empezara a darles la murga a ellos. Día y noche, como tan bien sabía hacer el puto Mallea. En menos de dos jornadas, lo enviaban de vuelta y con un costillar de bisonte al hombro. Por las molestias.

* * *

¿Fue un alegrón de los de caerte de espaldas? Hombre, pues no. Encontraron al español que los quiviras mantenían preso, pero no fue como si hubieran hallado, qué decir..., una mina de plata. Una de las buenas, de las de veta gorda, de las de topártela y persignarte para dar gracias a Dios. No, el quivira que les había dicho que les llevaría hasta el prisionero español lo hizo, y allá que

se lo tropezaron, ni medio vivo ni medio muerto, aunque sí bastante perplejo y hasta un poco enfadado. Por la tardanza, supusieron.

—Somos españoles —informó el capitán De las Casas.

Seis años, hijos de la gran puta, seis años. Eso fue lo que debió de pensar. Al menos, lo que la mirada que les dedicó dejó entrever. Una mirada larga, cansada, sí, pero con el resentimiento aflorando. Porque, y estas cosas pasan, al español le había dado por imaginarse que sus compatriotas se hallaban, moral y legalmente, obligados a acudir en su rescate. Se creyera o no semejante insensatez, en los momentos iniciales tras el encuentro, actuó como si así fuera.

—Vaya... —dijo. El tipo tenía la piel cetrina y una barba que le llegaba hasta el ombligo. A los quiviras les hacía gracia, así que se la dejó crecer. Al final, cuando eres un esclavo, haces todo lo que está en tu mano para suavizar la situación. ¿Que a esos a los que sirves día y noche tienen a bien considerar un exotismo tu barba? Pues te la dejas crecer cuan larga es. Lo exótico te mantiene con vida, como al que le han traído un pajarillo desde el África tropical y le da de comer todos los días y le cambia el agua del bebedero. Hasta que no has estado dentro de una jaula, no sabes que hay jaulas y jaulas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el capitán De las Casas. Tras él, los sesenta y un españoles restantes observaban con toda la curiosidad de una existencia reunida en un único instante.

—Mi nombre es Bartolomé Martínez de la Peña. Nací hace cincuenta y tres años en un pueblo muy pequeño de la provincia de Huelva, donde mis...

—Vale, vale, entendido —cortó el capitán Montesinos—. Ya lo hemos pillado.

El español los miró. Daba la impresión de que, en ese preciso instante, se fiaba más de los quiviras que de sus propios compatriotas. Llevaba seis años fuera de casa, pero no había olvidado cómo era su gente.

Se morían por preguntarle acerca de las riquezas de Quivira. Lo básico: dónde están y si las hay en abundancia, pero, sobre todo, dónde están. Una vez aquí, no se iban a marchar de vacío, ¿no? Sin embargo, les dio cierto reparo. Un reparo bastante estúpido a verbalizar eso que, esencialmente, constituía el eje principal de la expedición al reino de Quivira. ¿Y si daba mal fario? ¿Y si los quiviras adivinaban sus intenciones? ¿Y si, conocida su suerte, cualquier asunto remoto y, para ellos, incognoscible, salía mal porque, simplemente, podía salir mal?

—¿Cómo te tratan? —preguntó De las Casas.

A cuerpo de rey, estuvo tentado de responder De la Peña. No había más que verlo: tenía la piel cuarteada tras seis años viviendo prácticamente a la intemperie. Aquí, en Quivira, los veranos eran muy cálidos y los inviernos, fríos hasta decir basta. Los salvajes lo hacían trabajar de sol a sol. Le daban de comer las sobras y llevaba puesto el mismo taparrabos desde el día en el que lo capturaron. No había yacido con mujer, no se había bañado y ni tan siquiera le habían dado una tarde libre. Seis larguísimos años sin una sola tarde libre. Para que ahora vengan desde el sur y te pregunten que qué tal. Pues a las mil maravillas, mire usted.

—Hombre... —respondió De la Peña, por decir algo y no entrar en detalles.

—Suponemos que perteneces a la expedición de Humaña y Leyva —preguntó, entonces, Zaldívar. Desde el mismísimo adelantado hasta el último de los soldados, todos observaban sin perder detalle. También se había reunido en torno a ellos un pequeño grupo de quiviras, aunque nadie diría que fueran guerreros, sino más bien tipos desocupados a los que la peripecia del día les interesaba lo suficiente como para dejar de rascarse la entrepierna y acudir a ver.

Tampoco eran, los españoles, tan tontos como para dar por hecho que el peligro había pasado y que, en lo sucesivo, podrían actuar con total libertad. Ni lo uno, ni lo otro. Estaba por ver cómo salían ilesos de Gocotat y estaba por ver si lograban llevarse al prisionero español con ellos.

—¿Han pasado muchas más por aquí? —repuso, jactancioso, De la Peña.

A Zaldívar, aquel tono le supo a rayos. Se habían cruzado la Norteamérica entera, les habían robado los caballos y todavía no se habían hecho con las riquezas que venían a buscar. Así que tonterías, las justas.

—No —dijo el sargento mayor—. No, porque las expediciones sin autorización hacia el norte no son nunca una buena idea. ¿Tenía permiso la de Humaña y Leyva? Déjame que lo piense... Ah, no, ahora que me acuerdo, no lo tenía. Esto quiere decir que nosotros, la puta autoridad del gran Nuevo México, tenemos el derecho y el deber de prenderte a ti, y en general a quien nos salga de los cojones, y llevárnoslo de vuelta al sur para que la justicia actúe.

—Eso suena mal —rechinó De la Peña, quien no abandonaba ese soniquete que tanto desafinaba en los oídos de los españoles. ¿Y por qué lo hacía? Pues por esto—: Suerte con los quiviras cuando les digáis que me lleváis con vosotros.

Algunos soldados se miraron entre sí. Otros tosieron nerviosos. Habían comenzado con mal pie y no parecía que las cosas fueran a reencauzarse. De la Peña había decidido que, de perdidos, al río. Lo único bueno de haberte hecho a la idea de que estás verdaderamente jodido en la vida es que esa asunción te inmuniza contra cualquier amenaza. ¿De cuántas unidades estaba formado el grupo de los recién llegados? Salvo que fueran unos diez mil, con caballos y fuertemente armados, no tendrían ninguna posibilidad contra la infantería quivira. Ninguna quiere decir ninguna. Cero.

No eran diez mil, no: sumaban sesenta y dos, un crío de once años incluido.

El adelantado no había abierto la boca hasta ahora. Observaba al preso español y trataba de sacar conclusiones a partir de su aspecto. Las sacó y, de tan deplorables que eran, comprendió que el tipo no les mentía. Se lo habían encontrado acarreando agua en una especie de tinajas de barro que parecían pesar lo suyo. De la Peña portaba una en cada mano mientras que, a corta distancia, una mujer quivira lo seguía con la mirada. Llevaba una vara y Oñate pensó que todavía no la había usado con De la Peña por deferencia a los recién llegados. Al parecer, ellos también tenían la consideración de pajaritos exóticos, con sus barbas, sus corazas y su hedor a porquería durante tres meses acumulada.

—Vamos a llevarte de vuelta a casa, muchacho —dijo, inesperadamente, el adelantado. De la Peña era algo mayor que él, pero Oñate no perdía ocasión de ser condescendiente en su lenguaje.

El prisionero español lo miró. Vio a un hombre con la barbilla alta y un morrión que costaría más de lo que él había ganado en toda su vida. El adelantado mostraba tanta seguridad en sí mismo que parecía irradiarla. Con su tropilla de medio pelo detrás y a pesar de su absoluta carencia de posibilidades para cumplir lo que prometía, daban ganas, con todo, de asentir y preguntarle cuál era el plan.

—¿Es usted...? —comenzó a decir. Si a alguien le quedaba alguna duda al respecto, esa forma tan española de preguntar sin hacerlo del todo les convenció de que el pobre diablo era, desde luego, compatriota de los pies a la cabeza.

—Juan de Oñate, capitán general y gobernador de Nuevo México. Mando sobre todo esto.

De la Peña no supo si reír o llorar. Si abrazarlo o lanzarle una de las tinajas a la cabeza. ¿De verdad creía este hombre que gobernaba sobre los indios? ¿Decenas de miles de indios? Esto es

Gocotat y nadie sabe qué es Gocotat hasta que ha pasado aquí, como mínimo, uno o dos años.

—Pues ya me disculpará usted —expresó De la Peña—, pero no me suena de nada.

—Han cambiado bastante las cosas desde que tú partiste.

—No se crea...

El adelantado tuvo una intuición. Sintió, en lo más hondo de su ser, que puede que al prisionero español no le faltara algo de razón. Se lo tomó como una advertencia llegada desde muy arriba.

—El caso es que ahora mando yo —dijo—. Y mando también sobre ti, mal que nos pese a todos.

—A mí me da igual, si le soy sincero.

—¿No quieres regresar a casa?

—No van a dejar que usted me regrese a casa, señor.

—Eso ya lo veremos.

—Se lo digo yo, no se tome usted la molestia...

—Te digo que me dejes hacer a mí.

—¿Y por qué da usted por hecho que yo quiero regresar?

—¿No llevas aquí una vida miserable?

—¿Y usted no me ajusticiará una vez de regreso en el sur?

—Debería hacerlo.

—¿Salvo que...?

—Salvo que me eches una mano ahora.

Los dos hombres se miraban el uno al otro. De pronto, la conversación quedó interrumpida porque ya no hacía falta añadir nada más. Las cartas estaban sobre la mesa y boca arriba. De la Peña no se había pasado toda su existencia entre tahúres como para no comprender ahora qué quería el recién llegado. Qué querían todos y cada uno de los recién llegados.

Levantó la mirada sobre el hombro del adelantado y los miró. Él tenía un aspecto lamentable y lo sabía. Pero los hombres que observaba no estaban como para echar cohetes. Al menos, conservaban el brillo de la codicia intacto en los ojos. Algo era algo.

—¿Y qué me dices del mar? —preguntó, al cabo de un rato, el adelantado. Los quiviras ociosos habían desaparecido. De alguna manera, juzgaron que allí ya estaba todo visto y los dejaron hacer. Por unos momentos, los españoles sintieron que el lazo quivira se aflojaba un tanto en torno a ellos. Un gran error por su parte, pero ¿quién no ha dado, alguna vez, un paso en falso?

—¿Qué mar? —devolvió la pregunta De la Peña.

—El mar del Norte. Sabemos que está muy cerca de aquí.

—Jamás he visto el mar.

—Nosotros hemos creído olerlo.

—Le juro que no sé de qué me está hablando.

—¿Has viajado mucho hacia el norte?

—Una vez caminé varias leguas siguiendo el curso del río.

—¿Te escapaste?

—No, por Dios, no... ¿Adónde iba a ir? De aquí no existe forma de fugarse. Solo hay llano en cualquier dirección. Cientos y cientos de leguas de llano. Si fuera más joven, quizás me hubiera

arriesgado, pero a mi edad... A fin de cuentas, tampoco es que me traten tan mal. Humana sí que era un cabronazo de los pies a la cabeza.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Por qué te llevaron al norte?

—Mi amo es lo que nosotros llamaríamos un agricultor. Esta gente cultiva la tierra y lo hace bastante bien. He visto maizales extendiéndose hasta donde se pierde la vista... Total, que hará tres o cuatro años, la cosecha fue de las de llevarte las manos a la cabeza. Sobraba maíz por todas partes y mi amo se fue al norte con la intención de intercambiarlo.

—¿Por qué?

—Porque le pareció una buena idea, supongo. Son gente lista, ahí donde usted los ve...

—Pregunto que por qué te llevó a ti con él.

—Ah, eso... Bueno, tengo un par de brazos, ¿sabe? Y me tienen con ellos para que trabaje. Soy bueno acarreando sacos de maíz.

—Entiendo... ¿Y no viste el mar?

—No, ya le digo que no.

—¿Ni lo oliste?

—Diría que se me ha olvidado por completo cómo huele el mar. Hace tanto desde la última vez que lo olí...

—Supongo que no irías lo suficientemente al norte.

—Fuimos muy al norte.

—¿Y qué hay hacia el norte?

—La gran Quivira, señor, la gran Quivira...

Los hombres que escuchaban abrieron mucho los ojos. En su imaginación, grandeza y riqueza eran dos sinónimos imposibles de dissociar. Como las dos caras de una moneda: existe una porque existe la otra.

—Pregúntele si nos podría guiar hasta allá, adelantado... —dijo un soldado de los del fondo.

No habría hecho falta, pues De la Peña había escuchado perfectamente la pregunta. Sin embargo, el adelantado hizo lo que su hombre le pedía y lo hizo no porque la opinión de su hombre le importara algo, sino porque en su cabeza, como en la de todos, esta era ahora la única cuestión a tener en cuenta: ¿Sabes llevarnos hasta las riquezas?

—Pienso que deberías acompañarnos hacia el norte —dijo.

—Señor... —rumió bien la respuesta De la Peña. Se agarró la barba a la altura del pecho y la acarició largamente. Después, continuó—: Estos hijoputas no me dejarán ir con usted ni aunque se lo ruegue de rodillas.

—A estos hijoputas llevo tomándoles la medida desde hace más tiempo del que tú te crees.

—¿Seis años, señor?

—No tanto, pero tú tranquilo. Acepta mi propuesta: si te vienes con nosotros y nos enseñas el camino hacia la parte del norte que nos interesa, te llevaré de vuelta a casa. Y, una vez allí, te indultaré.

De la Peña soñó, durante un brevísimo instante, que lo que Oñate afirmaba podía ser cierto. Que aquel hombre altivo y poderoso llevaría, hasta el final, su promesa. Sin embargo, se trató de eso, de un instante que, de puro fugaz, dejó en De la Peña un regusto amargo y sutilmente triste.

—No dudo de que pueda indultarme —dijo—, pero estoy seguro de que el resto de asuntos caen fuera de su incumbencia.

Oñate no consideraba que existieran asuntos fuera de su incumbencia. Los relativos al Altísimo, por supuesto, pero ninguno entre los de este mundo. Aquí, él tomaba las decisiones. Que sus fuerzas hubieran menguado, que sus hombres estuvieran agotados y que ahora caminaran a pie no constituían sino detallitos sin importancia. Los tipos como Oñate están a lo que están o se mueren. Destiérrese de esta aseveración toda épica para comprenderla en su máximo esplendor: solo existe un modo de caminar y es siempre hacia delante.

Oñate volvió la mirada hacia la mujer quivira que portaba la vara en la mano. Después, se giró hacia De la Peña y le dijo:

—Te vienes con nosotros. Ahora mismo.

El prisionero, aun sabiendo que no había dejado de serlo, obedeció. En lo que a él respectaba, nada podía empeorar. Los quiviras no imponían castigos o, al menos, cuando los imponían, no resultaban demasiado crueles. Un esclavo útil y trabajando es mejor que un esclavo enfermo o muerto. De manera que lo sacudirían un poco con la vara, lo tendrían a aire y agua durante una semana o diez días y asunto olvidado. Merecía la pena arriesgarse.

—Como diga —repuso dejando atrás las tinajas de barro e incorporándose al grupo de expedicionarios.

Un grupo que, de inmediato, lo absorbió como si de un sorbo de mezcal se tratara. Glup, y De la Peña fue rodeado por decenas de hombres acorazados y dispuestos a presentar batalla por él. No se había sentido tan bien desde hacía, cuanto menos, seis años. O más, pues con Humaña y Leyva había permanecido durante una tirada bien larga y tampoco fue una época en la que la felicidad y la satisfacción lo desbordaran día sí y día también.

Sin embargo, De la Peña no se llevaba a engaño. Conocía demasiado bien a los quiviras como para dar por hecho que, así por las buenas y sin entrar en mayores consideraciones, lo dejarían marchar. Ciertamente De la Peña ignoraba los auténticos motivos que habían impulsado a los quiviras a hacerlo y mantenerlo preso: atraer a los españoles hasta su territorio para vengarse del asuntillo que quedó pendiente desde que Humaña y Leyva masacraran a unos cuantos de los suyos. Lo desconocía, aunque, en lo que a él respectaba, las motivaciones quiviras le traían sin cuidado. ¿Podría ser que los quiviras, una vez alcanzado su objetivo, dejaran ir a De la Peña? Podría, pero también pueden llover ranas y no es algo que veamos a menudo.

De un modo o de otro, el grupo se puso en marcha. Hacia el norte y en formación cerrada, redonda, compacta. Allí, quien más quien menos, cualquiera tenía el miedo metido en el cuerpo. Un miedo al que la codicia y el ardiente deseo de hallar riquezas mitigaban un tanto. Digamos que media parte de sus cuerpos temblaba de terror y la otra media tiraba hacia el frente porque, en esa dirección, estaban seguros, no había sino plata y oro a raudales. Y, claro, al español, y puede que, por qué no, a cualquier ser humano bajo el sol, la avaricia lo impulsa como si del resorte que acciona la vida se tratase.

¿Quién dijo miedo cuando prevemos oro?

Avanzaron, tal cual se ha explicado, durante un buen rato. Conocían las horas y su transcurso y, de hecho, el adelantado y sus capitanes siempre resultaban exhaustivos y hasta quisquillosos en el instante de mencionarlas en sus informes posteriores: a las tres de la tarde, atravesamos un río de aguas deliciosas; a las diez de la mañana, dimos con un bosquecito de lo que nos parecieron

nogales; tres horas antes de la medianoche, detuvimos la marcha con la intención de pernoctar. Honestamente, se lo inventaban todo aunque, sí, sabían del tiempo y de su medida. Sin embargo, ahora, en el corazón de Quivira, había demasiadas direcciones en las que mirar, demasiada inusitada belleza que admirar, demasiados asuntos a los que prestar atención como para andar perdiendo el tiempo con el tiempo.

Olvidaron la noción del mismo. O, por no ser tan severos, dadas las circunstancias, lo suavizaron: las horas se convirtieron en ratos y los minutos, en momentos. Caminaron durante un rato hacia el norte y, por momentos, se detenían a observar esto o lo otro.

Porque esto y lo otro, y a eso vamos, eran dignos de ser contemplados. Definitivamente, Quivira se hallaba atestado de riquezas. Vieron, porque los quiviras no experimentaban el menor temor a su paso y se mostraban tal cual eran, a hombres ricamente engalanados y a mujeres con gran preciosidad adornadas. Si bien los quiviras no daban ninguna importancia a los ropajes e iban, casi de forma mayoritaria, en cueros, sí les preocupaba, y mucho, la ostentación, el alarde y el ornamento. Más las mujeres que los hombres, aunque tampoco vaya a pensarse que las diferencias se aparecían ostensibles: unos y otros, para alborozo de los españoles, mostraban collares que parecían de oro, tiaras que de plata y brazaletes que de bronce. También observaron otros metales que, a simple vista, no supieron identificar. Aleaciones sin duda magníficas de las que habría que aprender y que, desde luego, no despreciarían.

Oh, y piedras preciosas. Las vieron de todos los tamaños y colores. Y, aquí sí que sí, embelleciendo antes los cuerpos de los varones que los de las hembras. Al parecer, al guerrero quivira le tiraba la piedra bonita. Se las ponían en el pecho, o en la cintura, o en los brazos y los antebrazos.

—¿Vamos bien? —le preguntó el capitán Montesinos a De la Peña. Ambos caminaban en el centro del grupo, muy protegidos por tres o cuatro círculos de soldados.

De la Peña, que avanzaba descalzo y al que ya habían pisado en varias ocasiones, se quejó al respecto. No, no llevaban botas de repuesto. Es decir, sí, sí que disponían de ellas, pero en un incidente anterior, los quiviras les habían sustraído los carros donde guardaban los suministros.

—O sea, que avanzáis con lo puesto, ¿verdad? —terminó por preguntar De la Peña.

—Sí, pero se trata de una situación provisional —respondió Montesinos.

Y no había un solo español en aquella expedición de conquista que no pensara, a pie juntillas, que el capitán Montesinos estaba completa y rotundamente en lo cierto. Recuperarían todo lo que les pertenecía y aún más: llevarían hasta el final y con éxito sus planes iniciales. Estaban, de hecho, en ello.

—No sé ni por qué nos están dejando avanzar tanto... —reflexionó De la Peña.

—Traemos con nosotros al adelantado —explicó el capitán Sosa. Lo había dicho como si, tras esa frase, no fuera necesario añadir una sola palabra más.

El adelantado, que, como todos los expedicionarios, la había escuchado, no replicó nada, aunque pensó que convendría estar más pendiente de las indicaciones de De la Peña. A fin de cuentas, el tipo se había pasado los últimos seis años entre los quiviras y ellos, como quien dice, acababan de llegar.

Arribaron a un lugar donde el río formaba un pequeño meandro en el cual los quiviras habían construido lo que los expedicionarios tomaron por una especie de puerto. Muchos de los españoles eran criollos, el propio Oñate sin ir más lejos, y jamás habían visto un puerto de

verdad, pero eso no resultó un problema para dar por hecho que, si algo se parecía a un puerto, debía ser un puerto.

—¿Habías estado antes en este lugar? —le preguntó el capitán Espinosa a De la Peña.

—No, en mi vida —respondió este.

Vieron cómo los quiviras se acercaban a la estructura y trajinaban en ella.

—Deberíamos echar un vistazo —dijo Zaldívar—. ¿Adelantado?

—Sí, vayamos.

La propia lentitud con la que se movían los hacía inofensivos a los ojos de los salvajes. Esa misma lentitud, les daba, a los españoles, la sensación de ser invulnerables a los ataques. Con lo uno y lo otro, se dejaban hacer y, como había señalado De la Peña, hasta más de lo esperable.

El puerto resultó ser un embarcadero, al menos, en apariencia. Los quiviras disponían de unas rudimentarias balsas y las utilizaban para desplazarse río arriba y río abajo. Al menos, en las partes en las que este resultaba navegable. Los españoles, que jamás habían contemplado cosa parecida, se quedaron de piedra.

—Joder... —dijo uno de los soldados, resumiendo así el sentir general.

—Por aquí llevan y traen las riquezas —concluyó otro.

—Mirad, mirad —indicó un tercero. Señalaba a lo lejos y, efectivamente, había qué ver: a una distancia de unos cien pasos, una almadía con dos quiviras a bordo se acercaba hacia ellos dejándose llevar por la parsimoniosa corriente—. ¿Qué es lo que traen?

La expedición se dividía en dos: los hombres con buena vista y los hombres con mala vista. Cuando alguien realizaba una pregunta como esta, los segundos entendían que no iba con ellos mientras que los primeros se aprestaban a otear a lo lejos.

—Un cofre... —dijo alguien.

Una caja de madera tirando a basta, más bien. Eso es lo que traían en la balsa. Y ni siquiera parecía especialmente grande. Pero los españoles, obsesionados con lo suyo, ya habían comenzado a magnificar las cosas. En su descargo, diremos que cualquiera lo habría hecho. Tenían sueños, tenían anhelos, se hallaban en aplastante inferioridad y completamente expuestos a condicionantes que ellos no controlaban ni controlarían jamás. Y, además, les habían robado los caballos, los únicos caballos que podían llevarlos de vuelta a casa. En esta situación, engañarse un poco es la única vía para evitar el enloquecimiento.

—Veamos qué llevan dentro —expresó el capitán Montesinos.

—Quiero que todo el mundo permanezca alerta —ordenó Zaldívar. Más alerta aún de lo que ya estaban, quiso decir.

Los sesenta y tres españoles se acercaron al embarcadero. Una docena de ellos avanzó sobre las tablas y estas crujieron bajo sus botas de montar. Con todo el equipo que llevaban encima, cada hombre pesaba lo que un hombre y medio.

—No sé si esta mierda va a aguantar —dijo un soldado.

—Aguantará —sentenció Zaldívar, incapaz de preocuparse por nimiedades.

—Mire usted, capitán, que, si el suelo cede, el costalazo puede ser de los grandes.

—Cierra el pico y a lo que estamos.

La almadía, por fin, llegó hasta ellos. Uno de los dos quiviras que se encontraban a bordo saltó al agua y, con ella cubriéndole hasta los muslos, condujo la embarcación hacia la orilla. Entonces, desde tierra, varios quiviras se aproximaron con la intención de desembarcar la caja.

No prestaban excesiva atención a los españoles y todo hacía pensar que se limitaban a realizar su trabajo diario: unos, transportar enseres por el río; otros, descargarlos y llevárselos de allí.

—Nos vamos a meter en un lío —advirtió De la Peña.

—¿Por qué? —le contestó De las Casas.

—Porque seguro que el cofre tiene un dueño —respondió De la Peña—. Y seguro que a ese dueño no le hace ni puta gracia que enredemos en sus cosas. Hay quiviras con muy malas pulgas, os lo advierto.

—Solo queremos ver qué hay en el interior del cofre. No creo que sea para tanto...

—¿Qué haría usted si el cofre fuera suyo?

—No es lo mismo.

No lo era, a su juicio. No había dobleces en el discurso de De las Casas ni en el de ningún otro español. No veían por qué no podían averiguar qué contenía la caja y no sentían que, si las tornas estuvieran cambiadas y los dueños de la caja fuesen ellos, una situación y otra resultaran equivalentes.

Cuando los quiviras descendieron la caja y la situaron sobre el embarcadero, los españoles que había sobre él se aproximaron sin titubeos. El adelantado observaba prudentemente desde tierra firme, pero en las tablas se hallaban, además de Zaldívar y los capitanes Sosa y Montesinos, varios soldados, entre ellos Villaviciosa, Muñoz, Ayarde, Montoya, Velarde y De la Rúa.

—Muñoz, Montoya —ordenó Zaldívar—. Abrid la caja.

—Lo que mande, capitán —repuso Montoya. Y tan rápido como lo había dicho, dio un par de pasos sobre las tablas, se situó junto a la caja y se dispuso a deslizar la tapa que la cubría—. Anda, Muñoz, deja de tocarte los huevos y echa una mano.

Quizás fuera el sonido de las espuelas sobre el maderamen. O la actitud española, que ignoró por completo la presencia de los quiviras. O la predisposición un tanto puntillosa de estos a ofenderse por cualquier sandez, lo cual tampoco resultaba descartable... El caso fue que aquello supuso un punto de inflexión en el modo en el que quiviras y españoles se habían venido tratando hasta ahora. O, por ser más precisos, en el modo en el que los quiviras, puesto que los españoles no creían haber variado un ápice su proceder, decidieron, en adelante, tratar a estos. De la indiferencia al zarandeo, resumiendo muy rápidamente.

Cuando Montoya y Muñoz se encontraban con las manos en la tapa que cubría la caja, uno de los quiviras dio un grito que, a oídos de los españoles, sonó imperativo y hasta enojado. Les estaba indicando que cesaran en su actitud, no les cupo duda.

Montoya y Muñoz, atónitos, lo hicieron. Soltaron la tapa de la caja y se incorporaron. Fue entonces cuando el sargento mayor repitió la orden:

—¿Qué hacéis, tarados? ¿No os he dicho que la abráis?

Los dos soldados volvieron a agacharse, volvieron a asir la tapa de la caja de madera y, así y de la forma más inesperada, desencadenaron una serie de infortunios de proporciones bíblicas.

Nunca supieron qué había en su interior. Más tarde, ya de regreso en casa, se lo preguntaron una y mil veces, y era comidilla habitual en las conversaciones de la cantina. De la cantina, y hasta de las cenas familiares en los hogares de los hombres que allí estuvieron presentes. Nos quedó la cosa de saber qué cojones había dentro de la puta caja, decían. Y sus esposas los reprendían por usar aquel lenguaje delante de unos niños a los que los ojos se les abrían como ventanas a la más envidiable de las vidas.

No lo supieron porque, de pronto, cientos de guerreros quiviras surgieron de la nada y los rodearon. Cientos, cientos de ellos y, ahora sí, armados de arcos y flechas, machetes, lanzas cortas y cuchillos de filo de piedra. No venían pintados, pero sí con una expresión hostil en los rostros.

—Desenvainad —ordenó, tranquilamente, el adelantado.

Sesenta y dos hombres realizaron, al unísono, el mismo gesto. Y qué belleza hubo en él, dígame también. Brotaron las espadas de las vainas, el acero respiró el aire cálido de Quivira y que aquí nos las den todas.

Los hombres que se hallaban en el embarcadero retrocedieron y se integraron en el grupo. De la Peña preguntó que si se podía ir, pero nadie se molestó en responderle. Pensaría que todavía estaba a tiempo de solucionarlo con los quiviras. Pensó, pues en su pregunta estaba implícito, que los españoles no tenían ni la menor oportunidad de salir vivos de aquella.

El problema de De la Peña era simple: él jamás había participado en una expedición de fuste. Humaña y Leyva eran hombres de armas, pero como lo puede llegar a ser cualquiera que se lo proponga. Si tienes dinero, terminas teniendo armas. Si tienes ganas y arrestos, te nombras soldado y avanzas en dirección al norte. Sin embargo, no nos engañemos: aquellos desgraciados que seis años atrás llegaron a Quivira no tenían nada que ver con Oñate y los suyos. Nada. Tan distintos como el día y la noche, como el cuervo y la serpiente, como la risa y el llanto.

No era este su último día. Ya está, es tan sencillo como eso. Es tan sencillo como alcanzar una determinación que no se parece a nada. Ellos no morirían ese día, no lo harían a manos de los quiviras, sabían, sabían, sabían sin la menor duda, que sobrevivirían. Que puede que no vencieran, pero que sí saldrían adelante.

Porque sesenta y dos hombres armados y acorazados se disponían a presentar batalla y a hacerlo con todas las consecuencias. Matarían sin titubear a quien se interpusiera en su camino. No habría piedad, no vacilarían, no cesarían, no bajarían las espadas, no distinguirían entre hombres, mujeres o niños.

Los guerreros quiviras comenzaron a cercarlos. La táctica parecía sencilla: los acorralaban junto al río, de manera que los españoles no tuvieran más posibilidad que la de rendirse. La lógica lo dictaba y la oficialidad de la infantería quivira así lo interpretó: los extranjeros se rendirán más pronto que tarde porque atacarnos resultaría suicida para ellos.

En la guerra, como en la vida también, la mejor decisión es siempre la decisión más desconcertante. La que te sitúa en una posición de ventaja, la que tu oponente no aguarda, la que sorprende, la que anula los comportamientos razonables, la maniobra del idiota.

De la Peña volvió a pedir, esta vez medio llorando, que lo dejaran marchar. Pensaba correr hasta el lugar donde se hallaba su amo, postrarse ante él e implorar perdón. Le respondieron que por los cojones. Que allí ni Cristo bendito pedía perdón. Lamentaban no tener una espada para él, pero venían con lo puesto. Precisamente porque los mismos tipos que ahora se les encaraban les habían robado hasta el par de calzoncillos de repuesto. Y hay que ser muy miserable para hacerle eso a un hombre, por el amor de Dios.

—Quietos todos —ordenó Zaldívar.

Para los españoles, esta situación no era inédita del todo. Por supuesto, ellos, en las más de las veces, atacaban o se defendían a caballo. Constituían, en el sentido más estricto de la palabra, una caballería pesada. Sin embargo, no eran raras las ocasiones en las que debían luchar con los pies en tierra. Normalmente, se trataba de pequeñas escaramuzas, de enfrentamientos

improvisados, de un vente aquí que te voy a meter esta espada por el culo. Poco más, en realidad. ¿Se habían defendido, alguna vez, todos juntos y al unísono? Pues puede, pero, de común, la situación tenía poco. Por ello, quizás, que el sargento mayor se tentara la ropa y tratase de pensar. De intuir, más bien. Sí, entiéndase la diferencia, porque resulta crucial. A los españoles, pensar se les daba más o menos bien. Pero intuir, intuir era algo que hacían a la perfección. Tenían un don para ello. Sabían leer en los ojos de los salvajes, conocían la manera de averiguar sus anhelos, pero también sus debilidades, sus expectativas, la flaqueza del hombre que ante ti se muestra fuerte.

Llevaban más de un siglo haciéndolo y todavía pasarían muchos más hasta que alguien comprendiera cómo lo lograron. Cómo diablos aquellos hombres supieron ver tan bien cuál era el punto débil de su adversario. Joder, pero qué buenos eran...

El sargento mayor ordenó que se avanzara hacia la línea enemiga. No podían mantener, de forma indefinida, la posición con el río a sus espaldas. Aquello era una ratonera y el tiempo jugaba a favor de los quiviras, de forma que eran ellos quienes debían forzar los acontecimientos.

—Capitanes —dijo con voz neutra. No levantaría la voz a no ser que fuera estrictamente necesario. Y solo lo sería cuando la batalla estuviera completamente lanzada, si es que finalmente algo así sucedía—. En primera línea, con las espadas hacia el frente.

El propio Zaldívar se había situado en la vanguardia del grupo. Más aún: el adelantado en persona encabezaba la partida. Si los quiviras respetaban el coraje, y los españoles sabían que no existía una sola nación brava en Norteamérica que no lo hiciera, admitirían que el grupo de hombres que tenían frente a sí suponía un enemigo digno. Ojo, muy importante: al enemigo digno no se lo combate de igual forma que al indigno. No, pues el digno dignifica al que lo acomete. Hablando siempre, claro está, de los quiviras. Ellos tenían muy presentes los rituales que acompañaban a la batalla. El rito, la liturgia y la fiereza del contendiente importaban. Y lo hacían porque, de forma directa, todo ello influía en el propio concepto que ellos tenían de sí mismos, el que adquirirían para los demás en ese instante y perduraría en ellos para siempre y hasta más allá de sus muertes. Un gran guerrero es ese que ha luchado contra formidables contrincantes. Que haya salido con vida o no importa menos.

Los españoles no pensaban igual ni por asomo. A ellos les importaba un carajo la gloria y valoraban, sobre todas las cosas habidas y por haber, salir con vida de la encrucijada en la que se hallaban y hacerlo, si aún estaban a tiempo, con el riñón bien cubierto. En San Gabriel, o en Zacatecas, o, ya puestos, en la mismísima Ciudad de México, no había ni un solo guerrero épico. Y si lo había, se trataría de un delirante muerto de hambre que pedía limosna por las esquinas. Un español hecho y derecho era aquel que vivía con arreglo a las leyes, respetando a Dios y al rey, y con tanta comodidad como pudiera permitirse.

Los españoles sabían cómo sentían los quiviras, pero los quiviras no tenían ni la más remota idea de cómo sentían los españoles. ¿Supone una ventaja? Supone una ventaja. Y muy grande.

Determinante.

El avance fue lento, aunque constante. De alguna forma, obligaban a los quiviras a tomar una decisión: o les dejaban pasar, o no lo hacían. A veinte pasos de la fila quivira, que se aparecía gruesa y compacta ante ellos, algunos soldados comenzaron a titubear.

—¿Y si parlamentamos? —dijo León.

—Vale —respondió el capitán Sosa—. Ve tú y a ver qué dicen.

—¿Yo, capitán?

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo o qué?

—Un miedo de mil pares, capitán.

—Entonces cállate y agárrate con fuerza a la empuñadura de tu espada. Es lo único que va a sacarte de esta. Y procura no mearte encima. Debemos parecer temibles.

Durante un minuto o dos, nadie habló. Continuaban avanzando muy despacio hacia los quiviras.

—Lo somos, capitán —creyó oportuno añadir De la Rúa. Que hubieran dejado en suspenso la conversación no significaba que cada uno de los hombres no continuara rumiándola en su fuero interno.

—Sí, mucho —repuso Sosa. La mayoría no supo si con sorna o sin ella.

—Menos cháchara y concentrados —dijo Zaldívar. No se interrogaba a los capitanes en presencia de los soldados, pero el sargento mayor supuso que, por esta vez, se podía realizar una excepción—. ¿Cómo lo ven, capitanes?

—No van a retroceder —sentenció Espinosa.

—No —se sumó Montesinos.

—¿Sosa? —preguntó Zaldívar.

—No —contestó este.

—¿De las Casas?

—No, ni hablar.

El adelantado no separaba los labios. Este trabajo era de Zaldívar y él, mejor que nadie, sabría qué camino deberían tomar.

A doce pasos de las filas quiviras, el grupo de los sesenta y tres españoles se volvió todo lo compacto que podía. No quedaban espacios entre los unos y los otros y los hombres que caminaban en el interior del círculo apoyaban los filos de sus espadas en las armaduras de los compañeros que tenían delante.

Ni un quivira se movía.

—Creo que vamos a tener que luchar —dijo Espinosa.

—Elijamos un punto —sugirió Montesinos. Se refería a que, a su juicio, debían concentrar el ataque en un lugar concreto de la fila enemiga. Los quiviras los envolverían de inmediato y los empujarían por retaguardia, pero quizás les diera tiempo a abrir un hueco en la línea enemiga para, así, atravesarla y conseguir una vía de escape.

—Todavía no —indicó Zaldívar. Tenía la mirada fija en la fila quivira. Buscaba algo. ¿Qué? Él mismo lo desconocía. Algo, lo que fuera. Un gesto, una presencia, una señal. Necesitaban un impulso y lo necesitaban ya.

Volvieron a enmudecer, aunque esto, tratándose de los expedicionarios españoles, era mucho decir. Las corazas entrechocándose producían ruido, lo producían las espadas, las espuelas, hasta los morriones. Llevaban tanto metal encima que ahuyentaban al silencio.

De pronto, Zaldívar lo vio. Fue un tanto fugaz, pues se ocultaba tras varios guerreros, pero estuvo seguro de que se trataba de él. Recordaba perfectamente al jefe quivira que, un par de noches atrás y bajo aquel aguacero infernal, había dialogado con el adelantado. Fue al que Oñate convenció para que no se desatara la guerra contra los escanjaques. ¡Sí, ahí lo tenía! ¡Frente a él! Unos cincuenta años de edad, el rictus impenetrable de los jefes viejos y un penacho atestado de

plumas. Aquel cabrón mandaba mucho y ahora los observaba agazapado entre los guerreros. Vaya, vaya.

Zaldívar intentó algo. Se les acababa el tiempo, de manera que debía arriesgar.

—¡Jefe! —gritó sin alzar, en exceso, la voz. Quería que el tipo del penacho de plumas lo oyera y supiera que lo había descubierto.

—¿Qué sucede, Vicente? —le preguntó, entonces, el adelantado.

—El jefe con el que usted dialogó durante el aguacero.

—Sí, el del collar de huesos.

Ese detalle no lo recordaba Zaldívar. Sin embargo, no se detuvo a discutir.

—El mismo —dijo—. Está ahí delante.

—Hostia puta, es él... —exclamó, sin énfasis, el adelantado.

—¿Qué pasa? —preguntó De las Casas.

—No miréis, no miréis —advirtió Zaldívar—. Que se va a dar cuenta.

—¿Que se va a dar cuenta quién? —volvió a inquirir De las Casas.

—¿Quién ha aparecido? —preguntaron desde atrás.

El grupo avanzaba más y más. Los quiviras no retrocedían ni un palmo. Comenzaban a levantar los machetes y las lanzas cortas. Armas para el cuerpo a cuerpo. Si los españoles no se detenían, habría guerra.

—Adelantado —dijo Zaldívar.

—Qué.

—Todos a la vez. A por el jefe.

—Cuál es el plan.

—Lo agarramos por el pescuezo y nos lo quedamos.

—A ver si así nos dejan tranquilos. ¿Funcionará, Vicente?

—Yo bajaría los brazos si lo capturan a usted, adelantado.

—Gracias, Vicente. No esperaré menos de ti.

—¿Entonces?

—Procede.

—Capitanes, atención... A mi señal.

La hasta ahora lentísima tortuga española, de improviso, arrancó. Los capitanes dieron una orden sorda. Espinosa dijo que a la izquierda, Sosa que a la izquierda, De las Casas lo mismo y lo mismo Montesinos. Como el que no quiere la cosa, para que el jefe del penacho de plumas no se les escurra. Y de acuerdo en que la sutileza no era su fuerte, pero tampoco los quiviras se encontraban habituados a tratar con adversarios como los españoles. Ellos solo se las habían visto con los puñeteros escanjaques, que eran bravos, arrogantes y algo imbéciles, y a los que conocían desde tiempos inmemoriales. Les leían el pensamiento según llegaban corriendo a través de los pastizales. Sin embargo, a los blancos barbudos no acababan de comprenderlos. ¿Quién se pasea por tu casa sin que lo hayas invitado? ¿Quién, por si esto fuera poco, se pone a hurgar en los armarios? Y ahora eran ellos los que les plantaban cara. Puede que hasta ofendidos.

Definitivamente, los españoles parecían estar locos.

Lo cierto era que sí, que lo parecían. Y ellos, los españoles, lo sabían. Suplían su lentitud, incluso la lentitud con la que se movían cuando trataban de ser raudos, con infinitas dosis de

extrañeza. Si ya Humaña y Leyva les parecieron raros a los quiviras, estos recién llegados estaban como para que los dieran de comer aparte.

En esas se hallaban, elucubrando esto y aquello, pensando en que no habían visto nada semejante en sus vidas, experimentando un desmedido asombro y hasta divirtiéndose un rato largo, cuando, de repente, los sesenta y tres españoles alcanzaron un punto exacto de la fila quivira y lo desbordaron. Varios guerreros levantaron sus hachas y las descargaron sobre las armaduras de los soldados de la primera línea de asalto, pero no pasaron de abollarlas un poco. Esas muescas de las que luego el tipo se enorgullece durante años.

—¡Lo veo! —exclamó, ahora sí a gritos, Zaldívar. Los quiviras, al sentirse embestidos, se habían puesto a aullar. Necesitaban, calculó el adelantado, un minuto para organizarse. Un minuto era, pues, el tiempo del que los españoles disponían para llevar a buen término el plan del sargento mayor.

El jefe del penacho de plumas hizo un pequeño amago de ocultarse tras el grueso de la infantería quivira. Un amago porque, en cuanto los españoles lo señalaron, los guerreros quiviras comprendieron quién era el objetivo del ataque. Ello fue el motivo de su perdición. Reconociéndose centro del interés español, el jefe quivira estiró la espalda, adoptó un aire de desproporcionada suficiencia y aguardó, quieto como si le hubieran metido un palo por el culo, a que sus guerreros derrotaran al atacante.

Por desgracia para él, al minuto de tiempo que el adelantado se había dado le faltaban todavía sus buenos cuarenta y cinco segundos. Rato más que de sobra para, una vez rota la línea de defensa quivira, abalanzarse sobre el memo de la espalda recta y agarrarlo por el cuello.

—¡Lo tengo! —gritó uno de los cinco o seis soldados que atraparon al tipo. Atrapar en el sentido más estricto, pues lo habían derribado y ahora lo cubrían desde los pies a la cabeza. La cárcel de metal perfecta, pues no solo no podías evadirte, sino que era capaz de morderte una oreja como patalearas demasiado.

—¡Protegedlos! —ordenó el capitán De las Casas.

Cincuenta y tantos soldados formaron un círculo en torno al jefe capturado y los hombres que lo retenían. Tres guerreros entre arrogantes y despistados se acercaron a los españoles y estos no dudaron en atraparlos también. Les golpearon en plena frente con las partes planas de las hojas y los dejaron medio sin sentido.

—¡Atrás, malparidos, atrás! —gritó el capitán Sosa. Lo flanqueaban decenas de soldados y todos ellos, sin excepción, empuñaban hacia el frente sus espadas. Los quiviras podrían atacar, pero ensartarían a los primeros que lo hicieran. Los españoles, ahora, constituían una fortaleza con sus defensas, su tropa y hasta su calabozo. Oh, y sus prisioneros, uno de los cuales tenía bastantes galones, según parecía.

—¡No permitáis que se acerquen! —arengó el capitán Montesinos.

La tensión en uno y otro bando se desbordaba. Más en el quivira, sin duda, pues no habían visto venir la maniobra de los españoles y ahora ni siquiera sabían por dónde tirar. Los españoles, por su parte, también sufrían lo suyo, pero ellos estaban acostumbrados al infortunio y a la congoja.

—¿Sabe qué pienso, adelantado? —preguntó Zaldívar. Tenía a Oñate hombro con hombro, ambos con las espadas desenvainadas. Cuando no se va sobrado de efectivos, hasta el patrón aprieta el culo.

—¿Qué, Vicente?

—Que creo que esto, si lo razona usted bien, ha sido un golpe de suerte.

De una formación de tortuga habían pasado a una de puercoespín. ¿Sabes que el puercoespín jamás huye? En cuanto siente el peligro, eriza las púas y aguarda. Que sea el otro quien dé el primer paso, si es que lo tiene claro.

—No veo cómo, Vicente, no veo cómo... —repuso Oñate. Se había situado en la primera línea de defensa, para que los quiviras lo vieran bien. Si pretendían atacar, y lo pretendían, debían saber que se enfrentarían al gran jefe blanco. Pocas tonterías con esto cuando eres un guerrero de los pies a la cabeza y tu honor, el de tu familia y el de tres o cuatro generaciones de descendientes depende del movimiento que ahora realices. Mete la pata en este instante y la habrán metido tus bisnietos aún nonatos. El resto de niños se reirá de ellos porque tú, pobre desdichado, no supiste vértelas de frente contra el gran jefe de la barba cana y el caparazón de hierro.

—Me da a mí, adelantado, que todo esto no ha sido sino una pantomima —se explicó Zaldívar—. Llevamos horas y horas avanzando por el corazón de Quivira, ¿no es así?

—Así es.

—¿Y nos lo han impedido? ¿Ha salido alguien a nuestro encuentro? No, en absoluto. Estos hijoputas son inusualmente poco hostiles.

—Porque los impresionamos.

—O porque han preferido dejarnos avanzar.

—¿Quieres decir que nos hemos metido nosotros solos en la boca del lobo?

—Es lo que pienso, adelantado. Y ahora, por un azar del destino, nos hemos anticipado a sus planes.

—Tiene sentido...

—Piénselo. ¿De dónde cojones sale tanto guerrero?

Los había a cientos, a cientos. Y armados como para invadir la Ciudad de México. El adelantado se tomó un par de segundos para pensárselo.

—¿Sabes lo que te digo, Vicente? —concluyó—. Que tienes razón. Estos cabrones nos estaban esperando. Hemos sido unos putos ingenuos.

—Eso creo, adelantado.

—Nos pierde nuestro buen corazón, muchacho.

—Ahí estoy con usted, adelantado.

—Venimos en son de paz y con las armas envainadas, ¿y con qué nos topamos? Con un ejército de hijos de mala madre. Hostia puta... No aprenderemos, Vicente, no aprenderemos...

—Lo importante es que tenemos a Dios de nuestro lado. Y nos ha echado una mano en el momento en el que más falta nos hacía.

—Sus caminos son inescrutables.

—Amén.

La tensión crecía más y más. Los quiviras, por primera vez desde que se los toparan, mostraban un nerviosismo más que aparente. Los españoles supieron, de este modo, que habían capturado a un pez gordo. Tenían la mano perfecta y ahora solo debían jugar bien lo que restaba de partida. Da gusto sentarse así a la mesa: sin necesidad de recurrir a los faroles y con la certeza de que el que está delante de ti no tiene mejores cartas. No, porque las tuyas son inmejorables.

—Hay que retirarse hacia San Mateo —dijo el adelantado—. Y nos llevamos con nosotros al jefe quivira. Les importa demasiado como para atacarnos mientras lo retengamos en nuestro poder.

—Tenemos a tres guerreros más.

—Sí, ya he visto cómo los atrapaban. Son del montón, pero nos los llevamos también. En un momento dado, nos pueden servir para negociar. Ya sabes, soltamos a uno de los necios como gesto de buena voluntad y todo eso.

—Lo importante es mantener a buen recaudo al jefe.

—Vale su peso en oro, Vicente. En oro.

Jamás esta expresión ha estado cargada de tanto significado.

—¿Cómo lo hacemos, Vicente? —preguntó Oñate.

—Déjelo de mi cuenta, adelantado —respondió Zaldívar. Y comenzó a repartir órdenes entre los capitanes—. Montesinos, Sosa: nos retiramos. Espinosa, que por nada del mundo se nos escabulla el cretino del penacho de plumas, ¿me entiende? Sin él, estamos muertos. De las Casas, nos llevamos a los tres guerreros. Me da igual que estén sin sentido. Nos los cargamos como podamos y nos los llevamos. Colocadles una espada al cuello de cada uno y, a la mínima sospecha, rebanádselo sin dudar. Los quiviras van a saber con quién se la están jugando.

Muy despacio, el puercoespín se puso en marcha. Les llevaría el resto del día regresar a San Mateo, pero lo conseguirían. Disponían de un salvoconducto que era como magia en sus botas. Se habían dado cuenta de ello, lo percibían a cada paso que daban y no dejarían de explotarlo ni por un instante.

Separaban hordas quiviras como Moisés las aguas del mar Rojo. Avanzaban siempre con el grupo compacto, siempre con un círculo de hombres perfectamente delimitado en la parte más externa del mismo, siempre con ocho o diez tíos dejándose las últimas fuerzas que les quedaban para que el jefe quivira no pudiera huir ni aunque las plumas del penacho se le transmutaran en alas y lograra echarse a volar por los cielos. Alguien había encontrado unas tiras de piel curada y, con ellas, habían maniatado a los tres guerreros, los cuales, poco a poco, comenzaban a regresar desde su atontamiento. Fruncían el ceño, farfullaban algo y parecía dolerles mucho la cabeza allá donde habían recibido los golpes, pero los españoles no estaban para gaitas y, una vez que consideraron que podían caminar, caminaron. El interés que experimentaban por ellos era secundario, así que menos quejas y andando. Hijoputas, que seguro que participasteis en el robo de nuestros setecientos caballos. Ya hablaremos de eso más adelante, ya hablaremos.

No obstante, se dieron dos intentos de recuperar al jefe quivira. Dos, ni más ni menos. El primero de ellos, media hora después de haberlo atrapado. Los quiviras parecían haberse repuesto del estupor inicial y se organizaron. Su superioridad numérica continuaba siendo aplastante y estaban en casa. Los españoles avanzaban hacia el sur siguiendo el curso del río, pero aún se encontraban dentro de las fronteras de Gocotat. Nosotros también lo habríamos intentado, qué diablos. Ni siquiera resultó sutil. Una horda formada por unos doscientos o trescientos guerreros quiviras se abalanzó sobre el grupo de españoles esgrimiendo armas cortas. No se decidieron a utilizar arcos y flechas, no fueran a matar, por error, a ese al que, precisamente, querían rescatar. Los españoles, que no habían envainado las espadas y que no las envainarían en lo que restaba de jornada, rechazaron el ataque con relativa facilidad. Recibieron varios machetazos en las corazas y a uno de los soldados le practicaron, de un golpe de lanza corta, un buen agujero en el morrión.

La punta de la lanza le rozó el cuero cabelludo y hasta le hizo un poco de sangre, pero el hombre salió ileso y todos creyeron que aquella no era sino otra prueba más, y sumaban unas cuantas, de que el Señor caminaba a su lado. Maricón, qué suerte tienes, le rieron la gracia los compañeros al soldado herido. Él mismo, una vez que los quiviras dieron por concluida su escaramuza y se retiraron a zonas más seguras, sonrió abiertamente y se santiguó tres veces. En la última de ellas, cruzó los dedos pulgar e índice de la mano derecha, los besó como nunca había besado ni a su madre, y levantó el brazo hacia el firmamento.

El segundo ataque tuvo lugar casi a las puertas de San Mateo. La tarde caía sin prisa, las sombras se alargaban y el calor había dejado de apretar. Los españoles estaban agotados, pero felices por el giro que acababan de dar los acontecimientos. Ahora sí, los quiviras tiraron de sutileza y lanzaron una ofensiva compuesta por un reducido puñado de guerreros. Pocos aunque hábiles, debieron de decirse. Y lo cierto fue que los tipos lograron acercarse hasta casi cinco pasos de los expedicionarios españoles sin que estos los descubrieran. Ha de añadirse, no por restar méritos a los quiviras, sino por situar las cosas en su justo lugar, que los españoles no podían ya ni con el alma y, en consecuencia, se habían relajado un tanto. Daban por hecho que conseguirían llegar a San Mateo y que, una vez allí, podrían fortificar algo la posición. Al menos, lo suficiente como para que cualquier ataque pudiera ser repelido sin mayores esfuerzos. En fin, en esas se hallaban cuando una hierba crujió, o una cigarra interrumpió anómalamente su canto, o quién sabe qué, y los españoles sospecharon que algo no marchaba bien. Espinosa envió a una avanzadilla de tres hombres a inspeccionar la hierba alta y a estos ni siquiera les dio tiempo a recolocarse las armaduras: ahí mismo, frente a ellos, agazapados en el herbazal como si de culebras venenosas se tratase, tres o cuatro guerreros quiviras avanzaban con los cuchillos de filo de piedra entre los dientes. Uno de los soldados levantó la espada sobre su cabeza y descargó un mandoble tan brutal que, si llega a acertar en el indio, lo clava a la tierra como un entomólogo a una cucaracha. Tuvo, el quivira, el buen tino de ladearse, rodar sobre su propio cuerpo y perderse en la espesura del prado. Los españoles permanecieron quietos y expectantes, y unos minutos más tarde los vieron, a cincuenta o setenta pasos de distancia, ponerse en pie, sacudirse el polvo y salir cagando hostias.

Por fin, llegaron a San Mateo. Encerraron a los cuatro quiviras prisioneros en una de las casas y recibieron la noticia de que Mallea había sido raptado por los escanjaques. ¿El cojo? ¿Habían raptado al cojo? ¿Con qué intención? Los soldados que se habían quedado de retén en San Mateo tuvieron que repetir varias veces las explicaciones. Aun así, ni siquiera el adelantado acabó de comprender qué les estaban contando.

Puede que el hecho de que grandes piezas de carne de bisonte se estuvieran asando sobre brasas encendidas horas atrás tuviera algo que ver con ello. El olor que desprendían era... Cómo describirlo, era...

16

Yunque

23 de septiembre de 1601

No se dieron tregua y a primera hora del día estaban en pie y listos para ponerse en marcha. Las tornas habían cambiado. O sentían que habían cambiado. O que podían hacerlas cambiar si la suerte les acompañaba tan solo un poquito. Y, por extraño que pudiera parecer, tenían mucha suerte, aunque ellos creyeran siempre que carecían por completo de ella, que, si acaso, la debían forzar tal y como habían hecho el día anterior. ¿Sucedo la suerte porque sí? ¿Te cae encima y ya está? Habían atrapado a un jefe quivira y, además y según parecía tras observar las molestias que los salvajes se habían tomado para recuperarlo, uno de los buenos. El cabrón que tenían encerrado y con dos soldados custodiándolo permanentemente no era un mindundi, eso estaba claro. Pero ¿se había tratado de un golpe de suerte? ¿O a la suerte la habían forzado ellos dando los pasos necesarios para capturarlo? Estaban con un pie en el otro barrio y, de pronto, se les abrió el cielo.

Y en esto sí que creían. Y de qué modo. Y en qué manera. Consideraban de una forma tan ciega y fiel que Dios actuaba de su lado, que nada los detendría jamás. Se armaban de determinación en estado puro. Mucha, mucha más de la que albergaban cuando, tres meses atrás, partieran de San Gabriel. Y mucha, muchísima más de la que les restase dos meses después, cuando estuvieran de vuelta en casa. Podría decirse que hoy era el día del cénit. La jornada de la devoción. El momento del Señor.

En semejante tesitura, se levantaron y escucharon misa. Pero no como quien cumple un trámite, no. La escucharon con el fervor del que no tiene otra cosa en mente. Con la pasión de quien se sabe elegido, tocado, ungido.

Los frailes, que, paradójicamente, seguían un proceso contrario al resto de expedicionarios y que se consideraban hoy más soldados que hombres de fe, no desaprovecharon la ocasión. Desde que en la jornada atrás desenvainaran para defenderse ellos, defender la posición y defender, en suma, la versión del mundo que era auténtica y verdadera, no habían vuelto a envainar. Sí, claro, en el sentido físico. Una vez desaparecido el peligro, las espadas regresaron a las vainas y ahí seguían. Pero no en el emocional: sus almas continuaban armadas y así lo estarían hasta que, dentro de algún tiempo, la calma regresara a sus existencias, el pánico se apaciguara, la propia vida se templara un poco. Adquirirían distancia sobre lo sucedido, y ya se sabe que, con la distancia, se pierde ímpetu, aunque también verdad.

No obstante, cuando el adelantado ordenó que se diera misa, los franciscanos no malgastaron el tiempo y lo dispusieron todo de inmediato. Tampoco es que hubiera demasiado que organizar:

el Sagrado Corazón estaba ahí, plantado en la que habían considerado como la mejor ubicación de San Mateo, y para officiar la misa bastaba con que los hombres se situaran frente a él y escucharan.

Eso hicieron. Se recogieron frente a la figura del Jesús negro y escucharon palabras santas en lengua castellana. No podía existir, para ellos y en aquel momento, nada más reconfortante. Si les hubiera cabido alguna duda de que se hallaban en misión del Señor, ahora habría quedado disipada por completo.

Estaban tan seguros de sí mismos que, en adelante, no dudarían más.

Tras la misa, el adelantado ordenó a Zaldívar que interrogara al jefe quivira. Algo rápido, pues ni tenían tiempo que perder, ni el jefe les diría nada que les resultara revelador. Lo que necesitaban saber ya lo sabían. Con todo, habría resultado negligente no realizar una pequeña investigación al respecto. El interrogatorio tipo cuando te haces con un indio. Nunca averiguas nada importante, pero quizás al tío se le escape algo de interés.

—¿Qué? —preguntó Oñate cuando vio, de vuelta, al sargento mayor. No habían transcurrido ni diez minutos. Se acompañaba de los capitanes Espinosa y De las Casas y de un puñado de soldados. Estos últimos, por si había que soltar la mano o los salvajes se ponían violentos, aunque normalmente a causa de lo primero. No hizo falta, pues el jefe quivira cantó de plano.

—Dice que se llama Catarax —respondió Zaldívar—, que tienen nuestros carros y nuestros caballos a unas cuatro leguas de aquí y que todavía no se han comido a ninguno.

—¿Cómo que no se han comido a ninguno?

—Es lo que hicieron, al parecer, con los caballos de Humaña y Leyva.

—¿Comérselos?

—Primero intentaron montarlos. Pero no se les daba nada bien y un guerrero terminó desnucándose. Así que decidieron no perseverar y se los comieron.

—Pero mis caballos...

—Tranquilo, adelantado. Catarax jura y perjura que no se los han comido. Dice que ahora quieren aprender a montarlos. Que fue una mala idea comérselos. Que debían haber insistido. ¿A quién no se le ha desnucado, alguna vez, un muchacho?

—A nadie.

—Eso mismo le he dicho yo.

—Pero yo quiero que me devuelvan mis caballos. Y los carros. Los necesitamos, Vicente.

—Descuide, adelantado, que se lo he dejado bien claro. Nos entendemos, no crea usted...

—¿El hijoputa es importante?

—Uno de los jefes más importantes, según cuenta.

—¿Y tú le has creído?

—Me parece que dice la verdad. Tenemos a un pez gordo, adelantado.

—Magnífico, Vicente, magnífico...

—Se confirman nuestras sospechas.

—Pues no perdamos el tiempo.

Los españoles nunca trazaban planes complejos. Habría resultado estúpido por dos motivos: el primero, que el plan sencillo no necesita elaboraciones y cualquier hombre, hasta el menos espabilado, puede atenerse a él; y el segundo, que el futuro es terco y no se deja embaucar con facilidad, de manera que conviene no darle demasiadas opciones.

Propondrían un intercambio entre Catarax y sus carros y caballos. Si se negaban, le amputarían un brazo a uno de los guerreros y lo enviarían con un saludo. Si seguían negándose, le amputarían el segundo. Si se enteraban de que se comían un solo caballo español, le arrancarían la cabeza al guerrero y la clavarían en un palo para que se pudiera distinguir desde cuatro leguas de distancia. ¿No guardaban allí la caballada española? Pues desde allí.

Catarax le había asegurado al sargento mayor que los quiviras accederían al intercambio y que lo harían sin dudar. Él era parte interesada, de manera que convenía poner sus palabras en cuarentena, pero Zaldívar se sintió inclinado a creerle. Aceptar el intercambio los devolvía al punto de inicio. Los españoles tal y como estaban cuando habían llegado y los quiviras, otro tanto. Nadie perdía nada, que es lo esencial para sacar adelante un trato.

Sin embargo, incluso los planes más elementales precisan de cierta elaboración.

—¿Cómo lo hacemos, Vicente? —preguntó el adelantado.

—Yo iría con una bandera blanca —respondió Zaldívar.

—No creo que los quiviras sepan qué significa enseñar una bandera blanca —intervino el capitán De las Casas. Tanto él como Espinosa habían permanecido en silencio hasta ahora, más que nada para así mostrar respeto al adelantado.

—¿Qué sugiere usted, capitán? —le preguntó Oñate.

—Yo avanzaría hacia el lugar en el que esconden los caballos —respondió este—. Catarax nos ha explicado en qué dirección debemos caminar.

—¿Le dan ustedes crédito?

—Parecía sincero cuando nos lo ha dicho —aseveró Espinosa—. Creo que se ha hecho a la idea de que se la está jugando.

—Habría esperado un poco más de gallardía por su parte —comentó De las Casas.

—Pensábamos sacarle la información a hostias —afirmó Espinosa—. Pero lo ha soltado todo en cuanto nos ha visto llegar, el hijoputa.

—No nos fiemos, Espinosa —reflexionó Oñate—. Puede que este capullo sea un cobarde. O que tire de pragmatismo, qué sé yo.

—O que nos esté mintiendo de plano —dijo De las Casas.

—A mí me ha dado la impresión de que decía la verdad —defendió Zaldívar—. El cabrón casi se mea encima cuando nos ha visto aparecer.

—No hay que fiarse —sentenció Oñate—. ¿Me oyen? No nos vamos a fiar de ninguno de estos malnacidos. Avanzaremos todos juntos y con todas las armas preparadas. Habría que ser gilipollas de remate para atacarnos sabiendo que tenemos al puto Catarax, pero de peores estrategias hemos sido testigos...

—Son imprevisibles —dijo Espinosa.

—Aunque parecen sensatos —señaló De las Casas.

—Uno de sus jefes se ha dejado atrapar —dijo Zaldívar.

—Teníamos a Dios de nuestra parte —adujo Oñate.

—Con todo... —dejó la frase sin acabar Zaldívar.

Sí, con todo... Pronunciar algo así y que nadie hablara durante uno o dos minutos ofrecía la medida de lo que sentían. Oñate se hallaba en lo cierto: aunque las tornas habían cambiado, todavía tenían mucho trabajo por delante. Debían recuperar sus enseres y, después, intentar la conquista de Quivira. Porque a conquistarla no renunciaban. Antes, muertos.

—Convendría resolver el asunto de Mallea —dijo, cambiando de tema, el sargento mayor.

—¿Qué asunto? —preguntó el adelantado. Había comenzado a revisar los correajes de su coraza, lo cual significaba que partirían en breve.

—Ayer lo secuestraron los escanjaques —explicó Zaldívar. El adelantado conocía esta información y, consciente o inconscientemente, la había olvidado. Como respuesta, bastaba.

—Ah, sí —repuso, lacónicamente, Oñate—. Ahora no tenemos tiempo para eso. Ya nos ocuparemos de ello cuando estemos de regreso con los carros y los caballos.

—Temo que los escanjaques no se estén quietos —se lamentó Zaldívar.

—No podemos hacer nada al respecto, Vicente. Hay que ir por partes. Los problemas se solucionan de uno en uno. Te aseguro que nadie más que yo tiene ganas de ajustarles las cuentas a los escanjaques de los cojones. Desde que estamos aquí, solo han sido una fuente de quebraderos de cabeza.

—De acuerdo, como diga, adelantado. Espero que no le suceda nada a Mallea.

—Mallea es el soldado cojo, ¿verdad?

—El mismo, adelantado.

—En ese caso, espero que no les suceda nada a los escanjaques. Ese tarugo no cierra el pico ni debajo del agua. De verdad, en una ocasión, no recuerdo dónde, vadeábamos un río por una zona profunda. El agua nos llegaba al pecho y los caballos estaban muy nerviosos, porque la corriente tiraba con fuerza y no siempre hacían pie. Bien, pues el maricón de Mallea se cayó de la montura y se fue al fondo. Lo oíamos gritar desde allí, al muy tarado. Tuvieron que desmontar tres hombres para ayudarle a que se pusiera en pie. Aseguró que no había sido necesario, que se movía despacio a causa de la corriente, pero que ya estaba sacando la cabeza del agua cuando acudieron en su auxilio. Casi lo dejamos allí. Es más, ojalá lo hubiéramos hecho, porque se pasó una puta semana entera repitiéndonos la monserga de que se lo socorrió sin necesidad alguna.

—Mallea es un coñazo, pero es un buen soldado —se creyó Espinosa en la obligación de intervenir. El soldado, al menos de forma teórica, servía bajo sus órdenes. Él era su capitán.

—Ha conocido tiempos mejores —respondió, rápido, Zaldívar para evitarle al adelantado la obligación de dar explicaciones.

—Es un hombre experimentado —dijo Espinosa. Hasta aquí pensaba llegar en la defensa de Mallea. Bastante había hecho y, al menos, en adelante tendría la conciencia tranquila.

—Lo es —le adivinó la intención Zaldívar y afirmó esto para darle una salida honrosa al capitán.

—Entendido —dijo Oñate—. Pues estamos de acuerdo. De Mallea, ya nos ocuparemos cuando tengamos tiempo. Ahora hay asuntos urgentes que reclaman nuestra atención.

—¿Nos llevamos a los prisioneros con nosotros? —preguntó De las Casas.

—Mejor será que los dejemos aquí —expresó el adelantado—. Propongo que un grupo de diez hombres camine hacia el norte e inicie la negociación. Mientras tanto, el resto reforzará la defensa de San Mateo. Tenemos que evitar un ataque quivira. Lo tenemos que evitar a toda costa. Si nos arrebatan a Catarax, estamos jodidos de verdad.

—Elegiré a los hombres —dijo Zaldívar—. Ustedes se vienen con el adelantado y conmigo, capitanes. Sosa y Montesinos permanecerán en San Mateo.

—Como mande, capitán.

El adelantado miró hacia el cielo, tan azul como siempre en Quivira.

—Señores —anunció—. Hoy vamos a dar mucho por culo.

* * *

Dicen que, cuando pierdes un sentido, otro se te agudiza. Por ejemplo, los ciegos pueden escuchar cómo una hoja cae de un árbol a dos leguas de distancia. Hay tíos a los que la comida siempre les parece insípida, pero que son capaces de seguir el rastro de un caballo por el olor que ha dejado cinco horas antes.

¿Qué sentido se les desarrolla a los cojos? En principio, uno diría que ninguno, pues tan siquiera la capacidad de caminar se considera, al menos de un modo estricto, un sentido. Pero, claro, quien habla así es porque no conoce a Mallea. Mallea, el cojo Mallea, puede que no vaya a ganarte en una carrera a campo traviesa, pero lo que Dios le quitó por un lado se lo compensó por otro. Y teniendo en cuenta que el tipo era español, lo hizo por la lengua, que viene a ser lo mismo que decir la labia, la elocuencia, una torrencial verbosidad ajena a los idiomas, jergas y dialectos.

Pronto lo sabrían los escanjaques.

El plan no había sido premeditado. ¿Tomar un rehén español? Ni se les había pasado por la cabeza. Simplemente, surgió la oportunidad, en aquel momento les pareció una buena idea y la pusieron en práctica. De alguna forma, los escanjaques eran, a veces, un poco españoles.

Pero los actos tienen consecuencias y las consecuencias, aquí, se llamaban Mallea. La noche anterior, tras capturarlo, los escanjaques lo habían arrastrado hasta su campamento y le dieron algo de comer. Sin embargo, Mallea, que no cabía en sí de indignación, se negó a probar cualquier alimento. Les dijo a los salvajes que se podían meter la comida por donde mejor les cupiera. Lo insólito fue que estos le comprendieron. Varios guerreros que le sacaban varios palmos al cojo Mallea agacharon la cabeza y dieron media vuelta. Ni osaron a separar los labios.

El jefe Gregorio pronto hizo acto de presencia. Junto a él, algunos de sus sempiternos lugartenientes: El Pequeño, Casco, Lute y Bernardo. Cuando llegaron al lugar donde varios hombres custodiaban a Mallea, observaron que el español echaba espumarajos por la boca. En lo que a él respectaba, cruz y raya. Los españoles lo habían abandonado miserablemente a su suerte, y eso era algo que no perdonaría jamás. Con lo que él había dado por España. Los mejores años de su vida. Años en los que se había puesto mil veces en peligro y muchas ocasiones sin una soldada prometida: a porcentaje sobre el botín, que era como aquí se había conquistado toda la santa vida antes de que los señoritos como Oñate llegaran con su plata y sus grandilocuentes promesas de gloria. Ni el siete por ciento, ni el ocho, ni el nueve. El cero y con el caballo y los pertrechos a cuenta sobre el botín. Y entonces sí que se conquistaba como Dios manda. Sin remilgos, de frente, como auténticos españoles. En tres meses de expedición, se sacaba como para vivir el resto del año. A cuerpo de rey, entiéndase. Mujeres, de entre todas, las más bellas; viandas, todas las que pudieran engullir hasta hartarse; y la cama, la cama siempre caliente y a buen resguardo. Cuando te habías gastado hasta la última moneda, cuando podías darle la vuelta a tus bolsillos y no caía nada, volvías a alistarte y a comenzar desde el principio: una buena montura, una buena cabalgada y a conquistar tierras para la Corona. Nunca un hombre las había pasado moradas en este oficio.

¿Y ahora qué? Ahora esto. Los putos escanjaques mirándole de hito en hito, como si, en lugar de a un español, hubieran visto a un coyote con alas.

¿Qué, jefe Gregorio? ¿Sellamos un pacto tú y yo? Porque, entre nosotros... Yo os la traigo floja, ¿verdad? Me habéis capturado por la honrilla y por poco más. Para tocar los cojones a los expedicionarios españoles, para presionar al adelantado. Pues sabed algo, hatajo de haraganes: al adelantado Oñate no ha nacido cabrón que lo presione. En serio, meteos bien esto en la cabeza. Ni aunque hubierais atrapado al mismísimo tenientito, el adelantado se sentiría obligado a negociar con vosotros. Si acaso, todo lo contrario: cabalgaría despacito hasta aquí junto a Jusepe Gutiérrez, llamaría al apache que tenéis por ahí y que nos sirve de intérprete y os explicaría en qué punto estaban, a su juicio, las cosas. Más o menos, sería así: o soltáis a mi hijo, u os matamos a todos. Y si optáis por esto último y sois vosotros quienes nos matáis antes a nosotros, tened por seguro que será cuestión de tiempo que lleguen más hombres a caballo. Dormid en adelante con un ojo abierto, porque, tarde o temprano, vendrán. Vendrán y la venganza será terrible, y el dolor que os provocarán será tan grande que maldeciréis, maldeciréis una y cien veces por haber metido tanto la pata y tan hasta el fondo.

Así que, amigos, lo único que tenéis es al bueno de Mallea. Menudo resumen, ¿verdad? Estáis jodidos, cabrones. Espera, o quizás no tanto. ¿Qué? ¿Me volvéis a traer la comida? De repente, se me ha abierto el apetito...

Ni siquiera lo maniataron. Al principio, les pareció lo obvio: tú haces un prisionero, ves que el miserable quiere escurrirse como si de una culebra húmeda se tratara y decides atarlo, vaya que si lo decides. Pero, después, a causa de un extraño proceso que ellos nunca comprenderían, el prisionero abandona la hostilidad. O no, no la abandona sino que la redirige. Donde dos horas atrás había un enemigo acérrimo, ahora se presenta un posible aliado. Y al contrario, quien era tu gente, la gente con la que lo habías compartido todo desde el mismísimo instante en el que viste por primera vez la luz de este mundo, es, ya e irremediamente, el objetivo de tu ira.

El jefe Gregorio y sus lugartenientes escucharon lo que Mallea tuvo que decirles, se encogieron de hombros y se marcharon por donde habían venido. Debieron de pensar que habían atrapado al loco de la expedición. O que todos los españoles se hallaban así de locos, algo que tampoco parecía descartable. Fuera como fuese, lo dejaron estar, dieron orden de que mantuvieran una vigilancia ligera sobre él y que se olvidaran. Quizás con el nuevo día vieran, todos, las cosas de otro modo.

Por la mañana, los escanjaques se levantaron al alba. Un campamento de miles de hombres no vive del aire, y pronto Mallea comprendió que estaban mucho más organizados de lo que los españoles habían sospechado. Se dividían en grupos o compañías de quince o veinte hombres y cada una de ellas se encargaba de abastecerse a sí misma, de tener las armas preparadas para el combate, de que, en caso de ataque, la coordinación se llevara a cabo de forma rauda y efectiva. Como infantería, Mallea tuvo que reconocerlo, no le andaba lejos a muchas de las que él había visto.

Sin embargo, Mallea sabía lo que los escanjaques desconocían. Y decidió que jugaría esa carta. A fin de cuentas, ¿qué más podía hacer? ¿Aguardar a que el adelantado enviara una partida en misión de rescate? Eso no iba a suceder y Mallea lo sabía. ¿Quién era él? Un tullido por el cual, además, no sentían demasiadas simpatías. Llegados a este punto, se trataba de uno menos a repartir.

Mallea se levantó, se estiró y comenzó a deambular por el campamento escanjaque. Había hogueras encendidas en las que se asaban enormes trozos de carne de bisonte. La dieta escanjaque no era escasa pero sí poco variada. Al menos, los quiviras cultivaban maíz y sabían hacer tortas de pan. Porque la carne de bisonte asada a fuego lento está siempre deliciosa, pero uno acaba por echar de menos una buena hogaza de pan español con la que acompañarla. En fin, cuando encontró la hoguera en la que se desayunaba el jefe Gregorio junto a sus oficiales, Mallea, sin pedir permiso y tomándose todas las libertades del mundo, se sentó y sonrió a los presentes.

—¿Qué pasa, hijoputas? —dijo mientras alargaba la mano y se hacía con un jugoso pedazo de costillar—. ¿O creíais que el cabrón de las barbas os iba a dejar en paz tan pronto? Ni por asomo, tíos, ni por asomo...

Mallea no pronunció palabra en los minutos siguientes, pero porque tenía la boca tan llena que no podía hacerlo. Lo intentó varias veces, pero de verdad que no podía. Se dijo que, caramba, acababa de descubrir que estaba muerto de hambre.

—Bueno, bueno... —expresó, por fin, al rato. El jefe Gregorio y los suyos lo observaban con esa mirada india que trata de no decir nada pero que, para un español, lo dice todo—. Hoy no tenemos aquí a nuestro Jusepe, así que olvidaos de vuestro apache. Además, nos tirábamos media vida entre que uno traducía al otro, este a vosotros, vosotros os lo pensabais... En fin, menudo lío, ¿no? Lo que nos reímos.

El jefe Gregorio no se reía. Tenía las piernas cruzadas frente a sí y apoyó las muñecas en las rodillas.

—Veamos, este es el plan —explicó Mallea—. A vosotros lo que más os interesa es joder a los quiviras, ¿verdad que sí?

Mallea trató de describir a la nación quivira. Mientras con una mano sujetaba el pedazo de carne, con la otra dibujó en el aire las proporciones de un guerrero descomunal: alto, ancho de espaldas y con la entrepierna bien dotada. Esto último le hizo mucha gracia al propio Mallea, aunque no tanto a los escanjaques. Dio igual, porque el español era de los que saben reírse de sus propios chistes, y eso, amigos, es un don.

—Sí, veo que lo captáis... —dijo estirando mucho las palabras—. Putos quiviras... La verdad es que no sé si tendrán riquezas o no, pero los muy cabrones nos han robado los caballos. Bueno, se los han robado al adelantado, así que, si lo miras por el lado positivo... En fin, a lo que íbamos. Vosotros queréis atacar Quivira y, para ello, necesitáis de los españoles. Sin ellos, la tunda que recibiríais sería de espanto, ¿verdad? Pues sabed que eso no va a pasar.

El español se detuvo y miró fijamente al jefe Gregorio. Señaló en dirección hacia San Mateo, después al norte y sacudió la cabeza.

—No va a pasar, putos idiotas de los cojones. El adelantado jamás luchará a vuestro lado, jamás, jamás, jamás, nunca. ¿Entendéis lo que os digo? No.

—No —repitió, de pronto, el jefe Gregorio. Su acento flojeaba bastante, pero parecía haber comprendido el mensaje que Mallea intentaba transmitirle.

—¡No, exactamente! —exclamó, sonriendo, el español—. No vais a atacar Quivira. No, al menos, con la gente del adelantado cabalgando a vuestro lado.

—No... —volvió a decir el jefe Gregorio.

—¡Ni en un millón de vidas, hijoputa! —gritó Mallea. La grasa de la carne se le pegaba a los pelos de la barba y se sumaba a la grasa del día anterior, y a la del día anterior, y a la del anterior.

Llevaba mugre de tres meses en aquella barba y, si los planes salían como debían, todavía acumularía mucha más. La suciedad protege del sol y de las enfermedades, todo el mundo lo sabe. Hombre barbado, hombre sanado—. Sinceramente, no tenéis nada que hacer, os lo aseguro. Salvo que permanezcamos a la expectativa y aguardemos nuestro momento. ¿Que cuál será ese? ¿Y para qué creéis que está aquí el viejo Mallea? Soy vuestro hombre, capullos. Ahora mismo, me tenéis a mí o no tenéis nada. Yo os diré cuándo hay que mover el culo. No, no, ahora no... Dejad que el adelantado muestre sus cartas. Dejadle trabajar. Porque, de esto podéis estar bien seguros, ese hombre no ha venido hasta aquí para irse con las manos vacías. No, ya os digo yo que no... El adelantado buscará su momento. No sé cuándo, esa es la verdad. Quizás hoy, quizás mañana, puede que dentro de una semana. Pero lo encontrará, os lo juro por mi madre, que en paz descansa. Y cuando eso suceda, yo os lo señalaré. Yo os diré cuándo debéis atacar. Me necesitáis tanto como yo a vosotros. No, miento: me necesitáis más que yo a vosotros.

* * *

Pues así, de par de mañana y sin más armas que unas espadas al cinto y el convencimiento de que esa misma noche regresarían con lo que era suyo, diez hombres se pusieron a caminar en dirección norte. No podían fallar, porque fallar los abocaba al fracaso. A la muerte, en suma, pues en lugares y situaciones como estos, ambas cosas suelen ir de la mano. Con todo, la contingencia de la derrota ni se les pasó por la cabeza, y que no suene a bravuconería o a algo semejante. Y, vale, sí, se trataba de españoles y a los españoles siempre se les presumía cierta fanfarronería. No erraría quien así lo hiciese. Los tíos exageraban un poco, quién puede decir que no... Pero si es verdad lo uno, es verdad lo otro: el convencimiento de que todo saldría bien siempre los acompañaba. Y si no siempre, casi siempre. Y si no casi siempre, sí hoy. Hoy, este grupo de diez, de diez, de solo diez hombres viajando a pie por tierras ignotas, recuperaría lo que era suyo, porque era suyo y porque no concebían la posibilidad de que algo saliera de un modo distinto a este.

—Nos llevamos a Yunque —dijo el adelantado un instante antes de partir. Se habían puesto los equipos al completo: las medias armaduras cubriendo el pecho, los protectores de cuero en brazos y rodillas, los morriones encasquetados hasta las cejas, las botas de montar y las espuelas. Unas espuelas que pedían grasa a gritos, pero la grasa estaba en los carros y los carros los tenían los quiviras. A solucionar ese asuntillo se aprestaban, precisamente—. ¡Yunque! ¡Yunque! ¿Dónde hostias se habrá metido el puto perro?

—Creo que los hombres le estaban dando un pedazo de carne, adelantado —le indicó Zaldívar.

—Me cago en mi puta vida... —bufó Oñate—. ¿Qué les tengo dicho? ¿Qué les tengo dicho, por el amor de Dios, Vicente? Que no le den de comer al puto perro. Que el cabrón se me pone gordo y así no hay manera.

—Hágase cargo de que es el único entretenimiento para los hombres...

—¡Pues que se la meneen, que es como siempre se ha pasado el rato en las expediciones! Pero que dejen tranquilo a mi animal.

Acto seguido, el adelantado se llevó dos dedos a la boca y silbó largamente. Aguardaron unos segundos y, de pronto, escucharon los jadeos del mastín.

—¿Ves, Vicente? —protestó el adelantado—. Ni correr puede, el pobre bicho. Me cago en la puta madre que los parió a todos...

Zaldívar fingió que estaba muy ocupado comprobando su equipo y no respondió. El resto de hombres que se aprestaba a su lado tampoco lo hizo. Conocían demasiado bien al adelantado y sabían que ese, justamente, era un buen momento para tener la boca cerrada y hacer como que nada sucedía.

—Buen chico, buen chico... —dijo el adelantado, ya en tono más calmado, cuando Yunque alcanzó el lugar en el que se hallaban los soldados y saltó sobre su pecho. Puesto en pie, las patas delanteras del perro llegaban hasta los hombros de Oñate.

El mastín portaba su propio equipo de batalla: protectores de malla en el lomo y los flancos y una especie de casco coronado por un gran pincho metálico. Si el perro te encaraba con esto, te ensartaba hasta el hueso. Y puede que no fuera un perro de los de ir y traerte pajarillos, pero sí que sabía cómo matar enemigos. Lo habían entrenado, desde que era un cachorrillo, para ello. Yunque mataría sin dudarle porque sabía cómo hacerlo y, además, carecía de remordimientos. Era un perro, al fin y al cabo.

Los salvajes experimentaban un pánico ciego ante los mastines de guerra. Los españoles no los usaban mucho, porque se consideraba una cara extravagancia que cualquiera no podía permitirse, pero, cuando lo hacían, trasladaban un terror irracional a los indios. El adelantado había visto cómo guerreros apaches que no dudarían en abrirle el pecho a un bebé y comerse sus pulmones calentitos, se echaban a temblar ante el leve gruñido de un mastín adiestrado para la muerte. Y se dirá que no, que los apaches no se doblegan ante nada, que si existe una infantería inmovible sobre la faz de la Tierra es esta y ninguna otra, pero sí. Los apaches se meaban de miedo cuando un mastín español les enseñaba sus dientes. Ellos, y el resto de naciones indias de América. Quede explicado en honor de los bravos, intrépidos y cabronazos apaches.

Así que se llevaban con ellos a Yunque. El grupo estaba formado por el propio adelantado, el sargento mayor, los capitanes De las Casas y Espinosa, y seis soldados de a pie: Montoya, Tavora, Velarde, Hinojosa, Muñoz y De la Cruz. Tíos recios y poco dados a la insubordinación. Los capitanes los habían elegido precisamente por eso: porque se podía contar con ellos. ¿No asegurarían lo mismo del resto de la tropa? Hay preguntas que es mejor dejar en el aire. Con un poco de suerte, se levanta algo de viento y se las lleva.

Catarax les había explicado que sus carros y sus caballos se encontraban a cuatro leguas de allí. Todo recto por el pastizal, seguid ese arroyo, os toparéis con un bosquecito que parece que va a ser denso pero que no lo es, seguid durante cosa de dos horas, ojo con los pumas y ya está, habréis llegado. Afirmad que vais de parte de Catarax y seguro que os reciben con los brazos abiertos. Decidles que creo que sería mejor que os devuelvan vuestras cosas, que fue un error arrebatároslas, que añoro abrazar a mi esposa.

Ay, Catarax. Siempre pasa lo mismo: a campo abierto, la aparente fiereza los desborda; de puertas adentro, solo les falta echarse a llorar. Joder, Catarax, que solo queremos lo que es nuestro. Al menos, de momento.

El terreno era bueno y caminaban a buen ritmo. Daban por hecho que estaban siendo observados, pero, mientras el jefe quivira estuviera en sus manos, no tendrían nada de lo que

preocuparse. El hecho de que el tiempo avanzara y nada sucediera no hacía sino apuntalar sus presunciones. Catarax pertenecía a lo alto del escalafón en la oficialidad quivira. Debatieron, por ocupar el tiempo mientras caminaban, la verdad es esa, en torno a qué grado ostentaba el salvaje. Los capitanes De las Casas y Espinosa no se apeaban de un burro que, en fin, parecía comprensible: concedían en que pasaba de teniente, pero se acaloraban cuando los demás insistían en que un vulgar capitán no podía ser.

El adelantado y Zaldívar dejaban hacer. La cháchara alegre vivifica los ánimos, lo cual era bueno para ellos.

—Mire, usted dirá lo que quiera, pero si fuera solo un capitán, ya habrían caído sobre nosotros con todas las de la ley —le decía Tavora al capitán Espinosa.

—¿Afirmas que da igual que un simple capitán muera como represalia en mitad de un ataque enemigo? —ladró, entre dientes, su interlocutor—. Porque como sea eso lo que estás insinuando...

—No se me ponga así, capitán, que ya sabe que a usted le tenemos mucho aprecio en la compañía.

—Si fuera usted al que tuvieran cautivo —intervino Velarde—, yo me ofrecería voluntario para ir a rescatarlo.

—Y yo —se apresuró a sumarse Hinojosa.

—Y yo —añadió Montoya.

—Y yo —aseguró De la Cruz.

El capitán Espinosa cortó de cuajo, porque ya veía por dónde iban los tiros.

—Los cojones —espetó—. Vosotros no movéis el culo si no es por dinero.

—Siempre, no le quepa duda —afirmó, no sin cierto cinismo, Velarde—. Bueno, menos en el rescate de capitanes. Ahí sí que iríamos porque es nuestro deber.

El resto de soldados reprimió los comentarios y Zaldívar, una risa. Sabía que hasta el último hombre de la tropa era un buscador de fortuna. Todos lo eran, el adelantado y él mismo incluidos. Pero este tipo de asuntos no se trataba nunca en voz alta salvo que la intimidad de un momento como el presente lo permitiera.

—En resumen, que yo creo que es más que un capitán —dijo, tras un silencio, Tavora.

—Estoy con Tavora —expresó Muñoz.

—El capitán general de Quivira no es —arguyó De la Cruz. Y aprovechó para dar coba al adelantado, quien sí ostentaba el citado rango—. Ese tío no tiene los huevos suficientes.

Oñate no dijo nada. Caminaba en la vanguardia del grupo con Yunque correteando muy cerca de él. Se sentía preocupado por la situación. Daba crédito a lo que Catarax les había confesado, pero no por ello las tenía todas consigo. Se aproximaba un momento muy delicado y de cómo supiera manejarlo dependían muchas cosas. Demasiadas.

—Zaldívar —dijo, de pronto, y el hecho de que no utilizara el nombre de pila del sargento mayor puso al resto de hombres en guardia—. Creo que es allí.

Señalaba con la mirada en una dirección hacia el norte. A un cuarto de legua de distancia, el terreno se hundía ligeramente y creaba una suave hondonada en la que la hierba crecía alta y pulposa. Olieron la caballada mucho antes de divisarla. Un olor intenso y familiar que consideraban más suyo que sus propias familias.

—Están ahí —dijo Oñate—. Joder, ahí tienen mis caballos.

—Vayamos con cuidado, adelantado —advirtió Zaldívar.

No hubo ninguna orden adicional pues habría resultado innecesaria: tanto los dos capitanes como los seis soldados sabían qué debían hacer y qué podían esperar. Simplemente, era cuestión de no dar ningún paso en falso. Tan sencillo como eso. Y tan complicado.

Necesitaron casi media hora para realizar el acercamiento definitivo. Cuando estuvieron a unos quinientos pasos de distancia, escucharon los primeros relinchos. Y a trescientos, los vieron. Sí, Catarax no les había mentido. Un grupo de unos cincuenta guerreros quiviras trataba de dominar a la caballada. Con buen tino por su parte, habían levantado un rudimentario cercado que, al menos, servía para que los animales no escaparan.

En un vistazo rápido y algo nervioso, Zaldívar echó unos cálculos un tanto aproximados.

—Creo que están todos —dijo.

—Como se hayan comido a alguno, a uno solo, desenvaino y me pongo a cortar cabezas — espetó Oñate.

—Conviene que mantengamos la calma, adelantado —advirtió Zaldívar—. Siempre hay tiempo.

Siempre lo había. Cincuenta quiviras contra diez españoles. Uno a cinco. Se encontraban en el límite o lo sobrepasaban. Con uno a tres podían sin la menor duda. Con uno a cuatro, se las verían y se las desejarían, pero no asegurarían que no. Ahora bien, uno a cinco suponía demasiado.

Bueno, traían a Yunque. El mastín, sin ayuda de nadie, pondría fuera de juego a, ¿cuántos?, ¿cinco?, ¿seis guerreros? Como mínimo.

—Veo los carros —informó el capitán Espinosa—. Tras el cercado, algo a la izquierda.

Efectivamente, allá estaban los ocho carros españoles: los seis de los que tiraban mulas y en los que se guardaba la intendencia de la expedición, y los dos tirados por bueyes donde viajaban los cañones.

—¿Distinguis algo? —preguntó Zaldívar.

—Los bueyes —respondió Hinojosa—. Están tras los carros, pastando, creo...

Saber que ni siquiera se habían comido a los bueyes les dio un buen palpito. Parecía que los quiviras llevaron hasta allí el botín arrebatado a los españoles y, tras desentenderse de los carros, los bueyes y las mulas, concentraban toda su atención en la caballada. Querían aprender a montar, de eso se habían dado cuenta antes, incluso, de que los quiviras advirtieran su presencia. Catarax no mentía. Verían ahora si los salvajes estaban dispuestos a aceptar un intercambio.

—Hola —saludó, a cincuenta pasos de distancia, Zaldívar. Los españoles avanzaban formando una sola línea abierta y desplegada. Eran diez, y porque eran diez, les interesaba mucho que los quiviras supieran que, cuanto menos, eran diez. No separaban las manos del cuerpo. No se mostraban hostiles, aunque tampoco amistosos.

Los guerreros giraron la cabeza hacia ellos. Se hallaban intentando montar a los caballos, pero lo hacían a pelo, muy probablemente porque no habían averiguado el modo de ensillarlos. De momento, no parecían haber obtenido demasiados éxitos. De los setecientos animales que en aquel prado se apacentaban, solo sobre los lomos de cuatro se sostenían guerreros. Y a duras penas. Les faltaba mucho para adquirir la destreza que se precisa en el gobierno de un caballo. La adquirirían, porque hasta el más torpe aprende, pero eso no sucedería hoy.

—Hola —repitió Zaldívar, en vista de que los quiviras no se dignaban a responder. Los miraban, los miraban demasiado—. Bonitos caballos.

Los soldados se separaron los unos de los otros. Avanzas en grupo compacto y cerradísimo sobre sí mismo cuando estás en auténtico peligro; te dispersas cuando lo que pretendes es sembrar el desconcierto en el que ante ti está. Lo obligas a tener ojos en mil partes. Y siembras inquietud, la inquietud de quien sabe que no puede abarcarlo todo. Funciona bastante bien si lo sabes poner en práctica. A los españoles les salía niquelado, pero más por experiencia y maña que por talento.

Fue Montoya el que primero llegó hasta donde se hallaban los caballos. Se acercó a uno de ellos y alargó una mano sobre el cercado para acariciarle la testuz.

—¿Cómo os va? —preguntó Zaldívar. La clave de una buena dispersión reside en que todos hablen y lo hagan al mismo tiempo. Adquieres ventaja porque resultas un auténtico coñazo.

—Estos caballos no son vuestros, ¿verdad? —intervino el capitán De las Casas.

—No lo son, capitán —respondió Velarde. Hablad mucho y también entre vosotros. Haced como que el adversario no existe, se ha vuelto invisible, carece de importancia—. Se lo digo yo, no lo son..

—Pues qué suerte que los hemos encontrado... —expresó Hinojosa. Y levantando la voz para dirigirse a Montoya, añadió—: Son los nuestros, ¿no, Montoya?

—¡Sin la menor duda! —respondió el aludido. Treinta o cuarenta pares de ojos quiviras se giraron hacia él. Perfecto, acababan de conocer el límite que se suponía que no debían atravesar. A partir de aquí, los quiviras se sentían molestos, ofendidos, puede que, incluso, atacados. Los indios salvajes de Norteamérica no destacan por la flexibilidad de su carácter.

Los cuatro guerreros que habían encontrado a lomos de caballos continuaban allí. Inmóviles, pues las circunstancias lo requerían, aunque también debido a que no las tenían todas consigo: cuando dominaran a los caballos españoles, dominarían las grandes llanuras en el corazón del continente. Habrían de llegar ejércitos enteros de miles y miles de soldados para doblegarlos. Sin embargo, faltaba mucho, muchísimo, para que amaneciera ese día.

De momento, se caían del caballo en cuanto a este le daba por ponerse al trote. Carecían de cualquier atisbo de habilidad para gobernarlos. Ni siquiera se sentaban bien: un caballo debe saber que estás cómodo sobre él, que lo mandas, que tu espalda permanece recta y tus muslos relajados. Los quiviras, al menos los cuatro guerreros que ahora probaban suerte, no solo no hacían esto, sino que, más bien, se empeñaban en todo lo contrario.

—Vas de puto culo, cabrón —espetó De la Cruz a uno de los guerreros. Este trató de mirarlo con antipatía, pero estaba demasiado ocupado sujetándose a las crines del animal—. Joder, deja de hacer eso. Le estás haciendo daño. Lo vas a encabritar, imbécil...

—Vamos, bajad de ahí —dijo Zaldívar. Y, tras hacerlo, se puso a gesticular con las manos mientras caminaban en dirección a los guerreros montados.

Un par de quiviras dijo algo, aunque nadie realizó movimiento alguno para detenerle. El resto de españoles se encontraba completamente alerta. Fingían que no, pero sí. Un ataque sobre el sargento mayor los habría hecho saltar con las espadas desenvainadas.

Cuando Zaldívar alcanzó la posición del primero de los guerreros, le puso la mano en el muslo desnudo y levantó la cabeza. Su morrión brillaba como si de una gran piedra preciosa se tratase. La barba de tres meses, rígida y apelmazada, se extendió hacia el frente cuando el hombre alzó la barbilla.

—No te lo voy a repetir —dijo—. Baja.

El guerrero hizo caso omiso. En realidad, no hizo nada, que era exactamente la estrategia que los quiviras estaban siguiendo desde que los españoles habían llegado. Como táctica, resulta espléndida. Necesitas ir muy sobrado de efectivos para llevarla adelante pero, si así es, logras que el adversario termine desconcertado.

Ni unos ni otros parecían nuevos en esto. El adelantado lo comprendió y decidió que, si continuaban por ese camino, terminarían quedando como imbéciles. Así que, sobre la marcha, cambió el plan.

—Déjalo, Vicente —dijo. Después, dio un par de pasos hacia delante y, en voz alta y clara, expresó—: Aquí todos sabemos que estos caballos y esos carros de ahí, incluidos los bueyes y las mulas, nos pertenecen. Os pedimos de buenas maneras que nos los devolváis. Ahora mismo, de inmediato, ya.

Oñate, mientras hablaba, fijaba la mirada en un guerrero, y después en otro, y en otro... Todos y cada uno de ellos se la mantuvieron sin titubear.

Se hizo un silencio que se prolongó durante un buen rato. Los caballos resoplaban de cuando en cuando y una ligera brisa mecía las largas briznas de hierba. Se estaba bien allí. Un lugar agradable en el que tranquilamente podrían haberse quedado a vivir.

Por supuesto, no lo harían. En el futuro, Dios diría, pero hoy no. Hoy querían recuperar lo que les pertenecía.

—De acuerdo... —dijo, en voz baja, el adelantado. Se llevó el dorso de la mano a los labios y se los frotó. Después, separó los dedos y se rascó la barba a la altura de la nuez—. Creía que lo podríamos solucionar a buenas, pero ya veo que nadie está por la labor... Espinosa, acérquese, si me hace el favor.

El capitán hizo lo que el adelantado le pedía y escuchó, con mucha atención, las instrucciones que este le transmitía casi al oído. Nadie, ni siquiera su propia gente, supo qué había dicho. Lo único que les quedó claro fue lo que Espinosa expuso a continuación.

—Muñoz, Tavora. Conmigo.

Los dos soldados se acercaron al capitán, aguardaron a que este se extendiera en sus explicaciones y arquearon las cejas al ver que no recibían ninguna.

—Regresamos a San Mateo —fue lo único que dijo el capitán Espinosa y lo que los demás acertaron a escuchar.

—¿De vuelta a San Mateo? —empezó a protestar Tavora—. Pero si...

—Ya me has oído —cortó el capitán Espinosa mientras comenzaba a caminar en dirección sur.

Los dos soldados le siguieron.

El resto se quedó. Buscó, en las inmediaciones, un lugar tranquilo y se echó a dormir la siesta. Zaldívar advirtió de que, como mínimo, tenían para cinco horas. Una espera larga y siete hombres francamente agotados.

Montoya y De la Cruz, primero uno y luego el otro, preguntaron por qué habían regresado tres hombres a San Mateo. El adelantado respondió que porque sí, porque se trataba de lo que debían hacer, porque de esa forma conseguirían redondear la jornada y cumplir con su cometido.

—No tiene pinta de que vayan a ceder —reflexionó Velarde. Se hallaban a unos sesenta pasos de distancia del lugar donde los quiviras volvían a intentar que los caballos les

obedecieran. No parecía importarles demasiado que los españoles anduvieran cerca. Y si lo parecía, no lo demostraban.

—Ya veremos —dijo Zaldívar, contestando por el adelantado.

Todos, en un momento u otro, cerraron los ojos y durmieron un rato. El cielo azul de Quivira y aquella brisa tan agradable que se había levantado invitaban a dejarse llevar por las ensoñaciones. Tanto que, todos, en un momento u otro, despiertos o dormidos, pensaron en tiaras de plata preciosa, en engarzamientos de piedras brillantes, en bellísimas mujeres desnudas a las que largas melenas de hilos de oro puro se les derramaban por los hombros y los pechos.

Al alcance de la mano. Lo tenían al alcance de la mano, pero, por algún motivo, se les negaba. ¿Los habría abandonado el Señor?

No, desde luego que no. Sencillamente, sus caminos son inescrutables y tú te has de tomar el trabajo de descifrarlos. Él no nos lo pone fácil porque, de lo contrario, Él no sería Él ni nosotros dignos de su misericordia.

—¿No están tardando demasiado? —preguntó, varias horas después, De la Cruz.

—Tranquilo —apaciguó cierta inquietud Zaldívar—. Hay un trecho largo.

Lo había y, si no, que se lo preguntaran a ellos. Cuando a la tarde no le quedaba mucho tiempo y el sol había comenzado a declinar, los vieron en la lejanía. Al principio, solo se trataba de tres puntitos que avanzaban en dirección a ellos. Después, veinte minutos más tarde, se dieron cuenta de que no eran tres puntitos sino cuatro. Hinojosa se hizo sombra con una mano y entornó los ojos.

—Juraría que...

El adelantado se encontraba tumbado entre la hierba. Masticaba una brizna y observaba el paso de las nubes. Si en cualquier parte acostumbraban a mostrar formas peregrinas, aquí lo hacían por partida doble. Quivira no era un reino simple de entender. Por ello, precisamente, Oñate había ordenado que se procediera como se procedió. Lo que el capitán Espinosa, si había seguido sus órdenes al pie de la letra, había consumado daría una vuelta a los acontecimientos. Para bien o para mal, lo haría.

—Juraría que se acercan cuatro figuras —completó su frase Hinojosa.

—¿Traen con ellos a Catarax? —preguntó, curioso, Velarde.

—No, diría que no... —respondió el otro—. No podría jurarlo desde esta distancia, pero creo que se trata de uno de sus guerreros, de los tipos que atrapamos junto al jefe...

—No da la impresión de que venga maniatado —intervino Montoya.

Y, en efecto, no venía maniatado. Al frente del pequeño grupo caminaba el capitán Espinosa. Un paso por detrás de él, Tavora y Muñoz. Este último arrastraba bastante las piernas. Se rieron a causa de ello, y hasta con ganas. Pobre Muñoz. Le apretarían las botas o algo parecido. De lo contrario, no se lo explicaban. Tres caminatas de cuatro leguas cada una tampoco eran para tanto.

Efectivamente, el cuarto hombre era uno de los tres guerreros quiviras capturados junto al jefe Catarax. Caminaba algo alejado de los españoles pero seguía su estela. Podría haber huido en cualquier momento, pero no parecía estar interesado en la posibilidad. Al contrario: si por cualquier motivo se alejaba de los tres expedicionarios españoles, apretaba la marcha y se acercaba a ellos. Venían juntos y por voluntad propia, sin duda.

Los quiviras, por supuesto, también advirtieron la llegada del pequeño grupo. Se habían pasado la tarde trajinando con los caballos y, aunque no habían realizado grandes progresos, se

los veía satisfechos y hasta eufóricos. Ya no se caían tanto de los animales, lo cual, para unos hombres que no los habían intentado montar hasta ayer, significaba un gran avance.

Lástima que los conquistadores se los fueran a llevar.

Cuando, por fin, el grupo llegó hasta el herbazal, los españoles que aguardaban se pusieron en pie para que los advirtieran.

—Vamos, muchacho, ve a saludarlos —azuzó el adelantado a Yunque—. ¡Corre!

El perro salió disparado en dirección a los españoles, los alcanzó y correteó en torno a ellos mientras jadeaba con gran sonoridad. Tavora lo llamó y le palmeó con fuerza el costado, para alborozo del mastín.

—Perro guapo —dijo con una gran sonrisa en los labios. Venían derrengados tras la larguísima caminata, pero el encanto del animal se les hacía irresistible.

A veinte pasos de distancia los unos de los otros, el capitán Espinosa asintió con la cabeza. El adelantado respiró hondo varias veces, pues acababa de quitarse un gran peso de encima. Su plan estaba saliendo tal y como lo había urdido. Ahora solo faltaba que, en la próxima media hora, nada se torciera. Si todo salía bien...

—Espinosa... —saludó sucintamente Zaldívar.

—Capitán... —correspondió el otro—. Solicito un poco de agua para mis dos hombres.

—Por supuesto, faltaba más, y...

En ese momento, el guerrero que traían con ellos echó a correr en dirección a los quiviras que lidiaban con la caballada española.

—¡Se escapa! —exclamó Velarde haciendo amago de irse tras él.

—Déjalo, déjalo —indicó Zaldívar. Lo habían traído esencialmente para eso: para liberarlo, que corriera junto a los suyos y que les contara aquello de lo que había sido testigo.

—¿La trae? —preguntó el adelantado.

Por toda respuesta, el capitán Espinosa entregó un paquetito a Oñate. Tan pequeño que cabía en la palma de la mano y cuidadosamente envuelto en un fino lino que, sin duda, habrían encontrado en el interior de alguna de las casas de San Mateo.

—¿Problemas para conseguirla? —se interesó el adelantado.

—Bueno, no nos la dio de buena gana... —explicó Espinosa—. Pero tampoco resultó difícil. Eso sí, se nos echó a llorar como una nena.

—¿A llorar?

—Sí, un puto horror, adelantado. Muñoz trató de calmarlo, de explicarle que sería solo un momentito, que apenas notaría nada...

—¿Y?

—Nada, el puto maricón seguía llorando. Gritaba no sé qué en su jerga... Hasta se puso de rodillas. Nos dio un poco de pena, la verdad.

—Pero no titubeasteis, ¿no es así?

—Le acabo de entregar el paquete, adelantado.

—¿Sus guerreros lo vieron?

—Sí, aunque tuvimos que obligarles a hacerlo.

—¿Y eso?

—No sé qué decirle... Cuando comprendieron qué pretendíamos, se quedaron blancos, lívidos... Uno de ellos casi se nos va al suelo.

—¿Pero el que habéis traído lo vio?

—Fue testigo directo.

—¿Seguro?

—Como que ahora estoy hablando con usted. Pierda cuidado, adelantado. Saldrá como usted lo tiene planeado.

Oñate realizó una breve pausa. Sostenía en la palma de la mano el paquetito que el capitán Espinosa le había entregado. A través del fino lino, percibía algo blando y húmedo.

—Andando —ordenó.

Los diez hombres se ajustaron las armaduras, se recolocaron las espadas y comenzaron a caminar en dirección al grupo de quiviras. El guerrero que había llegado con Espinosa, Tavora y Muñoz se había convertido en el centro de atención y no paraba de hablar y gesticular mucho con las manos.

—Ojo al primer momento —advirtió Oñate—. Todos muy atentos, ¿de acuerdo?

—¿Vamos a tener que desenvainar, adelantado? —preguntó Hinojosa.

Oñate no se lo pensó antes de responder.

—Sinceramente, creo que no —dijo—. Pero conviene que nos andemos con cuidado.

—Tampoco es para tanto... —comentó, entonces, Espinosa.

—No, no es para tanto —aseguró el adelantado—. Somos gentes de paz. Nuestro único afán es que nos dejen tranquilos. Y que, por supuesto, nadie nos robe lo que es nuestro.

Varios guerreros quiviras los vieron aproximarse y los señalaron con el dedo. Ya nadie intentaba montar a caballo y se los notaba visiblemente alterados. Los españoles se abrieron en una línea, aunque esta vez solo dejaron entre ellos el espacio necesario para desenvainar. Ni un palmo más.

—¿Cómo va eso? —preguntó el adelantado sin dirigirse a ningún quivira en particular—. Perdonad si os interrumpimos, pero querríamos volver a debatir nuestro asunto pendiente. Los carros y los caballos, ¿sabéis?

Hablaba sin levantar la voz y, a la vez que lo hacía, señalaba, con su brazo extendido, a la caballada. De cuando en cuando, recogía el brazo y se apuntaba, con el dedo índice, a sí mismo. Parecía imposible que alguien no entendiera lo que quería decir.

Algún quivira dijo algo en jerga y el adelantado mostró una mano abierta frente a él. En la otra, guardaba el paquetito.

—Calma, calma... —dijo—. Si aquí todos somos amigos... Tranquilos, tranquilos... Mirad, para que veáis que nuestras intenciones son claras, os traemos un presente desde San Mateo. San Mateo... Bueno, no sé cómo cojones llamáis vosotros al pueblo que tuvisteis la deferencia de vaciar para que nos alojáramos. Bien, el caso es que Catarax, nuestro ilustre invitado, os envía algo. En serio, no os lo toméis a mal. Simplemente, se trata de un recordatorio. De una advertencia hecha en buen tono entre gentes que no se pretenden mal alguno. Tenemos un desacuerdo, nada más. Y hay que solucionarlo, porque para nosotros es importante hacerlo y, además, se hace de noche. No nos gusta pernoctar fuera de casa. Y, menos aún, invernar a cientos de millas de nuestro hogar. ¿Comprendéis ahora por qué necesitamos que nos devolváis nuestros carros y nuestros caballos? No digáis que no os lo pedimos por las buenas.

Fue entonces cuando Oñate, abriendo la palma de su mano y extendiéndola hacia delante, ofreció el paquetito a los quiviras. Los quiviras, que ya tenían noticia de qué se guardaba en él,

pues así se lo había contado el guerrero liberado, contemplaron con horror la ofrenda de Oñate.

—Vamos, hombre, que no os va a morder... —apremió el adelantado mientras miraba al cielo y calculaba el tiempo de luz que le restaba al día.

Uno de los quiviras quiviras dio un par de pasos al frente y tomó, de la mano de Oñate, el paquetito que este se empeñaba en entregarles. Después, regresó junto al grupo de quiviras y, con cierto ceremonial, desdoblaron el envoltorio de lino y observaron lo que el paquetito contenía.

Muchos no habían dado crédito a lo que el guerrero liberado les había explicado. Ahora, con la prueba a la vista, ya no tuvieron dudas. Allá, sobre la palma de la mano del guerrero que había procedido, la oreja izquierda de Catarax se aparecía frente a ellos. De un corte limpio, el capitán Espinosa se la había amputado, tal y como el adelantado le había ordenado que hiciera.

—Venga, que solo es una oreja... —bufó el adelantado. Se lo veía impaciente por terminar con aquello—. ¿Ahora nos creéis? ¿Creéis de verdad que podemos comportarnos como unos auténticos hijos de puta? Sabed bien una cosa, ya que no os miento en esto: a vosotros os gusta ser los salvajes, pero ello se debe a que no nos habéis conocido a las malas. Y eso es porque no nos gusta ponernos a las malas y, de hecho, no lo hacemos salvo que nos obliguen. Vosotros, putos cabrones, me habéis obligado a hacer esto. Es culpa vuestra, no mía. Yo no quería cortarle la oreja a vuestro jefe. Qué cojones gano yo con ello, decídmelo... ¡Nada! He perdido un puto día de mi vida en esta gestión. Y, de verdad, hemos dormido una siesta muy agradable en ese prado de ahí al lado, pero nos gustaría que ya, de una vez por todas, nos devolvierais nuestros carros y nuestros caballos, y permitierais que finalizáramos nuestro trabajo para, así, poder regresar a casa. Tenemos unas ganas locas de echar un polvo, tíos. Tres meses de expedición llevamos, tres meses... Vosotros sois fieros guerreros y puede que sepáis qué significa estar tanto tiempo fuera de casa. O quizás no, no lo sé. El caso es que ¿nos devolvéis, por favor, nuestras cosas? A cambio, prometemos no seguir cortando en trocitos a Catarax. Y os lo devolveremos, por supuesto que sí. Bien comido y bien dormido, como Dios manda. No somos mala gente, de verdad...

Los quiviras reaccionaron con una mezcla de estupor y altanería. Los españoles, que habían observado muy a menudo un comportamiento semejante en otras naciones con las que se habían encontrado en sus expediciones a lo largo y ancho de Norteamérica, no se lo tomaron en cuenta. Se trataba, por decirlo de alguna forma, de la reacción normal. Abres mucho los ojos porque no puedes creer que lo que estás viendo sea cierto y, al tiempo, notas cómo, en lo más hondo de ti, comienza a germinar un sentimiento de odio y un deseo de venganza. Necesitaban un rato para asimilar lo que les estaba ocurriendo, eso era todo. Mientras los españoles tuvieran a Catarax en su poder, nada deberían temer.

No obstante, los quiviras no se decidían. Cincuenta contra diez, cinco a uno. Podrían haber dejado camino libre a la ira y haber matado a todos los españoles. ¿Habría sido la respuesta inteligente? No, pero de reacciones insensatas en momentos cruciales se construye nuestra historia a lo largo de los siglos. Nadie se lo reprocharía a los quiviras si ahora decidían que al infierno con todo y que masacraban, allí mismo y sin más explicaciones, al pequeño grupo de españoles.

Discutieron entre ellos durante cinco o diez minutos. Los españoles, que conocían que esto debía ser así, les dejaron hacer. Por supuesto, no precisaban conocer la jerga quivira para comprender que una parte de los guerreros presentes se mostraba a favor de la confrontación y otra, más reducida en un principio, de la mesura y la calma. Y los españoles, también porque no se trataba de la primera vez que se veían en una de estas, sabían, como efectivamente al final

sucedió, que la parte en principio más pequeña es la que termina por imponerse. ¿Y por qué lo hace? Porque es la más sensata, la que mejor salida les da, la que permite que su juego no se eche a perder en ese mismo instante. ¿Quién decía que si ahora aceptaran el trato ofrecido por los españoles e intercambiaran los carros y los caballos a cambio de Catarax, más adelante, una vez rehechos y organizados, la infantería quivira no podría caer como un fenomenal mazo sobre la expedición española y aniquilarla?

Por desgracia para los ingenuos quiviras, los españoles les estaban leyendo el pensamiento. De nuevo, la candidez de la mayor parte de las naciones americanas suponía el flanco débil que los españoles aprovechaban sin miramientos. Salvo los apaches, que se conducían siempre de forma completamente imprevisible, al resto de salvajes lo veían venir. Y porque lo hacían, el adelantado juzgó oportuno realizar lo que, a continuación, realizó. Explicó de qué eran ellos capaces si los quiviras no accedían, ahora mismo, a sus peticiones.

—Yunque... —dijo Oñate mientras, sin dejar de mirar hacia el frente, chasqueaba los dedos de su mano derecha—. Vamos, bonito, ven aquí...

El mastín, que llevaba la jornada entera holgazaneando de un lado para otro, acudió a la llamada de su dueño y jadeó con la mandíbula abierta. Oñate se agachó para recolocarle la cota de malla y el casco con el pincho metálico en mitad de su cabeza.

Durante un par de minutos, el adelantado acarició a su perro. Los quiviras continuaban discutiendo. Los españoles dirían que las tesis de quienes apostaban por aceptar el intercambio del jefe Catarax se estaban imponiendo. Magnífico. Si existía un buen momento para apuntalar la posición española, lo tenían frente a ellos.

Oñate se inclinó sobre la oreja de Yunque y le dio una corta instrucción. Resultó casi inaudible y solo los soldados más cercanos a su posición la escucharon:

—Ataca.

Al mastín le costó ponerse en marcha, pero, una vez que lo hizo, se convirtió en la fenomenal máquina de guerra que era. Lanzado a la carrera en dirección a los quiviras, el perro eligió a su presa diez pasos antes de alcanzarla. Un guerrero al azar, de los muchos que había por allí. Un tipo anónimo, ni más fuerte ni más escuálido que el resto. Un tipo con una auténtica mala suerte.

Yunque, a dos pasos del quivira, se impulsó sobre sus patas traseras y dio un colosal salto en el aire. Con las fauces abiertas, atrapó por el cuello al guerrero mientras el pincho de hierro se le clavaba en el rostro y se hundía en él fragmentando, a su paso, músculos, huesos y tendones.

Los guerreros más cercanos, aterrados, dieron un paso atrás. Esa era, exactamente, la emoción que, con el ataque del mastín, se pretendía aflorar: el terror. El terror puro y sin aristas que brota en quien comprende que su adversario es capaz de ir, siempre, un paso más allá. Que no le importa hacerlo y que lo hará si lo cree conveniente.

Porque la guerra es una cosa, y un perro demoníaco apretando la garganta de un hombre, otra bien distinta.

—Estad atentos —dijo, en voz baja y con la vista fija en el frente, Zaldívar. No parecía nervioso.

Al final, te pongas como te pongas, el espectáculo que ofrece un mastín de guerra descuartizando a un hombre vivo no es agradable. Los españoles, bien que mal, lo toleraban, pues lo consideraban parte del trabajo. No habernos robado y no os estaría pasando esto. Desde el punto de vista moral, no es como si tú apareces aquí y, sin venir a cuento, la emprendes contra

unos indios que no te han hecho nada. Qué va, al contrario. Se lo merecían. Como escarmiento y, sobre todo, para ver si así les devolvían, de una santa vez, lo que era suyo. Necesitaban esos caballos si no querían pasar el resto de sus días en el culo de Norteamérica. Y ya se lo habían pedido por favor. ¿Qué más puede un hombre hacer en esta vida?

Desde un punto de vista bélico, las cosas cambiaban un tanto. Porque allí todos se habían batido el cobre cuando era necesario. Se hallaban alistados como soldados en la expedición. Muy tonto habría que ser para no intuir que, junto a la armadura, el morrión, la escopeta y la espada, no va aparejada una obligación de luchar contra el enemigo en cuanto el sargento mayor lo ordene. Pero, claro, una cosa es una cosa, y otra, otra. Abrirte paso a espada y tajador adversarios no les importaba demasiado. No haberte hecho guerrero. No haber ido a la guerra. O, simplemente, jódete. En fin, a la batalla abierta no hay que darle demasiadas vueltas. Pero, claro, aquí tenían a un maravilloso mastín de guerra español haciendo lo único que sabe hacer en este mundo. Y según sea tu carácter, puede que el alma se te encoja un poco. Le sucedió, por ejemplo, a Hinojosa cuando Yunque le arrancó, de una poderosísima dentellada, un trozo de cuello al quivira. Le partió varias arterias por la mitad y la sangre brotó a borbotones. Después, el perro lo volvió a agarrar por la mandíbula y, no sin antes clavarle, una vez más, el pincho metálico en el rostro, se la fracturó como si fuera de maderilla fina. Escucharon perfectamente el clac que realizó cuando el hueso se partió y los dientes del tipo comenzaron a saltar en todas direcciones. De la Cruz estuvo a punto de apartar la mirada y Muñoz notó una arcada y creyó que iba a vomitar, pero, en último término, logró contenerse. Afortunadamente, porque habría quedado fatal. Uno no se convierte en conquistador para echar los intestinos en cuanto descuartizan al primer enemigo. Se espera de ti más empaque, más presencia, cierta contundencia a la hora de afrontar el día a día de tu oficio.

Los que sí se quedaron lívidos fueron los quiviras. En sentido figurado y literal. Estaban debatiendo tranquilamente acerca de si lanzarse sobre los extranjeros y aniquilarlos cuando estos, de pronto, suben la apuesta a unos límites que tú no estás en condiciones de igualar. Porque los quiviras, sinceramente, no se esperaban algo semejante... Llevaban generaciones luchando contra los escanjaques y, de cuando en cuando, quizás cada diez o quince años, tenía lugar una cruenta batalla en la que morían seis o siete hombres por cada bando. Luchas honestas, entre guerreros valerosos que respetaban el honor y la tradición. Resultaba, si quieres, hasta estimulante. Al final, se trataba de sociedades prósperas y desarrolladas en las que, salvo recolectar bisontes, no había grandes asuntos en los que ocupar el tiempo. Se aburrían tanto que una batallita por generación no era algo que les terminara de disgustar. Al menos, tenían tema de conversación para una década o dos. Todavía se contaban anécdotas y sucesos de los que fueron protagonistas los abuelos de sus abuelos.

Y, ahora, un mal horrendo y despiadado, algo que jamás habían conocido, que nunca habían soñado que fuera posible, se desplegaba ante ellos en toda su crudeza. El guerrero quivira al que el perro acababa de asesinar era el hermano de uno, el primo de otro, el sobrino de uno más. Un muchacho estupendo, como lo son todos cuando caen a manos del enemigo. Este, si cabe, mucho más, pues la muerte que le acaba de tocar en suerte superaba todo lo imaginable en crueldad y fiereza.

—Montoya, Tavora —dijo Zaldívar—. Ojo con esos que están en vuestro flanco izquierdo.

—Se acaban de cagar encima, capitán —expuso Tavora, tras echar un vistazo. Yunque emitía un gruñido ronco y cansado, y eso era todo lo que, salvo las pocas palabras que se cruzaban los

españoles, podía escucharse en aquel lugar.

—Por si acaso.

—Como mande.

El adelantado se había mantenido impávido mientras su perro obedecía la orden que le había dado. Un mastín de guerra es una herramienta para la batalla, tal y como lo es la espada, una daga o la escopeta. De manera que, en un sentido estricto, aquel cadáver se lo apuntaba él. Dio un paso hacia el frente, los quiviras lo observaron y él los observó. Les sostuvo la mirada durante unos segundos, comprendió que el plan había salido a la perfección y extendió el brazo izquierdo hasta situarlo en posición horizontal. Así, alejaba, en todo lo posible, la mano de la empuñadura de la espada y comunicaba a sus estupefactos adversarios que no pensaba ir más allá, que esto se quedaba aquí, que, al menos en lo que a ellos respectaba, no habría más muertos. Uno solo, y para que os entre en la cabeza de lo que somos capaces si no conseguimos llegar a acuerdos razonables.

—Yunque —llamó Oñate. Al igual que Zaldívar, no levantaba el tono.

El mastín, al oír la voz de su amo, soltó de inmediato la presa y corrió junto a él. Entre la carótida y la yugular pueden expulsar, a chorros, cantidad suficiente de sangre para empapar a un perro. A pesar de todo, el adelantado se agachó y acarició a su animal.

—¿Dónde estábamos? —preguntó mientras volvía a incorporarse, observaba su mano manchada de sangre y se la limpiaba en uno de los protectores del brazo—. Ah, sí, en Catarax. Nuestro amigo Catarax. Bien, os contaremos lo que vamos a hacer. Ahora mismo, nosotros nos vamos a llevar nuestros carros y nuestros caballos. Sin excusas, ¿vale, tíos? Nos los llevamos y unos cuantos de vosotros os vendréis con nosotros. Esta misma noche soltaremos a Catarax. Tranquilos, tíos, tenéis mi palabra. Y la palabra del adelantado Oñate vale su peso en oro. No os vamos a perjudicar porque, como ya os he repetido hasta la saciedad, nosotros venimos hasta aquí en son de paz y sin la menor intención de causar daño a nadie. Somos simples conquistadores y esto es un trabajo. No deberíais habérselo tomado por lo personal. Porque, claro, ese es el camino directo hacia el desastre. Ahora ya lo sabéis, y creedme cuando os digo que yo más que nadie lamento que haya tenido que ser de este modo. Pero no me habéis dejado otra opción, tíos. En fin, lo dicho. Nos llevamos lo que es nuestro y esta noche soltamos a Catarax. Devolvedle la oreja, si sois tan amables. Y decidle que no le guardamos rencor.

Los cincuenta quiviras miraron al adelantado. Los cincuenta al mismo tiempo. Zaldívar, los capitanes y algunos de los soldados trataron de desentrañar qué había tras aquella mirada, pero les resultó imposible. Sin embargo, Zaldívar no acababa de tenerlas todas consigo.

—Hay que darles algo, adelantado —señaló.

—¿Cómo dices, Vicente? —preguntó Oñate. Zaldívar se hallaba justamente a sus espaldas, pero el adelantado no se giró ni un ápice para hablar.

—Tenemos que compensarles —argumentó el sargento mayor—. No podemos dejarlo así. Es demasiado peligroso.

—No les vamos a dar nada, Vicente.

—Piense en lo que dice, adelantado...

Zaldívar no era el único en observar la situación desde esa perspectiva. Tanto el capitán Espinosa como el capitán De las Casas se estaban dando cuenta de que, de un modo o de otro, se verían obligados a pagar un precio a cambio de la paz.

A fin de cuentas, su perro casi se come a uno de los suyos. Los temían, los temían porque nada da más miedo que lo imprevisible. Y los españoles acababan de demostrar que en esto basaban su juego: primero, como todo el mundo, nosotros tenemos un límite, aunque vosotros desconocéis cuál es; segundo, ese límite está mucho más lejos de lo que jamás habríais soñado.

—¿Y si les entregamos unos cuantos caballos? —sugirió Espinosa. Él, junto al resto de hombres, se situaba tras el adelantado.

—Ni hablar —respondió Oñate.

—Nos la jugamos, adelantado —añadió Espinosa.

—Estoy de acuerdo con Espinosa —creyó oportuno sumarse el capitán De las Casas—. Piénselo, adelantado. Si nos marchamos con los caballos y los carros, la herida se cerrará en falso.

—Me importa tres cojones que...

Entonces, el propio adelantado cayó en la cuenta de lo que decía y se cortó en seco. Sí, los capitanes se hallaban en lo cierto. Podrían recuperar sus cosas ahora mismo y marcharse de allí con todo. Dejarían atrás un cadáver descuartizado y, sobre todo, mucho rencor. Demasiado, si querían regresar en uno o dos días para ver de qué se podían apoderar. Todo esto lo hacían para conseguir plata, oro y piedras preciosas. Y perder de vista ese objetivo era perder de vista el mismísimo sentido de sus existencias.

Les darían algo a cambio del rencor. El cadáver descuartizado descuartizado se quedaba, pero debían borrar todo rastro de resentimiento en aquellas miradas que ahora se hallaban fijas en ellos.

—¿Cuántos, Vicente? —preguntó Oñate.

—Cien caballos, adelantado.

—Prefiero que nos maten a todos ahora mismo.

—Adelantado...

—Ya me has oído, Vicente. Me ha oído todo el mundo. Nos lo vamos a jugar todo a una carta. Lucharemos y que sea lo que Dios quiera.

Los hombres, a sus espaldas, comenzaron a revolverse inquietos. Oñate escuchó los crujidos que realizaban los correajes que unían las diferentes partes de las armaduras. Escuchó el chirrido que estas emitían cuando rozaban contra las cotas de malla que se enfundaban por debajo.

—Se nos echa la noche encima, adelantado —dijo Velarde. De esta forma, un simple soldado explicaba cómo veía él la situación: no vamos a seguirle hasta el final. No vamos a jugar nos el pellejo hasta ese extremo. No, porque no se nos paga lo suficiente para ello. Apoquine un precio a cambio de la paz o nosotros nos damos media vuelta y ya nos ha visto usted el pelo.

—Veinte caballos —dijo Oñate. Hablaba en dirección a los quiviras, quienes permanecían inmóviles y observantes.

—Setenta —regateó Zaldívar.

—¿Cuántos quiviras hay? —preguntó el adelantado.

El sargento mayor estaba más que acostumbrado a realizar cálculos. Por ello, no tardó ni un segundo en responder.

—Una cincuenta —dijo.

—Pues cincuenta —sentenció Oñate—. Uno para cada uno.

—Me parece bien —aceptó Zaldívar.

—¿Capitanes? —preguntó el adelantado.

—De acuerdo —respondió De las Casas.

—De acuerdo —correspondió Espinosa.

—No se los merecen —se lamentó el adelantado.

—Tómeselo como una inversión —dijo Zaldívar. A cuenta de lo que, en lo que tardaran en organizar la invasión definitiva de Quivira, obtendrían sin apearse de las sillas—. Con lo que saquemos de aquí, podrá usted comprar diez mil caballos en Zacatecas.

—Una cosa más —dijo el adelantado.

—Diga —repuso Zaldívar.

—¿Quién nos asegura que, si ahora les damos cincuenta caballos, mañana no nos matarán cuando entremos en sus pueblos y aldeas?

—Nadie, adelantado —reflexionó el sargento mayor—. Pero es lo que hay.

Oñate levantó una mano y, con el dedo índice todavía manchado de sangre, señaló a los quiviras.

—Hoy es vuestro día de suerte, hijos de la gran puta.

Media hora después, una lenta comitiva se ponía en marcha en dirección a San Mateo. Las mulas y los bueyes habían sido enyugados y los ocho carros avanzaban con ocho guerreros quiviras a las riendas. Dejaban atrás cuarenta y dos caballos pertenecientes a la caballada española. Cuando llegaran a San Mateo, permitirían que cada uno de los ocho guerreros que les acompañaban eligiera el que quisiera. Después, le darían otro a Catarax, de propina y en compensación por las molestias causadas.

Los quiviras aceptaron el trato y los españoles entendieron que lo hacían de buen grado. Al final, puede que tampoco les cayera tan bien el tipo al que Yunque había despedazado. Fuera como fuese, los quiviras salían de allí con un reluciente caballo por cabeza. En propiedad, para siempre. Y dado que los españoles les habían prometido solemnemente que no matarían a nadie más y que lo sucedido en las últimas horas no había sido sino un fenomenal malentendido, se quedaron satisfechos.

Los españoles representaban al mal, pero, al margen de eso, parecían buenas personas.

Una larga espera

27 de septiembre de 1601

Pasaron tres días encerrados en San Mateo y sin hacer absolutamente nada. Viéndolas venir. Incluso los hombres como ellos necesitaban, de cuando en cuando, un respiro. Llegar a casa, cerrar la puerta tras de ti y olvidarte de que el mundo existe.

Sin llegar a tanto, se tomaron un bien merecido descanso. Los hombres estaban exhaustos y Zaldívar habló en privado con el adelantado para rogarle que les diera cuartelillo. Todos lo necesitaban, Oñate incluido. Por supuesto, nadie osó decírselo, pero así era.

Tras recuperar los caballos y la mayoría de los pertrechos que guardaban en los carros, los españoles regresaban al punto de partida de la expedición. Todas sus posibilidades volvían, de nuevo, a mostrarse intactas. Si acaso, ahora conocían de primera mano a qué atenerse. Conocían el terreno, a las gentes que lo habitaban y las especiales relaciones que se establecían entre unas y otras.

Zaldívar envió, hasta en cuatro ocasiones, partidas de caza para que el campamento español se aprovisionara de carne fresca. Los hombres, ahora ya con sus escopetas al hombro, abrieron fuego sobre los bisontes y abatieron tantas piezas como creyeron oportuno. Cierto era que, tras cada disparo, se provocaba una grandiosa estampida. Sin embargo, con las estampidas sucede lo que con todo: vista una, vistas todas. Al principio, los españoles se asustaban mucho. Caray, ¿y si a la inmensa manada de bisontes le daba por correr en la dirección en la que ellos se encontraban y los arrollaba? Después comprendieron que eso no sucedería, que lo que realmente hacían los descomunales bichos era huir del estruendo que provocaba el disparo. Así que elegían cualquier dirección excepto esa desde la que provenía dicho disparo. Con permanecer todos agrupados en torno al tirador, asunto resuelto. Ni que decir tiene que, cuando una manada ponía pies en polvorosa presa del más furibundo de los pánicos, otra llegaba, en menos de media hora, y ocupaba su sitio. Allí había animales como para alimentar a millones de personas. Y no es una exageración. Millones y millones de bocas saciarían su hambre tan solo matando a aquellos animales, despiezándolos y poniéndolos sobre unas brasas. Algunos soldados fantasearon con la posibilidad de conducir a una de esas manadas hasta el sur y subastar allí las reses, pero lo descartaron pronto al comprender que a los bisontes no se los gobernaba con tanta facilidad como ellos creían. Si te descuidabas, una cornada de aquellos fantásticos animales te enviaba al otro barrio. Y tampoco era cuestión.

Los tres mil guerreros escanjaques, que continuaban acampados a un tiro de piedra de San Mateo, parecían haberse olvidado un tanto de los españoles. Observaban cómo las partidas salían

de caza y cómo, dos o tres horas después, regresaban con las piezas cobradas. También advirtieron a los soldados que, día y noche, hacían la ronda en las inmediaciones de San Mateo. En esto, Zaldívar no quería que nadie les sorprendiera con el pie cambiado. Ya habían tenido suficientes sobresaltos en esta expedición. Ni uno más, se dijo, y ordenó que hombres a caballo y fuertemente armados patrullaran las inmediaciones del campamento español. Y sin tonterías: al primer idiota que se cruzara en su camino y les entrara por el ojo izquierdo, le sacudían un escopetazo en el pecho y después desmontaban para averiguar de qué se trataba. Pero primero el disparo. Estaban hartos de penar y penar. Su buena conciencia les había llevado a perder los carros y la caballada. Las intenciones claras y directas de las que los expedicionarios españoles siempre hacían gala no les habían reportado sino quebraderos de cabeza. Casi lo pierden todo. Casi los matan varias veces. Bien, hasta aquí habían llegado. No le aguantarían una sola memez más a nadie. San Mateo era su fortín y en su fortín solo entraban y salían los españoles.

Nunca supieron si fue o no este el motivo de que los escanjaques los dejaran tranquilos durante aquellos tres plácidos días, pero así sucedió. Quizás los salvajes estuvieran aguardando acontecimientos. Daban por hecho que los españoles tratarían de recuperar a Mallea. De hecho, no comprendían por qué no lo hacían. En realidad, lo que los escanjaques jamás fueron capaces de entender fue el sentido español del tiempo. Pues claro que harían algo con respecto al asunto de Mallea. El soldado estaba ahora del lado de los escanjaques, o eso juraba él hasta quedarse afónico, pero este hecho lo desconocían los españoles. ¿No habría sido lógico que, en cuanto hubieran estado de regreso en San Mateo con los carros y los caballos, se hubieran acercado hasta el campamento escanjaque para interesarse por su compatriota? Si hubieran sido los españoles los que retenían a un guerrero escanjaque, los escanjaques habrían caminado hasta el lugar donde acampaban los españoles y, de buenas maneras, habrían tratado de llegar a un entendimiento. Porque eso era lo que, antes y ahora, habían pretendido los escanjaques: entenderse con los españoles para, así, invadir juntos e invencibles la gran Quivira.

Pues no. Los españoles no dieron señales de vida. Cuando unos y otros se cruzaban en el prado abierto, se saludaban levantando una mano y cada cual seguía con su camino. Al jefe Gregorio aquella estrategia no acababa de convencerle. Sabía que los conquistadores españoles eran hombres de acción. ¿Por qué, en último término, no les declaraban la maldita guerra? Ellos ya lo habrían hecho hacía tiempo y en lo que tardas en pintarte desde los pies hasta las cejas.

Y, desde luego, tenían a los quiviras, que eran quienes realmente preocupaban a los españoles y en quienes estos mantenían toda su atención. Necesitaban, en primer lugar, conocer las intenciones de los quiviras. Necesitaban saber si les iban a atacar o, por el contrario, se atenderían a lo acordado. Les habían regalado cincuenta preciosos caballos y les habían jurado solemnemente que no matarían un solo quivira más si este no les atacaba antes. A juicio de los españoles, los quiviras habían cerrado el trato de sus vidas. Cincuenta caballos, por el amor de Dios... ¿Cuántas naciones indias de Norteamérica disponían, ahora mismo, de semejante cantidad de monturas españolas? Si alguien conocía la respuesta a esta pregunta, no se hacía necesario buscarlo muy lejos: ellos, ellos sabían de sobra que los quiviras suponían el punto de partida de una colonización que ni los propios quiviras se esperaban. Los españoles tuvieron, no por cortesía sino para asegurarse más aún de que los salvajes quedaban satisfechos, el detalle de darles caballos pero también yeguas. Si los quiviras eran lo suficientemente listos, postergarían los intentos de montarlos y se preocuparían de que los animales procrearan. Algo, por cierto, bastante

sencillo y natural. No hacía falta ser demasiado listo para comprender el mecanismo elemental del apareamiento de yeguas y caballos y, a partir de ahí, todo sería coser y cantar. Con cincuenta buenos ejemplares, en un año dispondrían de un buen puñado de potrillos. En dos años, dos buenos puñados. En diez, una nación guerrera montada a caballo. Les habían entregado la llave de la invencibilidad frente al resto de naciones americanas. Y lo habían hecho porque en ese momento les convenía y porque, además, este suceso jamás lograría poner en peligro la hegemonía española. Entre caballerías enfrentadas en la batalla, si una dispone de acero y la otra no, adivina quién vence. No en ocasiones, sino siempre. Los españoles lo tenían claro y esperaban que los quiviras, por su bien, también lo tuvieran. Además, todavía faltaban diez o veinte años para que esta nación pudiera combatir a caballo. Entonces, ellos ya no estarían aquí, sino muy en el sur viviendo una vida regalada. Las riquezas que en poco tiempo pasarían a sus manos se la proporcionarían. Y el que viniera detrás que arreara.

Con lo uno y con lo otro, los españoles tampoco perdieron el tiempo. Tenían a De la Peña, el único superviviente, junto a Jusepe Gutiérrez, de la malograda expedición de Humaña y Leyva, seis largos años atrás. Sin embargo, a diferencia del pobre Jusepe, De la Peña se había pasado esos seis años en el corazón de Quivira. Y, de acuerdo, puede que el hecho de que fuera un triste esclavo limitara un tanto su capacidad para haber visto todo lo que habría deseado, pero que a ellos no les fuera con cuentos: De la Peña conocía dónde se escondían las riquezas quiviras y se disponía a contárselo. ¿Por las buenas? Bueno, te hemos liberado del yugo quivira, ¿no, Bartolomé? Pues empieza a largar, porque no será a nosotros a quienes nos sorprenda el invierno tan lejos de casa.

De la Peña, que como él mismo repetía en cuanto tenía ocasión, era de Huelva, dijo que sí e hizo como que no. El resto, que tampoco era de mucho más lejos, comprendió al instante qué pretendía De la Peña.

—Irás a porcentaje, como los demás —le dijo Zaldívar. Se encontraban reunidos en el interior de una de las casas porque fuera hacía calor y, además, no convenía que todos lo supieran todo.

—Seis años enteritos me he tirado yo allá —repuso De la Peña. La civilización quivira no conocía la silla y, previéndolo, ellos se habían traído sus propios taburetes desde San Gabriel. Ahora que tenían de vuelta los carros con los enseres, volvieron a sentarse como Dios manda.

—Pero no por nuestra culpa —intervino el capitán Sosa. Junto a los otros tres capitanes, el sargento mayor y el adelantado, interrogaban a De la Peña, quien, de puro perro viejo, no solo no se sentía intimidado, sino que aceptaba que, si no alcanzaban un acuerdo, ahí se las dieran todas.

—Venga, tío —dijo Espinosa—. Nos hemos jugado la vida para salvarte el pellejo.

—Soy un reo, si no me equivoco —frunció el ceño De la Peña.

—¿No te ha dicho el adelantado que olvidará que vosotros vinisteis aquí sin permiso de nadie? ¿Y no ha añadido que, si nos echas una mano y nos das la información que necesitamos, lo dejará pasar?

—No estoy seguro de que eso vaya a ser así, se lo digo con el debido respeto.

—Hay un precedente.

—¿Un precedente?

—Jusepe Gutiérrez. También pertenecía, tú bien lo sabes, a la expedición ilegal de Humaña y Leyva, y el adelantado lo perdonó a cambio de facilitarnos información acerca de la ubicación

exacta de Quivira.

—¿Jusepe está aquí?

—Por supuesto. Él nos guio desde San Gabriel.

—No me jodas...

A De la Peña se le descolgó un poco la mandíbula. Tenía frente a sí al propio adelantado, que no despegaba los labios pues sus hombres hablaban por él. La mirada, eso sí, la tenía fija en De la Peña. Para ser de Huelva, mucho trabajo les estaba dando.

—El ocho por ciento de todo lo que consigamos, a repartir entre la totalidad de los hombres —explicó Zaldívar con voz calmada.

—¿De todo? —preguntó De la Peña.

—De la ganancia completa —aclaró Zaldívar.

—Y no te quejes, porque el trato inicial fue del siete —intervino el capitán De las Casas—. Pero el adelantado es tan generoso que, sin que nadie se lo pidiera y en vista de que todo el mundo se estaba deslomando lo suyo, decidió incrementar en un puntito el porcentaje. ¿Cómo te quedas, De la Peña?

—No sabría qué decirle, capitán...

—¿Cuánto os daban Humaña y Leyva? —preguntó Espinosa.

—No me acuerdo muy bien... —farfulló De la Peña.

—A nosotros no nos toques los cojones, ¿entendido? —gruñó el capitán Montesinos—. Si no nos vas a ayudar, de acuerdo. Estás en tu derecho y te atienes a las consecuencias. Hasta te reconozco cierto coraje, qué hostias... Tú eres de los que no negocian. Aquí respetamos eso, sí señor. En cuanto llegemos a San Gabriel te meteremos en el calabozo y enterraremos la llave en el desierto, pero nuestro homenaje ya te lo has ganado. Eso sí, escúchame... Como te digo eso, te digo esto otro: no nos toques los putos cojones, ¿de acuerdo?

Las palabras de Montesinos lograron que De la Peña reculara. Se trató de un simple gesto, de un ligero mohín. Significaba que se lo estaba pensando y que, por lo tanto, terminaría por decirles todo lo que querían.

—¿Cuánto os daban Humaña y Leyva? —repitió Espinosa.

—El cinco por ciento —reconoció De la Peña.

Los capitanes sonrieron abiertamente. Casi se echan a reír allí mismo.

—Joder, puto gilipollas de los cojones... ¿Y de verdad que estabas tratando de regatear un ocho? —espetó Sosa.

—Quiero un fijo —mostró, por fin, sus cartas, De la Peña.

Ni Zaldívar iba con un fijo apalabrado. En esa expedición, desde el primero hasta el último de los hombres trabajaba a porcentaje. Tenían su soldada asegurada, por supuesto, pero como en San Gabriel. El incentivo para montarse sobre un caballo y cabalgar durante medio año eran las riquezas, que siempre soñaban infinitas y muy al alcance de la mano.

—Vale, no vamos a darle más vueltas al asunto —sentenció Zaldívar—. Es tu última oportunidad. ¿Te sumas a la partida o no?

El sargento mayor se había inclinado hacia delante en su silla y miraba a De la Peña. Estaba decidido: si decía que sí, escucharían lo que tenía que decirles y lo considerarían como a uno más; si se negaba, al infierno con él.

Algo le dijo a De la Peña que no podía continuar tensando la cuerda. Algo en la mirada de Zaldívar, sí, pero también en la manera que aquellos tipos tenían de sentarse. De alguna forma, se hallaban tan hartos como decididos. Hartos de que nada acabara de salirles bien y decididos a que esa suerte cambiara. Que De la Peña les ayudara les vendría de perlas, pero en ningún momento consideraban que aquel refuerzo fuera determinante. Pensó, entonces, que a él se lo habían encontrado por puro milagro. Sus compatriotas, cuando pusieron en marcha la expedición, no tenían ni la más remota idea de que él continuara con vida. A efectos prácticos, bien podían seguir actuando como si así fuera.

—Acepto —dijo, sucintamente, De la Peña.

Sosa y De las Casas se reclinaron un poco, pero, por lo demás, nadie mostró ningún tipo de reacción.

—Haces bien —resumió Zaldívar antes de continuar—: Queremos que nos digas dónde tienen el oro y la plata.

—Bueno, esto no es tan sencillo...

Zaldívar estiró mucho el cuello. Tenía veintiocho años y De la Peña, cincuenta y tres. Podrían haber sido padre e hijo. De ese tipo de familias en el que al padre, que no es muy listo, no acaban nunca de llegarle los triunfos. En esas, aparece el hijo, le da un estirón con trece o catorce años y, a partir de ahí, todo va hacia arriba. Supera al padre hasta en lo inimaginable: es más inteligente, más hábil e, incluso, más sabio. El padre lo ve y siente algo a medio camino entre la rabia y el orgullo. Le jode y, al tiempo, está contento. Como sensación, es una de las más contundentes que un hombre puede experimentar.

Zaldívar se mordió el labio inferior, De la Peña observó cómo lo hacía y no sucedió nada más. Es decir, sí, sucedieron muchas cosas, pero ninguna en el sentido que De la Peña había pretendido hasta entonces. Se dejó llevar, por decirlo de alguna manera. Se convirtió no en un español más, porque eso ya lo era, sino en un expedicionario perteneciente a la partida del adelantado Juan de Oñate. A todos los efectos, estaba con ellos.

—Verá, Quivira es un territorio muy amplio —explicó—. Supongo que esto ya lo saben porque Jusepe se lo contaría en su día... Además, se han internado lo suficiente como para hacerse una pequeña idea. Yo llevo seis años aquí, aunque, ya se lo dije, nunca he podido moverme libremente de un lado a otro. Sin embargo, sí tengo ojos en la cara y he podido ver cosas.

—¿Qué cosas? —inquirió Zaldívar, quien se había hecho cargo del interrogatorio.

—Joyas.

—¿Qué clase de joyas?

—Sobre todo, adornos para el cuerpo. A los quiviras les encanta engalanarse. Van desnudos incluso en invierno, pero celebran numerosas fiestas para las que se emperifollan con profusión.

—¿Qué tipo de fiestas?

—Bueno, las más habituales son los casamientos y los funerales. Pero también existen celebraciones de la fertilidad, de la caza y del firmamento. Esta última no la comprendo bien del todo. Al parecer, los quiviras creen en diferentes dioses y, de cuando en cuando, les rezan. Ellos afirman que son dioses muy poderosos, pero a mí nunca me lo ha parecido. Viven en las llanuras, en la hierba, en los bisontes y hasta en las piedras.

—¿En los bisontes?

—Sí, en los bisontes creen en más que en cualquier otra cosa.

—Pero se trata de animales...

—Los bisontes lo son todo para los quiviras. Les proporcionan alimento en abundancia, pero también pieles para construir sus casas, huesos para fabricar armas, grasa con la que encender fuego... Nosotros diríamos que los bisontes son un regalo de Dios. Para ellos, son Dios.

—No está mal pensado... Se ahorran un intermediario.

—Total, que, bien por un motivo, bien por otro, los quiviras se pasan media vida de ceremonia en ceremonia. Lo adoran. A los esclavos no se nos tenía permitido asistir, pero ellos las disfrutaban como si no hubiera un mañana. He visto fiestas que han durado tres y hasta cuatro días.

—¿Cuatro días?

—Lo que le cuento, capitán. Baile, comilonas y mucho fornicio.

—Vaya...

—Y, claro, en esto los quiviras no son distintos a nadie, a las celebraciones se va siempre de tiros largos.

—Y enjogados.

—De los pies a la cabeza. Además, no se crea usted que los quiviras se rigen por un comportamiento sobrio a la hora de acicalarse... Qué cojones, en cuanto tienen ocasión, se ponen encima todas las joyas que poseen.

—¿Y poseen muchas?

—Pues como en todas partes. Según el quivira. Los hay muy de medio pelo, que tienen sus gargantillas de bronce, o unas tobilleras de yo qué sé qué... Y luego están los quiviras acaudalados, los que nacen en buena cuna y, a partir de ahí, todo es dejarse llevar...

—¿Y dónde podemos encontrar a todos esos quiviras ricos? ¿Viven junto al resto? ¿Están en Gocotat?

—No, en Gocotat no. Allí solo hay gente del montón.

—Pero tú vivías en Gocotat... Y eras un esclavo.

—Cualquier quivira puede tener un esclavo. No es nada del otro mundo. Cuando la infantería quivira atacó la expedición de Humaña y Leyva, mataron a todos excepto a mí. Bueno, y a Jusepe, quien, al parecer, huyó sin dar la cara. Qué hijoputa... La verdad es que yo lo di por muerto, junto al resto. Nos batimos bravamente durante casi media hora. Pero ellos eran demasiados y, aunque nos llevamos a unos cuantos por delante, no pud...

—Al grano, De la Peña, al grano.

—Si un guerrero captura a un enemigo, el jefe de su familia puede quedárselo para él.

—Santos cojones.

—Oh, no crea, capitán. Ellos consideran un honor ceder a un prisionero. Se ganan la simpatía del jefe para siempre. Y si lo que andas buscando es que el huevón te entregue a una de sus hijas para que puedas desposarte con ella... Vamos, que les sale a cuenta.

—Bien, bien... Pero volviendo a lo nuestro, ¿dónde, De la Peña, dónde hostias viven los quiviras ricos?

—En Gizé.

—¿Gizé? ¿Dónde pollas está Gizé? Nadie nos había hablado jamás de Gizé.

—Al norte de Gocotat.

—¿Más al norte?

—Sí, hay que atravesar Gocotat entero.

—¿Y Gizé es muy grande?

—No lo sé, no he estado en mi vida. Yo hablo de oído. Era un esclavo, capitán, entiéndame usted...

—Entonces, ¿cómo sabes que los ricos viven en Gizé?

—Porque, con el tiempo, aprendí a chapurrear la jerga de los quiviras. Una vez que le coges el tranquilo, no es tan difícil. Resulta que dicen las frases siempre al revés, como si fuer...

—Céntrate, De la Peña, céntrate.

—Ah, sí, pues lo que le digo. Los quiviras de Gocotat no son pobres porque no hay pobres en Gocotat. Ni en toda Quivira, me atrevería a decir. Con tanto bisonte y tanta tierra cultivable, la vida resulta sencilla aquí. Pero, claro, como en todas partes, hay gente que prospera más rápido y gente que no. Supongo que tiene que ver con el carácter de cada cual...

—¿Y?

—Bueno, pues que Gizé es algo que se menciona siempre en las conversaciones. Como el estribillo de una canción. Si, por ejemplo, alguien echa a perder unas mazorcas de maíz por no deshojarlas a tiempo o malogra una piel de bisonte por no curarla como es debido, la costumbre pasa por espetarle al idiota en cuestión que si cree que aquí somos todos de Gizé. Ya sabe, por lo de la abundancia y todo eso...

—Entiendo. ¿Y tú serías capaz de llevarnos hasta allí?

—¿Hasta Gizé?

—¡Por supuesto que hasta Gizé!

—Ah, bueno... No sé, supongo que sí. Siempre se ha dicho que está al norte. Digo yo que con cabalgar al norte...

El adelantado, entonces, se removió en su silla. Llevaba muchísimo tiempo sin hablar, pero lo que De la Peña se hallaba contando le impulsó a hacerlo.

—Hay que ir al norte —dijo.

—Sí, porque allí es donde esta Gizé y... —le explicó De la Peña.

—Cállate —cortó Zaldívar.

—Hay que ir al norte porque allí se encuentran las riquezas que hemos venido a buscar —continuó el adelantado.

—Sí, yo creo que sabría llegar. Se trata de seguir el cauce del río y... —continuó exponiendo De la Peña.

—Que te calles —cortó, de nuevo, el sargento mayor.

—Y está el mar del Norte —añadió Oñate. Para él, tan importante era lo uno como lo otro. Y en qué manera, pues consideró un golpe de suerte que las riquezas que habían venido a buscar y la salida al mar del Norte se encontraran en la misma dirección. Un viaje que nos ahorramos. Vamos y, de un tirón, solucionamos ambos asuntos.

—¿Qué mar del Norte? —preguntó De la Peña, quien no acababa de comprender que, cuando Zaldívar mandaba callar, allí callaban hasta las lombrices—. Yo no he oído hablar de ningún mar...

—Tú no conoces la jerga quivira —zanjó Zaldívar.

—La chapurreo bastante bien —se defendió De la Peña.

En ese momento, el adelantado se puso en pie. En el interior de la pequeña casa quivira, los hombres prácticamente se colocaban muslo con muslo.

—Es vital que hallemos la salida al mar —dijo Oñate. Si un hombre había tenido un sueño alguna vez, y no un sueño cualquiera sino un sueño de los auténticamente grandes, ese hombre era Oñate y el sueño, la tan ansiada salida al mar del Norte. El marino portugués aguardaba. Debía oler la sal, debía oler el agua gorda del océano, debía llegarle hasta sus narices el rastro de los peces marinos sumergidos y nadando muy cerca de la orilla. Los delfines, las ballenas, los atunes, los que fueran. Ninguno era experto en el tema, pero tampoco habían nacido ayer. Un mar es un mar, estaba allí delante y ellos lo encontrarían—. Iremos hasta donde haya que ir. Si es hasta Gizé, hasta Gizé será. Y si hay que seguir hacia delante, seguiremos.

Nadie osó replicarle. Lo que había más al norte de Gocotat era territorio completamente ignoto. Salvo por Gizé, de la que solo sabían lo que De la Peña les acababa de contar, es decir, poca cosa. Y, después... Después, o estaba el mar o el desastre. Porque si no lo encontraban, el adelantado ordenaría seguir y seguir hacia el norte. Más y más, siempre más y más. Dejarían, incluso, Quivira a sus espaldas y se internarían más allá de donde cualquier ser humano civilizado ha ido nunca.

—Venga, joder, alegrad esas caras —espetó Oñate tras observar cierta circunspección en los semblantes de su oficialidad—. Vimos a unas cuantas mujeres adornadas con conchas, ¿no es así?

—Sí, adelantado —confirmó Zaldívar en voz muy baja. Podían ser conchas marinas, pero también de río. O regalos que alguien había traído de un viaje varios cientos de leguas hacia el norte, el este o el oeste... Quizás las conservaban como trofeo de guerra arrebatado a una hueste enemiga que, como ellos, llegó a Quivira y no salió bien parada. Podían ser tantos los motivos por los cuales unas mujeres quiviras se adornaban con conchas, que no merecía la pena ni enumerarlos. Incluso, no cabía descartar la posibilidad de que aquello que vieron no fueran, en realidad, conchas. Que se confundieran, que pensarán que sí, pero no.

En fin, el adelantado había tomado una decisión.

—Mañana partiremos —anunció—. Todos, la expedición al completo. Abandonamos San Mateo y avanzamos hacia el norte. Hacia la gloria.

La conquista de Quivira

28 de septiembre de 1601

Fue el primero de los dos últimos días que pasaron en Quivira. También, el primero de los cuatro en los que se mantuvieron en continuo movimiento, día y noche, sin dormir, sin pensar, sintiendo en ese puñado de horas lo que los demás hombres y mujeres no llegamos a experimentar ni en toda una vida. Casi mueren, casi, pero no lo hicieron. Esto fue exactamente lo que sucedió. Contémoslo, porque esta es la auténtica relación cierta y verdadera, lo es y quede escrita para los que nos han de suceder.

La expedición se puso en marcha a primerísima hora de la mañana. Cuando se va de conquista, el español madruga, y quien diga lo contrario es un miserable. Varias horas antes del alba, todos los hombres se hallaban en pie y preparándose para la partida. Treinta minutos antes de que el primer rayo de sol hiciera su aparición, el sargento mayor pasó revista y se aseguró de que cada cual estuviera en su lugar y, sobre todo, de que cada cual recordara lo que tenía que hacer. Dio un vistazo rápido a los soldados, les advirtió de lo que siempre les advertía y que ahora no merece la pena repetir, continuó con los frailes y terminó con los sirvientes y los mozos. Algunos de estos últimos tenían el miedo metido en el cuerpo y hasta temblaban, y el sargento mayor los calmó explicándoles que llevaban a Dios con ellos, que lo tenían de su parte y que, en tal tesitura, nada podía salir mal. Lo parecería, en ocasiones lo parecería, aunque debían tener presente que, tarde o temprano, ellos vencerían porque así eran las cosas y no quedaba otro remedio. ¿Confiaban en sus palabras? Más que en las mismísimas Sagradas Escrituras.

Abandonaron San Mateo y creyeron que lo hacían para siempre. Sin embargo, no sería así, aunque eso ellos todavía no lo sabían. Salvo por los hombres a las riendas de los carros, la totalidad de los expedicionarios avanzaba a caballo y con las armas listas. No es que sus intenciones fueran malas. Al contrario, no lo eran. La primera instrucción que Zaldívar les había repartido era la de sonreír. Sonreír a todos y cada uno de los seres humanos que se cruzaran en su camino. La segunda instrucción era la de tajar. Tajar a todos aquellos que, de cualquier forma posible, se opusieran a su avance y a sus intenciones.

Sonreír y tajar. No permitirían que nadie se interpusiera entre ellos y la conquista.

A paso lento pero constante, llegaron al pequeño poblado donde, días atrás, observaron mujeres con conchas adornándoles el pecho y un quivira gordo que les indicó que allí no era y que el lugar por el que ellos preguntaban se llamaba Gocotat. Lo buscaron con la mirada, aunque no lo vieron. De hecho, apenas vieron a ningún quivira, pues todos corrieron a ocultarse en sus casas. Se encerraban en ellas y anudaban las pieles de bisonte que les hacían las veces de puertas.

Tardaron un rato en comprender por qué. La vez anterior, solo eran hombres a pie. Extravagantes, si se quiere, aunque hombres a fin de cuentas. Con sus corazas de hierro, las enormes barbas, el hedor a meses de marcha sin descanso y ese tintineo de espuelas que acompañaba cada uno de sus movimientos. Un español dando un paso para tomar una nuez de un árbol se asemejaba al mecanismo de un molino cuando el arroyo le viene crecido: las ruedas dentadas se ponen en marcha y, con ellas, una peculiar sinfonía que nos enseña que somos capaces de grandes asuntos y que estos, siempre e indefectiblemente, son ruidosos. El estruendo es grandeza, no puede ser de otra manera.

Sin embargo, hoy habían dejado de ser extravagantes. Ya no se aparecían ante los indios como una simple curiosidad a la que prestas atención durante un rato y luego, cuando te aburres de mirar, desdeñas con un golpe de cabeza. No, porque los hombres a pie, por muy acorazados que caminen, no son sino eso: lo más normal del mundo. Pero ahora la gran comitiva española avanzaba en todo su esplendor, con la totalidad de hombres encaramados en sus monturas, los carros tirados por bueyes y mulas, y una fenomenal caballada que, pese a la mengua que había sufrido, todavía se hallaba formada por más de seiscientos animales.

Hicieron bien los quiviras en esconderse. Los españoles no tenían la menor intención de detenerse en aquel pueblucho y, menos aún, de provocarles ningún daño a sus habitantes, pero la prevención es la madre de la supervivencia. No había nada que temer, aunque podría haberlo habido.

Al rato, llegaron a Gocotat. Aquí, se les presentaron dos opciones: avanzar por la mitad de la ciudad o dar un rodeo. Los españoles no dudaron y se decidieron por la primera de ellas. Puede parecer más extraño, pero, de las dos, era la más segura. Cualquiera podría pensar que dar un rodeo y avanzar por el prado resulta más sensato: yo no me meto en tu casa y tú me dejas en paz. No obstante, los españoles sabían latín y llevaban esta lección más que bien aprendida. Lo que realmente te protege de un ataque es la imposibilidad del otro para emprender dicho ataque. Es decir, que tiene muy poco que ver con las ganas que tengan de joderte y mucho con las posibilidades que tú les dejes para hacerlo. Dentro de Gocotat, en plena ciudad, rodeados de viviendas atestadas de mujeres, niños y ancianos, la infantería quivira se lo pensaría dos veces antes de golpearles. Y sí, llevaban un pacto sellado, y se habían prometido amor y amistad hasta el fin de los días, y en adelante todo serían sonrisas y buenos modales, pero los unos eran quiviras y los otros españoles, de manera que hacían perfectamente bien en no fiarse mutuamente. En lo que a los expedicionarios respectaba, ni siquiera se fiaban por completo entre ellos mismos. Como para fiarse de unos indios hallados en el confín de las llanuras norteamericanas.

En Gocotat, el miedo también estaba presente en el aire. Los quiviras observaban el avance de la gran y ruidosa comitiva española y lo hacían desde un recato y una prudencia que no habían observado en su anterior visita. Impresionaba verlos a lomos de aquellos majestuosos animales, impresionaba, además, comprender que eran capaces de gobernarlos en cada instante y con una precisión absoluta. E impresionaba, sobre todo, adivinar que el hierro que llevaban encima los tornaba poderosos e implacables. Quizás, para los quiviras, los españoles carecieran de dios, lo que suponía, más o menos, lo mismo que afirmar que carecían de la piedad más elemental. Se habría corrido la voz de que poseían un perro capaz de arrebatarse la vida a un hombre. Si querían, te lo azuzaban y, entonces, ya no tenías nada que hacer porque el perro se te echaba al cuello y te despedazaba de la más cruel de las maneras. Ellos, los españoles, mientras tanto,

observaban sin mover un dedo para evitarlo. Y la nación quivira era heroica, y sus miles de guerreros podrían presentar batalla, y todo lo que tú quieras: pero el perro maldito estaba ahí y más les valía mantenerse lejos de sus fauces. Además, los guerreros parecían haberse hecho amigos de los españoles. Les habían regalado caballos y, si no mostraban hostilidad y no les daban problemas, quizás les regalaran más.

Evidentemente, mejor sería dejarles avanzar. ¿Estaban ocasionando algún problema? Ninguno. Sonreían, sonreían, sonreían todo el rato. Llevaban una mano en las riendas del caballo y otra en las empuñaduras de las espadas, pero las espadas se encontraban envainadas y las sonrisas no paraban de aflorar. De modo que calma. Irían algo más al norte. Gocotat solo suponía un lugar de tránsito. Que transitaran, pues.

Transitaron, desde luego que lo hicieron. Zaldívar consultó con los capitanes si a estos les parecía apropiado preguntar por la localización exacta de Gizé, pero los cuatro respondieron que no, que mejor no decir nada para no dar pistas acerca de sus intenciones. Continuarían, tal y como De la Peña les había indicado, en dirección norte y siguiendo siempre el curso del río en cuyas riberas se asentaba el reino de Quivira. Zaldívar asintió, cabalgó hasta el lugar donde se hallaba el adelantado e intercambió con él unas cuantas palabras. Oñate afirmó muy levemente. Tenía la mirada fija en el horizonte y, de cuando en cuando, aspiraba el aire en búsqueda de indicios de que el mar se adivinaba próximo.

Por cierto, Juan Rodríguez, el marinero portugués, avanzaba en la vanguardia de la columna por expresa indicación del adelantado. Había llegado su momento. Si Oñate lo había traído desde la Ciudad de México, era para que precisamente ahora él hiciera el trabajo más delicado de la expedición: encontrar la salida al mar del Norte y, así, convertir al adelantado Oñate en el hombre más poderoso de América. Ahí arriba había, porque lo había, un estrecho que unía el mar del Norte con el mar del Sur. De hecho, puede que no quedaran sino cuatro o cinco leguas para alcanzarlo, descubrirlo y conquistarlo. ¿Y si en Gizé se abría un puerto a aguas saladas?

Zaldívar se ubicaba mucho más pegado al terreno. A él, toparse con el mar del Norte le parecía fantástico, pero no tenía demasiado tiempo para pensar en ello. Cada paso que la expedición daba recaía bajo su entera responsabilidad. Eso era lo que realmente le preocupaba y lo que lo tenía inquieto desde que habían partido esa misma mañana. Cuando dejaron Gocotat atrás, cambió de caballo y era la tercera vez que lo hacía. Ni siquiera el sol había alcanzado el punto más alto en su ruta por el firmamento.

—¡De la Peña! —llamó el sargento mayor mientras se acercaba al prisionero liberado. Se le había entregado una armadura, protecciones para los brazos y las piernas, un morrión, una espada, dos dagas, una escopeta y una alforja con munición. Dijo que disparaba como los ángeles y que la espada en su mano se convertía en un arma mortal. Sospecharon que había mucho de fanfarronada en sus palabras, pero acababa de ser aceptado en la partida y, a todos los efectos, se comportaría como uno más: sudaría bajo la cota de malla y se partiría el espinazo en la consecución de los objetivos generales—. ¿Cómo vamos?

De la Peña no tenía ni la más remota idea. En esto, había sido sincero desde el principio: él jamás había viajado tan al norte y lo que sabía lo sabía simplemente de oídas. Sospechaba que hacia el norte iban bien, pero poco más se le podía exigir. Aunque se le exigía. Y él, por no desairar, complacía:

—Sí, creo que estamos en la dirección correcta —contestó, muy a voleo. Seguían el curso del río y aquello constituía una buena señal. Además, poco a poco, comenzaron a divisar álamos, árboles un poco tontos que crecían demasiado separados los unos de los otros y no formaban bosques, pero que, entre los quiviras, esto De la Peña sí que lo sabía, se consideraban como signo de distinción. El don nadie, al pasto y el potentado, a la rica sombra de un señorial álamo. Ni punto de comparación.

La expedición avanzaba por terreno abierto, con Gocotat todavía visible a sus espaldas, y muy despacio. En la distancia, pronto repararon en la presencia de guerreros quiviras. Los observaban desde lejos, algo con lo que los españoles ya contaban. Habría resultado insensato no seguirles la pista, pues, por mucha paz que se hubieran prometido y muchos caballos que hubieran regalado para sellarla, vigilar al que llega de fuera no supone un movimiento descabellado. Menos aún, cuando se practica sin estridencias ni excesivas aproximaciones.

Poco a poco, encontraron más y más álamos. Y algunas casas. Parecidas a las de Gocotat aunque más amplias. A las puertas de una de ellas, una mujer joven los miró. Estaba desnuda y, entre sus pechos, lucía un collar que brilló a la luz del sol.

De la Peña respiró aliviado. Bueno, no había errado, ¿no? Pues ya estaba, él había cumplido. Si le volvían a preguntar, afirmaría rotundamente que ya avanzaban a través de Gizé. No había calles, ni grandes aglomeraciones, ni nada de lo que había observado en Gocotat. Si esta no era prueba suficiente, que pusieran su cuello sobre un tocón y se lo cortaran de un espadazo.

El adelantado debió de leerle el pensamiento, pues, al poco, expresó su propia conclusión:

—Es aquí.

Y lo hizo porque aquello le recordaba, en cierto modo, a su hacienda en Zacatecas: solitaria en medio de una nada inmensa. Las minas se hallaban a una legua de distancia; el poblacho donde vivían los mineros, a dos; y el primer asentamiento indio, a cuatro. Si algo determina el grado de tu riqueza es la capacidad que tienes para poner a los menesterosos lejos de ti. Aquí, en este paraje, las casas se levantaban apartadas las unas de las otras, como si los que las habitaban consideraran de mal gusto tener cerca a sus vecinos. Al final, la proximidad es cuestión de pobres, que nadie diga lo contrario: ¿existe algo más ordinario que escuchar, sin desearlo, conversaciones de desconocidos? Pues esta verdad, que, como tantas otras basadas en el simple buen juicio, lo era en cualquier parte del mundo conocido o por conocer, reinaba, como no podía ser de otra forma, en Gizé.

La columna se detuvo y el adelantado, a lomos de Platero, avanzó en dirección a la mujer. Zaldívar silbó y, con una mirada, eligió a Tavora, De la Rúa e Hinojosa. Alzó las cejas para repartir unas órdenes meridianamente claras: pegaos al culo del adelantado y no os mováis de allí pase lo que pase.

Los álamos impregnaban el paraje de un alma especial. Si Gocotat era ruido, presencia y actividad, Gizé parecía todo lo contrario: calma casi absoluta, invisibilidad y un silencio que solo los españoles rompían. Placidez, esa es la palabra, sí señor. Un lugar bello y plácido en el que vivir. Sin prisas, sin apreturas.

—¿Creéis que será una princesa? —preguntó Vido. El resto de hombres observaba desde una situación retrasada. Los soldados habían ocupado las posiciones de vanguardia y los demás se ocupaban de que la caballada no se dispersara.

—Es guapísima, así que no me extrañaría nada —contestó De la Cruz.

El adelantado cabalgó muy despacio hasta el lugar donde se hallaba la mujer. Cuando la tuvo cerca, se dio cuenta de que apenas era una muchacha. Su piel, profusamente tatuada, tenía un tono algo tostado. El cabello, negro, abundante, liso y suelto, le caía sobre los hombros y la espalda. Llevaba un collar de plata al cuello. El adelantado era muchas cosas, pero era, sobre todo, un minero. Un minero que explotaba minas de plata en el sur y que a por plata había cabalgado en dirección norte. Bien, ahí estaba la plata. Frente a él. Tan solo tenía que alargar el brazo y tomarla.

—Hola —saludó.

La muchacha levantó la cabeza para mirarlo. Tras ella, desde el interior de la casa, asomaron su cabecita dos niños varones de apenas tres o cuatro años de edad. Uno se acercó a la mujer y se apretó contra su muslo. Debía de ser su madre. Ella le puso una mano sobre la cabeza y le dijo algo en jerga. El niño, curioso, imitó a su madre y levantó la cabeza para observar al adelantado.

—Un chaval muy guapo —dijo Oñate. No distinguió ninguna alhaja en él, lo consideró normal tratándose de un crío de tan corta edad y perdió el interés. La madre, la que le interesaba era la madre—. Bueno, bueno, qué largo viaje, por el amor de Dios...

Oñate echó pie a tierra y los tres soldados que le seguían lo imitaron de inmediato. Con todo el equipo encima, aquella maniobra necesitaba de un par de minutos para completarse.

—¿Puedo acercarme? —preguntó Oñate a tres pasos de distancia de la mujer. Mostró sus manos abiertas en el único gesto tranquilizador que conocían los españoles.

—¿Se trata de una princesa? —gritó alguien desde atrás.

El adelantado escuchó la pregunta y la ignoró. Por supuesto que se trataba de una princesa. Cualquiera con dos dedos de frente se habría dado cuenta de ello. Gizé era la tierra de las princesas quiviras. Tanto esfuerzo y tanta penuria habían merecido la pena.

Una voz mandó callar al tío que había realizado la pregunta. Se escuchaba el canto de algunos pájaros, muy probablemente posados en las ramas altas de los álamos.

—Me llamo Oñate. Soy español.

Con total seguridad, se trataba de la primera vez que aquella mujer tenía frente a sí a un blanco. La expedición de Humaña y Leyva había tenido lugar demasiado tiempo atrás y, desde luego, no fue un asunto que competiera a princesas. ¿Daba la sensación de experimentar miedo? No, en absoluto. Si acaso, cierta curiosidad no exenta de prevención. Los españoles sabían que, en términos generales, ella era allí la extravagante: vivía en mitad de una llanura, tenía la piel del color de la sopa aguada y desconocía el significado del recato y la vergüenza, pues se mostraba desnuda ante varones recién llegados.

La mujer llamó al otro niño, que jugaba no demasiado lejos, y este obedeció de inmediato. El adelantado pensó que estaban muy bien educados, lo cual significaba que esa madre no tenía nada mejor que hacer en todo el día que dedicarse a ellos. Su esposa, ahora en San Gabriel, hacía exactamente lo mismo. Cuidar de la hijita de ambos y pasarse las largas tardes observando el horizonte. Con la ropa puesta, como es obvio.

A un paso de distancia de la mujer, Oñate observó, ahora con todo detalle, el collar que colgaba de su cuello. Se trataba de una pieza plana, cuadrangular y de un tamaño bastante generoso. Tenía varios motivos indios labrados en la parte central y la mujer se la sujetaba al cuello con una fina cuerdecilla de piel marrón.

—¿Puedo verla? —solicitó permiso el adelantado. Fue una pregunta retórica, pues, acto seguido, llevó una mano hasta el collar y separó la pieza de plata del cuerpo de la mujer.

Esta se mantuvo inmóvil. Era delgada y de corta estatura, y frunció el ceño cuando el hedor que emanaba el adelantado la alcanzó de pleno en el rostro. Debió de pensar que aquella era la gente más desagradable que había conocido jamás. Y, seguramente, fuera cierto. Ahora, sin ir más lejos, un tipo hediondo con pelo en el rostro había comenzado a manosearla.

—Esta plata es buena, sí... —dijo, más para sí que para el resto, el adelantado. Sin embargo, los pájaros habían enmudecido y los hombres, bastantes pasos atrás, escucharon perfectamente el comentario. Debieron haber prestado atención al asunto de los pájaros. Debieron.

La mujer, en ese momento, retrocedió un poco y, con ella, arrastró a los dos niños. El adelantado levantó la mirada, más sorprendido que otra cosa, y distinguió, no sin estupor, su ceño crispado. No pretendía causarle ningún mal, de verdad que no lo pretendía. Ninguno de ellos estaba allí para nada que no fuera acopiar riquezas. No eran animales y si alguno de los expedicionarios se pasaba de la raya, el adelantado en persona se ocuparía de que recibiera su justo merecido.

—Eh, oye... —comenzó a decir Oñate.

Para entonces, la mujer se había hartado. Exclamó algo en voz alta y, de las viviendas más próximas, a cien o doscientos pasos de distancia de esta en la que estaban, salieron algunas mujeres y, sin alejarse demasiado, observaron en dirección a los españoles.

—Más princesas —dijo alguien en el seno de la columna. Esta vez, nadie le hizo callar. Las mujeres, jóvenes la mayoría, y bellas y de aspecto saludable, vigilaban y hasta se hacían sombra sobre los ojos para ver mejor. Todas, todas sin excepción, se adornaban con collares o gargantillas de plata. Una de ellas, incluso, tenía algo parecido a un brazaletes, pero encajado en el brazo en lugar de en la muñeca.

—Adelantado —dijo, de pronto, Zaldívar—. Aquí hay algo que no me gusta.

Oñate se giró hacia el sargento mayor. Uno y otro se encontraban a bastante distancia, el primero a pie y el segundo a caballo.

—Tranquilo, Vicente —repuso el adelantado—. Todo va bien.

—De acuerdo. Pero apresurémonos.

A Zaldívar le inquietaba el silencio. El silencio siempre presagia desgracias. Así es y así será. Además, ¿por qué no habían visto a ningún hombre en Gizé?

Los capitanes tampoco parecían tranquilos. El álamo, si lo piensas, resulta un árbol de lo más turbador. ¿Por qué no forma bosques? ¿Por qué crece donde ningún otro árbol lo hace? ¿Qué sentido tiene entorpecer, con tu presencia, los grandes llanos y los interminables pastizales? Era verlos y sentir que algo estaba mal.

—No hay hombres —dijo el capitán Espinosa acercándose a Zaldívar. Gobernaba el caballo con los muslos y pegaba las botas a la piel del animal para que las espuelas no tintineasen. Un gesto sin duda absurdo, pero que él juzgaba necesario.

—No —repuso, de forma sucinta, el sargento mayor.

—A lo mejor, Gizé es el lugar donde viven las vírgenes quiviras.

—Ahí delante hay niños.

—Sí, tiene razón...

Lo peor no es aventurar ideas estúpidas. Eso no es malo. De hecho, hasta sienta bien. Sacarlo todo, decirlo todo, contemplar cada opción, por improbable e irrelevante que sea. Lo peor es aventurar ideas estúpidas y darte cuenta de que lo haces mientras lo haces. Comprendes, entonces, lo falto de recursos que estás.

El adelantado miró a la mujer quivira, la mujer quivira le clavó una mirada cargada de odio y ahí terminó el asunto. O comenzó, según se mire. Oñate tiró, con fuerza, del collar de la mujer y se lo arrancó. Después, ordenó a los soldados que se hallaban a su lado:

—Entrad en la casa y registradla. Solo plata, oro y piedras brillantes. Nada más.

Acto seguido, se giró mientras admiraba la pieza que acababa de cobrar. Caminó hasta el lugar donde Platero aguardaba y la introdujo en una de las alforjas.

La mujer vio cómo Tavora, De la Rúa e Hinojosa invadían su casa y no dio crédito. Nunca nadie había realizado una acción semejante. Tan así fue que, sobre todo, experimentó una sorpresa que la dejó paralizada. Los españoles, que continuaban observando con total tranquilidad, interpretaron la sobriedad de su reacción como un rasgo propio de la realeza quivira.

En el interior de la casa, los tres soldados comenzaron a revolverlo todo. No había armarios, ni sillas, ni nada habitual en una casa civilizada. Solo pieles de bisonte y unas cuantas cajas de madera que, conjeturaron ellos, les servían de armarios.

—No dejéis ningún rincón sin inspeccionar —dijo De la Rúa mientras daba la vuelta a las pieles para comprobar que bajo ellas no había nada salvo más pieles.

—Los arcones, busquemos en los arcones —expresó Tavora tras tomar varios objetos de madera, echarles un vistazo y darlos de lado.

Hinojosa halló un puñal de filo de piedra, se lo mostró a sus compañeros y, a renglón seguido, lo ocultó dentro de sus pantalones. Se trataba de un pecadillo venial: Zaldívar lo habría impedido si lo hubiera sabido, pero con la boca pequeña. Al final, no se trataba sino de una chuchería, de un recuerdo sin valor real alguno.

En las cajas de madera había todo tipo de enseres, la mayor parte de ellos cuidadosamente almacenados. Los tres soldados, con las manos sucias, comenzaron a revolver en su interior hasta que dieron con lo que buscaban: De la Rúa encontró tres piezas de plata parecidas a la que la mujer llevaba al cuello; Tavora, unos aros que bien podrían ser pendientes o bien collares; e Hinojosa, una argolla cuyo uso no identificaron pero que pesaba lo suficiente como para convertirse, de inmediato, en la captura más preciada del botín.

—Empezamos bien —expresó De la Rúa una vez que los tres hombres abandonaron la casa. El adelantado ya se hallaba a lomos de Platero, expectante.

—Entregádselo todo al sargento mayor —ordenó.

Se disponía a tirar de las riendas para dar media vuelta y seguir camino, cuando la mujer se puso a aullar en jerga quivira. Gritaba mucho y supusieron que se sentía algo molesta porque se llevaban sus joyas. Únicamente se trataba de unas cuantas piezas de plata... Tampoco era para tanto. Una princesa quivira tan hermosa como ella sería cubierta de nuevos collares con solo chasquear los dedos.

Pensaron que gritaba de puro disgusto y no para dar la voz de alarma. Deducirlo habría sido lo más lógico, lo que cualquiera, en lugar de ellos, habría pensado. Sin embargo, cualquiera no se encontraba allí, cualquiera no respiraba aquel aire después de haber respirado todos los aires anteriores y cualquiera, definitivamente, no llevaba a las espaldas tres largos meses de viaje y

penurias. Aunque lo habrían negado con rotundidad si se les hubiera preguntado al respecto, se hallaban exhaustos y no razonaban con nitidez.

Comenzaban a perder el sentido de la realidad. Y el de la proporción. De ahí que sonreír y tajar se hubiese convertido en su lema. Sencillo, muy sencillo. No tenías que devanarte los sesos si se presentaba la ocasión de decidir: o lo uno, o lo otro.

—Hay que seguir —dijo el adelantado mientras tiraba de las riendas de Platero.

—Ahí mismo hay más casas —indicó el capitán Sosa—. ¿Le parece que las registremos?

—Sí, sí, que no quede nada sin revisar —contestó el adelantado—. No tenemos prisa.

La comitiva se puso, de nuevo, en marcha, y lo hizo tan lentamente que, en un vistazo rápido, uno no diría que se estaba moviendo. El silencio reinante en el paraje los envolvía, a ellos, que eran puro ruido. Se tornaron una burbuja de aire bajo el agua: tan ajena a lo circundante como una mosca en el vino.

Necesitaron un buen rato para cubrir la distancia hasta la siguiente casa. Allí, una nueva princesa los observaba. Creyeron que se trataba de la misma, que habían caminado en círculos entre los álamos, que, en suma, se habían extraviado. Fue necesario que tiraran de las riendas, que obligaran a los caballos a girarse, que echaran la vista atrás y que comprobaran que no, que no se trataba de la misma princesa, pues la princesa anterior continuaba a las puertas de su casa, observándoles con una mirada inyectada en animadversión.

—Entrad aquí —ordenó Zaldívar señalando una casa. Sintió que una ráfaga de cansancio le nublaba la vista. Se pasó una mano por el rostro y pudo comprobar que sudaba a chorros. Indicó una casa que se alzaba a ciento cincuenta pasos de distancia y añadió—: Allí también.

Descabalaron Tavora, Muñoz y De la Cruz y entraron en la primera casa señalada por el sargento mayor. La princesa quivira les cortó el paso, pero la apartaron sin miramientos. Muñoz la empujó y ella lo miró y apretó los labios. Se la veía confusa. Y enfadada. No era para menos, pues a nadie le agrada que unos desconocidos entren en tu casa, rebusquen entre tus cosas y se lleven, de entre ellas, las más valiosas.

—Un par de gargantillas —informó De la Cruz al rato.

—Y varios discos que no sé para qué serán —añadió Tavora.

—¿Son de plata? —preguntó Oñate.

—Sí, sin duda, adelantado.

—Dádselo todo al sargento mayor.

El capitán Espinosa, junto a Vido y a Villaviciosa, cabalgó despacio hasta la segunda casa señalada por Zaldívar. La princesa quivira que la habitaba los aguardaba frente a su entrada. Tan desnuda como el resto, de la misma edad, con el mismo tono de piel, los mismos tatuajes, los mismos ojos, el mismo cabello, la misma mirada que les advertía de que nada de lo que estaba sucediendo quedaría sin respuesta.

—Joder, qué calor hace —protestó Villaviciosa.

—¿Nos podemos quitar la armadura, capitán? —preguntó Vido.

—No —respondió Espinosa, aunque él mismo se habría desprendido de ella sin dudar.

Espinosa y Villaviciosa descabalaron. Vido, por su parte, lo intentó. Echó hacia atrás su bota derecha y hasta logró sacarla del estribo, pero de ahí no pasó.

—Baja de una puta vez —le dijo Villaviciosa—. No pienso hacerte el trabajo, tío.

Vido no respondió. Es más, intentó levantar la pierna derecha para pasarla sobre la grupa del animal y descabalgó.

—No puedo —susurró. Había cierta consternación en sus palabras. Como si, en verdad, le molestara que su cuerpo no acabase de responderle.

—Déjalo —intervino el capitán Espinosa. A él también le había costado desmontar. Había algo infrecuente en aquel bosque que ni siquiera era bosque. Los álamos desperdigados, el llano, las casas dispersas, una princesa desnuda a las puertas de cada una de ellas... Y esa evidente sensación de cansancio en los hombres. Demasiado calor, demasiada hierba, demasiado silencio.

En el interior de la casa, hallaron un pequeño botín consistente en varios collares y un brazalete. Más o menos, lo mismo con lo que se habían topado en las casas anteriores. Si las princesas quiviras se parecían las unas a las otras como gotas de agua, sus ajuares parecían seguir el mismo e idéntico camino.

Zaldívar recogió las piezas de plata que le ofrecieron los hombres y las guardó junto al resto.

—No vamos mal, adelantado —dijo—. Hay más casas hacia el norte y deberíamos registrarlas todas. Quizás si separamos a los hombres en grupos...

—Nada de separar a los hombres —cortó Oñate—. Avanzaremos siempre juntos.

—De acuerdo, adelantado —concedió Zaldívar—. Sí, creo que será lo más seguro.

Una vez más, la gran columna española se puso en marcha. Las mujeres que dejaban atrás los seguían con la mirada. Los españoles no se detenían a escudriñar en ellas, pero más les hubiera valido hacerlo: habrían comprendido muchas cosas. Por ejemplo, el hecho de que, ya, entre los álamos hubiera comenzado a desplegarse la infantería quivira. Un despliegue amplio, sigiloso, muy limpio.

Lo cual no evitaba que la conquista estuviera yendo, al menos por el momento, bastante bien. Tomaron una cuarta casa, y una quinta, y una sexta... La expedición se movía como un gran gusano gordo y brillante sobre la hierba de Gizé. De cuando en cuando, doblaba su inmenso corpachón para salvar los álamos que iba encontrando en su camino, pero eso era todo.

El botín crecía. El calor y el cansancio, también.

No llevaban la cuenta, pero fácilmente se encontrarían registrando la vigésima casa, con su vigésima princesa estupefacta plantada en la entrada de la misma, cuando un guerrero quivira surgió de la nada y saltó sobre los soldados que realizaban la inspección. Velarde y De la Cruz. No lo vieron venir, esa es la verdad. Ni ellos, ni uno solo de entre los ciento cuarenta y tantos hombres que, supuestamente, observaban con atención desde corta distancia.

El guerrero quivira, un muchacho de apenas dieciocho años, se abalanzó sobre De la Cruz y lo derribó. Después, rodó sobre la hierba, buscó un lugar seguro y, de un brinco, se puso en pie. Parecía tan ágil como un puma. Velarde, que era cualquier cosa excepto ágil, necesitó Dios y ayuda para desenvainar. Lento, muy lento, condujo su mano diestra hasta la empuñadura de la espada y, en un esfuerzo que pareció casi sobrehumano, desenvainó. El sonido que realizó el filo al resbalar por el interior de la vaina estremeció al llano. Que estuvieran agotados, que a ratos la vista se les nublara, que, en suma, no pudieran ni con su alma, no los volvía más débiles ni menos peligrosos. Si acaso, al contrario. Un hombre que no piensa con claridad es un hombre que sabe palmariamente que su propia pervivencia antecede a todo. Contra un pensamiento así, lucha tú. O el quivira de los dieciocho años.

Cuando el muchacho se fue hacia él, De la Cruz comenzaba a incorporarse, Villaviciosa, Montoya, Muñoz, Ayarde y el capitán Montesinos espoleaban sus monturas en dirección al salvaje y el sargento mayor giraba la cabeza para observar entre los álamos. Un fraile, quizás fray Pedro, comenzó a rezar en voz muy alta. Una oración calmosa aunque sólida. Reconfortó a muchos y casi tanto como el sonido de la espada de Velarde desenvainándose.

Oñate miró a Zaldívar y Zaldívar comprendió que, en adelante, su principal misión consistía en proteger la bolsa donde había ido guardando la plata. En cuanto solucionaran el asunto del guerrero quivira, buscaría otro lugar para almacenar el botín. Quizás uno de los arcones que se transportaban en los carros. Algunos, que habían contenido víveres, se encontraban vacíos o casi vacíos. Y todo tesoro necesita un cofre.

La princesa quivira que observaba desde la puerta de la casa no se conformó con hacerlo y decidió que el guerrero, puede que su guerrero, necesitaría ayuda. Fue un error, porque si algo interfiere en la batalla, lo hace en detrimento de aquel que primero le presta atención. A Velarde le podrían haber descendido, de entre el firmamento abierto, una legión de ángeles custodios y no habría ni pestañeado. Él empuñaba una espada y nada más: ni recordaba un pasado, ni pretendía un futuro. No sabía el nombre de su madre, ni el de su esposa, ni el mismo suyo. Velarde era la extensión de la espada que empuñaba, la clave de la vida, el misterio que habría de ser resuelto: que la muerte te alcance hoy; o que Dios decida que no, que mereces más tiempo, y la ahuyente.

—¡Pártelo! —ordenó, con voz seca, el adelantado. Habían sonreído, pero llegaba el momento de tajarse.

Velarde aguardó, retuvo el mandoble, aguardó un poco más y, cuando el guerrero se acercó a dos pasos de distancia de él, dejó caer la espada. Fue un golpe único, pues, si todo espadazo lo es, en el que concentras tu atención completa absorbe lo circundante para convertir el deseo en muerte segura. O no, no si, en el último momento, en el instante preciso en el que el acero está a punto de, como había ordenado el adelantado, partir el cuerpo del adversario, algo o alguien se interpone y hace que el futuro se pervierta, se desvíe, cobre un nuevo rumbo.

Sucedió así cuando la princesa quivira trató de sumar fuerzas con su guerrero. Ambos jóvenes, desnudos, salvajes y magníficos se fueron hacia la grandiosa espada de Velarde, que ya caía hacia ellos, que ya se aprestaba a partirlos, que no tendría piedad, pues las espadas ni la tienen ni, de poder, la tendrían.

Velarde, quien ya se había convertido en un mero observador, supo lo que iba a suceder un segundo antes de que sucediera. Recordaría, después, que la oración del fraile se perdía en un larguísimo *ora pro nobis. Mater Creatóris. Mater Salvatoris. Virgo prudentissima.*

Ora pro nobis.

La espada de Velarde seccionó el brazo de la princesa quivira a la altura del hombro. El tajazo fue tan brutal que el soldado apenas experimentó resistencia alguna. El acero atravesó la carne y el hueso, y el brazo quedó desprendido. La princesa, bellísima en su inmenso dolor, se giró cuando la sangre comenzaba a brotar y roció con ella la coraza del conquistador.

El guerrero realizó un movimiento confuso: el acercamiento de la princesa lo había descolocado y necesitó rehacer su salto en mitad del aire; apenas rozó a Velarde. Para cuando quiso emprender un nuevo ataque, los caballos de Villaviciosa, Montoya, Muñoz, Ayarde y el capitán Montesinos lo habían rodeado y no tuvo más remedio que rendirse. Fingir que se rendía, más bien, lo cual evitó que los soldados lo mataran allí mismo. Después, se escabulló entre las

patas de los animales y contempló, horrorizado, cómo la princesa, aún en pie, se desmayaba, perdía, por lo tanto, el equilibrio, doblaba las piernas y caía sobre la hierba. Tuvo que elegir entre salir corriendo o quedarse y auxiliarla. En un gesto que los españoles tendrían en cuenta, corrió hacia ella y, usando sus manos, taponó la herida en un infructuoso intento de evitar el desangramiento.

—Cauterizádsela —ordenó el adelantado.

El procedimiento era sencillo, pese a lo cual les llevaría un rato. Fray Pedro continuaba rezando, aunque ahora lo hacía en voz más baja, y varios soldados solicitaron permiso para descabalar y, así, descansar. Sin embargo, el adelantado no lo permitió.

—Mantén a salvo el botín, Vicente —dijo, tras acercarse a Zaldívar con la intención de, muslo contra muslo, intercambiar unas cuantas palabras—. Avisa a los capitanes para que dispongan una posición de defensa. Que nadie desmonte bajo ningún concepto. Salvo los hombres necesarios para prender una hoguera, calentar el hierro y aplicárselo a la princesa, todos deben permanecer en sus sillas.

—¿Qué hacemos con el guerrero, adelantado? —preguntó Zaldívar. El tono de voz apenas superaba el susurro.

—Apresadlo. No me fio.

Al guerrero lo sujetaron y, aunque se debatió un poco, no opuso resistencia digna de ese nombre. Le maniataron los brazos y le pidieron que se sentara en el suelo y que permaneciera quieto. Como a la primera no obedeció, le ataron también los pies. Parecía enfadado. O, al menos, poco satisfecho con la situación.

Los españoles, a continuación, hicieron dos cosas. La primera concernió exclusivamente al sargento mayor. Cabalgó hasta el lugar donde se hallaban los carros y preguntó a los hombres que los conducían por una caja vacía. Debía ser resistente, pues contendría el tesoro de la expedición. Lo dijo en voz alta, sin miedo a que los demás le oyeran. Lo hizo porque intentar lo contrario habría resultado inútil. En las expediciones apenas existe algo parecido a la intimidad. Los hombres lo saben todo de todos y algo como el arcón de la plata no pasaría desapercibido ni durante cinco minutos. Eso sí, españoles lo eran todos, desde el primero hasta el último, de manera que Zaldívar apostó a dos soldados junto al carro. Les ordenó que no se movieran de allí bajo ningún concepto. Si tenían que ir a mear, debían avisarle primero para que él mismo, Zaldívar, les sustituyera mientras tanto. Jamás el botín permanecería sin vigilancia armada.

El segundo asunto del que se ocuparon fue la princesa quivira. El adelantado había ordenado que le cauterizaran la herida y eso hicieron. Para ello, tres sirvientes recogieron leña y encendieron fuego. Después, cuando la llama fue alegre, pusieron al rojo uno de los hierros del herrero. En San Gabriel disponían de una herramienta específica para tal uso, pero no se la habían llevado con ellos a Quivira. Medio se les olvidó, medio dejaron que se les olvidara. Al final, no se trata sino de un trasto más que debes arrastrar durante cientos de leguas y ¿para qué? En el improbable caso de que lo necesitaran, pues tampoco se pasaban los días amputándose miembros, siempre podían, como hicieron ahora, tirar de cualquier hierro que tuvieran por ahí. A fin de cuentas, se trataba de cerrar una herida quemando la carne y para eso valía hasta el asa de una cazuela si sabías ponerla al rojo vivo.

El propio herrero dijo que él mismo se ocuparía de llevar adelante la operación. Por insólito que ahora pueda parecer, el herrero era lo más parecido a un médico que llevaban en la

expedición. En esta y en cualquiera de las que emprendieron los españoles durante más de cien años. El tío, si lo piensas, se pasaba el santo día tratando con los animales. Les curaba pequeñas heridas, les quitaba las garrapatas y, en general, se encargaba, junto a los mozos, de su bienestar. Si a un hombre le dolía una muela, ¿quién era el tipo que mejor sabía utilizar la tenaza? Si una herida se había puesto fea y alguno de los capitanes ordenaba cortar por lo sano, ¿a qué hombre recurrirías para que te clavara el cuchillo? Todos sabían tajar, pero ninguno con la precisión quirúrgica del herrero. Así que se trataba de él o de nadie más.

Permanecían a caballo, tal y como había mandado Oñate. Habría más guerreros ahí delante, ocultos entre los álamos, y más les valía andarse con ojo, pues, tarde o temprano, volverían a dejarse ver. La llanura era extensa y Gizé no parecía una zona demasiado poblada, de manera que descartaron un ataque serio en, al menos, las próximas diez o doce horas. Desconocían muchos aspectos relacionados con los quiviras y sus costumbres, pero lo sabían todo acerca de la guerra. Y la guerra, para bien o para mal, es igual en todas partes. Si querían reunir una tropa capaz de hacerles frente, cosa que muy probablemente estuvieran intentando en aquel mismo instante, necesitarían tiempo. Y, los expedicionarios bien lo sabían, quien controla el tiempo controla su destino. Dicho de otro modo: si no se eternizaban en aquellos parajes y realizaban rápido su trabajo, no les sucedería nada digno de mención.

Lo cual no era óbice para que el sargento mayor ordenara a los capitanes que se dispusieran soldados en permanentes tareas de vigilancia. Hecho que, hay que decirlo también, apenas resultó necesario, pues allí hasta los frailes tenían la mirada fija en los álamos, en las sombras que proyectaban, en los huecos que se adivinaban allá donde la hierba perdía gracia.

Dios avanzaba a su lado, pero, por la cuenta que les traía, se andarían con mil cuidados.

La princesa quivira gemía de cuando en cuando, aunque la mayor parte del tiempo la pasó sin sentido. Mejor para ella. Cuando el herrero le aplicó el hierro candente, el sonido de la carne al freírse estremeció hasta al último de los hombres. No les había gustado tener que amputarle un brazo, por Dios santo que no... Ni siquiera ella había sido el objetivo del espadazo de Velarde. Simplemente, las cosas pasan y ellos no podían sino lamentarlo y seguir adelante.

—Nos llevamos a los dos —dijo Oñate desde lo alto de su silla—. Volverán a atacarnos, de manera que un par de prisioneros no nos vendrá nada mal.

Encamaron a la princesa quivira a uno de los carros y la acomodaron tan bien como supieron y pudieron. De cuando en cuando, deliraba en sueños, aunque sabían que era a causa del dolor producido por la cauterización. Seguía siendo joven y guapa y sus tatuajes lucían bellísimos a aquella luz ligeramente otoñal. Una vez recuperada del percance, no tendría ningún problema para continuar con su fastuosa vida de rica princesa quivira. A buen seguro, decenas de pretendientes, una vez enterados del valor con el que ella se comportó aquel día en el que los españoles llegaron, la colmarían de riquezas y oropeles. Le habían hecho un favor.

En cuanto al guerrero, le liberaron las piernas. Acto seguido, el capitán Montesinos, desde su caballo, desenvainó un palmo la espada, la volvió a envainar y le mostró un dedo índice: vamos a aguantarte, tonterías, las justas. El guerrero lo entendió a la primera, pues asintió con la cabeza y se puso a caminar junto a los soldados. Continuaba con los brazos atados entre sí y estos a una larga cuerda cuyo otro extremo terminaba en las manos de un soldado a caballo.

Ya que lo tenían, lo pusieron a avanzar en la vanguardia de la columna. Habría más guerreros quiviras ocultos ahí delante y más les valía comprender a qué se arriesgaban.

El día avanzaba deprisa y todavía les quedaban bastantes casas por registrar. Gizé se extendía casi sin límite y cada vez más y más construcciones hacían aparición entre los álamos. En todas, sin excepción, hallaban su iracunda princesa joven y tatuada. Algunas tenían niños pequeños, en ocasiones hasta de pecho. Otras, las menos, aguardaban solas. Estas eran las que más prevención les causaban. A pesar de la indudable superioridad que un conquistador español, armado, acorazado y a caballo, mostraba sobre una joven muchacha desnuda, no las tenían todas consigo y más de una vez y más de dos, alguno de los soldados acabó en el suelo y con el rostro y el cuello arañados. Cuando esto sucedía, los frailes se ponían a rezar y los soldados, a reír.

Poco a poco, la caja de madera donde Zaldívar acumulaba lo conseguido se llenaba. Tenían de todo: collares, gargantillas, pendientes, brazaletes, pulseras, aros y argollas y hasta varias piezas a las que no supieron dar nombre pero que reconocieron de buena plata y guardaron con esmero. También encontraron algún que otro anillo de oro y varias joyas con piedras preciosas laboriosamente engastadas. Se lo llevaron todo, por supuesto.

Rato después, llegó el segundo de los ataques. Para entonces, la infantería quivira se había desplegado, aunque no podían verla, frente a ellos y aguardaba quién sabe qué. Los españoles, de estar las tornas cambiadas, les habrían atacado hacía tiempo. Supusieron que habían conseguido juntar un número insuficiente de efectivos como para asegurarse la victoria. Estarían en ello, no obstante. Mientras tanto, siempre existe ese muchacho al que el coraje le hierve en las venas y busca la gloria por su cuenta. Opinaron que sus jefes no se opondrían, pues así, al menos, le tomaban el pulso a la partida extranjera.

Esta vez, el ataque se lanzó sobre la retaguardia. Allí, viajaba un grupo compuesto por varios de los indios mexicanos que se ocupaban de la intendencia, la mula a cuyos lomos se transportaba el Sagrado Corazón y cuatro o cinco frailes. Todos los españoles, sin excepción, se hallaban agotados, aunque estos últimos, los frailes en la cola de la comitiva, apenas se sentían capaces de mantenerse derechos en las sillas. No es que sea imposible, pues algunos soldados habían terminado por desarrollar la habilidad, pero resulta hartísimo complicado dormir mientras cabalgas. Al final, quieras o no, el cuerpo se desliza hacia un lado y tú acabas dando con los huesos en el suelo.

Bien, pues sobre este grupo de desgraciados se lanzó un guerrero quivira todavía más joven que el anterior. Si tenía los dieciséis años cumplidos, muchos tenía. Total, que el muchacho surgió corriendo de entre los álamos y alcanzó la columna española antes de que los soldados tuvieran tiempo de reaccionar. Jugó a favor del quivira el hecho de que, en aquel momento, la atención se encontraba puesta en una nueva casa con su princesa bajo el quicio. Esta, que era la única que miraba en dirección al guerrero, no dudó en sumarse al ataque y se lanzó sobre el primer español a caballo con el que se topó en su camino: el capitán Sosa.

Lo desmontó, por Dios que la muchacha lo hizo. Bravura, desde luego, no le faltó. Téngase en cuenta que no solo Sosa la doblaba en peso, sino que este se encajaba en su silla de montar, tenía las botas dentro de los estribos y sujetaba las riendas con ambas manos. La princesa, delgada y muy poca cosa, se impulsó magníficamente en el aire y, tras asir al capitán por el cuello, se descolgó por la otra parte del caballo. Sosa, para evitar males mayores, separó las botas de los estribos y se dejó caer. Es necesario haberlo escuchado con oídos propios para comprender, debidamente, qué clase de estruendo realiza un soldado español cuando, con todo el equipo de defensa puesto, cae desde los lomos de un caballo. Y eso que aquí había hierba, la cual siempre

amortigua los sonidos. Pero el golpetazo lo escucharon todos en la columna. La armadura golpeó contra la tierra y, de paso, atrapó un brazo, el hombro y parte del pecho de la princesa que junto al capitán caía. Seguro que le fracturó algún hueso. Fuese así o no, la joven se revolvió como una serpiente y, abriendo la boca hasta el punto de que los hombres más cercanos le vieron la campanilla, lanzó una formidable dentellada sobre el rostro del capitán Sosa. Luciría la cicatriz durante el resto de sus días. En pleno pómulo izquierdo, justo sobre la línea de la barba, y con dos hileras de dientes perfectamente marcados. No muchos hombres pueden presumir de que una princesa quivira casi les deja la calavera al aire.

—¡Argh! —gruñó al sentir el dolor. La muchacha le había rodeado la cabeza con los brazos y presionaba con todo su ímpetu. Quería matarlo y, si no podía matarlo, al menos dejarlo herido. O tullido. Lo que fuera, con tal de apoyar al guerrero que, en ese instante, la emprendía desde el otro extremo de la enorme columna española.

Un guerrero que ya saltaba sobre uno de los frailes y lo desmontaba. Los frailes, en general, caen más suave que los soldados. Los franciscanos en particular, con su simple sotanilla y poco más, son objetivo fácil para el enemigo. Ellos son salvajes y, como tales, apenas distinguen a unos de otros. ¿Quién es un soldado? ¿Quién, un hombre de Dios? Si todos llevan espadas al cinto, si todos avanzan a lomos de majestuosos caballos, si todos participan del saqueo... Son el enemigo y merecen la muerte.

Eso, al menos, pensaría el guerrero quivira. En su contra, habría que añadir que vaya, que menuda indignidad la de atacar al flanco más débil... ¿Un fraile exhausto? ¿He ahí un objetivo del que sentirse orgulloso? Muchacho, inténtalo con León, o con De la Rúa, o con el capitán De las Casas. De hecho, ahí venían.

Los tres hombres apretaron sus caballos en dirección a la retaguardia de la columna. En el primer vistazo, De las Casas supo que acababan de cometer un error y que había sido por su culpa. Habían desatendido esa parte de la expedición, ocupados, como estaban, en la cogida de riquezas. Algo que, esto es así desde siempre y el capitán, al menos en su interior, supo reconocerlo, sucede en vanguardia. Es la punta de la columna la que conquista el territorio. Los demás, el resto, no son sino lo que sigue. ¿Importante? Imprescindible, pero uno no siempre está pendiente de lo que carece, por completo, de emoción.

Solventarían el problema como pudieran. ¿Podrían? Sin duda. Era uno, nada más. Ágil, bien comido y con los ojos abiertos de pura emoción. Tenía, en el momento en el que el capitán y los dos soldados llegaron hasta él, al fraile en el suelo. Inmóvil, pues el quivira se le había sentado a horcajadas.

Había tanto horror en los ojos del fraile que su mirada bien podría ser la que antecede a la muerte. Ya sabes, por lo que dicen que eres capaz de contemplar una vez que, para ti, ya no hay retorno: el portal del infierno, los guardianes del abismo, la serena mirada de quienes han de abrasarte.

—León —ordenó el capitán De las Casas mientras sus caballos rodeaban al fraile y al guerrero. Este último tenía las manos sobre el cuello del franciscano y apretaba, y apretaba, y apretaba... No dejaría de hacerlo hasta que el pobre diablo la diñara. Y no, eso no.

León refrenó su caballo y descabalgó. Se fue hacia el quivira y, de un brutal manotazo que casi le arranca la cabeza, lo apartó del fraile, quien aprovechó la ocasión para respirarse media Quivira de un sorbo.

—¿Está bien? —preguntó León.

No hubo tiempo para respuestas y, si lo hubo, León no las escuchó porque el guerrero quivira ya se lanzaba, como tomado por la más fervorosa de las enajenaciones, hacia él. El conquistador no se lo pensó y desenvainó. Tenía treinta años. Y sí, se sentía tan agotado como el resto, pero tenía treinta años. Y treinta años constituyen, rúmialo, la edad mágica: has vivido lo suficiente como para que nada te sorprenda aunque todavía no se puede decir de ti que eres un hombre viejo. Estás en la flor de la vida y, mírate, conquistando para el rey. De manera que, cuando llega la hora de la verdad, a la verdad la miras de frente y con todas las consecuencias.

León levantó el filo de la espada, lo extendió frente a sí y comenzó a ladearlo. Las armas muy pesadas son de un solo tajazo. Puedes fallar pero, si fallas, es bastante improbable que reúnas las fuerzas necesarias para intentar un nuevo mandoble. León, por suerte para él, lo sabía, de manera que afinó antes de ejecutar la maniobra de tajadura.

El capitán De las Casas, desde lo alto de su caballo, observó la escena y tuvo la impresión, como siempre se solía tener, de que esta, la escena, se elaboraba a dos velocidades. Por un lado, el ligerísimo guerrero quivira se movía como una liebre con garras de puma. Saltaba ya en dirección al expedicionario mientras este apenas parecía moverse: con una parsimonia que bordeaba lo demencial, el español echaba hacia atrás su descomunal espada, la hacía tomar impulso y, por fin, comenzaba a hacerla volar en dirección al enemigo.

La cabeza del guerrero quedó limpiamente separada del cuerpo y rodó por la hierba. Tres o cuatro pasos más allá, se detuvo. El rostro quedó orientado hacia arriba y todos pudieron contemplar el rictus que en él se había congelado: os mataremos a todos, españoles hijos de puta.

Bueno, quizás en otra ocasión.

¿Y la princesa quivira?

Seguía sentada a horcajadas sobre el capitán Sosa y seguía, para contrariedad del propio capitán, con los dientes clavados en su pómulo izquierdo. La muchacha lo tenía abrazado y el capitán, dentro de su coraza, apenas era capaz de moverse.

—¡Quitádmela de encima! —ordenó en un tono que, se dio cuenta, sonó más a ruego que a otra cosa. Estas órdenes hay que darlas con entereza, pero uno no siempre está en disposición de hacerlo. Somos humanos.

Ayarde e Hinojosa descabalaron y respondieron a la llamada de auxilio de su capitán. Más tarde, Sosa les reprocharía que no los había visto moverse tan rápido como hubiera esperado, a lo cual ellos respondieron que fueron tan raudos como pudieron y que la hierba entorpecía sus movimientos, ya que, a ratos, las espuelas se atoraban en ella. Sosa nunca los creyó del todo, aunque lo dejó estar. Con este tipo de hombres, siempre acababas por dejarlo estar, pues, llegada la discusión a determinado extremo, no existía más salida posible.

Agarrándola uno de cada brazo, Ayarde e Hinojosa lograron que la princesa soltara al capitán. Conseguir que abriera la boca y liberara su pómulo les costó algo más, pero nada que un dolor debidamente infligido no pueda solucionar. Hinojosa la sujetó por la muñeca y comenzó a retorcerle el brazo en sentido longitudinal. Este movimiento, ejecutado con la debida presión, provoca un dolor inenarrable en el codo y en la parte baja del hombro. Si quien retuerce retuerce un poco más, puede hacerte añicos media docena de huesos, pero Hinojosa sabía detener el apretón allá donde no quiebras, aunque desquicias. Como resultado, la princesa quivira abrió la boca y, de un empujón, la lanzaron sobre la hierba.

—Atrapadla —dijo, entonces, Zaldívar—. Nos la quedamos.

Ayarde e Hinojosa, casi sin ganas, caminaron hacia la princesa, quien ya los aguardaba dispuesta a seguir presentando batalla. Tenía los ojos cruzados por el odio y el pecho subía y bajaba apresuradamente como producto de la excitación. Cuando los dos soldados la volvieron a sujetar, la mujer se debatió, pero Ayarde, que portaba un trozo de cuerda, la maniató sin grandes dificultades.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó Hinojosa—. ¿La ponemos en el carro, junto a la otra princesa?

Zaldívar se lo pensó durante un instante y respondió:

—No, que camine al lado de nosotros. ¿Dónde está el guerrero que hicimos prisionero hace un rato? Traedlo también. Que nos abran paso el uno junto a la otra. Nos servirán de aviso y parapeto.

Poco a poco, y a medida que la tarde avanzaba, la infantería quivira comenzó a dejarse ver. ¿Qué sentido tenía continuar agazapados? Ninguno. A lo lejos, siempre a doscientos o trescientos pasos de distancia, varios grupos de guerreros se irguieron y mostraron sus armas a los españoles. Traían machetes y hachas de filo de piedra, pero también arcos y flechas.

—Agrupémonos —decretó Zaldívar en voz baja. Los capitanes pusieron al trote sus caballos y comenzaron a ejecutar la orden del sargento mayor—. Los prisioneros. Junto al adelantado.

Ayarde, que se ocupaba de custodiarlos, los condujo hasta donde Zaldívar había indicado. Si los quiviras disparaban sus arcos, matarían, antes que a nadie, a su propia gente.

—Son pocos —dijo el adelantado mientras observaba hacia el frente.

—Todavía se están reuniendo —repuso Zaldívar.

—Hemos empujado la caballada —informó el capitán Montesinos, que venía desde atrás. Y añadió—: Tanto como hemos podido.

Ese era el problema de la expedición española. Y su punto flaco: que, por mucho que quisieran, su tamaño era enorme y los hombres disponibles para defenderla, limitados.

—¿Cómo va el botín, Vicente? —preguntó Oñate.

—La caja está casi llena —respondió el sargento mayor—. Deberíamos pensar en dar media vuelta y regresar.

El adelantado dejó de mirar cómo, a lo lejos, se creaba la fila enemiga y volvió la vista hacia Zaldívar.

—¿Regresar? —preguntó. Su voz sonaba sinceramente extrañada—. ¿Quién habla de regresar?

—Adelantado, mire lo que se está formando ahí —expresó Zaldívar, preocupado.

—La caja todavía no está llena. Sigamos registrando casas.

—Adelantado... No es seguro.

—Sí lo es. Aún les falta un buen rato para reunir las fuerzas necesarias. Con lo que tienen frente a nosotros, sería suicida para ellos lanzar un ataque.

—Deberíamos ser prudentes y...

—Soy el hombre más prudente del mundo. Y digo que todavía no estamos en peligro. La fila enemiga está muy lejos de ser peligrosa. Además, contamos con rehenes. Sigamos reconociendo, Vicente.

—Como mande, adelantado.

Llegaron a una nueva casa, la primera en la que, a sus puertas, no les aguardaba una princesa quivira. Se extrañaron por ello. Lo hicieron de forma sincera y hasta sentida. Durante las últimas horas, habían entretenido la vista con aquellas preciosas mujeres desnudas. Y nadie podría afirmar, sin estar mintiendo, que trataron mal a una sola. No, a las que no la emprendieron con ellos; no, a las que les dejaron hacer sin mayores impedimentos; no, a todas las que se limitaron a observarlos, aunque fuera con el gesto ceñudo. A una le habían cortado un brazo y otra caminaba maniatada al frente de la columna, pero porque casi le arranca el pómulo al capitán Sosa.

—Qué raro... —comentó uno de los soldados. La puerta de la casa se encontraba abierta, de modo que entraron.

—Sí, se nos ha perdido una princesa —le dio réplica otro, incapaz de pensar en una dirección distinta.

—Deprisa, deprisa —apremiaba, mientras tanto, Zaldívar. Desde su caballo, echaba, alternativamente, vistazos a la casa y a la línea que la infantería quivira conformaba frente a ellos. Cada vez los tenían más cerca.

—Aquí no hay gran cosa —gritó uno de los soldados que había entrado a registrar.

—Buscad a fondo —ordenó el adelantado. No se dejarían ni una gargantilla. Ni aunque fuera un hilo de plata del tamaño de su meñique. Hasta que se hubieran hecho con todas las riquezas de Quivira, no darían media vuelta.

Los soldados lo estaban poniendo todo patas arriba, o eso parecía a los hombres que aguardaban fuera a juzgar por el estrépito que provenía del interior de la vivienda.

—Vamos... —insistió Zaldívar. No le hacía ninguna gracia estar allí.

—Tranquilo, Vicente —le dijo el adelantado, tras advertir la preocupación en su rostro—. No nos atacarán mientras tengamos prisioneros. ¿O por qué crees que han retirado a las princesas? Ya no veremos ni una más. No quieren que capturemos más rehenes, lo cual está bien porque quiere decir que lo estamos haciendo correctamente.

—Sigue sin gustarme nada esto.

—Vicente, por Dios...

El adelantado se llevó la mano al rostro y, con el dorso de ella, se secó el sudor. Después, continuó observando la puerta de la casa. Cuando los soldados que la registraban tardaban demasiado en hacerlo, comenzaba a intranquilizarse. Zaldívar haría bien en bajarse del caballo y atender este asunto, porque este asunto, y no la dichosa línea de la infantería quivira, era verdaderamente importante: si un solo cabrón, si uno solo de entre todos los que llevaba tras de sí, le estaba robando, él debía saberlo. Nadie robaba a Oñate. No, mientras él pudiera evitarlo.

—Adelantado —volvió a decir Zaldívar. Sabía que, con su insistencia, estaba molestando a Oñate, pero a él lo llevaba precisamente para eso: para señalarle sus errores. Si llevar contigo a un hijoputa que te diga lo mal que lo haces cuando lo haces mal no es signo de inteligencia, Señor, bárrenos a todos porque aquí no hay remedio.

—Aquellas dos casas de allí —dijo el adelantado señalando hacia el oeste—. Registramos aquellas dos casas y damos por terminada la conquista.

—Es peligroso, adelantado —repuso el sargento mayor—. Cada vez hay más guerreros quiviras frente a nosotros. No les demos tiempo a que...

—Todavía les faltan unas horas. Dos o tres, como mínimo.

—Suman hombres más deprisa de lo que habíamos previsto...

—No nos atacarán, Vicente, no nos atacarán.

—Déjeme que, al menos, envíe a unos cuantos hombres para echar un vistazo. Quiero ver cómo responden.

—De acuerdo... Pero primero vayamos hacia aquellas casas. Ya nos falta poco para llenar la caja del tesoro, ¿verdad, Vicente?

—Sí, adelantado.

La comitiva, más pesada y lenta que nunca, se puso de nuevo en marcha. Aunque los soldados sudaban la gota gorda para que se mantuviera en formación compacta, por atrás, casi sin quererlo, se estiraba hasta que en su parte final tenía el grosor de un solo caballo. Mal asunto, porque aquello los volvía vulnerables. Y cuando estás conquistando, la vulnerabilidad es un lujo que nadie puede permitirse. Está de más señalarlo, pero es tan cierto como cierto es que, pese a conocer las consecuencias, algunos frailes y no pocos sirvientes se iban retrasando porque, simplemente, no se sentían capaces de seguir la marcha.

Siguiente casa y, de nuevo, la princesa ausente. Creyeron que ya no las verían más. Que Gizé, la tierra maravillosa en el corazón del reino de Quivira, el llano de las mil vírgenes solitarias, había sido evacuado. Tenían a dos princesas con ellos. ¿Se las llevarían de regreso a San Gabriel? Algunos hombres soñaban con la posibilidad, pero no se hacían ilusiones al respecto: una vez que al adelantado no le fueran de utilidad, las dejaría ir, tal y como haría con el guerrero preso.

—¿Qué encontráis? —preguntó Oñate, impaciente mientras tres hombres inspeccionaban el interior de la casa.

—Lo de siempre, adelantado... —gritó uno desde el interior.

—¿Qué cojones es lo de siempre? —preguntó Oñate sin alzar la voz. Se estaba enfadando.

—Un par de brazaletes. Y varios collares. Oh, y una especie de broche que creo que es de oro.

—¿De oro?

—Sí, adelantado. Yo diría que sí.

—Venga, daos prisa.

—Es que hay muchos rincones en los que mirar y...

El soldado se hallaba en el interior de la casa y el adelantado, fuera, a lomos de su caballo. Se escuchaban con claridad, aunque no se veían.

—¿No me estarás robando, verdad, muchacho? —preguntó, entonces, Oñate.

Fue una pausa que duró un instante. Fugaz, extremadamente fugaz. El tiempo que hasta el más hábil necesita para urdir una mentira. Porque, es sabido, la verdad siempre fluye sin más esfuerzo, pues es eso: lo que realmente sucede. Pero para mentir has de tomarte un momento. Toda mentira precisa de un esqueleto, de un armazón, de llámalo como quieras: lo que digas ahora deberás recordarlo siempre para que lo que en el futuro afirmes no se contradiga con lo dicho antes.

—Hijo de puta... —gruñó Oñate para sí.

—¿Robarle yo, adelantado? —se escuchó desde dentro de la vivienda.

Ya daba igual. Oñate apretó los muslos sobre los flancos de Platero y lo puso en marcha. Se agachó para pasar a través de la puerta de la casa y, aun así, tuvo que usar un brazo para retirar un trozo de piel de bisonte y acceder al interior.

—Os he tratado como a hijos y así me lo agradecéis —bramó el adelantado. Dentro de la casa, el calor era insoportable. Justo había espacio para tres o cuatro personas. Un hombre a caballo, un hombre del tamaño de Oñate, cubierto con un morrión que aumentaba en varios palmos su altura, apenas podía permanecer erguido—. ¡Sacad lo que os habéis guardado!

Tres hombres había dentro. Tres tíos valiosos que Oñate necesitaba como el respirar. Ahí fuera se estaba formando una línea de ataque quivira y pronto cada soldado capaz de empuñar una espada sería preciso. Pero los habría matado a los tres. Lo habría hecho sin dudar porque a él nadie le robaba delante de sus narices y salía indemne. ¿Qué tenían? ¿Un par de piezas de plata guardadas en los pantalones? ¿Tratarían de venderlas una vez que tuvieran permiso para regresar a Zacatecas o a la Ciudad de México? ¿Cuándo? Allí no existían permisos y el que había marchado hasta Nuevo México lo había hecho renunciando a echar la vista atrás. ¿Entonces qué? ¿Desertarían, los muy mal nacidos? ¿Era eso? ¿Con sus dos piecitas de plata metidas en el culo para que nadie se las arrebatara mientras dormían? Quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón, y esto no hay español, de bien o de mal, que lo ignore.

—No nos hemos guardado nada, adelantado, se lo prometo... —repuso uno, pero con voz tan trémula que si hubiera confesado, si hubiese afirmado que sí, que tenía los calzoncillos repletos de alhajas, no habría resultado más convincente.

El adelantado no se lo pensó dos veces. El espacio, reducidísimo, no daba para nada, pero a los hombres como él no los detenía ninguna circunstancia. Al diablo con las circunstancias. Al diablo con todo. Solo cuenta uno. Y uno es él y lo que le sucede. El honor, el sentido de sí mismo. La autenticidad.

Desenvainó la espada. Platero bufó, luego relinchó, retrocedió un par de pasos, golpeó en una de las paredes de la casa, rasgó la piel de bisonte que la formaba, partió varios palos que hacían las veces de estructura y, de nuevo, recuperó esos dos pasos. En mitad de la casa india, un hombre con brillante coraza de acero, barba de tres meses, sudor en las mejillas y la rabia de mil tormentas, alzó la espada y apuntó con ella al soldado que acababa de mentirle.

—Te voy a matar aquí mismo, hijo de la grandísima puta —rugió—. Soy tu puto final, cabrón de mierda. Nadie roba a Juan de Oñate. Nadie.

La punta de la espada del adelantado alcanzó a rozar la frente del soldado. Los otros dos, que estaban tan armados como el propio Oñate, bien podrían haber acudido en defensa de su compañero. A fin de cuentas, eran tres contra uno. Soldados, todos ellos soldados. Tipos que habían luchado contra los mismísimos apaches y habían salido vivos para estar aquí y contarlo. ¿Qué era Oñate sino un hombre ya mayor? Puede que uno de los tres muriera en la refriega. Pero los otros dos saldrían vivos de ella. Una vez fuera de la casa, ¿qué sucedería? ¿El sargento mayor y los capitanes mostrarían objeciones? ¿Con tanto soldado en los alrededores? ¿Y un cofre atestado de riquezas? ¿Y los quiviras a tiro de flecha? Los cojones. Darían media vuelta, clavarían espuelas y ancha es Castilla.

El soldado al que Oñate tenía encarado con la punta de su espada se orinó encima. Nunca, en los años venideros, olvidaría aquel instante. Ninguno de los tres lo haría. Y jamás, hasta el momento en el que la muerte verdadera les alcanzase, dejarían de experimentar un estremecimiento al recordarlo. Si el miedo existe, y existe, a ellos les impregnó el alma en el interior de aquella casucha en Gizé. Nunca más volverían a ser los mismos.

—Perdone, perdone, adelantado... —farfulló el soldado mientras se hurgaba en el interior de sus pantalones y sacaba una pieza de plata del tamaño de la palma de la mano de un niño—. Mire, no nos lo tenga en cuenta. Ha sido..., ha sido un error.

El soldado se echó a llorar. Los otros dos lo habrían hecho también, pero concentraban sus esfuerzos en volverse invisibles. Que el adelantado no se girara, que no se girara, que no lo hiciera, por todos los santos...

Oñate observó al hombre desde lo alto de Platero. Soltó las riendas, extendió la mano libre y esperó a que el soldado pusiera lo robado en ella. Cuando lo hizo, se llevó la pieza de plata a la boca, la sujetó entre los dientes y, tras asir primero las riendas, envainó y procedió a dar la vuelta para salir de la casa. Platero no parecía demasiado convencido y bufó varias veces mientras el adelantado le obligaba a girarse en el sitio. Con la grupa, empujó a los soldados y hasta se cagó encima de uno de ellos. Este se limpió la mierda con una piel que encontró en un rincón y, después, la dejó caer. La princesa quivira, cuando regresara a su hogar, montaría en cólera.

Agachándose, el adelantado atravesó la puerta. Fuera, el resto aguardaba. Los nervios se encontraban a flor de piel y, por un momento, el adelantado lo advirtió. Tenía la pieza de plata entre los dientes y, tal cual, los observó a todos. ¿Veis, cobardes? A esto hemos venido y con esto nos iremos. Una casa más.

—Adelantado —dijo Zaldívar.

—Qué —repuso este tomando la pieza de plata con una mano y entregándosela para que la pusiera con el resto del tesoro.

—Hay que irse.

—Una casa más.

—No, adelantado.

—Una casa más. ¿Has enviado soldados hacia el norte?

—Todavía no, adelantado.

—Hazlo.

Zaldívar estuvo a punto de solicitar voluntarios, pero nadie habría dado un paso al frente porque para qué. Así que delegó:

—Capitán Montesinos —dijo—. Elija diez hombres y avance hacia la línea quivira. Quiero que sepan que estamos dispuestos a defendernos.

—A la orden, capitán.

Montesinos no fue exquisito en su elección y señaló a los más cercanos. De la Cruz, Varela, Muñoz, Vido, De la Rúa, Tavora, Hinojosa, Velarde, Montoya y Villaviciosa.

Sin prisa, se pusieron en camino. Gustarles, no les gustaba nada la misión. Avanzaban en dirección a la infantería quivira mientras el resto de los suyos terminaba de saquear las riquezas de esta gran nación. Como plan, no resultaba el más esperanzador.

—Maldita sea mi vida... —rezongó Tavora en cuanto pusieron veinte pasos de distancia entre ellos y la columna.

Nadie le respondió, pues no era necesario. Todos, allí, compartían la misma opinión. Incluso el capitán Montesinos, aunque este, por respeto, no lo expresara en voz alta. Pero, vamos, que avanzar hacia el enemigo en inferioridad de fuerzas no es de esas cosas con las que sueñas cuando eres un chaval.

—Intentemos acercarnos con cuidado —señaló Montesinos, al cabo de un rato.

—Esto es una mala idea —dijo De la Rúa. La fila quivira estaba a unos ochenta pasos de distancia. Podían ver a los guerreros aguardándoles. Se alineaban entre los álamos, sin ocultarse. Tenían armas en las manos y venían pintados de los pies a la cabeza. Pintados para la guerra.

—Lo sé —concedió el capitán mientras continuaba cabalgando.

Entonces, una flecha surcó el aire y se clavó unos pasos por delante de ellos. Ante el aviso, detuvieron la marcha. Existe una posibilidad entre seis o siete de que una flecha india se clave en el cuerpo de un conquistador español en el caso de que consiga acertarle. Y una entre veinte de que lo haga en un órgano vital. Pero no sucedía lo mismo con los caballos. Y, aunque de caballos iban más que sobrados, ser abatido y tener que regresar a pie con la silla de montar al hombro se consideraba un engorro. Así que, para evitar males mayores, refrenaron las monturas y, detenidos, observaron desde allí.

—¿Y ahora qué, capitán? —preguntó Varela.

—Vamos a aguardar a ver qué pasa —respondió Montesinos.

—¿Que qué pasa? —protestó Hinojosa—. Yo le voy a decir lo que pasa. Que esos malparidos nos van a enterrar en una lluvia de flechas. Nos tienen a tiro, capitán.

—No, calma —discrepó Montesinos—. Si quisieran matarnos, no habrían realizado un disparo de aviso.

—Yo no avanzo ni un paso más —aseveró, en tono firme, Muñoz—. Hasta aquí he llegado.

El lugar que pisaba el caballo del soldado Muñoz fue exactamente el lugar que, en la Norteamérica española, más al norte había estado nunca un hombre blanco.

—Hay que dar media vuelta —dijo Vido—. Hostia puta, les distingo los tatuajes desde aquí.

—Son demasiados —rezongó De la Rúa. Tenía la mirada fija en la línea quivira y se había puesto a contar—. Demasiados, joder, demasiados...

—Estoy con Muñoz —aseguró De la Cruz—. No avanzo más. Entiéndalo si quiere, capitán: ya hemos ido demasiado lejos.

Una nueva flecha silbó en el aire y se clavó a tres pasos de las patas delanteras del caballo de Tavora.

—¡Me cago en Dios! —exclamó este mientras tiraba de las riendas para refrenar su caballo—. Oooooouh...

—Capitán, vamos a dar media vuelta —espetó Varela—. Diga que se viene con nosotros.

El capitán Montesinos se giró para observar al grueso de la columna. Como el adelantado había dicho, se encontraban registrando una casa más. Al parecer, sería la definitiva, pero nadie acaba de tenerlas todas consigo tratándose del adelantado. ¿Y si, en último término, a Oñate le parecía que todavía les restaba tiempo para una más? Lo conocían lo suficientemente bien como para saber que esta posibilidad no había que descartarla. Como tampoco una más que posible insurrección de los hombres. Ya está, ya habían dado su último paso. Estaba decidido que no irían más al norte y, en esto, Montesinos debía reconocer que se encontraba de acuerdo: un paso más, un solo paso más, habría resultado una temeridad.

La infantería quivira comenzó a aullar. Lánguidamente, como parecía suceder allí la mayoría de las cosas. Después, avanzaron tres o cuatro pasos. Nada más que eso y se detuvieron. La fila la componían cientos de guerreros y la alineación era, había que concedérselo, perfecta.

—Yo me voy —dijo Hinojosa. Todos lo escucharon y todos entendieron qué verdad había tras esas palabras. Hinojosa acababa de explicar al capitán que, de una forma o de otra, él se

marchaba de allí. En manos de Montesinos se encontraba que lo hiciera como un soldado a las órdenes del capitán general de Nuevo México o como un simple desertor. Hinojosa no dudaba de que quería que los acontecimientos discurriesen según la primera de las dos opciones. Llegados a este término, la deserción resulta una salida no ya poco digna, sino auténticamente ruinosa. Te quedas sin las soldadas que se te adeudan y sin tu porcentaje del botín. Y tampoco creas que te resultará fácil volver a unirte a una nueva expedición de conquista. Los españoles atan bien estos asuntillos, y ya puedes cabalgar hasta la mismísima California y probar suerte allí que seguro que alguien te reconoce. América es inmensa, pero en el último y más polvoriento rincón de ella hay un español que te conoce: ¿Tú no eres Alonso Núñez Hinojosa? ¿Tú no estabas con Oñate en mil seiscientos uno? Sí, joder, os fuisteis hasta el reino de Quivira. Madre mía, qué casualidad... ¿Y qué te cuentas, tío? ¿Todo bien?

—Espera —dijo el capitán Montesinos. Si dejas que te deserte un soldado, es porque tú pretendes hacer lo opuesto a lo que él reclama. Tampoco es que haya que ser ingeniero para vislumbrarlo, pero conviene explicarlo: si ahora mismo le desertaba Hinojosa, no sería descartable que buena parte del grupo allí presente se le sumara. Muñoz lo haría seguro. Y De la Cruz, y Vido. No, ni hablar, no podían darse el lujo de permitir que un puñado de buenos y necesarios soldados abandonara la expedición. Sobre todo, porque los hombres tenían razón: ya no se podía seguir. El adelantado debería comprenderlo y aceptarlo.

—¿Qué me dice, capitán? —preguntó Hinojosa.

No le quitaban ojo a la línea de guerreros quiviras, quienes, con sus aullidos, sus movimientos lentos y el brillo de sus pieles tatuadas y pintadas para la guerra, causaban cierto efecto hipnótico sobre los españoles. Los mirabas y terminabas ensimismándote en la contemplación. De alguna forma, aquellos formidables guerreros tenían algo de bello e inmaculado. Y di tú que fue a causa del agotamiento o porque llevaban demasiadas horas sin beber, pero creyeron verlos refulgir entre los álamos. De forma discreta y sorda, aunque también elegante y algo fantasmal.

Fue la luz, sí, fue la luz.

—Regresamos —concedió, por fin, el capitán Montesinos—. Movimientos lentos. No quiero que piensen que vamos a atacarlos.

—Descuide, capitán —dijo Montoya.

Con un cuajo que para muchos resultaría exasperante pero que ellos consideraron, dadas las circunstancias, más que oportuno, los diez soldados y el capitán retrocedieron hasta el lugar donde la expedición española registraba una casa. La última, había señalado el adelantado. Verían.

—¿Qué pasa? —le preguntó Zaldívar a Montesinos. La partida española tampoco se encontraba lejos de la línea quivira, aunque posiblemente la distancia fuera, todavía, suficiente como para que las flechas indias no los alcanzaran. Tampoco para lanzar las campanas al vuelo: ciento sesenta pasos, ciento ochenta en el mejor de los casos; y los guerreros quiviras avanzaban hacia ellos. No te dabas cuenta si no los observabas durante un buen rato seguido, pero lo hacían.

—Debemos dar media vuelta —respondió Montesinos. Fue una de esas frases cortas y aparentemente sin relevancia que explican y resumen el momento. Si tenían que hacer algo, tenían que hacer eso. Con certeza, sin dudar. Cualquier otra elección resultaría errónea.

Zaldívar lo aceptó.

La casa que se hallaban registrando les había dado como premio unos delicados camafeos. Tenían ricos labrados con motivos geométricos y al adelantado, que los sostuvo unos segundos en la mano antes de entregárselos a Zaldívar para que los pusiera con el resto del botín, le parecieron de una rara exquisitez. A veces, los indios te sorprenden con refinamientos que, incluso en la Ciudad de México, se considerarían de un gusto fuera de toda duda. Quizás, antes de echar toda la plata a fundir, eligiera uno para regalárselo a su esposa. Sí, puede que lo hiciera.

—Adelantado —dijo Zaldívar tras chasquear la lengua para poner su caballo cerca del de Oñate—. Ha llegado la hora. Tenemos que marcharnos a casa.

El adelantado miró, primero, al sargento mayor y, después, a los soldados y al resto de hombres. Todos lo observaban expectantes.

—¿Tenemos las riquezas de Quivira, capitán? —preguntó el adelantado. La cuestión era retórica, claro, pero convenía hacerla para que la oyeran todos los hombres. ¿Veis cómo yo tenía razón? ¿Veis cómo, al final, cualquier sufrimiento ha merecido la pena?

—Las tenemos, adelantado —respondió Zaldívar.

—De acuerdo, capitán —repuso Oñate—. Dos cosas más y nos vamos.

A más de uno casi se le para el corazón. ¿Dos cosas más? ¿Con la infantería quivira en una posición de clara amenaza? En cinco minutos, estarían bajo el vuelo que podían describir sus flechas. Y los tiradores se contaban por cientos.

—Diga, adelantado —expresó Zaldívar, quien sabía que irían más rápido cediendo que intentando razonar.

—Traed el Sagrado Corazón.

—¿Cómo..., cómo dice?

—Que traigáis el putito Sagrado Corazón de Jesús. Teníamos uno, ¿verdad?

—Sí, adelantado.

Zaldívar ni siquiera tuvo que ponerse a repartir órdenes. Los capitanes De las Casas y Espinosa rodearon la columna al trote en búsqueda de la mula que cargaba con la estatua a tamaño real. Cuando la encontraron, le sujetaron una cuerda a las bridas y la arrastraron hasta la vanguardia de la partida. La mula, al principio, protestó un poco aunque terminó por transigir. Cuando transportas un fardo semejante durante tres meses a lo largo y ancho de Norteamérica, acabas admitiendo que las mulas son tercas, pero que los españoles lo son más.

—El Sagrado Corazón, adelantado —informó De las Casas.

—Desatadlo —ordenó Oñate—. Lo quiero en tierra.

—¿En tierra, adelantado? —preguntó Espinosa.

—Eso he dicho, capitán. Tenga usted la bondad de cumplir mi orden, hágame el favor.

Se hizo un silencio de los que se cortan con cuchillo. Espinosa realizó un par de gestos con la mano y varios indios mexicanos llegaron a la carrera y procedieron a hacer lo que el adelantado había indicado. Para que no se ladeara durante el camino, llevaban la figura bien amarrada con cuerdas, de manera que librarla de ellas les costó un rato más largo de lo que la mayoría habría deseado.

Por fin, los indios mexicanos pusieron la talla, cuan larga era, en el suelo y se retiraron. El adelantado, desde lo alto de Platero, frunció el ceño.

—No, no, no... —dijo—. ¿Qué cojones hacéis dejando el Sagrado Corazón así? Me cago en mi puta vida... Al final, aquí tengo que hacerlo yo todo.

Dicho esto, y para estupefacción general, Oñate se dispuso a descabalar. Zaldívar dio un silbido y llamó a uno de los mozos para que acudiera y tomara las riendas de Platero.

La fila quivira continuaba avanzando. Sin prisa, sin pausa. Si hubieran querido, los habrían abrasado bajo una lluvia de flechas. Claro que la mayoría de los soldados españoles, acorazados como estaban, habría sobrevivido. Y una lluvia de flechas es de esos asuntos que terminas por tomártelo a mal, así que habrían desenvainado y habrían caminado en dirección al enemigo. Cuando de perdidos al río, el río siempre se va a teñir de sangre. Los quiviras, que de ríos parecían saber mucho pues los había a cientos en aquella fértil tierra, contenían su ataque definitivo.

Con la ayuda de tres soldados que, por indicación del sargento mayor, habían echado pie a tierra y se habían situado junto al adelantado, levantaron el Sagrado Corazón y lo aseguraron entre la hierba. Miraba hacia el sur.

—No, así está mal —dijo Oñate—. Hay que girarlo.

—¿Girarlo? —preguntó uno de los soldados, quien no acababa de entender cuáles eran las intenciones del adelantado. Como el resto de los expedicionarios españoles, dicho sea de paso.

—Sí, quiero que mire hacia el norte.

—Como mande, adelantado.

Entre Oñate y los tres soldados levantaron la escultura y, dando pequeños pasitos en sentido circular, consiguieron situarla con el rostro de Jesús observando el lugar por el que se acercaba la infantería quivira. No se hallarían a más de cien pasos de distancia.

—Perfecto —sentenció el adelantado mientras, con la mano, limpiaba de tierra el pecho de Jesús—. ¿De quién cojones fue la idea de pintarlo de negro?

—De los frailes, adelantado —dijo Zaldívar.

Los frailes, que estaban allí mismo, no dijeron que esa boca fuera suya.

—Putos frailes... —farfulló Oñate. Aunque todos le podían escuchar perfectamente, parecía hablar más para sí que para los demás.

Fray Pedro carraspeó, sobre todo para mantener intacta la dignidad de los franciscanos. Los comentarios como aquel no les hacían ni la menor gracia, qué duda cabe. Sin embargo, se habían acostumbrado a ellos. Además, lo que el adelantado quitaba por un lado lo entregaba por otro: ahora mismo, sin ir más lejos, acababa de otorgar el protagonismo absoluto al Sagrado Corazón. Y no en cualquier momento, lo cual ya en sí mismo habría sido de agradecer, sino en este, en el de mayor exposición y peligro. Cuando otros se habrían apresurado a poner leguas de por medio, Oñate mandó bajar al Sagrado Corazón y lo encaró hacia el norte. Hacia lo ignotamente salvaje.

—¡Eh! —gritó, entonces, el adelantado. Había españoles junto a él que lo oían levantar la voz por primera vez—. ¡Eh, vosotros!

Varios soldados se apartaron y dejaron al descubierto la línea quivira. Guerreros brillando al sol, guerreros con las armas en las manos, guerreros a una carrerita de distancia. Se quedaron sin saber qué hacer o qué decir.

—¡Eh, os dejamos esto! —continuó explicando a gritos el adelantado—. Quiero que me lo cuidéis, ¿de acuerdo? Es una imagen del Sagrado Corazón de Jesús. ¡Ahí es nada! Os la regalo, tíos, para que no se os ocurra andar diciendo por ahí que si los españoles tal, los españoles cual...

—Adelantado —dijo, en un susurro, Zaldívar—. Ya está, ya hemos cumplido. ¿Qué le parece si nos vamos yendo? Esta gente no aparenta estar demasiado contenta con nuestra presencia...

—¿Ah, no? Pues no veo por qué... Les hemos traído a la mismísima imagen del Altísimo. Agradecidos deberían estarnos.

—¿Ordena que demos media vuelta, adelantado?

—El caso es que...

Oñate apoyaba una de sus manos en la escultura del Jesús negro. Ahí quedaría para siempre y, en lo que a ellos respectaba, nadie podría decir que no habían cumplido con su deber.

Los guerreros quiviras, tras el inicial estupor que habían provocado en ellos los gritos del adelantado, se volvían a poner en marcha y avanzaban hacia la expedición española. A cientos.

—He dicho que dos cosas más y nos vamos —expresó el adelantado—. La primera la acabamos de rematar. Todavía nos queda la segunda.

El mar del Norte

28 de septiembre de 1601

Zaldívar volvió a girar la cabeza. La línea quivira se encontraba tan cerca que no pudo, por más tiempo, posponer la decisión:

—Capitanes, sitúen a sus hombres protegiendo la columna.

Aquella era, probablemente, la orden que más le costó dar en todo el tiempo que duró la expedición. Sabía que muchos podrían negarse. Que no se situarían entre los quiviras y la partida española. O que sí, que lo habrían hecho si la situación hubiera sido otra. Si, en suma, no les quedara más remedio. ¿Les quedaba más remedio? Por supuesto. Bastaba con dar media vuelta y poner rumbo sur. Seguirían el curso del río, se cuidarían mucho de mostrarse hostiles y puede, puede que así los quiviras los dejaran marchar. No los habían atacado todavía. Eso importaba.

Pero situar a los soldados en posición defensiva... No era la mejor de las ideas, con la infantería quivira tan cerca que hasta se escuchaban las respiraciones. Si algunos hombres decidían desertar, el sargento mayor se la guardaría para siempre. Lo haría, porque no le quedaba más remedio, pero les comprendería. Diablos, ¿por qué no se marchaban de una vez?

A veces, las malas decisiones vienen acompañadas de respuestas incomprensibles. ¿Por qué? Bueno, son incomprensibles... El caso fue que los soldados comenzaron a formar tal y como Zaldívar había solicitado y tan solo dos o tres protestaron. Servirían de escudo ante el inminente ataque de la infantería quivira. Sus cuerpos y sus caballos repelerían la agresión y, además, se verían obligados a irse hacia delante. Desenvainar y comenzar a tajar a diestro y siniestro. Morirían muchos guerreros y despedazarían a bastantes más. Ojalá no se hallaran tan cansados...

—Adelantado —dijo Zaldívar. Ya está, eso fue todo. Una única palabra, pues no había más. ¿Qué le dices a un hombre que ha renunciado a la sensatez? Porque ante eso se encontraban. Ya no era cuestión de que yo opino de una manera, tú de otra y, entre lo tuyo y lo mío, puede que alcancemos un punto de encuentro. Al final, la razón suele ser compartida. Salvo ahora. El adelantado estaba completamente equivocado y todo lo que no fuera dar media vuelta y salir corriendo de allí era un mal plan.

Oñate había vuelto a montar y, con él, el resto de hombres que había descabalgado para ayudarlo. Ahora mismo, la totalidad de la expedición se hallaba a caballo. Hombres en los pescantes de los carros y mozos bien ordenados en torno a la caballada. Podían iniciar el regreso de inmediato. Faltaba la orden.

—¿Y Rodríguez? —preguntó el adelantado.

—Su puta madre —farfulló, cuidándose mucho de que Oñate no le oyera, Zaldívar.

—Quiero que Juan Rodríguez se acerque. ¡Rodríguez!

Zaldívar lanzó una mirada rápida a los capitanes. Estos se la devolvieron. Habían logrado que los soldados les mostraran las grupas de los caballos y se encararan a los guerreros quiviras. Este era el límite, y ni tan mal, de sus capacidades. De lo que sucediera a continuación se responsabilizaría el adelantado en persona.

Juan Rodríguez, el marino portugués que los acompañaba a la sopa boba desde hacía tres meses, tenía que ganarse lo suyo. A saber, el mar del Norte. ¿O acaso alguien pensaba que el adelantado se había olvidado de este asuntillo? Ni hablar.

Rodríguez se abrió paso entre los hombres o los hombres le abrieron paso mientras avanzaba en dirección a la vanguardia de la columna. Tanto da. Con los soldados en formación, allí solo quedaban los indios mexicanos que se ocupaban del ganado, la intendencia y la caballada. Tenían el alma impregnada de un miedo terrorífico que los paralizaba. Cien años atrás, la suya también había sido una nación brava y orgullosa que había plantado cara a los españoles. Pero cien años son demasiados años y ahora los ánimos se les habían templado y quizás hasta en exceso. Supusieron que, con el tiempo, a los quiviras les sucedería lo mismo. Claro que, para entonces, ellos ya estarían muertos. Lo importante, si acaso, era que esa muerte no les alcanzara hoy.

—¡Rodríguez! —exclamó el adelantado. Se le notaba de buen humor y, desde luego, ajeno a las tan delicadas circunstancias en las que se veían inmersos. El temple y la inconsciencia, si se estiran lo suficiente, devienen en algo común para lo que no tenemos nombre y, sin embargo, existe—. Venga, venga usted aquí, hágame el favor...

—Adelantado... —limitó su saludo el marino.

—¿Qué me dice? —preguntó Oñate. Apoyaba la mano en la base de la silla de montar y observaba el horizonte. Su mirada se levantaba ligeramente sobre él y Zaldívar, que lo contemplaba con fijeza, habría jurado que había en ella un chispeo ensoñador.

—Pues no sé qué quiere que le diga, adelantado... —dijo Rodríguez. Los indios mexicanos estaban empapados de un terror cuasi infinito, pero, sea como sea, se encontraban acostumbrados a que les vinieran muy dobladas. No consuela y no apacigua el miedo, aunque lo pone en perspectiva: si de otra salimos, puede que de esta también salgamos. Por desgracia, Juan Rodríguez jamás se había visto en una de estas. Vale, en los océanos rugen los temporales, las olas se levantan siete veces sobre los mástiles de las naves y monstruos de descomunales fauces afloran desde las profundidades para tragarse a los marineros que hacen guardia en cubierta. Todo terrible, pero en nada comparable al pánico pegado a la tierra que se experimentaba aquí. No hay una borda entre los demonios del abismo y tú. Qué va, al contrario: alargas un poquito el cuello y los puedes ver. Tienen el cuerpo pintado, los dedos blancos en torno a las hachas que empuñan y una determinación implacable. Van hacia ti para matarte y, después, despedazar tu cadáver.

—Yo lo huelo —aseveró el adelantado. Levantaba la cabeza y aspiraba, por la nariz, el aire ligeramente pastoso de Quivira.

Juan Rodríguez lo imitó sin apenas gracia.

—No estoy seguro, adelantado —dijo.

—¿Cómo que no? —tronó Oñate—. Aquí huele a sal, me cago en toda la puta Quivira. Huele a sal o no me llamo Juan de Oñate.

—Quizás un poco... —repuso Rodríguez. Señálese en su favor que ni un solo hombre en la expedición, Zaldívar tampoco, habría tenido los arrestos suficientes para contestar otra cosa.

El adelantado se echó hacia atrás en su silla.

—Lo sabía... —dijo—. ¡Vicente! ¡Vicente! ¿Oyes esto?

Zaldívar lo había oído. Todos lo habían oído. Pero solo Oñate prestaba atención al marino. El resto tenía los sentidos puestos en los guerreros quiviras.

Se escucharon unos cuantos alaridos. Hacia el oeste, varios indios se agacharon, arrancaron terrones de tierra y los lanzaron al aire sobre sí mismos.

—Mierda... —dijo el capitán De las Casas.

—Buscad a los jefes —ordenó Zaldívar. Se dirigía a todos los hombres capaces de luchar—. ¡Buscad a los jefes!

En caso de ataque, se irían a por ellos y tratarían de abatirlos. Quizás, así, la tropa quivira diera un paso hacia atrás. Se trataba de una estrategia pésima, pero ¿a alguien se le ocurría otro plan?

—Sugiero que traigamos a los rehenes —expresó el capitán Sosa—. Los situamos frente a nosotros, para que los vean...

Zaldívar ni se lo pensó:

—Traedlos, joder.

Dos princesas y un guerrero. A una de las mujeres le habían cortado un brazo. De pronto, pensaron que quizás no fuera tan buena idea mostrarla.

—Estoy pensando que lo mejor será abrir una vía entre la fila enemiga y continuar hacia el norte —reflexionó el adelantado.

Juan Rodríguez tragó saliva. Sudaba tanto que pronto se le habría salido toda el agua del cuerpo. Se convertiría en un pellejo seco y sin capacidad de raciocinio.

—Diría que nos faltan unas diez leguas —acertó a expresar.

Al adelantado, aquellos cálculos no le gustaron nada.

—¿Diez leguas? ¿Cómo cojones podemos estar oliendo la sal de un océano que está a diez leguas?

—Es lo más normal del mundo, adelantado. El viento, cuando sopla con fuerza desde el mar, lleva su olor tierra adentro.

—¿Pero diez leguas? Me parece demasiado...

El adelantado no podía ocultar su desencanto. Ni la contrariedad que la estimación de Juan Rodríguez había causado en él.

—O más —dijo el marino portugués. Mentía, mentía de continuo. No tenía ni la más remota idea de si el mar estaba a diez leguas frente a ellos o a cien. O a mil, para el caso. No había olido la sal, ni en su nariz se había colado la característica humedad de las playas de fina arena. Tenía tanto miedo que habría afirmado cualquier cosa con tal de que el adelantado ordenara dar media vuelta y regresar.

Los quiviras se encontraban a treinta pasos de distancia. Zaldívar ordenó que se cargaran las escopetas. Los hombres, en movimientos rápidos y precisos, desfundaron las armas, extrajeron los cartuchos, los rasgaron con los dientes y procedieron a cargar las balas. Tenían sesenta y tantos disparos. Eso suponían sesenta y tantas bajas en la fila quivira. Después, arrojarían las escopetas al suelo, desenvainarían las espadas y clavarían espuelas. Ya no quedaba otra. Luchar o morir. Y de qué forma tan tonta. Y por qué capricho tan absurdo.

—No creo que lo logremos, adelantado —explicó Juan Rodríguez mientras trataba de que su opinión pareciera eso, la opinión de alguien que sabe lo que dice, y nada distinto.

Oñate miró hacia el norte y vio cómo el capitán Montesinos, ayudado de Hinojosa, Velarde y De la Cruz, situaba a los tres prisioneros por delante de los caballos españoles. La princesa a la que le habían cortado un brazo apenas podía sostenerse por sí misma y eran los otros dos quienes se ocupaban de sujetarla. La infantería quivira aulló largamente.

—Capitán... —expresó Tavora. Lo dijo entre dientes, pues sujetaba las riendas con la boca y usaba ambas manos para empuñar la escopeta.

—Lo sé, lo sé... —se limitó a decir Zaldívar.

Durante unos minutos, tres, cuatro, cinco a lo sumo, nada sucedió. La fila quivira, de un solo hombre de espesor pero larguísima por sus extremos, y los sesenta y pico soldados españoles a caballo se miraron frente a frente. Los indios no sabían qué era exactamente aquello con lo que les apuntaban. Los españoles, por su parte, sabían algo: que el tiempo se les acababa; que no habría aplazamientos; que la suerte estaba echada.

—Adelantado —llamó el sargento mayor cabalgando hasta la posición en la que este y el marino portugués continuaban con su aparentemente tranquila charla.

—Si abriéramos un hueco entre los quiviras, quizás podríamos colar un grupo de soldados. Diez, doce. Quince como mucho. Zaldívar se queda al cargo de la columna mientras usted y yo nos vamos a descubrir el mar del Norte. ¿Qué me dice? Venga, Rodríguez, que esto va a ser la hostia.

Juan Rodríguez habría tragado saliva si le hubiera quedado un poco en la garganta. Por fortuna para él, el sargento mayor intervino antes de que tuviera tiempo de hablar.

—No ganaremos esta batalla, adelantado —dijo con extremada sencillez.

—¿No, Vicente? —repuso el adelantado volviéndose hacia él.

—No, señor. Me temo que no.

—¿Y el arcón con el tesoro?

—A buen recaudo, adelantado. Sobre uno de los carros y cubierto con una lona.

—¿Y el mar del Norte, Vicente?

—No en esta ocasión, adelantado.

—Dice Rodríguez que no serán más de diez leguas...

—Nos matarán antes de que hayamos cubierto la primera.

—¿Es lo que crees, Vicente?

—Es lo que creo, señor.

Los capitanes se habían repartido entre la línea defensiva española. En cuanto los quiviras diesen un paso más, ordenarían abrir fuego contra ellos. Matarían a sesenta guerreros. Solo sesenta. Frente a los expedicionarios, los había a cientos. Que Dios los guardara.

El adelantado se levantó el morrión para secarse el sudor. Después, miró hacia los hombres perfectamente alineados. Tras ellos, el aullido aterrador de la gran Quivira. Comenzaba a declinar la tarde en Gizé y, haciendo honor a la verdad, la luz que se colaba entre las copas de los álamos era preciosa.

Al menos, tenían la plata.

—De acuerdo —dijo Oñate volviendo a encasquetarse el morrión—. Nos vamos a casa.

La batalla del día de San Miguel

29 de septiembre de 1601

Se mantuvieron en movimiento durante lo que quedaba de tarde y también durante toda la noche. El cansancio extremo les impedía pensar, pero, cuanto menos, disponían de muchos caballos de refresco para ir tirando. A eso de medianoche se detuvieron para cambiar de monturas y al alba lo hicieron de nuevo. No pegaron ojo, ni lo pegarían en mucho tiempo. La vida del conquistador es así, de manera que tampoco te quejes: durante meses y meses, años incluso, no sucede nada y, de pronto, los acontecimientos se precipitan en tres o cuatro días. Una semana en la existencia de estos tipos, la semana precisa en la que todo lo importante sucedía, equivalía a dos décadas de tranquila existencia para un gris funcionario que se cubría de polvo en cualquier despachillo de la Ciudad de México. La existencia de uno y la de otro eran, por lo general, igual de aburridas, pero el primero contaba con la semana del caos. Y eso, amigos, no se parecía a nada. A nada. ¡A nada!

Con la mañana del nuevo día, llegaron a San Mateo. Pensaban detenerse allí para tomar un bocado al abrigo de las casas y, después, seguir camino hacia el sur. En dos o tres días, la columna no se detendría. Irían, a cada tanto, cambiando de caballos, pero nada más. Avanzarían y avanzarían, y buscarían el modo de poner las suficientes leguas de por medio entre ellos y Quivira antes de echar la vista atrás, considerar que se encontraban a salvo y, entonces sí, tumbarse a dormir doce horas de un tirón.

Tras llegar a San Mateo, soltaron a los rehenes que habían tomado en Gizé. Les dieron una mula para que la princesa del brazo amputado no tuviera que realizar a pie el camino de regreso. La mula estaba coja y lo más seguro era que le tuviesen que pegar un tiro el día menos pensado, aunque esto no se lo contaron a los quiviras. Si no se mostraban conformes, podían devolverles el regalo. Ellos, así lo creyeron firmemente, habían cumplido con creces. Y sentían las molestias causadas, de veras que lo sentían.

Se las prometían felices. Creían que sí, que todavía no se encontraban a salvo, que aún deberían transcurrir un par de días más para asegurarlo con absoluta certeza, pero, con todo, se sentían más o menos libres de peligro. La infantería quivira, desde el principio, había renunciado a seguirlos y se limitaron a quedarse quietos. Comprendieron que los españoles desistían de perseverar en sus propósitos y se daban media vuelta. Los dejaron marchar y evitaron, de esta forma, un enfrentamiento que a nadie beneficiaba. Entre los quiviras, pensaron, existiría un capitán general que, en último término, tomaba las decisiones más beneficiosas para su pueblo. Y andar matándose con unos extranjeros que ya daban muestras de querer largarse de allí no es lo mejor para los tuyos, por mucha superioridad de la que creas disponer. Al final, de tu lado también la

acaban palmando unos cuantos y luego tú has de dar explicaciones y escuchar reproches. No, al enemigo que huye, puente de plata. Que, en esta ocasión, y dado lo arrebatado por los conquistadores españoles, el dicho adquiriría más relevancia que en cualquier otro caso.

Entre el agotamiento y los nervios inherentes a cualquier conquista, se habían olvidado de ello. Que qué insensatez, pero así sucedió: hasta que llegaron a San Mateo y lo encontraron tomado, desde la primera hasta la última casa, por los escanjaques, no cayeron en la cuenta de que estos no les habían seguido hasta Gizé. Mallea, que continuaba guardando algo de rencor a sus compatriotas, hasta cierto punto más o menos justificado, pues habían permitido que los escanjaques lo raptaran sin mover un solo dedo para evitarlo, había conseguido que estos le escucharan. No lo eligieron su jefe, pues a tanto no llegaba su torpeza, aunque sí pusieron oídos a todo lo que tenía que decirles. Una vez descartada la colaboración de los españoles para la tan ansiada conquista y posterior aniquilación de Quivira, los escanjaques anhelaban un resarcimiento. Que, en suma, el viaje no hubiera sido en balde. Mallea les juró que les ayudaría a conseguirlo.

¿Cómo? Bueno, Mallea era un español de los pies a la cabeza. Sentía, pensaba y actuaba como un español y, lo que es más importante, sabía cómo sentirían, pensarían y actuarían los españoles que integraban la expedición del adelantado Oñate. De alguna manera, Mallea podía leer el futuro. Y eso hizo: lo leyó. Con tal habilidad que parecía haberlo visto en una tirada de naipes. Joder, el hijoputa lo clavó.

Supo que conquistarían Quivira. Sin la menor duda, el adelantado y su partida de hombres conseguirían lo que habían venido a buscar. De una forma o de otra, se harían con un buen montón de riquezas y regresarían sanos y salvos tras tan audaz empresa. Los quiviras formaban una nación orgullosa como pocas y bla, bla, bla, pero no harían frente a los españoles salvo que los españoles dieran primero. Y, esto bien lo sabía Mallea, los españoles jamás empezaban una pelea. No abiertamente, al menos. Podían conducir a su adversario a una situación tal que no le quedara más remedio que emprenderla a golpes con ellos, pero ellos, de por sí, no darían el primer espadazo. ¿Y acaso no había sucedido así?

De modo que Mallea le dijo al jefe Gregorio que tranquilos todos, que más les valía, ahora que los españoles lo habían abandonado, instalarse en San Mateo y sentarse a esperar. El jefe Gregorio no acababa de comprender una estrategia basada en la inacción, pero consultó a sus hombres de confianza y, tras mucho discutir, decidió que de acuerdo, que daría una oportunidad a Mallea. No hacer nada confundía a la mayoría de los guerreros escanjaques, quienes lo que realmente deseaban era irse hacia el norte y regar los pastos de sangre enemiga o de cualquier sangre que, para el caso, se toparan en su camino, aunque el jefe Gregorio impulsó su decisión sin demasiadas dificultades. Los escanjaques, como cualquier nación salvaje norteamericana, estaban sujetos a un sentido de la jerarquía y de la obediencia que para los españoles habría querido el adelantado Oñate.

No tuvieron que esperar demasiado. Cuando en la mañana de aquel día de San Miguel los españoles hicieron acto de presencia en San Mateo, los escanjaques los aguardaban. El jefe Gregorio, esto ya por cuenta propia y no como consecuencia de los reiterados consejos que Mallea se empeñaba en darle, decidió que apostaría vigilantes en las inmediaciones del poblado para, así, evitar sorpresas inesperadas. Funcionó y, un rato antes de que los españoles se dejaran ver, los escanjaques ya se hallaban enterados de su llegada. Lo cual sirvió, entre otras cosas, para

que les diera tiempo a pintarse para la guerra. Quizás no la habría, pero convenía estar preparados por si acaso. ¿Qué clase de nación brava serían si les cogían con el pie cambiado? Los españoles ya los habían humillado lo suficiente. En adelante, ellos, la gran nación escanjaque, determinarían el sentido del futuro inmediato. De momento, todos en armas y pintados como mandan la usanza y las viejas tradiciones.

Mallea, por cierto, también se pintó. Le dijeron, por señas, que no podía hacerlo mientras llevara puesta la ropa española, de manera que no lo dudó y se desprendió de ella. Tenía las manos y el rostro muy morenos y el resto del cuerpo, pálido como la leche. Los escanjaques lo observaron largamente, pues jamás habían visto a un hombre tan blanco. Mallea se rascó la barba y preguntó si alguien tenía un taparrabos de sobra. Hubo ciertas bromas acerca de lo escasamente dotado que, a juicio de los escanjaques, se mostraba el pobre soldado español, pero este, para evitarse disgustos, hizo como que no entendía la jerga india. Aunque sí, sí que la entendía. La jerga, las miradas y el hecho de que los muy cabrones no se reprimieran, ni en lo más mínimo, a la hora de señalar, con el dedo y entre risas, la entrepierna del español.

De esta guisa se presentó Mallea ante los españoles recién llegados. Algunos, que venían al límite de la agonía, ni lo reconocieron. Lucía una tupida barba negra y se había negado a desencasquetarse el morrión, pero ni por esas.

—Bueno, bueno, bueno, qué tenemos aquí... —dijo mientras se acercaba, tan cojo como lo habían dejado una semana atrás, a la cabeza de la columna española. En ella, el adelantado, Zaldívar y los capitanes Espinosa y Montesinos abrían la marcha.

—Pero qué cojones... —comenzó a decir el sargento mayor sin dar crédito a lo que veían sus ojos—. ¿Tú no eres...?

—Juan de Mallea, capitán —respondió el renegado. Y en un tono impertinente que a Zaldívar no le gustó nada, añadió—: ¿Cómo nos va?

—Tienes cinco minutos para lavarte esas pinturas y para volver a vestirte —dijo Zaldívar. El adelantado apenas prestaba atención. Los capitanes, algo más, aunque tampoco consideraban a Mallea como lo más importante del mundo en aquellos momentos: había demasiados escanjaques y estaban demasiado cerca. Ese sí que era un problema de los de verdad—. Vamos, espabila, tarado.

Mallea se tomó un instante antes de replicar. Lo humillaron cuando permitieron que los escanjaques lo raptaran, lo humillaron cuando dejaron pasar el tiempo sin acudir en su rescate y lo humillaban ahora mismo tratándolo como a un completo idiota que había perdido el seso. Bien, pues se enterarían de lo que era capaz el tarado Mallea.

—Me parece que no lo está entendiendo, capitán...

—Me parece que el que no lo entiende eres tú. Borra esa expresión de gilipollas que tienes en el rostro y ponte a trabajar. Venimos derrengados, imbécil.

Lo cierto fue que Zaldívar, con todo, le ofreció esta mano tendida. Puede, tras escuchar sus palabras, que no lo parezca, pero sí, lo fue. Mallea, desde luego, lo comprendió. Y se lo pensó. Fue algo rápido, chispeante, como cuando pones agua sobre el fuego, te olvidas de que está ahí y, de pronto, salta a borbotear. A Mallea le borboteó la propuesta. Tan solo tenía que hacer lo que le había indicado el sargento mayor: agachar la cabeza, dejarse de zarandajas y reincorporarse a la columna.

A veces, el fuego es fuerte y el borboteo desborda el recipiente. Y lo que parecía lógico deja de parecerlo. Y el destino se tuerce, y tú te tuerces, y ya no hay marcha atrás.

—Capitán —dijo Mallea midiendo muy bien sus palabras. Junto a él, se hallaba, impertérrito como siempre, el jefe Gregorio. Al lado del jefe, Antonio, Casco, Lute, Bernardo, El Pequeño y Monedero. El estado mayor escanjaque. La flor y nata de aquella nación de indeseables—. Capitán, entréguenos el botín.

Cuando pronuncias las palabras exactas, consigues que el mundo comience a girar a tu alrededor. Pura magia. Mallea, un don nadie, el mindundi más mindundi de la tropa española, un buscavidas, cretino, bocazas y hasta cien veces tonto de remate, consiguió que el adelantado, desde lo alto de Platero, volviera la cabeza hacia él y se quedara mirándolo.

—¿Cómo dices, anormal? —le espetó, también desde su caballo, Zaldívar. Apenas unos cuantos hombres habían comenzado a desmontar. El capitán Sosa, que acababa de llegar desde la retaguardia de la columna, observó lo que allí sucedía, dio media vuelta y puso en guardia a todos los soldados. Muchos apenas se tenían sobre las sillas de pura extenuación.

—Se lo estoy pidiendo a las buenas, capitán —repuso Mallea—. Usted nos da el botín y nosotros le dejamos ir.

—¿Vosotros? —Zaldívar comenzaba a enfadarse. No tenía cuerpo para aquello, de verdad que no lo tenía. Ni él, ni nadie. Por el amor de Dios, ¿podía abrirse una grieta en la tierra y tragarse a Mallea y a todos los malditos escanjaques? ¡Qué dolor de cabeza, Virgen santa, qué dolor de cabeza!—. ¿Pero se puede saber tú de qué lado estás, puto retrasado de los cojones?

—Del único que me queda, capitán.

—Te acabo de decir que dejes de hacer el memo y que te reintegres en la partida.

—Es demasiado tarde para eso, capitán. Tengo un pacto.

—¿Un pacto? ¿Un pacto con quién?

—Con aquí el jefe Gregorio y su nación entera.

—¿Quieres ver cómo me bajo del caballo y te parto la crisma, subnormal?

—No se lo recomiendo, capitán. Mire, si quiere podemos solucionar esto de forma pacífica. Usted nos da el botín y nosotros les dejamos ir en paz.

—¿Y te vas a quedar el resto de tus días entre estos palurdos?

—Son buenas personas, capitán. Me tratarán con el respeto que mi propia gente me ha negado. El botín, sea tan amable...

—No hay botín, tío. Al final, los quiviras no tenían nada.

—Me está usted mintiendo, capitán, y los dos lo sabemos.

—Te juro..., ¿cómo te llamabas?, ah, sí, Mallea... Te juro, Mallea, que no hemos trincado nada. Cero, ni un triste brazalete.

—Reconozco una mentira en cuanto la oigo.

—Porque tú eres el mayor mentiroso del mundo, ¿no, malparido?

—Nací y me crié en España. Qué quiere que le diga...

—No te vamos a dar nada.

—En ese caso, nos pone en una difícil tesitura.

—¿Sí? ¿Qué vais a hacer? ¿Robarnos? ¿A nosotros?

Tenía su gracia. Sí que la tenía. El adelantado y los capitanes Espinosa y Montesinos intercambiaron unas cuantas miradas. Aquello únicamente podía significar una cosa. Estaban

hechos polvo pero el trabajo era lo primero.

—¿Es su última palabra, capitán? —preguntó Mallea.

Zaldívar no respondió. En su lugar, se giró, se llevó dos dedos mugrientos a la boca y silbó poniendo la lengua entre los dientes. Hasta el último de los expedicionarios comprendió qué significaba aquel silbido. El descanso que tanto se merecían quedaba postergado. De momento, presentarían batalla.

Contra los escanjaques. Les tenían unas ganas de los mil demonios, así que tampoco les importó demasiado.

—Tú no sales de esta —amenazó Zaldívar.

A Mallea, se le encogió el alma. Conocía demasiado bien al sargento mayor. Y conocía, sobre todo, al adelantado.

—En serio, tío —añadió Zaldívar mientras tiraba de las riendas y obligaba a su caballo a retroceder—. No sé qué será de nosotros, pero a ti te vamos a matar.

—Yo no les he traicionado... —acertó a farfullar Mallea. Se debatía entre la frustración y el ánimo de revancha.

—Tranquilo, no es por eso —aclaró Zaldívar—. Te vamos a matar por hijo de puta.

Ya no cruzaron más palabras. La columna española comenzó a replegarse muy lentamente y a adoptar posiciones defensivas. Los escanjaques solo veían hombres moviéndose a caballo, pero Mallea comprendía de qué se trataba: de agruparse tanto como pudieran, de situar los carros y la caballada en la retaguardia y de hacer que los soldados pasaran hacia el frente.

Seguían teniendo a tres mil guerreros escanjaques. Sería coser y cantar. Sí, bueno, más o menos... ¿En qué momento se les ocurrió desafiarles en mitad de San Mateo, donde no había sino casas y más casas? La ventaja que habrían podido tener en campo abierto quedaba difuminada. Los españoles sabían batirse entre obstáculos. Cuanto peor, mejor. Mallea había escuchado miles de veces esta arenga antes de entrar en combate. Venía a significar que, dado que los españoles siempre estarían en inferioridad numérica, su estrategia para conseguir la victoria pasaba por buscar las condiciones menos propicias para todos. También para ellos, pero también para el enemigo. Ellos, bueno... Ya se las arreglarían. De algún modo, formaba parte de su forma de ser y de actuar. ¿Cuándo no les habían venido mal dadas? Nunca. Ergo una más no era un problema irresoluble. Ahora piensa en ti. Tú, el adversario. ¿Qué tal luchas cuando no luchas tal y como pretendes? ¿No te mueves con comodidad? ¿Te gustaría que la batalla se hubiera planteado a tu estilo? ¿Sí? Pues mala suerte, porque esto va a ser sucio y muy español. Cuanto peor, mejor.

Mallea observó cómo sus compatriotas descargaban los cañones de los carros. Tenían uno de gran calibre y tres pequeñitos. Un disparo de estos últimos, uno solo, era capaz de hacer saltar por los aires a cuatro o cinco tíos. Y ahora los estaban montando sobre cureñas de madera y apuntándolos en su dirección.

—Jefe Gregorio —comenzó a decir el renegado. Por momentos, olvidaba que los escanjaques no sabían castellano—. Hay que pensar algo. Esto se va a complicar.

El jefe Gregorio miró a Mallea. Efectivamente, no entendía una sola palabra de lo que aquel hombre decía. Hizo una seña con los dedos, Mallea dijo que no con la cabeza y el jefe Gregorio asintió. Fuera lo que fuera lo que habrían querido decirse, la negativa de Mallea los abocaba a un cambio de planes. Más o menos, porque tampoco la ingenuidad de los escanjaques, siendo grande al lado de la marrullería que los españoles sabían desplegar, iba tan lejos. El jefe Gregorio se

dirigió a sus hombres, le espetó algo a Mallea y lo dejó con dos palmos de narices. No les había sido de gran utilidad, la verdad era esa.

En fin, a la guerra.

La infantería escanjaque se desplegó entre las casas de San Mateo. Mallea intentó explicarles que no, que apiñar hombres los unos junto a los otros suponía el peor de los planes de ataque, pero los escanjaques ya no le escuchaban. Ellos tenían una fuerza de combate inmensa y de alguna forma les tenía que lucir. De hecho, solo pudieron situar a unos cuantos cientos de guerreros entre las casas de San Mateo. El resto, puede que más de dos mil hombres, se encontraba en las afueras. Aguardaban su turno, aunque sospechaban que, dado que los que primero habían accedido a la vanguardia de la formación eran los más bravos y hábiles, ellos, los tipos del montón, terminarían por quedarse con las ganas. No restarían españoles vivos para ellos, ni, en consecuencia, posibilidad alguna de alcanzar la gloria. Bueno, poco a poco. En la infantería escanjaque, como en cualquier otra, se progresa con el tiempo. Ya les llegaría su oportunidad.

Ninguno, ni uno solo de estos hombres que ahora ponía cara de circunstancias en las inmediaciones del pueblo, sabía que esa oportunidad se presentaría en cuestión de una hora.

Por su parte, los españoles hicieron dos cosas. Primero, tal y como Mallea había observado, situar los cañones en posiciones de disparo. Los expedicionarios no eran buenos artilleros y esto Zaldívar lo sabía. Conocían el modo de servir un cañón, pero la falta de práctica los abocaba a una lentitud más que exasperante. Por ello, el sargento mayor se conformaba con realizar un único disparo por cada cañón. Los escanjaques, que habían comenzado a prepararse para lanzarse sobre ellos, no tenían ni la más remota idea de lo que puede hacer un cañón bien apuntado. Lo aprenderían en breve. Zaldívar había visto a formidables infanterías indias rindiéndose de inmediato tras el primer cañonazo. Verían qué sucedía hoy.

Colocaron los cuatro cañones alineados los unos junto a los otros. Los cargaron cuidadosamente, se aseguraron de que la pólvora estuviera seca y aguardaron. León servía el grande y De la Cruz, Varela e Hinojosa, los restantes.

—¿Les damos un disparo de aviso con uno de los pequeños, adelantado? —preguntó el capitán De las Casas. Los mozos y los sirvientes habían sido enviados a la retaguardia de la columna y al frente se encontraban los soldados y los frailes, todos ellos a caballo—. Le hacemos un buen agujero a una de esas viviendas de ahí. Para que vean de lo que somos capaces. Igual se rinden...

Oñate tenía jaqueca y unas ganas inmensas de estar de regreso en casa. Por ver de nuevo a su esposa y a su pequeña hijita, sí, pero porque, o fundía ya toda esa plata y echaba cuentas para averiguar cuánto habían sacado en limpio de la expedición, o reventaba.

—No —dijo con sequedad—. Al bulto en cuanto ellos se vengan a por nosotros.

—A la orden, adelantado —repuso De las Casas. El bulto lo tenían frente a ellos, a unos veinticinco pasos de distancia. Decenas de escanjaques inquietos y expectantes. Necesitaban que alguien diera la orden de atacar para lanzarse sobre el grupito de españoles. Estos tenían caballos, y armaduras, y grandes espadas, pero no el valor inextinguible de los guerreros escanjaques. Se verían obligados a disputarse a los enemigos entre ellos porque para todos no habría.

Durante unos minutos, no sucedió nada. Es normal en las batallas donde los contendientes han tenido tiempo de formar sus líneas. Una vez está todo preparado y a falta de la orden final, esa orden nunca acaba de llegar porque el hombre que ha de darla siente un cosquilleo en las tripas.

La segunda cosa que hicieron los españoles fue rezar en voz alta. Una sola oración, un padrenuestro silabeado palabra por palabra, con nitidez y parsimonia. Creían firmemente en Dios, faltaría más, aunque la oración, por paradójico que parezca, tenía más de rito pagano que de religioso. Se encomendaban al Señor, pero se encomendaban, sobre todo y antes que nada, a ellos mismos. Su fe estaba en su propia existencia, en lo que significaban unos y otros, en lo que los convertía una adversidad como esta ante la que se aprestaban a enfrentarse: constituían un puñado de hombres únicos.

—Amén —dijo el adelantado con la barbilla hundida en el pecho.

—Amén —repuso Zaldívar y, con él, el resto de hombres.

—Capitán... —comenzó a decir Oñate mientras levantaba la cabeza y pasaba la mano por el cuello de Platero para acariciarlo.

—A sus órdenes, adelantado —dijo Zaldívar irguiéndose en la silla. Todos los españoles escuchaban y aguardaban.

—Que nadie se me rinda.

Zaldívar giró la mirada hacia los soldados que servían los cañones y levantó las cejas en señal de conformidad. Aguardaban a que los escanjaques dieran el primer paso. El primero y el único. No les permitirían ir más lejos.

El jefe Gregorio alzó un brazo, aulló al aire y cientos y cientos de gargantas repitieron el grito. Mallea se llevó las manos a la cabeza. La infantería escanjaque se dispuso a correr en dirección a los españoles.

León disparó el cañón grande. Llevaba la cuenta de los disparos efectuados a lo largo de su vida: este era el séptimo, lo cual le convertía en el hombre más experimentado de la dotación. Había un tío parado tras la cureña y León le indicó que se quitara de allí porque, si no lo hacía, el retroceso lo aplastaría como a una mosca. El hombre, cuando vio el salto hacia atrás del cañón, comprendió que de buena se había librado. Y que le debía una a León por el aviso.

Del silencio al estruendo. Los escanjaques jamás habían escuchado el sonido que realiza un cañón de gran calibre al ser disparado. De hecho, la mayoría de los frailes que aguardaba el inicio de la batalla tampoco. Algunos lo describen como un trueno, pero quien haya escuchado ambos ruidos sabe que no es así. El sonido que produce un trueno es grandioso, abrumador, expansivo. El que brota de un cañón al ser disparado, por el contrario, se escucha seco, súbito, ronco. Lo oyes y, debido a que mueve el aire a tu alrededor, también lo notas.

Los españoles, sabedores de qué llegaba a continuación, se quedaron observando. La infantería enemiga avanzaba a unos veinte pasos del lugar desde donde León había disparado el cañón. La bala surcó el aire y golpeó de lleno la línea escanjaque. Abrió un hueco en ella y lo hizo apartando carne humana como quien, provisto de una pala, cava un agujero en el suelo y retira más y más tierra. No se había apagado el eco del cañonazo y saltaban por los aires guerreros escanjaques desmembrados. En un vistazo rápido, Zaldívar calculó que les habrían causado ocho o diez bajas.

En lo que a hombres muertos o heridos se refiere, claro. Porque el verdadero efecto del disparo del cañón se producía ahora. Los escanjaques, que ni en sus peores pesadillas habrían imaginado que algo así podría sucederles, comenzaron a moverse erráticamente de un lado a otro, buscando refugio algunos, yéndose hacia atrás y provocando una profunda confusión otros.

—Disparad los pequeños —ordenó Zaldívar. Quería empeorar las cosas, empeorarlas tanto que, de ese modo, todo mejorara para ellos.

De la Cruz, Varela e Hinojosa cumplieron la orden y abrieron fuego contra el desconcierto. Ahora, las balas eran más pequeñas y causaban, en consecuencia, menores perjuicios en la fuerza enemiga. Sin embargo, podrían haber disparado al aire: lo que más dañaba a los escanjaques era el bramido de los cañones. A fin de cuentas, la bala de uno de los pequeños solo golpeaba a tres, cuatro, cinco guerreros; el estallido, lo oían todos.

Los soldados de Oñate apretaron los muslos sobre los flancos de sus caballos y los pusieron a caminar entre las casas de San Mateo. Avanzaban despacio, en formación compacta aunque imperfecta: algunos hombres se adelantaban un poco mientras otros, a la inversa, se quedaban atrás. No era una cuestión de cobardía ni de falta de temple: simplemente, carecían de la instrucción necesaria para que un ejército avance tal y como se espera de él. Aunque insistían en llamarse soldados, no pasaban de ser hombres armados.

El problema, para los escanjaques, residía en que se hallaban muy fuertemente armados y, además, eran capaces de usar aquellas armas. Más aún: tenían unas inmensas ganas de utilizar las armas, de, así, acabar con todo y largarse a casa. Se había terminado su tiempo en Quivira y lo sabían. Tenían cansancio y plata a raudales, de manera que aquella maravillosa tierra no les depararía mucho más.

Mientras los españoles avanzaban, los escanjaques lograron retroceder y, de alguna forma, reordenar sus líneas. El jefe Gregorio y sus lugartenientes habían observado, con horror, qué eran capaces de hacer los extranjeros. Tenían cuerpos desmembrados en mitad de las calles del poblado quivira y tenían, sobre todo, un buen número de heridos que precisaba de atención. Los condujeron a la retaguardia para que allí se ocuparan de ellos y nuevos guerreros los sustituyeron. Les habían sorprendido una vez. No lo volverían a hacer.

Mientras la tropa española cabalgaba en dirección a la línea escanjaque, se produjo un hecho con el que deberían haber contado, pero no lo hicieron. Si ir bien comido y bien dormido a una batalla ya tiene su riesgo, hacerlo sin haber pegado ojo en ni se sabe cuánto tiempo suele abocarte al desastre. O, por lo menos, a tomar decisiones erróneas, a no contemplar todas las posibilidades, a, en suma, equivocarte.

Se equivocaron cuando no recordaron que los escanjaques no sabían qué era un cañón, aunque, por el contrario, conocían a la perfección el uso de los arcos y las flechas. De pronto, una lluvia de proyectiles surcó el cielo de San Mateo. Una forma de disparar un tanto audaz, dígame: los arqueros escanjaques, situados tras la primera línea de su infantería, lanzaron una primera carga de flechas disparándolas, literalmente, hacia el sol. Apuntaban hacia arriba y daban a sus arcos una ligerísima inclinación frontal. De este modo, los expedicionarios españoles observaron cómo las flechas subían, y subían, y subían, para, tras alcanzar el cénit de su trayectoria, girarse en un movimiento casi perfecto y descender, descender, descender.

—¡A cubierto! —gritó el capitán Montesinos.

Los españoles no portaban escudos. No los necesitaban. Ni era esta la primera vez que los rociaban con un mar de flechas ni sería, muy probablemente, la última. Con los morriones bien calados, las armaduras ajustadas y los pies enfundados en gruesas botas de cuero, sus flancos débiles se hallaban en los muslos. Llevaban protectores, por supuesto, pero la velocidad que

traían las flechas enemigas sería suficiente para atravesarlos. Quedaban a expensas de la suerte. Lo cual, por cierto, tampoco sucedía de forma inhabitual.

El golpeteo de las puntas de piedra de las flechas enemigas sobre las armaduras de buen acero español emite un sonido parecido al que realiza el pedrisco cuando, en pleno verano, le da por descargar sin previo aviso: clonc, clonc, clonc. ¿Se habían hartado, los hombres, de quejarse por el hecho de que, durante tres larguísimos meses, el sargento mayor les había impedido que se quitaran sus corazas incluso a la hora de dormir? Bien, aquí tenían la explicación en un breve aunque intenso ejercicio. Hay que estar dentro de una y hay que experimentar qué se siente cuando diez, doce o quince flechas enemigas te caen encima a una velocidad endiablada.

—¡Hostia puta! —exclamó Tavora cuando la primera de ellas le golpeó en un hombro. La flecha, tal era la fuerza que traía, le abolló la armadura aunque, entre esta y la cota de malla que vestía por debajo, el soldado ni la sintió. De hecho, si no fuera por aquel clonc tan característico, ni siquiera se habría dado cuenta de que le había dado.

—¡Bajad la cabeza, idiotas! —ordenó Zaldívar.

No sería ni el primero ni el segundo español que la palma por, en mitad de una lluvia de flechas enemigas, levantar el rostro para verlas llegar. No es fácil que te acierten, pues el espacio que nos rodea es grande y, en comparación con él, hasta el más cabezón de los españoles tiene un rostro diminuto, pero siempre hay un memo que acaba pagando el pato. Llega la flecha, tú estás mirando hacia arriba y, zas, se te clava en un ojo, penetra en el cráneo a través del agujero donde este se inserta y adiós muy buenas.

Los que sí morían, por desgracia, eran los caballos. Los animales carecían de las protecciones que portaban los hombres que los montaban y las flechas, inmisericordes, se clavaban en ellos. En ocasiones, les dolía más la muerte de una buena montura que la de un compañero con el que llevaban media vida cabalgando. Al final, a un tipo se le coge o no simpatía. Lo tienes ahí, a tu lado, y no resulta infrecuente que, de tantas y tan largas cabalgadas, surjan grandes amistades. Y como eso es así, es así lo contrario: había hombres que llevaban diez años conquistando al lado de otros a los que no tragaban ni en sueños. De forma que, si por hache o por be, una flecha les atravesaba, de parte a parte, un muslo, lo sentían, claro, pero no tanto como si la flecha hacía lo propio en el pescuezo de un caballo que antes moriría extenuado que dejarte en la estacada.

Cuando la flecha penetraba en la carne de un animal, el sonido que producía se parecía mucho a un latigazo: flac. Repentino y algo acuoso. El pobre caballo tenía suerte si moría del primer flechazo. De lo contrario, su sufrimiento se tornaba tan intenso que no pocos jinetes decidían acabar con él de una cuchillada rápida.

En este primer aluvión de flechas, los escanjaques mataron o dejaron heridos de muerte a trece caballos. Dos soldados resultaron lastimados, Vido y De la Rúa. El primero recibió un flechazo vertical en la parte alta del muslo, casi a la altura de la ingle. Medio palmo más arriba y la coraza lo salva. Sin embargo, la punta de piedra rasgó el pantalón de cuero y, aunque este detuvo gran parte de la inercia, el proyectil se le clavó casi hasta el hueso.

—¡No te la arranques! —le gritó el capitán Sosa. Preferían retrasar a los hombres heridos y dejar que uno de los indios mexicanos se ocupara de extraerle la flecha. Aquí, la serenidad jugaba un papel esencial. El soldado, a caballo, nervioso y con la pierna ardiéndole, podía partir la

flecha y empeorar las cosas. Podía, incluso, clavársela más. No, mejor era hacerlo retroceder y tratarlo en retaguardia.

De la Rúa, por su parte, recibió una herida sin importancia en plena coronilla. Sí, volvió a nacer. La flecha cayó vertical sobre él y él, tal y como Zaldívar había ordenado, aguantaba el chaparrón con la cabeza algo inclinada hacia delante para proteger el rostro sin desproteger la nuca. Tenía los ojos cerrados, los dientes prietos y rezaba a Santiago apóstol, no porque le tuviera especial devoción, sino porque fue el primero que le vino a la mente en aquella contingencia. ¿Le echó una mano el santo? Dado que a él lo hirieron y al resto, salvo a Vido, no, podría decirse que escasamente. No obstante, pensándolo un poco más despacio y arguyendo que quizás estaba escrito que, para él, aquel día había, sí o sí, un flechazo reservado, el hecho de que terminara en un simple chichón apuntaba en dirección contraria: el santo lo había protegido. Los españoles, que creían mucho y que, de paso, acostumbraban a mostrarse pragmáticos por lo que de tiempo te ahorra esta condición, se decidían siempre por la opción más conveniente. Así, De la Rúa aseveraría, en el futuro, que llevaba siempre a Santiago en lo más hondo del corazón. Incluso, meses después y ya de regreso en San Gabriel, encargó, con parte de su parte del botín, que, en Zacatecas, le fabricaran y remitieran un morrión nuevo con una cruz de Santiago grabada en el frente: tres preciosas flores de lis y una empuñadura final para matarlos a todos.

Los soldados que montaban los trece caballos que sucumbieron bajo las flechas echaron pie a tierra y desvainaron. En aquel instante, se constituyeron en la vanguardia del avance español. Pegados a sus culos, los seguía el resto de hombres todavía a caballo. Sabían que, mientras no se separaran unos de los otros, Dios lucharía de su parte. Puede parecer una tontería, pero se hallaban convencidos de esta circunstancia. Al final, se aprende de la experiencia y ellos experimentados lo estaban, y un rato largo. Cuando avanzas solo y desperdigado, lo haces a la buena de Dios. Dios te ayuda o no te ayuda, depende del humor con el que se haya levantado aquel día. Sin embargo, si avanzas en grupo, Dios está en él, pues no es sino el rebaño de los que le sirven lo que busca con ahínco. Dándosele, se daban, a sí mismos, la oportunidad de una victoria segura.

La primera fila de soldados a pie la formaban Villaviciosa, Ayarde, León, Montoya, De la Cruz, Varela, Muñoz y el capitán Espinosa. Hinojosa, Tavora y Velarde caminaban tras ellos e, inmediatamente después, los seguían los hombres a caballo. Fueron los tíos que lo dieron todo en aquella batalla. También los demás, qué duda cabe, pero este grupo se partió el espinazo para que la expedición no se fuera al traste por culpa de unos cuantos miles de indios codiciosos y mezquinos.

Tendrían que matar a unos cuantos. Y lo harían a espada y en el cuerpo a cuerpo.

Lo bueno de acercarte mucho al enemigo es que el enemigo deja de dispararte flechas, no vaya a ser que caigan de los suyos por no haber apuntado demasiado bien. Lo malo..., bueno, lo malo es que estás cerca. Cerca de un hijoputa sediento de sangre que no va a dudar en rebanarte el cuello de oreja a oreja. ¿Qué haces, en tan especial tesitura? Pues adelantarte a los acontecimientos y, antes de que te den, dar primero. Por ello, los soldados de la fila de cabeza llevaban las espadas en alto cuando tomaron contacto con la línea escanjaque. Varios guerreros se les echaron encima e intentaron clavarles los machetes de filo de piedra, pero las corazas pararon los golpes y, si no lo lograron, las cotas de malla vestidas por dentro se ocuparon.

A continuación, la disposición era la propia de un despioje. Suena insólito, y hasta absurdo, pero así es. Un conquistador no puede apartar a un guerrero indio apretado contra su cuerpo. Tampoco puede clavarle la espada, pues carece de ángulo para ello. No obstante, sí es capaz de hacer esto con el indio aferrado como una sanguijuela al pecho o la espalda del tío que lucha a su lado. De ahí que se despiojaran mutuamente, que uno lanzara un tajo mortal al guerrero que colgaba del soldado que luchaba a su lado para que este, de seguido, le devolviera el gesto partiendo en dos al malnacido que se le agarraba a él. *Do ut des*.

La línea española le ganó cuatro pasos a la línea escanjaque. Que es lo mismo que decir que la línea escanjaque los perdió con respecto a la española. Que es lo mismo que decir que, mientras se mantuvieran entre las casas de San Mateo, se hallarían a salvo o, cuanto menos, tendrían la ventaja de su parte. No por otra cosa, el sargento mayor, desde atrás, ordenó a gritos:

—¡Retened!

De la Cruz, Muñoz, Ayarde y el capitán Espinosa formaban la primerísima línea, la que tajaba al enemigo, la que se empapaba con su sangre. La batalla, como siempre son las batallas, era silenciosa. Cuando un hombre lucha, lo hace con el pico cerrado porque no existe otro modo de apretar los dientes. La oficialidad que observa desde un lugar seguro y alejado no calla, pero porque se supone que debe hacer algo y no se le ocurre otra cosa que hablar y hablar y hablar. Como si eso fuera de ayuda para el tipo que se bate sin ver una espalda amiga.

Como Ayarde mismo, que tenía a tres guerreros escanjaques agarrados a él.

—¡Quitádmelos! —pidió ayuda.

Sin embargo, el resto de hombres iba a lo suyo, y no por egoísmo, sino porque pintaban bastos y salían escanjaques hasta de debajo de las piedras.

—Hay que empujar —dijo el adelantado, a caballo unos quince pasos más atrás. Otra técnica de medio pelo que, como casi todas las técnicas de medio pelo, funcionaba a las mil maravillas. Oñate y, con él, todos sus hombres sabían que las armaduras, las cotas y las protecciones de cuero marcaban diferencias en el cuerpo a cuerpo. Sí, sus hombres se volvían desesperadamente lentos, aunque, a cambio, la invulnerabilidad, si no era plena, sí les duraba un rato largo. Podían ser matados pero no a la primera de cambio. Un conquistador español se parecía mucho a ese gato al que has decidido dar chicharra y, para ello, lo metes en un saco y lo golpeas contra el suelo hasta que nada se mueve dentro. Abres el saco para comprobar si ha funcionado y resulta que el gato te maúlla tan campante. Y vuelta a empezar. Y vuelta a comprobar que al gato no le da la santa gana de morir. Tarde o temprano, porque, en fin, golpes son golpes, el bicho acaba expirando, pero tú te has tirado media hora sudando como un caimán.

Bien, pues he aquí la técnica del empuje. En términos generales, consiste en crear un tapón mortal cuando las condiciones lo permiten. ¿Qué condiciones? Básicamente, que no se luche a campo abierto. Y si hay obstáculos en los laterales, miel sobre hojuelas. ¿Más o menos la situación que tenían en San Mateo? Exacto. A partir de esta certeza, los hombres de la primera fila envainaban, si podían, o, más sencillo, dejaban caer al suelo las espadas y asían una daga. Si podían ser dos, una en cada mano, mejor. Acto seguido, los hombres situados inmediatamente después, los empujaban hacia el frente. Corazas contra corazas, creaban un ariete metálico relleno de muy mala baba: mientras las armaduras y las cotas de malla detenían los golpes del enemigo, los hombres que se las enfundaban la emprendían a cuchilladas contra todo lo que se moviera. Un filo de acero español no se parece en nada a los filos de piedra indios. El filo indio hiere lo justo

y, si te mata, es más por el golpetazo que por la herida. En cambio, un buen filo español rebana con una eficacia pasmosa.

Tal que así.

A De la Cruz, Muñoz, Ayarde y el capitán Espinosa, se les sumaron León y Montoya. Los seis escucharon la orden de soltar las espadas y, casi sin que les diera tiempo a realizarlo, ya notaron cómo, desde atrás, comenzaban a empujar.

—Mierda puta —farfulló Ayarde—. ¡No tengo cuchillo!

—¿Cómo que no tienes cuchillo? —preguntó, a su lado, Espinosa mientras sujetaba la cabeza de un guerrero escanjaque con las manos y le hundía los pulgares en las cuencas de los ojos.

—Joder, pues no, capitán —replicó Ayarde—. Lo tenía hace un rato, se lo juro. Se me ha debido caer... Me cago en la puta, era un regalo de mi padre. Como no aparezca luego...

—Bueno, ya lo buscaremos —trató de calmarlo Espinosa, quien acababa de sacarle un ojo al guerrero. Entiéndase siempre que los españoles luchaban todo lo sucio que podían y no perdían un instante en resultar elegantes. No buscaban la batalla y, de hecho, preferían evitarla siempre que podían. Pero si los acontecimientos se precipitaban y ellos se veían obligados a luchar, luchaban. Y lo hacían como auténticos hijoputas y sabiendo que a los indios los descolocaría un proceder semejante. Los salvajes, que ya aprenderían, ya, pero no hoy, pensaban que la lucha es una cuestión donde se ponen en liza el honor y la gallardía. Los españoles preferían salir vivos, aunque fuera sacándole los ojos a su adversario—. ¡A ver, los de atrás! ¡Que alguien le dé un cuchillo a Ayarde!

—¡Pero con vuelta! —exclamó alguien tendiéndoselo por encima del hombro y con la empuñadura por delante.

—¡Que sí, joder, que sí...! —gruñó Ayarde, malhumorado porque daba por hecho que su cuchillo, el que le había regalado su padre tiempo atrás, no aparecería nunca. Si no había sucedido ya, tarde o temprano algún español lo encontraría y, sin dudar, se lo guardaría para sí. Ayarde habría hecho lo mismo.

De la Cruz, Muñoz, León, Montoya, el capitán Espinosa y el propio Ayarde se pusieron a tajar como condenados. Levantaban los brazos frente a ellos y dejaban que el impulso que recibían desde atrás hiciera el resto. Apenas tenían que afanarse. Los escanjaques, por supuesto, se defendían y atacaban, pero ellos mismos se obstaculizaban los unos a los otros. En el pastizal serían fieros guerreros, pero aquí, en la ratonera de San Mateo, caían como moscas.

Hubo intentos de abatir a los españoles que formaban la línea de presión. Sin embargo, hasta el último de los golpes acabó en las armaduras de los soldados. O los escanjaques pensaban algo distinto, o aquello sería una escabechina. Tenían muchos guerreros dispuestos a morir y, si así lo deseaban, morirían.

Con todo, los tajazos que el capitán Espinosa y sus hombres lanzaban al frente no acababan de resultar, casi nunca, fatales. En realidad, rajaban al rostro y con profundidad, pero nada que fuera a acabar con la vida de aquellos guerreros. Muchas veces, las heridas que provocaban los cuchillos españoles eran profundas y los indios que las sufrían comenzaban a sangrar tanto y tan profusamente que la vista se les nublaba. Dado que, en estas condiciones, el reflejo natural era el de dejar de luchar y tratar de taponar la herida, los hombres, ahí quietos o intentando retrasarse entre la compacta masa que formaba su propia infantería, contribuían, si cabe más, a crear el

desconcierto en su bando. Y todo lo que fuera caos beneficiaba a los españoles. Siempre, pues, en medio de él, ellos se movían como peces en el agua mientras que los adversarios no.

Por supuesto, los escanjaques pecaban de cierta ingenuidad, pero tampoco se acababan de caer de un guindo. San Mateo no era un pueblo con una única entrada y una única salida sino que, como casi todos en el mundo, se hallaba formado por multitud de calles y callejuelas. Por ellas comenzó a colarse la infantería escanjaque y a envolver a la columna española. Y, por si esto no fuera suficiente, desde uno de sus puntos más flacos: los frailes.

A los franciscanos, el adelantado les había pedido que dieran la cara. No hubo, entre los diez frailes, uno solo que flaqueara o que repusiera que no. En la inmensa mayoría de los casos, por una pura cuestión de vergüenza y porque sabían que, en última instancia, tendrían que luchar por sus vidas. Habían bautizado en este viaje. No tanto como les habría gustado, pero lo habían hecho. Bautizarían a todos los guerreros escanjaques que ahora se lanzaban contra ellos si se dejaban. El problema residía en que no se dejaban. Y los franciscanos, frente a tal tesitura, tenían claro el precepto de que el martirio no resultaba nada práctico para la misión del Señor. Por no extendernos: porque los frailes muertos no pueden continuar con sus tareas de evangelización. Ya murió Jesús por todos nosotros. Ahora, nos toca a nosotros continuar vivos para Él.

Se hallaban, por lo tanto, con las espadas desenvainadas y las sotanas recogidas. Se las doblaban, en varios pliegues, hacia arriba y se las enroscaban en el cordón. Cuando los primeros escanjaques llegaron hasta ellos, apretaron los muslos contra los flancos de sus caballos y afianzaron posición: que vinieran y vieran de lo que eran capaces.

De poco, honestamente. Los frailes, salvo quizás fray Pedro, no servían para batallar. El adelantado había sido consciente de esto desde el mismo instante en el que les dio las espadas y les obligó a llevarlas en un cinto. Sin embargo, que no fueran capaces de descargar un solo mandoble no significaba que no fueran capaces, a ojos de los escanjaques, de parecer capaces de descargar un buen mandoble. Dicho de otro modo: daban el pega y, mientras lo daban, los soldados de verdad tenían tiempo para acudir y detener la acometida.

Soltaron la espada, qué diablos. Con todo el miedo del mundo metido en el cuerpo, pero lo hicieron. Se encontraban a caballo y, en consecuencia, su situación era de ventaja sobre los atacantes. Fray Pedro y fray Francisco comandaban la pequeña compañía de franciscanos y, como tales, clavaron espuelas en sus caballos cuando descubrieron que quince o veinte guerreros escanjaques, jovencísimos la mayoría de ellos, corrían hacia ellos aullando y esgrimiendo en alto sus machetes de filo de piedra.

—Con Dios, fray Pedro —dijo fray Francisco.

—Con Dios —repuso el otro.

Los caballos arrollaron a los muchachos y las espadas volaron. En el aire y sin tocar carne, pero volaron. Después, tras la embestida, refrenaron las monturas, las hicieron girar y volvieron a la carga. Los escanjaques, a pie y algo desorientados tras la primera embestida, apenas supieron cómo reaccionar. Sin duda, se trataba de muchachos que se habían quedado muy retrasados en la columna escanjaque y que, visto que sus posibilidades de entrar en batalla se tornaban escasísimas, decidieron buscar, por su cuenta, una oportunidad. Cosas de chavales, ya se sabe.

Puede que si en lugar de muchachos, se hubiera tratado de guerreros hechos y derechos, la suerte de los frailes habría sido otra. No obstante, la vida viene como viene y no como debería. Así que los frailes, algo envalentonados tras el éxito de la primera carga, todo hay que decirlo,

embistieron a los escanjaques con la espada plana y, ahora sí, tocaron carne y desmembraron a un par de críos.

—Madre mía... —se estremeció fray Pedro al darse la vuelta y ver cómo un escanjaque se retorció en el suelo con una mano menos.

En ese momento, llegó el capitán Montesinos acompañado de Vido y de De la Rúa. Venían al trote entre las casas.

—¡Acabad con ellos! —ordenó Montesinos.

Los dos soldados lo adelantaron y cumplieron, con presteza, la orden. Segaron unos cuantos muchachos no antes de que a De la Rúa se le encaramara uno a la grupa. El escanjaque, con tanto arrojo como inconsciencia, se agarró a la coraza del soldado español e hizo además de rajarle el cuello. De la Rúa, que lo vio venir, soltó las riendas, dejó que el caballo se fuera refrenando él solo y usó las dos manos para asir la espada, girarla en el aire, empuñarla como si de una larga daga se tratase e impulsarla, bajo su brazo, hacia atrás. Se la clavó al guerrero a la altura de las costillas. De la Rúa notó cómo quebraba dos o tres, pero no fue capaz, dado lo forzado de la postura, de empujarla mucho más. Nunca supo si llegó a matar o no al muchacho. Lo importante fue que lo descabalgó y que él pudo reintegrarse en la línea de defensa española. Saludó con un golpe de cabeza a los frailes cuando, junto a Montesinos y Vido, pasó a su lado.

Aquella vía de entrada a San Mateo quedó en manos de los franciscanos y los soldados regresaron al eje de la batalla. O esas intenciones albergaban hasta que se dieron cuenta de que los escanjaques les estaban robando los caballos.

—Serán hijos de puta... —dijo el capitán Montesinos antes de añadir—: De la Rúa, corre y alerta al sargento mayor. Vido y yo vamos a ver qué podemos hacer.

Robaban, aunque poco y mal. La caballada, sin duda alguna, constituía el punto más vulnerable de toda la expedición española. Aun teniéndola al completo en el interior de San Mateo, la docena de indios mexicanos que se había podido reservar para que se ocupara de ella apenas daba abasto. Ni siquiera eran capaces de controlar a los animales. En cuanto se descuidaban, y se descuidaban bastante, los caballos terminaban dispersándose. Varios, no muchos, seis, ocho a lo sumo, se apacentaban ya fuera de los lindes del pueblo. Los indios mexicanos los dejaban hacer porque, en primer lugar, ¿adónde iban a ir? Ya los atraparían cuando todo se sosegase un poco. Y, en segundo, porque tampoco les pagaban tanto como para poner su vida en serio riesgo. Ellos no eran soldados, por mucho que el adelantado siempre les arengara con el cuento de que aquella empresa era de todos. ¿Acaso habría un saco de plata para los indios mexicanos? ¿Para los mozos que se ocupaban de las tareas más ingratas? ¿Para los últimos desgraciados de la expedición? Como lo dudaban mucho, se plantaban siempre que tenían ocasión. Ahí fuera había miles de escanjaques dispuestos a matarlos. Bien, pues si los caballos del adelantado se escapaban, que fuera el adelantado a recuperarlos. O los soldados, quienes sí cobraban por poner su vida en peligro.

El capitán Montesinos, cuando se acercó a ellos, ni siquiera se molestó en reprocharles nada. Los indios mexicanos, también montados, trataban de que la caballada se mantuviera en un grupo compacto. Dadas las circunstancias, con eso bastaba. El problema se centraba en los caballos que se habían separado. Estos, precisamente, eran los que los escanjaques les estaban robando. Y cómo.

Todo caballo que no estuviera siendo usado se hallaba sin embridar. Los escanjaques, en consecuencia, no tenían modo de agarrarlos. Los asían por las crines y, así, intentaban subirse a ellos; pero a los animales les desagradaba que los maltrataran de esta manera y casi siempre hacían lo posible por deshacerse de su jinete. Eran caballos domados que esperaban que el tipo que se encaramaba a sus lomos mandara. Si no lo hacía, no se sentían obligados a obedecer. Y no lo hacían.

Cuando el capitán Montesinos se aproximó, un grupo de treinta o cuarenta guerreros escanjaques intentaba, por todos los medios a su alcance, apoderarse de los caballos españoles. El capitán se alegró de que estuvieran en medio de una batalla, pues no tendría que andarse con remilgos. Espada en mano, clavó espuelas y puso su montura al trote. Varios guerreros lo vieron aproximarse, y hasta tuvieron tiempo de levantar sus machetes de filo de piedra, pero la ventaja era toda para el español. Alzó la espada, la mantuvo en alto mientras se acercaba y, en el momento justo, descargó tal mandoble que tajó a tres o cuatro hombres de una sola pasada. El caballo, por su parte, arrolló a cinco más, con lo cual el ataque le salió, al capitán Montesinos, redondo.

¿Problema solucionado? No, ni de lejos. Comenzaron a llegar escanjaques a decenas. Muchos, muchos guerreros provenientes de la retaguardia enemiga. Tíos aburridos que no conseguían entrar en batalla y que, de pronto, habían visto cómo un solo hombre la emprendía contra su gente. Le darían lo que se merecía.

—Mierda... —masculló Montesinos al verlos venir.

Vido, por su parte, se había separado del capitán y tajaba escanjaques por un flanco a veinticinco pasos de distancia. Allí, un pobre caballo español estaba siendo martirizado por un numeroso grupo de salvajes, quienes, incapaces de obligarlo a hacer lo que ellos querían, lo descalabraban empujándolo y dándole tirones. El animal soltó unas cuantas coces, algunas de las cuales acertaron de lleno a los escanjaques, pero Vido comprendió que, si no intervenía, al caballo se le saldría el corazón por la boca de pura angustia.

Tal y como había hecho el capitán Montesinos, realizó una embestida con la espada en la mano que, en principio, fue suficiente. El truco, esto lo aprendían rápido los hombres que se alistaban como soldados, residía en mantener firme el brazo. Si lograbas que el filo de tu espada fuera por donde tú pretendías, el impulso que te daba el caballo se ocupaba del resto. De cuando en cuando, puede que algún guerrero reuniera la habilidad suficiente para lanzarte un hacha o intentar asaetearte desde media distancia. En la práctica, era casi imposible que el soldado sufriera daño alguno. Por este motivo, Vido, tras girarse y observar que todavía quedaban guerreros en pie, no dudó en volver a embestir una vez más.

Fue entonces cuando vio lo que se acercaba. Exactamente lo mismo que había observado el capitán Montesinos: venían tantos guerreros a la carrera que, en cuestión de muy pocos minutos, aquello se habría convertido en un nuevo frente de batalla.

—¿Y De la Rúa? —gritó Vido haciéndose bocina con la mano que no sostenía la espada.

—No sé por qué no ha regresado todavía... —repuso, preocupado, el capitán Montesinos. Hasta ahora, se las habían arreglado entre ellos dos. Pero lo que se aproximaba era demasiado.

—¿Qué hacemos? —preguntó Vido.

No hacía falta ser capitán para determinar que allí solo existían dos opciones: retirarse o arremeter. Para lo que sí había que ser capitán era para decidirse.

—Deben de estar al caer —expresó Montesinos. Entre que había veinticinco pasos de distancia entre un hombre y otro, y que los escanjaques que corrían hacia ellos lo hacían aullando como diablos, apenas lograban oírse—. Vamos a adelantar trabajo.

A Vido le pareció la peor de las ideas. Sin embargo, la infantería enemiga se hallaba tan cerca que recular comenzaba a dejar de ser una solución.

—¡De acuerdo! —gritó.

Los dos españoles clavaron espuelas y pusieron las monturas primero al trote y, después, al galope. Buscaban que el encontronazo fuera lo más brutal posible. Ellos estaban acorazados y los escanjaques, desnudos. La ventaja caería, indudablemente, de su parte.

Y lo fue, fue brutal hasta lo indecible. Tanto, que encallaron. De la forma en la que vara un barco cuando es lanzado, por los vientos y las olas, contra la orilla. La quilla toca la arena, esta cruje y cede, pero bajo ella hay más y más. Tanta que, al final, por inmenso que sea tu impulso, frenas y embarrancas. Eso les sucedió a Vido y a Montesinos, caballos incluidos. Que arremetieron contra una masa de escanjaques más densa de lo que ellos creían y terminaron por sucumbir. Las monturas, rodeadas por, literalmente, cientos de cuerpos desnudos, enloquecieron de pánico y comenzaron a cocear. Unos cuantos guerreros escanjaques perdieron los dientes y muchos huesos se partieron allí mismo. Un caballo tendido y fuera de control es, por sí solo, un arma formidable. Los escanjaques, que los conocían poco o nada, se llevaron la sorpresa de sus vidas.

Y había más, y había más. Vido terminó por ser reducido, por ser aplastado bajo una montaña de hombres. Su espada se atoró en un cuerpo y tuvo que abrir la mano y soltar la empuñadura para no perder el brazo. El capitán Montesinos, por su parte, consiguió deslizar la pierna que, tras la caída del caballo, había quedado aprisionada y logró incorporarse. Tenía, incluso, la espada en la mano. Sin embargo, pronto notó que no pisaba en firme. Bajó la mirada y se dio cuenta de que, a sus pies, un manto de cuerpos vivos y muertos se extendía en todas direcciones. Y aun así, en tal tesitura, continuaban llegando más y más guerreros dispuestos a presentar batalla.

—¡Vido! —gritó el capitán. Llevaba la coraza empapada en sangre y abría los brazos para mantener el equilibrio.

Vido se encontraba a unos quince o veinte pasos de él, también sobre el lecho de carne escanjaque. Para el soldado, todo había terminado: lo tenían aprisionado entre quién sabe cuántos adversarios. Se debatía, se debatía como solo un hombre se debate cuando la propia existencia le va en ello, pero sin resultado. Vido estaba perdido.

O no, porque, entonces, De la Rúa llegó con los refuerzos. Había conseguido reclutar al capitán De las Casas, a De la Peña y al alférez Figueroa.

—¿Figueroa? —se quedó mudo Vido. Se trataba del último hombre que esperaba ver allí. Luego se lo explicarían: cuando De la Rúa había solicitado ayuda, el adelantado juzgó que aquella oportunidad parecía buena para que su muchacho comenzara a bregarse en una batalla de verdad. O más o menos de verdad, porque para lo que De la Rúa pedía ayuda era para hacer frente a unos robacaballos. Cristóbal de Oñate podría, sin dificultad, auxiliar en aquel frente. Con Figueroa cubriéndole las espaldas en todo momento, por supuesto. El adelantado no quería que le ocurriera algo malo, pero que Dios dispusiera. Además, dejó que se llevaran con ellos a Yunque, quien siempre resultaba de gran ayuda.

Vido no había visto al tenientito precisamente porque se encontraba tras Figueroa. Con la habilidad propia de los chavales de once años, había echado, de un salto, pie a tierra y se aprestaba a azuzar al mastín. Los tíos que llevan barba son los nuestros. Al resto, te los puedes comer.

Cuando Cristóbal soltó al perro, este salió a la carrera en dirección al lugar donde los escanjaques apresaban a Vido. Gruñía como una bestia mientras tomaba velocidad y el último tramo lo realizó casi sin tocar el suelo. Cuando arremetió contra los primeros guerreros, hizo que el pánico se extendiera como la onda expansiva de los cañonazos. Dentelleó a unos cuantos salvajes y le clavó el pincho metálico de la cabeza a, al menos, diez de ellos. Pero como, mientras lo hacía, no dejaba de gruñir y de comportarse como lo más parecido al infierno que aquellos hombres, Vido incluido, habían contemplado jamás, el horror los paralizó.

—¡Recoge la espada! —gritó, mientras avanzaba, a caballo y sobre los cadáveres de los enemigos muertos, Figueroa.

Como si fuera tan sencillo... Vido la buscó con la mirada y concluyó que se hallaba enterrada bajo el marasmo de cuerpos.

—¡Tendréis que venir! —devolvió el grito el soldado.

No hizo falta, pues Yunque parecía bastarse y sobrarse. No flaqueaba, no se cansaba, empujaba siempre hacia el frente, hacia la carne fresca. Mordía, dentelleaba, desgarraba músculos y partía venas. Había allí tanta sangre derramándose que hasta daba pena, por lo que de desperdicio tenía.

De la Rúa y De la Peña también apretaron los muslos para que sus caballos se internaran en el manto de carne. Se oían lamentos, claro, y tantos que, a ratos, aquello resultaba estremecedor. En fin, que no les hubieran atacado, ¿no? Recogían lo sembrado, como decían siempre los españoles.

Los escanjaques que habían logrado escapar de la escabechina comenzaban a retroceder. No obstante, los españoles no eran gentes que supieran perdonar. Además, el tenientito se debía curtir y la ocasión la pintaban calva.

—Vosotros también cubrís —les advirtió Figueroa a De la Rúa y De la Peña. Se refería a que pensaba hacer avanzar al crío y no deseaba dejar nada al azar. Si le ocurría cualquier desgracia, Figueroa se caía con todo el equipo, pero De la Rúa y De la Peña, que por allí andaban y que bien podrían haber ayudado, también.

—Esto es una mierda —protestó De la Rúa.

—Te jodes, tío —repuso Figueroa. Y volviéndose hacia Cristóbal, gritó—: ¡Monte, teniente, y dispóngase a avanzar!

El crío, que obedecía siempre a Figueroa, las cosas como son, hizo lo que este le indicaba y volvió a subirse al caballo. Acto seguido, tiró de las riendas, lo puso al paso y comenzó a avanzar entre los caídos en combate. Cada pisada del caballo partía o desgarraba algo allá abajo. Cristóbal prefirió no mirar.

Vido, Figueroa, De la Rúa, De la Peña y los capitanes Montesinos y De las Casas observaron cómo el tenientito avanzaba hacia ellos. Los escanjaques se estaban retirando, aunque al estilo escanjaque: algunos, la mayoría, se marchaban mientras otros, unos pocos, decidían quedarse y continuar con el ataque. Los soldados no les prestaban excesiva atención porque la única ventaja

con la que contaba la infantería escanjaque era lo bien nutrida que se encontraba. Si le quitabas eso, se lo quitabas todo.

—A ver si se va a hacer daño y ya la tenemos liada —comentó Vido mientras se giraba para soltarle un espadazo a un guerrero que andaba por allí y del que no sabían si les arremetía o no. Por si acaso, Vido hizo lo correcto y el tipo quedó con el vientre partido en dos. Mala muerte, porque te mueres, vaya que si te mueres, pero como si el momento de hacerlo no acabara de llegar jamás.

—Bueno, que suelte un poco la espada y listo —reflexionó el capitán De las Casas. Cristóbal se hallaba a unos veinte pasos de distancia y su caballo progresaba, nervioso, hacia ellos. Una montura pisa en firme o no siente que esté pisando. Y los cadáveres de los escanjaques muertos no ayudaban. Menos aún, los heridos, que recibían los pisotones entre gritos y espasmos, lo cual, si cabe, irritaba más al animal.

—Vigilad la retaguardia —ordenó el capitán Montesinos, al darse la vuelta y ver que una decena de guerreros se acercaba hacia ellos. Eran jóvenes, traían hachas y machetes en las manos y su semblante contaba una historia distinta a la que parecería estar sucediendo: por primera vez, descubrieron el auténtico miedo en un guerrero escanjaque; el miedo previo, el miedo antes de que un español se haya ido hacia ti, el terror inmenso que experimenta el que sabe que avanza de frente pero vas de culo.

De la Rúa y De la Peña se giraron para encararlos. Figueroa hizo como que aquello no iba con él, pues bastante tenía con el tenientito.

—Vido, no te escaquees —dijo De la Rúa.

—¿Dónde estabais vosotros hace un rato, cuando yo me estaba aquí partiendo el alma? —replicó el aludido.

—Dándolo todo en el otro frente —aseveró De la Rúa.

—Los cojones. Venís demasiado limpios.

—Te lo juro, tío. En el otro frente las cosas están bastante jodidas.

—¿Retrocedemos?

—Hombre, no, tanto no... De hecho, les hemos causado bastantes bajas.

—¿Y entre los nuestros?

—Lo típico... Algunas heridas, unos cuantos golpetazos... Eso sí, nos han matado ya un buen número de caballos.

—Serán hijos de puta... Pero qué perra les ha entrado a estos mamones con los dichosos caballos... Esto no es normal, no me jodas...

—La novedad, que tira mucho...

—Y el putito Mallea, que les habrá contado a saber qué polladas acerca de lo maravillosos que son los caballos y todo lo que podrían conseguir con ellos...

—Pues Zaldívar se la ha jurado.

—¿Qué me dices? ¿A Mallea?

—Como te cuento. Resulta que...

La conversación la interrumpió el capitán Montesinos. El grupito de escanjaques estaba a ocho pasos.

—Menos cháchara y al lío —dijo.

Vido y De la Rúa no replicaron y se limitaron a echarse el filo de las espadas al hombro. Algunos soldados veteranos hacían gala de esta costumbre, que siempre desagradaba a los capitanes. Echarte el filo al hombro y apoyarlo en la armadura mientras observas cómo se acerca el enemigo tiene algo de temerario y bastante de chuloputa. A los españoles les encantaba tocarse la entrepierna. Hacerlo servía tanto para desafiar con rudeza como para advertir que lo que proseguía era pura guasa. Sin embargo, las corazas les impedían realizar el gesto, de manera que lo sustituían por este otro. Di que tampoco estaba mal, pese a lo que juzgaran los capitanes: levantar la espada, y cada una de ellas pesaba como un muerto, costaba lo suyo, y más para aquellos hombres agotados; por lo tanto, tenerla alzada de antemano suponía trabajo adelantado.

—Tú los de tu lado —indicó De la Rúa.

—Qué ganas tengo de que esto acabe —repuso Vido, como si no hubiera escuchado a su compañero.

—Céntrate, tío.

—Ahora mismo, daría lo que fuera por estar en mi casa.

De la Rúa asió la espada con ambas manos y la separó del torso.

—Pues nos quedan tres meses... —reflexionó De la Rúa. Dos guerreros escanjaques se fueron hacia él y él les largó un mandoble horizontal. Si hubiera elegido a uno, con total seguridad lo habría partido en dos. Sin embargo, el otro lo habría tenido, durante un largo minuto, a su entera disposición. De ahí que los soldados españoles prefirieran tajar a lo ancho que apurar un golpe certero.

—Yo creo que podríamos encontrar un atajo, ¿no te parece? —dijo Vido mientras lanzaba la espada hacia el frente.

—¡Teniente! —gritó el capitán De las Casas a sus espaldas—. ¡Véngase hasta aquí, que le tenemos listos a unos cuantos guerreros!

—Mira que si se lo toma a mal... —reflexionó De la Rúa. Un escanjaque consiguió golpearle en la coraza con un hacha de filo de piedra. Ni siquiera llegó a tocar la cota de malla. El soldado esperó a que el movimiento natural del brazo del guerrero colocara a este en desventaja y, entonces, le dio en la sien con la empuñadura de la espada.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Vido, a quien sus contendientes se le habían retrasado tanto que tuvo tiempo de respirar hondo y estudiar las inmediaciones: salvo algunos escanjaques desperdigados, el paraje se veía tranquilo. Parecía que las filas enemigas comenzaban a replegarse...

—Pienso yo que el teniente no querrá luchar sin que le preparemos al enemigo, ¿no? —señaló De la Rúa.

—Bueno, tiene once años. Con no mearse encima, creo que el chaval se da por satisfecho.

—No sé yo si el adelantado hace bien trayéndolo a estas expediciones, así de claro te lo digo...

—Bah, que se curta.

De la Rúa y Vido habían terminado con la tropilla de diez escanjaques. No creían que ninguno de ellos se fuera herido de muerte, aunque sí con tajazos profundos de los que les costaría reponerse. Algunos de los guerreros a los que acababan de hacer frente no eran mucho mayores que Cristóbal de Oñate.

—Vamos... —apremió Figueroa, a quien no le hacía la menor gracia que el teniente se hallara expuesto.

—Tranquilo, hombre... —rio Vido.

—Tengamos la fiesta en paz —intervino el capitán De las Casas, que los veía venir.

—Como no se espabile, para cuando llegue, aquí no queda ni Dios —sentenció De la Rúa dándole a sus palabras cierto tono de jactancia.

—¿Hemos recuperado todos los caballos? —preguntó el capitán Montesinos.

—Bueno... —comenzó a decir De la Peña mientras se hacía sombra con la mano para inspeccionar los alrededores. Desde su rescate y tras aceptar ir, como un soldado más, a porcentaje en la expedición, trataba de que no pareciera que él no se ganaba su parte—. Joder, no distingo ni hostias... ¡Ah, sí! ¡Creo que por allá hay un caballo! Será de los que no hemos terminado de recuperar.

Los soldados se volvieron en la dirección que De la Peña indicaba y, a unos ciento cincuenta pasos de distancia, un caballo con un jinete sobre él se apacentaba ajeno por completo a los avatares de la contienda. Y del jinete, dicho sea de paso, quien se extenuaba, infructuosamente, en el intento de que el animal se pusiera en camino.

—Es un escanjaque, ¿no? —preguntó De la Peña, incapaz de distinguir con precisión.

—Claro que es un escanjaque... —respondió el capitán De las Casas, un poco hartado de estar allí. Miró a Cristóbal de Oñate, todavía acercándoseles a paso más que lento y, a continuación, volvió a observar al indio—. Figueroa. ¿Qué te parece si...?

No tenía por qué preguntárselo, ya que el rango es el rango, pero Figueroa era un alférez un tanto especial: ni a los soldados les daba la gana de reconocerle los galones, pues los lucía solo por ser el guardaespaldas del tenientito, ni a los capitanes se les ocurría ignorarlos precisamente por la misma razón.

—Sí, perfecto —respondió Figueroa, quien también tenía ganas de acabar con aquel asunto. El teniente debía entrar en batalla porque así lo deseaba el adelantado. De acuerdo, pues la ocasión que se les presentaba parecía excelente. Él también había visto al escanjaque que se debatía con el caballo. Excesiva listeza no aparentaba.

—Vaya viniendo, teniente —dijo, en tono tranquilo, el capitán Montesinos.

Mientras Cristóbal terminaba de aproximarse, los españoles descabalgados regresaron a sus monturas. Después, llamaron de un silbido a Yunque, quien todavía mordisqueaba aquí y allá y, al paso y sin prisa, comenzaron a cabalgar en dirección al pardillo. Se alejaban más y más de San Mateo, lo cual no les gustaba, pero si no dejaban solucionado lo del tenientito, el adelantado no se lo perdonaría jamás.

—¿Cómo lo ve, capitán? —preguntó Figueroa a De las Casas. No quería dejar nada al azar.

Ambos hombres miraron hacia el frente. El escanjaque, concentrado en su reto de poner a andar al caballo, ni se daba cuenta de que seis hombres y un niño se le acercaban de frente.

—Parece que no va armado —respondió De las Casas.

—¿Y si le azuzamos al perro? —aventuró Figueroa. Quizás si el mastín lo malhería, Cristóbal podría encargarse de rematarlo. Tampoco es que necesitaran grandes adversarios, la verdad... Se trataba de un chaval con la vida resuelta. Si el adelantado hubiera estado en sus cabales, jamás lo habría puesto en semejante situación de peligro.

—No, no vaya a ser que Yunque muerda en una pata al caballo y la caguemos —expresó De las Casas—. Mejor se lo bajamos nosotros.

—¿Pero ese no es...? —comenzó a decir, con cara de asombro, Montesinos.

—Yo diría que sí... —respondió, sin dejarle terminar, De la Rúa—. ¡Monedero! ¡Me cago en la puta! ¡Es Monedero!

—¡Ahora caigo! —dijo De las Casas—. Alguien le puso ese nombre cuando creímos que era él quien guardaba una bolsa repleta de oro. De hecho, si la vista no me falla, diría que la bolsa continúa colgando de su cinturón...

En efecto, lo hacía. Si desde el principio comprendieron que ningún escanjaque poseía oro y, menos aún, lo portaba encima, ahora, con los movimientos del salvaje sobre el caballo español, la certeza fue absoluta. La bolsa se agitaba arriba y abajo, de tal forma que resultaba imposible que en su interior contuviera algo de peso. Llevaría hierbas curativas o algo así. Lo cual tenía su ironía, porque para lo que le iban a servir...

—Desplegaos —ordenó Montesinos.

Los soldados obedecieron en silencio. Tres hacia un lado, tres hacia otro... Y, sin brusquedades, abriendo más y más la fila..., para terminar cerrando el círculo. Monedero se dio cuenta de que lo habían rodeado cuando ya era demasiado tarde para él. Fuera como fuese, el cabrón seguía sin saber cómo arrancar al caballo. Ahí se quedaba.

Intentó, eso sí, negociar algo. Dijo a saber qué en jerga mientras los españoles lo escuchaban como el que oye llover.

—¿Qué hora será? —preguntó Vido—. Tengo un hambre de la hostia.

—Media tarde, diría yo —respondió De la Rúa mirando hacia el cielo azul de Quivira.

Monedero siguió hablando durante un buen rato y los españoles le dejaron hacer. Podía decir todo lo que quisiera, faltaría más. Después, en cuanto cerrara el pico, lo matarían.

—¿Cómo te parece que lo hagamos, Figueroa? —preguntó Vido.

Por toda respuesta, el alférez deslizó la mano derecha en una de sus alforjas y extrajo un largo cuchillo de dieciséis dedos. Miró a Monedero, esperó a que el espanto aflorara en su cara y, tras asir el arma por la punta, se puso en pie sobre los estribos, levantó el brazo y se la lanzó a la mitad del pecho.

Monedero permaneció todavía un ratito más a lomos del caballo, que seguía apacentándose como si nada. Luego, tras llevarse las manos al esternón y tocarse la sangre que comenzaba a brotarle de la herida, perdió el equilibrio y resbaló al suelo dándose un costalazo mayúsculo.

—Vamos, teniente —dijo Figueroa—, desmonte y desenvaine. Hay que acabar con el enemigo, no vaya a ser que se revuelva y nos ataque.

El resto de soldados, desde lo alto de las sillas, disimuló como si allí no pasara nada. El alférez debía hacer su teatro y hasta les daba un poco de vergüenza mirar. Había algo de indecoroso en aquel proceder, sin embargo... Trabajo era trabajo.

Monedero, por su parte, se había debido romper el espinazo, pues apenas se movía. Gruñía un poco y se llevaba las manos al cuchillo que le había lanzado Figueroa, aunque no era capaz de arrancárselo. De cuando en cuando, miraba, desde el suelo, a los soldados en lo alto de sus caballos. Una mirada peculiar, a medio camino entre la petición de clemencia y el ojalá que os parta un rayo, extranjeros de mierda.

Por fin, en un gesto que a los hombres les pareció muy poco digno, el chaval logró echar pie a tierra. Figueroa dudó entre si imitarle o continuar a caballo. Al final, se decidió por lo segundo, pues juzgó que al muchacho le parecería menos humillante. Ya le habían casi matado a un indio. Si, encima, se lo tenían que sujetar para que él le diera el golpe de gracia... De cualquier forma, Cristóbal no se encontraba para florituras. Con llevar a buen término la orden que su padre le había dado y hacerlo sin vomitar, se daba por satisfecho.

Cuando el crío comenzó a caminar entre la hierba, Yunque se le acercó y jadeó a su lado. El chico se tomó un minuto para agacharse y acariciarle el cuello. La pelambre del mastín se hallaba empapada en sangre fresca. Él solo, sin ayuda de nadie más, había matado a doce o quince escanjaques y había dejado malheridos a más de dos docenas. Buen chico, le habría dicho el adelantado si estuviera allí. Cristóbal lo sabía e intentó imitarle, pero las palabras no le brotaron de la garganta. A cualquiera le pasa en su primera batalla, tampoco vayamos a ensañarnos con él...

—Desenvaine —dijo Figueroa desde el caballo. Su tono comenzaba a sonar imperativo. El resto de hombres se dio cuenta y ninguno dijo nada. Los dos capitanes presentes podrían haberle dirigido algún reproche, pero prefirieron callar.

Cristóbal desenvainó su magnífica espada de magnífico acero español y, con ella en la mano diestra, se acercó a Monedero. Este le miraba y, a esas alturas, no sabían si lo hacía con odio o con espanto.

—Mátelo —añadió Figueroa. Una única palabra para describir la acción exacta que marca un antes y un después en la existencia de cualquier persona. Cristóbal de Oñate, primogénito del gobernador de Nuevo México, había sido llevado hasta allí para que aprendiera una de las grandes lecciones de la vida: que cada hombre es dueño de su destino y que cada hombre lo es siéndolo dueño del de los demás. Cada acción nos reporta un perjuicio o un beneficio. Cada decisión desencadena consecuencias. Todo existe a nuestro alrededor porque nosotros somos los hombres al mando.

—Parece que los escanjaques se han retirado... —comentó, como quien habla del tiempo, De la Rúa.

Cristóbal de Oñate se situó a medio paso de distancia de Monedero. Lo miró largamente y el guerrero le sostuvo esa mirada. Sabía que se disponía a morir y decidió que lo haría de frente. Los expedicionarios españoles, desde sus caballos, pensaron que les parecía adecuado que así fuera. No habrían soportado que el indio se les echara a llorar. Al menos, cuando comprendió que de aquella no salía, se decidió por no rebajar su dignidad. Bien por ti, Monedero.

—Teniente —apremió Figueroa.

—Voy —dijo, entonces, el chico. Era la primera vez, en mucho tiempo, que lo escuchaban hablar. Continuaba con la voz sin mudar, algo aflautada, parecida a la de las niñas.

—En el cuello, como le he enseñado —explicó Figueroa.

Cristóbal levantó su espada y la mantuvo, durante unos instantes, en posición vertical. Apretó los dientes, reunió todo el coraje que todavía le quedaba y descargó un fenomenal mandoble que terminó golpeando la tierra.

—Mierda... —protestó.

Monedero lo observaba como si no diera crédito a lo que veía. El muchacho había errado el espadazo y él continuaba con vida. Agonizante pero con vida. No estuvo seguro de si esto resultaba gallardo y honorable. Creyó que no, que la verdad era que no. A corta distancia, sobre

los caballos, los seis españoles que contemplaban la escena llegaron exactamente a la misma conclusión.

—Venga, inténtelo otra vez —dijo Figueroa.

A Cristóbal le temblaban las piernas cuando volvió a levantar la espada. Yunque se había sentado a su lado y jadeaba tranquilamente. El muchacho rezó en voz muy baja y rogó, de esta manera, que Dios le asistiera en tan difícil momento. No quería defraudar a Figueroa y no quería defraudar, menos aún, a su padre.

Con la ayuda de Dios o sin ella, esta vez sí, el espadazo acertó sobre el cuerpo de Monedero. Figueroa le había indicado que el golpe le debía seccionar el cuello, pero Cristóbal apuntó mal y terminó por levantarle la tapa de los sesos. Quedaron allí, desperdigados en la hierba alta y pulposa.

—Asunto resuelto —determinó el capitán De las Casas incorporándose en su caballo y tirando, con suavidad, de las riendas. Debían regresar, cuanto antes, al interior de San Mateo y reincorporarse al frente principal de la batalla.

—Sí, yo creo que los escanjaques se han retirado —insistió De la Rúa.

Epílogo

Metal pesado

29 de septiembre de 1601

Durante un par de horas, nada sucedió. Los escanjaques se habían retirado y los españoles permanecieron en el interior de San Mateo. Organizándose para la embestida final, pues habría de llegar, y más pronto que tarde.

Tampoco había demasiadas cosas que hacer. La expedición se contenía a sí misma, como el ente único que era. Una especie de animal fantástico que sabe de su perfección. Mira hacia el frente, respira, transpira y es tan grande y tan poderoso que apenas pestañea. No habla más idioma que el calor cuando la tarde declina.

El adelantado mandó que se cargaran todas las escopetas y que se aguardaran acontecimientos. En total, disponían de unas cien armas. Más armas que hombres capaces de dispararlas. Sin embargo, el animal respira de una sola vez y la bocanada que cae en sus fenomenales pulmones resulta aliviadora. A algunos sirvientes se les entregaron las escopetas sobrantes, se les indicó dónde debían presionar para que la bala saliera del cañón y les explicaron que no tuvieran miedo, que nada malo podría ocurrirles porque llevaban la grandeza de su parte.

San Mateo suponía la piel que debían mudar. En realidad, aunque estaban allí, ya no lo estaban. Se habían ido y el hecho de que aún permanecieran atrapados en el lugar no era sino una pequeña extravagancia que atañe, en exclusiva, a los animales que son, a medias partes, reales e imaginarios. Habían emprendido camino de regreso a casa y la circunstancia de que aguardaran allá, con las escopetas cargadas y apuntando a los pastizales, no merecía mayor atención. ¿Acaso las grandes bestias que se mueven lento no pueden confiar en que el tiempo se ponga de su parte? Lo haría, claro que lo haría... Habían sido buenos amigos desde antes de que todo comenzara.

—¿Cree que volverán, adelantado? —preguntó el capitán Sosa.

Oñate, a lomos de Platero, observó los llanos. Por supuesto que creía que volverían. Sosa también y, si lo preguntaba, era más por romper el silencio que por cualquier otro motivo. A veces, el gran animal carraspea.

—Retened el tiro hasta que se hallen a diez pasos de distancia —repetía, una y otra vez, Zaldívar. A caballo, pasaba revista a sus tropas y contemplaba los rostros de sus hombres. Vio que se encontraban un instante más allá de la completa extenuación. Vio que todos tenían escamas en lugar de piel, luceros en lugar de ojos, sinuosos instrumentos musicales en el lugar donde deberían hallarse las manos—. Después, dejadlas caer y desenvainad.

Las instrucciones eran sencillas y hasta el último de los hombres las conocía. Ni aunque hubieran tratado de olvidarse de ellas, lo habrían conseguido. El cansancio extremo al que se

veían sometidos conllevaba peregrinos efectos secundarios: si a algunos españoles les hubieran preguntado por qué estaban en aquel lugar tan alejado de casa, habrían contestado con un encogimiento de hombros. ¿Importaba?

Se mantuvieron en silencio durante largo rato. Puede que más de una hora. En aquellos momentos, simplemente aguardaron bajo el sol y, mientras lo hacían, una gran paz se adueñó de ellos. Los capitanes habían ordenado que todos los hombres disponibles, sin distinción alguna, lucharían cuando la infantería escanjaque regresara. Para ello, repartieron todas las cotas de malla, todas las armaduras, hasta el último de los protectores de cuero. Entregaron escopetas a los sirvientes, espadas a los mozos, cuchillos a cada hombre capaz de portar uno en el cinturón. Se cargaron los cañones y los situaron cinco pasos por delante de la primera línea de defensa española. Quizás no les diera tiempo a dispararlos, pero eran parte del gran ser que ahora, entre todos, conformaban, de manera que no haberlos cargado y dispuesto habría sido como despreciar la posibilidad de un zarpazo adicional.

Poco a poco, algunos expedicionarios comenzaron a amodorrarse bajo el duro sol de Quivira. Una leve brisa, sempiterna en aquel reino, traía el olor de la hierba infinita, de las flores todavía resplandecientes, de una existencia plácida y calmosa que habría estado bien disfrutar. Recordaron la serena belleza que las princesas quiviras les habían mostrado y sonrieron, ligeramente, cuando cayeron en la cuenta de que, en una caja de madera guardaban sus joyas más queridas. El viaje había merecido la pena. De regreso en San Gabriel, echarían cuentas y el adelantado liquidaría la suma de cada uno. Con suerte, la parte del botín que les correspondía igualaría a dos o tres años de soldadas.

Los frailes fueron los primeros en experimentar los efectos del metal pesado. El sargento mayor les había entregado corazas y les había pedido que se las pusieran. Solo por esta vez, había dicho en tono conciliador. Los franciscanos, a estas alturas y tras lo ya visto, se las colocaron sin protestar. Tres meses atrás, hubo quien lo recordó, habían montado un auténtico escándalo cuando el adelantado les ordenó llevar botas de montar y espuelas.

Ahora, las corazas comenzaban a enterrarlos en la tierra. Como si de una fuerza adicional se tratara, el hierro los empujaba más y más hacia abajo. Algunos, fray Francisco entre ellos, creyeron verse a sí mismos con el cuerpo enterrado en el suelo. Hasta las rodillas algunos, hasta la cintura otros. Era una sensación un tanto rara, porque no les hacía demasiada gracia, pero tampoco parecía un inconveniente. Pasaba lo que tenía que pasar, eso era todo.

—Eso es todo —dijo alguien con voz muy tranquila.

Se explicaban lo que les sucedía de la forma más admisible y, si alguien disintió, se lo guardó para sí y prefirió callar. Una vez más, el gran animal vencía: eso es todo.

El peso de las corazas comenzó a afectar, también, a los soldados. Insólito, pues, a diferencia de los frailes, de los indios mexicanos y de los hombres que realizaban tareas auxiliares, ellos, la tropa, acostumbraban a portar las armaduras día y noche. Y las cotas de malla, y los morriones, y las espadas, y toda aquella cantidad de metal que los dotaba de una más que obvia invulnerabilidad. Si no hubiera sido pecado, como los frailes afirmaban que era, los soldados dirían de ellos que estaban tocados con el don de la inmortalidad.

El metal pesado continuó hundiéndolos en la tierra. Los que se hallaban a pie veían, y no solo veían, ¡percibían!, cómo el suelo les llegaba a los tobillos, o a las rodillas, o a media pantorrilla. Los que se encontraban a caballo, sintieron que los animales se caían hacia abajo, lo cual,

extrañamente, no los ponía nerviosos. Quizás, para ellos, el peso de la existencia no resultaba un inconveniente, a fin de cuentas.

Habían vencido. Salían victoriosos de la gran Quivira. Que ahora el peso del metal que vestían los estuviera empujando hacia lo hondo de la tierra parecía confirmarlo. Juzgaron que este era el mejor tributo que el lugar podía concederles. Se rendía ante ellos, ante el gran animal de lenta respiración, y se volvía poroso para agasajarlos. Como dormir en el interior de una nube de plumas.

—Allá vuelven —dijo el capitán Montesinos.

Los conquistadores miraron hacia el lugar que el capitán señalaba. En efecto, la columna escanjaque regresaba para lanzar, sobre ellos, su ataque conclusivo. Se habrían reorganizado, el jefe Gregorio habría repartido unas cuantas órdenes, sus lugartenientes avanzarían al frente de las distintas compañías, en caso de que los salvajes se dispusieran de tal forma.

—Atentos —expresó Zaldívar desde su caballo. Tenía veintiocho años y nunca un hombre de su juventud y rango había estado tan al norte. Con la mano, se apartó, del rostro, un mechón de pelo grasiento. Después, se ajustó el morrión y se acarició la barba.

Los escanjaques se lo tomaban con calma. En la guerra, la intimidación del enemigo te allana la mitad del camino. Aquí, todos se conocían tan bien que el jefe Gregorio, con muy buen criterio, había optado por no malgastar esfuerzos en una inútil representación que tan siquiera despeinaría a los españoles.

Ya no había un solo hombre que no estuviera con el suelo a la cintura. Hundidos en el llano de Quivira, preparados para la batalla final.

El adelantado Oñate hizo que Platero se girara y, al hacerlo, grandes lenguas de tierra se movieron a un lado y a otro. Observó a los integrantes de su expedición y levantó la mano derecha. Todos la vieron y todos, cuanto menos levisísimamente, asintieron. Así se reconocían los unos a los otros, así se daban las gracias. Misión cumplida. En cuanto acabemos con esto, nos vamos a casa.

Por fin, los escanjaques alcanzaron San Mateo. A unos cuarenta pasos, la fila india se detuvo y permaneció a la expectativa. La formaban cientos y cientos de guerreros que llegaban pintados y advertidos: el adversario vestido de metal pesado nunca cedería, jamás se rendiría, se daba por victorioso.

Zaldívar creyó distinguir, entre la multitud, al jefe Gregorio. Al menos, un hombre con un gran penacho de plumas en la cabeza se encontraba frente a él. Si hubiera ordenado que uno de sus soldados disparara la escopeta, a buen seguro le habría dado en mitad del pecho.

Fue entonces cuando alguien dio un paso al frente. Y, tras ese paso, otro, y otro, y otro. Con parsimonia, un hombre que cojeaba bastante se acercó a ellos. Tenía la piel clara y en su rostro, pintado para la guerra como el de cualquier escanjaque, lucía una larga y espesa barba de color negro.

Mallea. Los escanjaques lo hacían caminar antes que ningún otro hombre. ¿Con qué motivo? Nunca lo supieron y nunca les importó. Lo que sí advirtieron fue lo que Mallea les transmitió con su mirada: un hondo arrepentimiento no por lo sucedido, sino por lo que no habría de suceder. Le apesadumbraba su incapacidad para volver a ser español, para cabalgar hacia donde indique el adelantado, para protestar cuando el sargento mayor diera esta u otra orden.

—Adelantado —dijo Zaldívar.

Oñate, que había vuelto a situar a Platero de cara al enemigo, asintió.

—Ayarde —llamó Zaldívar.

—A la orden, capitán.

Cuando Ayarde, con el suelo llegándole hasta el pecho del caballo, chasqueó la lengua para ponerlo al paso, grandes olas de tierra se movieron a su alrededor. Se parecía mucho a vadear un río, aunque aquí no había corrientes ni remolinos.

El soldado desenvainó muy lentamente. Mientras, se acercaba a Mallea. Se miraron uno a otro y ambos dieron por hecho que lo que a continuación sucedería sería lo correcto.

Ayarde levantó la espada, se irguió un poco sobre los estribos y lanzó un feroz mandoble sobre Mallea. La cabeza del renegado saltó limpiamente sobre el aire y voló, voló, voló sobre el eterno cielo azul de Quivira. Les gustó verla allí, suspendida en la brisa durante más tiempo del que cualquiera habría juzgado razonable.

Cien escopetas en manos de cien hombres vestidos de metal pesado apuntaban hacia el frente. El adelantado se golpeó, con los nudillos, el morrión. Acto seguido, el sargento mayor ordenó que se abriera fuego.

Los escanjaques atacaron.

Una ola de plomo barrió la primera fila de la infantería escanjaque. Decenas y decenas de hombres cayeron de bruces con los pechos abiertos. Los hubo que aullaron y los hubo que no. En cualquier caso, murieron frente a un enemigo magnífico.

De pronto, la tierra liberó a los españoles. Brotaban, brotaban lenta y fatigosamente, como lo hacen las flores que han decidido ser árbol, ser muralla, portar el espanto. En menos de cinco minutos, los españoles habían retornado a la superficie del mundo. Fulguraban, y pensaron que ningún momento sería mejor que aquel para disparar los cañones.

El estruendo, pavoroso, levantó cuerpos y más cuerpos desmembrados de guerreros escanjaques. Muchos de ellos pertenecían a muchachos que apenas acababan de transitar la pubertad. Indios fieros, en cualquier caso, a los que se mató sin clemencia ni remordimiento.

Los españoles, muy despacio, comenzaron a caminar en dirección a la segunda fila de la infantería escanjaque. No avanzaban hacia la batalla sino que, simplemente, una batalla se interponía en su camino de regreso a casa. La atravesaron ignorándola y aquello, si cabe, humilló más a los orgullosos escanjaques que las cientos de bajas que acababan de causar en sus filas. Sin embargo, la determinación de marcharse de allí, de abandonar el país, de dejar atrás y para siempre el gran reino de Quivira, había arraigado firme en los corazones de los expedicionarios.

Para que la columna pudiera avanzar, los hombres que cabalgaban delante abrieron un paso entre los guerreros, un paso seguro entre montones y montones de cuerpos inertes. Los escanjaques, o esa impresión tuvieron, se inmolaron como gesto último de reconocimiento. Algunos se abrazaron a los caballos, otros trataron de derribar a los jinetes que los montaban, la inmensa mayoría sucumbió frente a aquellos hombres extraordinarios.

Oñate clavó espuelas a Platero y lo puso en la vanguardia de la columna. Se marchaban a casa y matarían a todo aquel que tratara de impedirlo. Un guerrero escanjaque intentó saltar sobre la grupa del animal, pero el adelantado puso el caballo al trote y lo dejó atrás. El guerrero se deslizó sobre la hierba, convertido en nada. Se puso primero de rodillas y después en pie. Miró largamente al hombre que lo acababa de abandonar, como si esto que había sucedido fuera, al tiempo, incomprensible y soberbio.

Aquella batalla no la ganó nadie, si es que así puede decirse. A medida que más y más escanjaques caían muertos bajo las armas de los españoles, estos emprendían un silencioso camino en dirección sur. Se fueron, sencillamente. Abandonaron una contienda que no les interesaba y regresaron al lugar al que pertenecían.

Zaldívar se había quedado en la parte final de la columna. Todavía repartiendo algún que otro espadazo desde lo alto de su montura, giró la cabeza y se aseguró de que no se dejaran nada ni a nadie.

Después, miró hacia el frente, chasqueó la lengua y se marcharon.

Breve cronología

- 1552** Nace Juan de Oñate en Zacatecas, Nueva España. Es hijo de Cristóbal de Oñate, un español emigrado a América que amasó una inmensa fortuna explotando minas de plata. Por lo tanto, ya desde su cuna, Oñate es, por un lado, un hombre inmensamente rico y, por otro, un minero que llega a saberlo todo sobre el arte de extraer plata en el lugar del mundo donde más plata se extrae.
- 1572** Se extingue el imperio inca. Esta fecha se usa habitualmente para marcar el final de la época de los conquistadores. Los españoles han necesitado solo ochenta años desde que en 1492 Cristóbal Colón descubriera América para conquistar el continente. A partir de esta fecha, comienza la colonización de la tierra conquistada. Sin embargo, existe una generación de conquistadores tardíos, a la que pertenece Oñate, que durante los treinta o cuarenta años siguientes continuará conquistando territorios para la Corona española y lo hará siguiendo exactamente los mismos usos y costumbres que sus predecesores. Debido a su tardía actividad, Juan de Oñate recibe el sobrenombre de «el Último Conquistador».
- 1595** Expedición de Humaña y Leyva a Quivira.
- 30 de abril de 1598** Juan de Oñate toma posesión de Nuevo México. En el acto de toma de posesión, Oñate asume los títulos de gobernador, capitán general y adelantado.
- 11 de julio de 1598** Oñate llega a un paraje que denomina San Gabriel del Yunque. Es el lugar desde donde Oñate operará siempre en los doce años que será gobernador de Nuevo México. Hoy en día, San Gabriel está considerado como National Historic Landmark y se protege como patrimonio histórico-cultural de los Estados Unidos.
- 18 de agosto de 1598** La expedición de conquista y colonización de Nuevo México, compuesta por unas ochenta carretas, a la que Oñate se ha adelantado porque avanzan muy despacio para él, llega a San Gabriel. El número exacto de personas que la integran se desconoce, pero puede oscilar entre cuatrocientas y seiscientas. Había, además de blancos criollos, negros y mulatos.
- 1599** Jusepe Gutiérrez llega a San Gabriel.
- 23 de junio de 1601** Parte la expedición a Quivira.

13 de julio de 1601 Llegan al río Pecos y lo atraviesan.

22 de julio de 1601 Hallan el cauce del río Magdalena, actual río Canadian.

10 de agosto de 1601 Observan, por primera vez, las grandes manadas de bisontes y cazan varios ejemplares. En los días sucesivos no dejarán de ver manadas cada vez más extensas.

A partir de aquí, las dataciones son inciertas, aunque se puede presumir que, de forma razonable, la expedición llega a Quivira hacia mediados de septiembre. En total, pasan unas dos semanas entre las naciones quivira y escanjaque.

29 de septiembre de 1601 Batalla contra los escanjaques. Según el relato que los propios expedicionarios realizan, esta es una cruenta batalla que dura entre dos y tres horas y que produce numerosos muertos y heridos en el bando escanjaque. Los españoles, por su parte, reciben un castigo importante, aunque ningún hombre muere. Con total seguridad, este es el último día que pasan en Quivira y, debido a la belicosidad de los escanjaques, deciden iniciar, de inmediato, el camino de vuelta a casa.

24 de noviembre 1601 Llegada a San Gabriel desde Quivira.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Alberto Vázquez Pérez, 2019

© La Esfera de los Libros, S.L., 2019

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 296 02 00

www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (mobi): enero de 2019

ISBN: 978-84-9164-505-4 (mobi)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.